

EL CÁRTEL ESPAÑOL

HISTORIA CRÍTICA
DE LA RECONQUISTA
ECONÓMICA
DE MÉXICO
Y AMÉRICA



LATINA
(1898-2008)

ORJOL

MALLÓ

FOCA

FOCA INVESTIGACIÓN

102

Maqueta de portada: Sergio Ramírez

Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos.

De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270

del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Oriol Malló, 2011

© Ediciones Akal, S. A., 2011

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-96797-32-1

Depósito legal: M-280-2011

Impreso en Lavel, S. A.

Humanes (Madrid)

Oriol Malló

El cártel español

Historia crítica de la reconquista económica
de México y América Latina (1898-2008)



A Claudia, porque cuando llegaste todo volvió a tener sentido

gachupín, na Español, el natural de la península española. // Méx. **Gachupín** *en hacienda siempre contienda*. Frase que alude a los conflictos que ocasiona el mal trato que los españoles dan a los peones a su servicio.

M. A. MORIÑIGO, *Diccionario de americanismos*,
Buenos Aires, Muchnik, 1966.

cachupin, -a *Español que se establece en Hispanoamérica. gachupín (Méx.) En particular, el que no procede de la última guerra civil española.*

M. MOLINER, *Diccionario de uso del español*,
Madrid, Gredos, ²1998.

—¡La guerra civil! Los radicados de muchos años en el país; ya la miramos como un mal endémico. Pero el ideario revolucionario es algo más grave, porque altera los fundamentos sagrados de la propiedad. El indio, dueño de la tierra, es una aberración demagógica, que no puede prevalecer en cerebros bien organizados. La Colonia profesa unánime este sentimiento: yo quizá lo acoja con algunas reservas, pero, hombre de realidades, entiendo que la actuación del capital español es antagónica con el espíritu revolucionario.

R. del VALLE-INCLÁN, *Tirano Banderas*,
Madrid, Unidad, 1999, p. 16.

PRÓLOGO

La visión de una España receptiva con las luchas democráticas en América Latina forma parte de una nueva leyenda rosa. Sin embargo, a diferencia de su primera versión, nacida en el siglo XVI para justificar el etnocidio y el genocidio cometido en el proceso de conquista y colonización, su actualización pretende consolidar el poder de las empresas transnacionales españolas en la región. Iberdrola, Endesa, Repsol YPF, Telefónica, BBVA, La Caixa o el Grupo Santander, entre otras, configuran lo que Oriol Malló ha denominado con acierto: el cártel español. Sus acciones, nos dice, se caracterizan por una política depredadora, fundada en presiones y chantajes a los gobiernos latinoamericanos, sin importarles el color político de sus mandatarios. Para este fin, el Estado español hace piña. Lo que es bueno para sus empresas, es bueno para España. Las diferencias ideológicas entre el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), el Partido Popular (PP), los nacionalistas vascos, gallegos o catalanes se invernan en pro de un único objetivo: golpear juntos para desarticular resistencias. Así, unos y otros se reparten papeles. Policías malos y buenos. Mientras el PP se arroga el papel de ser una derecha neoconservadora y aliada incondicional de Estados Unidos, participando de cualquier tipo de maniobras desestabilizadoras contra gobiernos anticapitalistas, democráticos, antiimperialistas y nacionalistas como Venezuela, Bolivia, Ecuador o Cuba; el PSOE se decanta por una estrategia menos prepotente en las formas. Un ejemplo de la primera versión de policía malo lo tenemos en el apoyo del PP a la conspiración para derrocar al Gobierno legítimo de Venezuela en abril de 2002 y en el apoyo financiero y político a los cubanos residentes en España, articulados con la mafia de renegados en Miami. Su

vehículo es el propio Grupo Popular del Parlamento Europeo. Ahí se dan cita los grandes operadores de los populares, entre los cuales destaca la figura de José Ignacio Salafranca, quien desde 1994 funge como eurodiputado. Su enorme conocimiento de los entresijos de la Eurocámara y su control sobre EuroLat, Asamblea Parlamentaria Euro-Latinoamericana, le proporciona al grupo de los populares europeos un poder desmedido para bloquear cualquier decisión que suponga cambiar la política hacia Cuba. Apoyado por Jaime Mayor Oreja y Luis de Grandes, dos dinosaurios del PP, aunque como bien dice Oriol Malló cuando se trata de Cuba, Salafranca cuenta con el inestimable apoyo del diputado español de origen cubano en el Parlamento Teófilo de Luis y con Jorge Moragas, encargado de Relaciones Exteriores del PP.

Sin embargo, el PSOE se decanta por una estrategia más fina. Articula una política menos agresiva y conciliadora. Por encima de las ideologías, se sitúa como defensor de los intereses de las empresas españolas asentadas en la zona. Por esta razón apela al entendimiento y el diálogo. La presión la ejercen en la trastienda y sin hacer mucho ruido. Cuestión de tacto. Para verificar esta tesis, nada mejor que remitirnos al programa electoral del PSOE de 2008: «... los socialistas seguiremos trabajando para garantizar un marco jurídico seguro y estable para las inversiones en América Latina y para que éstas tengan una incidencia positiva en el desarrollo donde están implantadas...».

En esta división de papeles, Oriol Malló estudia con lujo de detalles cómo cobra vida lo enunciado. Para ello nos sitúa en un escenario: las últimas elecciones presidenciales de México del año 2006. Su último capítulo, «Las secuelas mexicanas II: el cártel y el Peje», es un recordatorio de cómo se urdió la trama. Desde el nombramiento en 2005, por el secretario adjunto del Partido Acción Nacional (PAN), Jorge Manzanera, del asesor de imagen Antonio Solà para la campaña conservadora hasta el reconocimiento inmediato del Gobierno del PSOE a Felipe Calderón. En la contienda electoral, explica, el cártel español se hizo presente boicoteando al candidato del Partido de la Revolución Democrática

(PRD), Andrés Manuel López Obrador (AMLO). En este tablero de ajedrez dibuja las dos líneas de ataque. El PP con José María Aznar a la cabeza, mostró sin tapujos su simpatía por el candidato del PAN, pidiendo en México, públicamente, el voto por Felipe Calderón, contraviniendo el artículo 33 de la Constitución mexicana, que impide a los extranjeros emitir opiniones sobre política interna. Y lo que a punto estuvo de convertirse en un incidente diplomático, se quedó en agua de borrajas. Los gobiernos del PAN y del PSOE corrían un tupido velo, mientras Aznar abandonaba México por la puerta trasera. Pero todo estaba calculado. El objetivo común era impedir el triunfo del candidato del PRD, considerado un enemigo del cártel español.

Así, en esta división de papeles, una vez concluidas las elecciones, le tocará el turno a José Luis Rodríguez Zapatero de concluir el operativo iniciado con el *affaire* Aznar. En su condición de presidente de Gobierno, y a pesar de las múltiples denuncias de fraude, envía sus saludos reconociendo a Felipe Calderón como legítimo ganador. Aún no habían transcurrido veinticuatro horas y España no puso en duda los resultados, haciendo caso omiso de las denuncias de pucherazo. Ni siquiera guardaron las formas. Así opera el cártel español, en mancuerna con el PSOE, el PP y los sempiternos nacionalistas vascos y catalanes, ante un enemigo que ataca sus intereses.

Monta tanto, tanto monta el PSOE, el PP como sus aliados nacionalistas. Malló documenta, con entrevistas y una ardua labor de hemeroteca, cómo se montó la trama del cártel contra AMLO. El odio y la inquina están fundados, subraya, en la negativa de AMLO, durante su mandato como regente de la Ciudad de México, a favorecer los intereses de las transnacionales españolas. Con este ejemplo, el autor nos desvela cómo se han montado artimañas para comprar bancos, hacerse con el control de los recursos naturales como el agua, y adueñarse de las compañías de electricidad, telefonía móvil o líneas aéreas. El mecanismo es siempre el mismo y en algunos casos los personajes del cártel se repiten y actúan al unísono. Nunca por separado. Así consiguen

vencer las resistencias y torcer el brazo más fácilmente. Malló deja hablar a los verdaderos protagonistas. Son ellos quienes detallan los orígenes del nuevo cártel, sus formas, maneras de actuación y los vínculos con los partidos políticos y el gobierno de España. Los nombres de sus operadores fluyen gracias a una ágil pluma de Malló. No en vano es un periodista e historiador laureado con el Premio Nacional de Periodismo en 1992, máxima distinción que otorga la Generalitat catalana.

Los integrantes del cártel no tienen pelos en la lengua y destacan, como si se tratara de una epopeya, sus inicios, sus contactos y sus éxitos. Es fantástico leer, en el libro que ustedes tienen en sus manos, a la avanzadilla del Grupo Santander, Iberdrola, Endesa, Gas Natural o Telefónica. Los nombres de Antoni Donadeu, Esteban Serra Mont, Jordi Dolader, Francisco Badía o Javier Nadal se les harán familiares. Son empresarios y representantes directos de los consejos de administración de las compañías transnacionales españolas. Sus lazos se extienden en todas las direcciones y no dejan cabos sueltos. Orgullosos de sus operaciones no ocultan cuáles consideran sus máximos logros. Las entrevistas son jugosas y Malló les deja hablar in extenso.

Por medio de una palpitante narración, Oriol nos hace creer que estamos ante una novela de intriga. Pero con brillantez, propia de escritor experimentado con varios libros a su espalda, nos recuerda que los hechos relatados forman parte de una trama real. Estamos en presencia de una lógica perversa, en la cual no se atisba ningún compromiso de España con las luchas democráticas en América Latina, nos subraya el autor. España sólo trata de proteger intereses económicos.

En este sentido, la ex secretaria de Estado para Iberoamérica, ministra de Sanidad y actual ministra de Exteriores del Gobierno del PSOE*, Trinidad Jiménez, declaró sin ambages al periódico *El País* del 9 de septiembre de 2006: «... La agenda que se viene enci-

* A cierre de esta edición, Trinidad Jiménez es ministra de Exteriores. [N. del E.]

ma está llena de nombres propios y de los intereses españoles Repsol, Endesa... Vamos a defender los intereses españoles [...]. Y quiero reunirme con todos aquellos que están implicados en lo mismo». Y un año más tarde, sentencia en el diario costarricense *La Razón*: «... las empresas españolas han sido capaces de traer capital, generar desarrollo y empleo». No olvidemos que las inversiones de España en América Latina representan el 10 por 100 de su PIB.

Al decir de Oriol Malló, en esta unidad de intereses, no faltan cipayos y gachupines. Para que el cártel funcione a todo gas, son necesarios los «buenos amigos». Los indianos y las redes de poder que han sido tejidas por generaciones en Chile, Argentina, México o Colombia, son asideros del cártel. En ocasiones se trata de grandes empresarios con un poder visible, en otras son sus hijos o nietos incorporados a la actividad política y por último, prohombres que gozan de un estatus de privilegio en la estructura social, lo cual abre puertas para mediar, apoyar o presionar en favor del cártel. Son las redes españolas de la emigración. Gallegos, cántabros, catalanes y vascos. Entre ellos hay vasos comunicantes.

Por otro lado, la compra de voluntades se paga a buen precio y siempre hay quienes aceptan de buen grado ser corrompidos. Malló dedica otro capítulo al *affaire* Mouriño. El hijo de Carlos Mouriño, empresario gallego que hizo fortuna en el sudeste de México con el negocio de las gasolineras, la construcción, las franquicias y el transporte de líquidos inflamables y que comprara el equipo de fútbol, Celta de Vigo, por seis millones de euros. Su retoño, Juan Camilo Mouriño Terrazo, fue un estrecho colaborador de Felipe Calderón. Sus lazos de amistad y trabajo se producen durante la etapa de secretario de Energía de Calderón en el Gobierno de Fox. Durante la campaña electoral, es su coordinador y con el triunfo se convierte en secretario de Gobernación.

Malló no avala teorías de la conspiración, ata cabos y une las piezas del rompecabezas. No quiero desvelar los entresijos. Sólo entreabro la puerta. Sin embargo, lo enunciado es la punta del iceberg. Hay mucho en juego. El autor, de forma brillante, nos demuestra que esta práctica no es flor de un día, ni emerge de

manera espontánea. Para entenderla nos retrotrae al campo de las doctrinas, específicamente: al hispanismo. En dos grandes capítulos: «El despliegue de la hispanidad» y «Tiempos de reconquis-tas», expone cómo se fue construyendo el actual edificio que aún rige las relaciones entre España y América Latina.

Sustancioso es comprobar cómo muta la ideología del hispanismo y los tempranos vínculos con el panamericanismo desplegado por la diplomacia norteamericana. Malló nos sorprende con las declaraciones del rey Alfonso XIII. Allí y no en otro lugar están los principios que muestran cómo España se convierte en un socio menor de Estados Unidos cuando se trata de construir política exterior hacia América Latina. Quizá ello facilita comprender por qué Felipe González declaró mientras era presidente de Gobierno que «no tomaría ninguna decisión sobre la crisis centroamericana o América Latina, sin antes consultar con su aliado del norte».

También podemos constatar que en plena monarquía de Alfonso XIII la propuesta del catalanista Francesc Cambó de crear una Casa de América en Barcelona vio la luz para conocer de «las cosas de ultramar». Bajo su influencia cobran vida el Instituto de Economía Americano, la revista de comercio y cultura iberoamericana *Mercurio* y el Centro Jurídico Iberoamericano. Todo este conglomerado es, a decir de Malló, una historia del primer acercamiento del grupo empresarial catalán hacia América Latina en las dos primeras décadas del siglo XX. Los detalles y entretelones están profusamente detallados a lo largo de estos dos capítulos.

Mención aparte merece la noción paternalista del hispanismo acuñada durante los cuarenta años de existencia de la dictadura fascista del general Francisco Franco. Sus influencias sobre la región se dejarán sentir con fuerza en Chile durante la tiranía de Pinochet. Aquí, nuevamente el autor nos sorprende recuperando una tesis de doctorado presentada en la Universidad Pompeu Fabra (UPF), intitulada *De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile. 1936-1980*. Su autora, Isabel Jara Hinojosa, suscita la siguiente declaración de su director, el reputado historiador Josep Fontana: «Isabel Jara me ha acabado de sacar de mi error al

explicar cómo este pensamiento de derecha española que me parecía deleznable acabó convirtiéndose en una de las bases ideológicas de la dictadura chilena».

Ahora, a la claridad expositiva de Malló, se le une un estilo narrativo que articula largas citas, cuya lógica es montar las piezas del puzle. Deja hablar a historiadores, sociólogos, economistas, antropólogos y periodistas. No cabe duda, sus ideas gustarán más o menos, pero su consistencia y la claridad expositiva no deja lugar a equívocos. No manipula, no corta o cercena frases para arriar el ascua a su sardina.

Pero falta la guinda del pastel. Tras la muerte biológica del dictador, esa visión deleznable que apunta Fontana se transforma en una concepción más acorde con la España de la transición modélica y la monarquía parlamentaria. Adolfo Suárez, y más adelante Felipe González, a quien Malló apoda «el modernizador», acaban el edificio del nuevo hispanismo. Es el punto de inflexión para comenzar la reconquista. El proyecto se arroja entre los fastos del V Centenario; su objetivo, construir la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Para lograrlo se convocará a celebrar, en 1991, la I Cumbre de Jefes de Estado y Gobierno. El sitio elegido será Guadalajara, Jalisco (México), en 1991. Su anfitrión, Salinas de Gortari, y Felipe González dan el pistoletazo de salida. Hoy las cumbres son parte del ritual y el mecanismo para apuntalar el cártel español.

Sin concesiones, Malló descubre paso a paso los cambios y continuidades del hispanismo. Desde la guerra hispano-cubana norteamericana de 1898 hasta nuestros días. Las etapas, los personajes y los resultados aparecen dando consistencia a su tesis central. Triunfos y derrotas cuya culminación es el novohispanismo. Su aporte es único y sitúa la obra como un estudio pionero en su género. No es una simple recopilación de datos, ni una exposición fría de las inversiones de las empresas españolas en América Latina. Por el contrario, ofrece una explicación de fondo a las políticas ejercidas por España en la región durante un siglo. Malló nos propone una inmersión en el engranaje que permite mover el cártel de las empresas españolas en América Latina.

Los personajes de la tramoya aparecen ejerciendo diferentes roles. Unas veces como políticos, otras como asesores, pero siempre como defensores del cártel. El caso paradigmático que estudia Malló, para ponernos en situación, es Felipe González. Ex secretario general del PSOE y ex presidente de gobierno entre 1982 y 1996. Hoy lo vemos, comenta Malló, como asesor privilegiado del empresario mexicano Carlos Slim, considerado por Forbes el hombre más rico del planeta, superando a Bill Gates.

González fue el alma máter del nuevo cártel empresarial y el portavoz cualificado para empresarios y gobiernos. Cuestión que corrobora uno de los entrevistados de Malló, amigo personal de González y punta de lanza en 1991 del cártel, Antoni Donadeu. González tenía clara la estrategia. Durante sus mandatos procedió a dismantelar el *holding* estatal del Instituto Nacional de Industria (INI) construido durante el franquismo. Endesa, Iberdrola, Telefónica, Iberia, Repsol o Argentaria pasaron a manos del capital privado. La incorporación de España a la extinta Comunidad Europea fue en su furgón de cola. Sin investigación, sin tecnologías, ni capacidad para competir con Alemania y Francia, tenía pocas opciones de revertir la situación. Había que ser osados. España miró al mercado latinoamericano y buscó aterrizar en él. Para tal objetivo, se valió de su hispanismo renovado, la credibilidad del entonces presidente de Gobierno Felipe González y la imagen campechana y democrática de su «joven» monarca. España manejó esta situación con gran elegancia, no podía fracasar. En América Latina vendió su transición como ejemplo a seguir. Pactos de la Moncloa, privatizaciones, reforma del Estado, nueva gestión pública y desregulación del mercado laboral. Ésos eran los valores que pregonaban en conferencias, los líderes políticos españoles en América Latina. Sin olvidarnos del discurso de la Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Por último, poco a poco, Malló nos desvela la trama y nos pone en situación. Aquello que parecía ser el comienzo de una nueva etapa del *pool* español se diluye con la crisis actual. Aunque ya, dirá, a principios del siglo XXI se mostraban los síntomas del fracaso. Sin

desvelar cómo y de qué manera el proyecto imperial se desmorona como un castillo de naipes, apunto uno de los factores desarrollados en el texto. El Banco Santander ya no es propiedad de los Botín, un consorcio extranjero posee la mayoría de las acciones. Endesa se vende al capital italiano y así, suma y sigue. Deseos de grandeza, concesiones de soberanía a Estados Unidos y una posición subalterna en la Europa de la Unión han acabado con las ilusiones de aquellos hombres de empresa, capitanes de barco, que en nombre de las transnacionales españolas quisieron reconquistar el continente. Hoy sólo queda un cascarón vacío.

Ahora, gracias a la valentía y el buen hacer de Oriol Malló, tenemos en nuestras manos un estudio de largo alcance que nos desvela la historia no oficial de España. Es su cara oculta, que completa el cuadro. Imprescindible para conocer cómo interactúa el poder político y el cártel español cuando se trata de proteger sus inversiones. Es en ese momento cuando cobran vida las presiones, la corrupción y la compra de voluntades. Pero, como el propio autor nos recuerda, este estudio es el resultado de su compromiso vital y militante con las luchas democráticas y libertarias que hoy se desarrollan en «Nuestra América». Estoy seguro de que su lectura será de obligada referencia y los poderes fácticos no lo podrán silenciar. Bienvenido sea.

Marcos Roitman Rosenmann
Madrid, 14 de abril de 2010,
89.º aniversario de la declaración de la Segunda República

INTRODUCCIÓN

Este proyecto de libro se engendró desde la rabia. La rabia que sentí como ciudadano español al observar la indigna actuación del Gobierno de mi país ante el fraude electoral que se desarrolló en México el 2 de julio de 2006. Nace también del orgullo. El orgullo de saber que no todos los españoles residentes en México compartimos la actitud imperialista, bravucona y falsaria del cártel hispánico, sus diplomáticos, sus empresarios, sus políticos y sus medios. Por eso una lúcida minoría, tanto hijos del exilio republicano como incluso recién llegados, participamos en el movimiento de resistencia que tuvo su máxima expresión en una manifestación que jamás se borrará de mi memoria. Cuando dos millones de ciudadanos libres salieron el 30 de julio de 2006 a las calles de la capital mexicana para reclamar el recuento de todos los votos de las elecciones presidenciales. Pero este libro nace también de una duda, radical y ponzoñosa. Mi cuestionamiento de las bases y hasta el sentido de lo que en América se conoce como la Madre Patria. Siendo catalán y de raigambre nacionalista, nunca pude sentir ningún apego a los símbolos de España y, sin embargo, a los pocos meses de residir en México cantaba el himno de este país con más devoción que la mayoría de los nacionales. El caso es que estuve ahí, como todos, compartiendo unos ideales sociales y republicanos que no se me hacían nada extraños. No luchaba contra España, contra los gachupines en general, ese antipático mote de los peninsulares en México. No aplicaba aquello que en mis tiempos independentistas me llevó a los sótanos de la Guardia Civil, a sus socorridas torturas y la cárcel temporal. Confieso que no marché con millones y arriesgué mi pellejo en México sólo porque me cayeran mal los madrileños abusones. Sería demasiado poco. Demasiado ridículo al fin.

En realidad, la razones del corazón pesaron más. Estuve con la República Mexicana porque tuve la extraña impresión de que había vuelto a la encrucijada que España vivió en 1936, cuando unas elecciones generales que la oligarquía no pudo reventar a tiempo llevaron al golpe de Estado y a la masacre de cientos de miles de personas. Yo había escrito varias cosas sobre los demonios de la derecha española y su furia asesina, pero nunca pensé que fuera a asistir a su repetición. En la ciudad de Guadalajara, desde la tranquila y burguesa colonia de Chapalita, fui testigo de los crispados ánimos de los biempensantes contra el candidato de centro-izquierda Andrés Manuel López Obrador, lo cual me produjo, primero, cierta inquietud y, luego, desazón, en suma, un tremendo *shock*, que se acabó convirtiendo en enojo cuando las insidias y las calumnias se filtraron, desde los púlpitos hasta la radio, y los deseos de matar literalmente al Peje fueron expresados con psicótica vehemencia.

Por qué un discreto reformista como el alcalde de la Ciudad de México fue convertido en el Gran Satán de las hordas comunistas, es otra historia. Por qué 30 oligarcas autistas y engréidos financiaron la mayor campaña de terror de la historia mexicana y secuestraron la incipiente democracia, tampoco es nuestro tema central. Por qué las instituciones españolas, con el Gobierno del PSOE a la cabeza, apoyaron, incluso en contra de un partido hermano de la Internacional Socialista, al candidato de la derecha y, en la confusión poselectoral, avalaron, incluso antes de tiempo, la supuesta victoria de Felipe Calderón, sí es parte sustancial de la historia que aquí vamos a contar.

Pero quizá deba decir que este libro que usted, amable lector, tiene en sus manos, no hubiera existido sin ese retorno a las dos Españas que yo sentí, viví y compartí en México. Porque antes del ejercicio periodístico y el desempeño profesional, vacuas palabras demasiadas veces, estamos todos conformados por un pasado que nos reclama y nos proyecta hacia el futuro. Para mí, la coyuntura mexicana de 2006 definió con extrema claridad los frentes irreconciliables que se dieron allende los mares a partir del 18 de julio de

1936. Por eso supe al momento *contra* quién estaba yo. Sin dudar un solo instante. Cuando, cada dos minutos, los anuncios en radio y televisión repetían el consabido estribillo de que López Obrador era «un peligro para México», me estaba transportando, casi sin darme cuenta, a la Guadalajara castellana, esa pequeña ciudad de provincias que es apenas un suburbio de Madrid. Será porque en los rostros de la buena gente tapatía y en su brutal resentimiento veía, clonados, los mismos redomados clichés que usaron sus tocayos peninsulares para justificar el venidero asesinato de los vecinos que no apoyaron el golpe de Estado. No proyecto demasiado, créanme. Porque el siniestro ambiente mexicano de 2006 lo sintió igual Adelina Santaló, hija del primer alcalde republicano de Girona, cuando en aquel explosivo agosto me concedió una entrevista que ningún periódico gerundense quiso publicar. Ella me decía, realmente preocupada, que en aquellos días veía «muchas cosas similares a la época que vivimos antes de 1936». Y, en agudo paralelismo al linchamiento de López Obrador, recordaba Adelina Santaló los ataques a su padre poco antes de las disputadas elecciones parlamentarias de febrero, justo cuando «salió una caricatura de mi padre levantando las faldas a las monjas, y lo ponían como un demonio con cola y dos cuernos». Tenía ochenta y cuatro años y volvía a recrear el crimen original.

De que en todo momento el Estado español apoyó el fraude electoral, al unísono socialistas y populares, gerentes todos del mismo cártel, no hay duda alguna. Que protegió y legitimó aquella cloaca política a cielo abierto para proteger su inmensa red de negocios corporativos, está muy claro. Nunca hay demasiada necesidad de argumentar por qué las mafias matan si les jodes algún *business*. También, cual narcotraficantes u otras especies del inframundo, pudo decir la embajada: son sólo negocios, nada personal. Y luego apretar el gatillo. Así se hizo y así se actuó. Aunque no les guste que contemos esta historia. En todo caso, y amainada la insurrección popular que latía en el corazón de México, decidí que había llegado el momento de contar la parte de España en todo esto. Hacer, por tanto, la crónica no

oficial de la reconquista económica de México mediante las redes de la hispanidad, nuestro nada invisible cártel español, que maneja el territorio azteca como la nueva Argentina donde intentar la última meta de la expansión colonizadora: un área grandiosa cautiva en la que rigen las leyes norteamericanas y que, a efectos legales y reales, consta como el territorio sur de los Estados Unidos. Sin aranceles y bajo protección de los tribunales de Washington, todo se puede.

Éste es un lugar de maravillas mil donde el cártel español de negocios maneja sectores fundamentales en ámbitos como la banca, la energía, las obras públicas, la hostelería y los seguros gracias a la previa cooptación de presidentes, secretarios, subsecretarios y hasta ministros de la Corte Suprema. Quizá después de la rabia y de la depresión provocadas por saber que los actos criminales de alto nivel quedan impunes, no me quedaba más que ponerme a investigar. Abrir archivos y hemerotecas, entrevistar a vencedores y vencidos, comprender las dos patas de esto que un día fue el Imperio español, la vieja y la nueva España, zambullirme en la realidad mexicana para descubrir cómo aquel rincón del sur de Europa había conseguido, pese a sus fracasos coloniales, mantenerse incrustado, de modo latente y poderoso, en las mentes de las elites criollas que manejan los países de América Latina como sus cortijos particulares. Una historia compleja e intrincada. Un rompecabezas que tardé tres años en componer del todo. Aquí está, pues, mi visión de una historia que aún no es historia. Pues entre madres patrias e hijas rebeldes se define día a día un pulso agónico. Me resultó fácil elegir. Y espero que se me entienda.

Mi España, si algún día existió, fue expulsada. Por eso la hispanidad, en su completa acepción, es enemiga natural de la España que nunca fue realmente posible. Y no es una jerga enfermiza sino un tema sustancial de nuestro laberinto español que afecta por igual a peninsulares y americanos. Cosas que cuenta con mejor prosa *Viaje al fin del paraíso. Ensayos sobre América Latina y las culturas ibéricas*, pequeña joya esencial del filósofo

Eduardo Subirats¹. Un texto publicado en Buenos Aires en 2005 porque este portentoso intelectual ejerce desde su exilio en la Universidad de Nueva York, pues los mandarines que dirigen el aparato cultural patrio son, con escasas excepciones, sabuesos de un viejo poder que, rediseñado y estilizado, sigue condenando al ostracismo todos los matices de la verdad. Por ello valga acabar esta previa apasionada con sus propias reflexiones sobre esa hispanidad que, en todas sus terribles secuelas, destruye las vías posibles de desarrollo de México y América Latina después de haber aniquilado, tras su espectral victoria en 1939, a los españoles que no se rindieron al mal.

Hubo un tiempo en que la palabra Hispania agrupaba la pluralidad de culturas y lenguas sujetas a la influencia lingüística y civilizadora de la Roma imperial. Pero desde el siglo XVI, esa ancha Hispania ha sido particularizada en lo español a lo largo de una historia oscura de cruzadas y limpiezas étnicas dirigidas contra las comunidades y culturas islámicas y judías de la península Ibérica en primer lugar, y al lo largo también de la subsiguiente expansión colonial de una monarquía cristiana erigida precisamente sobre aquella herida histórica. Por lo demás, la cristalización de lo hispánico en lo español, espina dorsal del discurso de la hispanidad, se ha acompañado de una serie violenta de expulsiones y exclusiones lingüísticas y políticas, religiosas, intelectuales y étnicas, con efectos todavía vigentes hasta el día de hoy.

Tiempos borrados por el trauma, prosigue Subirats, los traumas sucesivos que definieron la historia de España. Estos que nunca podremos dejar de decir:

El primero de esos traumas fue la eliminación de «moros y judíos». Se destruyeron mezquitas y sinagogas, se quemaron biblio-

¹ E. Subirats, *Viaje al fin del paraíso. Ensayos sobre América Latina y las culturas ibéricas*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2005.

tecas, se prohibieron sus lenguas, se persiguieron y exterminaron sus pueblos. A continuación se instauró gramatical, teológica y militarmente la unidad nacional de la España cristiana, monárquica e imperial.

El segundo trauma histórico de la «hispanidad» es una extensión del primero. Aquella universal «destrucción de mezquitas» que definió la unidad nacional católica fue lo que llevó a hombres como Hernán Cortés y Francisco Pizarro, y a sus herederos modernizadores, a descubrir, conquistar y a «hacer» las Américas.

El tercer trauma puede definirse como una modernidad rota o decapitada, y también como una colonizada modernidad y posmodernidad. El mismo poder político y eclesiástico que erigió a la monarquía hispánica, liquidó de raíz, tanto en la Península como en el continente, todas aquellas reformas teológicas, epistemológicas y políticas sin las que no era posible constituir el significado filosófico y político de la «modernidad» en un sentido histórico del concepto (por oposición a la banalización académica y mediática de esta palabra). Este proceso de supresión de las diversidades culturales y de la subsiguiente constitución de la unidad homogénea de la España nacionalcatólica comprende la eliminación del Humanismo y la Reforma en los siglos XVI y XVII; la decapitación de la Ilustración en sus aspectos tanto científicos, como éticos, estéticos y políticos en el siglo XVIII; la liquidación del liberalismo español y latinoamericano en el siglo siguiente; y no en último lugar, la combinación de crueldad autoritaria y mesianismo cristiano que se ha extendido a lo largo de una inacabada y colorida sucesión de fascismos ibéricos y latinoamericanos en el siglo XX.

Suma y sigue. Hasta el fin:

El exiliado humanista hispano Luis Vives ya escribió, en el contexto político de la expansión colonial cristiana del siglo XVI, que la construcción de grandes imperios no significaba otra cosa que la erección de grandes ruinas. Desde la poesía árabe y sefardí, que llora el paraíso perdido de su esplendor cultural en la Penín-

sula, hasta los testimonios de Garcilaso sobre una América no descubierta sino destruida, mucho antes de ser conocida, sin olvidar las continuas expresiones de pesimismo que atraviesan las consciencias más lúcidas de la historia cultural hispana, de Luis de León a Francisco de Goya, esta visión de violencia, esperanzas quebradas y un interminable desierto de ruinas, es decir, la verdadera decadencia hispánica, ha sido una constante intelectual. Casi es un signo de identidad. Lo era bajo las dimensiones apocalípticas del misticismo judío adoptado el día después de la catástrofe de la expulsión. Lo es también en la literatura oral de los pueblos históricos de América, supervivientes a las estrategias coloniales, poscoloniales y posindustriales de genocidios ecológicos y financieros. Esta visión negativa de la historia hispánica es precisamente un momento central en las historias canónicas de la literatura latinoamericana en la era global: *Todas las sangres; Pedro Páramo; El señor presidente; Yo, el Supremo.*

Esta reforma ausente o esta truncada reforma de las inteligencias y de las sociedades hispánicas no son una idiosincrasia casual. Son más bien la consecuencia necesaria de un trauma constituyente. Tras decapitar los centros espirituales de la Península y del continente, el cruzado vencedor, la monarquía absoluta y no en último lugar la Inquisición acabaron desollando sus corazones. Abravanel era un portugués huido, Vives y Sánchez fueron exiliados por la Inquisición. Garcilaso vivió un exilio interior celosamente observado por la Iglesia. Spinoza era un descendiente de las familias de Sefard. En el Siglo de las Luces, Castro Sarmiento fue quemado en efigie en Lisboa. Olavide fue liquidado intelectualmente por un auto de fe inquisitorial. Blanco White es un paradigma de la persecución eclesiástica del siglo XIX secundado por el ninguneo nacionalcatólico del siglo XX. Pero a través de muchos de estos filósofos, los que constituyeron el exilio intelectual de Ámsterdam y Amberes en los siglos XVII y XVIII, por ejemplo, cristalizó precisamente la modernidad europea en un sentido epistemológico, ético y político. Sus voces fueron parte sustancial de una consciencia reflexiva europea. No de la «identidad hispánica».

De este trauma constituyente que recordamos y recreamos todos aquellos que moramos en el exilio moral, lejos de la miseria intelectual española, nace también este libro. Contra las redes del hispanismo neocolonial de las cuales fui testigo en México, mi patria adoptiva, levanto mi voz. Tarea inútil, ciertamente, pero como dijo alguien, menos da una piedra.

CAPÍTULO I

Genocidio y negocio

Dicen que el laberinto español, lleno de secular miseria, latifundio andaluz, pertinaz sequía y otras especies malignas, cual engendro de curas, boticarios y picoletos, se volatilizó hace tiempo. Un vendaval de modernidad, transiciones milagrosas y democracia madura convirtió este rincón africano en el modelo a seguir por todos los que aspiraban a salir del Tercer Mundo y entrar en el primero por la puerta grande. Hasta que la burbuja económica nos estalló en la frente allá por 2008, el «milagro español» fue sensación mundial y, aunque poca gente sabía contar la esencia de nuestro supuesto triunfo, algunos decían muy solemnes que éramos una sociedad de propietarios, pura y solvente clase media, aunque el piso estuviera hipotecado con el banco por cincuenta años y el resto de nuestro bienestar fuera comprado a crédito y con contratos temporales. Mientras los españoles descubrimos tarde pero con rotundidad que nunca salimos de pobres, también constatamos el verdadero secreto de toda democracia madura: hay que joderse.

Treinta y cinco años de libertades formales sirven para comprobar que no importa lo que hagamos, igual no hay nada que hacer. Excepto constatar que, mientras nos intoxicaban con basura altamente tóxica, la España de los vencedores –los vencedores de la Guerra Civil– sí tenía un plan a largo plazo. El milagro español fue realmente algo prodigioso para nuestros oligarcas desde los tiempos de la Guerra de Cuba, y de esto hace ya tiempo. Mientras usted y yo estamos hundidos en la deuda familiar y otras miserias mayores, hay una pequeña constelación de grandes corporaciones ibéricas que no dejan de ganar a expensas no sólo de sus rehenes locales sino también

de otras víctimas globales cuyos nombres corresponden a viejas posesiones coloniales, desde Guinea Ecuatorial hasta Perú. Es decir, nombres temidos que imponen su ley allende los mares. Generales, tropa y secuaces de nuestra clase corporativa. Imperio informal, sin territorio, pero con la influencia de los que, al parecer, cuentan en las ligas mundiales. Porque existe, sin duda, un subimperio español en América Latina o un armazón de multinacionales apoyadas por el Estado que maquilla mediante puentes culturales su función de proteger a toda costa sus intereses empresariales en el continente americano. Protección que incluye, en las nuevas colonias, el trabajo de perro guardián del gran capital internacional –europeo y anglosajón– cuyo monto de inversión vía fideicomisos y fondos varios es básico en compañías energéticas, instituciones bancarias y otras empresas de servicios públicos de bandera española.

Es el caso de La Caixa, por ejemplo, que acaba de perder el control de un monstruo llamado Agbar, o Aguas de Barcelona, ya que desde octubre de 2009 el control accionario de estos coyotes mundiales del agua está en manos del gigante francés Suez (el 75 por 100 de las acciones para ser exactos). Final colonial e irónico de una «relación especial con Francia» al decir del incorruptible economista Francesc Sanuy, que, antes de su completa absorción por París, supo contar cómo esta araña financiera llamada La Caixa había tejido

una complicada telaraña de participaciones cruzadas. En efecto, La Caixa dispone del 1,5 por 100 de Suez, pero Suez tiene el 51 por 100 del Holding de Infraestructuras y Servicios Urbanos HISUSA (el 49 por 100 restante lo tiene La Caixa), que tiene declarada una presencia del 47,1 por 100 en Aguas de Barcelona-Agbar. Además, HISUSA es propietaria del 5 por 100 de Gas Natural. Hay que recordar que Suez representa el 50,01 por 100 del grupo eléctrico Electrabel y que por encima de todo este conjunto planea la sombra alargada del Groupe Bruxelles Lambert (GBL), un *holding* muy poderoso en el que coinciden el multimillonario Albert Frère (grupo Frère-Bour-

geois/CNP) y la Power Corporation de Canadá, del también multimillonario Paul Desmarais¹.

Así descubrimos que GBL (Groupe Brussels Lambert) y Albert Frère controlan el 35 por 100 de los derechos de voto del grupo de editoriales y medios Bertelsmann, que a su vez es «el alma mediática e ideológica del SPD alemán y de toda la socialdemocracia europea», que nos lleva a la Fundación Ebert, responsable hoy en día de llevar a buen puerto las transiciones iberoamericanas, lejos del peligroso chavismo y bajo el modélico patrón español que ensayaron en los setenta.

Cuando, en septiembre de 2007, se fusionaron la pública Gaz de France (GDF) y la privada Suez para evitar ataques hostiles desde el extranjero, se creaba el cuarto gigante mundial de la energía y por ello la relación con los gestores y socios de La Caixa quedó en entredicho. En el otoño de 2009, las dudas se esfumaron. Francia retomaba el control accionarial completo de Agbar. De forma que el papel mayoritario de GDF Suez en Aguas de Barcelona y su participación del 11,4 por 100 en Repsol repiten la estructura que, hace casi un siglo, el trust eléctrico mundial SOFINA, dirigido por el norteamericano Daniel Heineman, a medias entre capitalistas ingleses, alemanes, belgas y franceses, tenía sobre los monopolios eléctricos de Barcelona, Buenos Aires y la Ciudad de México, donde, como contaremos más adelante, tenían participación como comisionistas y consejeros nombres destacados de la burguesía catalana y hasta grandes de España como el duque de Alba. A estas alturas del siglo XXI, con más poder pero siempre como secundarios de lujo, sentados ya en el corazón de los negocios europeos, los hombres de La Caixa, formados bajo la tutela de José Vilarassau, alto funcionario del franquismo como director general del Tesoro en el Ministerio de Hacienda, tienen la función que siempre han tenido en el gran juego del imperialismo económico: hacer la guerra cor-

¹ F. Sanuy, *Informe Sanuy. Defensa del petit comerç i crítica de "la Caixa"*, Barcelona, La Campana, 2006, pp.184-185.

porativa del capitalismo europeo en América Latina abriendo mercados locales e imponiendo tarifas abusivas a clientes cautivos para mayor gloria de la casa-madre y sus retribuciones de consejeros locales o del consejo-madre de París. Feliz alianza estratégica de peces grandes y medianos que definió con cruda simplicidad el presidente de Suez Environnement, Jean-Louis Chaussade, refiriéndose, claro está, a Iberoamérica: «Este continente se lo dejamos a Agbar. Ellos tienen un idioma y una cultura más apropiados»².

Curiosa cosa es España. Entre las ruinas del ladrillo, vamos descubriendo interesantes verdades sobre esta Florida europea. Algunas son raras, pero no tanto: Iberia hunde sus raíces en la prehistoria. Siempre ha estado ahí, pero sigue sin funcionar como patria común. La nación española no puede existir como consenso real porque sus fundamentos, sus signos y sus símbolos son lo contrario a la representación revolucionaria de las naciones. Somos colectivamente un ente depresivo y sin pasado porque hicimos tabla rasa. Nuestro único recuerdo compartido es mejor no alardearlo: fuimos fusilados, exiliados, muertos de hambre, torturados, humillados y silenciados por un puñado de psicópatas africanistas apoyados por unas turbas morbosas que un día creímos nuestros vecinos. Gente bien, finolis o lumpen multicolor, juntos pero no revueltos, nos subyugaron como perros. Aunque con heroicidades y luchas sin igual, con resistencias permanentes como el islote vasco, lo importante, a fin de cuentas, es que esta mancuerna de asesinos definió las reglas de juego y todos las acatamos. Los perdedores empezaron a comer pollo, se compraron un pisito, se hicieron con un Seat 600 y hasta ahorraron cuatro pesetas para tener hijos universitarios. Con el tiempo, el proletariado urbano incluso se creyó clase media. Pasaron muchas cosas más y, entre ellas, el franquismo se diluyó en su victoria social y se mudó a democracia formal; pero nuestra historia reciente tomó un rápido camino hacia el olvido en el que nada extraño tiene que la cocaína, el *porrito* y la *peña* hayan sustituido el pensamiento libre.

² C. Delgado, «El señor del agua llena el depósito», *El País*, 2 de agosto de 2009.

Victoria póstuma de Franco y de su mítico aunque falso latiguillo —«Joven, haga como yo, no se meta en política»—, las palabras se han vuelto tan escasas e insustanciales que términos como «oligarquía» suenan tan marcianos que han dejado de usarse. Es decir, España debe de ser el único país donde nuestras benditas clases dominantes no sufren por sus pecados, pues, pese a mandar más que nunca, nadie les mienta la madre; o, cuando menos, recuerda su existencia. Luego vemos la distribución de la renta y las desigualdades reales, y, tras hundirse el *Titanic* español, estamos casi como hace treinta años. Con la diferencia de que los hijos de esta crisis atroz y duradera no tendrán ni el empleo fijo de sus padres ni la propiedad familiar que ellos pagaron en cuarenta años —la cual tendrán que repartir, como último despojo, con los otros herederos, excepto que alguien sea hijo único—. En un mundo donde la comunidad universitaria —habitaciones a 300 euros en piso compartido— no es un ritual de paso sino una cerrada perspectiva del futuro que ya llegó, es tiempo de hacerse muchas preguntas. ¿O no?

* * *

Quizá para entender por qué expiró el problema español y otros asuntos ibéricos que enloquecían en sus buenos tiempos a los catedráticos anglosajones, y por qué misteriosas vías nos volvimos modelo, faro y paradigma de la posmodernidad, debemos usar el famoso ejemplo de Naomi Klein, la ilustre periodista canadiense que describió en *La doctrina del shock* el modelo chileno como el ejemplo más depurado de terapia criminal para que el pueblo aprenda por las malas y *fast track* a respetar a las castas divinas; adoptando el horror no por mero placer compulsivo sino para operar una salvaje redistribución de la riqueza en favor de las elites, que así, de un plumazo, consiguen que, tras masivas dosis de tortura, dolor y muerte, los supervivientes del trauma colectivo se adapten, desmemoriados y confundidos, a un statu quo que, en condiciones normales, las masas populares nunca hubieran aceptado. Jaime Guzmán, constitucionalista de la Universidad Católi-

ca y líder moral de las derechas chilenas ajusticiado en 1991, no pudo decirlo más claro: «Lo primero que debe quedar claro en una sociedad, dijo José Antonio Primo de Rivera, es quién manda y quién obedece. En Chile, afortunadamente, eso está muy claro»³. Un tipo de discurso que comprendí hace más de diez años cuando, en la biblioteca de mi familia, encontré un libro escrito en catalán, un manual de tirada corta, sin pie de imprenta, que un señor llamado Jordell Amorós escribió en 1955 para que su familia conociera sus más íntimos pensamientos. Todo un decálogo insustancial, cuyo «endulzamiento angelical» sonaba, incluso en sus tiempos, demasiado cursi para ser verdad. Hasta que nuestro pequeño burgués destapa su lado bipolar. Después de hablar de la moral, el arte y la alegría que ha traído la paz, llega la justificación del genocidio. Argumentos que, desde Irún a Bariloche, colman el pensamiento hispanista:

Un pueblo ha sido bestia, y como a bestia han debido tratarle.

Ejemplo, España. Que tuvo con los militares el elemento necesario. En buena hora. Mucho hemos ganado desde entonces.

En los momentos actuales, llegados a un tiempo de compenetración mundial, nos avergonzaríamos de haber sido nunca tratados como bestias.

Pueblo civilizado. Gobierno humano.

¿Militarismo? Son hombres educados para mandar y aptos para imponerse cuando conviene. De los escogidos, reconozcámoslo y agradezcamos su eficacia. Miremos a España.

Hemos mejorado durante el largo periodo de Gobierno Militar. Inconsciencia sería no reconocerlo. Ojalá pudieran nuestros militares y los de todas partes relegar las armas a los museos, tan seguros estén de la civilización de todos los pueblos. Paso definitivo de la misma civilización, que la hora de los ánimos templados debe llegar.

³ I. Jara, *De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile. 1936-1980*, Santiago de Chile, Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2006, pp. 244-245.

De Jordell Amorós, *mayoría silenciosa* del nuevo régimen totalitario, al doctor Guzmán, mentor intelectual del autócrata chileno, un mismo pensamiento transluce el cierre de filas contra los pueblos que osan acceder a la dignidad. Los que mandan reducen a la obediencia a sus compatriotas, tratados a tal fin, y en explícito lenguaje, como bestias. Resumen, sin floripondios, del sistema de castas que el absolutismo hispano instaló en el inconsciente católico y que el racismo imperial-darwinista del siglo XIX remachó para consumo de las clases medias hispánicas. Y así, de Francisco Franco a Augusto Pinochet, de Somoza a Micheletti, la hidra sigue mandando los mismos mensajes. Nada extraño resulta, pues, que el dictador chileno siempre tuviera en la cabeza a su venerado generalísimo Francisco Franco Bahamonde, al cual rindió último homenaje en su entierro madrileño. Odiosas comparaciones de las cuales hablaremos más adelante. Pero lo cierto es que el *fascio* mundial lo admiró por razones obvias.

España fue su coto privado y murió matando. Se echó los últimos cinco guerrilleros en septiembre de 1975 y nadie interrumpió su agonía. Sirvió a los suyos y se sirvió lo suyo, pero sin duda dejó un legado. Imborrable. Algo que también esperaba conseguir Pinochet tras el primer golpe militar del siglo XX. Decía un portal cibernético de ultraderecha, *Despierta Chile*, que

el 20 de noviembre de 1975 muere cristianamente el caudillo Francisco Franco. Millones de españoles lloran desconsoladamente su muerte. Muy pocos jefes de Estado extranjeros se atreven a asistir a su funeral; entre los que tienen el valor de venir destaca uno; el general Pinochet. Al pasar el general Pinochet al lado de los falangistas que despiden a Franco, éstos se cuadran y levantan el brazo. Pinochet levanta el suyo y las lágrimas afloran en los robustos hombres fieles al caudillo. Su imponente capa gris no pasa desapercibida ni entre los que lloran a Franco ni entre los que se alegraron de su muerte⁴.

⁴ «La situación de los militares españoles después de Franco», *Despierta Chile* 1, 4. Disponible en www.despiertachile.wordpress.com.

En sus declaraciones periodísticas, en sus pensamientos íntimos, Augusto Pinochet siempre se declaró «admirador del caudillo». En las exequias del viejo golpista, ésas fueron sus palabras: «España, durante mucho tiempo, ha sufrido, como nosotros sufrimos hoy, el intento perverso del marxismo, que siembra el odio y pretende cambiar los valores espirituales por un mundo materialista y ateo. El coraje y la fe que han engrandecido a España inspiran, también, nuestra lucha actual. Por eso, el jefe de Estado concurre en representación del Gobierno y el pueblo chilenos a rendir homenaje a este guerrero que sorteó las más fuertes adversidades y también a entregar nuestros mejores augurios y deseos para la España de hoy, de mañana y de siempre»⁵.

Luego, y sin aspavientos, surge la odiosa pregunta: ¿no será que este trauma expiatorio que Franco prolongó durante toda una agónica guerra y una atroz posguerra, tuvo la exacta y clarividente vocación de quebrar el espinazo de los españoles para que ellos y sus descendientes aceptaran algo tan absolutamente inmoral, el poder de los peores, que sólo la estricta necesidad de sobrevivir y salvar el pellejo hacía tolerable? En el camino, y para décadas quizá, el trauma original fue tan crucial, doloroso al extremo, y se repitió tanto en el tiempo como pesadilla recurrente, que incluso tras la lenta mejoría en las condiciones de vida de los vencidos, ¿no terminamos por creer que es lo mismo sobrevivir que existir, negar que recordar, acatar que exigir? De tantos libros escritos sobre la guerra y sus secuelas, pocos hacen conjeturas sobre la terapia radical que Franco aplicó a sus súbditos, pero un notable periodista, Víctor Alba, que vivió la mayor parte del tiempo en el exilio americano, señaló en un libro-testimonio, *Todos somos herederos de Franco*, la moraleja del *shock*:

Este clima de desconfianza absoluta, de miedo a cualquiera porque cualquiera podía ser el delator al acecho [...], esta sensación de que todo llegaba por la espalda, de que los españoles que habían

⁵ *Ibidem.*

sido solidarios, nunca colaboradores de la policía política, gente decente y de dignidad, se habían convertido en un pueblo de delatores y delatados, que los amigos, los parientes, los compañeros de trabajo, podían lanzarte a la cárcel, prevaleció en el país durante por lo menos veinte años, es decir, el tiempo suficiente para cambiar a los que sobrevivieron a la Guerra Civil y a los que vivieron como niños y se hicieron adultos en los primeros años del franquismo⁶.

Un silencio que ha tenido una consecuencia imborrable en todas las posteriores generaciones, incluida la que ahora transita por el siglo XXI, pues todo el mundo «creció sin pasado» y, «cuando no hay pasado, no hay tampoco futuro, sino solamente presente»⁷. El único futuro de un país sin pasado era convertirnos en un protectorado occidental que nos librara al menos del terror que Franco inculcó en todos nosotros y por el cual España, aniquilada por el golpe de 1936, dejó de tener siquiera una historia que valiera la pena recuperar. Los valores del pasado se esfumaron y apenas quedó la *movida*, cuyo legado de grandes canciones e iconoclastas maestros se subsumió en la transición y en el *caballo*, la heroína, que inició la era del olvido, en la que aún estamos sumergidos. Así que la lógica del *shock* «debía forzosamente marcar la psicología de los españoles», dijo Víctor Alba en 1980, antes de que el PSOE maquillara el hundimiento moral. «Cuando, en biología, una mutación persiste, acaba modificando los genes y transmitiéndolos. En psicología hay también el equivalente de los genes: valores, educación, creencias. El franquismo mudó los genes psicológicos de los españoles.⁸» Es verdad que luego olvidamos todos, incluido este viejo periodista catalán que derivó hacia el fácil exorcismo del maligno comunismo soviético y sus émulos españoles. La posmodernidad del PSOE y la rendición al mercado común no nos volvió ciudadanos de una nación soberana, pero

⁶ V. Alba, *Todos somos herederos de Franco*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 43.

⁷ *Ibidem*, p. 45.

⁸ *Ibidem*, p. 46.

nos quitó al menos el recuerdo de haber sido «el pueblo más desgraciado, expoliado, humillado y mofado de Europa».

Desde la otra orilla del Atlántico, y en 1979, Gastón García Cantú, académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, tuvo el acierto de definir el significado histórico de aquella doctrina del *shock* antes incluso de que nadie le pusiera tal nombre:

En España, en nuestro siglo, ocurre una cosa parecida en otro ciclo histórico: el del fascismo y el proceso neocolonial. No hay lugar en el mundo en el que, a partir de la caída de la República española, no se aplique el mismo método político según las circunstancias regionales: fortalecer a los aliados de la dependencia para impedir el desarrollo autónomo o lanzarlos a la reconquista del poder mediante el ejército. Los lemas, los signos, las palabras, los usos políticos, son los mismos⁹.

* * *

Sólo queda una incómoda marca de la humillación. Los que tenemos más de cuarenta años, no la podemos evitar tan fácilmente. Cuando alguien dude de la terapia del *shock* que nuestros golpistas aplicaron para ejemplo y gloria de sus pares hispanoamericanos, recordemos la efectividad de la lección pavloviana impresa en la mente ibérica. Tiene nombre y fecha. El *tejerazo* del 23 de febrero de 1981, o el fallido golpe de Estado del coronel Antonio Tejero entrando a balazos en el Congreso de los Diputados la tarde de autos de la sesión de investidura del presidente Leopoldo Calvo Sotelo. No importa ahora si aquello fue un *putsch* promovido por el rey y su operador político Alfonso Armada, o una fastidiosa locura del búnker castrense sin apoyos reales. Importa recalcar que, durante unas horas, nos tuvieron ante la perspectiva de la muerte. Pasivos y desesperados. A merced de unas fuerzas que nos tenían literalmente aterrados y ante las cuales nuestro único resorte men-

⁹ G. García Cantú, *Idea de México, IV. Ensayos 2*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

tal fue la sumisión o la huida. Sólo una sociedad de rehenes cimentada sobre el miedo, miedo cerval y atávico de ratas de laboratorio español, pudo responder así. Pidiendo la hora en la soledad de cada uno porque no había diques contra la jauría de siempre.

Todo lo que honestamente podemos contar, y yo me acuerdo porque tenía quince años, es la piel enchinada y el síncope en el corazón, el sudor frío y un temor larvado pero canijo. Letal combinación que sufrieron miles de personas aquella tarde de invierno de 1981. Todas y cada una de ellas estaban pensando en huir de su propia tierra antes que terminar en el paredón o tras las rejas. Es decir, la única reacción era quemar papeles y correr de nuevo hacia Francia. Así fue nuestra triste condición aquella noche, y no hay versiones bonitas de esta humillación colectiva. En mi casa se empezó a hablar bajito y al teléfono se decían cosas, pero con circunloquios, por si alguien escuchaba. Un atroz silencio presidía el edificio. No se movía ni una hoja. Nadie circuló por las calles excepto los tanques del jefe de la III Región Militar, el general de división Jaime Milans del Bosch, que en Valencia amedrentó a todos. Nada fuimos aquella noche. Esa es la verdad. Todo lo que se firmó en la Transición, todas las renunciadas, las amnesias, las simulaciones, las rendiciones que se aceptaron, acataron e interiorizaron, necesitaban de una última vuelta de tuerca, la que nos tragamos sin chistar la noche del 23 de febrero de 1981. Debíamos recordar de nuevo, y por última vez, que estábamos vivos gracias a ellos. Quién manda y quién se calla, supongo. Cuando, a la 1.00 de la madrugada del día 24, salió en TVE Juan Carlos I, con el uniforme de capitán general de los Ejércitos, para decirnos que no aprobaba el golpe y que podíamos irnos a dormir, estaba todo el mundo tan acojonado que empezamos a vivir la clásica alucinación del rehén agradecido. Del síndrome de Estocolmo a la máxima pasividad.

Desde entonces quedó claro que los ciudadanos de España no seríamos protagonistas de la historia sino pasivos receptores de un guión que ya no nos pertenecía. Los viejos oligarcas se juntarían con los nuevos arribistas del PSOE para dejar que Felipe González hiciera, a costa de sus votantes, el rescate y cartelización

del capitalismo español. Aunque hubo su lado amable: los militares se fueron esfumando, los policías ya no parecieron tan amenazadores y el Estado del bienestar se puso un poquito mejor; poco más, en verdad. Hasta que apareció José María Aznar, el conformismo social se convirtió en norma de vida colectiva. Algo que describió el académico de la Universidad Complutense y exiliado del pinochetismo Marcos Roitman en un texto que, sin hablar de la doctrina del *shock*, define perfectamente la tortura colectiva chilena, tan parecida en sus formas y secuelas a la española.

Mucho se ha escrito sobre las tiranías del Cono Sur y más aún sobre la relación entre los torturadores y el torturado, el llamado síndrome de Estocolmo. Pero ¿qué explicaciones hay para los comportamientos sociales capaces de ser conceptualizados como una tortura colectiva, cuando la violencia política expresa valores y símbolos que buscan apagar la historia de un pueblo y hacer tabla rasa de su memoria? Es decir, cuando el miedo, el panóptico del poder, las formas sociales de la tortura, se expresan en los espacios cotidianos, donde nadie escapa a la visión dejada por los campos de concentración de la dictadura, en las zonas abiertas, en las que ni cerrando los ojos es posible no sentir la sensación represiva de un orden que se impone bajo la razón de Estado. Donde el terror psicológico acompañaba el caminar y la muerte estaba presente en las calles y la frase de Pinochet «nada se mueve en Chile sin que yo lo sepa» era un adelanto de la mano larga del crimen y la guerra sucia.

En este acontecer, se guardaban muchos silencios, cómplices, dolorosos, de amnesia o de miedo, que ocultaban la verdad bajo un manto de cal donde yacían cadáveres de chilenos sin más condición que ser miembros del Gobierno constitucional de la Unidad Popular. Muchos negaron lo que veían. Los ahora en el poder, los visibles, amigos de la infancia, en pueblos y ciudades de treinta mil o cuarenta mil habitantes, donde las relaciones sociales son casi fraternas, convirtieron a los militantes de la Unidad Popular en elementos subversivos y en pocas horas engrosaron las filas de enemigos de la patria. En fraudulentos consejos de guerra se los condenó por traición,

e intendentes, alcaldes, concejales, diputados de estos municipios, que durante años habían tenido una relación calurosa con los militares, fueron directamente pasados por las armas.

La «caravana de la muerte» es la seña de identidad de esta práctica retorcida. Se trataba de dar ejemplo. Muchos chilenos que en 1970 vitorearon el triunfo de la Unidad Popular llegaron a sentir miedo y más tarde pudor, cuando no vergüenza, por haber participado en el Gobierno constitucional. Familiares de huérfanos de detenidos desaparecidos, de exiliados y muertos en crímenes de lesa humanidad, prefirieron transgredir la verdad. El engaño y la mentira se convirtieron en un salvoconducto contra el dolor de niños y adolescentes que crecían sin saber quiénes eran sus padres. Se los crearon de artificio. Padres y madres normales, víctimas de accidentes de coches, enfermedades o deserciones conyugales. La perversión de la tiranía se ocultaba en las víctimas que huían de su pasado. Y con ello sepultaban la memoria de sus futuras generaciones. Con el argumento de proteger a la infancia, recurrían al lado negro. Si el golpe militar y la nueva sociedad levantaban el mito del comunismo asesino, nadie de los suyos debía pertenecer a dicha condición. Y para evitar el despecho de los otros, la segregación en el barrio, en la escuela, lo más sensato era cerrar la puerta a la conciencia, erradicarla; incluso se llegaron a sentir culpables. Mejor dejar las cosas como estaban. Seguir viviendo una mentira, pensar que había sido un error reivindicar justicia social, socialismo, paz, reforma agraria, nacionalizaciones, democracia y un Chile mejor. Es menos cruel el engaño permanente. Se evita el dolor. Así han muerto muchos, llevándose en sus cuerpos las señas de enfermedades psicosociales como neurosis, trastornos del sueño, cáncer de colon, hipertensión, pérdida de memoria, irritabilidad, etc. Una forma más de acortar la vida, torturados para siempre sin gritar su amargura. Ése ha sido el control político sobre el cual se ha cimentado la transición para evitar cualquier tipo de justicia frente a los violadores de los derechos humanos¹⁰.

¹⁰ M. Roitman, «La memoria, el olvido y la dignidad», *Revista Pueblos* (en línea), 20 de septiembre de 2007. Disponible en www.revistapueblos.org/spip.php?article655.

Por eso supongo que España es el paradigma de la transición perfecta. Sin costos para los oligarcas, sin culpas para los victimarios. Aunque, al decir doctoral de Vicenç Navarro, el último de los auténticos socialdemócratas españoles, el balance fue menos oligárquico:

Este enorme bloque de poder se vio forzado a realizar cambios significativos en respuesta a grandes movilizaciones populares. La imagen tan promovida por el *establishment* mediático y político del país de que el rey nos trajo la democracia es una burda manipulación del análisis histórico. La mejor prueba de la escasa sensibilidad democrática del monarca fueron los borradores del cambio propuesto por los primeros gobiernos monárquicos, en los que la representatividad y diversidad políticas estaban sumamente limitadas. Fue la presión de las clases populares y muy en particular de las huelgas obreras de claro carácter político (ignoradas y ocultadas en la historiografía oficial) las que forzaron los cambios en aquellos borradores. Aquellos años vieron las movilizaciones de la clase trabajadora más intensas que se hubieran visto en Europa desde los años sesenta. En 1976 hubo 1.438 días de huelga al año por cada 1.000 trabajadores (la media en la Comunidad Europea era de 390 días), y en la metalurgia, 2.085 por cada 1.000 (el promedio en la Comunidad Europea fue de 595 días).

Un tanto semejante ocurrió en 1977. Tales movilizaciones forzaron los cambios pero, debido a la enorme represión de la dictadura (por cada asesinato político que hizo Mussolini, Franco realizó 10.000) y al gran poder del bloque conservador, no consiguieron romper con el enorme dominio político que aquel bloque tuvo en configurar la Transición. No hubo rotura (como sostiene una interpretación sesgada de la Transición, promovida por el bloque conservador, con la complicidad de algunas voces de izquierda), sino una reforma dirigida por aquel bloque de poder, que dejó su imprimátur tanto en la Constitución (que iguala, por ejemplo, la escuela privada –gestionada en su mayoría por la Iglesia–, que sirve a los grupos so-

ciales más pudientes de la población, con la escuela pública, atendida por los niños de las clases populares) como en el sistema electoral que estableció (que discrimina a la clase trabajadora, hoy enormemente subrepresentada en uno de los sistemas electorales menos representativos de los regímenes electorales existentes). Y este dominio de aquel bloque conservador continúa siendo enorme¹¹.

Factor fundamental impulsado también por la nueva oleada fascista en América Latina, que servía para recordar que, bajo la misma cobertura norteamericana, los herederos criollos de Franco se lucían con tanta saña que cualquiera procuraba no despertar los bajos instintos de la camada militar española. Así que sobre aviso no hay engaño. Si nosotros empezábamos a respirar justo cuando Sudamérica se sumergía en la niebla del genocidio, nuestra *cordura* serviría luego de fácil lección para los supervivientes del terror militar de los setenta. Dejen de meterse en política, no amenacen a los intereses creados, no provoquen a los jefes. Y tendrán, como en España, una buena vida. Así, subrepticamente, al cabo de dos o tres décadas, los frentes populares se convirtieron en peligroso populismo mesiánico y la única izquierda posible debía rendirse al liberalismo social de Felipe González o a su contraparte mexicana, Carlos Salinas de Gortari.

De este modo, una procesión de ex guerrilleros se convirtieron en abanderados de los mercados abiertos, mientras muchos emprendían el regreso a la casa grande del patrón. Huelga decir que el consenso español o la simulación de una democracia otorgada gentilmente por los golpistas de 1936 sirvieron de ejemplo y guía para todos los procesos de *normalización democrática* que desde finales de los ochenta, y empezando por Chile, se aplicarían al vapor. Doctrina del *shock*, pues, manejada por la macana que la Operación Cóndor aplicó a gran escala en el Cono Sur. Variaciones nocturnas del modelo que Francisco Franco aplicó en España. De

¹¹ V. Navarro, «La Transición no fue modélica», *Público*, 9 de abril de 2009.

la plaza de toros de Badajoz al Estadio Nacional de Santiago de Chile. De las palizas en los cuartelillos de la Benemérita a los sistemáticos centros de tortura de la DINA.

Nada nuevo, como reconoce el mismo Vicenç Navarro, uno de los privilegiados peninsulares que, junto a Joan Garcés, vivió de primera mano el proceso reformista de la Unidad Popular chilena, quien se sorprendía de que sus alumnos se indignaran ante las brutalidades cometidas por los regímenes tiránicos de los setenta y no percibieran que seguían el patrón franquista. Hasta que el excelente documental sobre los hijos perdidos del franquismo que la televisión pública catalana programó en 2001 y la lucha por la memoria histórica cambiaron estas tristes ideas. Que las prácticas del robo de niños a los perdedores de la Guerra Civil en las nuevas instituciones totalitarias se reprodujeran en Chile y, en especial, en Argentina, no es casual. En el esquema del *shock* todo vale. Todo se puede. Pero igual tiene orígenes, efectividad probada y exitosos resultados históricos. Un lugar llamado España.

Estas prácticas genocidas, instauradas como decálogo mundial por el golpismo español, no fueron nunca actos gratuitos sino crímenes compartidos que, mediante el terror indiscriminado, quebraron y canalizaron el alma de las naciones, dejándolas inermes y listas para una democracia controlada donde nunca más se cuestionaría a las castas divinas. Pinochet y Franco no llevaron tan lejos la matanza para que las doctrinas económicas de los Chicago Boys o del Opus Dei se aplicaran desde el corazón del Estado. Tampoco fue exactamente así. Como se sabe, ninguno de aquellos dos gorilas tenía una sola idea propia, siquiera robada, sobre cómo manejar la hacienda pública o las empresas del Estado. Sus dilemas no fueron nunca el mercantilismo o el librecambismo sino el control de los resortes del poder supremo. El mando, pues. Decía Esteban Pinilla de las Heras, espléndido sociólogo muerto en el anonimato, que

cada gobernador de una gran capital de provincias era una especie de jefe de vilayet, dotado de poderes de discrecionalidad sobre la entera administración civil y policial, sin necesidad de consultar a Madrid:

lo que importaba era la lealtad personal del jefe local y la garantía de que éste respondería asimismo de la lealtad de cada uno de los ocupantes de las estructuras jerárquicas, no la objetividad del abordaje de los problemas, ni la competencia o rapidez de su resolución. Todo el régimen era como una confederación de clanes, con su pretendido enviado de la Providencia en la cúspide, al que se debía lealtad y fidelidad personales. Más que un Estado análogo a los europeos, lo que había era un régimen. Y era éste el que era fuerte, no el Estado propiamente dicho. [...] Pabón dio esta definición de Franco: el alto comisario de Marruecos en España¹².

Con sus bagajes respectivos, Francisco Franco y Augusto Pinochet aplicaron sus técnicas legionarias, llenas de arrogancia colonial, contra sus respectivos pueblos por el resentimiento, la mediocridad y el espíritu de su época, pero ellos eran también pequeño-burgueses recalitrantes, amantes de la jerarquía y defensores de la gente pudiente, por lo cual su irrestricto apoyo al capital era automático. Para ambos, era evidente que el exterminio del enemigo interior y la correlativa concentración de riqueza en unas pocas castas servían a su fin último: garantizar su poder personal. Algo que Franco consiguió en grado extremo y que Pinochet tuvo que compartir a un nivel más horizontal con su junta de militares y políticos. En todo caso, queda claro que nuestras hispánicas burguesías creen a pies juntillas que, bajo determinadas circunstancias, la mano dura es ley de Dios. Por eso es fácil entender las claves que hicieron del caudillo de España el virtuoso espejo donde se miraba Pinochet.

Lo escribió el historiador Gustavo Nerín en *La Guerra que vino de África*:

Los africanistas eran profundamente autoritarios; en Marruecos gozaron de un poder casi absoluto y estaban también dispuestos a obtenerlo en la metrópoli. En el Protectorado, los militares

¹² E. Pinilla de las Heras, *En menos de la libertad. Dimensiones políticas del Grupo Laye en Barcelona y en España*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 62.

coloniales se beneficiaron de una posición de superioridad jerárquica derivada de la situación colonial; en el Estado español, trataron de reproducir esta jerarquía, imponiendo su hegemonía sobre el conjunto de la población. El medio era simple y ya lo habían experimentado en el Protectorado: una represión brutal y ejemplarizante. Funcionó: hacia el fin de la guerra, los rebeldes habían conseguido imponer su peculiar sentido del «mando» sobre el conjunto del país¹³.

El norte de África, una de las últimas y más recientes posesiones del agónico Imperio hispánico, fue la rendija por donde se colaron aquellos demonios de la hispanidad que con alivio dejamos atrás en el derrumbe cubano de 1898. No deja de ser irónico y hasta brutal que aquella caterva de fumadores de hachís aplicara a los peninsulares el trato inhumano que los europeos sólo reservaban para sus posesiones de ultramar.

* * *

Aquello fue, en todo caso, un *electroshock* tan prolongado y eficaz que en España, antes que en Chile, sí aprendimos a respetar a nuestros victimarios. Nadie mejor que un miembro de aquella timorata clase política de oposición que en el tardofranquismo ya se daba por derrotada, Raúl Morodo, para contarnos por qué el milagro de la Transición fue tan fácil:

En cierta medida, si no un estado de guerra permanente, sí una percepción clara y presencia continua de la guerra en toda la sociedad española: para los vencedores, como botín, y para los vencidos, como resignación y con graduales intentos de disidencia y oposición. La cultura del miedo se manifestará, así, como cultura dominante. Este miedo, que es una evolución del inicial terror, es el factor que estará más presente en la etapa preconstituyente y constituyente espa-

¹³ G. Nerín, *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 299.

ñola. No se pueden entender, a mi juicio, las concesiones y transacciones, tanto políticas como jurídicas, es decir, lo que se denominará el consenso, sin tener en cuenta este dato inserto en la conciencia social colectiva. Decir que la Constitución de 1978 fue una Constitución del miedo es, sin duda, exagerado y no lo creo: pero decir que las limitaciones y autolimitaciones que se produjeron tenían, consciente o inconscientemente, base en el miedo acumulado, creo que responde a una realidad sociológica¹⁴.

Fuimos tan bien adoctrinados en la interiorización del terror que por eso mismo no hay criminal latinoamericano que no tenga a España de preclaro ejemplo a seguir. Es normal, todo hay que decirlo, porque, tiempo atrás, las *tribus* hispánicas, taifas peleadas y enojonas, dispuestas en mil banderías, campanarios, grupúsculos y otras intestinas guerrillas, nunca se dejaron amedrentar. O al menos desde que, ya en el siglo XIX, la pesada armadura del absolutismo casi desapareció. Que Franco la volviera a imponer y nos rindiera el alma, explica también por qué resulta más fácil ser independentista que creer en una supuesta nación cuya bandera y cuyo himno son el reflejo dulcificado de los triunfadores de la Guerra Civil. Todo lo cual no es un asunto menor y tiene una estrecha relación con el tema de este libro.

No faltan pruebas. Si quiere uno comprender el imposible ontológico del ser español, nada mejor que ilustrarlo con la letra del himno vigente. Basta aplicarle la fanfarria que los carlistas mexicanos, los llamados cristeros, usaron en 1926 cuando se levantaron en armas contra el Gobierno surgido de la Revolución. Sigán la música de la *Marcha Real* y luego canten a pleno pulmón este cántico de la Cristiada mexicana, composición que tuve el placer de conocer gracias al que fuera rector de la Universidad de Guadalajara, José Trinidad Padilla López, quien, en mayo de 2006 y tras saludarnos en un acto público, me regaló esta irónica letra

¹⁴ R. Morodo, *Transición democrática y cultura constitucional*. Disponible en <http://congreso.us.es/cidc/Ponencias/momentos/Raul%20Morodo.pdf>.

que en las tierras altas de Jalisco aún es más reverenciada que el propio himno nacional mexicano:

La Virgen María es Nuestra Protectora y Nuestra Defensora,
cuando algo hay que temer vence a todos los demonios gritando
«Viva Cristo Rey»,
vence a todos los demonios gritando
«Viva Cristo Rey».
Soldados de Cristo, sigamos la bandera que la Cruz enseña,
Ejército de Dios,
sigamos la bandera gritando «Viva Cristo Rey».

Fue éste el canto más popular de la insurrección contra la República mexicana, pequeña guerra civil que entre 1926 y 1929 provocó miles de víctimas debido a los enfrentamientos entre una activa guerrilla católica y el ejército federal en el centro del país. Acontecimientos desencadenados, se dice aún, por la aplicación del artículo 130 de la Constitución revolucionaria por parte del presidente Calles, quien, por la vía del reglamento, separaba Iglesia y Estado y aplicaba rigurosos controles a la actividad confesional. Cristiada que, en realidad, sirvió de órdago de la Iglesia, los jesuitas y sus asociaciones laicas al Estado mexicano, del cual consiguió, pese a su teórica rendición, una negociación abierta bajo auspicios norteamericanos que desde junio de 1929 rindió frutos espectaculares.

Un nuevo y duradero *statu quo* donde el Estado no aplicaba las leyes y la Iglesia simulaba acatarlas mientras bajo el agua se mezclaban en infame negocio masones y católicos, y el Vaticano extendía sus poderosas redes por todo el país. Pero, más allá de esta victoria cultural sobre una república espantada, preludio de la gran ofensiva contra España diez años después, estos ataques coordinados sirvieron a intereses especiales de las compañías petrolíferas extranjeras y de la burguesía mexicana tradicional, que protegió en común mancuerna su influencia de facto en el país para evitar que las derivaciones izquierdistas del nuevo bloque de poder, el futuro Partido Revolucionario Institucional (PRI), llegaran demasiado lejos.

Excepto el corto mandato del general Cárdenas, que afrontó la latente amenaza sinarquista, o la sección mexicana del proyecto falangista español, los presidentes de México siempre respetaron, en especial desde 1940, los acuerdos secretos con la Iglesia católica, aunque se tardó sesenta años en conseguir que un presidente se postrara a los pies de la Virgen de Guadalupe, y eso no fue hasta la victoria del PAN en las elecciones presidenciales de julio de 2000.

Nada extraño tiene, visto su contexto intelectual, que la Cristiada usara para sus fines emocionales esta exacta translación de la alianza entre el trono y el altar que es la *Marcha Real*, la marcha de granaderos que gustaba a Carlos III y que nunca encontró letra viable porque, en realidad, la única tonada popular fue el *Himno de Riego*, otra marcha militar compuesta en honor al gran militar liberal, cuyos aires de pasodoble y remembranzas de *La Marsellesa* llegaron al pueblo llano, hasta el punto de que en abril de 1822 se convirtió en himno nacional por real decreto. «Soldados, la patria nos llama a la lid, juremos por ella vencer, vencer o morir» fue cantado incluso por el empecinado Fernando VII antes de reimplantar su despotismo absoluto. Y aunque la letra no cuajó popularmente, en la Segunda República sí fue himno oficial del Estado, como la composición que en todo momento sirvió de referencia en la tradición liberal ibérica y en las escuelas del exilio republicano de México, donde su renovada versión fue santo y seña en todos los actos solemnes.

Resumen de esta venenosa alianza que imposibilitó el nacimiento de la nueva Iberia republicana es el testimonio cruento de un exiliado en tierras mexicanas, Mariano Granados, quien observó desde el destierro el dilema mortal:

Al confundirse el catolicismo como religión con el catolicismo como bandería política, se ha producido en España el hecho monstruoso de que todo disidente político se haya transformado en un disidente religioso. Y como la conveniencia política de la monarquía tradicional impuso en nuestra patria un solo credo religioso, el español políticamente disidente del catolicismo se vio precipitado en la

nada, en el ateísmo o en el indiferentismo, porque carecía de otra Iglesia que pudiera acogerlo. España es el país donde el ateísmo tiene más densidad, y los españoles disidentes que andan por el mundo causan asombro en todas las fronteras, porque los empleados de inmigración de no importa qué Estados católicos, protestantes, musulmanes o budistas, no llegan a comprender cómo esta masa de hombres, al preguntarles por su religión, responden con absoluta sencillez: ninguna¹⁵.

* * *

España, una vez destruida y domesticada, representa la completa realización de los sueños y los deseos de las castas divinas de Iberoamérica porque es la historia de un éxito sin fisuras. Sólo Chile lo sigue, pero su escasa dimensión, apenas 17 millones de habitantes, el uso excesivo del manguerazo contra cualquier manifestación, así como el culto pinochetista y neoliberal aún prevalentes dificultan el efecto alucinógeno que produce la democracia en España. El *shock* funcional y definitivo surgió en Madrid y sus provincias. Tras varias, complejas y darwinianas mutaciones, esta gran burguesía creó, previa aniquilación completa del proyecto republicano, un Estado al servicio del aparato bancario, financiero y empresarial cuyo significado y extensión se revelan en este siglo XXI cuando se ha completado la simbiosis y sujeción del Estado español a las directrices de este cártel corporativo, cuya expresión simbólica y presidencia honorífica corresponden a la figura del rey Juan Carlos I.

Ahora sí, el Gobierno de España y el Banco Santander son una misma cosa. Estén al mando populares o socialistas, Emilio Botín es patrón y ellos son obedientes marineros. Lo mismo pasa en Cataluña, donde el presidente de La Caixa, Isidre Fainé, y su gru-

¹⁵ M. Granados, *La cuestión religiosa en España*, México DF, Ediciones de las Españas, 1959.

púsculo de compadres, surgidos de la alta burguesía barcelonesa, concitan la genuflexión obligada de toda la clase política. Sin excepción. El desembarco de las elites hispánicas y sus tropas de choque en tierras americanas ha permitido desde 1991 la penetración y expansión de estos grandes monopolios privados por el antiguo espacio colonial, empezando por Argentina y concluyendo con México. Proceso de reconquista que ha suscitado, salvo raras excepciones, una gran indiferencia en España y una abierta interacción con la elites latinoamericanas que, al estilo de las sagradas familias del capitalismo ibérico, dominan cada país como su hacienda particular. La única diferencia absolutamente real recae en las mentalidades y las relaciones sociales, ya que, en España, los factores de desigualdad en el trato están menos presentes, sin la brutal tonalidad del nuevo continente.

Por eso mismo, lejos aún de la impunidad salvaje, la narcocultura de los secuestros, las extorsiones y la violencia descontrolada, lejos incluso de las ciudades perdidas y las ciudades-fortaleza donde se atrincheran las clases y las castas enemistadas, España puede parecer, hasta en el trato irreverente, simpático y abierto, un lugar ciertamente mejor para vivir, cosa que describe en términos un punto surrealistas el periodista mexicano residente en Madrid Rafael Loret de Mola, ácido crítico de las corrupciones en su país, según extraigo de este párrafo singular:

Por eso viajé hacia la utopía que, en la España del siglo XXI, es realidad y no mito: la sociedad sin clases en la que es posible la convivencia, de igual a igual, entre servidores y patronos, gobernados y gobernantes, aristócratas y plebeyos. Hay quienes poseen más dinero, pero no necesariamente son más felices. Y la mayor parte disfruta¹⁶.

Cuentos de hadas que uno mismo comprende, en parte, tras ver las cordiales interacciones de la ciudadanía de Granada en mar-

¹⁶ R. Loret de Mola, *La tempestad que viene. Agenda de mafias y cofradías*, México DF, Grijalbo, 2000, p. 147.

zo de 2008, donde, entre chanzas y albures, dos tipos que en México nunca se relacionarían –el hijo de un burgués y el hijo de un obrero– comparten el mismo bar y las mismas correrías nocturnas. Agradables detalles que recuerdan el viejo refrán «por debajo del rey todos iguales», pero que no eximen de la verdad histórica sobre el proyecto que se trazó desde 1939.

Así, desde el himno cristero hasta la usura de la gran banca española sobre sus cautivos aztecas, tal como se practica hoy en día, todos los pasos se han dado en la misma dirección. Y éste es el punto que conviene dejar claro. Del altar, del rey, de sus latifundistas y sus oligarcas, se desprende una primera visión de la Madre Patria y su innegable presencia o influencia en el Nuevo Mundo. Los negocios llegan sólo si, antes y en potencia, el otro imperio español –religioso, cultural, societario– ha penetrado las mentalidades criollas de tal forma que sea siempre posible la obscura reconciliación de dos mentalidades parecidas, igualmente explotadoras y soberbias. Entre la corte del rey español y las cortes de lobos republicanos que se forjaron tras el hundimiento del ensueño independentista en los albores del siglo XIX, *se jala parejo*, como se dice en buen mexicano. O sea, tal para cual. Pero no hay duda de que los monarcas definen, antes que nadie, las ideas motrices que luego aplican sus cortesanos, sus ejecutivos y sus empresarios. Sirva quizá un texto que, en febrero de 2007, me abrió los ojos, mientras picoteaba libros en la recién inaugurada Biblioteca Vasconcelos de la Ciudad de México. Se llamaba *El abuelo del rey, la reconquista de América* y se publicó en marzo de 2007 en la revista quincenal *Voces del Periodismo*, editada por el Club de Periodistas de México.

El apoyo incondicional del Gobierno español al candidato del PAN, Felipe Calderón, pese a las pruebas ominosas de fraude que el PRD presentó a sus compadres del PSOE y la Internacional Socialista en el aciago verano de 2006, dejó tristes y abatidos a muchos mexicanos que creían que José Luis Rodríguez Zapatero, el hombre que venció a la hidra aznarista que dominaba España desde las elecciones generales de 1996, era otra cosa.

Los equívocos y las seducciones del modelo español –el milagro de Felipe González, el modernizador, los Pactos de la Moncloa y la perfecta transición política– han sido el acicate para la reconquista económica de América Latina que tuvo en los lobos del sur, como Fujimori, Menem, Collor de Mello, Carlos Andrés Pérez y Salinas de Gortari, sus avaladores máximos tras las huellas del consenso de Washington y el consorcio transatlántico, donde el reino de España desarrolla un papel esencial como segundo inversor continental tras Estados Unidos.

Hechos sabidos que un analista e historiador, Marcos Roitman, desde su trinchera de la Universidad Complutense, en el corazón del imperio madrileño, ha trazado en sus artículos de *La Jornada* y cuyas tesis confirma Joan Garcés, un viejo amigo de Allende, que explicó, dos años ha, las claves de la alianza entre la socialdemocracia alemana y las agencias estadounidenses que operaron en la península Ibérica en los setenta para concluir, con éxito, el anclaje de España y Portugal en la Alianza Atlántica, el bastión económico y militar del famoso «mundo libre».

México, o la Nueva España, cuya historia y avatares se definen en la acertada encrucijada entre Cuauhtémoc y Cortés, eligió en sus momentos clave, y a un precio terrible, la vía de la república, el federalismo y la revolución social, que dieron paso a un modelo, un régimen, que contrastaba absolutamente con la oligarquía hispánica, que no consintió nunca la erección en suelo español de una nación basada en los derechos y las necesidades de los pueblos peninsulares. El genocidio perpetrado por los golpistas de Franco en la Guerra Civil definió, en una de las más terribles paradojas del siglo XX, aquello que los hijos de España podían esperar de ella.

Un profético y digno reaccionario francés, Georges Bernanos, le puso adecuado título: *Los grandes cementerios bajo la Luna*. Y Luis Cernuda, poeta excepcional, dio en ciertos poemas de exilio el adiós definitivo a una tierra donde ya no cabían hombres libres.

España, la única posible, fecundó el Instituto Politécnico Nacional, el Colegio de México y la pléyade cultural que emancipó el suelo azteca del pensamiento criollo y traidor que en 1939 representaba Manuel Gómez Morín, fundador del panismo pero también aboga-

do, financiero y factótum de la UNAM, que no quiso dar chamba a los mejores intelectuales de España por «rojos» y cuyo legado de quintacolumnista concluyó el pasado 1 de diciembre, cuando la toma de protesta de Calderón fue avalada, al más alto nivel, por el príncipe Felipe y su cohorte de empresarios y banqueros.

La coherencia de la historia se desvela en el sentido histórico de la monarquía española y su relación con América, pues aunque los gerentes del cártel cambien, debemos entender la dinastía de los Borbones, a partir de Fernando VII, el rey perjuro, como un todo coherente.

Una dinastía que cohesionó a los grandes latifundistas, a los industriales vascos y catalanes, a los caudillos liberales del siglo XIX y a los altos funcionarios de Madrid en un proyecto político cuya viabilidad tuvo que definir, a la brava, el director de la Academia Militar de Zaragoza, el joven militar africanista Francisco Franco Bahamonde, cuyos nombramientos, promociones y poderes debe al abuelo de Juan Carlos I, Alfonso XIII.

Fiel al abuelo, enojado con el hijo, don Juan, pero tierno con el nieto, Juan Carlos, adoptado por el generalísimo, el vencedor de la Guerra Civil legó a sus herederos políticos la dinastía que lo encumbró y, por tanto, conviene no olvidar que Francisco Franco salvó la herencia de los Borbones y de todas sus oligarquías agremiadas, y permitió que su heredero, el rey Juan Carlos I, continuara la tarea del abuelo.

Y ello presupone la misión universal que Alfonso XIII definió en su testamento político, que se puede consultar en el libro *Alfonso XIII. Vida, confesiones y muerte*, escrito por el monárquico J. Cortés-Cavanilla, prologado por Winston S. Churchill y editado en 1966 por la Editorial Juventud. En él se recoge el testimonio directo del rey exiliado en sus veladas romanas y es una reivindicación de su obra ante su inminente muerte.

Un capítulo se refiere a la relación entre España y América que, durante su reinado (1906-1931) y tras el hundimiento cubano, tuvo un certero repunte que desembocó en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, en la que obispos, presidentes criollos y grandes capitalistas certificaron, en su regia inauguración, que acababa de «nacer el Imperio espiritual hispanoamericano». Grandes embajadas culturales y casas de

América, a medias entre empresarios y diplomáticos, becarios, misiones y poemas de Amado Nervo, cruzaron el Atlántico en una política de abrazo hispánico que promulgó el rey con la instauración de la Fiesta de la Raza el 12 de octubre, con especial mención al amigo estadounidense. Como un rey nunca miente, éstas son sus reveladoras palabras:

Los gobernantes de España no supieron apreciar los rasgos positivos que encierra la tan combatida Doctrina Monroe. No vieron en ella más que una amenaza a sus intereses centro y sudamericanos, olvidándose por completo de que los principios establecidos por Monroe podían ser utilizados al mismo tiempo a la manera de un escudo protector contra los peligros de las propagandas perniciosas que surgen a cada paso en el Viejo Mundo. Y, yendo más lejos todavía, podría incluso decirse que las mismas repúblicas iberoamericanas no estimaron en su justa medida los beneficios que habría de comportarles la determinación de una clara línea divisoria entre ambos mundos. La historia de la difusión de las teorías bolcheviques ofrece un excelente ejemplo al respecto. De no haber mediado la doctrina Monroe, las naciones hispanoamericanas se hubieran convertido, más pronto o más tarde, en campo de batalla de las rivalidades europeas, lo cual hubiera acarreado, a su vez, a aquellos países, intranquilidad por la acumulación del espíritu revolucionario.

Un rey moderno, cuasi posmoderno, artífice absoluto de sus decisiones, que platica como verdadero estratega geopolítico:

Y, volviendo a las repúblicas de habla española, convengamos en que, de no existir la doctrina Monroe, el desarrollo económico de aquel continente virgen hubiera tomado un rumbo distinto y seguido las huellas de las naciones europeas, llevando de esta suerte a los pueblos al mismo *impasse* en el que hoy vemos a los más poderosos imperios europeos.

Te parecerá tal vez extraño –añade don Alfonso XIII– que yo, un descendiente de los reyes que fueron antaño señores de la América del Sur, dedique elogios a la doctrina Monroe, y tu extrañeza resultaría justa si las relaciones entre la vieja y la nueva España estuvieran basadas únicamente en el hecho de que ésta fue conquistada por Cortés, Pizarro y

demás audaces aventureros del siglo XVI. Por fortuna para ambas partes, la hermandad de la península Ibérica se basa en cimientos más sólidos.

El 1919, el líder regionalista catalán Francesc Cambó consiguió que el cártel germanobelga de la electricidad, CHADE, lo convierta, para no pagar las indemnizaciones de guerra a los aliados, en testaferro de sus negocios energéticos en Buenos Aires, y la burguesía española entra por primera vez en el capitalismo de los compadres; empresas de servicios públicos y depredación neocolonial que al cabo de décadas tendrán en Repsol, Telefónica, Iberdrola, Endesa y los grandes consorcios bancarios –Santander, La Caixa y BBVA– los dragones que el visionario comisionista Felipe González privatizó, cartelizó y lanzó sobre las tierras virreinales, donde los españoles, los criollos y los ilusos esperaban que la Madre Patria los ayudara frente al imperio gringo. Sabemos cuáles fueron las consecuencias de tanta ingenuidad, pero no hay que equivocarse. No fue González, no fue Aznar, no es Zapatero, es la monarquía del cártel: cambian los gerentes, pero el rey se queda. Escuchen, con reverencia, las palabras finales de este rey de cristeros, sinarquistas, panistas y socialdemócratas:

¿Y por qué lo hice?, me dirás –dijo el rey concluyendo–. Lo hice, en primer lugar, porque comprendí que era preferible cooperar con los Estados Unidos y las repúblicas iberoamericanas a perder tiempo y energía en lamentar las glorias pretéritas de Europa. Y, en segundo término, porque me ha gustado siempre vivir en el futuro. Hay que dejar a los políticos que crean poder detener la marcha progresiva de la historia por medio de un tratado de redacción hábil. Nosotros los reyes estamos acostumbrados a pensar en el mañana. Y el mañana del mundo no se encuentra aquí, en Europa, en los países abrumados de recelos y desconfianzas y cegados por el odio mutuo, sino del otro lado del océano, entre las naciones que tuvieron la fortuna de verse libres de la necesidad de luchar por la conquista de nuevos territorios.

A buen entendedor, pocas palabras bastan. Prepárese México para la lucha final, pues PEMEX y la CFE serán las próximas piezas, ahora que incluso los gallegos marcan, desde Los Pinos, la agenda presidencial.

Valgan las cursivas para resaltar los alcances de este testamento monárquico que su encumbrado nieto ha sabido llevar hasta las últimas consecuencias. Tan provechosa lectura me sirvió para comprender, en real lenguaje, las principales directrices de la política exterior española en América Latina, que, tras el colapso de 1898, siguieron ahondando su posición subordinada a los intereses estratégicos anglosajones. Por tanto, rabietas aparte, el final de las colonias agudizó la inserción del mundo hispano, España incluida, en las redes financieras de la City y de Nueva York, como veremos más adelante en los casos de Cuba y Puerto Rico, donde las grandes familias españolas se integraron aún más en la trama imperial.

Algo que el rey de España, a fin de cuentas miembro de las elites cosmopolitas europeas, casado con nieta directa de la reina Victoria, intuía perfectamente, y motivo por el cual quiso imitar siempre la cartera de acciones y latifundios de la familia real inglesa y su espíritu de Commonwealth. Quería «vivir en el futuro», y el futuro se juega ahora desde su baluarte europeo, Madrid, y desde el centro de la hispanidad conservadora, Miami, la capital *gusana* por excelencia, fundada sobre el expolio continental y el narcotráfico de los setenta, como bien describe el documental *Cocaine Cowboys*.

Miami resume mejor que nada la sorprendente inmutabilidad de la historia, donde las agónicas palabras del rey exiliado cobran plena vigencia: dique contra el bolchevismo –ahora llamado populismo–, central de negocios transcontinentales y sede de las añejas familias del Imperio español que, en sus ramas caribeñas especialmente, siguen comportándose como fieles devotos de la vieja España y del gran hermano de Washington, ciudadelas que defienden el continente del «espíritu revolucionario» y de las «propagandas perniciosas». Aunque lleven bajo el brazo la edición internacional de *El País*, su modelo de simulación liberal, y se revistan de un moderno lenguaje antiautoritario copiado de Hannah Arendt, los dueños de Miami, incluso cuando se expresan en inglés, recuerdan demasiado a los exaltados fariseos españoles que dejaron atrás los

buenos modales, se rasgaron las vestiduras y luego se hicieron falangistas de la porra para matar a aquellas gentes que, contraviniendo los dictámenes del catedrático Guzmán, no querían obedecer.

Ésa es la verdadera «hermandad» con la península Ibérica que, según Alfonso XIII, tenía «cimientos más sólidos» de los que nadie se imaginó nunca. Vínculos que, en realidad, siempre han estado ahí. En potencia y luego en acto. Los intentos hispánicos para volver a dirigir los destinos de nuestra América nunca fueron palabrería para incautos. Hasta las doctrinas de la hispanidad, por más rancias que parecieran, tuvieron, a través de sus instituciones culturales, un papel mucho más relevante del que hasta ahora le ha dado la historiografía latinoamericana.

* * *

Ejemplo contumaz de esto es un libro extraordinario de Isabel Jara Hinojosa llamado *De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile, 1936-1980*, una pequeña gran investigación sobre un tema, las redes culturales de la ultraderecha española en América Latina, focalizado en el Instituto Chileno de Cultura Hispánica, que para muchos resultaba un tema claramente menor, irrelevante para la historia comparada de España y Chile. Pues bien, tal como reconoció su director de tesis en la Universidad Pompeu Fabra, Josep Fontana, «Isabel Jara me ha acabado de sacar de mi error al explicar cómo este pensamiento de la derecha española, que me parecía tan deleznable, acabó convirtiéndose en una de las bases ideológicas de la dictadura chilena»¹⁷. Sorprendente y honesto mea culpa de un prohombre de la historiografía española deslumbrado por una estudiante que, aprovechando una maestría en Teoría e Historia del arte, llegó más lejos que toda la academia al completo. Veamos por qué.

Un conjunto de falacias genéricas ha obstruido durante largo tiempo el estudio de la estrecha *liason* entre el conglomerado his-

¹⁷ I. Jara, *op. cit.*, p. 11.

panista conservador y la experiencia totalitaria en América Latina. Perdidos en falsos maniqueísmos, los historiadores del golpismo intelectual chileno se habían centrado en la difícil convivencia entre el discurso neoliberal de los Chicago Boys y las viejas ideas de la derecha gremialista, un grupo de corte corporativista con toques de absolutismo hispánico, abrevado en los popes de la reacción española del siglo XIX como Donoso Cortés, que, desde la Pontificia Universidad Católica de Chile y dirigido por el catedrático Jaime Guzmán, sentó las bases doctrinales del proyecto de guerra civil que culminó en el golpe de Estado de 1973. El problema es que los becarios de la Universidad Católica que fueron a Chicago para adoctrinarse en el ultraliberalismo vivían, compartían y se fajaban en el mismo territorio de aquellos supuestos católicos tradicionalistas. Porque, como sabe todo el mundo menos nuestros doctores, a la hora del complot todas las derechas compactan filas y establecen inmutables pactos de sangre. Sobre la sangre de los otros, abogados y economistas trabajan para el mismo dueño que es uno y legión.

Así, las monografías sobre «los lazos políticos chileno-españoles se han restringido al periodo de la Guerra Civil o las relaciones diplomáticas», mientras que

las investigaciones sobre la competencia ideológica, en el interior del régimen militar, han acentuado la incapacidad legitimante del corporativismo católico frente al neoliberalismo, por la antipatía que le tenía la Iglesia chilena al extranjero, y su incompetencia para dirigir la política económica, como si la victoria neoliberal hubiera sido casi una necesidad histórica¹⁸.

Cosas ciertas pero secundarias. Para Isabel Jara, «el punto de contacto entre el pensamiento chileno católico corporativista y las necesidades de proyección cultural del franquismo ha quedado relativamente oscurecido y, por consiguiente, el vínculo indi-

¹⁸ *Ibidem*, p. 16.

recto entre el franquismo y las necesidades de legitimación de la dictadura chilena, también»¹⁹. Por el lado de la academia española, tal como reconocía el maestro Fontana, el hispanismo cultural se consideró un proyecto fallido y secundario dentro del corpus franquista; por ello, mientras todos cancelaban tan irrelevante tema de estudio, tuvo que ser una estudiante chilena de posgrado quien desmintiera «el fracaso congénito y absoluto que se le supone a la “hispanidad”». Y se atrevió con la hipótesis más insospechada:

La política cultural franquista no dio resultado en el corto plazo de la proyección exterior buscada por España, puesto que a todas luces [...] no cumplió más que objetivos de supervivencia. Pero, en cambio, sí los dio en el largo plazo, en tanto que ciertos valores hispanistas fueron mantenidos y recreados por estos intelectuales, en un escenario adverso, y fueron después transformados en un elemento ideológico del autoritarismo chileno en el poder, enriquecidos con formulaciones políticas tardías²⁰.

En la disección de los principios y fundadores del corpus político-cultural del franquismo que fue reciclado y aplicado en Chile, destacan fuentes que más adelante nos permitirán engullir este difuso concepto de la hispanidad, pero una frase esencial del ministro tecnócrata Gonzalo Fernández de la Mora, inventor de la democracia orgánica y portavoz de la continuidad semidinástica entre Franco y el rey, «mostró las posibles coincidencias entre su crítica y el neoliberalismo», como desprende Isabel Jara de uno de sus textos:

Tras la retórica liberal de las partitocracias, su dinámica electoral, lo mismo que la burocrática y fiscal, tienden a reducir las libertades reales de las personas. Si el ideario y el talante liberales tienen futuro,

¹⁹ *Ibidem*, p. 17.

²⁰ *Ibidem*, p. 19.

como han demostrado Friedman en economía y Hayeck en política, es porque la democracia no sólo no es constitutivamente liberal, sino que se está tornando antiliberal, y para evitarlo habría que reducir las dimensiones económicas y administrativas del Estado, limitar el poder público y ensanchar la esfera de autónoma realización individual. Menos elefantismos burocráticos, menos impuestos, menos intervencionismos, menos paternalismo igualitario y menos monopolio del aparato partidocrático, son reivindicaciones liberales opuestas al sentido en que inexorablemente parecen evolucionar muchas democracias contemporáneas²¹.

No toda la doctrina económica de los tecnócratas franquistas se aplicó en tiempos de dictadura. Su homologación neoliberal tuvo que darse tras la restauración de la monarquía bipartidista sobre unas bases que resumió el propio González de la Mora en *Lo que España debe a Franco*²². El país «se insertó en el área de la libertad» rompiendo su «secular aislamiento gracias a la alianza militar de 1953 con la máxima potencia planetaria, los Estados Unidos, alianza que sigue en vigor y que es el cimiento de toda nuestra acción diplomática». Y, tras la Guerra Civil, el régimen de Franco impulsó «la transformación de la mayor parte del proletariado en clases medias y la revolución industrial», que convirtió el país «en la novena potencia industrial del planeta», de la cual sólo queda «la industria turística creada por Franco». A su muerte, vindica González de la Mora, España «alcanzó una renta equivalente al 80 por 100 de la comunitaria».

El triunfal camino del capitalismo hispánico y su inserción en el proyecto norteamericano marca la *verdadera ruta* de la hispanidad que sus acólitos en América Latina quisieron trasplantar a sablazos. Aquellas naciones *hermanas* aún ensayaban proyectos de

²¹ G. Fernández de la Mora, *Contradicciones de la partidocracia*, cit. en Isabel Jara, 2006.

²² G. Fernández de la Mora, «Lo que España debe a Franco», *Razón Española* 105 (enero-febrero 2001). Disponible en <http://www.galeon.com/razonespanola/re-105.htm>.

frente popular que el golpismo español había desechado en 1936 con singular brutalidad. Acorde al sentir del hispanismo, la razón por la cual la España franquista llegó a la cima del «milagro económico» fue el genocidio fundacional que tan útil resultó a la postre para los oligarcas de siempre y los advenedizos del *movimiento nacional*. Copiando al dedillo la doctrina del *shock* español, los golpes de Estado en América Latina dejan de ser meros salvajismos sin sentido para convertirse en la *tabula rasa* que consolida el irrestricto poder del capital sobre el trabajo. ¿Los argumentos de defensa del pinochetismo como mal menor no giraban y giran precisamente sobre el *indudable* éxito económico del genocidio instrumental?

Con semejantes bases doctrinales, los discursos que el franquismo desplegó en América Latina siguen hilos paradójicos y parecidos que funden la actividad del hispanismo cultural y el dogma neoliberal en todos los países del bloque ibérico. Uno de los mejores y más olvidados sociólogos españoles, el ya mencionado Esteban Pinilla de las Heras, tanto en sus diarios custodiados en la Fundació Jaume Bofill como en su libro-testamento *En menos de la libertad*, recoge las pistas que unen la labor del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona con sus pares latinoamericanos, que Isabel Jara estudia con lupa metódica en el caso del Instituto de Cultura Hispánica de Santiago de Chile. No puede uno sentirse sino fascinado al descubrir las narrativas que sus tanques intelectuales manejaban.

Entre Carl Schmitt y Friedrich Hayeck, parece como si el amasijo neoconservador que el profesor de la Universidad de Chicago, el emigrante austríaco Leo Strauss, inculcó en generaciones de cuadros de la Administración Bush, hubiera nacido mucho antes en los laboratorios universitarios del franquismo gracias al trabajo de intelectuales como Gonzalo Fernández de la Mora, Luis Sánchez Agesta o la joven promesa de la década de 1950, Rafael Calvo Serer, lumbrera del Opus Dei, heraldo de un ideario global de «rechazo del sufragio universal» y «enérgicas críticas del intervencionismo del Estado en materia económica», fueron,

a juicio de Pinilla de las Heras, «la clave para entender el inmenso y barroco proyecto»²³ del nuevo franquismo *liberalizador*.

Más claro no se podía pensar la *modernidad* franquista. «Se trataba de organizar el poder local y regional dándole irrestrictamente a las burguesías empresariales y financieras el poder cómodo y desnudo, limpio de reivindicaciones sociales y obreras, limpio de ideologías democráticas, cubriendo simplemente ciertas formas liberales constitucionales y, desde luego, con represión de toda ideología socialdemócrata, marxista, etc. Incluso Keynes era un precedente a borrar.²⁴» Así pues, antes de que los becarios de la Universidad Católica de Chile descubrieran las mieles del nacional-liberalismo en los grandes lagos de EEUU, la abundante producción de las vedetes del régimen de Franco llegaba a sus pares latinoamericanos cual alud constante. Añádase otro elemento del *entourage* que dominó el polifacético hispanismo barcelonés y descubriremos, según nos aclara Pinilla, el ovillo neoliberal:

En Barcelona había una fracción de la antigua Lliga Regionalista que siempre había sido antikeynesiana y mucho más liberal que demócrata. (i. e., para la cual la democracia era la negación del liberalismo). Esta fracción tenía miembros (Moreta, Solervicens) que disponían de empleos, biblioteca, centro de estadísticas y de estudio, entre otros, en la Caja de Jubilaciones de la Industria Textil [...]. El pensador y dirigente de esta fracción era el economista Salvador Millet i Bel, distinguido antikeynesiano. En 1949, Friedrich von Hayeck (luego premio Nobel de Economía 1974) había pasado por Barcelona y Madrid, dando unas conferencias. Hayeck se entrevistó en Barcelona con miembros de aquella fracción de la Lliga (como lo haría, con algunas nuevas personalidades afines, muchos años después, al poco de la muerte del general Franco, también en Barcelona)²⁵.

²³ E. Pinilla de las Heras, *op. cit.*, p. 67.

²⁴ *Ibidem*, p. 67.

²⁵ *Ibidem*, p. 67.

En esta espléndida rememoración de las sectas económicas radicales que marcaron la deriva económica del franquismo, Pinilla de las Heras cita un artículo de Savador Millet i Bel, eterno presidente de La Caixa o la Caja de Pensiones para la Vejez y el Ahorro, clásico monopolio privado de servicios públicos, titulado «Hayeck en Barcelona», donde este prohombre catalán defiende el sano individualismo o una «actitud de humildad ante el proceso económico-social, anónimo e impersonal», que, como bien define Pinilla, no es más que «la identificación de la mano invisible de Adam Smith con los secretos e inabordables, incognoscibles planes de la Divina Providencia»²⁶.

Aunque lo más impresionante de su primera visita a Barcelona es que el padre del neoliberalismo tuvo reuniones con catedráticos discretos pero influyentes como Lucas Beltrán, quien dos veces recibió en su casa barcelonesa a los cabecillas más destacados de esta escuela, Friedrich Hayeck y Wilhelm Röpke, pequeñas reuniones en las que también estuvo presente el ubicuo hombre que planificó la jugada maestra del Plan de Estabilización de 1957, Joan Sardà Dexeus. En el caso de Sardá, su papel histórico en la deriva correcta del franquismo –mano dura social pero mayor libertad empresarial– ha sido bien estudiado, pero Lucas –o Lluç– Beltrán, tarraconense y economista de cámara del líder regionalista Francesc Cambó y del Banco Urquijo, fue acérrimo divulgador de esta escuela que un economista austríaco, Ludwig von Mises, catapultó al espacio teórico del siglo XX.

Y éste fue el motivo de que Lucas Beltrán fuera uno de los pocos españoles que participó de igual a igual en las sesiones anuales de la Mont Pèlerin Society, que desde la posguerra difundió las ideas privatizadoras y desreguladoras que fueron adoptadas por los gobiernos anglosajones a partir de 1980. Todo lo cual forma parte del complejo austríaco o de la escuela económica que en su armazón doctrinal define desde entonces el canon del capitalismo *comme il faut*.

²⁶ *Ibidem*, p. 68.

El austrianismo y su deriva monetarista, tecnocrática o posibilista, que lideró Milton Friedman desde la Universidad de Chicago, es, en su estado puro, una ucronía aristocratizante y esotérica; una fanática reivindicación anarcocapitalista en la que no caben ni bancos centrales ni órganos reguladores ni casi naciones-Estado, paradigma del ogro burocrático, temible leviatán que en la cosmogonía austríaca sería sustituido por una versión renovada de la monarquía universal de los Habsburgo, con un soberano absoluto bajo cuya égida conviviría una armonía de ciudades-Estado, estilo Mónaco, Hong Kong o Singapur, y regiones florecientes suavemente dirigidas por caballeros propietarios y financieros que ordenarían los flujos del librecomercio por medio del patrón-oro. Razón por la cual hay tanto adicto al neoliberalismo extremo entre ciertos sectores de la derecha conservadora catalana o vasca, que del viejo fuerismo y carlismo al nuevo lenguaje de la autodeterminación reivindican el Estado mínimo al estilo de Israel, Kosovo o Flandes.

Pero estas frondas independentistas comparten con sus teóricos adversarios, los centralistas madrileños, la misma tirria a la nación. Un invicto *nacional* como Gonzalo Fernández de la Mora nunca consideró la absorción de España en el eje económico franco-alemán y en el eje militar norteamericano la negación per se de la soberanía hispánica. Muy al contrario: el colapso del Estado-nación y la soberanía popular son para él *buenos* indicios del ocaso de la tiranía de las masas. Así que en un visionario escrito de 1999, tres años antes de su muerte, el gran teórico del franquismo y la restauración monárquica describe la meta de todos los viejos tecnócratas del régimen. Se llama, curiosamente, Unión Europea.

Los sometidos a los prejuicios ideológicos de la partitocracia actual cuestionan el democratismo de una forma política como la Unión Europea. Es obvio que los eurócratas tienen pocas analogías con las oligarquías partidistas que controlan el Estado moderno en su etapa actual, probablemente postrera. Son expertos cooptados que

se legitiman por su capacidad y no por el sufragio universal a través de las maquinarias partidistas. El sumo ejemplo es el presidente del futuro Banco Central, dotado de poderes decisivos y no elegido por plebiscito continental. Es igualmente obvio que el Parlamento Europeo no es vinculante para los eurócratas y que la composición de la Comisión de Bruselas no responde a ninguna de las aritméticas electorales vigentes en democracias como la italiana.

El esquema de Locke, raíz de todos los democratismos contemporáneos, no es aplicable a la Unión Europea. ¿Qué sería de la economía continental si los candidatos a presidente del Banco Central concurrieran a elecciones con sus respectivos programas sobre inflación, déficit presupuestario, deuda pública, tasas de interés, y fijación de cambios? Los programas de política agrícola, ¿podrían someterse al sufragio universal de las mayorías del Este? La Unión Europea no podrá constituirse como un régimen de opinión pública, sino más bien como una logoarquía liberal; no como un modelo representativo de voluntades, sino de intereses reales; más de consultas directas que de delegaciones representativas en las oligarquías partidistas. La estructuración institucional del súper-Estado no podrá ser una ampliación de las partitocracias de última generación.

Los inmovilizados en el paternalismo estatista acusan a la Unión Europea de insuficiente espíritu «social», o sea, de escasa voluntad intervencionista para distribuir entre todos el producto de los efectivos creadores de bienes y servicios. El socialismo real y la socialdemocracia ya han dado sus frutos en la URSS y en el Occidente keynesiano: terror y miseria de un lado, y paro y estancamiento con inflación del otro. Y una experiencia secular ha demostrado que los funcionarios son peores empresarios que los propietarios. La forma política que suceda al Estado moderno estará más en la línea liberal del Estado mínimo que en la absorbente y reglamentista del Estado providencia²⁷.

²⁷ G. Fernández de la Mora, «Allende el Estado moderno», *Razón Española* 93 (enero-febrero 1999). Disponible en <http://www.galeon.com/razonespanola/re-93.htm>.

Nada mejor que Michael Hudson, economista formado en las entrañas de Wall Street, ex asesor del Chase Manhattan Bank, para señalar las trampas de ese discurso falsario:

Las denuncias neoliberales de la regulación pública y de la tributación como cosas equivalentes a «socialismo» son, en realidad, un ataque contra la economía política clásica –la tradición republicana originaria, cuyo ideal era liberar a la sociedad del legado parasitario del feudalismo. Una política del Tesoro genuinamente socializante pasaría por obligar a los bancos a prestar para fines productivos que contribuyan al crecimiento económico real, no meramente para incrementar el gasto e hinchar lo bastante los precios de los activos como para poder extraer cargos de intereses. La política fiscal se pondría a minimizar, más que a maximizar, los precios de la propiedad de la vivienda de la actividad empresarial, fundando el sistema fiscal en el gravamen de la renta que ahora, en cambio, es remunerada con interés. Desplazar la carga tributaria de los salarios y los beneficios a la renta y los intereses fue el núcleo de la economía política clásica en los siglos XVIII y XIX, de la era progresista y de los movimientos de reforma socialdemócrata en EEUU y Europa antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero esa doctrina y su programa de reforma han sido enterrados por la cortina de humo retórica organizada por unos lobistas financieros empeñados en enturbiar las aguas ideológicas lo suficiente como para acallar cualquier oposición popular a la actual usurpación del poder por parte del capital financiero y del capital monopolista. Su alternativa a la verdadera nacionalización y a la verdadera socialización de las finanzas es la servidumbre por deudas, la oligarquía y el neofeudalismo. A ese programa han dado en llamarlo «mercados libres».

Pero este vasto programa de encubrimiento, simulación y destrucción, recalca Hudson, sólo tenía una forma de ser viable:

Los Chicago Boys descubrieron en Chile que los mercados libres para finanzas predatorias y privatizaciones privilegiadas no podían

imponerse sino a punta de pistola. Esos apologistas del libre mercado en Chile cerraron todos los departamentos académicos de Ciencia Económica, todas las universidades de Ciencias Sociales, salvo la Universidad Católica, en la que los Chicago Boys tenían vara alta. Con la Operación Cóndor se detuvo, exilió o asesinó a decenas de miles de académicos, intelectuales, dirigentes sindicales y artistas. Sólo merced a un control totalitario del currículum académico y de los medios de comunicación públicos, respaldado por una policía secreta y un ejército de todo punto activos, lograron imponerse los «mercados libres» de impronta neoliberal. La privatización a punta de pistola resultante fue un ejercicio de lo que Marx llamó en su día «acumulación primitiva»: confiscación del dominio público por parte de unas elites políticas respaldadas por la fuerza de las armas. Es el estilo de libre mercado de Guillermo el Conquistador o de Yeltsin el Cleptócrata: parcelada la propiedad, se procede a su distribución entre los compinches del caudillo político o militar²⁸.

Por tanto, conviene definir este remedo antipopulista de la escuela austríaca y sus secuelas norteamericanas. Sus combates contra la olocracia y otros monstruos democráticos, el horror de las mayorías, todo tiene un origen. El hispanismo, por ejemplo. Sus antecesores-fundadores resultaron ser los escolásticos de la Universidad de Salamanca durante el Siglo de Oro. Según su indiscutible promotor y heredero de esta secta económica, el castellano Jesús Huerta de Soto, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, aquellos olvidados maestros terminaron por ser asumidos como la fuente original del pensamiento austríaco hasta el punto de que, cuando Friedrich A. Hayeck recibió el Premio Nobel de Economía en 1974, marcando la defunción del keynesianismo y el inicio de la era neoliberal, mencionó como ilustres antecesores a Luis de Molina, Juan de Salas y Juan de Lugo, tres funcionarios del católico claustro de Salamanca. Al decir del *austriacista* más connotado de EEUU, Murray Rothbard, hispanista por más

²⁸ *Ibidem.*

señas, «los principios básicos del mercado competitivo fueron desarrollados por los escolásticos españoles del siglo XVI y el liberalismo económico fue diseñado, más que por los calvinistas escoceses, por los jesuitas españoles», que, según cuenta Huerta de Soto en la *Austrian Economic Newsletter*, «eran profesores y catedráticos de Teología y Moral en la Universidad de Salamanca, ciudad situada a 150 millas al noroeste de Madrid [...] Casi todos estos escolásticos eran o dominicos o jesuitas, y su concepción subjetivista y dinámica de la economía sería retornada por Carl Menger más de trescientos años después»²⁹.

Enemigos de la inflación y la devaluación, peligrosos flagelos del perfecto orden católico que buscaban en sus cátedras salmantinas, quedan hoy como guías del hispanismo universal las compilaciones del fundador del derecho internacional, Francisco de Vitoria, y del padre del jesuitismo, Juan de Mariana, todos ellos, en grande y pequeño, corresponsables, empleadores o empleados del orden imperial español bajo mando de la casa de Austria, monarquía universal que, según una inmensa cantidad de analfabetos, entre los cuales me incluyo, convirtió a España en un páramo fundado en la expulsión, la persecución y el exilio de los españoles libres; puntal de todas las ortodoxias que llevaron al colapso, destrucción y remate final del Imperio español y que en su fase más aguda, durante el reinado de los Habsburgo, produjo la mayor catástrofe humana, cultural y religiosa que jamás haya sufrido la península Ibérica.

Entre los autos de fe, las minas del Potosí, la quiebra de las finanzas públicas, la expulsión de los moriscos y otras variaciones del infierno en la tierra, estos idealistas del primigenio neoliberalismo crearon las condiciones para su triunfo completo siglos después. Que el hispanismo conservador esté más arraigado de lo que muchos imaginan en las ideas motores del capitalismo salvaje, no sorprende tanto, al fin. Su pervivencia en América Latina me-

²⁹ Todas estas citas han sido extraídas de la página web www.jesushuertadesoto.com.

nos: cómo no podía gustar a las oligarquías criollas un modelo económico casi perfecto y automático donde los conquistadores, los buscadores de El Dorado, los hidalgos enloquecidos, los mercenarios, los hacendados y los empresarios, dueños de la creatividad y la acción humana, crean desde los templos privados las normas de la vida social desligadas de todo monopolio político u económico que no les pertenezca.

En el supuesto vacío de las Américas, estos gigantes, encarnaciones de la voluntad del Dios católico, sirven a intereses superiores e invisibles, incluido el narcotráfico al estilo anglosajón del siglo XIX, cuando las ganancias de la City provenían del opio, ahora recuperado por los emprendedores latinoamericanos y sus fuerzas creadoras de *crystal* en sintéticos laboratorios. Pero sus héroes fundadores tienen mitológica vida. Cual Hernán Cortés, santo y seña de la acción humana en grado superlativo, quien encabezó una expedición privada, mediante concesión real irrestricta que, aparte del quinto de todas las ganancias para el soberano de las Españas, suponía la máxima libertad dada nunca a un mercenario europeo para el completo usufructo de los territorios conquistados. De la encomienda nacen algunas de las pesadillas que marcan hasta hoy los horrores de la hispanidad. Y así, todo encaja de forma casi fatal. Entre la dinastía de los Austrias y la escuela austríaca, Franco y Pinochet son también la mano visible, terrible y necesaria, de una misión que siempre estuvo ahí.

Los bárbaros que, al decir de Hayek o de Friedman, siempre menos refinado, defienden la civilización de bárbaros peores. Eso que recalca Jesús Huerta de Soto en la mencionada entrevista de la *Austrian Economic Newsletter*: «Rothbard siempre se opuso a Franco, aunque consideraba que el Partido Comunista Español era mucho más peligroso. Yo estaba de acuerdo con este punto de vista». Los enemigos clásicos y actuales de la ideología austríaca y su correlativo hispanista son de una gama amplia y profunda. Contra ellos está permitido establecer un sistema criminal, la contrarrevolución sangrienta, y para entender la conexión profunda que une el Gobierno de Azaña con el de Allende y éste con el del

depuesto presidente hondureño Manuel Zelaya, debe uno repensar cuáles fueron y siguen siendo las bases prohibidas y reales que dieron origen y aún dan sustento al socialismo europeo, al populismo latinoamericano y al progresismo norteamericano, que, combinados, promovieron los únicos diques que el siglo XX impuso a los herederos del absolutismo hispánico. Michael Hudson *dixit*:

Los economistas clásicos y los progresistas norteamericanos tenían en sus miras programáticas mercados libres en sentido de emancipados de rentas e intereses económicos: libres, pues, de los costes cargados por el rentista y del lastre económico de la tramposa formación monopólica de precios; libres de renta agraria y del interés pagado a banqueros y otros institutos financieros; y libres de unos impuestos que no sirven sino para sostener a una oligarquía. Los gobiernos tenían que fundar sus sistemas fiscales gravando la «barra libre» de la renta económica, comenzando por la dimanante de los emplazamientos favorables suministrados por la naturaleza y a los que la inversión pública en transportes y otras infraestructuras, y no los esfuerzos de los terratenientes, da valor de mercado.

Así pues, la discusión entre reformistas de la era progresista, socialistas, anarquistas e individualistas se centró en el debate sobre la mejor estrategia política para liberar a los mercados de la deuda y de la renta. Diferían entre sí respecto de los mejores medios políticos para conseguirlo, y señaladamente, sobre el papel que debía desempeñar el Estado. Había amplio acuerdo respecto de que el Estado estaba controlado por un complejo de intereses creados heredados de las conquistas militares de la Europa feudal y del mundo colonizado por la fuerza militar europea. La cuestión política, al romper el siglo XX, era si una reforma democrática pacífica podía vencer las resistencias políticas y aun militares presentadas por un Antiguo Régimen que no dudaba en servirse de la violencia para defender sus «derechos». Las revoluciones políticas que siguieron partían de la Ilustración, de la filosofía del derecho de hombres como John Locke, de economistas como Adam Smith, John Stuart Mill y Marx. El po-

der tenía que usarse para liberar a los mercados de la propiedad predatoria y de los sistemas financieros heredados del feudalismo. Había que liberar a los mercados del privilegio y de las barras libres, de modo que el pueblo pudiera conseguir ingresos y riqueza sólo conforme al trabajo realizado y al espíritu emprendedor desarrollado. Tal fue la esencia de la teoría del valor-trabajo y de su complemento, el concepto de renta económica como excedente del precio de mercado sobre el coste-valor socialmente necesario.

Aunque ahora sabemos que mercados y precios, renta e interés, formalidades contractuales y casi todos los elementos de la empresa económica se originaron en las «economías mixtas» de Mesopotamia en el cuarto milenio antes de nuestra era y continuaron a través de todas las economías mixtas público/privadas de la Antigüedad clásica, la discusión llegó a polarizarse políticamente a tal punto, que la idea de una economía mixta con pesos y contrapesos apenas recibió atención hace un siglo.

Los individualistas creían que todo retroceso de los Estados centrales haría retroceder a su vez el mecanismo de control con el que los intereses creados extraían riqueza sin trabajo o esfuerzo empresarial. Los socialistas veían que se necesitaba un Estado fuerte para proteger a la sociedad contra las tentativas de la propiedad y de las finanzas de servirse de sus ganancias para monopolizar el poder económico y político. Los dos extremos del espectro político apuntaban al mismo objetivo, a saber: reducir los precios a los costes reales de producción. El objetivo común era maximizar la eficiencia económica para traspasar los frutos de las revoluciones industrial y agraria al conjunto de la población. Para lograrlo, era necesario bloquear el propósito de una clase entrometida –la rentista–, empeñada en apoderarse del dominio público y resuelta a controlar la distribución de recursos. Los socialistas no creían que tal cosa fuera posible sin tomar en sus propias manos el poder político y jurídico del Estado. Los marxistas creían necesaria una revolución para devolver al dominio público la renta dimanante de la propiedad y para posibilitar que los gobiernos pudieran crear su propio crédito, en vez de tomar prestado a interés de la banca comercial y de los acaudalados emisores de bo-

nos y obligaciones. El objetivo no era crear una burocracia, sino emancipar a la sociedad del persistente poder de la posesión absentista, característico de la propiedad transmitida y de los intereses financieros³⁰.

El experimento chileno, remedo de austrianismo económico e hispanismo salvaje, concentra en su espíritu genocida y refundador todos los elementos de la conjunción tecnocrática que tres décadas antes definió el camino de España. Cosas que Isabel Jara resucita para el lector en *De Franco a Pinochet* mediante la figura ya antes reseñada de Jaime Guzmán, el teórico del pinochetismo, quien, copiando directamente conceptos extraídos de la obra de Gonzalo Fernández de la Mora y los modernizadores del franquismo, quiere para el Chile sometido al dictador «el respeto al principio de subsidiaridad» que «representa la clave de la vigencia de una sociedad auténticamente libre». Palabras que, según Jara, cumplen «el principio de acoplar una sociedad civil estamental y un Estado autoritario, a la vez que preparar el dominio de la economía de mercado», siguiendo la estela del «tradicionalismo español» y su «influencia en la organización institucional y dogmática de la dictadura chilena». Carl Schmitt, el constitucionalista de todos los *neocons*, refugiado en España tras la hecatombe nazi, vuelve así a definir, a través de su alumno Sánchez Agesta y su émulo chileno Jaime Guzmán, la nueva soberanía *constituyente* derivada del golpe militar.

Tierra quemada donde por consejo del astuto Guzmán no se rompió sobre el papel con la vieja Constitución de 1925, pues, a criterio de este Maquiavelo austral, «lo aconsejable sería que no diera lugar a nadie a sospechar que este régimen tiene o aspira a tener alguna semejanza con el franquismo, y que prepara con serenidad y tiempo el esquema político destinado a construir una institucionalidad objetiva»³¹. Punto que no es ninguna broma,

³⁰ M. Hudson, *op. cit.*

³¹ I. Jara, *op. cit.*, p. 301.

porque los grandes sofismas que sirvieron a gobiernos usurpadores, desde Francisco Franco hasta George W. Bush, para legalizar lo innombrable, de un golpe de Estado a las prisiones especiales, nacen de la combinatoria de Carl Schmitt y Sánchez Agesta, iconos surgidos del invernadero franquista y su laboratorio de legitimación político-jurídica.

Pero, sutilezas aparte, Isabel Jara recalca lo esencial de esta jugada: «Así pues, por primera vez, el hispanismo tuvo al Estado chileno a su entera disposición», ya que «su ambigüedad y “apoliticismo” característicos le habían permitido imbricarse en el corporativismo, el nacionalismo y el neoliberalismo en distinto grado, y convertirse en un contenido ideológico transversal». Tópicos que los militares al mando, imbuidos de admiración a los conquistadores de América y sus héroes fundadores, cercanos al pensamiento del generalísimo Franco, hicieron suyos con extraordinaria facilidad. «Puesto que el hispanismo identificaba nación con religiosidad y, a la inversa, antinación con herejía, permitió la calificación del comunismo como antipatria hereje y su identificación como el primer enemigo de Chile. Puesto que el hispanismo era antidemocrático y jerárquico, sirvió para fundamentar el rechazo a la democracia liberal como falso orden igualitario, en realidad mediocrizante, a la vez que exaltar el individualismo y el elitismo, valores necesarios para una sociedad disciplinada a la fuerza en la obediencia a una minoría dirigente y en la deificación de la propiedad privada»³².

Ésa es la doctrina franquista del *shock* aplicada cuatro décadas después por el búnker chileno a sus compatriotas. Entre el «sentido de cruzada» y las privatizaciones galopantes de pensiones, seguridad social, agua y otros servicios públicos, el hispanismo tomó las riendas discursivas de la Junta chilena mediante la recuperación de los tótems de la historia conservadora, cual Jaime Eyzaguirre, maestro de la Universidad Católica muerto en 1968, o el poeta Osvaldo Lira en un conjunto de obras, exposiciones donde la Junta, tal como

³² *Ibidem*, p. 319.

expresó el Departamento Cultural de la Secretaría General del Gobierno, dejó claramente expuestas sus ideas y sus orígenes:

Nadie puede negar, sin faltar gravemente a la verdad, que somos porque hubo un día en que en esta tierra llegaron los españoles, que con su presencia y actividad dieron unidad y existencia a nuestra patria al unir junto a sí a las múltiples razas que habitaban en su territorio, dando lugar de esta manera a una realidad que, sin ser española, es constitutivamente hispánica³³.

Palabrejas no tan ampulosas ni vacías porque el nuevo régimen las aplicó allá donde quiso. Los mismos tecnócratas del Opus Dei que marcaron línea desde 1957 en la España franquista estaban, en el caso chileno, parapetados en el corazón del Estado preparando las reformas estructurales de la dictadura, como demuestra el caso del ministro de Educación, Gonzalo Vial Correa, hispanista y hermano de un miembro del Opus Dei, que bajo la bandera del estado mínimo y el principio de subsidiaridad, en la Directiva Presidencial sobre Educación Nacional de 1979 impuso que el Estado dejara «de expandir su cobertura para concentrarse en consolidar y perfeccionar lo ya realizado, especialmente en los niveles de parvulario y básica, y que el resto sería tarea de la iniciativa privada»³⁴. Ergo, educación media «pagada y selectiva», aunque, claro está, la idea de Vial Correa de que la enseñanza privada se autofinanciara no era del gusto neoliberal ni austríaco al 100 por 100, pues el modelo chileno tenía su mejor espejo en España, donde el concierto escolar resultó el perfecto ejemplo a seguir. En las escuelas concertadas, donde el Estado paga la fiesta y los padres apuntalan los beneficios con sus *cuotas voluntarias* y las *particulares subvencionadas*, que desde principios de 1980 convirtieron la enseñanza chilena en un lucrativo negocio, la economía política austriacista, enemiga feroz del Estado intervencionista,

³³ *Ibidem*, p. 329.

³⁴ *Ibidem*, p. 335.

apoya de forma entusiasta la subvención, derrama y sangría de los impuestos hacia el negocio privado de la enseñanza. Como dijeron los jóvenes turcos de la derecha catalana, el Grupo Hayeck, en un artículo publicado en su órgano periodístico, el diario *Avui*, el 5 de julio de 2004:

El pensamiento de Friedman y Hayeck en relación a este concepto ya planteaba la idoneidad de disponer de este tipo de ayudas públicas para centros con personalidad privada, siempre que no destruyera la libertad de los individuos. La educación pública no puede asumir la asignación de la educación de una forma monopolística. La desaparición de ayudas públicas a la concertada provocaría un alud de matriculaciones en la pública. En este sentido, la generalización de la enseñanza pública como casi única fuente acabaría disolviendo buena parte de la pluralidad cultural, hecho que toda sociedad que rechaza un pensamiento global dogmático no puede consentir³⁵.

Colmo de todos los colmos, el Estado debe pagar pero no exigir. Lo que rige para la empresa no rige para el Estado. Quien paga, no manda, y si lo hace, es totalitario.

Las implicaciones del hispanismo conservador con el proyecto neoliberal chileno, proceso simbiótico según demuestra la tesis de Isabel Jara, no deja lugar a dudas. El Instituto Chileno de Cultura Hispánica ofreció 20.000 escudos a la Junta Militar, y su presidente Rafael de la Presa no tuvo reparos en expresar al periódico *ABC* de Madrid que era «obligación moral de todos los chilenos colaborar con la Junta Militar en la reconstrucción política, moral y económica» que estaba emprendiendo la Junta y a la cual «había que saludar con alborozo», pues evitó la instauración de un «régimen marxista-leninista en mi país»³⁶. Pero, de nuevo y hasta el

³⁵ Grupo Hayek, «El model educatiu i l'escola concertada», *Avui*, 5 de julio de 2004, p. 28.

³⁶ I. Jara, *op. cit.*, p. 361.

fin, fue Jaime Guzmán el hombre al cargo de la fontanería intelectual del régimen golpista.

En un preciso texto de José Iván Colorado García, este vínculo con el hispanismo conservador, nexo y raíz del nuevo capitalismo de los setenta, aparece retratado en todo su esplendor:

Jaime Guzmán fue educado en el tomismo. El tomismo de Lira y Philippi ejerció una gran influencia sobre una generación de profesores de las universidades Católica de Valparaíso y de Santiago. La crítica que hace Guzmán al abandono del tomismo forma parte de la concepción que el pensamiento conservador chileno tuvo del papel de la Iglesia en la *Fisonomía histórica de Chile*, por utilizar el título de la obra de uno de los más destacados representantes del hispanismo en Chile, el historiador Jaime Eyzaguirre. A partir de los años treinta, la difusión cultural española en el subcontinente americano adquirió un componente ideológico definido que fue promovido por el grupo *Acción Española*. Marcelino Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu, como sus más importantes inspiradores, centraron en la *revalorización de lo español* la razón de ser de la acción cultural española en el exterior. Este círculo intelectual sintetizó en el concepto de hispanidad sus diversas construcciones teóricas de naturaleza reaccionaria. Como afirma Lorenzo Delgado: «Tales construcciones teóricas sintonizaron con corrientes conservadoras afines impregnadas de un nacionalismo igualmente autoritario que combatía tanto [...] el panamericanismo como el indigenismo».

Siguiendo la línea historiográfica hispanista, Eyzaguirre exalta el papel de la Iglesia en la formación de la nación chilena desde «aquel día lejano en que por primera vez voces españolas –voces del occidente cristiano– se hicieron oír en el aire de América». Así, contrapone la influencia benéfica de la Iglesia a la influencia laicista de Europa, principalmente de Francia, durante el siglo XIX, que considera ajena y perjudicial a «las severas costumbres de antaño». Teniendo en cuenta que el peso de la tradición es un elemento definitorio del pensamiento conservador, la afirmación es más que una mera contraposición. Pretende evidenciar lo que él considera como una

amenaza a los fundamentos mismos de la nación. De este modo, afirma que el Estado, mediante los procesos de secularización emprendidos, como la educación en los liceos y el matrimonio civil, «arrancará de las inteligencias los últimos resabios del espíritu nacional».

La influencia de estos principios sobre Jaime Guzmán es notoria. Está presente tanto en su contraposición entre lo que es propiamente chileno –y por lo tanto bueno– y lo que es extraño a la tradición chilena –de lo que se sigue un daño–, como en la defensa de la Iglesia de tradición hispana, que Guzmán opone a la Iglesia de los años sesenta y setenta, que abandona el tomismo por una serie de influencias externas y que propone no rechazar la revolución sino «impulsarla y cristianizarla»³⁷.

Todo un engranaje conservador que seguía además la inveterada tendencia de las clases altas criollas a mirarse en el espejo vasco. Linajes procedentes sobre todo de Vizcaya que daban a los blancos del continente una pátina aristocrática que en el caso chileno llegó a convertirse en fuente de legitimidad cultural tal y como contaba el *Petronio* de la elegancia criolla, el escritor Alberto Edwards:

No debe olvidarse que las provincias vascongadas eran en el siglo XVIII a la vez el pueblo más libre y el más aristocrático de España. Sus antiguas libertades habían resistido intactas al avance victorioso del centralismo monárquico; todos sus habitantes eran jurídicamente hidalgos, y hasta las pobres cabañas de las aldeas ostentaban allí blasones de nobleza. El liberalismo aristocrático del viejo Chile fue, pues, hasta cierto punto por lo menos, una venerable tradición histórica medieval, una herencia de raza³⁸.

³⁷ J. I. Colorado García, *Jaime Guzmán, el demiurgo de Pinochet*. Disponible en http://www.pensamientocritico.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=107:jaime-guzman-el-demiurgo-de-pinochet&catid=42:nd-5&Itemid=74.

³⁸ A. Edwards Vives, *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1989, p. 3.

Este hispanismo conservador es el sustrato común en todas las oligarquías latinoamericanas. Pero no se trata de una fatal tendencia melancólica de las elites criollas a la veneración del pasado que no volverá sino de una aguda conciencia de que el derecho de conquista es su acta de nacimiento. El asalto de América supuso una masiva expropiación de la tierra y los recursos naturales mediante las encomiendas españolas o las capitanías hereditarias portuguesas. Y este pecado original de la conquista de América es bien conocido por sus sucesores criollos: una pequeña casta de europeos consiguió el dominio de vastos espacios territoriales que fueron la fuente de la acumulación y el poder que hoy siguen detentando. Desde las viejas haciendas cafetaleras a los actuales latifundios de la soya, la lucha por la tierra ha sido la clave del conflicto profundo de América Latina incluso en sus coletazos actuales como el zapatismo mexicano o el movimiento de los sin tierra brasileño. Y en esta pirámide de desigualdad, la impronta ibérica tiene mucho que ver. Éste es un tema medular y su perverso legado arranca en España.

Porque este pecado original tiene su raíz en la conquista de al-Andalus por las tropas castellanas en el siglo XIV que dio inicio a los grandes latifundios del sur de España y sus sagas de propietarios ausentes, como la actual Cayetana Fitz-James Stuart, la duquesa de Alba, que detenta en pleno siglo XXI 34.000 hectáreas de fértiles tierras en la vega del Guadalquivir. Junto a los hermanos Mora Figueroa-Domeq, Barrera, Nicolás Osuna, conde de Osuna, Íñigo Arteaga Martín, duque del Infantado, los hermanos López de la Puerta y Samuel Flores controlan las mejores tierras de Andalucía y acaparan las mayores subvenciones agrícolas de la Unión Europea. Así que el pecado original de América es el pecado original de Andalucía, donde según las cifras del Sindicato de Obreros del Campo (SOC) el 3,9 por 100 de los propietarios controla el 54,8 por 100 de las tierras productivas. Todo un molde para la posterior experiencia colonial americana. Al decir del escritor y teórico del nacionalismo andaluz Blas Infante «todo latifundio andaluz es ilegal en su origen» al ser tierra «arrebatada por

derecho de conquista»³⁹. Y ese mismo derecho de conquista fue el que se aplicó a escala jamás imaginada en tierras americanas. Así que el verdadero expediente inconcluso del continente después de sus independencias nacionales fue la recuperación de la tierra privatizada por los españoles. Lo intuyó Ramón María del Valle-Inclán, el único de los escritores de la generación de 1898 que entendió, por experiencia directa y sensibilidad personal, el cuadro completo del drama americano y sus antecedentes hispánicos. El autor de *Tirano Banderas*, la mejor disección del hispanismo y sus monstruos sustitutorios, escribe a su amigo, el mexicano Alfonso Reyes sobre los latifundistas en México:

Los gachupines poseen el setenta por ciento de la propiedad territorial: –son el extracto de la barbarie ibérica–. La tierra en manos de esos extranjeros es la más nociva forma de poseer. Peor mil veces que las manos muertas. Nuestro México para acabar con las revoluciones tiene que nacionalizar la propiedad de la tierra, y al encomendero⁴⁰.

La *barbarie ibérica* es el hilo de Ariadna que vincula la generación conservadora de los tecnócratas franquistas, como Gonzalo Fernández de la Mora o Laureano López Rodó, con sus pares chilenos, como Alberto Edwards o Jaime Guzmán, pero ninguno de ellos vive en las glorias de la colonia sino que proyecta su furia hispanista hacia el diseño y control del futuro. Las utopías reaccionarias, como bien señala José Iván Colorado García, llevan a académicos como Jaime Guzmán hacia la toma del poder para moldear la sociedad a imagen y semblanza de su doctrina totalitaria:

³⁹ Artículo del teórico del nacionalismo andaluz Blas Infante publicado el 11 de junio de 1931 en el periódico *El Sol*, disponible en http://www.musulmanesandaluces.org/hemeroteca/41/blas_infante-2.htm.

⁴⁰ Carta de Ramón María del Valle-Inclán a Alfonso Reyes reproducida en la página 444 de G. García Cantú, *Idea de México, III. Ensayos I*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Los vínculos entre el Movimiento Gremialista y el modelo económico neoliberal comenzaron en los años sesenta en el contexto de luchas por controlar los centros de alumnos de la Universidad Católica. Es muy significativo que el movimiento de Jaime Guzmán lograra controlar en 1967 el centro de alumnos de la Escuela de Economía, como lo hizo en Derecho dos años antes. De este modo, el gremialismo logró controlar el centro de pensamiento económico más novedoso de Chile. No deja de ser sorprendente su capacidad para *detectar* espacios emergentes de poder. No hay que olvidar que en este momento los Chicago Boys no gozaban de influencia entre los partidos y sectores de derechas. El hecho es aún más llamativo si tenemos en cuenta que el propio gremialismo se decantaba en este periodo por el corporativismo. ¿Contradicción o conveniencia? Desde este momento el Movimiento Gremial se articuló en torno a lo que fueron sus dos núcleos más importantes: derecho y economía, las dos áreas desde donde se administrarán las transformaciones más profundas del régimen de Pinochet⁴¹.

Veremos, poco a poco, cómo se define la conquista del poder real pero estas redes de la hispanidad tienen un sustento real en el propio modelo franquista exportado a América Latina por sus intelectuales de cámara, como Gonzalo Fernández de la Mora. La Universidad Bernardo O'Higgins de Santiago de Chile, fundada por Augusto Pinochet y amigos en marzo de 1990, honró la obra del mayor tecnócrata español en agosto de 2002 con un seminario cuya inauguración fue presidida por el propio rector del campus ultraderechista, Mario Correa Bascañán que según informaba *Razón Española* en su número 116 fue «amigo de Fernández de la Mora desde sus años de agregado cultural de Chile en Madrid». Dice el refrán que es de bien nacido ser agradecido. Por ello las fuerzas intelectuales y militares del golpismo chileno veneran a los grandes teóricos del franquismo. Y en esta misma tradición, dentro de los hacedores del neoliberalismo hispá-

⁴¹ J. I. Colorado García, *op. cit.*

nico, Jaime Guzmán fue sin duda el discípulo que más cerca estuvo de acumular todo el poder tras el trono del dictador. Porque el verdadero oráculo del pinochetismo fue sin lugar a dudas Jaime Guzmán.

Él fue el redactor de los discursos clave del jefe del Estado. Como constitucionalista de renombre y al cargo de la Comisión de Estudios Preparatorios, estructuró la «democracia autoritaria y protegida» que dio lugar a la Constitución política de 1980, todavía vigente hoy en día. Intelectual orgánico «cuyo aporte peculiar y gigantesco», recalca Isabel Jara, «consistió en la síntesis de un corpus teórico unificador de todas estas fuentes ideológicas españolas y nacionales». Convencido de que se gana más con la influencia, «pues se obtiene que el mando haga lo que a uno más le gusta que se haga», Jaime Guzmán pivotó el deslizamiento suave hacia la democracia protegida que, siguiendo el nuevo perfil de la Madre Patria, y cercana la victoria socialdemócrata del PSOE, se requería para su proyecto chileno ya sin resabios corporativos: «Guzmán se había convencido –a través de sus contactos con los Chicago Boys de la Universidad Católica (UC), de su lectura de la obra de Hayeck, a quien entrevistó en su visita a Chile, y, sobre todo, de la lectura de *El espíritu del capitalismo democrático* de Michael Novak– [...] de que la defensa de la subsidiaridad y de los cuerpos intermedios era coherente con la defensa del mercado», para todo lo cual se legitimaba la «guerra contra el marxismo» que, comparada con la Guerra Civil Española, tuvo «un costo mucho menor»⁴².

De hecho, el argumentario que manejó Jaime Guzmán y que la Junta Militar aplicó al instante, gobernar al principio por decreto-ley respetando supuestamente una Constitución *violada* por Allende, sigue usándose hoy, como demuestra el caso del derrocamiento, el 28 de junio de 2009, del presidente constitucional de Honduras, defendido por los voceros de la derecha latinoamericana y por algunos social-liberales como producto

⁴² *Ibidem*, p. 379.

inevitable del desacato de Manuel Zelaya a las leyes fundamentales de la República. Maniobras que, a fin de cuentas, sólo maquillan la verdad de los hechos.

Estamos hablando de la teoría del mal menor. En Argentina se conoce como teoría de los dos demonios y en 1984 la hizo doctrina oficiosa el escritor Ernesto Sábato cuando en el prólogo del documento *Nunca Más* sobre los crímenes de la dictadura militar lanzó su *justificación* general: «Durante la década de los setenta la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda», razón por la cual se produjo una guerra entre el demonio militar y el demonio guerrillero que la inocente población civil sufrió como víctima inocente. Elaborada estratagema para soslayar la cuestión central del *proceso* tal como sucedió realmente: el genocidio como un sistema planificado y ejecutado a plena conciencia mediante el monopolio de la violencia que ejerció el Estado con el apoyo de las clases altas argentinas en una trama de complicidades criminales donde no existe inocencia alguna de un supuesto y neutral pueblo.

Fue una teoría de provada eficacia cultural que el Gobierno social-liberal de Felipe González usaría a destajo en la década de 1980 aplicando un nuevo matiz a tal fantasía: la tercera España que estaría por encima y más allá de la España roja y la fascista. La España que lejos de los viejos demonios guerracivilistas forjó cuarenta años después el milagro europeizador del PSOE. Variaciones de un sofisma principal, la teoría del mal menor, que fue expresada por el propio Jaime Guzmán ya al final de la dictadura pinochetista:

Producido el 11 de septiembre de 1973, se desencadena una serie de hechos que son consecuencia inevitable del cuadro de guerra civil generado por la UP. Esto no quiere decir que sean hechos justificables, pero sí indica que la responsabilidad de su ocurrencia recae en mucho mayor medida en quienes hicieron necesaria la intervención militar con esa guerra civil que incentivaron, que en quienes se vieron en la obligación, completamente ajena a su voluntad, de conju-

rarla. Porque está claro que el advenimiento del Gobierno Militar no fue algo que las FFAA y Carabineros buscaran⁴³.

Y ésta es quizá una de las estrategias culturales más abusivas y recurrentes del pensamiento conservador; o, en todo caso, el argumento máximo que toda la división intelectual del statu quo aplica a cualquier presidente o presidenciable que pueda cuestionar los intereses creados. Lo mismo que valió para Azaña en 1936, vale para Allende en 1973 o para López Obrador en 2006. En tiempos de personalidad carismática y fantasmagorías colectivas, en tiempos de resentimiento y mitos demoníacos, la repugnante práctica del chivo expiatorio sigue adelante, pero desde el golpe de Estado contra el presidente chileno se desarrolló otro mecanismo de justificación para asesinos convictos que tiene su grado de sofisticación y se ha vuelto moneda corriente. En términos irónicos, lo podríamos llamar el síndrome de la violada provocadora o el complejo del mesías alucinado.

Ejemplo maravilloso de esta técnica es un libro de Fernando M. González, psiquiatra y estudioso de la religión, catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). *Marcial Maciel. Los legionarios de Cristo: testimonios y documentos inéditos* fue publicado por Tusquets en 2006 y recopila información esencial sobre la ocultación vaticana de las actividades pederastas del fundador de la Legión de Cristo. Hombre de prodigiosa memoria y elaborado anticlericalismo que engarza con un arsenal foucaultiano-lacaniano extraído de fuentes directas, González intenta diseccionar la personalidad perversa de Marcial Maciel y, a este respecto, su trabajo se revela notable aunque limitado.

Pero este académico es parte de la elite intelectual mexicana que revolotea alrededor de los dos motores de la derecha latinoamericana: las revistas *Nexos* y *Letras Libres*. Estos grupos de la elite lati-

⁴³ Entrevista a Jaime Guzmán en el periódico *El Mercurio*, enero de 1987. Disponible en <http://despiertachile.wordpress.com/2010/05/01/jaime-guzman-y-los-derechos-humanos-2/>.

noamericana son contrarios al excesivo poder la Iglesia católica, pero su propia adscripción a las clases dominantes convierte sus discursos en dispositivos huecos. A la hora de la verdad, contra el comunismo-populismo, sea lo que sea, estos intelectuales posmodernos y sus enemigos, los curas ultramontanos, unen temporalmente sus fuerzas, como hicieron en México, contra el Anticristo.

Cualquiera que haya vivido la campaña electoral para las presidenciales mexicanas entre enero y julio de 2006, no puede soslayar el crucial papel de esta orden y de sus empresarios afines en la generación de un clima de calumnia, enfrentamiento y provocación sin límites, pero estos hechos se eluden en la obra de Fernando M. González.

Convertidos justamente en legión social de la alta burguesía mexicana para impedir todo posible cambio social, Fernando M. González decide que para ciertas cosas cumplen su función. Como revelan las conclusiones de su ensayo, donde se practica, sin pudor alguno, el mecanismo de inculpación expiatoria; donde, en formato laico, reaparece el pensamiento sacerdotal:

Se pueden encontrar ciertas analogías, a pesar de las grandes diferencias que los separan, en los casos del ex dictador Augusto Pinochet y el ex superior general Marcial Maciel. Ambos han vivido lo suficiente para ver cómo su imagen se erosiona y, sobre todo, cómo sus actos violentos han sido exhibidos sin eufemismos, y sus imposturas, desenmascaradas. [...] Si Salvador Allende –según afirma Carlos Franz– tuvo que haber intuido en sus postreros momentos, antes de volarse la cabeza, «el monstruo que el sueño de su razón utópica acababa de ayudar a parir [...] tiene que haber concluido que, desde ese momento, [sería] responsable también de las consecuencias que su fracaso traería para el pueblo». «El pueblo no debería dejarse acribillar», dice en su despedida, y podemos oír en sus palabras la premonición de todas las muertes y torturas, de toda la violencia a mansalva que desde esa misma hora comenzaba.

Por eso, aunque resultó menos heroico para sus seguidores el haberse suicidado en lugar de morir frente a las balas en esa desigual

batalla, eso habla de que, cuando menos, se responsabilizó de su último acto. A diferencia de Pinochet, que en su última actuación, antes de salir del escenario de la historia, hace todo lo contrario: intenta borrar las pistas, consagra la ambivalencia, negando su responsabilidad. El dictador estadista se despide como el demente escapista [...]. Se hace el loco⁴⁴.

En palabras de otro escritor, Carlos Franz, Fernando M. González expresa los límites de la ilustración mexicana y su irrevocable alianza con el nacional-catolicismo para exorcizar demonios izquierdistas. Ergo, cualquier proyecto de redistribución de la riqueza que ponga en jaque el sistema de privilegios y complicidades que predomina en América Latina es un «monstruo» de la razón utópica. Monstruo contra el cual se unen todos los hombres de bien cuando llega la hora de la verdad, como sucedió en las fraudulentas elecciones de 1988 y de 2006, cancelación inicial y final de la democracia en México. Los ilustrados latinoamericanos camuflan una calumnia dentro de una falacia: Salvador Allende, en la hora postrera, es un hombre desnudo y culpable, «responsable de las consecuencias que su fracaso traería para el pueblo». Chocante, demasiado chocante. En una ingeniosa recreación de los intentos legionarios para exculpar a Maciel de sus crímenes, Fernando M. González tituló aquella farsa «la invención del pederasta solipcista». Pero este mismo González, usando a Carlos Franz, inventa la víctima-victimario, o el peligroso inocente que hizo daño a su país en estado de mesiánica locura provocando a las poderosas fuerzas que debía haber respetado y venerado.

La tradición ilustrada hispanoamericana, desde Ortega y Gasset hasta Enrique Krauze, estigmatiza a sus víctimas demostrando que en la pira inquisitorial ellos merecían, querían, buscaban o llevaban su asesinato por mor de su condición mesiánica, que, como se sabe, termina en crucifixión. Luego, nuestros intelectua-

⁴⁴ F. M. González, *Marcial Maciel. Los legionarios de Cristo: testimonios y documentos inéditos*, Barcelona, Tusquets, ³2006, pp. 416-417.

les oligárquicos suelen escurrir el bulto cuando la misión por ellos impulsada –la muerte de un presidente, por ejemplo– ha concluido, tras lo cual se usa el discurso de la tragedia griega, la fatalidad de la historia o el carisma perverso. Pura charlatanería para despistar el juicio de la historia. La función de este cuerpo de doctores y sus legiones culturales o audiovisuales es una: aplicar sus tesis psicoanalíticas para que, parafraseando a René Girard, lo real se convierta en complejo de persecución y, una vez que los líderes políticos pasen a ser mesiánicos dominados por fantasías paranoicas, la verdadera fantasía del intelectual neoliberal se cumpla: «Ninguna víctima es real»⁴⁵.

Nexos y *Letras Libres* cumplen la recurrente misión que definía ese brillante antropólogo que es René Girard: vehicular el mecanismo persecutorio para que la angustia y la frustración colectiva encuentren una satisfacción proyectiva en su víctima favoreciendo la unión contra ella. Para eso sirven los sacerdotes de la sociedad civil, los *clerics* al decir de Julien Benda⁴⁶, encargados de poner en marcha las infinitas variantes de este mecanismo persecutorio. La víctima real, pese a los aspavientos de Girard, no suele ser miembro de una minoría –como las pequeñas y poderosas clases dominantes hispanoamericanas, por ejemplo– sino un personaje que, por momentos y por su «excesiva popularidad», pone en evidencia un orden social, aunque también moral, claramente injusto. Y ahí es donde con toda certeza René Girard establece la fuerza aún duradera de los Evangelios o el Nuevo Testamento, pues revelan el mecanismo del chivo expiatorio y el papel crucial del

⁴⁵ R. Girard, *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 147.

⁴⁶ El célebre ensayo de Julien Benda *La traición de los clerics*, o la traición de los intelectuales (París, 1927), aunque es una pieza maestra contra las pasiones totalitarias de los sacerdotes-intelectuales, recrea y refuerza la idea de que los intelectuales y los académicos son los clérigos, o rectores, del orden espiritual que rige la sociedad. Autoridad de doctores inmaculados que en América Latina, terminada la hegemonía marxista, ha vuelto a manos de la reacción, que entre nosotros es más virulenta, cínica y sofista debido al siempre latente peligro de las corrientes populares y antioligárquicas, exorcizadas, por ejemplo, en España.

sumo sacerdote que sentencia ante sus confusos y espantados pares del Sanedrín: «Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación se pierda».

Tal como asevera el propio Girard, «lo que dice Caifás es la razón misma, es la razón política, la razón del chivo expiatorio. Limitar la violencia al máximo pero si es preciso recurrir a ella en último extremo, para evitar una violencia mayor... Caifás encarna la política bajo su forma superior y no la inferior»⁴⁷. Por ello él es el modelo de todos los *clercs* o sacerdotes de la razón, formados a imagen y semejanza del primero de los rabinos, Joseph Caiaphas, sumo sacerdote de Israel entre el año 18 y el 36 d.C. Pues Caifás resultó ser «el sacrificador por excelencia, el que hace morir unas víctimas para salvar a los vivos». Y estos *clercs* de la Ilustración latinoamericana dirigen con esmero esta «representación persecutoria de tipo sagrado» que a través de nuevos rituales, mitos y leyendas genera a marchas forzadas un auténtico catálogo de chivos expiatorios desde Salvador Allende a Hugo Chávez pasando por López Obrador o Manuel Zelaya. Función social que pese al uso partidista de René Girard combina perfectamente los necesarios elementos del sacrificio: la crisis de legitimidad de las autoridades, algo elemental en los ciclos políticos de América Latina, y la masa en fusión que reclama, mediante el lubricante televisivo actual, la crucifixión a la cual se pliegan los poderes terrenales.

Paradojas de la vida, y desmintiendo al ilustre Girard cuando dice que los pensamientos políticos modernos, conservadores o progresistas, sólo critican una única categoría de poderes, bien la multitud, bien los poderes establecidos, América Latina, región católica por excelencia, respeta las claves profundas de la Pasión de Cristo vulgarizado en el siglo XX. Nuestras derechas usan simultáneamente la arrogancia de los poderes constituidos y el salvajismo de las masas en fusión, o las marchas blancas, como entendía Georges Sorel, su discípulo Mussolini y sus clones hispánicos.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 151.

Así, contra Allende, se aplicaron todos los procedimientos previos al sacrificio expiatorio o la liquidación física del presidente. Entre 1972 y 1973, conspiraciones empresariales promovieron huelgas patronales que hicieron pasar hambre a la población, mientras las clases medias se convertían en movilizados militantes que marchaban, se armaban, gritaban y daban consignas de muerte por todos lados. Falanges, legiones, mutas y todo tipo de organizaciones secretas preparaban el ambiente expiatorio, mientras se reproducían los pasos de la Pasión aplicada al peligroso político en activo, al cual se califica de utópico demente, mesías tropical o caudillo populista, atributos del mal que generan ciertamente una espiral trágica. El 11 de septiembre de 1973 se consiguió el objetivo con la liquidación física del presidente Allende y del proyecto de la Unidad Popular, pero el mecanismo persecutorio nunca concluye y siempre pide nuevas ofrendas de sangre.

La *intelligentzia* conservadora o social-liberal sigue defendiendo y aplicando las enseñanzas de Caifás contra todos los procesos de cambio en América Latina, y por ello apoyará siempre golpes de Estado como fue el caso de Venezuela el 11 de abril de 2002, que, aunque con variaciones mediáticas –la falsificación de imágenes televisivas para inhibir el apoyo popular a Hugo Chávez–, siguió la ruta de la involución chilena, sólo que la incapacidad de asumir el acto final, el asesinato del presidente o su imposible renuncia voluntaria, así como la espléndida reacción de la gente provocaron el desfallecimiento y la evaporación momentánea de la coalición oligárquica comandada por el líder empresarial Pedro Carmona.

Quizá el legado de Caifás, el saduceo perfecto, tiene su mejor mimesis en la figura del mexicano Enrique Krauze, quien ha promovido desde su indiscutible rectoría en la revista *Letras Libres* y la productora cultural Clío la nueva cultura neoliberal que aplica los mismos mecanismos de persecución a los nuevos chivos expiatorios del continente americano. Una vía discursiva que, bajo el triple complejo demoníaco (populismo-caudillismo-mesianismo), redefine los atributos del Maligno en la mejor tradición rabínica, vaticana e ilustrada.

Tiempos nada religiosos mantienen la presencia de la revelación que nace en los Evangelios, y todos tenemos de forma natural una inclinación, voluble y compleja, a definir nuestra vida en torno al dilema de Caifás o Jesús. Dilemas que aparecen en contadas ocasiones, pero que se manifiestan a veces en el ámbito de la política donde, más allá de la administración de la necesidad o el reparto de la riqueza, aparece de forma espectacular aquello que define la condición humana. Cuando debemos decidir entre linchar a la víctima propiciatoria o negarnos de plano al sacrificio ritual.

Quizá el más bello fragmento de la obra de René Girard, libre de sus propias ataduras conservadoras, es cuando concluye tras exponer la parábola de los demonios de Gadara que en este relato

son los linchadores quienes sufren el tratamiento «normalmente» reservado a la víctima. No se hacen lapidar, como el poseso, pero saltan por el despeñadero, lo que equivale a lo mismo. Para ver lo que tiene de revolucionario esta inversión, hay que trasladarla a un universo que nuestro humanismo antibíblico respeta más que el judaico, el de la Antigüedad clásica, griega o romana. Hay que imaginar el *pharmakos* haciendo saltar a la polis griega, filósofos y matemáticos incluidos, por el despeñadero. Ya no es el réprobo el que se balancea en el vacío desde lo alto de la roca Tárpeya; son los majestuosos cónsules, los virtuosos Catones, los solemnes jurisconsultos, los procuradores de Judea y todo el resto del *senado populusque romanus*. Todo eso se desvanece en el abismo mientras que, encima de él, la antigua víctima, *vestida y en su cabal juicio*, observa tranquilamente la asombrosa caída⁴⁸.

Los afligidos lamentos de *Caifás* Krauze ante el presidente Chávez, que, en vez de mártir crucificado, es hoy referente mundial de un proyecto político que ha sobrevivido a sus enterradores, y la constatación de que el mercenario cruceño Eduardo Flores, falangista boliviano que conocí personalmente en la Guerra de los

⁴⁸ R. Girard, *op. cit.*, p. 238.

Balcanes, es hoy pasto de gusanos tras fallar su complot contra Evo Morales en marzo de 2009, son pequeños milagros que demuestran que el abismo y el olvido son más de una vez el destino final de estos linchadores santificados.

Es por ello, y contra ellos, que mucha gente decide de cuando en cuando participar en la historia. Contra los hipócritas y sus legiones que, como definió otra escritora vampirizada por la reacción, Hannah Arendt, son la primera espoleta de todo estallido revolucionario. Por ahí entenderíamos mucho mejor las claves profundas de la Guerra Civil Española, la Revolución cubana y el nuevo bolivarismo que se desencadenó a partir de 1999. Sólo los que han tenido el desagradable privilegio de vivir en primera línea la viperina espiral de calumnias, injurias, necedades y salvajismo de la *gusanada* latinoamericana saben por qué resulta tan difícil soportarlas. Y nada como esta cita de Arendt para entender el paroxismo que producen esos corazones llenos de furia idiota:

El hipócrita, como la propia palabra indica (en griego significa «actor»), cuando falsamente simula la virtud, desempeña un papel de modo tan consecuente como el actor en el teatro, quien también debe identificarse con su papel a fin de cumplir con las exigencias de la representación; no hay un álter ego ante quien aparezca en su verdadero aspecto, al menos mientras permanece en la escena. Su duplicidad, por consiguiente, se vuelve contra sí mismo y no es menos víctima de su mendacidad que aquellos a quienes engaña. En términos psicológicos, se puede decir que el hipócrita es demasiado ambicioso; no sólo quiere parecer virtuoso a los demás, sino que quiere convencerse a sí mismo. Por la misma razón, elimina del mundo, que ha poblado de ilusiones y de falsos fantasmas, el único germen de integridad capaz de dar nacimiento una vez más a su verdadera apariencia, su propio e incorruptible yo. Aunque probablemente ningún hombre vivo, en cuanto sea capaz de realizar acciones, puede tener la pretensión, no ya de ser corrompido, sino de ser incorruptible, quizá no pueda afirmarse lo mismo respecto a este otro yo vigilante y testimoniador ante

cuyos ojos deben aparecer no ya nuestras motivaciones y la oscuridad de nuestros corazones sino, al menos, lo que hacemos y decimos. En cuanto testigos, si no de nuestras intenciones sí de nuestra conducta, podemos ser falsos o veraces, y el crimen del hipócrita es que da falso testimonio contra sí mismo. La causa por la que nos resulta tan natural suponer que la hipocresía es el vicio de los vicios, es que la integridad puede existir bajo la capa de todos los demás vicios, salvo de éste. Es cierto que sólo ante el crimen y el criminal sentimos la perplejidad del mal radical, pero sólo el hipócrita está podrido hasta el corazón⁴⁹.

La espoleta de la Revolución francesa fue esta lucha contra la hipocresía, «el vicio mediante el cual se manifiesta la corrupción», y cualquiera que conozca un poco las sociedades latinoamericanas estará de acuerdo con que sus cúpulas empresariales, políticas, religiosas y culturales, asociadas en mancuerna letal, han desarrollado la hipocresía en grado de abyección. Y eso supone algo que Hannah Arendt define con precisión:

La difundida opinión de que los procedimientos más eficaces de acción política son la intriga, la falsedad y la maquinación, cuando no la pura violencia, tiene sus raíces en estas experiencias y, por tanto, no es accidental que hoy encontremos esta especie de *realpolitik* principalmente entre quienes se elevaron al poder al margen de la tradición revolucionaria. Allí donde se permitió que la sociedad invadiese, cubriese y, en su día, absorbiese la esfera política, aquélla impuso sus propias costumbres y normas «morales», la intriga y la perfidia de la alta sociedad, a la que los estratos inferiores de la sociedad respondieron con la violencia y la brutalidad⁵⁰.

*

⁴⁹ H. Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 103-104.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 105-106.

Aquello que no llegó a estudiar esta filósofa germano-norteamericana es cómo incluso cuando las clases populares responden políticamente, con el voto por ejemplo, y vehiculan su enojo contra las castas divinas mediante la conquista del poder ejecutivo sin un solo fusilamiento ni un solo guillotino, la furibunda reacción de los hipócritas cae sobre los gobiernos progresistas, como demostró la terrible experiencia chilena y ha seguido sucediendo hasta el reciente caso hondureño. La cólera de los imbéciles no termina nunca, y este maremágnum de linchadores e hipócritas dispuestos siempre y hasta el fin al sacrificio de sus compatriotas es una de las cosas más perturbadoras de la hispanidad, esta herencia maldita que tan bien discierne Isabel Jara en *De Franco a Pinochet*. Las conclusiones del extraordinario trabajo de Isabel Jara Hinojosa sobre el proyecto cultural franquista en Chile no dejan lugar a dudas y merecen ser rescatadas:

En consecuencia, es posible colegir que los valores franquistas estuvieron presentes no sólo en el ánimo personal de varios dirigentes políticos, incluido Pinochet, sino que permearon al menos tres de los varios pilares de la estrategia de legitimación del Gobierno Militar: la legal/constitucional, la estrictamente filosófica-moral y la histórica (la económica fue terreno exclusivo del neoliberalismo, aun cuando dicha exclusividad fue justificada precisamente con el argumento de la «tecnificación»). Por tanto, sin sobredimensionar su papel, pero tampoco menospreciándolo de resultados de seguir una perspectiva habitual de lo político, que ignora la resistencia y fuerza movilizadora de un proyecto cultural, hemos de concluir que el constructo ideológico franquista, constituido como objeto de exportación a América Latina y simbolizado en el discurso de la «hispanidad», pervivió en Chile por más de cuarenta años en el periodo democrático, y que, enriquecido con la oferta más tardía de la filosofía política franquista, influyó de manera funcional sobre la dictadura chilena, aunque no en su versión «pura». Si la «hispanidad» y los valores culturales franquistas, en general, fueron para la política exterior española poco más que retórica sustitutoria, en Chile se llenaron de

sentido e impregnaron la cultura oficial y las definiciones políticas de autoritarismo⁵¹.

Ése es el incuestionable éxito de la doctrina del *shock* aplicada al pueblo chileno, y la socialdemocracia chilena al mando, de Ricardo Lagos a Michel Bachelet, resume en sus traiciones el acomodo de un partido a los dictados de la Junta que liquidó el legado de Allende, pero la conversión de los ciudadanos chilenos en ovejas –acertado editorial de la revista *Punto Final*– fue obra de esta mancuerna de pensadores hispanistas, economistas austriacistas y militares con mentalidad colonial que, bajo el resplandeciente ejemplo del genocidio español, asumieron, en acelerados términos, los pasos para liquidar la República chilena como espacio de transformación y esperanza.

Algo que sabe cualquier nacido en España o quizá más todavía en Chile, donde, como decía el mencionado editorial, «todo el aparataje del sistema de dominación quiere convencernos de que no hay salida a esta situación, de que no es posible una sociedad en que imperen la armonía y la igualdad de derechos y deberes. Se nos ha convertido en un rebaño de ovejas, cuya mansedumbre y conformismo están muy lejos de la concepción del ciudadano participante y activo en una política democrática»⁵². Lo cual provoca «un dilema que a pocos interesa poner al descubierto. O seguimos siendo un rebaño de ovejas que marchan sumisas en la dirección que imponen sus pastores, o nos asumimos de una vez y para siempre como ciudadanos, o sea, como personas responsables, críticas y libres, que entienden lo que está pasando en Chile y en el mundo». La realidad es que «todavía pesa la dramática derrota de hace casi 40 años» y «la izquierda fragmentada no encuentra un camino propio», pero hay que dejar de ser ovejas «para integrarnos a las grandes corrien-

⁵¹ I. Jara, *op. cit.*, pp. 438-439.

⁵² «Ovejas o ciudadanos», editorial de la revista *Punto Final* 690, 24 de junio de 2009. Disponible en www.puntofinal.cl.

tes de cambio que hoy recorren América Latina y que han surgido cuando ya parecía no haber esperanza»⁵³.

Formas de hablar que denotan un acervo, subterráneo pero real, al cual muchos chilenos no pueden renunciar pese a la amarga derrota. En la Península, pocos disfrutaban del consuelo de pensar que existen otras vías para el futuro. Setenta años después de la primera de todas las derrotas, el largo golpe triunfal contra la Segunda República española, el proyecto de la hispanidad imperial que manejaron hace ya más de un siglo reyes, oligarcas e intelectuales ha llegado a su conclusión. Sobre los cimientos del primigenio genocidio republicano, el cártel español ha conseguido todas sus metas, incluida la reconquista económica de América Latina. Sirva el próximo capítulo para contarles el meollo de todo esto.

⁵³ *Ibidem.*

CAPÍTULO II

El despliegue de la hispanidad

La hispanidad, decíamos, es un viejo virus cuya cepa se mantuvo activa en en las posesiones africanas de España. Mortífera cepa que Franco y sus legiones expandieron por la Península cuando, tras fallar el golpe militar, provocaron la Guerra Civil. Su despliegue más letal, o sus expresiones fascistas, jerárquicas y delirantes, pasaron a mejor vida a partir del 20 de noviembre de 1975, cuando el generalísimo desapareció con su régimen personalista a costas. Pero la criatura más longeva y exitosa de este complejo hispánico, santo y seña de nuestra oligarquía patria, es un artefacto intelectual llamado hispanoamericanismo, hispanismo o iberoamericanismo en suave dicción, que ha seguido su propio camino bajo todos los sistemas políticos del Estado español. Sus ideas y sus prácticas, nacidas tras la derrota colonial de 1898, tardaron décadas en plasmarse, pero la actual reconquista económica de América Latina no se entiende sin este complejo proyecto que define el historiador Isidro Sepúlveda Muñoz:

El programa del hispanoamericanismo se ha hecho realidad un siglo después. Los americanistas españoles soñaron con un viaje de Alfonso XIII a tierras americanas, con aprovechar las oportunidades comerciales y de desarrollo económico que albergaban las potencialidades del continente, con una fluidez en el intercambio de comunicaciones y obras de creación y, sobre todo, con potenciar todas las facetas de la comunidad cultural que sostenían hasta el extremo de conseguir materializarla políticamente de algún modo. Un siglo después, la presencia de la familia real española en América es tan constante –a través de los frecuentes viajes y de los medios de comunicación– que son tenidos como personajes propios en cada una de las repúblicas; la capitaliza-

ción exterior en toda la región tiene a España como segundo principal inversor y la presencia de compañías españolas en sectores estratégicos como la banca, las telecomunicaciones y la energía es tan intensa que ha llegado a ser calificada de «neocolonialismo»; los medios de transporte y comunicación acercan ambas orillas del Atlántico en una escala nunca antes pensada, poniendo en evidencia las diferencias locales, pero, sobre todo, la pertenencia a una misma comunidad cultural: ésta, por último, alcanza por primera vez plasmación política con la celebración de las cumbres de jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad Iberoamericana de Naciones¹.

Un programa, pues. O un proyecto de fondo que no tuvo un parto fácil, pues tardó en nacer casi todo el siglo XX, pero que consistía y consiste en el domino indirecto económico, cultural y político sobre el antiguo espacio colonial, las Américas, como agente subsidiario del imperialismo norteamericano, poder amigo y protector, bajo cuya tutela el Estado español ha intentado reconstruir, en varias fases, las redes de la hispanidad o el conjunto de fuerzas favorables a la Madre Patria dispuestas a apoyar, en varios frentes, la penetración de los mercados y los Estados latinoamericanos por parte de funcionarios, empresarios o religiosos de origen español. Y las denominamos redes de la hispanidad porque, mediante una serie de complejas afinidades histórico-culturales, estos grupos de poder, generalmente oligárquicos e influyentes, que incluyen desde las burguesías locales hasta grandes segmentos de la academia, pero también las comunidades españolas en el extranjero, han tenido una vinculación, directa o indirecta, con los principios conservadores, clasistas y jerárquicos que asociamos, fácilmente, a los puntos clave del pensamiento español que va del absolutismo al franquismo pero que en realidad superan ampliamente estas categorías primarias, pues el proyecto hispánico de dominación es y ha sido una política de Estado que in-

¹ I. Sepúlveda Muñoz, *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 412.

cluye a los principales grupos políticos y sociales de la España contemporánea, y sus líneas de penetración se aplicaron durante la restauración, la dictadura primoriverista, la Segunda República, el franquismo y el actual periodo democrático.

La definición y los alcances de este proyecto de dominación hispanoamericana, manejada a escala continental por la dupla Madrid-Miami, puede haber tenido varias fluctuaciones tácticas pero casi ninguna contradicción estratégica, excepto los matices discursivos entre el hispanoamericanismo arrogante, cuyos tintes intervencionistas, de Franco a Aznar, generaron ampollas políticas y guerras periodísticas, incómodas a veces para los negocios públicos y privados de las elites españolas, y el iberoamericanismo consensuador, que, desde el general Primo de Rivera hasta el liberal Zapatero, ha preferido la *entente cordiale* con los poderes reales del continente, sin apoyar en ningún caso formaciones políticas que pusieran en cuestión los intereses españoles en América Latina.

Así pues, esta simbólica y concreta reconquista de América ha supuesto, como acertadamente decía Sepúlveda Muñoz, la conclusión exitosa de un proyecto transoceánico, pero el permanente sesgo conservador y corporativo de estas redes de la hispanidad, cuyo máximo objetivo ha sido el control de los servicios públicos y las instituciones bancarias, así como el turismo internacional, las aseguradoras y los contratos de obras públicas, requiere poner casi todos los huevos en una sola canasta, a favor, pues, de todas las tendencias, iniciativas y grupos de poder que pugnan desde la extrema doctrina neoliberal por la destrucción de los Estados nacionales, los sistemas de bienestar social y los proyectos políticos de izquierda real.

Así, de forma irreversible y total, la política exterior de España y sus principales agentes, públicos y privados, asume la defensa cerrada de los intereses empresariales españoles ratificando, en cada movimiento, el papel asignado por la alta burguesía española al Gobierno en turno. Proteger y defender a toda costa el cártel español, o la asociación de grupos multinacionales de capital mixto, español, europeo y anglosajón, contra todos los enemigos que

pongan en peligro la tasa de ganancia de las corporaciones españolas en América Latina, fuente y substrato de una nueva clase corporativa que definió con agrídulces sentimientos la escritora catalana Rosa Regás:

España ya no es sólo la Madre Patria o la nación hermana que trajo a estas orillas la religión o el idioma y que si envió a conquistadores y virreyes, también llevó después, aunque a la fuerza, la mano de obra de los inmigrantes y el saber de los intelectuales exiliados de nuestra Guerra Civil. Ni siquiera se parece a la que, recuperada la democracia, enviaba hace quince o veinte años a politólogos, asesores y cooperantes que buscaban orientar y ayudar a los países iberoamericanos en sus delicadas y frágiles transiciones políticas. Hoy, aunque la cooperación sigue siendo importante, especialmente en Centroamérica, donde por primera vez se puso en marcha, España es otra cosa: una potencia económica sui generis cuya principal exportación no es la tecnología sino los capitales y que considera a la empobrecida América Latina, especialmente a su sector público en venta y de saldo, como un terreno abonado en el que hacer negocios. Y punto. Por el tiempo de nuestro viaje, la torre de Telefónica, uno de los edificios más altos en el moderno San Salvador, pregonaba el milagro español y a la vez lo próspera que se volvía la gestión de las empresas públicas en bancarrota una vez que pasaban a manos internacionales. En El Salvador, Endesa también se había llevado una importante tajada en la privatización del sector eléctrico y los grandes bancos españoles con la liberalización de la banca. Así que ahora uno se sentía en aquel país como en casa y ya no sólo por el idioma: las cabinas telefónicas eran las mismas y los logotipos de nuestros bancos nos recordaron hasta qué punto «España iba bien», por regular que a los centroamericanos les fuese. Una presencia igualmente visible en Guatemala, Honduras y Nicaragua, donde las multinacionales españolas se han ido haciendo un buen lugar, siempre en el sector servicios y siempre en empresas públicas recién privatizadas.

Cuál será el futuro de nuestra incipiente expansión empresarial y si será capaz de resistir el embate del ALCA, el nuevo desafío lanzado

por el gigante del norte para que América vuelva a ser exclusivamente para los norteamericanos, escapa a nuestra capacidad de pronóstico. Lo que sí podemos aconsejar a las empresas españolas es que recomienden más tacto al personal que envían, por cualificado que profesionalmente pueda ser. Por supuesto que hay excepciones, pero a menudo produce sonrojo coincidir en vuelos y aeropuertos con esta nueva tribu de jóvenes ejecutivos hispanos, no mucho más allá de la treintena, que se mueven por Centroamérica siempre en *business* y casi siempre despotricando contra los nativos. Que si son unos vagos y unos incompetentes, que si unos corruptos. (Pero ¿quién corrompe? ¿O no es corrupción cómo suelen conseguirse con más facilidad adjudicaciones de empresas y subidas de tarifas públicas?) Parece claro que muchos de esos jóvenes viven en ultramar sólo mientras ahorran para pagarse la hipoteca del adosado en España y que no les interesa ni la aventura de viajar ni mucho menos la solidaridad iberoamericana, pero más les valdría contenerse un poco si no queremos que la simpatía con que siempre hemos sido recibidos los españoles en América comience a descender en picado. Porque no hay cosa más insufrible de soportar que ver a los descendientes de tus colonizadores, pero sobre todo a los nietos e hijos de quienes llegaron con lo puesto, escapando del hambre y la miseria, viniendo a darse aires de nuevos ricos².

Rosa Regás no es cualquier cosa. Sus opiniones representan en estado químicamente puro el progresismo antifranquista, cómplice, actor y testigo de una alianza latinoamericana de la cual la Barcelona de Seix Barral, Bocaccio, la *troupe* de Carmen Balcells y sus dos amigos-protegidos, Vargas Llosa y García Márquez, resuena aún como leyenda en textos académicos y periodísticos. Trayectoria personal y profesional que llevaría a Regás, hija de republicanos secuestrados por sus parientes beatos durante la posguerra, a cargos relacionados con las redes de la hispanidad.

² R. Regás, *Vólcans dormidos: un viaje por Centroamérica*, Ciudad de México, Ediciones B, 2005, p. 100.

Así fue directora de la Casa de América en Madrid, sucesora natural de los grandes proyectos de influencia económico-cultural surgidos al calor de 1900, y luego, con el retorno del PSOE al poder, dirigió por breve tiempo la Biblioteca Nacional. Por ello, esta pequeña pieza que recogemos aquí revela los límites de nuestra izquierda intelectual, que mientras intuye y reconoce la suciedad de las privatizaciones a modo sólo pide a los ejecutivos y ejecutores de *nuestras* multinacionales que no sean tan prepotentes. Pero quizá otra cosa angustia a Rosa Regás.

No se trata sólo de que estos jóvenes cachorros corporativos alardeen de poderosos, después de que, un día, sus abuelos fueran pobres, sino de otra cosilla. Aquello que seguramente no se atreve a decir ni a pensar la ilustre escritora. Que esa actitud chulesca es la propia de los conquistadores y que estos conquistadores se parecen exageradamente a la chusma falangista y ultracatólica que tuvo que soportar Regás de niña. Lo contrario de los jóvenes idealistas del tardofranquismo que vivieron con la Unidad Popular el sueño de Allende. Porque ahora los españoles que llegan a Centroamérica son lo contrario de la generación de Rosa Regás. Y resultan sospechosamente iguales a los vencedores de nuestra propia guerra civil. Ahora tratan como sucios vencidos a los súbditos de las Américas, como antes lo hicieron con sus compatriotas ibéricos. Algo que sabemos todos o cada uno de los que vivimos en el Nuevo Mundo.

* * *

Prototipo, entre varios, de gallardo español que enoja, y con razón, a la señora Regás es el periodista Joaquim Ibarz, corresponsal de *La Vanguardia* en México y Centroamérica, al cual conocí en septiembre de 2006 en el Orfeó Català del Distrito Federal y cuyos argumentos contra el candidato izquierdista Andrés Manuel López Obrador, que entonces protestaba contra el fraude electoral, eran tan matizados que concluían en «es un loco y hay que internarlo». Avalando la línea de la ultraderecha latinoameri-

cana, Joaquim Ibarz representa, en estado puro, el modelo de conspicuo periodista-propagandista que en función de su agenda contra el «socialismo totalitario» maneja la información como un arma arrojadiza. Una línea de frente que significa avalar el fallido golpe contra Hugo Chávez en 2002 y el último y más reciente de todos, la asonada militar contra Manuel Zelaya en Honduras que Ibarz estuvo justificando en sus artículos previos al golpe del domingo 28 de junio de 2009.

Sólo dos días antes del forzoso exilio del presidente hondureño, Ibarz reproducía en su crónica de *La Vanguardia* el bulo de que «Zelaya buscaba perpetuarse en la presidencia, siguiendo el modelo de Hugo Chávez», y hablaba de sus intentos de hacer «un referéndum constituyente»³, cuando en realidad la consulta para instalar una cuarta urna en las elecciones de noviembre de 2009 sólo buscaba abrir una asamblea constituyente paralela al mandato del congreso y el nuevo presidente electo, respetando el principio de la no reelección y habiendo por ende un candidato designado del Partido Liberal, Elvin Sánchez, del mismo grupo de Zelaya, como presidenciable en las elecciones de otoño.

La parte final de aquella crónica sentaba aún peores precedentes: «Cientos de militares se desplegaron por la capital para prevenir posibles disturbios por parte de las organizaciones populares e indígenas que apoyan a Zelaya»⁴. A pocas horas del asalto a la casa del presidente y su exilio forzoso, *La Vanguardia*, en crónica fechada ya en Tegucigalpa, echaba el resto proponiendo a los golpistas en ciernes lecciones de historia para tumbar a Zelaya: «En Hispanoamérica hay un precedente de un jefe de Estado destituido por supuestos problemas mentales. El presidente ecuatoriano Abdalá Bucaram fue cesado por el Congreso el 6 de febrero de 1997 por incapacidad mental. Ni siquiera se hizo un examen psiquiátrico»⁵.

³ J. Ibarz, «El presidente de Honduras pierde el pulso con el ejército y la justicia», *La Vanguardia*, 26 de junio de 2009.

⁴ *Ibidem*.

⁵ J. Ibarz, «El presidente contra todos», *La Vanguardia*, 27 de junio de 2009.

Luego Joaquim Ibarz da por sentado que el «trastornado» Zelaya quiere matar a Roberto Micheletti, presidente del Congreso, para lo cual «había contratado a un sicario para asesinarlo»⁶. Sicario que nunca apareció mientras al día siguiente don Roberto Micheletti se convirtió en presidente de facto de Honduras y aplicó el toque de queda, el cierre de medios opositores, la ocupación de los servicios telefónicos y la creciente represión que produjo decenas de muertos. Que «Zelaya se ufano de haber conjurado un golpe en su contra» sirve para que Ibarz en declaraciones fuera de contexto lo pinte como un bravucón capaz de todo, ya que incluso «irrumpió en la base de la fuerza aérea para apoderarse del material electoral –urnas y papeletas– que, según la prensa local, envió Hugo Chávez desde Venezuela para realizar la consulta de mañana»⁷.

En tono dramático, ascendente y apocalíptico, *La Vanguardia* publica que los diputados «quizás adoptaremos medidas drásticas, pero serán para salvar la república». Luego, el silencio previo al golpe: «En las calles, más vacías que de costumbre, se percibe tensión»⁸. Las vísperas o las postrimerías del golpe suelen ser así pero Ibarz da a entender lo que es un secreto a voces: mañana es el día. Un desplegado en la página cuatro –especial cobertura que sólo hizo *La Vanguardia* entre todos los medios españoles– indica la «espectacular conversión» del terrateniente Zelaya al «populismo de izquierdas».

La sentencia se ha dictado en el abyecto pero preclaro lenguaje de la ultraderecha latinoamericana que Joaquim Ibarz tiene el honor de encabezar en sus crónicas hondureñas. «Su proyecto quedó claro: una nueva alianza con el bloque liderado por Venezuela, construcción de una base social interna con sectores de la izquierda y distanciamiento y eventual confrontación con los grupos tradicionales del poder político y econó-

⁶ *Ibidem.*

⁷ *Ibidem.*

⁸ *Ibidem.*

mico.» A cambio de «fidelidad», el presidente Chávez «le ha ido entregando petróleo económico», apuntalando así «los desvaríos ideológicos» de Zelaya «en el país más derechista de América»⁹.

La crónica del domingo 28 de junio, corta y precisa, serviría para el despiste: «Fuentes militares declararon a este diario que el alto mando castrense expresó con claridad a los diputados que, pese a que no aprueban el plebiscito que el Ejecutivo ha convocado para hoy, no avalarían un golpe técnico contra el jefe de Estado»¹⁰. Mientras tanto, en el mundo real sucedía todo lo contrario. Al día siguiente, en un ejercicio de funambulismo táctico, Ibarz titulaba «Resucita el golpismo», pero ocupándose de poner voz, contexto y legitimidad a la operación militar: «Actuamos antes de que fuera tarde. Quisimos evitar que aquí se repitiera el libreto que Chávez marcó a Bolivia y Ecuador, que tantos enfrentamientos ha provocado allí», declaró a este periódico Porfirio Lobo, presidente del Partido Nacional»¹¹. En concordancia con el nuevo orden producido por el golpismo, Ibarz señala que no hay protestas en Tegucigalpa y reina el orden en la capital, pues «la mayoría de la población es muy hostil al populismo de Zelaya»¹².

A medida que los días pasaban y la insospechada reacción de gobiernos extranjeros pero también de la población hondureña inquietaba al búnker golpista, Joaquim Ibarz llegó más lejos que cualquier corresponsal. Mientras *El País* dejaba para sus columnistas de combate, como el venezolano Moisés Naím, el trabajo de justificar el *putsch*, el corresponsal de *La Vanguardia* defendió de las más variadas formas la necesidad del golpe. Para ello, el periodista catalán buscó las polifónicas voces de la reacción. En una

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ J. Ibarz, «El ejército hondureño frena la destitución presidencial», *La Vanguardia*, 28 de junio de 2009.

¹¹ J. Ibarz, «El golpismo resucita en América», *La Vanguardia*, 29 de junio de 2009.

¹² *Ibidem*.

numantina nota¹³, Joaquim Ibarz cuestiona incluso la llamada a consulta del embajador Ignacio Rupérez por parte del ministro Moratinos, quien «fracasó en su pretensión de que todos los países de la UE retiraran a su representante en Honduras: tan sólo Francia atendió al llamado». Y endilga la opinión de la comunidad de negocios española en Honduras que siguiendo los temores de Rosa Regás expresa su indignación por la *traición* del Gobierno de Zapatero: «En la colonia española en Honduras hay perplejidad por la salida del embajador», prosigue Ibarz.

En un encuentro que este enviado mantuvo con un grupo de empresarios, se criticó que el Gobierno español «tenga una doble vara de medir». «Felipe González no retiró al embajador Nabor García cuando el presidente Alberto Fujimori dio el autogolpe de 1992. Zapatero no llamó a consultas al embajador Juan María Alsina ni formuló la menor crítica cuando Lucio Gutiérrez fue derrocado en Ecuador por un golpe militar. Aznar tampoco retiró al embajador cuando el ecuatoriano Jamil Mahbud fue sacado de palacio a golpe de fusil y derrocado en el año 2000», comentó el empresario Rafael Enríquez, ingeniero consultor de proyectos hidroeléctricos. «Me parece horrible que España retire al embajador. Zelaya quería expulsar a los extranjeros, ponía trabas a los empresarios, a los que veía como enemigos, boicoteaba al inversor español», señaló Enríquez. Para Antonio Fraile, empresario de la construcción con 70 trabajadores, Moratinos decidió la llamada a consultas del embajador «por falta de información; está equivocado, igual que la comunidad internacional»¹⁴.

Entre sus fuentes abiertas y sus fuentes anónimas, el retrato del *loco* Zelaya, generador de narcotráfico, guerras civiles y expropiador en ciernes, Joaquim Ibarz encaja todos sus demonios en una sola pieza. En un curioso desplegado, el titular asume el dolor

¹³ J. Ibarz, «Honduras rechaza el ultimátum», *La Vanguardia*, 2 de julio de 2009.

¹⁴ *Ibidem*.

de los golpistas: «Honduras sufre el boicot económico y la asfixia financiera internacionales». Llanto por el verdugo que concluye en ominoso titular: «Todos golpean al más débil». Aunque los datos no son del todo exactos, pues nunca el ecuatoriano Lucio Gutiérrez fue víctima de un golpe militar y, tras provocar una rebelión popular, fue destituido por el Congreso ecuatoriano, que no tuvo que falsificar la firma del presidente hondureño.

Aun así, gracias a las notas de Ibarz, descubrimos y sistemizamos los particulares demonios del hispanismo en tierra americana: sus desencuentros con el Gobierno de Zapatero, a quien no perdona la exitosa política de apaciguamiento ante Chávez, redituable para los negocios catalanes, gallegos y andaluces, ni la mínima defensa del Gobierno legal de Honduras. Pero como se dice en buen mexicano, ni modo. La hispanidad y los proyectos neocoloniales que España implementó en América requirieron, a menudo, de una alianza de sangre con las burguesías latinoamericanas y sus voceros, sectas y mamporreros que marcan la agenda siempre en consonancia con el espíritu oligárquico.

Joaquim Ibarz es un buen ejemplo de esta estirpe de nuevos conquistadores que marca la línea del hispanismo en la defensa de sus aliados locales de América Latina. Un hombre que en tiempos de la Revolución sandinista inició el camino de Damasco hacia su actual función de vocero de la reacción. El primero en todos los frentes. El mismo, decíamos antes que en 2006, con aire crispado y a puro grito, me dijo que Andrés Manuel López Obrador era un loco criminal que iba a llevar el país a la ruina y cuyas palabras en presencia del presidente del Orfeó Català, Xavier Torroja, fueron coléricas en extremo. Curioso, porque este mismo corresponsal había vivido parecida situación en verano de 1988 y en aquel entonces *La Vanguardia* publicó lo que negó años después.

Tiempo ha, sus titulares definían una inclinación casi progresista: «Convocada en México una movilización contra el fraude electoral». «La insurrección cívica de los mexicanos en repudio por el fraude electoral del 6 de julio alcanza una nueva etapa y un más alto nivel con estas concentraciones que se celebrarán ante

todos los ayuntamientos del país y en los lugares más representativos de la capital»¹⁵. Entonces, la insurrección era encabezada por el hijo del general Lázaro Cárdenas, Cuauhtémoc, cuyas denuncias del fraude electoral operado por el PRI a favor de Carlos Salinas de Gortari fueron argumento de crónicas y reportajes realmente valientes que casi provocan la aplicación del artículo 33 constitucional contra el periodista catalán, o sea la expulsión directa del país que la presidencia de la república puede ejercer contra cualquier extranjero que se meta en asuntos políticos internos.

A estas alturas de la historia, Joaquim Ibarz asume personalmente la defensa de la hispanidad y sus émulos latinoamericanos que se define ante todo por un solo dogma de fe que describe un clásico libro de Stanley J. Stein y Barbara H. Stein:

En muchas naciones, los elevados niveles de analfabetismo [...], las débiles organizaciones laborales, campesinas y obreras, las bien organizadas y altamente influyentes asociaciones de terratenientes y de negocios, la amplia utilización de fondos políticos para influir en las votaciones y, finalmente, el recurso a la fuerza militar para destruir los resultados de las elecciones –todo ello ha concentrado el control político sobre la toma de decisiones nacionales en manos de una elite u oligarquía que se perpetúa a sí misma y cuyas decisiones obedecen a intereses de clase más bien que a consideraciones nacionales–. En América Latina, los Gobiernos nacionales lo son únicamente de nombre; de hecho, son el reflejo de los más poderosos grupos económicos¹⁶.

Este estudio sobre la herencia colonial española y el neocolonialismo maduro que se daba en la región data de 1975, pero la aparición de nuevos actores, como las empresas transnacionales españolas y los grandes medios privados, televisión en especial, no

¹⁵ J. Ibarz, «Convocada en México una movilización contra el fraude electoral», *La Vanguardia*, 14 de agosto de 1988.

¹⁶ S. J. Stein y B. H. Stein, *La herencia colonial de América Latina*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1975, p. 193.

varió demasiado el orden que nació de la conquista. El terror se sigue aplicando a rajatabla, sobre todo cuando los intereses creados entran en pánico, por efecto generalmente de la proyección paranoica. Los periodistas como Joaquim Ibarz se encargan de allanar el terreno. Sus desmedidos ataques anuncian la llegada de la jauría pero los oligarcas nunca aparecen por casualidad.

* * *

Todo aquello que ha sucedido en Honduras, y que se repite cíclicamente en las repúblicas latinoamericanas, es parte de la espiral de violencia desatada por una oligarquía que «se perpetúa a sí misma». Para ello, nada mejor que la historia que los propios ministros del Gobierno hondureño en el exilio me contaron en una extensa entrevista que publiqué en varios medios ibéricos:

Es una fotografía excepcional. Impensable hace apenas un mes. Tres ministros de un Gobierno democrático se reúnen, acompañados por su embajadora, en la planta ocho de un discreto edificio departamental en la Colonia Roma. En pleno centro de la capital mexicana. Hablan, inquieren, discuten. Recuerdan. Pero no ejercen. Han sido desposeídos de sus cargos por la fuerza. Son por el momento funcionarios de un Gobierno en el exilio. Y residen en México. Todos ellos han escapado de la persecución gracias a protección diplomática brindada por la comunidad internacional. Son víctimas y testigos del golpe de Estado que el 28 de junio de 2009, siempre de madrugada, derrocó al presidente constitucional de la República de Honduras, José Manuel Zelaya Rosales. Ellos son la primera oleada de exiliados que México recibe en el siglo XXI, pero esta tierra de asilo conoce la vieja canción.

Fue el 13 de junio de 1939 cuando el presidente Lázaro Cárdenas recibió al *Sinaia* en el puerto de Veracruz, el primer barco de republicanos ibéricos, abriendo sus puertas de par en par a las víctimas de un militar golpista llamado Francisco Franco Bahamonde. Y fue el 15 de septiembre de 1973, tres días después del golpe de Pinochet, cuando el presidente Luis Echeverría recibió

a la viuda del presidente Allende, Hortensia Bussi, en el aeropuerto de la Ciudad de México abriendo de nuevo las puertas de México a miles de exiliados chilenos, uruguayos y argentinos. Han pasado cuatro décadas pero la tradición sigue. Mande quien mande. El 29 de junio de 2009, Felipe Calderón recibió en el hangar presidencial a la ministra de Asuntos Exteriores de Honduras, Patricia Rodas, y en su propio avión oficial la acompañó a una reunión multilateral en Nicaragua. Secuestrada por los golpistas, la representante hondureña fue rescatada de su irregular arresto por funcionarios consulares mexicanos. No fue la única. Los dos hombres y dos mujeres que hablan para *Berria*, altos funcionarios del Gobierno legítimo de Honduras, salieron del país por mediación de la embajada mexicana en Tegucigalpa. El último en llegar, protegido por la embajada azteca, fue el joven ministro de Educación, Marlon Brevé, que apenas aterrizó este lunes 27 de julio en la Ciudad de México tras pasar casi un mes en paradero desconocido. Antes llegaron Rodolfo Pastor, reconocido académico, historiador y ministro de Cultura así como Rebeca Santos, ministra de Finanzas, procedente de Nueva York. Todos ellos han escapado de las garras de los golpistas gracias a las gestiones de la diplomacia mexicana. Coherencia institucional e histórica. Y en los hechos, muy efectiva.

La embajadora Rosalinda Bueso fue restituida en su puesto por la decidida actuación del Gobierno del Distrito Federal que mandó el miércoles 22 de julio efectivos de su policía bancaria para recuperar las instalaciones consulares. Personal golpista pretendió expulsarla pretextando una falsa orden llegada del Gobierno usurpador de Honduras, pero la ocupación terminó en veinticuatro horas, cinco empleados desleales ya han sido expulsados del país tras la cancelación de sus visas diplomáticas. Pero igual sucedió esta foto excepcional que América Latina creía superada. Un Gobierno derrocado por golpistas que se refugia en otro país. Algo que estuvo cerca de pasar. En 2002, cuando aquel *putsch* contra el presidente Chávez sucumbió en un fin de semana. Esta primavera de 2009 cuando el Gobierno boliviano desbarató una conspiración de mer-

cenarios internacionales para asesinar al presidente Evo Morales. El peligro siempre ha estado ahí. Pero es ahora, bajo la luz crepuscular de este lluvioso verano azteca, que un Gobierno en el exilio se reúne para juzgar y analizar las claves de un proceso de involución que va a definir el futuro de América Latina. Porque el 28 de junio de este año el golpismo sí ganó en Honduras.

* * *

«Estados Unidos ha ido lento», comenta Marlon Brevé, «pero ya aplicó la suspensión de cuatro visas a miembros del Gobierno de facto. Lo dijo el portavoz del Departamento de Estado, Ian Kelly, y reiteró que reconoce solamente al Gobierno de Manuel Zavala. Fue enfático». Pese a todo, no hay engaño. «Todo esto es un proceso de dilatación», asume Brevé, «porque los golpistas no van a aceptar el acuerdo de paz. Han estado haciéndole ver a la comunidad internacional que están abiertos al diálogo pero sólo quieren llegar hasta noviembre para legitimar en las urnas el próximo Gobierno».

Sólo que antes había que derrocar al molesto Ejecutivo en turno. Cuando el 24 de junio el presidente Zelaya destituyó al general Romeo Vásquez, jefe del Estado Mayor Conjunto y a toda la Junta de Comandantes, algunos ministros pensaron que la hora había llegado. Así describe Marlon Brevé los días previos: «Esa noche pensamos que iba a haber golpe. La siguiente noche ya había una alianza del poder legislativo y judicial contra el Ejecutivo. Se reunieron el jueves hasta la una y media de la mañana para fabricar una destitución pero parece que el embajador de EEUU paró la maniobra. El viernes todo pareció normal y es mi opinión personal que nuestro presidente se confió. Él habló con el embajador Hugo Lorenz y éste le informó de que el golpe de Estado que le iban a dar estaba contenido. Y a partir de ahí en vez de andar muy cautelosos comienza a salir en el canal estatal e inclusive vuelve a dormir a su casa. Y en la noche del sábado cita a los embajadores a una conferencia de prensa sobre la consulta del domingo y en

público se le oye decir “Hija, espérame, ya voy a llegar a casa, despiértame a las 5 de la mañana”». Fue fácil, pues. Aunque la pregunta resulta inevitable. ¿Se puede aunque sea indirectamente dar un golpe de Estado en Honduras sin el plácet de la embajada norteamericana? Sonríe Brevé: «Cuando se alían oligarcas, militares y políticos ambiciosos, sí se puede. Les dio igual la embajada americana. Ellos se juntaron y ellos lo hicieron. Y hasta fueron despectivos con el presidente Obama».

La ministra de Finanzas, Rebeca Santos, «tecnócrata con visión social», trabajó en la delegación del Banco Mundial en Honduras. Y tiene, sin duda, su propia visión de la jugada: «Ellos dieron un golpe al estilo de los años setenta y la línea es otra. Le voy a dar un indicador sencillo. El año pasado a los dueños de las centrales térmicas que son las que generan la energía para la empresa nacional eléctrica les pagamos 600 millones de dólares. Ellos han estado haciendo negocio en un ambiente propicio estos tres años». Sólo que en el Gobierno, insiste Brevé, «se habló de que no deberíamos depender tanto de estos grupos energéticos y volver a la construcción de represas hidroeléctricas, con lo cual les íbamos a quitar sus negocios. En Costa Rica el 80 por 100 de la energía es de hidroeléctricas del Estado. En Honduras, el 70 por 100 de la energía procede de estos empresarios, conocidos como *los térmicos*». Negocio clave controlado por la familia Facussé, cuyo patriarca don Miguel promovió el golpe militar. Siete grandes familias llamadas el Club de Coyolito, «un lugar de veraneo de la gente más rica y poderosa del país en la costa del Pacífico. Ahí tienen casas don Miguel Facussé, Rafael Leonardo Callejas... En el Club de Coyolito se reúnen estas familias para decidir quién va a ser presidente, quién va a ser candidato, y para repartirse el pastel del poder». Algo que sin duda sabe Rodolfo Pastor, el ministro de Cultura, un connotado historiador metido a político que se crió entre la gran burguesía hondureña. «Este pastel es el poder público porque les da acceso a los recursos del país y ésta es la gente que ha financiado el golpe de Estado.» Así que, siguiendo los rituales del poder, Manuel Zelaya, presidente electo en marzo de 2006, fue citado por el Club de Co-

yolito. «Le dijeron que antes gobernaban los militares, ahora somos nosotros, así que cualquier presidente debe cogobernar con nosotros.» Una frase que Marlon Brevé no olvida: «El presidente no aceptó estas imposiciones. Y así nos fue».

* * *

Entre leyendas, calumnias y medias verdades sobre el Gobierno de *Mel Zelaya*, una recorre el espinazo de los biempensantes. Su alianza con Hugo Chávez. «Honduras está vinculado con EEUU», afirma contundente Rebeca Santos:

70 por 100 de sus exportaciones van ahí y tenemos un millón de migrantes en EEUU, cuyas remesas representan el 20 por 100 del PIB. Como no podíamos diversificar, hasta exportamos nuestra gente. Por eso la mayor vinculación del presidente Zelaya no sólo con los países del ALBA, sino por ejemplo con Brasil, con quien negociamos un contrato de 500 millones de dólares para la construcción de tres hidroeléctricas.

Recuperar el patrón energético, dice la ministra. Romper el monopolio privado, concuerdan todos. Buenos motivos para financiar un golpe de Estado, insinúa. Asienten. Ésa fue, según todos ellos, una de las razones. El fantasma de PETROCARIBE y el oro negro de Chávez que compra conciencias y votos, cual demonio populista, es propaganda. Pura propaganda:

La relación con PETROCARIBE se inicia el año pasado cuando los precios del petróleo se vuelven astronómicos y esto era una presión enorme para las reservas internacionales del país. La factura subió de 1.300 a casi 2.000 millones de dólares. PETROCARIBE vino a aliviar la situación. El 70 por 100 del petróleo se nos daba con financiamiento de largo plazo. Al 1 por 100 anual y a veinte años vista. Un regalo. Nosotros sólo debíamos devolverle a PEDEVESA en el plazo de noventa días el 30 por 100 del costo. La mayoría de los bar-

cos que están llevando el petróleo de Venezuela hasta el golpe los estaban comprando las mismas centrales de energía térmica y lo transportaban las transnacionales que importan combustible.

Todos chillaban. Todos ganaban.

Luego sobran dudas. Un golpe de Estado contra un presidente a quien quedan cinco meses de mandato efectivo. Sin derecho a reelección. ¿Sólo porque quería consultar al pueblo sobre una asamblea constituyente que pusiera las bases de una nueva república? Pero se trataba de algo más. Romper las reglas de la partidocracia y la oligarquía. Desde abajo. Pero esta cuarta urna que se iba a instalar en las elecciones presidenciales de noviembre de 2009 no era vinculante ni obligatoria. Pudo ser bloqueada y asfixiada. Así pues, siguen las preguntas buscando sus respuestas. Que llegan a raudales. Pastor *dixit*:

Los empresarios estaban preocupados por la pérdida de concesiones y monopolios. Tuvieron que compartir un poco sus ganancias cuando el presidente aumentó un 60 por 100 el salario mínimo. Los militares también se sintieron amenazados porque nunca antes un presidente civil se había atrevido a destituir al jefe de las Fuerzas Armadas. Los políticos tradicionales estaban preocupadísimos por la cuarta urna. Porque si la cuarta urna prevalecía y la gente quería reformar la Constitución, ellos iban a perder el control del sistema político. La asamblea constituyente que se pensaba convocar iba a tener representación de todos los sectores sociales e iban a tener que ponerse de acuerdo los distintos sectores sobre las reglas básicas del juego.

Remata la ministra Santos con crueldad sintética: «Íbamos también a romper el monopolio político. El bipartidismo tradicional de conservadores y liberales». Ejemplo palmario de descomposición y cinismo hay uno. Basta y sobra. Roberto Micheletti, el presidente de facto. Precandidato fallido del Partido Liberal (PL), diputado por veinticuatro años, presidente del Congreso los últimos tres años e insigne miembro de la partidocracia. Asalariado

de Carlos Flores Facussé, sobrino del oligarca mayor de Honduras, Miguel Facussé, quien fungió como presidente de Honduras entre 1998 y 2002. Considerado por todos el mentor intelectual del golpe de Estado. Su clan familiar controla térmicas y aeropuertos, tras las privatizaciones que éste impulsó, y maneja también los resortes del poder legislativo. Aunque nunca hasta ahora los secuaces de Carlos Flores Facussé habían apoyado el secuestro y expulsión del primer mandatario, militante de su mismo PL.

«Su miedo», aclara Brevé, «es que, en las votaciones de noviembre, la cuarta urna obtuviera más votos que todos los candidatos a presidente, a diputados y alcaldes juntos. En 2010 se hubiera elegido una asamblea constituyente y nuestro partido, el PL, temía que en dos años hubiera una nueva Constitución, se convocaran elecciones y cambiara completamente la clase política hondureña. Y que Zelaya pudiera volver al Gobierno». Algo que corrobora y precisa la ministra Santos: «En los grupos empresariales y el sistema bipartidista yo percibía la preocupación de que esta toma de conciencia de la gente se iba a exacerbar por efecto de la consulta popular. Al próximo presidente le tocaba negociar con los sindicatos, con el magisterio, con movimientos fuertes que después de la experiencia con Zelaya aumentarían su nivel de expectativas. A futuro preveían que esto les iba a resultar difícil de manejar y pondría en crisis la gobernabilidad».

* * *

Eso y más. Dijo una vez una diputada guatemalteca que en su país proponer una reforma fiscal para que los ricos pagaran un poquito era condenarte a la horca. Y se ríe Rebeca Santos. Quien sabe del tema. Entre exenciones fiscales e impuestos directos, los hondureños ricos no pagan impuestos. «250 millones de dólares anuales dejamos de percibir por exoneraciones fiscales a maquiladoras, empresas y negocios varios. Tremendo, por supuesto.» Marañas legales aceptadas con resignación. Como reconoce Santos, el Gobierno de *Mel Zelaya* fue «buen alumno del FMI». Mo-

derados y prudentes siempre. Hasta el fin. Mientras cae la noche sobre Ciudad de México, los funcionarios en el exilio intentan ir más allá de la anécdota. Captar desde su parte en la historia el sentido de toda la historia. Ser testigo y parte. «Ésta no es una crisis coyuntural. Es el estallido de una fisura enorme que estaba presente en la sociedad hondureña.» Fisura que ya no es simbólica sino real. «Honduras», recalca Pastor, «lleva un mes alzada. Las carreteras, las aduanas, los puertos han sido tomados por el pueblo y esto les ha provocado un grave daño económico. El turismo se ha desplomado». Piquetes que asaltan el mayor *mall* de Tegucigalpa. Cosas nuevas. Sorpresivas. Adidas y Nike, las mayores maquiladoras de Honduras apelan a la restauración del orden y la democracia para que sus bambas puedan embarcar *just on time* en Puerto Cortés y acaben así los bloqueos de trabajadores. Cosas nunca vistas. Desafíos jamás imaginados. Un ejército que no se atreve, sólo con cuentagotas, a cruzar la línea de las grandes masacres y el terror total. Y una idea cruza mi cabeza. ¿Habrá perdido el pueblo hondureño el añejo respeto a sus oligarcas? «Hay un punto de quiebre», asiente la ministra Santos, «donde la gente se siente sumamente lesionada. El pueblo se ha manifestado de una forma contundente por el retorno del presidente Zelaya y los pobres han demostrado su nobleza porque ahora no tienen nada que ganar protestando».

Comentarios que matiza Roberto Pastor. La clave, para él, está en otro lado:

Yo creo que ha habido un cambio fundamental del comportamiento político de la población hondureña y pienso que es algo muy profundo. Por viejo a mí me ha tocado ver antes que éste cuatro golpes de Estado y en ninguno hubo una movilización que durara dos días. Inmediatamente después había un apaciguamiento, una resignación, y en esta ocasión los programas sociales, la línea y la denuncia del presidente Zelaya contra los intereses creados que impedían al país gobernarse racionalmente hicieron que la gente se entusiasmara. Y eso ha provocado luego del golpe una movilización

de las conciencias entre las capas populares y ha sucedido precisamente esto que insinuabas. La gente ha perdido este sentimiento de deferencia a las cúpulas políticas y económicas. Se ha perdido el miedo. Algo que ya estaba presente en sindicatos y en maestros pero que ha llegado a grandes capas de la población. En las grandes manifestaciones, como la marcha al aeropuerto, para recibir al presidente Zelaya, donde yo aún estuve, pude ver lo que no existía desde 1972. Grupos étnicos, campesinos, sectores urbanos, trabajadores, un mosaico y una diversidad impresionante. Esto es un fenómeno nuevo.

Suena bonito pero quizá sea verdad: la contrarrevolución de las elites produjo la revolución ciudadana. En cualquier caso, dos bloques se han definido. Uno armado hasta los dientes. Financiado y apoyado por la gran empresa. Otro, masivo, abierto y disperso por todo el país. Concluye Pastor: «El golpismo está asustado y la gente está asustada también». Remata Brevé: «Es un empate. Zelaya sólo volverá con el apoyo de los gringos y este apoyo es demasiado tibio. Si el frente interno no aumenta la presión, todo se va a complicar».

A cinco semanas del golpe, la tensión no decrece y el estallido puede ser todo menos metafórico. «El caciquismo ya no funciona, la gente de extracción rural que vive en EEUU aprendió a no callarse. Quiere derechos. Honduras ya no es coto privado de unos pocos.» Así piensa Rebeca Santos. Así piensan todos ellos. En contacto con el presidente Zelaya, instalado en la frontera nicaragüense, quien sigue decidido a entrar de nuevo a su país. Especulando en la distancia. «Puede que Zelaya no regrese pero puede ser también que no haya elecciones en noviembre porque la resistencia se fortalece», argumenta Marlon Brevé. Perspectivas de guerra civil entre bailes diplomáticos internacionales. «Los golpistas crearon un monstruo y no lo podrán manejar. Sólo les importó controlarlo todo. Y quebraron el sistema», sentencia el ministro Pastor. Entre el posible asilo en México, el trabajo académico en EEUU o la soñada vuelta a Honduras, perfilan su de-

venir estos exiliados políticos. «Seremos rebasados por el pueblo», concluye Rebeca Santos. Lo único seguro es que en Honduras nada nunca volverá a ser igual.

A pequeña escala, pues, la historia del golpe hondureño recuerda la pesadilla recurrente de América Latina, pero éstas son las castas divinas sobre las cuales se ha fundamentado la penetración española en las viejas posesiones coloniales, alternativa natural del hispanoamericanismo en permanente búsqueda de sus interlocutores fiables. Y es ahora cuando toca contar los orígenes de la actual reconquista, las causas, los factores y las pistas que nos llevan a la profética fecha de 1898 cuando al parecer todo se perdió en Cuba. Porque la cosa tiene su origen, y si hay algo curioso en esta larga historia, es que desde la batalla de Ayacucho, un 9 de diciembre de 1824, derrota definitiva de las tropas españolas en suelo americano, nunca se abandonó la idea de reconquistar aquellas tierras. Como dijo el escritor mexicano Andrés Bello, hubo guerra entre España y América hasta el último año del siglo XIX y, aunque 1898 resolvió a costa de un gran holocausto la cuestión del domino territorial sobre los últimos reductos del Caribe, Puerto Rico y Cuba, los intentos imperialistas fueron permanentes pese a la postración de la Madre Patria y su evidente conversión en una colonia-rehén de los grandes poderes europeos.

* * *

Desahuciados, endeudados pero siempre pendencieros los sucesivos gobiernos de la monarquía española ejercieron varias tristes funciones generalmente como auxiliares de los verdaderos imperios, especialmente Inglaterra, cada vez que las clásicas reclamaciones de deuda externa por parte de la gran banca europea llevaban las exiguas marinas hispánicas a amedrentar las repúblicas americanas, una historia de chantaje y chulería que tuvo episodios de auténtica reconquista, como la ocupación temporal de Santo Domingo a petición del caudillo local Pedro Santana, ilus-

tre propietario de hatos ganaderos, casta de pequeños hacendados que dominaban la isla.

Entre los afanes expansionistas de la hermana República de Haití, una potencia negra bajo permanente bloqueo económico occidental, adversaria natural de todas las oligarquías americanas por su talante revolucionario, y la súbita debilidad norteamericana, cuya guerra civil los dejaba inhabilitados para aplicar la Doctrina Monroe, una pequeña clase dirigente entregó La Española a sus descubridores el 18 de marzo de 1861, pues bajo el pendón de Castilla podrían conservar «su libertad interior y el bienestar relativo del que disfrutaban»¹⁷. En cáusticos términos describe el militar y escritor canario Nicolás Estévez tales pensamientos regresivos, pues, en cuestión de meses, a los dominicanos «se les habían triplicado o cuadruplicado los tributos, se les negaba representación en Cortes y se sometía la isla a un régimen despótico, inundándola de generales, intendentes, obispos, canónigos, magistrados y covachuelistas, casi todos inútiles cuando no venales».

Resumen de todas las plagas, los españoles de Cuba, colmo de la hispanidad, querían tratar a los negros libres de Santo Domingo como si fueran esclavos, luego los peninsulares se aparecían con sueldos astronómicos para copar toda la administración de la isla y marginar a cualquier posible aliado, especialmente los militares criollos. Mientras los funcionarios requisaban cualquier animal de carga, fusilaban a todo posible rebelde y los curas españoles andaban como locos forzando el canónico matrimonio de todos los jóvenes que vivían *amancebados*, las emisiones de papel moneda español convertían el circulante en una ilusión. Así que el milagro español sí tuvo efectos fulminantes.

Al rato se conjuraron todos contra Isabel II. Se hizo, incluso, una inédita alianza con Haití para deshacerse de los Borbones a toda costa. Preludio de la guerra de guerrillas que se dará en Cuba, al cabo de una década, cerros y campos se convierten en territorio

¹⁷ Fragmentos de historia de Santo Domingo disponibles en mgar.net/var/dominica2.htm.

de patriotas y ya para septiembre de 1863, las guarniciones españolas apenas salían de la capital y algunas pocas ciudades menores. El 3 de marzo de 1865 la reina Isabel II firma la orden de retiro de la isla pero 10.000 soldados españoles dejaron su vida en la llamada Guerra Restauradora. Ejemplo contumaz de que España no aprendía del pasado y tenía escaso futuro en el gran negocio del imperialismo directo.

Recordaba Josep Maria Fradera un pasaje revelador de Alexis de Tocqueville en *El Antiguo Régimen y la revolución*: «Es en las colonias donde mejor puede juzgarse la fisonomía del Gobierno de la metrópoli, por ser en ella donde generalmente adquieren más relieve y se hacen más ostensibles los rasgos que lo caracterizan». Frase que este historiador catalán aplicó para entender el sistema colonial español en el siglo XIX en una *opus magna* imprescindible, *Colonias para después de un imperio*, para la cual se quemó las cejas en todos los archivos posible por más de veinte años. Viene a cuento esta pequeña interrupción porque es en el libro de Fradera donde la insensata aventura de Santo Domingo se contextualiza y se entiende como parte del nuevo capitalismo imperial que puso en marcha el Reino de España a mediados del XIX. Por el magistral engarce de todos los hechos, merece que destaquemos esta larga conclusión:

Toda la política de la Unión Liberal estaba inspirada, en realidad, en la estrategia del emperador francés (Napoleón III). En pocas palabras: por la tenaz ofensiva dirigida a recuperar posiciones en la carrera colonial en detrimento del Segundo Imperio británico, a enmendar la debacle francesa durante las Guerras Napoleónicas. Porque, ciertamente, la posición española recordaba en muchos aspectos a la francesa. La sólida presencia gala en el Mediterráneo, una vez asegurado el control de Argelia desde 1830 [...] la compensaba España gracias a la relativa firmeza de sus posiciones en el Caribe y en Filipinas. En términos logísticos y económicos, sin embargo, la capacidad española andaba muy por detrás de las posibilidades del país vecino. A pesar de estos retrasos achacables a factores de orden interno, los gobiernos

españoles de la Unión Liberal se comprometieron en expediciones españolas de apoyo a Francia en dos ocasiones: la ya citada en Annam y la invasión de México en 1861 por los franceses, ingleses y españoles, básicamente de inspiración y conveniencia de aquel primer país. La expedición invasora zarpó del puerto de La Habana en aquella ocasión, como anteriormente lo había hecho del de Manila, y como en 1830 lo había hecho desde Mahón la armada francesa dispuesta para la expedición contra la regencia de Argel.

La apoteosis colonialista de Marruecos señala la inflexión real hacia este tipo de operaciones de agresión colonialista, que se prolongarían luego en las expediciones punitivas contra Chile y Perú y en la tentativa intervencionista de México, [...] que culminaría en la invasión y ocupación de Santo Domingo en abril de 1861. Aunque esta última operación obedecía en realidad a la proclamación por los dominicanos de la incorporación a España como un hecho consumado –hasta tal punto llegaba el temor que les inspiraba la vecina república negra de Haití–, fue la más costosa en términos financieros y humanos de todas las tentativas de expansión de los intereses españoles auspiciadas por la Unión Liberal. Sus consecuencias fueron letales para la estabilidad del sistema de tres colonias [...] y su impacto sobre la política interior española no es tampoco un hecho que pueda menospreciarse. El círculo de ambiciones y proyectos de expansión que se empezó a trazar a finales de los años cincuenta se cerró en menos de una década con un fracaso absoluto. La crisis cubana del otoño de 1868 señaló el paso de las estrategias de expansión a las de conservación pura y dura, las que prevalecerían, en resumidas cuentas, hasta el definitivo colapso del mundo colonial español treinta años después.

Las aventuras exteriores de la Unión Liberal eran el resultado de tendencias muy profundas que empujaban a la política exterior y colonial española hacia derroteros para los que el país no estaba preparado. La primera era, sin duda, la voluntad de sumar el país a la vacilante expansión colonial europea del siglo XIX. Ironía de la historia, cuando las dudas de los gabinetes europeos en relación a la expansión territorial desaparecieron a finales de la década de 1870,

España ya no estaba en condiciones de situarse en la estela de los cambios en curso. El fracaso de los esfuerzos de los años sesenta y su entrelazamiento con la crisis desatada en Cuba, así como el desarrollo imparable de tendencias nacionalistas similares en Puerto Rico y Filipinas [...] situaron al poder colonial español en una posición claramente a la defensiva. Para acabar de hundir las falsas ilusiones que los gobiernos de la Restauración pudieran hacerse al respecto, la decidida política expansionista de Gran Bretaña, Francia y Alemania desde la década de 1880 en todo el mundo y, más tarde, la de Japón y Estados Unidos en el Pacífico, no dejaba espacio alguno para plantearse quiméricas conquistas territoriales o intimidaciones a las ex colonias americanas al estilo de lo sucedido entre 1861 y 1866 [...].

En aquellas condiciones tan sólo restaban dos posibilidades para España, en una época en que el poder de las naciones se mediría por su capacidad para construir espacios de dominio en otros continentes. La primera era resistir numantamente en las tres colonias (con los enclaves africanos) que mantenía bajo control. Esta posibilidad implicaba [...] resolver el problema de la representación de las poblaciones blancas y «libres de color» en las Antillas, necesidad inaplazable en la medida en que Cuba y Puerto Rico no habían sido nunca degradadas formalmente al estatuto de colonias. La suspensión de los beneficios de la Constitución en 1837 era exactamente lo que el Estado liberal se había podido permitir: la suspensión sine día de las garantías constitucionales, un estado de excepción de facto. Pero aquella solución, muy práctica desde el punto de vista de la supremacía de la metrópoli, tenía el grave defecto de congelar la evolución política del sistema. [...] Tras la primera guerra cubana, y antes en Puerto Rico, cuando los cambios en la política española y ultramarina convirtieron en inaplazable devolver a los ultramarinos los beneficios constitucionales, se ensayó la asimilación de aquellas sociedades al sistema político español de la Restauración. Sin embargo, ni el Estado ni sus socios (los comerciantes exportadores e importadores y navieros en torno al eje transatlántico, así como el grupo de intereses en la Península, los indus-

triales del textil catalán y de otras partes y otros sectores, como los azucareros andaluces y los harineros castellanos) aprendieron jamás las reglas de una política de negociación que no podía imponer solamente costos a los ultramarinos. Cuando consideraron que era preferible enterrar las capacidades negociadoras de los cubanos, no dudaron en hacerlo también con las ilusiones del Partido Liberal autonomista nacido de las amplias clases medias isleñas. De esta manera, derritieron bajo los rayos del sol inmisericorde del centralismo estatal a los únicos que estaban dispuestos a negociar el estatuto de los ultramarinos, y, en lugar de ello, desplazaron el protagonismo hacia el conflicto armado en la manigua, como había sucedido en 1868 y como sucederá de nuevo en 1895¹⁸.

Mientras los administradores del Estado español se mostraron hasta el fin incapaces de tratar a sus presuntos compatriotas antillanos, señores propietarios también, como sus iguales en derechos y no sólo en deberes, las poderosas redes de poder peninsular que disfrutaban las prebendas del mercado colonial no iban a permitir nunca que la nueva burguesía cubana se hiciera un lugar al sol político. Algo que explica por qué el Imperio se perdió dos veces, tanto en 1824 como en 1898. Más allá de los imposibles delirios imperiales hay algo que siempre contribuyó a agitar las guerras reales y culturales con la Madre Patria a lo largo del siglo XIX y es el marcado desprecio hacia los americanos que revelan todas y cada una de las aproximaciones diplomáticas en aquellas décadas confusas y torturantes. Así lo señalaba un historiador afín al hispanismo consensuador, Jaime Delgado:

La inestabilidad política de las nuevas repúblicas era [...] casi un pretexto para cubrir la ceguera española y revelaba, por otra parte, el verdadero objetivo que España pretendía conseguir: las ventajas comerciales. He aquí ya uno de los errores fundamentales de nuestra

¹⁸ J. M. Fradera, *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005, pp. 666-670.

política americana en el siglo XIX: «Cuando doña Isabel II subió al trono –dice Bécker–, los gobernantes españoles no supieron trazar una línea de conducta fija y segura, ni se dieron cuenta de la realidad. No comprendieron que había pasado la oportunidad de exigir a América ciertas concesiones y se empeñaron en alcanzar ventajas que pugnaban con los intereses americanos». España pretendía, en primer lugar, obtener para sus productos cierta reducción de derechos y, asimismo, descargar en los nuevos estados el peso de la deuda que había contraído como consecuencia de las guerras de independencia. En una palabra, los políticos españoles que habían ideado abrir las negociaciones con América pensando sólo en el posible saneamiento de la economía española, parecían dispuestos a negociar, en efecto, a costa de las antiguas posesiones, sin comprender que éstas ya habían sustituido en su comercio a España por Inglaterra y otros países, gracias a la magnífica incomprensión con que la Madre Patria había atizado la guerra contra ellas¹⁹.

Y, aupados por delirios imperiales, la realidad no dejaba de ser desoladora para todos. El antiguo mundo hispanoamericano había sido reducido a un conjunto de satélites escuálidos, burguesías exportadoras que dependían de los financieros de la City incluso en las últimas posesiones caribeñas de España que era asimismo un protectorado francés y una colonia británica. En el descalabro de las guerras napoleónicas las suicidas apuestas de la Casa Real española, siempre en manos extranjeras, concluyó en la práctica defunción de toda independencia como certifica el agudo texto de Joan Garcés *Soberanos e intervenidos*, lacerante recordatorio de la posición real del Estado español desde principios del siglo XIX:

En resumen, tras la independencia de la América continental, la rivalidad dentro de la Alianza Europea durante los años veinte, la pugna entre las potencias de «Occidente» (Francia, Inglaterra) y «Orien-

¹⁹ J. Delgado, «La política americanista de España en el siglo XIX», *Cuadernos Hispanoamericanos* 5-6 (1948), pp. 29-49.

te» (germanos y rusos) en los años treinta sobre las personas a poner al frente de España, de su política interna y comercial, se continuaban dilucidando por la vía de tener enzarzados a los españoles en guerras civiles. Los occidentales promocionaban los «isabelinos», los «orientales» a los carlistas. Al igual que en 1700, las potencias resolvieron durante el siglo XIX quién debía dirigir el Estado español. Francia hizo valer ante el Reino Unido que, hallándose España en su zona de influencia, era su derecho colocar en el trono de Madrid a un príncipe francés. Pero los germanos, aunque frustradas sus expectativas en las guerras de 1702-1714 y de 1835-1840 (carlista), no renunciaban a designar el jefe del Estado español. El Gobierno Palmerstone, por su parte, aplicaba su conocida doctrina: la Constitución interna y la forma de gobierno eran cuestiones en las que Inglaterra no se atribuía el derecho a intervenir militarmente pero si otra potencia intentaba absorber directa o indirectamente a un Estado como el español, Londres se arrogaba la facultad de oponerse invocando el principio de «no intervención», convertido en el de autodefensa. Para el Gobierno británico tal principio significaba intervenir cuando sus intereses eran afectados por acontecimientos internos de otro Estado²⁰.

Y así llegamos al verdadero nudo gordiano de la hispanidad tal y como la muestra, con trazos magistrales, Joan Garcés:

Las Cortes españolas no reconocieron la independencia de la América hispana hasta el 4 de diciembre de 1836, durante el gobierno Mendizábal. Los gobiernos posteriores tampoco generaron una política autónoma hacia América. Continuando por el sendero abierto en el siglo XVIII, auxiliaron a los Poderes europeos. Así cuando el Parlamento de México aprobó el 17 de julio de 1861, una moratoria de dos años en el pago de la deuda externa, los prestamistas europeos –Francia e Inglaterra– enviaron un cuerpo expedicionario militar para el cual recabaron el apoyo del Gobierno de España. Éste, sin

²⁰ J. Garcés, *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI de España, 2008, pp. 335-336.

vacilación, firmó en Londres el oportuno tratado, las tropas del general Prim siendo integradas en la expedición que terminaría en el intento de Francia de instaurar en México una monarquía satélite. Prim repatrió sus tropas, sin autorización previa de su Gobierno, cuando percibió el designio francés. Entre 1862 y 1866, España colaboró también en la expansión del Imperio francés en Asia, en 1863 tropas españolas intervinieron en Cochinchina (hoy Camboya, Laos y Vietnam) en apoyo a los franceses. En 1866, sin embargo, unilateralmente declaró la guerra a Perú y Chile, bloqueando sus costas y bombardeando Valparaíso y El Callao. La política exterior española durante la mayor parte del siglo XIX fue una combinación de insomnio imperial y de satelización material²¹.

En línea con el pensamiento español de convertirse en rémora de los grandes tiburones para sacar sus propias ventajas competitivas, el aparato del Estado se acostumbró hasta el día de hoy a arrimarse a la mejor sombra y buscar un lugar subsidiario pero gerencial en el gran juego del imperialismo donde las clases rectoras de España aprendieron a representar «capitales extranjeros» o sacar su tajada de algunos negocios locales opuestos a veces al predominio europeo, base de las querellas entre proteccionistas y librecambistas que en general no cambiaron los destinos de la Península. Que la esfera británica acabara siendo engullida en 1945 por EEUU y por ello España se convirtiera, *fast track*, en un funcional portaaviones del proyecto norteamericano, es tan natural que nunca produjo en realidad discusión alguna entre las elites.

En contra de la retórica inflamada de la guerra hispano-americana, y del sacrificio de miles de proletarios que no pudieron zafarse del servicio militar, la derrota de 1898, el famoso desastre, sólo culminó la incardinación de los intereses españoles y anglosajones en el mercado cubano, que al cabo de pocos lustros estaban tan fusionados que el nacimiento del Miami moderno, *narco-colonial*, bebe de estas uniones novecentistas. Un somero repaso a

²¹ *Ibidem*, pp. 339-340.

las elites hispanistas y conservadoras de Puerto Rico y Cuba y su rápida asimilación a los dictados de Washington aclara las supuestas incompatibilidades entre españoles y anglosajones, mezclados en redes capitalistas desde mucho antes del desastre de 1898. Veamos los hechos reales que define en un buen ensayo el profesor de la Universidad Complutense de Madrid, Ángel Bahamonde:

En los dos últimos decenios del siglo XIX, el capital británico accede al control de numerosas empresas originariamente antillanas. Sociedades navieras, almacenes portuarios, minas, ferrocarriles, empresas de servicios urbanos..., trocaron su denominación en español para adoptar sonoros nombres de corte anglosajón. Estos veinte años se caracterizan, pues, por la inserción más rotunda de la presencia británica en Cuba, dentro de la estrategia expansiva que tipifica el capitalismo británico en los años finiseculares. Este proceso de ampliación gira en torno al crédito hipotecario introducido en Cuba desde décadas anteriores a petición de la propia elite antillana. Ahora, el comerciante, prestamista o empresario inglés sufre una metamorfosis en su actuación antillana que le hace pasar de gran acreedor a propietario de compañías. El vértice de la toma de decisiones para múltiples actividades isleñas se localiza ahora más que nunca en Londres, sobre todo en lo que se refiere a sociedades dedicadas al sector servicios. Se trata de una estrategia encaminada a la reunión de distintas empresas antillanas con el fin de asegurar unos niveles válidos de competencia respecto del capital autóctono y norteamericano.

Cualquier análisis de la situación en la Gran Antilla a finales del siglo XIX deberá romper ese único marco de referencia que representan los Estados Unidos para incorporar al esquema explicativo la tela de araña de intereses que entrelaza la City londinense con los más importantes centros económicos cubanos. En este marco, España queda progresivamente desplazada a posiciones secundarias del poder económico. Incluso los hombres de negocios hispano-antillanos, o cubanos más vinculados a posturas políticas propeninsulares, buscan para su supervivencia como potentados en la Isla el cobijo del capital británico o norteamericano, antes que cualquier alternativa

económica, y cuando vuelven sus ojos a la Península lo hacen más bien para desarraigarse definitivamente de Cuba, trasvasando patrimonio y persona. En este aspecto, el cambio de soberanía que significa 1898 era algo ya anunciado por las transformaciones acaecidas en el poder económico²².

Los ejemplos son abrumadores. La casa Kleinwort-Cohen Co. de Londres, «emblemática de la trayectoria misma del Imperio británico durante el siglo XIX», entra de lleno en los patrimonios de «los Drake, Morales, Espino, Calvo de la Puerta, Pedroso, Santana...»²³. Mientras que el banquero londinense Schröder controlaba los principales ferrocarriles, la casa Goldschmidt Sons se hacía de grandes patrimonios urbanos. Los Gibson, los Todd, las grandes firmas del crédito y el comercio mundial vinculadas a la City tomaban control de Cuba: el comercio del azúcar, el préstamo y la inversión directa estaban en manos de los *merchant bankers*, que a su vez dominaban amplios resortes de la economía española en variadas carteras de inversión.

De forma que las elites hispano-cubanas vivían una «contradicción aparente» que resume el profesor Ángel Bahamonde: «La metrópoli les aseguraba un contexto político protegido de actuación económica, pero su reproducción patrimonial les exigía una vinculación cada vez más estrecha con Gran Bretaña y Estados Unidos. Así, mientras defendían la españolidad de la isla, su cosmopolitismo económico hacía que fueran fermentando los elementos de separación»²⁴.

* * *

No es éste un tema menor, porque la insospechada continuidad cultural y económica del mundo empresarial caribeño con el

²² Á. Bahamonde y J. Cayuela, *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 351-352.

²³ *Ibidem*, p. 361.

²⁴ *Ibidem*.

eje España-EEUU es parte esencial de la reconquista española de América Latina en un amplio espectro cultural y económico como subimperio asociado al gran capital norteamericano. Que un banco fusionado como el BBV pudiera penetrar en el mundo hispanoamericano se debió fundamentalmente a la intercesión de un personaje puertorriqueño de antepasados catalanes, Nelson Rodríguez, que se puede considerar a todas luces descendiente del *grupo español* que en la inmediata colonización norteamericana prosperó en varias grandes centrales azucareras y bancos locales siendo una curiosa combinación hispano-criolla de mallorquines, catalanes y canarios cuyos nombres, dinastías y linajes definen, incluso hoy en día, las poderosas familias boricuas.

Su historia y su papel en la mayor y más explosiva denuncia judicial contra la expansión internacional del BBV en México, Perú y Colombia nacen de las naturales simpatías de Nelson Rodríguez hacia su abuela catalana y el espíritu de su madre, pequeña hacendada del café en Lares, hogar fundacional de la independencia y zona de alta emigración peninsular durante el siglo XIX. Todo lo cual produjo en Nelson Rodríguez un vínculo real, más sentimental que concreto, con la Madre Patria. Generalmente no iba más allá del apoyo al cantante español de turno en Eurovisión o de la recreación de los mitos menesterosos sobre el talante empresarial y ahorrativo de vascos y catalanes. Nelson Rodríguez nunca se vinculó al espacio europeo, pero su profundo conocimiento del entramado bancario, fiscal y corporativo de EEUU y América Latina fue la *divine surprise* que tras su fichaje por los bilbaínos permitió a BBV, una corporación bancaria sin anclajes en el Nuevo Mundo, iniciar en 1994 el más rápido desembarco de la historia reciente.

No lo hubieran conseguido sin el trabajo de Nelson Rodríguez en el BBV International Investment Corporation, instrumento de ingeniería fiscal que organizó este alto funcionario del Republican Party en Puerto Rico que se manejaba como pez en el agua entre sus amigos de la burguesía desarrollista de San Juan, sus compinches del Partido Nuevo Progresista, el ala proanexionista

de la partidocracia boricua, y sus envidiables contactos con el entorno de los Bush y su famoso clan tejano. Caído en desgracia por haber sido el testigo protegido del gran escándalo de 2001 –las cuentas secretas de BBV que investigara el juez Garzón, el mayor escándalo corporativo de la democracia–, la biografía de Nelson Rodríguez nos permite engarzar con la génesis del cártel español de finales del siglo XX.

Es otro puertorriqueño, el historiador Juan A. Giusti Cordero, quien demuestra, en un excepcional artículo de 1998 sobre el llamado grupo español de Puerto Rico, cómo las castas dominantes antes de la independencia se insertaron perfectamente en la nueva estructura de la ocupación norteamericana, aunque su relevancia histórica quedó borrada por los falsificados relatos sobre el intrusivo capitalismo yanqui y sus temibles compañías azucareras en la nación boricua, mientras todo el mundo se olvidaba de esta alianza empresarial de origen español y su papel clave en la economía del protectorado yanqui.

Este grupo español estaba compuesto por emigrantes peninsulares que partieron a Puerto Rico, «durante las décadas 1870-1880, con poco dinero aunque quizá con una educación secundaria y generalmente con parientes ya establecidos acá. Los nuevos empresarios se fortalecieron económica y socialmente a partir de 1890, en el ocaso del régimen español, mediante actividades comerciales y de crédito, en torno al café y el azúcar, o en las importaciones de manufacturas», y llegaron a controlar el grueso de la producción cañera «en todo el litoral norte/noroeste de la isla y aparenta haber articulado, no sólo a los centralistas locales en general, sino al capital no estadounidense en su conjunto. Los centralistas del “grupo español” estaban entrelazados “íntimamente, a través de acciones y directores” y por matrimonios y compadrazgos. Configuró el sector de mayor densidad financiera y política tras el 98»²⁵.

²⁵ J. A. Giusti Cordero, «Hacia otro 98: el “grupo español” en Puerto Rico, 1890-1930 (azúcar, banca y política)», *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* (Universidad de Puerto Rico) 10 (1988), pp. 75-124.

Ya bajo bandera de la unión americana, este grupo de hacendados del azúcar se diversificó en sectores que ya de natural eran coto privilegiado de peninsulares como el comercio al mayor y al detall, el comercio *import-export*, la banca y la fabricación de maquinaria para las centrales azucareras como la dominante fundición Sucesores de Abara, propiedad de una familia vasca y gozne del influyente grupo español de Puerto Rico que articuló su poder financiero mediante dos entidades financieras de San Juan: el Banco de Puerto Rico, ex español, convertido desde 1913 en Banco Comercial de Puerto Rico, y el Banco Territorial y Agrícola. Y ahí tenemos a los antecesores de Nelson Rodríguez, el estratega de BBV en América Latina. Caso de Rafael Fabián, natural de Asturias, quien bajo el régimen español fundó las dos principales compañías de teléfonos y ferrocarriles que durante la ocupación norteamericana se convierten en la Porto Rico General Telephone Co., y la Ponce and Guayama Railroad Company presididas por Fabián, a su vez director de la junta del Banco Territorial y Agrícola. Caso también de Luis Rubert, uno de tantos mallorquines de Sóller que poblaron a su vez la costa y la sierra de Puerto Rico y cuya participación en el negocio azucarero fue fundamental. Historias que remiten a este eje hispano-norteamericano que se insinuaba en el horizonte posterior a 1898.

La compañía telefónica de Rafael Fabián fue luego comprada por Hernán y Sóstenes Behn, dos millonarios de origen corso, amigos del grupo español, que se apropiaron en 1922 de la Compañía Telefónica de España, «un paso decisivo hacia la fundación por ellos de la International Telegraph & Telephone (ITT) en 1924»²⁶. El grupo español tuvo su propio partido, el Partido Unión, vagamente autonomista pero centrado «en el control del presupuesto colonial» y cuya dirección la componían gerentes de las centrales azucareras. Entre su mezcolanza hispano-criolla, basada en orígenes europeos, sobre todo baleares y corsos, se desarrollaron redes de familia de las que nace el genio del populismo

²⁶ *Ibidem*, p. 102.

boricua, fundador y gobernador del Estado Libre Asociado, Luis Muñoz Marín.

Su relación con los poderes de EEUU se dio en forma tan natural que no hubo orden alguno, incluso el religioso, que no llegara a sutiles arreglos con la potencia ocupante. Así, en la Iglesia católica «los norteamericanos ocuparon los cargos de la alta jerarquía [...], pero los sacerdotes de fila siguieron siendo españoles. El crecimiento del protestantismo no les afectó directamente y pudiera haber consolidado la posición de la fe católica como otro distintivo de clase», de modo que

en el Colegio del Sagrado Corazón o «de las Madres», las jóvenes de «buena familia» estudiaban y vivían en pensionado, bajo la tutela de monjas españolas, puertorriqueñas y cubanas. [...] La burguesía de San Juan bailaba pasodobles en la Casa de España, presidida por Abelardo de la Haba, prominente director y accionista del «grupo español»; frecuentaba el célebre restaurante y centro de tertulias La Mallorquina (fundado en el 1848), del cual Fabián era socio comanditario; y acudían al Hospital de la Sociedad Española del Auxilio Mutuo para nacer y morir. Alrededor de la Isla, los casinos españoles y las escuelas católicas nucleaban la vida social burguesa²⁷.

Aunque al final el avance de las corporaciones norteamericanas y el auge del socialismo isleño provocaron andanas protofascistas, como el Partido Nacionalista de Arbizu Campos y su discurso hispanista, este grupúsculo descubrió un capitalismo isleño a menudo español que necesitaba de la protección *gringa* contra el auge del proletariado local; por ello Arbizu produjo una curiosa deriva hacia la izquierda del nacionalismo, con el consiguiente abandono del hispanismo reaccionario por parte de aquellas pequeñas células independentistas.

Recovecos de la historia boricua que tras el nacimiento del Partido Popular Democrático (PPD) en 1940, la entrada en el

²⁷ *Ibidem*, p. 110.

desarrollismo industrial y el fin de todas las haciendas se esfumaron completamente. De tal forma que «no había nada que decir» de los barones del azúcar «españoles e hispano-criollos», en muchos casos «beneficiados por el nuevo régimen populista post-1940», aunque aquellos caballeros «pasaron a espacios más discretos del escenario social; algunos extendieron sus actividades a los EEUU e incluso se radicaron allá. Quizá más subordinados al dominio económico norteamericano en 1950 que en 1910 pero más acaudalados que nunca, estos sectores tenían poco interés en señalar las implicaciones de su anterior encarnación “burguesa” y azucarera para nuestra historia nacional»²⁸.

A fin de cuentas, la historia semeja a veces un eterno retorno, y aquello que destaca Juan A. Giusti en sus conclusiones es quizá lo más impactante de todo:

Actualmente, dos o tres generaciones después, los herederos biológicos y sociales del antiguo «grupo español» de Puerto Rico atraviesan nuevas y opacas transformaciones sociales y políticas. Su trayectoria ha sido matizada por una inmigración cubana en los años sesenta cuyo perfil social y cultural es en alguna medida *cubanoespañol*. Sería interesante trazar la descendencia del «grupo español» entre las elites financieras, comerciales, inmobiliarias y políticas del país, desbordando los campos de «la historia» para irrumpir en la actualidad. La venta en cadena en los 1970 y 1980 de casi toda la banca criolla –nada menos que a los principales bancos españoles– reafirmó la historia particularmente «española» del sector financiero de Puerto Rico²⁹.

Casinos españoles, escuelas españolas y finanzas españolas nunca se fueron de América Latina. Y si quien tuvo, retuvo, las redes de la hispanidad estaban preparadas desde siempre.

* * *

²⁸ *Ibidem*, p. 121.

²⁹ *Ibidem*, pp. 121-122.

Pese a las barbaridades del siglo XIX y su secuela de intervenciones prepotentes además de ruinosas, España pudo celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América de una forma más que decorosa, pues, manteniendo aún sus posesiones antillanas, en relativa paz hasta 1895, los congresos y festejos colombinos tuvieron el reconocimiento, la aceptación y el seguimiento de los gobiernos americanos, que tributaron sus variopintos homenajes a la Madre Patria. El pequeño Imperio español vivía los tiempos de la Restauración borbónica, en pleno auge de una Barcelona burguesa con aires transatlánticos que en los fastos de la Exposición Universal de 1888, pagada enteramente por el marqués de Comillas y su camarilla indiano-financiera, inauguró su propio monumento a Cristóbal Colón al pie de las Ramblas, en la entrada natural de Barcelona y con el dedo índice señalando a las Américas, allá donde el incipiente capitalismo catalán tenía su tierra prometida.

Y lo cierto es que en la corta paz canovista, entre la primera y la segunda guerras de Cuba, se esbozan, aunque en forma embrionaria, las claves del nuevo imperialismo económico que como colosal Atlántida va a reaparecer un siglo después desligado ya de las posesiones territoriales concretas. Y será en esta nueva Barcelona de especuladores, agiotistas, industriales y caciques donde no tardarán en llegar las infaustas consecuencias del colonialismo directo, que en tres lustros llevaría a la muerte a 60.000 soldados peninsulares en la defensa de una isla que era el sueño del neoliberalismo perfecto. Hora es, pues, de contar al incauto lector cómo y por qué se desarrolló todo el entuerto de Cuba y por qué tiene bastante que ver con las formas actuales del capitalismo español.

Tal como escribía Josep Maria Fradera, hay que darse un pequeño viaje al pasado para visualizar aquella pequeña y poderosa red de negocios coloniales que en Cuba tuvo el infausto nombre de «grupo español» y que tuvo destacada sede en la ciudad de los prodigios o el llano de Barcelona:

Dejémonos transportar hacia las décadas de 1880 y 1890 y situémonos en dos parajes de Barcelona de la época. El primero, la esqui-

na Rambla/Portaferrissa. Allí habita Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, en el Palau Moja. Enfrente se levanta la sede de la Compañía General de Tabacos de Filipinas y la del Banco Hispano Colonial, dos empresas que junto con la Transatlántica, configuran el núcleo duro de poder en el mundo ultramarino español. Bajemos al puerto, allí la fachada marítima ha sido reformada entre 1888 y 1892, primero con la apertura de la Ciutadella con una exposición universal, un acontecimiento pensado por el ubicuo alcalde liberal Rius y Taulet con la colaboración del marqués de Comillas. En segundo lugar, con la erección del monumento a Colón para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Todo aquel empeño tenía un argumento central: situar a Barcelona como la capital ultramarina de la monarquía³⁰.

Don Claudio, hijo del todopoderoso Antonio López, formado y enriquecido en La Habana, fue el descendiente y continuador de este gran proyecto de explotación de rentas coloniales y privatización del Estado que se forjó en el fortín azucarero cubano bajo el control directo de una selecta oligarquía española enquistada entre La Habana y Madrid, cuyas conexiones con las redes financieras y políticas de París, Londres y Nueva York convirtieron a sus integrantes en partícipes del gran juego del imperialismo. La isla de Cuba, al no ser una mera colonia que procesaba los productos que reexporta luego la metrópoli, caso de Jamaica y otras posesiones antillanas, tuvo una tremenda singularidad que la insertaba en la madeja de intereses atlánticos, pues la libertad de navegación, procesamiento y exportación abierta permitió construir una verdadera sacarocracia criolla, los dueños del azúcar, que disponía en 1870 de 40 títulos nobiliarios españoles y se manejaba de tú a tú con sus pares peninsulares y hasta mundiales.

Citando al maestro Manuel Moreno Friginals, Cuba «movía un presupuesto cercano al de su metrópoli española. Es oportuno recor-

³⁰ J. M. Fradera, «La opacidad del pasado», *El País*, 19 de noviembre de 1988.

dar que Cuba pagó la conquista y colonización española de Fernando Po, la guerra española del Pacífico, al igual que la guerra de restauración por la cual España trata de conquistar Santo Domingo»³¹, y daba incluso para superávits de 63 millones de pesos que la Primera República en su corta existencia pasó íntegramente a la hacienda monárquica. Y aunque «el 91 por 100 de las exportaciones cubanas se hacen a Estados Unidos» y «Cuba vende a Estados Unidos su producción principal, casi toda la zafra azucarera, además de casi toda su producción bananera», «sin embargo, para esta fecha, el azúcar en Cuba es propiedad española en un 42 por 100»³².

Así que, habiendo tal interacción y libre comercio con el mercado del norte, y tal como vimos antes con otras potencias, incluida Gran Bretaña, ¿cómo llegamos a un conflicto que arruinó la hacienda española, produjo miles de víctimas y liquidó para siempre el Imperio atlántico español? Para eso nada mejor que una mirada a la singular historia del partido peninsular de Cuba, la camarilla de palacio, los integristas o patriotas cuyo enorme poder irradiaba desde Barcelona donde el selecto grupo catalán, subsector del mismo *lobby* colonial, bajo la indiscutida presidencia del primer marqués de Comillas, juntaba a todos los prohombres destacados de la ciudad como los Girona, los Arnús, los Pons, los Muntades o los Juncadella, a su vez cobijados en Madrid por otros grandes burgueses que manejaban el cabildeo ante el monarca, el presidente en turno y sus ministros.

Redes de influencia que describen un esquema circular de asalto, control y saqueo del Estado que fue a su vez tremendamente exitoso y perfectamente letal, y que tiene varias singladuras a partir del mandato del capitán general Miguel Tacón en 1834, quien desplazó aunque nunca completamente a las elites criollas, fieles a la Corona española por miedo a una revolución de esclavos al estilo haitiano, por aquel entonces el poder *comunista* y antirracista

³¹ M. Moreno Fraginals, *100 años de historia de Cuba*, Madrid, Verbum, 2000, p. 38.

³² *Ibidem*, p. 38.

que amenazaba la hegemonía de todas las potencias occidentales sobre las *sugar island* del Caribe.

Así nace el partido español, beneficiario directo de la condición colonial de Cuba, que contó con pocos criollos a su lado, pues en su gran mayoría lo integraban peninsulares, casi todos ellos burócratas, oficiales de las Fuerzas Armadas, comerciantes, miembros de la Iglesia y los grandes fabricantes de puros y cigarrillos, así como un número creciente de hacendados, en su mayoría procedentes del ámbito comercial, que tomaron el control del comercio y el tráfico interior y en el cual destacaron los catalanes, que en La Habana eran los propietarios de algunas de las mayores fábricas y almacenes de tabaco, así como de bastantes de las plantaciones de azúcar y tabaco más extensas, con sus pertinentes palancas asociativas ante la Capitanía General, que, junto a todos los notables, hispánicos y criollos, formaban una estructura intocable que sacaba beneficio del Estado a todos los niveles. Incluso con los talleres correccionales de aprendizaje para huérfanos, vagos y pobres, verdaderas prisiones-factoría que convertían el trabajo asalariado en una broma de la cual no escapaban ni las tropas regulares peninsulares, obligadas a trabajar de peones para las obras públicas o privadas que requería la oligarquía cubana.

Y, como maldición recurrente, el partido peninsular y sus voluntarios, el somatén tropical, aplicaron en las primeras escaramuzas de la Guerra de Cuba, en 1866, tácticas de contrainsurgencia, terrorismo urbano y redadas masivas contra toda la población habanera susceptible de tendencias separatistas o anexionistas que llevó a decenas de muertos y miles de exiliados. Paralelo a las *bandas de la porra* que la burguesía catalana empezaría a promover en sus fábricas barcelonesas, los promotores del partido peninsular subieron lustro a lustro la intensidad y brutalidad de su apropiación del espacio colonial a la que seguían remolones aunque calculadores sus liberales rivales criollos.

Al punto que llegaron a derrocar al tibio capitán general Dulce en junio de 1869, acusado de traidor por su pasado reformista. Golpe de Estado que el Gobierno de Madrid aceptó con resigna-

ción y tras el cual nació el Casino Español, centro de todos los «buenos españoles» que convirtieron la perla antillana en su territorio de explotación, caza y recreo. Valga la digresión para entender en qué mundo se formó la fortuna y la buena estrella del emigrante asturiano Antonio López y su conversión en el más potente indiano que marcaría hasta el fin de sus días las directrices económicas e internacionales del Gobierno español.

Cosas perfectamente descritas en una obra de referencia, *Los marqueses de Comillas. Antonio y Claudio López. 1817-1925*, escrita por el historiador Martín Rodrigo, que pasó seis años de intensa inmersión en los archivos familiares y públicos para sacar a la luz el retrato de esta familia de la alta burguesía, que define ayer y hoy la forma de hacer negocios de nuestros potentados, para quienes se aplica de siempre la cita de Karl Marx sobre el Estado como junta que administra los negocios conjuntos de la burguesía. Así tenemos que el grupo catalán, comandado por don Antonio López, no sólo llegó a ser parte de la red financiera internacional, sino que el triángulo de la Compañía de Tabacos de Filipinas, la Transatlántica y el Banco Hispano Colonial (BHC) formó el santo y seña del capitalismo barcelonés que miraba a ultramar para incrementar su tasa de ganancia. Así que, por obvias razones, Cuba era la llave de toda su existencia. No sólo los grandes patrones metropolitanos, «para quien su eventual pérdida resultaría especialmente negativa, pues dominaban el mercado colonial y poseían sus mejores negocios», sino incluso para los pequeños empresarios del textil, motor de la economía en varias ciudades, hasta el punto de que «la mayor parte de las 25 firmas españolas que abastecían la demanda de equipamiento militar, produciendo el tejido de algodón conocido como “rayadillo” con el que se confeccionaban los uniformes de las tropas en campaña –y que produjo un considerable incremento de sus beneficios–, eran de Cataluña»³³.

³³ J. A. Alonso Hierro y J. Martín Fernández (eds.), *Involución y autarquía: la economía española entre 1880 y 1914*, Madrid, Editorial Complutense, 2002, p. 49.

Siguiendo los pasos del imperio Comillas, el historiador Martín Rodrigo ofrece una sucinta versión de su fabulosa red de negocios parapúblicos: «López era el puente perfecto que enlazaba a los intransigentes cubanos con sus homólogos peninsulares, organizados en el movimiento de los Círculos Hispanos Ultramarinos, y de los que en Barcelona radicaba [...] un grupo numeroso e influyente. El vínculo que mejor expresa esta unión es la sociedad “A. López y Cía.”, empresa que monopolizaba desde 1862 el servicio de conducción del correo y del ejército a las Antillas»³⁴. Puente que sólo entre el verano de 1875 y la primavera de 1876 trasladó a 21.000 hombres en 14 expediciones extraordinarias, un «multiplicado esfuerzo bélico» que tuvo «prontas consecuencias para el erario público»³⁵.

Mientras el crónico déficit de la Hacienda española impedía al Gobierno tener recursos suficientes para hacer frente a los pagos, tampoco la exhausta Hacienda cubana pudo financiar entonces el incremento en el volumen del gasto. El Gobierno Cánovas entendió que la única solución al problema podía venir de un empréstito concertado con empresas y particulares españoles de ambos lados del Atlántico, y con ese fin se dirigió a Antonio López. Un empréstito que dio pie al nacimiento del Banco Hispano Colonial (BHC). La segunda institución financiera española de finales del siglo XIX nace de un préstamo de 75 millones de pesetas que representaba el 10,26 por 100 del total de ingresos ordinarios del Estado, pero la peculiaridad de esta fabulosa operación de deuda pública es que resultaba más que segura para sus suscriptores. A cambio de este préstamo, el recién nacido BHC percibiría las rentas completas de las aduanas cubanas. El convenio, descrito en el libro sobre el emporio Comillas, no deja lugar a dudas. Un interés del 12 por 100, «por encima del interés medio que regía en los préstamos a particulares» y por encima también de la deuda pública española «en

³⁴ M. Rodrigo y Alharilla, *Los marqueses de Comillas. Antonio y Claudio López. 1817-1925*, Madrid, LID Editorial Empresarial, 2000, p. 80.

³⁵ *Ibidem*, p. 80.

aquellos años», y la garantía de «la recaudación de las aduanas cubanas» con «una forma de cogestión que otorgaba un gran poder al banco», ya que no podían modificarse los aranceles sin su consentimiento, el propio grupo financiero nombraba los empleados aduaneros que luego el Gobierno ratificaba y se convertía en superior ejemplo de neoliberalismo *avant la lettre*: «En virtud del convenio, algunas de las atribuciones propias del Estado (como son la política arancelaria y la gestión de aduanas) quedaron en manos del banco, condicionando uno de los principales elementos de cualquier política colonial, como es la apropiación de excedentes por medio de la fiscalidad»³⁶.

Maravillas que los Chicago Boys no tuvieron la audacia de aplicar en el Chile de la dictadura, donde las nacionalizadas minas de cobre siguieron siendo fuente de fortaleza fiscal para el Estado. España, pues, en su acelerada decadencia, fue más allá que ningún otro país europeo y vendió hasta los mecanismos intocables de todo poder central a un grupo de compadres y proveedores del *lobby* colonial que literalmente dejaron al Estado fuera del verdadero maná de todo poder metropolitano, las aduanas cautivas. Enajenación de bienes que el Estado español ya había promovido con todas las grandes explotaciones mineras, en manos exclusivas del capital británico, en un tiempo en que los materiales extraídos del subsuelo hispánico representaban el mayor negocio minero del mundo como demuestran las emblemáticas minas de Riotinto. Subrogaciones y concesiones que llegaban incluso a los ferrocarriles, cuyos valores se subastaban en la Bolsa de París. Que las rentas fiscales y aduaneras de Cuba pasaran a manos de un grupo privado, no era pues gran novedad, sino una consecuencia de la situación colonial, o latinoamericana, de la otrora potencia imperial.

Aquel convenio leonino que dio nacimiento al BHC incluía cláusulas delirantes como el plusproducto forzoso en caso de que las aduanas rindieran más de lo esperado y la suprema garantía, por la vía de una ley especial, que el Estado español se responsabilizaba con

³⁶ *Ibidem*, pp. 88-89.

su propio patrimonio de la amortización e intereses del anticipo en caso de que las rentas aduanales resultaran insuficientes. Transformar un empréstito tan ventajoso en un banco fue tarea fácil y su nacimiento, el 1 de noviembre de 1876, fue el inicio del gran imperio Comillas y su telaraña de poder financiero, que convirtió el país en hacienda, propiedad y sustento del *lobby* colonial. De ahí que en 1878, terminada la guerra de los diez años, el Gobierno español quisiera rescindir tan ventajoso convenio. Su fracaso concluye el asalto de la burguesía colonial al Estado español, de lo que en algunas décadas nacerá un monstruo llamado franquismo, herencia natural y venenosa de esta lógica golpista-empresarial.

Dispuestos a impedir el final del saqueo privado, los financieros coludidos cabildaron lo suficiente como para llevar al poderoso Ministerio de Ultramar a uno de los suyos, Cayetano Sánchez Bustillo, quien se había formado como gobernador del Banco Hipotecario de España y pertenecía por derecho propio a la *tenebra* financiera española, avalada desde Londres y París. Tan descarada fue la cooptación del Ejecutivo para los intereses del *lobby* colonial que el propio Sánchez Bustillo se sentó en el primer consejo de administración de Tabacos de Filipinas y todo el mundo sabía que era un obsequioso sirviente del marqués de Comillas. Así que el 12 de julio de 1880, y ya en su puesto de ministro, el amigo del grupo peninsular estableció un segundo convenio del Estado con el BHC que, aunque quitaba a esta entidad financiera el derecho de decidir los aranceles de la Gran Antilla, le daba a cambio el control sobre la emisión de títulos de deuda cubana mientras prorrogaba el monopolio sobre las aduanas de la isla.

Luego sólo faltó convertir el BHC, esta muñidora de recursos fiscales, en una poderosa sociedad de cartera que destinaría entre un 20 y un 40 por 100 de su capital a la adquisición de títulos de otras empresas, es decir, al control accionarial de múltiples sociedades que darían al Grupo Comillas ese aspecto de órgano central del capitalismo hispánico, en una aleación donde todo se hacía en familia. Curioso paradigma del plutócrata que hasta hoy en día sigue dominando las redes del poder político, el catálogo del éxito

empresarial de la dinastía Comillas es todo un ejemplo de cómo nacen y se hacen los negocios en el mundo hispánico y por tanto también de cómo el asalto al Estado y las prácticas de especulación financiera combinan perfectamente cada vez, por ejemplo, que un país entra por una senda progresista, o antioligárquica, y las fuerzas vivas de la reacción, desde Madrid hasta Tegucigalpa, usan la fuerza bruta contra sus conciudadanos. Veamos, pues, el norte del capitalismo hispánico o el *Decálogo Comillas*:

1. En primer lugar, su tendencia a operar al margen del mercado. El éxito de su empresa naviera no se puede explicar si no es a partir de las subvenciones que, desde 1862, venía recibiendo de las arcas públicas. Fue su privilegiado contrato con el Estado lo que permitió a la Compañía Transatlántica situarse como la primera empresa naviera española. Su comportamiento empresarial al frente de la naviera sitúa a su empresa en las antípodas del modelo de la competencia perfecta, destacándose por el contrario, su búsqueda del monopolio. Un esfuerzo recompensado, a los pocos meses de su muerte, con la absorción de la flota del marqués de Campo, y la captación de la totalidad de las subvenciones estatales para el transporte del correo y de tropas a las colonias ultramarinas.
2. Otra constante de su trayectoria empresarial es la adopción de comportamientos especulativos. Estos comportamientos que ayudan a explicar los altos beneficios de la explotación del ingenio en los cafetales en Cuba, se expresan claramente tanto en la operación de venta de los Campos Elíseos como en su participación en dos sociedades del ensanche madrileño. De manera paralela destaca el uso que hizo del Crédito Mercantil en su beneficio particular, aún con perjuicio para la sociedad de crédito. No sólo López, la mayoría del consejo de administración del Mercantil se reservó para sí los mejores terrenos del ensanche así como las casas que Salamanca había construido en el paseo de Gracia (abonando por ellas mucho menos que su valor real).

3. Otra constante de su trayectoria empresarial pasa por los esfuerzos de integración vertical [...] entre las empresas del grupo: el Crédito Mercantil participó en «A. López y Cía.» y probablemente financió sus necesidades de expansión; la compra de minas de hulla en Asturias se realizó con el pensamiento puesto en su empresa naviera y en los ferrocarriles del norte; la compra de los barcos necesarios para el inicio de la Compañía de Tabacos de Filipinas tuvo lugar aprovechando la infraestructura de la naviera y tras la absorción de la flota de Campo fue la Transatlántica la encargada del transporte del tabaco y demás efectos desde las Filipinas³⁷.

Junto a «las estrategias familiares», «el mecenazgo» y «el paternalismo» como herramientas para «la obtención del prestigio y la legitimación del poder», al decir de Martín Rodrigo, la corporación Comillas dio la pauta del gran capitalismo español que desde entonces manejó a su antojo los asuntos del Estado y apresuró por sus intereses espurios el desarrollo, aceleración y colapso del avispero cubano donde los barcos de la muerte de la Transatlántica llegaron a trasladar a más de 200.000 soldados rasos, pobres, pelados campesinos y obreros que no podían pagar la cuota que los eximía del servicio militar obligatorio y debían sacrificar sus vidas al *moloch* de los Comillas y su *lobby* colonial, pues Claudio, el segundo marqués, conseguía mediante las aduanas de Cuba dinero fresco para su *holding* financiero, que en un círculo perfecto devoraba el corazón hacendario del Estado subcontratando, privatizando o desviando fondos del Estado para uso y abuso meramente particular. Una historia ciertamente actual.

Círculo virtuoso del neoliberalismo salvaje, esta estrategia de abandonar toda actividad industrial y potenciar los frentes especulativos o de servicios, que diría la actual ortodoxia económica, tanto en comunicaciones marítimas y férreas, concesiones del Estado, activos inmobiliarios, como en aseguradoras, dice mucho

³⁷ *Ibidem*, p. 144.

de los fundamentos reales que a finales del siglo XX habrán perfilado el milagro español donde el predominio de las grandes corporaciones de control feudal –agua, gas, electricidad y combustible– junto a la banca y las mutuas, siempre respaldadas al fin por tenedores extranjeros, define una oligarquía que maneja todos los resortes del Estado y se reparte a su antojo los espacios públicos. Coto privado de una frondosa alianza de grandes familias, grandes coyotes o «representantes de capital extranjero», y grandes funcionarios, primos, sobrinos o ahijados, subsecretarios generalmente, esta red de poder, cuando llegó la Segunda República, actuó cual hiena enloquecida contra las nuevas generaciones meritocráticas que amenazaban la preeminencia de una posición a todas luces absurda, parasitaria y lesiva para los intereses generales. Quizá lo resuma mejor que nadie esta sentencia de Víctor Alba en *Todos somos herederos de Franco*:

Antes del 18 de julio, las clases privilegiadas todavía podían perseguir, oprimir, humillar, pero menos que antes. Para resarcirse de ese «menos», para recobrar todo su poder de humillar, oprimir y perseguir, se alzaron. Y también para vengarse por lo que que consideraban la humillación, la persecución y la opresión de poder humillar menos, oprimir menos y perseguir menos. [...] Humillaron, oprimieron, y persiguieron no porque fueran especialmente feroces, sino porque ésas eran las únicas maneras que conocían de estar por encima de los demás, de sentirse superiores, ya que carecían de toda superioridad real y no tenían ninguna función que cumplir en la sociedad española³⁸.

Una clase parasitaria, pues, cuyo impulso y poder nacen del canibalismo sobre el Estado y sus colonias y que tras forzar a miles a morir por sus intereses particulares no abandona nunca esta concepción de coto privado que liga para siempre los desti-

³⁸ V. Alba, *Todos somos herederos de Franco*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 66-67.

nos de la caterva militar y los retornados del absolutismo cubano. Ésa no es, para nada, una idea general, vaga e imprecisa. Tal como describe perfectamente Martín Rodrigo, la pérdida de los emporios coloniales de Cuba y Filipinas supuso un replanteamiento de las estrategias del Grupo Comillas que se resumen bien rápido:

1) La aversión al riesgo pasó a convertirse en la máxima divisa del grupo; 2) a la pérdida de los territorios antillanos y filipinos se respondió centrando la proyección exterior en el continente africano; y 3) insistieron en prácticas empresariales claramente monopolistas. De acuerdo con este último punto, en las décadas iniciales del siglo XX, los hombres del grupo apostaron por desarrollar una clara estrategia cabildista, enfocada a conseguir la reserva del mercado nacional para los productos españoles, así como una subsidiación pública de sus empresas (no sólo a través del aumento de las barreras arancelarias sino también a partir de subvenciones directas)³⁹.

La conversión del Protectorado español de Marruecos en área de conquista económica para desquite del grupo hispano-cubano y sus temporales problemas de caja sirvió para implementar frente a las costas españolas las mismas prácticas de tierra quemada que hicieron tristemente famosos al general Weyler y al alto mando español en Cuba. Palabras, formas y estilos aún impactantes como la trocha o la gran zanja militarizada que dividió la isla de Cuba para romper las líneas de resistencia o la política de concentración, aquellos *campos de reagrupamiento* donde miles de campesinos fueron asentados desde que el nuevo capitán general llegó a La Habana en febrero de 1896. Pueblos y ciudades aislados manu militari para dejar de morir de hambre a toda la población mientras bajo la ley de la guerra se instauraba el libre asesinato de mambises, se requisaban caballos y cosechas y las castas militares peninsulares experimentaban en tierra ajena las mieles de una

³⁹ M. Rodrigo y Alharilla, *op. cit.*, pp. 225-226.

guerra total contra la población civil que nunca antes había existido en las intestinas frondas entre carlistas y liberales.

Preludio del estilo apocalíptico que Washington implementó siglos después en las selvas húmedas vietnamitas, esta experiencia tuvo un efecto perverso en el imaginario castrense español. La *tierra quemada* de Weyler funcionó, en un principio, gracias a su brutalidad. Entre su arribo en febrero de 1896 y su destitución en septiembre de 1897, Valeriano Weyler y Nicolau impuso mano de hierro, reorganización de brigadas y divisiones, logística, contrainteligencia y espíritu tecnocrático cuyo más perverso efecto *a futuro* vino con su momentáneo éxito. Para agosto de 1897, pareciera que las nuevas técnicas de guerra masiva del general mallorquín resultaron tan eficaces que se eliminó al invicto general rebelde, Antonio Maceo, rodeado y acribillado en la trocha por la zona de Mariel, mientras el otro gran cabezalla revolucionario, Máximo Gómez, se encontraba aislado en la región de Santa Clara y apenas el oriente montañoso de la isla quedaba fuera del control de Valeriano Weyler.

De esa leyenda sobre la eficacia casi mágica de la tierra quemada abrevarán sus sucesores, los militares africanistas, que para desmentir el peso de la realidad, o la real derrota de 1898, forjarán una paranoica coartada: una supuesta traición peninsular –bola de liberales y demagogos que impiden la gloria del Imperio– que se maquina a partir del asesinato del primer ministro Cánovas del Castillo, el 8 de agosto de 1897, a manos de un anarquista sospechoso de trato con logias masónicas de EEUU, embrollo que culminó con el cese del valeroso general mallorquín y la derrota española en la perla de las Antillas un año después.

Perfecta teoría de la conspiración que nace de un profundo resentimiento cultivado en el espíritu de casta, despiadado y autoritario, que se forjó justamente en las guerras cubanas y cuyos herederos serán los jóvenes oficiales africanistas que describe Gustavo Nerín en tremendo retrato de grupo:

Los españoles no sentían tanto cariño por los egocéntricos africanistas como éstos creían que debían sentir. Los militares coloniales

eran conscientes de que actuaban «sin la asistencia espiritual de la nación», pero perseveraron en sus posiciones. Para ellos, la Guerra de Cuba, la Semana Trágica, Annual y la Campaña de Responsabilidades formaban parte de un mismo agravio colectivo que el ejército debía vengar. En el aislamiento de los destacamentos coloniales, los africanistas desarrollaron una visión conspirativa de la historia. Frente al ejército, encargado de defender los verdaderos valores de la patria, detectaban un enemigo invisible, pero no menos real, que intentaba hundir a España. Los fantasmas familiares del franquismo, sin duda, surgieron en los misérrimos blocaos del Protectorado⁴⁰.

Y así se pronunciaba uno de los sublevados de 1936: «España perdió la guerra y con ella sus posesiones, nada más que por falta de españoles», afirmó el pronto fusilado general Fanjul, en referencia al *desastre* de 1898»⁴¹.

Pese al sarpullido de panfletos laudatorios que la reacción conservadora produjo en alabanza del marqués de Tenerife, don Valeriano Weyler, recalentada por el imperial mandato de José María Aznar entre 1996 y 2004, quien llegó a sentirse reencarnación del mismo despreciado Cánovas, lo cierto es que basta un breve resumen del periódico cubano *Gramma* para cerciorarse de los hechos reales que llevaron a tan lógica decisión de sustituir al glorioso mallorquín:

Weyler echaría sobre los hombros de Luque la pérdida de Las Tunas, suceso que reconocería le había causado «tan grave daño» en Madrid, y mencionaría un asedio desde el 14 al 29 de agosto para dar la impresión de una larga resistencia, pero ni esto ni la recuperación de las ruinas de aquella plaza cubana evitarían su remoción al frente de la capitania general de la isla. Puede parecer que el reemplazo se debió solamente al cambio de Gobierno en Madrid, la subida al poder de Práxedes Mateo Sagasta y el intento

⁴⁰ G. Nerín, *op. cit.*, p. 71.

⁴¹ *Ibidem*, p. 71.

de buscar otra forma de entendimiento con los cubanos para apaciguar las peligrosas inquietudes injerencistas del Gobierno de Washington. Pero no puede perderse de vista todas las promesas incumplidas del militar mallorquín de acabar pronto la guerra y, por el contrario, aunque todavía no resultaba palmaria, su lenta y continua derrota en los campos de La Reforma. Ahora la toma de Las Tunas había venido a demostrar en la Península e internacionalmente que en la zona oriental la ofensiva estaba del lado mambí, él sólo podía presentarle a Madrid sus manos vacías porque la reconcentración de la población cubana, que causaría cientos de miles de muertos de pacíficos ciudadanos, se mostraba inútil a los fines de doblegarla y el holocausto causaba espanto y críticas a España. Los gobiernos de la Península no resultaban tan ajenos, quisiéranlo o no, a la verdadera situación militar de la isla, a percatarse de que las victorias cubanas en el Departamento Oriental multiplicaban las ayudas de la emigración a la manigua, los botines de guerra estaban contribuyendo a llenar las atarazanas, las factorías y hospitales del Ejército Libertador y, como si fuera poco, se comenzaba a hacer indudable que no había tal pacificación en donde únicamente se podía suponer alguna ventaja, en Matanzas y La Habana.

Y sigamos con las básicas nociones de *Grammar*:

Confirma este punto de vista que el nuevo ministro de la Guerra, en el gabinete de Sagasta, el general Miguel Correa, valorara que, resultado del conflicto, el espíritu público había llegado a un grado de abatimiento y pesimismo inconcebibles. Un solo dato evidenciaría el fracaso de Weyler. Cuando el general Ramón Blanco, su sucesor, tomara el mando e hiciese un saldo de la disponibilidad de hombres con que contaba para continuar la guerra, comprobaría horrorizado que de los 192.000 efectivos que se habían enviado a la isla desde el comienzo de la guerra, a los que se sumaban los 13.000 de guarnición, sólo disponía de 89.000 aptos para combatir. Por algo, a mediados de año, los generales Martínez Campos, Blanco, Vidal y Domínguez, habían aconsejado el relevo de Weyler. Pero ningún reemplazo

podría ya cambiar el rumbo de las cosas: como Máximo Gómez afirmaría, la derrota del marqués de Tenerife podía considerarse el debellamiento de las armas españolas mismas⁴².

* * *

Ésta es la infancia de la bestia. El desastre del 98 consolidó dos instituciones, la alta burguesía y los africanistas, que finalmente se re juntaron en 1936 para dar el golpe de gracia al enemigo interior y marcar la pauta mediante la cual iba a ser dirigida, ordenada y controlada España hasta el día de hoy. El listado de instituciones y nombres del sistema oligárquico español que apoyaron la rebelión contra la República no tiene desperdicio, pero, aunque muchas de esas figuras ya vivían el declive de su universo, especialmente los Comillas, que, pese a todo, le prestaban a Franco su hacienda de Extremadura para sus célebres cacerías, la sangre nueva que ascendió por la vía del expolio civil y el asesinato libre se emparentó con las viejas castas de la Restauración en una melé compleja pero funcional. Todos, al fin, eran vencedores y España era un botín compartido.

Esas nuevas camadas tuvieron cuerpos hermanados por la sangre de los *caídos*, como los alféreces provisionales, oficiales de tropa nombrados al calor de la contienda, de alta mortalidad en combate pero cuyos supervivientes alcanzaron gran poder en el aparato corporativo franquista, caso de la familia Oriol y Urquijo, propietarios del complejo eléctrico-industrial que hoy conocemos como Iberdrola, dueña de las Américas y reina de las Españas. La relación entre el bloque de poder franquista, reciclado por el social-liberalismo de Felipe González, y el cártel español de los servicios públicos en América Latina, se revela en esta familia vasco-madrileña. Aquello que todos sabíamos y repetíamos en los años setenta del siglo pasado –la subordinación de las decisiones

⁴² R. Rodríguez, «La derrota definitiva del Ejército Español en Cuba». Disponible en www.gramma.cubaweb.cu/secciones/comentarios/comment512.htm.

de los aparatos estatales a las del capital monopolista— se aplicaba perfectamente al negocio energético, y los Oriol aparecían como el astro rey de esta constelación corporativa.

Así, José María de Oriol y Urquijo era procurador en Cortes (los diputados del franquismo), presidente de Hidroeléctrica Española, hoy Iberdrola, consejero de Fenosa, la actual Unión Fenosa, y del Banco Central, absorbido por Emilio Botín en los noventa. A su vez, presidía la patronal del sector, UNESA, y todos los organismos pronucleares españoles e internacionales. Un arquetipo puro de la trabazón totalitaria entre Estado franquista y complejo eléctrico-financiero conectado a su vez con el capital multinacional. Otros secuaces del clan manejaban variados resortes de poder: Íñigo de Oriol e Ybarra era secretario del Consejo del Reino, procurador en Cortes, miembro de consejos de administración de multinacionales como Siemens o Babcock y Wilcox, y vicepresidente a su vez de la misma cadena de control privado de los servicios públicos como vicepresidente de la Unión Nacional de Empresarios del Sindicato del Agua, Gas y Electricidad, vocal de Iberduero S. A. y de Electra de Viesgo, mientras que Miguel Primo de Rivera, yerno del anterior, hermano menor del fundador de la Falange, amigo íntimo del rey Juan Carlos desde la infancia, se movía también en todas las esferas de influencia.

El hijo del dictador sevillano estaba en relación permanente con su contraparte, la oligarquía financiera, con amistades inmortales con Emilio Botín y el joven J. A. Sánchez Asiaín, certero promotor del actual BBVA y entonces mandamás de Iberduero, así como con el dinosaurio franquista Silva Muñoz, el duque de Alba o las dinastías azules de los López Bravo, amos de Banesto, hasta la llegada del arribista Mario Conde, o José María Aguirre, incardinado en Bandesco y el propio Banesto, mandamases de las siete hermanas de la banca española.

Los Oriol y Urquijo fueron símbolos absolutos del corporativismo franquista, pero sufrieron duros reveses en la Transición, como la clausura de la central nuclear de Lemóniz, en los

alrededores de Bilbao, tras la gran movilización ecologista y el asesinato del ingeniero jefe del proyecto, José María Ryan, en julio de 1981 asumido por ETA Militar. Saldos que incluyen el secuestro del más influyente de todos los hermanos, Antonio María de Oriol y Urquijo, en noviembre de 1977 por los GRAPO. Símbolo y resumen de todas sus zozobras, pues, este capitán de requetés presidía en aquel momento Hidroeléctrica Española y era el patrón del *búnker azul* que, como se decía, marcaba junto a los militares las pautas ultramontanas que tenían en zozobra la transición política, con marcadas conexiones golpistas italianas y latinoamericanas, de las cuales siempre se acusó a los Oriol y Urquijo, rama carlista o cristera que sirvió como agente provocador en aquellos años de plomo.

Prehistoria de un cártel medular, la actual Iberdrola y los Oriol, necesaria para entender las consecuencias lógicas de la victoria de Franco y la colosal acumulación de utilidades que produjeron la fase autárquica y el posterior desarrollismo español. Porque, en esencia, las camadas que promovieron el golpismo y, por razón de la fuerza, se quedaron con el país entero, tras la liquidación y expulsión de los *rojos*, llamaron a las puertas del poder económico para pedir su parte del negocio. Derecho de pernada que nació de las cabezas enemigas que exhibían aquellos jóvenes militarizados y soberbios cuya triste condición de pequeña burguesía, provinciana y decadente, iba a cambiar por la vía de las armas. La vieja y alta burguesía tuvo que aceptar a aquellos sicarios en consejos de administración y en negocios conjuntos cobijados por el tutelar Estado franquista, como el Instituto Nacional de Industria, el todopoderoso INI, que bajo el mando de José Antonio Suanzes, y en el clásico esquema mixto keynesiano-mussoliniano, impulsó un raquíutico sector público respetando los intereses de la gran banca, las multinacionales extranjeras, caso de la Fiat italiana o la Ford norteamericana, así como de la burocracia política del régimen.

En realidad, uno de los éxitos del neoliberalismo y sus escuelas de historiadores ha sido confundir los genéricos objetivos del

INI de crear un sector público real que salvara la economía española de la dependencia de los monopolios privados de servicios públicos y de las compañías multinacionales en áreas estratégicas, con el propio franquismo, sus militares y sus abusos y corrupciones. Utilizando con astucia la natural repugnancia de las mayorías al estilo prepotente y autoritario de las camadas de Franco, la norma ha sido el ataque al ogro nacionalizador del INI pintado como el responsable del atraso español mientras existía una supuesta elite liberal de grandes empresarios que sufría en silencio el acoso del intervencionismo.

Sin la Guerra Civil y la conversión de la Falange en un instrumento de control y vigilancia sobre el conjunto del proletariado, este discurso sería visto como pura propaganda patronal, pero mientras que en México el cardenismo estableció, desde 1934, una alianza entre el nacionalismo de Estado y el conjunto del proletariado que simbolizó la expropiación petrolera, y el PRI pudo sustentar su larga legitimidad en virtud de esta alianza simbólica entre Gobierno y clases populares, esto no fue nunca posible en un aparato franquista que nació del asesinato y la expulsión de estos sectores progresistas del proletariado y las clases medias, muchos de los cuales terminaron en México. Por esta misma razón, las pautas nacionalizadoras del franquismo nunca tuvieron respaldo popular o sindical y, en medio de su tendencia a pisotear a sus compatriotas, el tiempo facilitó que una mayoría de los españoles viera la autarquía y el nacionalismo de Estado como el tiempo del hambre y la sumisión. Así resultó más fácil vender en América Latina la idea de la ineficiencia del Estado autoritario en comparación con el sector privado, que, en realidad, se benefició en muy buena medida de este emergente sector público tanto en las empresas mixtas como en las nacionalizaciones del capital extranjero –caso de las minas de Riotinto o de la Compañía Telefónica Nacional de España, cuya dependencia indirecta de las multinacionales y la banca española facilitó, ya en los noventa, la reprivatización e internacionalización de este gigante universal que es hoy en día Telefónica Movistar.

Ensombrecer las virtudes de la empresa pública y separar el caso español de su contexto europeo han sido, sin duda, armas eficaces de la ideología neoliberal aplicada a España, pero resulta un poco maniqueo, y demasiado falso, cuando se sabe que en la misma época, y en la deriva socialdemócrata de la posguerra mundial, todos los países europeos practicaron políticas de nacionalización que rindieron enormes frutos. Como señala muy bien Francisco Comín respecto a un libro de Antonio Gómez Mendoza que propaga la leyenda negra del INI,

a pesar de reconocer que España fue una excepción en Europa, donde, salvo en Bélgica, se nacionalizó el sector eléctrico, y de afirmar que Suanzes perdió la partida frente a Oriol, el editor del volumen sigue menospreciando a Suanzes, hablando de su agresividad, de sus planes demoníacos y de la urgencia por actuar en este sector [...]. Lo ocurrido en la industria eléctrica cuadra mal con la tesis de Gómez Mendoza de que Suanzes fue el amo y señor de la política industrial de la autarquía y de que siempre se salió con la suya, con el malévolo objetivo de perjudicar a la iniciativa privada. Esto se explica, probablemente, porque el capítulo primero del libro (donde atribuye a Suanzes un poder terrenal supremo) pudo escribirlo antes de redactar este capítulo cuarto, en el que se demuestra que las compañías eléctricas (organizadas por Oriol en torno a UNESA) no sólo evitaron la expropiación y nacionalización, sino que consiguieron (con la inestimable ayuda del mismísimo caudillo y del ministro Carceller) arrebatarse al INI y, por lo tanto, al Estado la capacidad de regular el sector y de establecer la red nacional de interconexiones.

También en este sector, la amenaza planteada por el INI llevó a la unión de las compañías privadas, que, según Gómez, a cambio de permitir la intervención de la empresa pública (qué otro remedio les quedaba), consiguieron un *modus vivendi* muy conveniente y, añadimos nosotros, único en Europa. Esta dejación, en manos del cártel de las eléctricas, de competencias que correspondían al Estado —a lo que habría quizá que añadir la conveniencia técnica de la

nacionalización del sector, que se estaba llevando a cabo en Europa— tuvo graves consecuencias sobre el desarrollo y eficiencia del sector eléctrico⁴³.

Tema complejo donde, hechas las cuentas, el respeto del franquismo a los monopolios privados prevaleció por encima de instintos nacionalizadores que eran norma en todo el mundo. Por lo tanto, el cártel español de los negocios, con varias recomposiciones y fusiones, aceleradas en la última fase del siglo XX, ganó todas las partidas y mantuvo la cohesión que le dieron los saldos del colonialismo español en su fase más activa y salvaje, el negocio antillano del siglo XIX, y, aunque uno de sus vectores, los militares, desapareció gracias al gobierno *sandwich* de Felipe González —neoliberal y socialdemócrata, a partes nunca bien equilibradas—, lo cierto es que todas y cada una de las multinacionales españolas presentes en América Latina tienen esta oculta denominación de origen: desde el BBVA o el Banco Santander hasta Abengoa, Iberdrola o Unión Fenosa. Todos los oligopolios de servicios públicos y de finanzas que dominan hoy en día el espacio americano tras el provechoso saqueo del Estado-nación que empezó Carlos Menem en 1991, comparten este elemento fundacional.

Son todas ellas hijas legítimas del triunfo de la insurrección fascista en España. Aun así, la visión de este tronco común ha desaparecido del mapa cultural desde el completo triunfo de la perspectiva neofranquista que el pragmatismo del PSOE, entre 1982 y 1995, contribuyó a legitimar, mientras sus políticas de reconversión industrial y fusión corporativa preparaban al capitalismo hispánico para la conquista de América Latina.

Sirva un ejemplo contundente de esta pobreza conceptual, azuzada por el monopolio empresarial de los medios de comunicación pero también de los grupos editoriales. Veán si no el tiem-

⁴³ F. Comín, «Los mitos y los milagros de Suanzes: la empresa privada y el INI durante la autarquía», *Revista de Historia Industrial* 18 (2000), pp. 221-248.

po pasado entre la obra más relevante sobre el verdadero poder estructural, *La oligarquía financiera en España*, que el *wonderboy* del Partido Comunista de España, el economista Ramón Tamames, escribió en 1977 para Editorial Planeta, y los ensayos que Mariano Sánchez Soler publicó entre 2001 y 2007 sobre banqueros y empresarios enriquecidos por el franquismo. En medio, muchas piezas sueltas en la academia y que nunca pasaron los cancelos de la historia hecha por y para universitarios. Excepto en los últimos años del *aznarato*, cuando ciertas revistas como el semanario *El Siglo de Europa* se dedicaron a desvelar las naturales conexiones de los júniores de la Moncloa con apellidos franquistas, la mayoría de la gente apenas imagina que la mayoría de consorcios que dominan la economía española surgen del triunfo franquista en la Guerra Civil.

Y aún menos se imagina el común de los ciudadanos que, más allá de las reales disputas entre los tecnócratas liberalizadores de 1959 y los falangistas-proteccionistas de la posguerra, el verdadero sentido del triunfo golpista, la esencia del franquismo, fue volver al siglo XIX, ese siglo de oro de la burguesía que, en el ámbito mundial, volvió por sus fueros a partir de 1980 y la contrarrevolución anglosajona, el llamado neoliberalismo. Larga es la frase, pero bien vale la pena leer aquello que Armando Fernández Steinko, sociólogo de la Universidad Complutense de Madrid, describe en *Experiencias participativas en economía y empresas* como la noción básica del franquismo: «Una determinada forma de entender la economía y la empresa» que presupone «la defensa del modelo del XIX» que «tanto acercó al régimen de Franco a las nuevas elites atlánticas», tal como «intuyó» el dictador en su defensa del «modelo español» que sigue dos pautas intocables: «a) la destrucción de la sociedad del trabajo y b) la ausencia de un pacto político entre capital y trabajo»⁴⁴. En resumen, así nos fue:

⁴⁴ A. Fernández Steinko, *Experiencias participativas en economía y empresas. Tres ciclos para domesticar un siglo*, Madrid, Siglo XXI de España, 2002, p. 278.

La victoria del latifundio y del empresariado no democrático, el sujeto más interesado de todos los posibles en no estrenar el siglo xx, no hizo necesario en España lo que en otros países acabó por imponer la resolución de la Segunda Guerra Mundial. Esto hizo de la Restauración española de 1939 una versión especialmente conservadora y retrógrada de los nuevos tiempos. Pero, desde la perspectiva de la ciudadanización de las sociedades, el efecto más importante que tuvo el mantenimiento de la hegemonía de estos grupos sociales es que en España no hubo necesidad de llegar a un acuerdo político para firmar el pacto entre ricos y pobres, entre capital y trabajo, entre poseedores y no poseedores, entre burgueses y ciudadanos, no se firmó aquella «Constitución no escrita» de la cual habla Robert Cox. Este pacto, que es una de las grandes innovaciones de la posguerra europea, explica que en España no se creara la caja común que nació en otros países por fecundación de un acuerdo político *previo*. Ramón Tamames lo formula con claridad: «Tras la terminación de la Guerra Civil, con el triunfo del bando más conservador, habría sido una incoherencia histórica que éste se hubiera gravado a sí mismo con mayor presión fiscal que antes». Efectivamente, no hubiera tenido demasiado sentido, ¿para qué si no se había ganado la guerra?

[...] Eso explica la bajísima participación del gasto público en la renta nacional en comparación con todas las demás naciones europeas y contradiciendo las grandes tendencias que se estaban preparando en el mundo occidental. Al no haber caja común, no hay margen de maniobra económica para pagar escuelas, hospitales, universidades o un urbanismo razonable. No hay para pagar infraestructuras de todo tipo. No hay recursos en relación al enorme desgaste que sufre su territorio, su patrimonio cultural, su gente, su naturaleza, a medida que se acelera el crecimiento económico de tipo fordista. Es la puerta de entrada a un modelo de crecimiento esencialmente no sostenible que se pudo mantener durante varias décadas y ser rabiosamente rentable, pero sólo gracias a la generosa dotación de la naturaleza (desde las costas hasta la gran extensión de su territorio), gracias a la obligada resignación de sus habitantes, gracias al largo desgaste de

ambos. Casi todos los artículos del Fuero de los Españoles (1945) que hacen alusión a la democratización económica y social [...] se quedan en papel mojado no por maniqueísmo sino porque simplemente no había dinero, no había presupuesto. Hasta finales de los sesenta no empiezan a cambiar un poco las cosas y aún en 1970, el 85 por 100 de la población activa española, o era completamente analfabeta, o apenas tenía estudios primarios. España se convierte así en uno de los países donde más intacta se conservó la doctrina del XX porque aquí no sólo se bloquea la democratización de la empresa, como sucede en otros países, sino que sus clases dirigentes, además, bloquean la creación de un pacto político, de una caja común. Ni Keynes, ni Beveridge, ni Naumann: no hay nada parecido en España. La Guerra Civil es, no una vuelta enredada, sino una vuelta en línea recta al siglo XIX sólo comparable al viraje, también radical, que se dio en Estados Unidos con la brusca cancelación del *New Deal* con la muerte de F. D. Roosevelt⁴⁵.

Vuelta al siglo XIX con todas las redes del poder corporativo que se generaron en la Restauración gracias al excedente colonial, un leviatán financiero que pagó años después la nómina del alzamiento nacional. La repatriación de capitales antillanos y los beneficios extraordinarios de la burbuja industrial que generó la Primera Guerra Mundial se concentraron en la banca, especialmente el Banco Urquijo y el Banco Central, pero fue todo el espectro financiero, desde los grandes magnates del contrabando y la especulación internacional, como Juan March, hasta testaferros de trust internacionales, como Francesc Cambó o el duque de Alba, quien abrió su chequera a cuenta de la victoria nacional. Sin olvidarnos de la gran banca vasca.

Caso paradigmático de ocultación y camuflaje histórico, pues, tras ocho décadas de poder absoluto, el gran heredero de los vencedores, el fusionado BBVA, sigue impidiendo el conocimiento de su papel real en la Guerra Civil, pese a que José Ángel

⁴⁵ *Ibidem*, p. 282.

Sánchez Asiaín, primer presidente del BBV —«el banquero intelectual», mote acuñado por el estilista mayor de *El País* Joaquín Estefanía—, dedicó su jubilación a contar la madeja bancaria de aquellos tiempos en un ensayo titulado *Economía y finanzas en la Guerra Civil española, 1936-1939*. Como era de esperar, intentó que sus antecesores aparecieran ante los ojos del lector como unos ángeles de la neutralidad empresarial que «en todo momento y en ambos bandos» reconocieron «la estructura orgánica y jerárquica existente en cada una de las entidades bancarias, al margen de planteamientos políticos»⁴⁶. Este clasemediero de Baracaldo, encumbrado por el gurú de la universidad jesuita de Deusto, el padre Bernaola, se olvidó de que este apolítico gremio pasó factura a las ovejas díscolas como Josep Maria Boix i Raspall, el presidente y antecesor del actual monopolio de monopolios, La Caixa, depurado ipso facto por el franquismo tras la entrada de las tropas nacionales en Barcelona, y, cuya historia, la actual dirección de esta extraña corporación financiera siempre se ha negado a contar. Pero tenemos también el triste destino de Venancio Echeverría, consejero delegado del Banco de Vizcaya durante la Guerra Civil, del cual, extrañamente, Sánchez Asiaín no recuerda que fue detenido, bajo acusación de colaboracionismo con los *rojos*, salvando el pellejo sólo porque aceptó quedarse de florero testimonial y supo morir tan temprano como en 1943.

Así que las proféticas palabras de otro consejero del banco, Tomás Bordegaray, en la primera junta de accionistas normalizada en 1941 sobre el papel de las finanzas privadas en la Guerra Civil —«algún día tendrán sin duda historiadores que lo consignan y tratadistas que lo estudien»⁴⁷— quedan de momento pospuestas sine die porque el tremendo «índice de moralidad crediticia» del bando *nacional*, «tan elevado» que era puro «orgullo»

⁴⁶ J. Á. Sánchez Asiaín, *Economía y finanzas en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, p. 289.

⁴⁷ G. Morán, *Los españoles que dejaron de serlo. Euskadi, 1937-1981*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 167.

del Banco de Vizcaya, no ha sido analizado seriamente por la academia española y menos aún por este *boom* historiográfico sobre la Guerra Civil que sigue a oscuras sobre tan crucial tema. De hecho, seguimos como en la década de 1970. Pocas luces sobre cómo se lucraron los banqueros con la guerra, cuál fue su tasa de beneficio y de retorno con los *nacionales* de Franco. Andamos literalmente en ascuas.

Tan así es que aún sirve de referencia el periodístico libro de Gregorio Morán *Los españoles que dejaron de serlo*, que conserva para lectores de todos los tiempos el mejor retrato socio-cultural de Neguri, aquel pueblo a orillas del Cantábrico, y a las afueras de Bilbao, eterno símbolo del estatus y el poder de la oligarquía vasca, en sus ramas financiera, naval y siderúrgica.

En sus cultivadas perlas, hallamos el testimonio del vellocino de oro que fue la guerra y los posteriores años, veintisiete en total, de bloqueo a nuevas franquicias bancarias que permitió manejar el crédito desde unas condiciones excepcionales que dieron a la gran banca española una grandiosa acumulación de capital en un país paupérrimo y el control por absorción, quiebra o asociación de los grandes grupos industriales peninsulares. Así cuenta Gregorio Morán las levitaciones del director general del Banco de Bilbao, Víctor Artola, formado en las cloacas financieras de la zona libre de Tánger, cuando en 1942 leyó la memoria de actividades a los consejeros tras seis años de incomunicación e «inflación marxista»:

El volumen total de las operaciones realizadas por el banco durante los seis años se eleva a la cifra de 200.835.255.082,82 pesetas. Los beneficios líquidos obtenidos en dicho periodo ascienden a 66.621.983,84 pesetas. Las reservas equivalen al 112,55 por 100 del capital de 100 millones, y al doble aproximadamente de lo exigido por la norma oficial de proporcionalidad entre el capital y reservas, por una parte, y cuentas acreedoras-clientes, por otra. Coeficiente de seguridad –además del activo perfectamente saneado– poco común. La guerra, debían reconocer con sinceridad los señores consejeros, ha-

bía sido, en términos económicos, de notable rentabilidad. Los números cantan⁴⁸.

Siempre, tantas veces como sea necesario, conviene recordar que la actual reconquista económica y cultural de América Latina es el fruto de la propia historia interna de España, de la acumulación de rentas coloniales y la creación de una nueva casta financiera y empresarial con capacidad para sufragar los costos de la guerra contra la República y de beneficiarse con la completa aplicación de la doctrina del *shock* por el golpismo. Técnica que entre 1936 y 1975 tuvo no sólo el deseado efecto de dividir, purgar y atomizar a los enemigos del statu quo, sino que permitió recomponer y blindar el capitalismo hispánico y su esquema de gobierno corporativo y ejecutivo, bajo el mandato del general Franco.

Un entramado de poder y complicidades que el reformismo liberal del PSOE, tras su acceso al poder en noviembre de 1982, recompuso a base de pasar las pérdidas corporativas al Estado –caso del cártel eléctrico– y de revender las grandes empresas públicas, convenientemente saneadas y modernizadas, a esta misma oligarquía franquista que a su vez, igual que pasó con los jóvenes falangistas en la posguerra, tuvo que integrar en los consejos de administración a la pequeña burguesía social-liberal que, mediante el control del gobierno, sus contratos, subastas, privatizaciones y subrogaciones, pudo incardinarse entre la clásica burguesía española.

El conflicto entre la nueva burguesía social-liberal y las fuerzas del conglomerado franquista, representado por el PP, es sin duda remanente y consecuencia del acceso al pastel económico por parte de la clase media baja en los ochenta que representó, en su perfecto ascenso social, Felipe González Márquez. Diferencias y matices que se irán contando en este libro y que, aplicadas a las estrategias latinoamericanas del Gobierno de España, son fácilmente distinguibles en el campo de las formas. Entre el *diktat* autoritario y prepotente de José María Aznar sobre las viejas po-

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 169-170.

sesiones coloniales y el talante conciliador y maternal de Rodríguez Zapatero ante sus homólogos latinoamericanos, el cártel español de los negocios prefiere sin duda el segundo, porque las buenas relaciones políticas garantizan la seguridad jurídica de las concesiones en tierras extrañas.

Tiempo de volver a los albores del siglo XX y descubrir que, cual genial paradoja, el desastre del 98 y el alud regeneracionista tuvieron un efecto inesperado para los intereses españoles en América Latina. De hecho, el pensamiento latinoamericano se ocupó poco y nada del 98 en comparación, sobre todo, con el impacto que provocaron otros hechos económicos, políticos o bélicos:

Los intelectuales finiseculares, más interesados por Francia pero sobre todo por Inglaterra o Alemania, estaban en otra cosa: la modernización forzada, el blanqueamiento, la laicización, la educación nacional, las comunicaciones y los transportes (obsesionados todavía por el ferrocarril). La identidad del continente era poco importante: el aumento de la presencia de Estados Unidos no fue percibido como peligro (ni como posibilidad). La caída de España, con la cual había tan pequeño contacto como empatía, tampoco fue vista como peligro ni como posibilidad. Pero pueden señalarse todavía otras causas que explican que el fenómeno 98 no haya sido relevante. Los restos aún vivos del antihispanismo en que se abrevaron los emancipadores de 1810 y los positivistas de 1880, hacían difícil la solidaridad con el país que representaba la monarquía contra la república y la agresión medieval, nuevamente sentida en los años sesenta, contra América en proceso de civilización.

Otro elemento todavía que dificultaba esa solidaridad fue la simpatía por la independencia de Cuba y Puerto Rico, así como la admiración por Martí. Por cierto, la independencia de las islas se veía como el último peldaño de un ascenso que habíase iniciado en 1810 o antes en Estados Unidos y Haití, que debía completarse. Existía incluso la idea, en algunos, de que los Estados Unidos habían sido importantes para materializar la independencia de los países hispa-

noamericanos y por ello su acción en el Caribe no era motivo de mayor escándalo.

Por otra parte, la independencia de los países caribeños tampoco provocó mayor impacto. El apoyo prestado por los demás había sido hartamente escaso. De hecho, ni la derrota de España ni la independencia ni el triunfo norteamericano fueron considerados hechos importantes.

Pero si los sucesos del 98 no repercutieron mucho en el pensamiento latinoamericano de manera directa, eso sí, abrieron las puertas para un acercamiento intelectual entre América Latina y España. La España derrotada, la España enferma y la España doliente eran más accesibles y más sensibles; más interesantes y más receptivas que aquella otra anticuada y soberbia. Los gritos de la España herida se escuchaban fácilmente, y los remedios y alternativas podían venir desde muchas partes. Al abrirse las puertas para un acercamiento intelectual, pudo irse muy pronto tejiendo una red.

La España caída despierta solidaridad. Ésta se duplica al hacerse patentes las semejanzas con una América Latina que está viendo, cada vez más, a los sajones como una amenaza⁴⁹.

El descubrimiento de la España doliente, que dejó de portarse como el implacable *padre padrone*, salvaje y bravucón, para convertirse en la Madre Patria, se combina con la aparición del gran garrote del presidente Roosevelt en América Latina, así que, desde el encuentro de titanes entre Miguel de Unamuno y Rubén Darío, se abren las puertas al nuevo hispanismo que al cabo de décadas mutará en Comunidad Iberoamericana de Naciones bajo patrocinio español, punto final de este sutil reposicionamiento que nace en las postrimerías del *desastre*. Evolución rápida, fenomenal en todos los aspectos, aunque ya los eventos del IV Centenario del Descubrimiento en 1892 demostraban que, incluso en

⁴⁹ E. Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados, 2007, pp. 40-42.

tiempos de colonialismo extremo, las elites latinoamericanas no le hacían ascos a una invitación para darse un *tour* por las Españas.

El humanista, historiador y americanista, amén de liberal, Rafael Altamira, trazó la ruta para lo que denominaba él mismo la reconquista espiritual de América Latina, donde era fundamental que la «propaganda española» se basara en la educación y la cultura, que, en vez de las armas, vilmente extinguidas, serían la vía por donde tarde o temprano volvería el comercio. Su espectacular viaje por todas las Américas entre 1909 y 1910, en su papel de jurista y prócer de la hermandad ibérica, rindió todos los frutos necesarios gracias a su mentalidad republicana, causa de su exilio en 1939, que disimulaba los atributos católicos, arrogantes y metafísicos de la escuela conservadora de Menéndez Pelayo. Así que fue este lúcido valenciano, profesor de profesores, quien tejió las bases para todo futuro nicho de influencia hispánica, proyecto bien esbozado que rindió ciertos frutos hasta la Guerra Civil. Su afinidad intelectual, moral incluso, con José Enrique Rodó, autor de *Ariel* y despertador regeneracionista de la *raza latina*, ahora sí hermanada con la nueva España purificada del lastre colonial, marcó la hoja de ruta para la nueva penetración española en América.

Hablamos, pues, del nuevo hispanismo. Decálogo esencial de este renovado *imperialismo manso*, en acertadas palabras del antropólogo cubano Fernando Ortiz, el primer crítico de Altamira, sería el papel coordinador, tutelar, del Estado español en todo proyecto de unión iberoamericana. Simplista pero efectivo eco de la Madre Patria que ama por igual a todos sus hijos pero no tolera en el fondo un plano de igualdad republicana. Decíamos que fue Ortiz, uno de los grandes pensadores cubanos, quien quiso evitar la dialéctica de los anexionismos, o lo hispano *versus* lo gringo, y definió la nueva estrategia española de sutil recolonización como la «altruista paradoja»:

[...] allá en Iberia, si se canta a la raza, a la lengua y hasta a la religión, es al ritmo del neoimperialismo manso, porque se piensa que, reconocida la unidad de estos pueblos con España, no ha de

ser sobre bases igualitarias, sino sobre la base fatal, lógica e inexcusable de la hegemonía española, de la nación que unas veces llaman *madre con misión tutelar*; como dicen los catedráticos de Oviedo, y otras *hermana mayor* y *representante* de las demás, como hoy dice Labra; como si ante el mundo entero no estuviese la *madre* o la *hermana* en peligro de necesitar tutelas por una posible declaración de incapacidad, si no olvida sus chocheces y su falta de sentido de vida moderna⁵⁰.

Regeneracionista que conoció en sus estancias universitarias en Barcelona y Madrid las nuevas corrientes finiseculares, los pensamientos de este intelectual cubano derivan, como bien señala Eva M.^a Valero, de las líneas reales subyacentes al discurso de la hermandad iberoamericana, pues, en estas manifestaciones el discurso de hermanamiento espiritual y cultural entre España y América tantas veces reiterado por Altamira, es descubierto por Ortiz como mera ilusión o simulacro. Claro que este planteamiento competitivo del predominio espiritual español revela un desconocimiento o una voluntad de ignorar el ansia de un importante sector hispanoamericano de independencia intelectual para poder definir una identidad cultural propia, exenta de cualquier tutelaje foráneo.

Y lo español, por supuesto, ya era también lo foráneo, con independencia de que necesariamente desde Hispanoamérica se asumía el pasado compartido y se reconocían los valores culturales comunes como vía indispensable para la definición de una identidad en todo caso mestiza. Esta comunidad de intereses seguía siendo concebida desde España como resorte principal para ejercer un tutelaje en ocasiones reconocido y en otras disimulado. Pero, de cualquier forma, éste es el discurso que, inevitablemente, intelectuales como Fernando Ortiz descubrirían como «lo que está debajo» de aquel simulacro fraternal.

⁵⁰ F. Ortiz, «La fuerza del idioma», *La reconquista de América; reflexiones sobre el panhispanismo*, Princeton, Princeton University Press, 2009, pp. 55-56.

Lo que estaba debajo ni tan siquiera estaba realmente escondido. A la vuelta de su periplo americano, el republicano Rafael Altamira se entrevista con el rey Alfonso XIII. Venía de ofrecer a sus hermanos latinoamericanos la modernidad y las soluciones que el Estado español daba a los problemas del siglo, pero, faramalla aparte, lo que pidió el académico al rey fue una infraestructura cultural al más alto nivel: crédito especial para intercambio de profesores con las universidades hispanoamericanas, envió de pensionados a estudiar las varias facetas de la vida americana, la creación de escuelas para emigrantes, franquicias para las remesas de libros y material escolar y, *last but not least*, la creación de un Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas en Madrid.

Agenda futurible que, en sus rasgos esenciales, ha sido la misma en todos los Gobiernos, especialmente a partir de 1982 y que lleva a la creación del Instituto Cervantes en 1991. Sin los medios ni la proyección del Gobierno socialista, los esfuerzos de Altamira rindieron un primer fruto importante con la Real Orden del 16 de abril de 1910 para que la Junta de Ampliación de Estudios facilitara viajes de profesores y alumnos y creara instituciones de intercambio, aunque no será hasta la llegada al poder del general Primo de Rivera cuando el proyecto de Altamira tome velocidad de crucero, ya que al suave dictador sevillano «no le resultó muy difícil aduiterar el programa americanista de Altamira e incluirlo en el ideario panhispanista, defendido por el dictador en sus relaciones con América, mezclando así el ideal civilizador con el evangelizador»⁵¹.

* * *

Las dimensiones reales del *imperialismo manso* altamirense aparecen mediante el aval que el gran académico valenciano dio a la creación del más depurado proyecto de reconquista económica

⁵¹ F. de Luis Martín, *Jirones de la hispanidad. España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva de dos cambios de siglo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004, p. 104.

que se dio a principios del siglo XX, la Casa de América en Barcelona, que, según Altamira, era imprescindible para «conocer exactamente “las cosas de ultramar”» y «recrear proyectos de acercamiento», como describe la historiadora catalano-argentina Gabriela Dalla Corte en su obra de referencia *Casa de América de Barcelona (1911-1947), Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios más en una agenda de información e influencia internacional*, informe histórico de las tramas corporativas y empresariales de la burguesía española en el seno de esta asociación internacional iberoamericana fundada en Barcelona el 2 de abril de 1911 con el nombre de Casa de América de Barcelona, y que en la década de 1920, bajo la influencia de Francesc Cambó, asumió la denominación de Instituto de Economía Americana (IDEA). Ante los ojos de la historia, la Casa de América fue la más potente y visionaria organización de la burguesía española que intentó competir con la Unión Panamericana de Washington en el dominio de mercados latinoamericanos, apoyada por los hombres de la Lliga Regionalista y por la misma Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE), la filial catalano-argentina del trust eléctrico internacional SOFINA; con sede legal en Bruselas, fue, como veremos, la primera multinacional española en América Latina. Este *lobby* poscolonial que contó con el apoyo del Gobierno central y las cámaras de comercio de Ultramar, pero que siempre se mantuvo como asociación privada bajo patrocinio de Alfonso XIII, fue la pieza maestra del líder de la derecha catalana, Francesc Cambó, para internacionalizar el capitalismo español en la era de las primeras multinacionales.

Antes de la Casa de América nació la *Revista Comercial Iberoamericana Mercurio* y el Centro Jurídico Iberoamericano, también bajo amparo del jefe regionalista catalán. *Mercurio* fue todo un hito en la generación de una influencia periodística y cultural basada en el control y manejo selectivo de la información para crear una comunidad de negocios iberoamericana que potenciara, definiera y sistematizara las necesidades empresariales españolas en América Latina. Sutil instrumento de propaganda de un hombre, Josep

Puigdollers Macià, que conocía bien la otra orilla y quería, bajo el andamiaje de un periodismo de empresarios y para empresarios, manejar privadamente la información sobre propiedades, recursos y negocios de españoles asentados en América.

Sustanciosa inteligencia que incluía desde testamentarias hasta suspensiones de créditos o registros de escrituras, que le servían para monitorear todos los movimientos de capital en todos los países y con todos los nombres que por aquel entonces nadie conocía en la precariedad absoluta de los medios de comunicación entre España y América. Todo un clan de abogados patrocinados por el primer financiero del regionalismo, el segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, aprendió a sacar tajada de los asuntos interoceánicos y los informes confidenciales. Con futuros prohombres de la alta burguesía como el propio Francesc Cambó o José Bertrán y Musitu, su operador y mano derecha.

Sin duda, *Mercurio* sustituyó el tradicional discurso de la raza y la historia de bronce por los análisis, las estadísticas y los informes comerciales, y triunfó como gaceta casi oficial de la burguesía española y latinoamericana hasta que fue absorbida como portavoz oficioso de la Casa de América. El andamiaje periodístico y jurídico de Puigdollers traía ínfulas de grandeza que los tiempos y su prematura muerte no permitieron consolidar. Tal fue el caso del Crédito Iberoamericano, que, con el apoyo directo de políticos y empresarios, aupado por los dos grandes financieros de la época, los marqueses de Comillas y Urquijo, pretendía establecer un sistema de cobertura parecido al que años más tarde desarrollará el Instituto de Crédito Oficial (ICO) en apoyo al capital español y sus exportaciones.

La temprana muerte de Puigdollers y la escasa enjundia de la gran empresa española dejaron todo en agua de borrajas, pero, en 1911, esos jóvenes apologistas de la reconquista económica auspiciaron el nacimiento de la Casa de América de Barcelona. Entre sus promotores destacan Rafael Vehils, Jacinto Viñas, Eusebio Güell, Bosch y Alsina, y Federico Rahola, todos ellos júniores de la alta burguesía catalana o políticos jóvenes con ínfulas moderni-

zadoras. La Casa de América fue lo que Dalla Corte denomina «un espacio de sociabilidad», donde se gestaron negocios diversos y se organizaron encuentros entre empresarios españoles y latinoamericanos. Así, la Casa de América participó en la I Asamblea de Asociaciones Americanistas de España en 1911, en el I Congreso del Comercio Español en Ultramar de 1923 y en la I Conferencia Internacional de Cámaras de Comercio Americanas en España en la decisiva fecha de 1929.

Pero la Casa de América contribuyó, sobre todo, a la organización de redes sociales transatlánticas, que reforzaron los proyectos empresariales hispánicos. Redes que fructificaron gracias a los enlaces de las colectividades catalanas pertenecientes a las llamadas *colonias flotantes* de América, Filipinas y Europa en unas décadas donde la emigración hacia las Américas se cifraba en millones de españoles y ciertos apellidos peninsulares dominaban varias industrias y comercios de importación-exportación en muchos países del Nuevo Mundo. La Casa de América fue el primer esbozo real de una estrategia corporativa para la conquista de mercados exteriores, pero su mayor éxito fue su conversión en el Instituto de Economía Americana, una agencia de información que, al decir de Gabriela Dalla Corte, «utilizó a los empresarios españoles que habían migrado a América para que actuasen en calidad de “delegados” enviando información variopinta y confidencial que servía para decidir la orientación de las inversiones empresariales en función de las posibilidades productivas americanas o el grado de “apertura” y flexibilidad de los gobiernos de turno»⁵².

O sea, una función clave de todo poder corporativo: controlar la información, especialmente a partir de 1927, cuando la institución pasa a ser IDEA-CA debido a que Cambó, interesado en disponer de agencias «al estilo alemán», quería reportes fidedignos para las inversiones españolas. Finalmente, y esto es lo desta-

⁵² G. Dalla Corte, «Empresas e instituciones y red social. La Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE) entre Barcelona y Buenos Aires», *Revista de Indias* LXVI, 237 (2006), pp. 519-544.

cable, esta antena americanista no hubiera existido sin el patrocinio de la Compañía Hispano Americana de Electricidad, gracias al cual la Casa de América se dotó de colaboradores de la talla de Joan Peri Grau y José Antonio Vandellós, dos reconocidos economistas catalanes que no salían baratos. Más de 100 delegados, repartidos por América y Filipinas, remitían información esencial a Barcelona, donde este grupo de economistas realizaban informes sobre las condiciones económicas y el marco jurídico de diversos países y ayudaban a confeccionar estadísticas alternativas, y siempre más exactas que los números oficiales de las exportaciones a América. La misión de la Casa de América no era otra que funcionar como grupo de presión e instrumento único de los exportadores españoles.

La edad de oro de la Casa de América coincide con el absoluto control de Francesc Cambó y el respaldo financiero de CHADE, la primera generadora y distribuidora del duopolio eléctrico de Buenos Aires, que en aquellos años rivalizaba con Nueva York en número de habitantes. La historia de esta supuesta multinacional española es conocida, aunque a veces bien confusa. Fue constituida en Madrid en 1920 y su principal objetivo era garantizar la supervivencia de la filiales sudamericanas del consorcio alemán de la energía, la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, o AEG, al término de la Gran Guerra. Un artículo de John Maynard Keynes sobre la posibilidad de que los aliados expropiaran bienes de las grandes corporaciones alemanas apelando a las cláusulas económicas del tratado desató el pánico empresarial, activando, de paso, un proyecto de ingeniería financiera, o desvío de responsabilidades legales, que se forjó a principios de 1919, cuando las acciones de la compañía berlinesa Deutsch-Überseische Elektrizitäts-Gesellschaft (DUEG) en la Chilean Electric Tramway & Ligth Co. Ltd. de Santiago de Chile fueron secuestradas y vendidas por el Gobierno británico como represalia económica de posguerra y el Gobierno alemán tuvo que indemnizar a los accionistas de la empresa.

Era preciso, por ello, buscar testaferros de un país neutral no afectado por los acuerdos de Versalles para simular la compra de

los activos americanos de la DUEG, vinculada al cártel eléctrico alemán de la AEG. El intermediario fue Francesc Cambó, apoyado por los dos marqueses vinculados a las finanzas internacionales, el de Comillas y el de Urquijo. El jefe regionalista tenía una especial relación con el consejero delegado, el ingeniero norteamericano Daniel Heineman, el verdadero hombre fuerte de esta empresa-telaraña de distribución de electricidad, la Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles, el *holding* SOFINA, nacida en 1889 y refundada en 1929, donde estaban los dos gigantes mundiales de la energía, la AEG alemana y a la General Electric norteamericana. Implacable trust que se expandió bajo la administración de este visionario ingeniero, Daniel Heineman, que para la década de 1930 había convertido SOFINA en el centro de un conglomerado societario, el megatrúst, con intereses en más de un centenar de empresas de todo el mundo que a su vez actuaba también como financiera de sus participadas, facilitando dinero constante. SOFINA, además de ejercer como intermediaria entre sus participadas y los proveedores locales, tenía sus propias fábricas, presas y redes de distribución que cubrían tres de las más grandes áreas en expansión del mundo iberoamericano, Ciudad de México, Buenos Aires y Barcelona.

SOFINA fue, en todos los sentidos, la primera gran multinacional de servicios públicos con un desarrollo y actuar globalizador, mediante un sistema de concesiones y corrupciones a gran escala que la mayoría de corporaciones no desarrollaron hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Su composición fue siempre fluctuante y abierta, seguía el axioma marxista de que el capital no tiene patria. Sus acciones se encontraban radicadas en Bélgica (18,35 por 100), EEUU (18 por 100), Alemania (15 por 100), Reino Unido (14,75 por 100), Francia (12 por 100), Holanda (8 por 100), España (6,5 por 100) y otras participaciones menores en Suiza, Italia, Hungría o Luxemburgo. En esta telaraña mundial, verdadero cártel eléctrico de primera división, SOFINA era accionista de referencia de la CHADE argentina y de Barcelona Traction, o La Canadiense, mediante otra intermediaria del mismo trust, SIDRO, la empresa

que desde sus presas hidroeléctricas en el Pirineo leridano tenía el monopolio del servicio eléctrico en Cataluña.

Aquel trust Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles concentraba grandes figuras de la alta burguesía y la aristocracia europeas en su consejo de administración. Aparte de Daniel Heine-man, presidente de SOFINA y consejero delegado, estaban Reginald McKenna, presidente del Midland Bank, director del Banco de Inglaterra, ex canciller del Tesoro y ex primer lord del Almirantazgo, junto al cerebro financiero de Mussolini, el conde Giuseppe Volpi, ministro de Hacienda de la dictadura fascista y presidente de la Compañía de Electricidad del Adriático, Paul Vaan Zeland, el primer social-liberal de Europa, precursor de Tony Blair o Felipe González, y algunos pesos pesados de España, como el duque de Alba, gran latifundista andaluz que, por parentescos británicos y ligas multinacionales, se convirtió en el embajador de Franco en Londres. También tenía silla preferente el marqués Mariano de Foronda Vallrano, grande de España también y miembro de todos los consejos de SOFINA. Pero detrás de estos nombres de oropel estaban los que mandaban: la alemana AEG y la norteamericana General Electric, así como otros titanes de la época: la Banca Morgan, Deutsche Bank y Midland Bank. Toda la red que en esencia sigue manejando hoy en día los flujos del capital y la globalización donde esta subsidiaria española y sus oligarcas de postín tenían ya una presencia notable que les permitía sacar tajada del gran juego en forma de bonos y acciones.

La CHADE, como decíamos, se constituyó en 1920 para salvaguardar los intereses alemanes en empresas eléctricas latinoamericanas, que peligraban con la política de reparaciones tras la Primera Guerra Mundial. SOFINA y el grupo Credit Suisse, mediante la acción combinada de Heineman y Rodolphe E. Bindschedler, director del trust. Ellos fueron los responsables de diseñar esta operación de ingeniería financiera asesorados por la elite mundialista de la época como Walter Rathenau, el hijo y sucesor del presidente de la Sociedad General de Electricidad (AEG), accionista clave de SOFINA, que al frente del mayor emporio in-

dustrial del país fue la perfecta combinación de tecnócrata ilustrado, amante de la tercera vía y futuro ministro de Exteriores de la República de Weimar, quien, por hacer las paces con la tambaleante URSS, murió asesinado en junio de 1922.

Este trabajo de encubrimiento de bienes contó con la ayuda de Louis Albert Loucheur, ministro francés para las Regiones Liberadas y miembro destacado del cártel industrial francés, precursor del acuerdo franco-alemán y la utopía comunitaria europea que las grandes corporaciones estaban diseñando ya en la década de los veinte. Tríó de asesores que compartían la visión del Gobierno mundial corporativo, contra los viejos nacionalismos del siglo XIX, y donde el último ariete era el todopoderoso Owen D. Young, consejero delegado de General Electric y futuro presidente de la mayor corporación energética a fecha de hoy, interesados todos ellos en suavizar los términos de Versalles, evitar medidas contra los grandes intereses cruzados entre aliados y alemanes como vía para encausar el imperalismo germánico dentro de una alianza multinacional que protegiera el ascendente poder corporativo de toda intervención estatal.

En este negocio de titanes, Francesc Cambó fue el hombre que se encargó de la parte española de la operación, pero su fortuna se justifica por un motivo que pocas veces sale a relucir y que explica a carta cabal las conexiones reales entre el incipiente capitalismo ibérico, subdesarrollado y dependiente, y los grandes consorcios mundiales. Nada como el extracto de una carta del contrabandista de tabaco Juan March del 10 de junio de 1946 dirigida al ministro de Industria José Antonio Suanzes, cuando este malicioso mallorquín preparaba el asalto de la Barcelona Traction, o La Canadiense, subsidiaria española del trust SOFINA. Escribe March un amplio informe histórico que sirve para captar el verdadero papel del regionalismo catalán, sus estructuras políticas y civiles, como la Casa de América, y su líder absoluto, Francesc Cambó, en este cambalache financiero de altos vuelos:

Desde que Mr. Heineman se apoderó de La Canadiense, luego de vencer en la Banque de Bruxelles a Mr. Lovenstein [...] que había

adquirido de Mr. Pearson (muerto en la catástrofe del *Lusitania*) los intereses del grupo, el plan de Mr. Heineman se desarrolló en España mediante la organización en Barcelona de una oligarquía político-financiera, iniciada con unos cuantos abogados catalanes que entonces comenzaban a ser conocidos, tales como Cambó, Ventosa, Bertrán y Musitu, Durán y Ventosa, etc. Formaban estos la Lliga Regionalista y, para la lucha política de vencer a Lerroux, que entonces era el coco de la burguesía catalana, tuvo la Lliga a su disposición en los primeros años y elecciones los recursos del Fomento del Trabajo Nacional, entidad de fabricantes e industriales interesados en intervenir en política española para la defensa de los aranceles. Pero los desprendimientos y auxilios económicos del Fomento a las cajas electorales de la Lliga eran siempre regateados y en ocasiones negados, a pesar de las exigencias de Cambó.

Muy pronto el dinero del Fomento no fue ya necesario. Para ello estaba La Canadiense; más de 20 consejos de administración del grupo acogieron a los hombres de la Lliga, desde los ases hasta personas de cuarta y quinta fila: consejeros, secretarías, asesorías de todas clases y empleos múltiples, cayeron como lluvia bienhechora en la Lliga, se llenaron las cajas electorales, se organizaron archivos y ficheros, se instalaron oficinas, se protegió a intelectuales y todo el aparato político de la Lliga adquirió una ostensible prestancia de organización moderna y rica.

La gente ingenua creía que todo aquello seguía viniendo de los fabricantes tacaños y calculadores del Fomento del Trabajo Nacional, cuando lo único cierto es que todo era posible porque Cambó y Heineman se habían entendido y porque el dinero de La Canadiense comenzaba a comprar voluntades políticas.

La Lliga desarrolló desde entonces una doble política, regionalista, por un lado, e intervencionista en los asuntos de España, por otro, con carácter económico y de financierismo técnico. Esta última orientación le llegaba a la Lliga desde La Canadiense. En el año 1917, Ventosa y Rodés fueron ya ministros de la Corona y en 1918 lo fue Cambó de Hacienda, acentuándose desde entonces la intervención de los hombres de la Lliga en las grandes sociedades y especial-

mente la extensión de La Canadiense en Cataluña, con absorción de muchas entidades eléctricas y de transportes. Cambó y la Banca Arnús-Garí fueron los impulsores de esta expansión liguera, pero Heinenman era el verdadero director de todo. La fundación de la CHADE fue un episodio de todo esto en 1920⁵³.

La CHADE y Barcelona Traction, o La Canadiense, las dos subsidiarias del trust internacional de la energía en manos alemanas y anglosajonas, se convirtieron en la vía de inserción del raquíutico capitalismo español en los circuitos internacionales. Pero en este explosivo informe de March, agitando ante los falangistas de Suanzes el fantasma del imperialismo financiero catalán que domina el empobrecido Estado español a su antojo y conveniencia, hay un olvido tendencioso: que en aquel gran reparto de utilidades sobre territorio argentino y catalán el grupo regionalista, siguiendo esquemas aplicados en el negocio cubano, dio entrada a socios peninsulares, pues la Banca Arnús-Garí, demasiado pequeña, especulativa y enfocada a la Bolsa, no tenía la enjundia del Banco Urquijo, recién nacido en 1918 pero parido por la mayor familia de prestamistas de la villa y corte, los Rothschild españoles.

Gracias a las nuevas leyes bancarias que concentraban los depósitos y el capital en seis grandes bancos (Hispano Americano, Español de Crédito, Bilbao, Vizcaya y Central, aparte del nuevo Urquijo) y que establecían un sistema de banca mixta mediante *holdings*, o sociedades industriales de gran tamaño, nació el Banco Urquijo con un capital de 150 millones de pesetas. Bajo la estricta dirección del tercer marqués de Urquijo, don Estanislao Urquijo Ussía, herederos de una saga vasco-madrileña afecta a los Borbones al punto de que Alfonso XIII lo llamó siempre Estanis, este fiel escudero

⁵³ R. Alcalde, *Barcelona Traction (a la mierda)*, Madrid, EDAF, 2009, pp. 106-107. La carta es parte del acervo que este profesor de Secundaria usó para su tesis doctoral en Economía sobre el caso judicial de la Barcelona Traction que enfrentó al financiero Juan March con el trust SOFINA y cuya confiscación legal por el financiero mallorquín en 1948 suscitó un pleito que acabó en 1971 y vio nacer la empresa FECOSA en 1951.

mantuvo la sagrada tradición –viva hasta el día de hoy– de dar a la Corona paquetes de acciones, generosas dádivas y consejos financieros *sotto voce* a cambio de usar al monarca como conseguidor y relaciones públicas en los negocios de dentro y fuera de España.

Método de alto copete que empezó a rendir grandes frutos con el apoyo económico de los Urquijo al golpe de Sagunto en 1874, final anunciado de la Primera República española e inicio de la restauración de Alfonso XII, bisabuelo de Juan Carlos I, cuyo sistema oligárquico, junto a los cacicazgos políticos de los Urquijo, en la provincia de Álava ante todo, dio a esta saga de prestamistas madrileños, la casa de banca familiar Urquijo y Cía., un rango principal en la financiación y posterior control de la siderurgia, la minería, las navieras, los ferrocarriles y las eléctricas en minoritaria combinatoria con el capital financiero inglés y francés, sobre todo. Con similar recorrido que los Comillas y su *holding* empresarial, pero con perspectivas más ambiciosas de cártel industrial, los Urquijo llegaron a su cenit con la creación de su banco comercial en 1918.

Su primera gran operación a escala global será, sin duda, aquella que Francesc Cambó, el líder regionalista y el autor de las leyes de concentración bancaria en su corta estancia de ocho meses en el Ministerio de Hacienda, preparará mano a mano con el judío más exitoso de Nueva York, Daniel Heineman, cuyo resultado fue la creación de la famosa Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE) con un capital de 120 millones de pesetas y donde los tres hermanos Urquijo Ussía y dos primos muy allegados, Francisco y José Luis Ussía Cubas, tenían parte sustancial de los puestos en el consejo de administración, cuyo primer presidente sería el segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru.

Aquellos relevantes puestos en los consejos de administración de la multinacional SOFINA resultaron ser una fuente regular de tributos y divisas para la economía española durante más de dos décadas pues a efectos fiscales y legales la sede de la CHADE, su filial argentina, estaba en Barcelona aunque los activos estuvieran en Buenos Aires. La aventura de la CHADE como empresa española, ligada al consorcio internacional SOFINA fue, por ello, el

primer gran vínculo entre el capital español y los grandes grupos industriales internacionales. El bautizo del cártel español como hoy lo conocemos. Lógicamente, la entrada de la CHADE –y sus generosas subvenciones– en la Casa de América tuvo consecuencias de largo alcance, tanto para su financiación como para su orientación política y económica.

Como resalta Gabriela Dalla Corte en todos sus *papers*, el trust eléctrico toma el control total de la asociación, que se convirtió en un instrumento a su servicio y al de sus empresas satélite. A partir de 1939, como secuela de la guerra, la CHADE deja de financiar a IDEA-CA, se interrumpe la publicación de la revista *Mercurio* en Barcelona y Madrid, y algunos de sus protectores más activos, Cambó sobre todo, abandonan España para radicarse en sus feudos argentinos. Esta decadencia, combinada con el apoyo del régimen al Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona y a la delegación del Instituto de Cultura Hispánica, defensores ambos de una hispanidad menos comercial, hacen que, en la etapa franquista, la Casa de América se pierda en la nulidad histórica, rehén de un tiempo que ya no parecía el suyo.

En cualquier caso, esta historia de la Casa de América y la CHADE, primer *lobby* empresarial en pro de la reconquista económica de América Latina, quedaría coja, absurda incluso, si nos giramos a ver cómo y de qué forma Argentina se convirtió en el banco de pruebas del embrionario cártel español que tardará aún siete décadas en retomar el asalto de los servicios públicos del continente. Pues en la intrahistoria de este grupo de conquistadores catalanes de 1920 encontraremos las asombrosas claves del actuar de Telefónica, Repsol, Gas Natural y Endesa cuando, décadas después, tomen el control de las empresas paraestatales que el presidente Carlos Menem les fue adjudicando a partir de 1991. Algunas veces el gastado dicho de que la historia se repite se demuestra acertado y exacto. Echémosle un vistazo.

La CHADE, nacida en 1907, tuvo una importancia creciente en el suministro de electricidad de Buenos Aires, afianzando su presencia en el negocio y ampliando su capital de forma permanente.

A mediados de la década de los treinta, la provisión del servicio de electricidad en Argentina estaba controlada básicamente por tres grupos internacionales: ANSEC, una subsidiaria de Electric Bond and Share Co. (EBASCO), vinculada a la Banca Morgan; la propia CHADE (Compañía Hispano Americana de Electricidad), filial de SOFINA (Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles), y su más directa competidora, la CIAE (Compañía Italo Argentina de Electricidad), o *la Ítalo*, controlada por Motor Columbus, una empresa con sede en Suiza pero formada por las elites bonarenses de origen italiano directamente conectadas con el gran capital romano, como Pirelli, combinación de intereses financieros e industriales de aquel país y sus descendientes argentinos, que convertía a sus propietarios en un genuino grupo mixto ítalo-argentino, con el hombre más rico de Buenos Aires, Antonio Devoto, a la cabeza del grupo.

Caso contrario a la CHADE, que actuó siempre como un grupo extranjero enquistado en Argentina, aunque las dos empresas fueran corruptoras naturales y usaran las mismas técnicas de compra de concejales y la CIAE escondiera la importancia del capital suizo y alemán en una compañía presuntamente nacional. Aunque la CHADE, por birloque legal –evitar pagar impuestos al Gobierno republicano durante la Guerra Civil–, se transformó en CADE (Compañía Argentina de Electricidad), los mismos hombres y la misma compañía controlaban el servicio eléctrico en el Gran Buenos Aires y en la región industrial de Rosario, mientras que ANSEC-EBASCO operaba el resto del país. La CHADE y la CIAE eran titulares, norte y sur básicamente, de la concesión del servicio eléctrico de Buenos Aires, debido a contratos de concesión realizados en la primera década del siglo XX. El plazo de la concesión original era de cincuenta años con vencimiento en 1957 y 1962, respectivamente. En condiciones ventajosas, leoninas en exceso.

La concesión original de la CHADE fue obtenida por la CATE (Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad), que, como sabemos, en 1920 había vendido su titularidad a la CHADE, empresa

domiciliada en Barcelona a efectos fiscales para evitar posibles expropiaciones de los aliados en la posguerra europea. Las largas concesiones monopólicas obtenidas por la CATE-CHADE y la CIAE habían generado una multitud de conflictos y quejas contra las empresas, por abusos y ganancias ilícitas, que llegaron a ser debatidos en el ayuntamiento o Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires en 1924, 1927 y 1932. Existiendo un amplio consenso sobre las violaciones y corrupciones generalizadas de este cártel eléctrico, el grupo catalán que asumió el mando director de la CHADE se encargó de que esta situación de expolio y privilegio tuviera siempre el consiguiente respaldo político, y es ahí donde concuerdan las dos reconquistas, la de 1920 y la de 1990.

La historia de este grupo rector catalán y de sus tres prohombres –Rafael Vehils, Andrés Bausili y el jefe de todos, Francesc Cambó– dibuja la hoja de ruta para toda posterior estrategia de asalto económico en América Latina vía el control monopólico de los servicios públicos: proteger la tarifa y la concesión contra todos los enemigos fue la divisa a seguir. Aprovechando, por ejemplo, el armazón de la Cámara Española de Comercio de la República Argentina que formaban básicamente comerciantes al por mayor, el grupo catalán convirtió la Cámara en un eficaz *lobby* para penetrar en el Estado y hacer amigos entre la alta burguesía porteña. Hasta el nacimiento de la CHADE, el escaso desarrollo del capitalismo español no permitía la creación de un poder empresarial hispánico como sí tenían los italianos. Los ensueños del nuevo imperio hispánico en las Américas sólo fueron posibles con la CHADE que inventó la praxis de toda futura multinacional española. Capital internacional bajo gestión, administración y dirección españolas, que Rafael Vehils llevó a su máximo virtuosismo.

Aunque sólo estuvo al mando de la CHADE entre 1932 y 1936, su papel de director de orquesta del cártel español en Argentina sentó cátedra, a veces en la Cámara de Comercio, a veces en la Institución Cultural Española, donde situó a media burguesía porteña, o trabajando a la intelectualidad liberal y antipopulista de Buenos Aires, vía la *sociabilité* de moda, Victoria Ocampo,

mentora de Jorge Luis Borges, entre otros, usando para ello la plataforma de la Editorial Sudamericana, donde incluso incorporó a editores exiliados como Antoni López Llausàs para canalizar inversiones españolas, de todo pelaje político; construyendo, incluso, el fantasmagórico y tentacular American Institute for Social and Economic Research, que desde 1936 calculaba y diseñaba la evolución argentina bajo tutela norteamericana. Y así todas las estrategias de reconquista que desde su juventud tuvo en la cabeza el eficiente secretario de Francesc Cambó, el ubicuo Rafael Vehils, se aplicaron en Buenos Aires con una combinación de tres ejes neoimperialistas: reconquista espiritual (literaria, científica y docente), económica (social, comercial y financiera) y jurídica (gubernamental y parapública).

Servicios editoriales y eléctricos fueron la gran herencia de Vehils y se puede decir que la sistemática penetración de los editores españoles en América Latina toma como molde y ejemplo el patrón que los hombres de la Casa de América y la CHADE generaron en su asalto a la economía argentina. Botón de muestra para un futuro promisorio fue su avanzadilla editorial; la CIAP, o Compañía Iberoamericana de Publicaciones, *holding* barcelonés de varios editores e inversionistas de alto nivel, como los hermanos Bauer, representantes españoles de la casa Rothschild, se creó en 1924 para quebrar la hegemonía atlántica en el mercado del libro latinoamericano y dar un volumen de edición que permitiera crecer a la industria editorial catalana más allá del raquítrico mercado interior. Plataforma global que para 1927 tenía un entramado de editoriales, librerías e imprentas que cubría desde Chile hasta México.

Estrategia paralela a la de otros libreros como Gustavo Gili, la gran editorial del arte y el diseño, o la desaparecida Mundo Latino, que fracasó, tras escandalosa quiebra en 1931, debido a la pésima gestión financiera de la compañía. Pese a todo, el contundente catálogo de la CIAP, una impresionante cartera de librerías, marcas y agendas de lectores fieles que otras editoriales aprovecharon, demostró la viabilidad de estos nuevos mercados. Y abrió el paso, años después, a la segunda oleada de corporaciones edito-

riales españolas que desde 1960 hasta la actualidad dominan en forma directa, caso de Grupo Planeta, Océano o Editorial Santillana, o mediante gestión española, caso del grupo alemán Bertelsmann, los resortes de la edición en toda América Latina. Mejor resumen de aquella primera reconquista española de Argentina, espejo de la actual, son estas páginas de Dalla Corte:

En 1942, el diputado Américo Ghioldi afirmó ante la Comisión de Presupuestos y Hacienda del Congreso argentino que 157 grandes consorcios financieros (que representaban en número sólo al 3 por 100 de las sociedades anónimas del país) concentraban el 53,3 por 100 del capital total de la Argentina. De estos grupos (CIAE, Herlitzka, Bemberg, Bunge y Born, Staudt, Standard Oil, Royal Dutch y Louis Dreyfus y Cía.), la CADE era posiblemente la más fuerte: maneja usinas de electricidad y controla empresas comerciales, industriales y transportes, sociedades inmobiliarias, empresas editoriales, librerías y compañías de electricidad. «¡Maneja desde la luz física a la luz espiritual!» En efecto, la luz física de la CADE se unió a la luz espiritual de la Sudamericana y del American Institute for Social and Economic Research⁵⁴.

Una luz demasiado poderosa que, como un haz infernal, empezó a quemar las entrañas de la sociedad argentina a medida que la presión social y las investigaciones públicas, municipales y parlamentarias, ponían en la picota la madeja de corrupción que se llamó el Caso SOFINA. Dejemos en manos de un equilibrado artículo de Wikipedia la descripción de este asunto canónico en la historia de la corrupción argentina:

El 6 de septiembre de 1930 se produjo un golpe de Estado que derrocó al presidente democrático Hipólito Yrigoyen, dando origen a la llamada *Década infame*. Simultáneamente, el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires fue cerrado y permaneció sin funcionamiento por casi dos años, hasta las cuestionadas elecciones de 1932,

⁵⁴ G. Dalla Corte, *op. cit.*

que impusieron la candidatura del general Agustín P. Justo (1932-1938). Debido a la represión del Gobierno Militar y la proscripción de los candidatos de la Unión Cívica Radical, este partido, obviamente mayoritario, declaró la abstención y no presentó candidaturas en esas elecciones. El panorama político fue controlado entonces por una alianza conservadora denominada Concordancia, integrada por el Partido Demócrata Nacional (PDN), la Unión Cívica Radical Antipersonalista (UCR-A) y el Partido Socialista Independiente (PSI). Como oposición débil se presentaron a elecciones el Partido Socialista y el Partido Demócrata Progresista.

1932: el debate en el Concejo Deliberante

Las elecciones de 1932 reorganizaron al Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. El Concejo Deliberante estaba integrado por 29 concejales: **Oficialismo (15)**: diversos partidos de la Concordancia: UCR-A (Claisse, Mariani, Elena y Vago), PSI (Bescinsky, Di Tella, Rouco Oliva, y Rodríguez), Partido de la Salud Pública (Giacobini, Lemos y Romero), PDN (Carbone, Carbonell, Coni Molina), Partido Popular (Pagés). **Oposición (14)**: 12 eran socialistas (Coca, Comolli, Fiorini, Ghío, González Porcel, Íñigo Carrera, Justo, Marotta, Navas, Rubinstein, Russomano y Zabala Vizcondo), 1 comunista (José Penelón) y el restante demócrata progresista (Julio González Iramain).

Ese primer año los nuevos concejales, luego de dos años sin deliberaciones del organismo, abordaron «desde cero» varias de las cuestiones cruciales, entre ellas las concesiones eléctricas. El tema fue analizado por la Comisión de Servicios Públicos presidida por Germinal Rodríguez, un socialista independiente. Las conclusiones de las investigaciones y dictámenes expusieron graves incumplimientos e irregularidades de las empresas eléctricas, que en algunos casos constituían delitos penales o riesgos a la seguridad pública. Germinal Rodríguez leyó un detallado informe sobre las irregularidades donde entre otras cosas manifestaba:

Las compañías substraerían al público, de acuerdo a las planillas siguientes: CHADE, 32 millones de pesos, en cifras redondas, e Ítalo, 28

millones... Éstos son documentos públicos, constatan verdaderos delitos que es necesario tener una gran dosis de educación para no calificarlos como es debido. Felizmente se está iniciando en el país una obra con la que nosotros debemos colaborar... En Córdoba ya hay un fallo de un juez que aparece en *La Prensa* del 14 de abril de 1932, por el cual se meten presos a todos los representantes de la CHADE.

Sobre esa base se prepararon tres proyectos sancionando severamente a la CHADE y la CIAE, controlando las tarifas, verificando los costos de producción y mandando a investigar las cobranzas indebidas. En octubre de 1933, cuando los proyectos estaban listos para ser tratados, los legisladores oficialistas encabezados por Rodríguez, cambiaron bruscamente de opinión, abandonaron los proyectos elaborados por consenso y los reemplazaron con la creación de una Comisión de Conciliación con las concesionarias, integrada por los decanos de Derecho, Económicas e Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Luego se probaría la apertura en esos días de una caja de seguridad en el City Bank por parte de Germinal Rodríguez y grandes depósitos en su cuenta, así como la intervención del ministro de Hacienda, el también socialista independiente Federico Pinedo para evitar la sanción de los proyectos elaborados.

1933: Comisión Conciliadora y el veto

La comisión de los tres decanos (Clodomiro Zavalía, Mauricio Griffier y Enrique Butty) produciría un dictamen abiertamente favorable a las empresas concesionarias, permitiendo el aumento de la tarifa y legitimando una serie de procederes inseguros e ilegales. Para entonces las empresas habían empezado a intervenir activamente en los poderes públicos, muchas veces a través de sobornos abiertos, para obtener las resoluciones que les convenían. En el texto de un telegrama enviado por la CHADE a su casa central (SOFINA) el 12 de diciembre de 1933, cuando el dictamen de los decanos ya había sido realizado dice:

El informe de la comisión es francamente favorable a la compañía. [...] Si las circunstancias no nos obligan a hacer lo contrario, trataremos de demorar nuestra respuesta oficial hasta después de diciembre 21 para que ustedes y Barcelona puedan telegrafarnos las rectificaciones que consideren indispensables y fundamentales para introducir en el proyecto.

En la sesión del 27 de diciembre de 1933 los concejales de la Concordancia votaron a favor del proyecto, en tanto los socialistas, demócrata progresista y comunista se retiraron. Sin embargo sorpresivamente el 10 de enero de 1934 el intendente Mariano de Vedia y Mitre vetó la ordenanza de conciliación, poniendo al descubierto las graves irregularidades que contenía y la violación a los términos de las concesiones. El veto produjo un enorme desprestigio de la Universidad de Buenos Aires pero luego se descubrió que era parte de la maniobra de corrupción realizada por las empresas. La realidad fue que la casa central de la CHADE, SOFINA, consideró que, atendiendo al hecho de que las autoridades habían sido sobornadas, era posible avanzar todavía más garantizando los intereses de la empresa cuando la concesión venciera en 1957. El intercambio telegráfico entre la casa central y su subsidiaria en Buenos Aires es muy claro:

Telegrama de SOFINA a CHADE, 22-Dic-1933. *Lamentamos que el proyecto del artículo no tenga en cuenta varias de las observaciones... Nos parece indispensable obtener la autorización para CHADE-Buenos Aires de utilizar el territorio municipal después de 1957...*

Telegrama de CHADE a SOFINA, 22-Dic-1933. *Lo que ustedes piden significa pues, obtener una nueva concesión que deberá empezar después de 1957, lo que no podrá negociarse antes del año próximo.*

Telegrama de CHADE a SOFINA, 22-Dic-1933. *Si ustedes desean que el convenio no sea aprobado, tienen absolutamente que evitar que sea CHADE quien lo rechace.*

Sin embargo, el resultado no fue el esperado por la CHADE-SOFINA, porque los términos de la concesión establecían que en caso de no arribarse a una conciliación debía recurrirse a un arbitraje, y adicionalmente, en las elecciones de marzo de 1934, el oficialismo perdió su exigua minoría.

1934: arbitraje

Ante el fracaso de la conciliación, los términos de la concesión establecían que se debía formar un tribunal arbitral. El mismo fue integrado por Agustín N. Matienzo, Carlos M. Mayer y Alberto E. Uriburu y se pronunció el 27 de junio de 1934, con un laudo que daba la razón a la Ciudad de Buenos Aires en ocho de las once cuestiones en litigio. Fundamentalmente el laudo estableció que la CHADE había establecido tarifas indebidas a los comerciantes e industriales, en los últimos diez años, lo que sumaba una enorme suma de aproximadamente 87 millones de pesos que debía ser devuelta a los usuarios. De todos modos la CHADE utilizó diversas argucias para no cumplir el fallo, muchas de ellas evidentemente relacionadas con la corrupción, como decenas de prescripciones por demora de los tribunales y las apelaciones de la empresa a la Corte Suprema, firmadas por el decano de Derecho de la UBA, Clodomiro Zavalía, el mismo que había integrado la Comisión de Conciliación.

1936: la prórroga de las concesiones

En 1935 la Unión Cívica Radical levantó la abstención y decidió participar en las elecciones, ganando en la Capital Federal al año siguiente. Ello modificó completamente la composición del Concejo Deliberante: **Oficialismo (4)**: dos radicales antipersonalistas, 1 socialista independiente y 1 conservador. **Oposición (25)**: 13 radicales y 12 socialistas. Esa mayoría le permitía incluso superar el veto del intendente. Ese mismo año la CHADE se «*argentinizó*», debido a los riesgos que generaba la Guerra Civil Española, trasladando su sede de Barcelona a Buenos Aires y adoptando el nombre de CADE (Compañía Argentina de Electricidad). El 20 de junio de 1936 viajó a la Argentina Daniel Heine-

man, presidente de SOFINA. El objetivo exclusivo del viaje era realizar reuniones del más alto nivel con el fin de sobornar a los políticos clave que pudieran garantizar la renovación de las concesiones para la CHADE-CADE en las condiciones más favorables. Está probado que Heine- man sobornó al entonces ministro de Hacienda y futuro presidente Roberto Ortiz y al jefe de la oposición, el presidente de la Unión Cívica Radical y ex presidente de la Nación Marcelo T. de Alvear.

El 8 de octubre de 1936 la CHADE-CADE presentó una propuesta al Concejo Deliberante para extender la concesión veinticinco años más (desde 1957), con opción a otros veinticinco y dejar sin efecto las cláusulas que no había cumplido. Pocos días después la CIAE (Ítalo) presentó una propuesta similar, evidentemente acordada con la CHADE. El tratamiento fue escandaloso. El 6 de noviembre el bloque de la UCR presenta los dos proyectos. Ese mismo día fueron tratados en la Comisión de Servicios Públicos, con la participación personal de los señores Vehils y Nürberg, altos ejecutivos de la CHADE. En protesta los socialistas se retiraron de la comisión. El soborno de los concejales radicales era tan evidente que se solía denominarlos como «*los chadistas*». En una carta de José L. Cantilo a Marcelo T. de Alvear, aquél dice:

Saguiet vino a decirme que el asunto de la electricidad era un escándalo al cual había que ponerle término; que era voz corriente que todos los concejales habían sido comprados.

Los sectores más progresistas y honestos de la Unión Cívica Radical intentaron abortar el negociado ordenando a los concejales radicales retirar el proyecto. Entre ellos se destacó un joven de veintiocho años aún desconocido, Arturo Frondizi. Alvear, que debía enfrentar el financiamiento de su candidatura a presidente del año siguiente, inter- vino personalmente para neutralizar al partido. El historiador radical Félix Luna cuenta que en uno de los acalorados debates sobre la CHADE-CADE de aquellos días Alvear estalló frente a Frondizi:

¿Quién me va a dar el dinero que necesitaré para gobernar? ¿Usted me lo va a dar, acaso?

Finalmente, el 29 de diciembre de 1936 se aprobaron las ordenanzas 8028 y 8029 estableciendo las prórrogas de las concesiones para la CHADE-CADE y la Ítalo. El escándalo de la CHADE, no fue el único de una era que mereció inmediatamente el nombre de «*década infame*», pero fue el paradigma. En 1941 el Comité Nacional de la UCR intentó crear una comisión que investigara los delitos cometidos por miembros del radicalismo en el negociado de la CHADE-CADE, pero Alvear bloqueó la iniciativa con el argumento de que «*se está exagerando los vicios del sistema democrático*». Poco después, cuando la Cámara de Diputados de la Nación creó una comisión con el mismo objeto, «*presionó a su presidente, el Dr. Emilio Ravignani para que la conducta de los concejales implicados no quedara descubierta*».

El informe Rodríguez Conde

Una de las primeras medidas tomadas por el general Pedro Pablo Ramírez luego de derrocar al presidente Ramón Castillo el 4 de junio de 1943 y asumir el gobierno el 7 de junio, fue crear una comisión investigadora de los pormenores de la prórroga de las concesiones eléctricas en 1936. La comisión fue puesta bajo la dirección del coronel Matías Rodríguez Conde y estaba integrada también por el ingeniero Juan Sábato (hermano del escritor y futuro miembro del grupo íntimo de Raúl Alfonsín) y el abogado Juan P. Oliver. La comisión entrevistó a la mayor parte de los involucrados y obtuvo documentación crucial para develar los mecanismos internos de la corrupción, como el intercambio telegráfico interno de las empresas. El 27 de mayo de 1944 la comisión terminó su trabajo realizando un informe y proponiendo dos decretos para retirar a la CADE su personería jurídica, anulando las prórrogas y reduciendo las tarifas. Sin embargo, el informe no fue publicado sino hasta 1956 y los proyectos no fueron siquiera tratados por decisión del vicepresidente Juan D. Perón⁵⁵.

⁵⁵ Disponible en web: http://es.wikipedia.org/wiki/Escándalo_de_la_CHADE.

Uno de los días más aciagos de la «Década Infame» fue el 8 de noviembre de 1936, cuando la Comisión de Servicios Públicos da luz verde a la prórroga de concesiones para la CADE y la Ítalo, el duopolio eléctrico de Buenos Aires. Rafael Vehils, el primer operador de Francesc Cambó, presidente de la compañía, corona con éxito su estrategia de compra de voluntades. Todo lógico a fin de cuentas. Como resalta Gabriela Dalla Corte, Rafael Vehils «estaba encargado de las negociaciones con la Municipalidad de Buenos Aires y era públicamente conocido como subordinado de Heineman y Cambó»⁵⁶.

En los sobornos de la CADE, la intervención de Vehils fue clave porque él organizó desde Buenos Aires todos los aspectos de esta trama según el guión habilitado por Bruselas y Barcelona. Remarca Dalla Corte ciertos hechos previos a la gran *mordida* de noviembre de 1936: «Cuando Alvear volvió a Buenos Aires, se entrevistó en dos oportunidades con Rafael Vehils. Además de utilizar el periódico ilustrado *Ahora* para proteger a la CHADE, Alvear solicitó a sus concejales “no combatir el capital privado, para no crear una situación de xenofobia en un país como el nuestro que tenía necesidad de auxilio económico del exterior”»⁵⁷.

La historia ya juzgó y condenó a los hombres de la CHADE, la pequeña hermandad catalana que se encargó de corromper a toda la clase política argentina, tanto del Gobierno como de la oposición, pero se ha destacado menos el control que esta *clique* desarrolló sobre los acelerados eventos de aquellos tiempos y el ascenso del peronismo, que, por su vocación estadista y desarrollista, aparecía como el peor enemigo de las redes financieras extranjeras.

La realidad es que los nuevos conquistadores le tomaron la temperatura a la revolución política en marcha para evitar la temida palabra: nacionalización de los servicios públicos. Como vicepresidente de Argentina, Juan D. Perón fue conectado por

⁵⁶ G. Dalla Corte, *op. cit.*

⁵⁷ *Ibidem.*

Andrés Bausili, gerente general de la CADE, quien vivía en el mismo edificio de la calle Posadas, en Buenos Aires, y con todas las artimañas de rigor usó, previo pago, al coronel Perón para convencer al presidente Farrell de que no expropiara esta popular compañía energética. Después se supo que, a cambio de financiar su campaña a la presidencia y retirar de circulación el famoso Informe Rodríguez Conde sobre las prácticas engañosas de la CADE, Perón excluyó de su política nacionalista a este trust internacional, malla de protección que funcionaba también gracias a la labor de un ex funcionario de la CHADE, el barcelonés José Figuerola.

Este antiguo asesor de la dictadura primorriverista, rescatado del ostracismo parisino por Cambó y enviado a la sede bonarense de la CHADE, se convirtió, gracias a sus conocimientos de legislación laboral y sus métodos corporativistas, en funcionario importante y llegó a convencer a Perón de implementar un Estado fuerte en materia laboral. Siguiendo sus consejos, el caudillo argentino convirtió la Secretaría de Trabajo y Previsión en una plataforma para el control hegemónico del proletariado urbano del Gran Buenos Aires, usado como granero electoral y arma de presión ante la burguesía porteña. Inmenso favor que Figuerola convirtió en un elemento de influencia para los hombres de Cambó, que así evitaron toda tentación expropiadora.

La historia de la CADE y sus secuelas, contada como lo que fue —el antecedente de las grandes privatizaciones de la era Menem y la primera reconquista hispano-corporativa de Argentina—, han sido olvidadas incluso en Argentina y cuesta encontrar piezas que cuenten esta historia tan circular y similar. Aunque a veces incluso en periódicos ultramontanos, como el porteño *La Nación*, aparecen pequeños artículos que cuentan el triste final de este cuento eléctrico:

Así, durante el gobierno de Perón, la CADE y la CIAE nunca serán molestadas; por lo contrario, como no mejoran ni acrecientan el servicio, el Gobierno impone a los usuarios, desde la «racionaliza-

ción del consumo», en 1949, sucesivas dietas eléctricas anuales, que ellos mismos –la industria, el comercio, los hogares– deben observar bajo la amenaza de penas que van desde el apercibimiento hasta el corte definitivo, y que transforman a Buenos Aires y sus afueras, al caer la tarde, en un vasto espacio urbano mortecino y desolado.

Las autoridades culpan al «derroche de energía», pero sólo hay derroche de atraso, que se traduce, en 1955, en un déficit de 300.000 kW para la Capital y el Gran Buenos Aires. En 1949-1954, la producción de electricidad aumentó en la Argentina un 26 por 100, contra el 50 por ciento de México, Canadá, España y Francia, y el 75 por 100 de Alemania Federal, Gran Bretaña y los Estados Unidos (Junta Consultiva Nacional, I, p. 593).

La Revolución libertadora hace la luz en 1957, al revocar las ordenanzas 8028 y 8029 e intervenir en la CADE, cuya operación vencerá a fines de ese año, para nacionalizarla. Requerida por la CADE, la justicia detiene el proceso; le toca reanudarlo al Gobierno de Arturo Frondizi, que forma la empresa nacional Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires (Segba).

Constituida el 31-10-58, su único objeto es adquirir por el Estado, a precio exorbitante, los bienes de la CADE y su subsidiaria CEP (Compañía de Electricidad de la Provincia de Buenos Aires Limited), que debieron revertirle sin cargo. Salvada la CADE con el asesoramiento de Federico Pinedo, Frondizi socorre a la CIAE en 1961, extendiendo su operación sine día por contrato. El Gobierno de Arturo Illia se ve obligado a sancionar a la CIAE, en 1964, por sus ineficiencias, pero el régimen militar ha de apoyarla, en 1967.

Casi una década después, en 1976, el Gobierno de María Estela Martínez interviene en la Ítalo para proceder a su «argentinización», ante la furia del directorio. Se lo impide el golpe del 24 de marzo. Sin embargo, será la dictadura surgida de él la que ha de hacerlo: a pesar de su proclamado ejercicio de la «subsidiaridad del Estado», opta por la subsidiaridad de la CIAE y adquiere sus bienes, a precio obviamente astronómico, en 1978, para después incorporarlos a Segba, cuyo presidente, un oficial de la Armada, los describe entonces como «un montón de cables viejos».

Pero los sucesores de aquellos antiestadistas que estatizaron la producción y el suministro de energía eléctrica, en 1958 y 1978, para beneficiar a la antigua iniciativa particular han de privatizarla en favor de la nueva. Segba es dividida en cuatro sociedades generadoras y tres distribuidoras: Edenor y Edesur (31-8-92) y Edelap (18-12-92). Los precios, esta vez, no fueron abusivos: el Estado, a la hora de vender sus propiedades, es tan magnánimo como a la hora de comprarlas. De ahí, quizá, el maxiapagón del 15 al 26 de febrero, en vísperas del tercer milenio⁵⁸.

Hemos visto hasta ahora lo que supuso la plataforma argentina para los negocios españoles, pero curiosamente esta historia repetida coincide con el apagón que dejó a oscuras a medio millón de porteños en febrero de 1999. En el mismo año que la privatizada Endesa toma el control de Edesur, el grupo chileno que se quedó con la mitad del suministro eléctrico de Buenos Aires en 1992. Fase final del desembarco corporativo español que, a caballo de otra década infame, recorre las mismas vías de la reconquista inicial de la CHADE y el grupo de amigos de Francesc Cambó. Cosas veredes y sospechosas, que contaremos más adelante. Porque, antes de pasar a la nueva reconquista, conviene detenerse en el momento cumbre de la primera reconquista: la dictadura de Primo de Rivera y los fastos de 1929.

* * *

Cuando el general Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, se convirtió en jefe del directorio militar en septiembre de 1923, el panhispanismo mercantil que engendró el *think tank* del regionalismo catalán –los equipos político-corporativos de Francesc Cambó– estaba ya funcionando gracias al abundante maná dinero de la multinacional energética CHADE, con sede en Barcelona.

⁵⁸ R. de Casabellas, «Una historia de corriente continua», *La Nación*, 16 de marzo de 1999.

Simultáneamente, todos los grandes ejes culturales, religiosos y económicos del proyecto de reconquista española sobre el continente americano marchaban sobre sus rieles. Varios puntos, no siempre coincidentes, encadenaban una lógica neoimperial y, aunque entre los historiadores se señala el elemento católico, conservador y prefranquista –el modelo del hispanismo conservador– en la política exterior de la dictadura primorriverista, una vez más cabe acordar, con el historiador Isidro Sepúlveda Muñoz, que todas las redes actuaron al unísono, solapando contradicciones.

Las versiones laicas, comerciales y mercantilistas que se manejaban desde Barcelona encajaron perfectamente en la proyección mundial de España que manejaba a la vez la modernidad industrial y financiera de los años veinte con la tradicional potencia cultural que la Madre Patria tenía sobre las elites criollas de América. Siguiendo el rearme católico mundial que empezó el papa León XIII a finales del siglo XIX para disputar el mundo del trabajo al emergente socialismo, la Acción Católica desplegó sus tentáculos por todo el continente americano de forma que la mezcla de movimiento social y elites tecnocráticas para la conquista del Estado produjo una coalición de intereses entre la monarquía española y el mundo católico que Alfonso XIII encarnó a la perfección.

Mediante las órdenes religiosas y los sacerdotes seculares, España sostuvo un patronato real indirecto sobre las posesiones americanas que el Vaticano siempre respetó como territorio exclusivo de España. Algo tan evidente que, hasta 1968, la factoría eclesiástica ibérica mandaba a América una ingente cantidad de jóvenes clérigos formando, de Arizona hasta Chile, un tupido enjambre de fieles defensores del orden hispánico que amamantaban a las clases medias americanas en las escuelas de jesuitas o maristas, junto a tantas otras, en base a la unión espiritual con la Madre Patria, defensa cultural y casi mística de este lazo intangible, o alma de la hispanidad. Era el dogma del nacimiento católico de América, o el maravilloso hecho de que España trajo la luz del cristianismo a tierras salvajes y creó el pensamiento y la cultura

del nuevo continente, por lo cual los lazos con España serían, además de imborrables, intocables y sagrados porque todos seríamos hermanos de sangre y de fe o hijos de una misma madre.

Este flujo permanente de sacerdotes, obispos y monjas españoles hacia las Américas fue parte espontánea, natural casi, de las redes de la hispanidad y no ha obtenido de la historiografía la atención precisa para desentrañar su real influencia e incardinación en el paniberismo. Y no es para nada un elemento menor, ya que el franquismo, en su política hacia América Latina, tan parecida a las anteriores, sistematizó estas redes misioneras a través de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana (OCSHA). Ya no se trataba sólo de revistas y boletines *cost to cost*, sino de algo mucho más ambicioso. La pléyade de seminarios y noviciados repletos de postulantes eran, en 1949, la marca del franquismo triunfal, y la Conferencia de Metropolitanos decidió, en comunión con el Estado español, invertir sus excedentes de futuros curas en el Nuevo Mundo. Magna operación de reclutamiento de sacerdotes recién *licenciados* para las Américas con contratos renovables de cinco años que contaban con el apoyo del parapúblico Instituto de Cultura Hispánica, heredero de los proyectos expansionistas de la Casa de América, así como de los ministros clericales del régimen, como el todopoderoso Alberto Martín Artajo, canciller de España.

Según subraya el apologista católico Ricardo de la Cierva, «Franco se manifestó varias veces encantado con la iniciativa, aunque la OCSHA no tuvo jamás una dimensión política»⁵⁹. Esta *nueva evangelización*, respaldada por Pío XII, los grandes seminarios y las universidades de España, como Comillas y Salamanca, semillero del hispanismo latinoamericano y sus redes de ultraderecha, así como por la orden de los jesuitas, fue «toda una anticipación» justo «cuando el marxismo expansivo estaba ya planeando estratégicamente la invasión de Iberoamérica», de tal forma

⁵⁹ R. de la Cierva, *La hoz y la cruz. Auge y caída del marxismo y la teología de la liberación*, Madrid, Fénix, 1996, pp. 199-201.

que la OCSHA, «junto al Instituto de Cultura Hispánica, mantuvo su ritmo de expansión en América, trató de saltar a Filipinas y atendió a las promociones de estudiantes ibeoramericanos que acudían a estudiar a España, de donde saltaron a posiciones de gran influencia social y política al regresar a sus países»⁶⁰.

Casi 800 sacerdotes diocesanos que se desparraman por todo el Nuevo Mundo y que, según el propio De la Cierva, no sucumbieron tan agudamente a los cantos redentoristas de la Teología de la Liberación, pues sus mayores contingentes, centrados en Argentina, Venezuela y Colombia, siempre fueron «ajenos al ideal revolucionario de otras partes» y sus promociones en Cuba fueron expulsadas en 1960 por obvias actividades antirrevolucionarias. Botón de muestra de unos puentes de ida y vuelta donde se entremezclan los inicios ibéricos de los Legionarios de Cristo y la protección que los círculos jesuíticos del Estado franquista dieron al sacerdote mexicano Marcial Maciel en la convicción de que sus lealtades al caudillo y a la Madre Patria eran más importantes que las desviaciones sexuales y adictivas del joven visionario de Michoacán. Ninguna historia de la reconquista española queda completa sin un estudio detallado de esta triple influencia religiosa, cultural y política que traía el sello de la Madre Patria y sostuvo, cuando faltaba el Estado, el impulso imperial que, en abiertas o tortuosas formas, ha estado siempre presente en las proyecciones españolas sobre América Latina.

Inevitable ejemplo es la secular teorización de la raza latina y la fiesta del 12 de octubre, que para 1930 ya se había institucionalizado en toda América, demostrando que los Gobiernos eran casi siempre sensibles a esta mítica narración de los orígenes. Corriente real, siempre presente, antes y después de toda reconquista económica, que la Iglesia expresó con toda franqueza, tal como refleja el cardenal arzobispo de Burgos, Juan Belloch. Sus apoteósicas visitas a Argentina y Chile demostraron la popularidad del discurso nacional-católico y su natural conexión con las elites la-

⁶⁰ *Ibidem*, p. 200.

tinoamericanas, cuyos podridos liberales de raíz masónica enviaban a sus hijos a los padres y sus hijas a las monjas.

El doble discurso antibolchevique y antiyanqui de la época cuadraba con el edificio conceptual del catolicismo romano y su natural aliado, la España de Alfonso XIII, que, como decía el mismo rey en sus memorias de exilio, dejaba a EEUU la tarea de garantizar la paz y la riqueza de las oligarquías criollas de América Latina y permitía que las castas dominantes de España ejercieran una misión tutelar, cultural y religiosa, que, según la certera convicción del abuelo de Juan Carlos I, daría buenos réditos más tarde que temprano. La Iglesia, pues, fue y sigue siendo elemento central en los juegos de legitimación de España sobre sus antiguas posesiones. Algo que el obispo Belloch dijo sin tapujos en sus apostólicas visitas al Cono Sur:

El clero hispanoamericano debe, por consiguiente, intervenir y trabajar para que se lleve a efecto la unión de España y América, y no solamente por interés propio y por conveniencia de las nacionalidades a que pertenece, sino por el bien de la misma religión católica y por la necesidad imperiosa del orden internacional⁶¹.

Natural era que el monarca y su valedor, el católico dictador jerezano, fueran recibidos por el santísimo padre en noviembre de 1923, en un juego de espejos con Víctor Manuel III y Mussolini. Parte de la ofensiva católica mundial, con guiños al naciente fascismo, que el rey de España armó ante la prensa internacional ofreciendo su país para levantar «una cruzada contra los enemigos de nuestra sacrosanta religión» y poner en solfa la vocación explícita de convertir a España en el portavoz europeo del bloque de naciones hispanoamericanas, antecedente fascistoide pero natural de la cumbre anual iberoamericana que se celebró por primera vez en 1991.

Promesa de rectoría hispánica que se aplicó a carta cabal durante la dictadura de Primo. El culto al Sagrado Corazón de Jesús,

⁶¹ I. Sepúlveda Muñoz, *op. cit.*, p. 105.

por ejemplo, que, impulsado por Alfonso XIII, seguía el dictado jesuítico de galvanizar el catolicismo en clave apocalíptica y mesiánica, en estado de perpetua preparación para el combate contra el socialismo ateo. Superstición con peculiar sabor ibérico desde que un joven postulante, Bernardo de Hoyos, tuvo en 1733 una aparición donde el propio Mesías le revelaba esas palabras usadas en todas las insurrecciones internas hasta la Guerra Civil: «Reinaré en España, y con más veneración que en muchas otras partes». El culto a Cristo Rey había sido recompuesto en 1860 por el jesuita francés Henri Ramière, quien creía que el triunfo de la Revolución francesa podía ser neutralizado con un compromiso político dirigido a la construcción del «reino social de Cristo». Respuesta directa a una revolución que, según su peculiar teología, había negado a Dios y destronado a Cristo para proclamar los derechos del hombre, en contra del verdadero Rey de Reyes.

Esta teología armada de Cristo Rey nació, pues, para justificar la intervención de los creyentes en el ámbito temporal e inspiró el nacimiento de las obras sociales y de los movimientos políticos del catolicismo en el siglo XIX, cuya base espiritual fue el «Apostolado de la Oración», una verdadera red internacional jesuita para articular el poder católico y sus alianzas y estrategias antimasonicas y antisocialistas. Tras el órdago papal de León XIII, la *Rerum novarum*, en 1891, el empuje de la hispanidad y los movimientos sociales de la reacción se combinaron perfectamente para alcanzar una renacida influencia española en el mundo católico hispanoamericano.

Ofensiva global que generó la peculiar iconografía de la reconquista interna de España –preludio del golpe franquista–, de la cual emanaba también la doctrina de la reconquista espiritual de América. Por ello y para ello se erigió uno de los monumentos más emblemáticos de esta contraofensiva católica, el Cerro de los Ángeles, en el centro geográfico de la península Ibérica, en Getafe, a pocos kilómetros de Madrid, donde Alfonso XIII inauguró el 30 de mayo de 1919 la gran cruz que personificaba la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, operación que tuvo sus inmediatas

clonaciones en toda la geografía americana. Justo un año después, la Acción Católica mexicana, en plena espiral de confrontación con la república posrevolucionaria, intentaba construir su propio Cerro del Cubilete, en el integrista estado de Guanajuato, para reclamar el patronazgo de Cristo Rey sobre tierra mexicana.

Patrón de guerra cultural que los insurrectos cristeros revistieron con un peculiar objeto, el famoso *Detente* o escudo del Sagrado Corazón de Jesús, pequeño escapulario con el corazón del Salvador ardiendo entre alambres, exitoso producto sobrenatural que copiaron los requetés carlistas en 1936 con el mismo añadido de «Detente, bala», que, según los fanáticos que la llevaban puesta, evitaba la muerte en batalla. Labores de panhispanismo militante se realizaron a gran escala desde la revista de los agustinos *España y América*, así como en otros boletines que regeneraron la red informativa y cultural de Madrid en el nuevo continente y revitalizaron el conflicto con el liberalismo, segmento apoyado por varias instituciones supuestamente neutras como las Damas de San Vicente de Paúl o los Caballeros de Colón que, para el plano de la caridad o la sociedad civil, fueron bazas permanentes de la españolidad en tierra americana. Una *liaison* completa que llega, como vimos, hasta el teórico preferido de Pinochet, Jaime Guzmán, o se refleja fácilmente en las simpatías hispanistas del PAN en México, que, tras su acceso al poder político en el año 2000, ha dado siempre un trato preferente al cártel español tanto por su bagaje religioso como por sus afinidades morales con el mundo conservador español.

Pero éstos no son elementos definitorios porque, dentro de la simulación, la doble moral y el cinismo heredados del siglo XIX, el aspecto religioso no fue el único elemento que permitió a España posicionarse como el árbitro supremo y paternal de las repúblicas americanas. La dictadura de Primo de Rivera definió una ambiciosa política cultural que al final concretaba los anhelos del patriarca Rafael Altamira gracias a la obra del diplomático José Antonio Sangróniz, cuyo memorándum al Ministerio de Asuntos Exteriores en 1925 definió la cultura como «una nece-

sidad política» que debía basarse en el aprovechamiento de las capacidades de varios sectores potentes, que incluían desde las órdenes religiosas hasta la industria editorial, cuna de un hispanoamericanismo que la dictadura profesionalizó y subvencionó a gran escala y cuyo mayor éxito fue «el paulatino acercamiento de las posiciones personales de americanistas liberales demócratas a la política primorriverista hacia América, especialmente en el trienio 1926-1929»⁶².

* * *

Desde el publicitado viaje transatlántico del avión *Plus Ultra* en 1926, que abrió las rutas aéreas entre España y América, hasta un sinnúmero de congresos internacionales en Madrid y Barcelona, así como una batería completa de eventos –exposiciones artísticas en las principales capitales del Nuevo Mundo, acuerdos de intercambio académico, mediaciones jurídicas, tratados comerciales y enlaces radiotelegráficos–, se marcó todo un empuje ascendente, merced a una sociedad mixta entre el Estado y la burguesía, para recuperar mediante el panhispanismo los mercados latinoamericanos, operación que culminó con atronador éxito en mayo de 1929, fecha de inauguración de la Exposición Universal de Barcelona y la Exposición Iberoamericana de Sevilla, soberbias demostraciones del poderío económico e industrial de la dictadura corporativa para apantallar, en el caso catalán, a los socios europeos y magna demostración de la tutoría ibérica sobre las repúblicas americanas que en los grandes pabellones sevillanos compartían los espacios cedidos por España.

Se visualizaba así, por la vía de la pleitesía de las embajadas y delegaciones latinoamericanas, el papel superior de la Madre Patria en esta comunidad hispanoamericana que por un rato parecía hacer realidad la reconquista espiritual de España. Como señala acertadamente Mauricio Tenorio sobre los pabellones iberoame-

⁶² *Ibidem*, p. 121.

ricos de Sevilla, «la metáfora favorita era la imagen de la madre piadosa que recibe la visita de sus hijas pródigas, sin resentimientos, sin rencores, sin culpas, mas todas unidas cálidamente en el abrazo del espíritu hispánico»⁶³. Pero fracasó el esfuerzo de convertir Sevilla en el eje cultural de la hispanidad y diseñar una ciudad moderna y funcional. Ni hubo alud de turistas ni el esfuerzo económico fue más que un programa gubernamental de obras públicas, intenso en trabajo temporal, que concluyó con una colosal deuda municipal azuzada por la posterior crisis mundial.

La reducida dimensión de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, centrada sólo en el antiguo espacio colonial y sin la impronta industrial de su homóloga catalana, no opaca, pese a todo, la verdadera tramoya neoimperialista del magno evento, pues de forma nada casual se mezclaron los recintos iberoamericanos con las exposiciones coloniales en base a las posesiones marroquíes y guineanas del Estado español en territorio africano. En medio de la retórica de la hermandad latina, repleta de cabalgatas alegóricas de la raza hispanoamericana, exposiciones de ganadería y hasta un parque de atracciones, la fusión de una muestra colonial y una exposición de América y Portugal denota el papel subordinado y secundario del magma iberoamericano equiparando por equívocas vías el colonial pasado de América y el presente colonial de África:

Por supuesto, este deseo de vincular la política colonial de España en África con las relaciones internacionales entre el Reino de España y las repúblicas hispanoamericanas no deja de resultar chocante, contradictorio e incluso extemporáneo, ya que ambos procesos habrían de encauzarse en buena lógica por derroteros no sólo muy diferentes sino decididamente antagónicos⁶⁴.

⁶³ Ó. Mazín Gómez, «México en el mundo hispánico», *El colegio de Michoacán AC* (2000), p. 125.

⁶⁴ L. Á. Sánchez Gómez, «África en Sevilla: la exhibición colonial de la exposición iberoamericana de 1929», *Hispania, Revista española de historia* LXVI, 224, pp. 1045-1082.

La escasa enjundia económica del Protectorado marroquí, zona montañosa y árida, sin grandes negocios a la vista, obligaba a usar la semántica de la comunidad espiritual hispano-africana, «muy cercana, al menos en teoría, a la que en el pasado se había proyectado en tierras americanas», todo lo cual explica por qué la exposición sevillana se estructuró bajo «un modelo trinitario sustentado en la presencia de las provincias españolas, las repúblicas americanas y las colonias hispanas de África»⁶⁵. Bochornoso y colorido espectáculo con cánticos tribales guineanos y un barrio moro para recrear el exotismo oriental que se complementaba con los vistosos pabellones iberoamericanos que abrazaban en sus decoraciones el camino de admiración y reverencia a la Madre Patria que, a punto de la devaluación monetaria y el *crack* de septiembre de 1929, enseñaba al universo las ganancias del orden y el progreso dictatorial.

Aunque la llave de la futura reconquista de América Latina no estaba en la retórica muestra hispalense sino en Barcelona, donde la inauguración de la Exposición Universal de 1929 sí certificó el auge absoluto de las dos sociedades multinacionales de gestión española, la CHADE argentina y su gemela catalana, la Barcelona Traction, cuyos consejeros, aglutinados bajo las alas del *padrino* del regionalismo financiero, Francesc Cambó, elaboraron un verdadero proyecto de exaltación empresarial, remodelación urbanística y negocio inmobiliario cuyo colosal impacto dejó una huella indeleble y marcó la ruta de futuras operaciones mixtas público-privadas propias del modelo español de negocios, como fueron los Juegos Olímpicos de 1992.

* * *

Aquel proyecto de exposición universal coronó el primer proyecto corporativo ibérico, toda una noción de imperio mercantil creado desde Cataluña, dispuesta a entrar en su fase acelerada de expansión iberoamericana en la línea de acción que sus promoto-

⁶⁵ *Ibidem.*

res idearon desde el desastre de 1898. Sólido concepto que se vio paralizado por la crisis mundial de 1929, la Guerra Civil y la autarquía franquista, aunque el impulso se retoma en los fastos olímpicos de 1992, cuyo plan de negocios es diseñado por un grupo monopolista de servicios públicos, La Caixa, que, mediante su telaraña de participadas –energía (Repsol-Gas Natural), inmuebles (Incosa, o Inmobiliaria Colonial), aguas (Agbar) e infraestructuras (Acesa, futura Abertis)–, apoya el montaje olímpico cual celebración de la ruta mundial que estaban empezando las multinacionales españolas. La Caixa sigue, de esa forma, los pasos del *holding* energético que gestionó Francesc Cambó y su liga político-empresarial a principios del siglo XX.

En plata, la Exposición de 1929 fue la primera estrategia exitosa del cártel español en clave internacional buscando un triple beneficio: sacar partido de las obras públicas, la especulación urbanística y los monopolios privados de servicios públicos, usando como palanca una élite de buenas familias que, mediante una intrincada madeja de intereses cruzados, decide exhibir su papel hegemónico en el orden interno y ante sus socios extranjeros. Igual que en las Olimpiadas de Barcelona, en la Exposición Universal los juegos de poder se repiten bajo la misma fórmula, sólo que esta vez, a las puertas del siglo XXI, y sin sorpresas mayúsculas, el paso siguiente, la reconquista económica de América Latina, llega a buen puerto y según los planes largamente previstos. Tan obvios paralelismos entre los dos magnos acontecimientos fueron narrados, con maestría, por un economista formado aún en la tradición marxista, conocedor profundo de los entresijos de la burguesía catalana, Francesc Roca:

El resultado final, en lo que respecta al espacio, radica en la definición, o redefinición, de cuatro áreas olímpicas. De hecho, el área principal, la de Montjuïc, es el área definida como gran opción en 1914 por los artífices de lo que acabaría siendo la Expo de 1929. Se trata, pues, de volver a disfrutar de los equipamientos al aire libre (o cubiertos) de la montaña de Montjuïc. Una zona donde, además, se han ido localizando grandes complejos culturales, comerciales y lúdicos.

El área de la Villa Olímpica se localiza al lado de lo que fue el espacio destinado a la Exposición de 1888. Por lo tanto, también aquí se ha tenido en cuenta el referente histórico. O, si se prefiere, la obsolescencia de las instalaciones industriales de lo que fue el «Manchester catalán» abre el paso a una operación de cambio de uso del suelo beneficiosa sin duda para sus propietarios. Ahora bien: la reutilización de fábricas y almacenes en la línea de lo que se hace en Ámsterdam, Londres, Nueva York –la multisala de conciertos Zeleste sería un buen ejemplo de ello–, hubiera sido, posiblemente, más interesante culturalmente, más útil socialmente y más eficaz políticamente.

Si nos fijáramos únicamente en las dos áreas principales, podríamos afirmar que la Barcelona del 92 no ha cambiado, que continúa siendo la ciudad que se organiza entre Montjuïc y la Ciutadella. El área de la Diagonal se basa estrictamente (excluyendo el Pabellón de Hospitalet) en el uso de unos equipamientos privados en torno a la avenida, que consolida su prestigio social en los años cincuenta.

La gran novedad es, entonces, el área de la Vall d'Hebron. El área donde ha sido mayor el esfuerzo por combinar medio natural (un valle entre la sierra de Collserola y Tres Turons), medio histórico (el Laberinto de Horta, las masías), especialización hospitalaria, vanguardia política (centros y ateneos de Nou Barris, de la Teixonera, de Montbau, del Hospital de la Vall d'Hebron) y lucha contra un espectro muy amplio de marginación social. No obstante, la Vall d'Hebron no es el único reducto de la nueva pobreza. Dentro y fuera del municipio de Barcelona son bien conocidas las áreas donde el porcentaje de los desocupados es preocupante. El área de la Vall d'Hebron puede ser un modelo, pero probablemente se convierta en un espejismo: la enorme inversión que se ha hecho allí es difícil que se pueda repetir en todas las áreas de bajos niveles de renta por habitante.

Paralelos

No cuesta mucho situar todo el proceso constructivo –y todo el debate cultural– en el entorno de la Barcelona olímpica y posolímpica en el contexto del modelo de la Gran Barcelona diseñado entre

1901 y 1917. Los paralelismos son tan evidentes, las coincidencias tan flagrantes, que la comparación resulta casi obvia:

1. El mismo interés, entonces y ahora, desde Cataluña, por motivar la inversión pública de un Estado fuertemente focalizado en el entorno de Madrid, capital política.
2. La misma necesidad de infraestructuras viarias y de redes para tratar de articular un tejido industrial potente, pero frágil.
3. La misma ausencia de sistema financiero propio, de banca catalana, y, por tanto, el mismo recurso a la banca española, con coincidencia incluso en el banco que se ocupa de la tesorería (el Banco Hispano Colonial, que se convirtió, al acabar 1901, en banquero del Ayuntamiento de Barcelona, sería absorbido en 1950 por el Banco Central, el cual se ha fusionado con el Banco Español de Crédito, que es el banquero del COOB).
4. El mismo interés en movilizar –por vía de elecciones, por ejemplo– amplios sectores de la población en el entorno de una meta inicialmente urbanística.
5. La misma capacidad para seducir a la opinión pública nacional e internacional a través de medios parecidos: el alto nivel de creatividad de los publicitarios y publicistas catalanes.
6. El mismo desinterés por dos cuestiones centrales; la construcción masiva de viviendas confortables y a precios razonables, es decir, susceptibles de ser adquiridos por la pequeña burguesía, los funcionarios y los trabajadores de la industria y los servicios. Y el establecimiento de una red de transporte público colectivo que sea una alternativa real al transporte privado individual.
7. La similitud llega a ser casi total si observamos los espacios físicos elegidos para concentrar las inversiones: el área de la montaña de Montjuïc, la gran opción de 1917, donde incluso se recupera el mismo estadio olímpico (y la misma ambientación Art Déco) y el área de la antigua Ciutadella, derruida en 1869, ampliada ahora hacia el suburbio que lleva el nombre de Poble Nou. Durante el 92, Barcelona no se ha movido, casi.

Burguesías y no

En 1929, siguiendo el esquema de A. Cirici, había tres burguesías:

- a) la burguesía liberal-conservadora ligada a la industria,
- b) la burguesía monopolista vinculada a la construcción y subordinada a la gran banca,
- c) la burguesía de las profesiones liberales. Simplificando, cada una de estas burguesías generaba, una cultura, incluso una moral y un estilo.

En 1992, se mantienen las tres –¿con un peso parecido?–, pero hay una nueva, potente, que en 1929 ya tenía un cierto peso: la burguesía internacional. Y existe también la «presencia ignorada» de las clases subalternas. Puede sorprender –o no, depende– la continuidad entre estos dos hitos. Por ejemplo:

- a) El papel de un despacho de abogados y economistas, bien conectado con el mundo de la burguesía emprendedora, que se proyecta en Madrid. En 1917 es el despacho de F. Cambó, en 1975 el de M. Roca Junyent y N. Serra (casualmente N. de Carreras, hombre de Cambó, era padrino de N. Serra).
- b) La burguesía españolista con vocación populista tiene, en 1917, vestido republicano (J. Pich i Pon), y en 1975, monárquico (J. A. Samaranch). Y el «hombre de Madrid» en Barcelona (S. Roldán), representante de la Administración estatal, el presidente del Holding Olímpic S. A., tiene conexiones con el mundo de los negocios catalán.
- c) Los profesionales, por ejemplo, los arquitectos, ofrecen, también, líneas de continuidad. Tanto los que piensan en la ciudad-territorio (N. M. Rubio i Tudurí, desde 1920, M. Ribas i Piera, desde 1959) como los de la ciudad construida (O. Bohigas, hijo de un artesano del 29: P. Bohigas; J. M. Milis, hijo de un político del 29, etcétera).

Está también el espacio –casi central– ocupado por las empresas multinacionales y la burguesía internacional, especialmente en la corriente de la reproducción –y mundialización– audiovisual de los Juegos, y en los aspectos de la financiación a corto y medio plazo. Simbólicamente, la arquitectura –y la escultura– japonesa de Montjuïc y la anglosajona de Collserola. Y la conexión judía de la multinacional Taller de Arquitectura (R. Bofill)⁶⁶.

Las clases subalternas, el factor X de los Juegos Olímpicos de 1992, no despertaron del letargo ni después de que estallara en 1993 la crisis económica posolímpica, como sí hizo el proletariado barcelonés en la década de los treinta. Esta vez la historia sólo se repitió según los patrones establecidos por la burguesía. La Exposición Universal de 1929 se perdió en la historia del *podría haber sido*; en cambio, su olímpico clon de 1992 rindió los mismos efectos que pretendió el directorio militar años ha: la España moderna, europea y vanguardista que dejó de ser Tercer Mundo para convertirse en potencia, aunque mediana, dentro del concierto mundial, ejemplo y faro del nuevo desarrollo en tiempos de globalización y, por ello, o a causa de ello, inversor principal, ideólogo reciclado y misionero neoliberal en tierras comunistas-populistas.

Manual perfecto para las Américas, donde las devastadoras involuciones políticas de los setenta y las terribles secuelas de la crisis de la deuda externa habían quebrado los antaño poderosos Estados, dando al modelo *light* español un tono de salvavidas colectivo, imitación que incluiría al poco tiempo la venta por remate de las principales empresas públicas a empresas españolas que seguían el agresivo modelo de su primera matriz, la CHADE hispano-argentina de Cambó & Asociados.

Porque justamente su rastro se olvidó, y aún más su sentido, como modelo-escaparate de la actual reconquista económica, vale la pena que echemos una ojeada a aquella Exposición de 1929, que fue la

⁶⁶ F. Roca, «Economía política de los Juegos Olímpicos de Barcelona», *Elisava Temes de disseny* 7 (1992).

cumbre del poder eléctrico catalán y del pequeño grupo de abogados regionalistas que, nucleados en torno a Francesc Cambó, proyectaron la magistral jugada publicitaria. Todo hay que decirlo. Era gente inteligente, profesionales ambiciosos que traían ideas nuevas para el capitalismo ibérico copiadas de París, Berlín, Londres y Nueva York. Aunque su catalanismo, o la exaltación regionalista de este grupo de abogados, ha sido tema de innumerables trabajos, no hay una obra de referencia sobre los intereses económicos que generó la Lliga Regionalista a su alrededor y cómo este «grupo catalán», parecido a sus antecesores colonialistas de los tiempos cubanos, consiguió erigir un poder transversal y omnímodo que, al estilo de las oligarquías vascas y madrileñas, tomaría el control del Estado.

No sabemos todo, pero sí conocemos su hoja de ruta desde 1905: dominar el Ayuntamiento de Barcelona, que en aquellos tiempos manejaba el pastel más lucrativo de todos, las concesiones privadas de servicios públicos, al cual cabe añadir un nuevo negocio que nació bajo los auspicios de los regionalistas de Cambó: las remodelaciones urbanísticas a gran escala que tuvieron, mucho antes de la Exposición de 1929, su precedente en las obras de construcción de la Via Laietana, la avenida de seis carriles que supuso la mayor expropiación de vivienda privada de España en aquel momento y que nos cuenta un cronista honesto y discreto, Josep Maria Huertas:

En aquel entonces, a la apertura de la Via Laietana se la llamó la Reforma. Contemplaba la primera reforma iniciada en el siglo anterior con la realización del eje transversal Ferran-Jaume I-Princesa y la urbanización de las plazas Reial y Sant Jaume. La Via Laietana, que atraviesa la antigua Barcelona amurallada desde la plaza Urquinaona hasta el mar, es el testimonio en piedra de una época de hombres de negocios que hicieron del catalanismo una bandera y supieron combinar sus intereses con toda una filosofía sobre el saneamiento del casco antiguo.

Para financiar las obras, por primera vez los políticos municipales constituyeron un puente entre ellos y los banqueros, mediante

un contrato de tesorería con el Banco Hispano Colonial. La circulación entre ambos lados del puente fue tan intensa que se llegó a producir una verdadera confusión entre quiénes eran los concejales y quiénes los banqueros. Francesc Cambó, dirigente de la Lliga, partido con un importante peso específico en el Ayuntamiento cuando se hizo la Via Laietana, se reservó el solar del cruce con la nueva avenida de la Catedral. Con la Lliga Regionalista, fundada a principios de siglo, nació una nueva raza de políticos, muy vinculados al mundo de las finanzas. El contrato entre el Ayuntamiento y el Banco Hispano Colonial se firmó el 24 de octubre de 1907. Las obras comenzaron oficialmente cinco meses más tarde, con un simbólico golpe de pico dado por el rey en la casa número 77 de la calle Ample.

Fue una obra bien planteada: se dejó preparada toda la infraestructura: alcantarillas, pavimentación, alumbrado... o incluso los túneles para una futura línea de metro que no empezó a pasar hasta veinte años más tarde. Se han escrito muchos elogios sobre lo que significó la apertura de la Via Laietana, pero se olvida casi siempre su inmenso coste social. Las expropiaciones no afectaron sólo al terreno de la calzada y sus aceras, sino también a una franja de veinte metros a cada lado, destinada a nueva edificación. 2.199 viviendas fueron destruidas, sin dar ninguna alternativa a los inquilinos que las habitaban. Más de 10.000 personas tuvieron que buscar otro lugar para vivir, mientras que a ambos lados de la nueva vía se levantaba una pantalla de nuevas edificaciones cuyos propietarios podrían conseguir rentabilidades mucho más altas. Desde el punto de vista monumental, el coste no fue tan alto porque los pocos edificios que quedaron afectados se desmontaron y se trasladaron piedra a piedra a otros lugares: la casa del gremio de caldereros, a la plaza Sant Felip Neri; o la Casa Padellàs, ahora sede del Museu d'Història de la Ciutat, a la Plaça del Rei, por ejemplo.

A aquellas callejuelas en las que nunca daba el sol se hizo llegar una bocanada de aire que entonces fue fresco y ahora está cargado de dióxido de carbono. Pero ese conjunto urbanístico único, formado por callejuelas medievales, quedó definitivamente maltrecho. Ochen-

ta calles fueron borradas del mapa y del nomenclátor urbano. Ésta es la otra cara de la Reforma⁶⁷.

La historia de un despacho de abogados, dirigido por Francesc Cambó, y de un partido dispuesto a liderar la nueva fase del capitalismo financiero desde Barcelona y gracias al control administrativo del Ayuntamiento y luego de la Mancomunitat, la primera preautonomía catalana, resulta mucho más interesante si se enfoca desde una visión economicista, porque, a riesgo de parecer anticuados, la superestructura ideológica de estos nuevos caballeros de la industria es lo de menos. O, en todo caso, una argucia conceptual para introducir un complicado mecanismo de poder, local, regional y nacional, que un historiador como Enric Ucelay da Cal intentó contar en *El imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España* (Edhasa, 2003), donde radiografía los diversos planos para la reorganización del Estado monárquico español que la Lliga intentó desde buen principio.

Un triple movimiento, basado en el control político de la capital y de las diputaciones de Cataluña mediante una estrategia cultural y nacionalista que creara un ambiente separado y hegemónico bajo dominio de este segmento de la pequeña burguesía de abogados, oficinistas y tenderos; centralidad política que, de tener éxito, catapultaría a la Lliga hacia el dominio del Estado central mediante una maraña de alianzas y estrategias que diera un perfil imperial, funcional y corporativo al Estado español sobre el sacrosanto dominio de la sociedad civil, o la red de empresas, asociaciones y grupos de interés que nacieron a finales del XIX. Polo privado que marcaría la política del Estado y se convertiría en matriz de todo imperialismo moderno, con sus poderosas fuerzas culturales, económicas y culturales destinadas a la lucha y el control darwinista de mercados y zonas de influencia, donde los mejores y más dotados ganan.

⁶⁷ J. M. Huertas y J. Fabra, «La década de la reforma», *Barcelona Metrópolis Mediterránea* 45.

Éstos eran los conceptos que se manejaban en los mercadillos intelectuales de principios del siglo XX, donde estaban de moda los Estados semifederales, porosos y compuestos, al estilo de una Commonwealth británica, una monarquía austríaca o los EEUU, vencedores de la vieja hispanidad y portadores, con el presidente Theodore Roosevelt a la cabeza, de un capitalismo expansivo y triunfal gracias a los agresivos métodos del *self made man* norteamericano que domina la naturaleza y los pueblos inferiores gracias al culto de la técnica, la innovación, la rudeza y la franca brutalidad de los nuevos colonizadores.

Bajo estos preclaros ejemplos, la Casa de América deviene en la plataforma ibérica de conquista económica y empieza a hilvanar estrategias de asalto privado a los Estados-nación del Cono Sur cuando en 1920 Cambó y su grupo político consiguen sacar tajada de la gestión de los negocios multinacionales en Argentina a través de la CHADE. Justo cuando las elucubraciones sobre el imperialismo catalán y la conversión de Barcelona en el centro rector de los negocios latinoamericanos pasan a concretarse en algo real y posible y se teje la red transatlántica que tan bien ha contado Gabriela Dalla Corte en sus textos académicos.

Ergo, este indigesto cóctel de ideas que oscilaban entre la reacción francesa y la exaltación corporativa de los magnates de Chicago o Nueva York sólo se concreta con la llegada de un verdadero magnate. Frederick Stark Pearson, un ingeniero eléctrico que llegó a Barcelona en 1911 para abrir los ojos de la burguesía catalana al mundo de la hidroeléctrica y las finanzas corporativas, y de cuya visita surgieron productivas alianzas de clase. Con la imperial enseñanza de este canadiense, primer gran organizador de multinacionales eléctricas, sus nuevos amigos barceloneses se ven penetrados por las potentes ideas del imperialismo que nació bajo el tremendo efecto de la energía eléctrica. Aunque fue quizá el más relevante de los contactos internacionales de la Lliga Regionalista y el grupo catalán que formará el núcleo más dinámico del cártel español, no fue el único ni el primero.

Desde 1905, el catalanismo conservador organizó dos cosas imprescindibles para todo cártel en ciernes: el control discrecional de la administración para diseñar el espacio público en función del programa capitalista y la alianza con la gran empresa para articular un plan de negocios donde beneficios privados y concesiones públicas permitan establecer un sistema monopólico, plutocrático en caso de éxito, que en lenguaje empresarial integre vertical y horizontalmente todos los factores para controlar un sector o un territorio. Tal como hacía el nuevo feudalismo corporativo a escala mundial con el ferrocarril, el acero, la electricidad o el petróleo.

Es decir, en forma de cártel, con el acuerdo entre grandes empresarios para repartirse el mercado, eliminar la competencia y fijar precios en un esquema de colusión que ha dado lugar al capitalismo actual. Cataluña, pues, era para los hombres de Francesc Cambó el lugar donde experimentar esta carrera hacia la edificación de un nuevo cártel regional, para lo cual acumularon poder en el zafarrancho electoral que sabiamente repartieron luego con sectores rivales, los radicales de Lerroux. Alianza de negocios que se organizó desde un lugar que a principios del siglo XX representaba la única y exclusiva entrada masiva de dinero para advenedizos como ellos, el Ayuntamiento de Barcelona. Algo que sigue contando con sintético espíritu Josep Maria Huertas Clavería:

La composición del Ayuntamiento de Barcelona durante el primer cuarto del siglo XX dio como resultado un equilibrio de fuerzas entre los partidos republicanos y la Lliga, fundada en 1901. Ninguno de los dos grupos puede atribuirse en exclusiva los méritos de aquellos años de fecunda actividad municipal, porque ninguno conservó el gobierno local de manera hegemónica durante suficiente tiempo como para hacerlo, y la mayor parte de los años lo que funcionó mejor fue un gobierno de colaboración entre ambos grupos. Si en los años 1904 y 1905 la mayoría era claramente republicana, en los tres años siguientes la Lliga colaboró estrechamente con los republicanos, que todavía seguían manteniendo la mayoría. A partir de 1909 y hasta 1913 continuó

la hegemonía republicana, encabezada entonces por el partido le-rrouxista, fundado en 1908. Los años 1914 y 1915 fueron años de co-laboración radical con la Lliga a causa del equilibrio de fuerzas entre los dos grupos políticos y de que sus intereses no estaban tan alejados como pudiera parecer. Tanto Francesc Cambó como Pich i Pon, en-tonces primer teniente de alcalde (que era quien realmente mandaba en el Ayuntamiento, más que el alcalde nombrado gubernativamente hasta 1917) eran hombres de confianza de AEG, empresa con fuertes intereses en el proceso de industrialización catalán, que estuvo en la base de la nonata Exposición de Industrias Eléctricas de 1914, después transformada en la Exposición de 1929 en Montjuïc. En 1911 el Ayun-tamiento radical hizo concesión del alumbrado público a Barcelonesa de Electricidad, controlada por AEG, y Cambó era el abogado de la Sociéte Financière de Transports et Entreprises Industrielles (SOFI-NA), muy relacionada con AEG⁶⁸.

Perspectivas del nuevo orden burgués que generaron al alimón la Lliga Regionalista y sus adversarios del Partido Republicano Radical (PRR); predecesores de Convergència Democràtica de Catalunya y del Partido Socialista, la actual sociovergencia que se lucra en los mismos pantanos inmobiliarios y urbanísticos. Normal, sin duda, que las *free standing company* de variopinto capital internacional ubicadas en el paraíso fiscal belga, especializadas en tranvías y ferrocarriles sobre todo, desempeñaran un destacado papel a la hora de buscar beneficiosas alianzas con los siempre imprescindibles socios locales⁶⁹.

La práctica de untar a los consorcios municipales no nació con los muchachos de Cambó. Era notoria y sistemática desde media-dos del siglo XIX, cuando empiezan las concesiones públicas a

⁶⁸ *Ibidem.*

⁶⁹ Resumen extraído de las investigaciones históricas sobre la industria eléctrica española, la inversión extranjera y las concesiones de servicios pú-blicos realizadas por diversos profesores universitarios como Luis Urteaga, Francesca Antolín, Francisco Cayón, Javier Loscertales, Alberto Martínez López, Javier Pueyo o Carles Sudrià.

gran escala. Prueba de esta natural red de sobornos a escala mundial fue el notorio caso de la Tramways de Barcelone, controlada por la Société d'Entreprise Générale de Travaux con sede en Bruselas que le ganó el territorio a la emergente multinacional de la energía, AEG, para completar la red interurbana a partir del Ensanche y electrificar sus líneas en 1905. Pero hay que fijarse en la peculiar aleación de urbanismo, cultura e información privilegiada que define la modernización económica al estilo de la Lliga Regionalista. El principal accionista era, desde 1911, nuestro viejo conocido, el grupo monopolístico SOFINA y otras sociedades financieras belgas que apoyaron al urbanista francés Jaussely para que lanzara un plan de transformación de las redes de transportes y de los barrios de la ciudad.

Excusa urbanística que permitía el control multinacional de los nuevos servicios y las líneas de transporte de Barcelona, que se expande según el plan de este *holding* belga. Pero los hombres de SOFINA necesitaban propagandistas, cabilderos y operadores, papel que los concejales de la Lliga y el despacho de Cambó asumieron con total entusiasmo, de manera que el abogado de los belgas, el joven cabecilla de los regionalistas Francesc Cambó, se encarga, mediante su grupo en el ayuntamiento, de favorecer los intereses de la Tramways de Barcelona (TB) compartiendo la *mordida* con el bloque más poderoso de la ciudad, los radicales de incierto origen republicano y federalista. De este modo, en 1914 prácticamente toda la red tranviaria barcelonesa está bajo control monopolístico de TB, para lo cual sólo queda amarrar la unificación y prolongación de las concesiones. Desde 1912, y teniendo el consistorio mayoría de la Lliga, TB consigue la prórroga de todas las concesiones hasta 1972, una duración excepcional incluso para los laxos baremos que se usaban en España y que quedó anulada porque en las Cortes de Madrid se consideró demasiado bochornoso.

Pero éste era el esquema de colusión. Luego fueron a por más. En perfecta combinatoria, todas las grandes maniobras de transformación urbana contarán con el andamiaje mixto que el despacho de Cambó tomará como sagrada norma en los negocios. Sa-

bemos que la primera operación, la Reforma Interior, con la apertura de la Vía Laietana, fue adjudicada al BHC, la sociedad financiera que agrupaba al segundo marqués de Comillas y a sus viejos amigos del *lobby* colonial cubano, protectores de los jóvenes catalanistas desde finales del XIX. Todos los trabajos de expropiación, derribo y urbanización de la avenida fueron adjudicados a este banco de cubana tradición, en cuyo consejo se sentaban regidores de la Lliga Regionalista y del Partido Radical, cuyos convenios fluyeron, como dice Huertas, en tal armonía que pareciera una sola familia.

A medida que las operaciones del bufete Cambó se ampliaban a varios rubros, el cártel empezó a tener carácter y solera. La primigenia relación del líder regionalista con el trust mundial SOFINA, socia principal de TB, se dio con la venia y la compañía de otro socio fundamental en los grandes negocios del emergente catalanismo. Se trataba de Mariano de Foronda y González Bravo, futuro director de la Exposición Universal de 1929. Notable latifundista y duro fajador, empezó como teniente de Caballería y amigo de la Casa Real, gracias a la cual fue designado jefe de personal en The Madrid Street Tramway cuando aún la tracción era animal.

Meteórico ascenso al cual también ayudó que fuera cuñado de Henry Brown, director general de Tranvías de Madrid, quien, siendo consejero delegado de TB, designó a Foronda jefe de personal en la ciudad de las bombas. Para 1901, TB había traspasado sus activos a la sociedad belgo-alemana Tramways de Barcelone, que terminó controlada justamente por SOFINA, de forma que Foronda, ennoblecido como marqués, se convertirá en patrono de esta sociedad belga en España, ostentando, como cacique absoluto, la dirección de los tranvías barceloneses hasta 1931.

Cacique por méritos propios, porque aquel hombre se granjeó el odio eterno de la Ciudad Condal. Si Mariano fue nombrado gerente de la compañía de tranvías a principios de 1904, se debió a sus méritos en la guerra de clases: él quebró la huelga de tranviarios de 1901, gracias a una sesuda limpieza de trabajadores descontentos

que substituyó con campesinos gallegos, procedentes de sus tierras familiares y que tenían prohibido afiliarse a las sociedades obreras.

En los grandes hitos del movimiento obrero y popular, desde la Semana Trágica de 1909 a la huelga de La Canadiense en 1919, su tropa de esquirols se enfrentó como perfecta guardia blanca al proletariado barcelonés para defender los intereses de Foronda, que abusaba de sus amistades políticas para mantener tarifas altas, negarse a indemnizar a los muertos, heridos y mutilados que dejaban anualmente sus tranvías, y acabar con cualquier competidor mientras, en mancuerna con Francesc Cambó, entraba en los negocios argentinos de la CHADE y junto al alcalde más corrupto de la ciudad, Joan Pich i Pon, potenciaba el mayor de los negocios a costa del erario público y la deuda municipal: la Exposición Universal de Barcelona.

Don Mariano de Foronda era la joya del cártel catalán. Una vez conseguida la unificación de las líneas tranviarias, el marqués decidió extender su control monopólico a nuevas modalidades de transporte urbano, como fueron el metro y el autobús. Clásica estrategia de diversificación a la que se sumaron los otros socios empresariales del regionalismo, el BHC, la Banca Arnús-Garí y los amigos vascos, igualmente metidos en el sanedrín barcelonés, o sea, Banco de Vizcaya, la segunda pata del cártel eléctrico español, Hidroeléctrica Ibérica, que junto con Barcelona Traction manejaba más del 50 por 100 de todo el potencial eléctrico nacional.

Entre todos ellos, y para 1921, crearon la Compañía del Ferrocarril Gran Metropolitano de Barcelona, o Gran Metro, con un capital de 15 millones de pesetas, que en 1924 inauguró su primer tramo consiguiendo que la compañía de metro rival le arrendase su línea transversal, la primera de la ciudad, entre 1926 y 1928. Cuando en 1925 un consorcio financiero español formado por los grandes de la época, la Sociedad Anónima Arnús-Garí, Banca Marsans, los bancos Internacional de Industria y Comercio, Hispano Colonial y Vizcaya, establecieron la nueva Tranvías de Barcelona, con un capital de 50 millones de pesetas, todo siguió donde siempre: la gestión y administración de este monopolio de

transportes quedó en manos de Foronda y sus amigos de Bruselas, como Robert Robert, Charles Thonet o Eric Wauters. Cuando los servicios se municipalizaron entre 1940 y 1957, igual que pasó con todos los ferrocarriles de España, fue por la desidia y los abusos del propio monopolio. Era tal el envejecimiento, la obsolencia y los costos de un parque exprimido como un limón, que toda aquella chatarra fue vendida a los municipios que un día fueron sus rehenes.

* * *

De toda esta perfecta alianza de clase en los alegres años veinte falta contar lo mejor. La cúspide de la Gran Barcelona. La imbricación del cártel mundial de la energía con los sueños imperiales del cártel regional. La envergadura de los negocios catalano-belgas era descomunal y la Exposición Universal de 1929 fue la cumbre de los amoríos entre el trust eléctrico internacional y el emergente regionalismo catalán, que caminaron juntos desde el primer día. No eran, en caso alguno, negocios menores. Cabe resaltarlos.

En 1911 nacieron dos iniciativas empresariales de gran envergadura y con un mismo objetivo: el grupo canadiense Barcelona Traction, Light and Power, constituido en Toronto en septiembre de 1911, y la sociedad Energía Eléctrica de Cataluña, fundada en noviembre del mismo año con capital franco-suizo. Se trataba de desarrollar en Cataluña el negocio eléctrico a gran escala, aprovechando los recursos hidráulicos del Pirineo. La Barcelona Traction, una compañía liderada por el ingeniero canadiense Frederick Stark Pearson, que compró *fast track* la sociedad Tranvías de Barcelona, incorporando a sus filas a un viejo conocido de esta historia oligárquica: don Mariano de Foronda, incondicional amigo de Alfonso XIII, prototipo de seguidor sin escrúpulos.

Ahí empieza una epopeya del capitalismo, la conquista del Pirineo, con varias presas y centrales que fueron un alarde mundial de ingeniería. Fue el llamado ciclo de desarrollo hidroeléctrico, que culminó en la construcción de las potentes centrales hidroeléctricas

de Seròs (del grupo Barcelona Traction) y de Cabdella (perteneciente a Energía Eléctrica de Cataluña), que entraron en servicio en 1914. La aventura empresarial más completa del gran jefe Pearson, que tras sus pinitos mexicanos decidió acometer en Cataluña el reto de generar toda la potencia de una gran ciudad a través de una red hidroeléctrica que llegaría desde los embalses hasta la industria de Barcelona. Prodigiosa inversión que se amortizaría por la misma condición de monopolio natural que se produciría en un mercado masivo, listo para recibir y comprar electricidad a una escala nunca vista antes: un millón de personas.

Tras su muerte en 1915, su *holding* empresarial sería rescatado por el trust SOFINA y por un ingeniero neoyorquino que trabajó a su lado, Daniel Heineman, que se quedó con la joya de la corona, la Barcelona Traction, conocida como La Canadiense, la séptima empresa de producción eléctrica del mundo y la mayor de Europa, mientras que Energía Eléctrica de Cataluña, su competidora, figuraba entre las 20 primeras empresas a escala mundial.

Juntas habían creado ingeniosos sistemas regionales de producción y transmisión de fluido que combinaban la generación térmica con la hidroeléctrica. Sus redes de transporte de alta tensión y su potencial área de mercado se iban extendiendo por toda Cataluña, que calculaba para 1935 su completa electrificación. En los planes modernizadores de la burguesía regionalista, la electricidad vencía la prehistoria de los tiempos, las moles rocosas del inviolable Pirineo, y ponía las condiciones de la civilización, desde las carreteras hasta las bibliotecas. Cataluña, eterna fábrica de España, iría siempre a más gracias al inacabable consumo de energía eléctrica de la industria textil y otras nuevas ramas como los fabricantes de cemento, de fibras sintéticas, de papeleras y química. Una demanda industrial que suponía alrededor de un 70 por 100 de la energía eléctrica consumida, blindada por el arancel Cambó, o el cinturón proteccionista, que se combinaba a la vez con la inserción de este núcleo político en los círculos financieros internacionales, algo que sólo la electricidad hizo posible. El imperialismo catalán en plena acción.

En 1923, la Barcelona Traction tomó el control de su competidora, se convirtió en la productora y distribuidora exclusiva de la zona. El sistema de producción y transporte de ambas compañías quedó integrado a través de Unión Eléctrica de Cataluña y así nació el monopolio perfecto. Perfecto porque hasta la década de los treinta el Estado no empezó a regular apenas este servicio público, proclamado así en 1924 pero sin efectos prácticos. No hubo nunca un verdadero control tarifario, de manera que Ayuntamiento y diputaciones de España dependían de la buena voluntad de las 12 empresas de luz que, a medias entre el *holding* eléctrico del Banco Vizcaya, padre de la actual Iberdrola y de Unión Fenosa, y las franquicias de SOFINA en Cataluña, hacían inviable toda presión política pues el cártel ponía el precio y las condiciones. Todas las subastas tenían un solo postor que imponía las condiciones y que, a cambio de hacer la vista gorda con las cuentas del alumbrado público y promover amigables transacciones con concejales y políticos, tenía total impunidad para cargar la factura doméstica a su gusto.

Conviene remarcarlo una y mil veces: el ascenso a las grandes ligas del poder oligárquico español de los jóvenes catalanistas está íntimamente vinculado al monopolio privado que los protegió a cambio de jugosos arreglos en lo oscurito, donde disputaban con los radicales de Lerroix, o a medias también, la cuota eléctrica, en una entente cordial que la Lliga Regionalista y el PRR establecieron desde 1912 y que controlaba todos los resortes del poder público, sus servicios concesionados –aguas, electricidad, gas y tranvías– y los planes urbanísticos. Daniel Heineman y padrinos como Foronda o Comillas abrieron las puertas de la plutocracia a Cambó y toda su banda de licenciados hambrientos.

Quizá el punto clave de este cártel catalán fue la astucia para combinar la especulación urbanística a gran escala que, en obsce-na orquesta, forzaba el ensanchamiento y modernización de la ciudad. Curiosamente, este modelo de la Gran Barcelona empezó a aplicarse desde 1979 a todo el país, haciendo de la mancuerna entre constructoras y municipios la llave del milagro español que ahora yace en ruinas.

Por ello, la Exposición Universal de 1929 fue siempre su meta natural, el escaparate del trust energético mundial que se empezó a forjar en 1913 con una muestra de la industria eléctrica y que terminó siendo el vehículo para visualizar el nuevo y grandioso poder corporativo que iba a mover el mundo con todas las formas de tracción. Ni duda cabe de que el resultado simbólico y práctico de aquel acontecimiento de masas fue colosal, pero poco se ha señalado el aspecto crematístico que supuso la exposición en montos de obras públicas, íntegramente vampirizados por este omnívoro cártel de la burguesía catalana que legó a los ciudadanos de Barcelona una deuda que se pagó por la vía de los impuestos hasta bien entrados los años sesenta.

Viendo los alcances de aquel mundo corporativo, se entiende la incestuosa celebración –por todo lo alto– de la alianza eléctrica entre el cártel internacional y el cártel catalán. El lema de la exposición fue «La influencia que tiene la luz en todas las esferas de la vida» e incluso se pensó en llamar al montaje «Primer Certamen de la Luz». Cuando en noviembre de 1928 se presenta el proyecto definitivo de la *Iluminación decorativa*, obra de Carles Buigas, jefe de la Sección de Aguas e Iluminación de Espectáculo de la Exposición de Barcelona, éste afirmó que la idea básica era sorprender al espectador con unos juegos de agua y luz que cuidarían la armonía de proporciones y coloraciones, el colosalismo, el misterio y la novedad. Y ciertamente esta maquinaria hidráulica y eléctrica, que fue aportada en su totalidad por dos gigantes mundiales del cártel, la alemana AEG y la norteamericana Westinghouse, consiguió el efecto que Walter Benjamin había descrito dos años antes, en 1927, cuando se refería a las exposiciones universales como el gran espectáculo de las mercancías, o un aparato de seducción masivo para el consumo de los productos de la industria engullidos por una muchedumbre anónima que, en su pasividad abstraída, es dominada por el trust.

Espectáculo de masas que el ingeniero Buigas convirtió en el perfecto mecanismo de seducción que hoy conocemos por Font Màgica y que muy convenientemente fue restaurada para los Jue-

gos Olímpicos de 1992 por los nuevos señores feudales del agua, la compañía Agbar, pantalla catalana del trust mundial Suez y su gerencia catalana, La Caixa. Espejitos mágicos del cártel mundial con un surtidor en la plaza de las Bellas Artes que medía 64 por 48 metros y un caudal de agua que alcanzaba los 2.600 litros por segundo.

Alucinación de poder absoluto que, como contaba Buigas en su proyecto inicial, haría descender un río de agua y luz desde las cascadas que luego se abriría en dos ramales que continuarían por la avenida de América hasta la plaza de España. Coreografías orgánicas que terminarían su juego apoteósico con una inundación de luz azul que brotaría de los surtidores, las cascadas y los elementos de cristal de la avenida de América. El sueño de Pearson, de Heine-man, de Rathenau, los magos de la ingeniería eléctrica, corporativa y financiera del mundo contemporáneo, materializado por el visionario hacedor de sueños don Carles Buigas.

Que siga siendo una de las atracciones más visitadas de Barcelona y que ahí, bajo la imponente silueta del Palacio Nacional, festejara el alcalde Pasqual Maragall en 1986 la elección de la ciudad como sede olímpica para 1992, demuestra la continuidad de la Gran Barcelona y, aunque este proyecto de imperio catalán sobre las Españas y las Américas quedó marginado por el impulso del Gran Madrid, capital real del imperio corporativo español desde 1996, las líneas maestras que los hombres de Francesc Cambó trazaron desde la Casa de América, la CHADE y la Lliga Regionalista sirvieron de guía para la cartelización y expansión internacional del capitalismo español.

La gloria del catalanismo y su despedida también las constituyó la inauguración oficial de aquel certamen, que se produjo en presencia de los reyes de España el 19 de mayo de 1929. Según todas las hemerotecas de la época, fue un éxito *indiscutible y formidable* seguido por más de 30.000 personas. Los actos comenzaron con la celebración de una misa, cuyo altar se situó en el atrio del Palacio de la Electricidad y de la Fuerza Motriz, aunque la inauguración se produjo desde el Palacio Nacional. Aparte del rey, pronunciaron discursos el marqués de Foronda, el alcalde de la

ciudad y posteriormente el dictador Primo de Rivera, 60.000 palomas fueron liberadas y, de forma apoteósica, se abrieron las compuertas para que el agua inundara las canalizaciones, las cascadas y las fuentes. Dos años después, en abril de 1931, el rey había huido, Primo de Rivera agonizaba en París y en las calles de Barcelona la gente gritaba «Viva Maciá, muera Cambó». Nació la República para impedir que las oligarquías dirigieran eternamente los destinos de España.

Mientras tanto, en Barcelona, un viejo y orgulloso militar convertido al nacionalismo de izquierdas, siempre denigrado como un quijote lunático, Francesc Maciá, conquistaba el corazón y los votos con una nueva formación, Esquerra Republicana de Catalunya, que para muchos, para todos, amigos y rivales, se fundaba en esta esperanza de que nunca más una casta de especuladores, financieros, industriales y concesionarios de servicios públicos decidiera por la vía de la colusión y el cohecho los destinos de un pueblo. El 14 de abril de 1931 arrancó una esperanza colectiva y, aunque la epopeya republicana fue aniquilada de raíz por esta misma plutocracia tras la Guerra Civil, la historia no absolvió a ninguno de aquellos señores de Barcelona, cuya riqueza no se construyó sólo sobre la especulación sino que tuvo que garantizarse al fin con la sangre de miles. De ellos se puede decir que no serán amados ni venerados, pero puede que a sus sucesores ni les preocupe el pasado. En todo caso, sus planes y estrategias quedaron y el franquismo sólo retardó un tiempo las coordenadas de la reconquista española de América Latina tal como la diseñaron los ingenieros sociales de Francesc Cambó. Y aquello que se volatilizó en 1929, cristalizó en 1992. El año de España y el año que empezó oficialmente el desembarco ibérico en el nuevo continente.

CAPÍTULO III

Tiempos de reconquista

Se ha dado en llamar la reconquista económica española y todos, incluso este autor, usamos la alegoría de los nuevos conquistadores para describir el desembarco corporativo de las multinacionales de servicios públicos y sus hermanas hoteleras seguidas de una constelación de primos mayores o menores. Reconquista general, agresiva y acelerada, llena de fanfarria seductora y crímenes corporativos, pero que a principios del siglo XXI ha concluido, con incuestionable éxito, los planes expansivos diseñados tras el desastre de 1898. Plan de negocios retrasado, perdido durante décadas en los hoyos de la historia, pero que en el espejo de la Transición de 1976 y el famoso milagro español aceleró todas las estrategias bajo la égida de un Gobierno fuerte que supo hacer de su gestión y sus fastos –1992, o el año de España– la mejor carta de presentación para apaciguar almas inquietas, compartir negocios de altura y comprar a precio de amigo las joyas parapúblicas de las patrias hermanas. La mágica palabreja del neoliberalismo –Inversión Extranjera Directa (IED)– se convirtió en el destino del sur, y España, cola de ratón de la Europa comunitaria, pudo convertirse en reina de las Américas y madrastra de los americanos.

Cosas veredes y además sabidas, tópicas casi, pero, ya que este libro quiere mostrar la historia completa de la llamada reconquista española, nada mejor que buscar una fecha inicial que nos permita encapsular la historia, que es arisca y burlona, pero que a veces se deja etiquetar. Podemos, por tanto, iniciar en tierras mexicanas, donde los gachupines, infernal nombre del ibérico, controlan hoy día estratégicos sectores del país y donde se forjó la primera piedra de este desembarco hispánico que tuvo muchos arranques pero una sola fundación: 18 y 19 de julio de 1991, en

Guadalajara, Jalisco. Se llamó I Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno y reunió en torno a los dos presidentes más poderosos de América Latina en aquel entonces, el mexicano Carlos Salinas de Gortari y el español Felipe González, a las naciones de habla no inglesa del continente, incluida Brasil, bajo la presidencia del rey Juan Carlos, que juntaba bajo su manto tutelar las viejas posesiones y escenificaba, ante la comunidad internacional, el venidero rol de la Villa y Corte en los negocios americanos.

Por más que a veces los encuentros internacionales parecen un juego retórico, el poder se presenta y se representa en el teatro del mundo mediante sus apariencias; por ello no hay que desdeñar sus escenificaciones de grupo: aquella mesa redonda de repúblicas hermanadas alrededor del nieto de Alfonso XIII fue la señal, doce meses antes de los fastos olímpicos de 1992, de que la Madre Patria volvía por sus fueros a dirigir, ordenar y coordinar las alicaídas naciones iberoamericanas. La dimensión estratégica de este teatro de variedades continental se entiende al contraponerlo a otro órgano, igualmente inútil pero altamente simbólico, la Organización de Estados Americanos, la OEA, que nace del panamericanismo posterior a la derrota española de 1898 y que agrupó todo el continente en supuesta asamblea de iguales para ratificar de facto la hegemonía y los lineamientos del gigante yanqui.

Un andamiaje institucional que el hispanismo siempre vio con disgusto, aunque el posterior acoplamiento de España con EEUU, desde los tratados Franco-Eisenhower de 1953, allanó el terreno para el tolerado retorno de la Madre Patria a las Américas con un cierto grado de autonomía, perceptible en la integración de Cuba en las cumbres cuando la OEA mantenía su veto al régimen de Castro. Al final, lo importante es que el panhispanismo tomaba de nuevo el camino transatlántico aceptando su función subsidiaria pero principal dentro del bloque norteamericano, con la diferencia de que el Reino de España era, ya con todas las de la ley, cabeza de puente europea en el nuevo continente y que el Mercado Común delegó el despacho de los asuntos latinoamericanos al Estado español. Así que de nuevo, y por encima de cualquier na-

ción americana, ellos sí representaban ante el Nuevo Mundo al poderoso consorcio administrativo de Bruselas.

De forma tan obvia que, desde el año del ingreso de España en el Mercado Común, en 1986, fueron dos políticos ibéricos, Abel Matutes y Manuel Marín, quienes recibieron las carteras de Cooperación y Relaciones con América Latina. Precisa traslación de que, para asuntos iberoamericanos, el *lobby* español manejaba el rancho. Formas de visualizar lo que estaba por venir: la tutela hispánica sobre sus viejas posesiones, protegida con doble llave por todos los poderes de Occidente. Ser tesorero, capataz y secretario de dos hacendados absentistas –Europa y EEUU– te convierte en el amo del terruño, aunque en realidad no seas más que un empleado del patrón. A los ojos de tus jornaleros, sólo habrá un cabrón que maneje el látigo y la zanahoria. Y aunque esta parábola ranchera sea un poco desagradable, así volvía España a las Américas. Con las espaldas cubiertas, protegida por poderosos intereses extranjeros, y a por todo el territorio.

Aunque esta vez, para olvidar reflejos coloniales, España jugó la carta de la hermandad de naciones civilizadas, la amigable vía que definió Rafael Altamira en 1909. La reunión de naciones iberoamericanas en Guadalajara confirmaba los acertijos madrileños de que España podía hacer compatible su doble pertenencia a Europa y a América Latina, y esparcía la idea de una comunidad cultural que, a partir del reencuentro entre España y el Nuevo Mundo, permitiría un florecimiento global en la colaboración mutua. Sutil palabrería que articulaba conceptos más directos como un *área de influencia española*, conclusión lógica de toda política exterior cuando el objetivo de la lucha entre naciones es conquistar territorios comerciales, para lo cual, y nunca mejor dicho, todo vale.

La Declaración de Guadalajara, el primer manifiesto conjunto de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, dejaba bien claras las nuevas reglas del orden mundial y por ello sus solemnes palabras abrían las puertas de la reconquista que pocos meses después se iniciaba con la privatización masiva de las empresas públicas argentinas:

Estamos comprometidos en un proceso de profundo reajuste de nuestras economías con el objeto de lograr con eficiencia la recuperación y el crecimiento. Nuestros países han hecho avances significativos en sus procesos de modernización por medio de la reforma del Estado y de la liberalización económica. Tales procesos han entrañado sacrificios que deben cesar para que sea posible establecer una verdadera justicia social. En nuestra región se han dado procesos sin precedentes tendentes a la integración económica gradual regional y subregional que hagan posible una posición más favorable en el escenario internacional. Nuestras iniciativas se verán fortalecidas si existe un entorno internacional que facilite recursos complementarios para el desarrollo y la supresión de obstáculos al intercambio comercial. Manifestamos nuestro decidido apoyo a los procesos de integración en curso tanto a nivel regional como subregional, y nos proponemos seguir avanzando en este camino. Reiteramos que estos esfuerzos de integración son abiertos al resto del mundo¹.

Proclama neoliberal, sin medias tintas, que anunciaba el 19 de julio de 1991 todos los preceptos del llamado Consenso de Washington, el magma teórico y práctico que los organismos internacionales tenían preparado para América Latina. Estas cosas que hoy se saben hasta en Secundaria: disciplina fiscal, disminución del gasto público, reforma impositiva con rebajas a los ricos e imposición indirecta, tasas de cambio competitivas, liberalización del comercio internacional, apertura total a la entrada de Inversiones Extranjeras Directas (IED), privatización, desregulación y garantía jurídica de los derechos de propiedad. La base para que la *fábrica difusa* de las grandes corporaciones y los nuevos gigantes de las finanzas y los servicios públicos pudieran globalizar sus negocios sin injerencias nacionales.

El motivo por el cual usted y yo no tendremos trabajo fijo, sueldos dignos, jubilación asegurada, expectativas de un futuro mejor y disfrutaremos una crisis permanente, al borde de la paupe-

¹ Disponible en www.oei.es/icumbre.htm.

rización y al mejor estilo decimonónico, santo y seña del neoliberalismo, cuya bandera España levantó en la Cumbre de Guadalajara cuando todos los países latinoamericanos firmaron la sentencia de muerte del Estado-nación.

Aunque esta vez la letra no entró con sangre. Guadalajara fue un paseo militar en una ciudadela que se rindió durante la década perdida de 1980. Arriadas las banderas de todos los frentes populares, la reconquista económica hispánica había ganado la batalla cultural previa al desembarco. Y cabe decir que el trabajo se hizo a las mil maravillas. Este proyecto de seducción masiva dio nacimiento en 1991 al Instituto Cervantes, pero también a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, hijos, todo ellos, del plan maestro trazado por el ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, con la idea de implementar dos vías de influencia duraderas en América. Un almacén de becas, subvenciones, convenios con universidades y otros proyectos, desde audiovisuales hasta exposiciones, que iban a generar un intercambio de estudiantes, profesores y gestores no en forma de red horizontal sino mediante grandes delegaciones del Instituto Cervantes que repartieran el flujo de postulantes hacia España, de manera que la Madre Patria se convirtiera, año tras año, en el lugar donde se reúnen a estudiar másteres, celebrar conferencias o terminar doctorados las próximas elites latinoamericanas.

Sutil jugada que el Mazzarino del PSOE, el mencionado Francisco Fernández Ordóñez, combinó con un constante incremento de las ayudas al desarrollo en una intrincada red de apoyos a proyectos contra la pobreza y la desigualdad en la nueva línea de los negocios mixtos entre el Estado y la sociedad civil. Una estrategia de *imperialismo manso* que el ministro de Exteriores ejecutó a velocidad de crucero por un motivo que ningún ensayo puede obviar: el apabullante peso de Felipe González Márquez en la definición del espacio latinoamericano como futuro coto español. Aunque todas las líneas de la política exterior conducían, desde 1898, hacia un horizonte de reconquista económica y cultural del subcontinente, el dirigente socialdemócrata impulsó motu proprio un contacto

muy estrecho con las elites políticas latinoamericanas, nacidas de su relación directa, a mediados de los setenta, con tres presidentes que cuestionaban, a nivel formal, la hegemonía norteamericana y el modelo de desarrollo capitalista al servicio exclusivo de la alta burguesía: el panameño Omar Torrijos, el venezolano Carlos Andrés Pérez y el mexicano Luis Echeverría, que luego se complementaron con dirigentes socialistas procedentes del exilio sudamericano, tanto uruguayo, chileno como argentino. Una incipiente red política que no tenía nadie más entre los incipientes profesionales de la Transición española y que daría grandes resultados en el futuro, sobre todo cuando ex presidentes y cuadros políticos latinoamericanos derivaron, a finales de los ochenta, hacia una aceptación fanática del statu quo dictado por Washington.

Aquellos contactos del caudillo sevillano beneficiaron, en poco tiempo, al PSOE. En especial cuando Willy Brandt accede a la presidencia de la Internacional Socialista (IS) en 1976 dando «una opción nueva a los países tercermundistas, como contrapeso a la influencia del clero reaccionario y de la corriente democristiana, así como a la dominación norteamericana»². La cobertura política de la IS a los incipientes procesos revolucionarios de El Salvador y sobre todo de Nicaragua, coincidiendo con el triunfo del sandinismo en 1979, parecieron la versión americana de la *Neue Ostpolitik*, o la nueva política de colaboración con el bloque soviético que el propio Brandt estableció como canciller alemán en 1969. Este pequeño giro izquierdista, que no superó los dubitativos tiempos de Jimmy Carter (1977-1981) en la Casa Blanca, catapultó la seductora figura de Felipe González en el ámbito latinoamericano, ya que la Internacional Socialista lo convirtió en portavoz e interlocutor preferencial para América Latina.

Un trabajo de intermediación que cuadraba perfectamente con el ensueño de todos los regímenes ibéricos de conseguir para

² Declaraciones del ex presidente Luis Echeverría sobre la Internacional Socialista disponibles en: L. Suárez, *Echeverría en el sexenio de López Portillo*, México, Grijalbo, 1983, p. 96.

España un estatus de potencia media mundial, acorde con un PIB que para 1975 ya alcanzaba el 78 por 100 de la media europea. Ensueño que combinaba con los planes nada secretos de convertir al Estado español en el portavoz natural de América Latina ante los poderes europeos. Virtud de la geopolítica occidental, los problemas de la Internacional Socialista para acomodar su línea tercermundista con su apego al bloque occidental le dieron a Felipe González un papel estelar en la recomposición del mapa centroamericano. El lugar donde se jugó la última partida de la Guerra Fría, tal como cuenta la analista Belén Blázquez.

La actuación del PSOE vino, en cierto modo, a sustituir a la del SPD alemán en la zona. Desde el triunfo sandinista, Bonn ayudó a Nicaragua tanto simbólicamente con vistas a la imagen que la revolución proyectaba en el exterior, como con ayuda económica a través de la Fundación Friedrich Ebert, ayuda que también se prestó a la coalición opositora de Guillermo Ungo en El Salvador. Pero esta posición se vio entorpecida por la presencia permanente de Estados Unidos en la zona, que instó a los alemanes a que abandonaran la misma. Recordemos que en aquellos momentos aún no se había producido la caída del muro de Berlín y, por tanto, la República Federal Alemana tenía una posición de difícil equilibrio en la órbita occidental en plena Guerra Fría. Centroamérica, y concretamente Nicaragua, se habían convertido en uno de los objetivos prioritarios de la política exterior norteamericana, al considerar que esta zona era parte de su proyección exterior «natural». Es decir, que en nombre del interés nacional norteamericano podían interferir en el tipo de régimen que en la misma se implantara, evitando en todo momento otro régimen comunista similar al cubano, ni en ningún modo, un régimen afín a los postulados soviéticos. Los alemanes, aunque [...] amparados por la IS, prefirieron abandonar el lugar de avanzadilla en la defensa de la Revolución Nicaragüense. La IS y el Partido Socialdemócrata alemán como cabeza de dichas propuestas, colocaron como eje de sus actuaciones la búsqueda pacífica de solución a los conflictos, pero sin pretender en ningún momento un enfrentamiento directo con Estados Unidos por una zona

geográfica que no les reportaba beneficios económicos ni repercutía directamente en su interés nacional³.

Como efecto colateral,

el PSOE siguió también esta línea de abandono paulatino en los siguientes años. Mientras estuvo en la oposición, defendió firmemente la causa sandinista, pero una vez que llega al Gobierno, y especialmente cuando se ratifica mediante referéndum la permanencia en la OTAN y se produce el ingreso en la CEE en 1986, era más benéfico para los intereses españoles no inmiscuirse demasiado en los asuntos norteamericanos.

Aunque sin duda

el PSOE utilizó durante estos años y especialmente Felipe González, la causa centroamericana, y concretamente la nicaragüense, para darse a conocer en el ámbito internacional y conseguir ese plus de legitimidad que necesitaba un partido que estaba refundando sus estructuras organizativas. En este sentido, el apoyo de la IS y de sus líderes, fue uno de los elementos diferenciadores más trascendentales entre el PSOE y el resto de los partidos que realizaron la transición política española. De ahí, la deuda contraída por González y su equipo con esta organización.

Su leyenda como pacificador de Centroamérica en alianza con México y en contra de la agresión directa de EEUU se cimienta sobre una permanente política de relaciones públicas, llena de gestualidad y retórica. El ejercicio de la simulación fue llevado por Felipe González a extremos posmodernos. En sus idas y veni-

³ Ésta y las siguientes son citas extraídas de la tesis doctoral de B. Blázquez, *El impulso del presidente del Gobierno español, Felipe González, a los procesos democráticos y de paz en Nicaragua y El Salvador, 1986-1992*, Universidad de Granada, 2002. Disponible en <http://www.eumed.net/tesis/2007/bbv/indice.htm>.

das entre Managua y Washington consiguió amedrentar y dividir al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), acoplarse a la política de intervención militar de EEUU mediante *la contra* y pasar ante muchos como un genuino defensor de la soberanía nicaragüense amenazada por el imperio. Pero el resultado de su participación activa en los asuntos centroamericanos se dibuja en la tesis doctoral de Belén Blázquez, casi la única investigación de geopolítica española disponible en la actualidad:

España tenía otras preocupaciones en política exterior, las cuales no se verían beneficiadas con un enfrentamiento directo con el Gobierno norteamericano. En especial, con el Gobierno de Ronald Reagan [...]. De ahí, los cambios que se pueden apreciar en la política hacia la zona. Cambios que, en honor a la verdad, no siguen una línea recta de acción, pues están salpicados de continuos altibajos en las relaciones entre el Gobierno socialista español y los distintos Gobiernos de la zona. Pero que son a su vez el fiel reflejo de los cambios ocurridos en el propio seno de la IS hacia esta área geopolítica, en donde se pasó de una política imaginativa y de reclamo, a una política prudente y de concesiones, por tanto, caracterizada por su retórica y sus pocos resultados. En este sentido, el Gobierno español recorrió también la misma senda que el francés con el abandono relativo de las propuestas de la «Tercera Vía»; del socialismo democrático y de la democracia pluralista que les había llevado años antes a situarse a la cabeza de los países occidentales que apoyaban las causas revolucionarias centroamericanas. El poder los convirtió al igual que al resto de los partidos europeos en acomodaticios y dejaron de luchar por esas causas románticas que habían sido la bandera de la IS durante la década de los setenta y comienzo de los ochenta. Aunque según González, el Gobierno español siempre mantuvo la misma postura hacia estos países: su objetivo fue la pacificación y la democratización de Centroamérica.

De esta fallida *Tercera Vía* centroamericana, España extrajo las principales lecciones para una efectiva reconquista económica de

sus añejas colonias. El plácet norteamericano permite que Madrid alcance a finales de la década de 1980 una influencia que ni el más terco hispanista hubiera jamás soñado. El Estado español arbitra conversaciones de paz en Nicaragua y El Salvador, manda tropas españolas a sus viejas posesiones, bajo bandera de Naciones Unidas y sus cascos azules del ONUSAL, mientras acelera y promueve la llegada de las fuerzas oligárquicas con la simbólica victoria electoral de Violeta Chamorro sobre Daniel Ortega, el 25 de febrero de 1990.

Y en los estertores de la gran crisis de la deuda externa, la década perdida de América Latina, los principales operadores de Felipe González, en especial su canciller Francisco Fernández Ordóñez, esparcen la nueva alquimia neoliberal: reconvertir la deuda en inversión, concepto que no tardaría en aplicarse a escala continental bajo el rimbombante nombre de canje de deuda por desarrollo.

El canje no parece tener mayor secreto. Existen conversiones de deuda externa tanto por inversiones privadas como por inversiones públicas pero todo termina en el mismo cajón. Mediante mecanismos de subasta de deuda entre agentes privados, y a través de toda la deuda privada que el Estado español asume a cuenta de cierres empresariales o fallidos negocios privados, las corporaciones ibéricas tuvieron a su alcance otra forma de intercambio de oro por espejitos. De genuina hechura neoliberal, el proceso parece incluso noble y desprendido. La operación se realiza en tres fases: en la primera fase, el inversor interesado en efectuar una inversión directa en el país deudor debe obtener el permiso del Gobierno deudor. Sólo si el Estado deudor aprueba el proyecto, el inversor podrá pasar a la segunda fase. En ésta, el inversor español compra la deuda a la Administración española a un precio acordado. Este precio suele ser inferior al valor nominal de la deuda. A precio de amigo, el Estado español cancela la parte de la deuda no cobrada, cantidad que puede llegar a ser contabilizada como condonación de deuda (parcial o total, según los casos).

Una vez el inversor ha pagado a la Administración española, se llega a la tercera fase donde el Estado español anuncia al Estado

deudor que ya recibió el pago. Que es cuando el Estado deudor debe pagar al inversor español, en moneda local, la parte de la deuda acordada en la negociación. El Estado deudor realiza el pago en una cuenta corriente que el inversor debe tener abierta en aquel país. La cantidad que se paga es ligeramente superior a la que el inversor ha pagado al Estado español, pero inferior al valor nominal de la deuda. Con los recursos liberados en moneda local, el inversor debe llevar cabo el proyecto de inversión en el país deudor.

Un esquema lógico si partimos de la cuestionable aceptación de que las deudas son legítimas y hay que honrar su pago, siguiendo la *sana* doctrina del siglo XIX, pero este esquema que el Gobierno español empezó a implementar en 1989 no libera a ningún país endeudado del total del pago de la deuda. Sólo redujo parte del importe del pago a cambio de pagarlo de una sola tacada, con los problemas de liquidez que esto originaba en países al borde de la quiebra técnica. Y lo más importante: este flujo monetario no llegó en ningún caso a la población local, sino a empresas extranjeras, las multinacionales españolas, bajo el supuesto de que la Inversión Extranjera Directa (IED) *debía* beneficiar a la población. La única certidumbre es que los beneficiados de tales operaciones, tras dos décadas de canjes a destajo, son las empresas extranjeras que reciben subvenciones públicas para instalarse en países dependientes y endeudados. Pierde la sociedad *deudora* en conjunto ya que los Estados sometidos al canje dejan de invertir en programas sociales, mientras subvencionan la instalación de corporaciones internacionales con su escaso dinero público. La sofisticada tramoya de los nuevos canjes de deuda por educación o por naturaleza reinventan un mercado para el deprimido sector de los universitarios españoles en paro, como veremos a continuación, pero sirven para que estos mismos consorcios extranjeros puedan vender sus saldos, sus remates y sus productos caducados en los mercados cautivos de América Latina.

Conceptos sofisticados, propios de este *imperialismo manso* que ya la tecnocracia franquista había previsto en su reconquista americana con la invención de dos mecanismos de penetración co-

mercantil. La Compañía Española de Seguros de Crédito a la Exportación (CESCE) en 1971 y el Fondo de Ayuda al Desarrollo (FAD) en 1976, ambos con la voluntad de internacionalizar la empresa española bajo cobertura de ayuda al Tercer Mundo. Dos ambiciosos mecanismos, el primero para asegurar las operaciones de las empresas españolas en el extranjero que gracias al CESCE, verdadera agencia de crédito a la exportación, permitió endosar al pasivo público los impagos, quiebras, desfalcos, devaluaciones o guerras inesperadas, según el llamado «riesgo político», criterio que América Latina cumple a la perfección.

El CESCE asume, pues, el pasivo y termina reclamando la deuda originada por este impago a la Administración del país que importó el producto español, sea cual sea. Esquema habitual de todos los países acreedores que convierten deuda privada en deuda pública y que en el caso español se agrava con los célebres créditos FAD a países con dificultades económicas que tienen acceso a una línea de crédito del ICO a bajo interés, con largo plazo de retorno y generosos periodos de gracia. Siempre que los productos y servicios sean españoles.

Perversa ayuda al desarrollo que hasta principios de los noventa permitió vender en todas partes pistolas, fusiles, *jeeps*, minas antipersonas o fragatas fabricadas por las empresas españolas de armamento. Aunque ahora ya no se permite el uso militar de los créditos FAD, gran parte de la deuda latinoamericana se debe a este tipo de compras. Todo lo cual muestra el esquema de la deuda y la posición de poder que España consiguió a partir de 1970, un elemento que no podemos dejar de lado cuando hablamos de reconquista porque los mecanismos de influencia comercial en América Latina ya estaban organizados incluso antes de las primeras elecciones democráticas de 1977. Es decir, un esquema donde el crédito FAD financia la expansión internacional del capitalismo ibérico y el seguro de crédito del CESCE elimina el riesgo de fracaso a cuenta del erario público que asume las deudas empresariales. Cuando llegan los canjes de deuda por participación extranjera como forma de fomentar las priva-

tizaciones y mejorar los balances fiscales de los países deudores para poder acceder al crédito internacional, el Gobierno español se encontraba en la primera línea de salida para el desguace del sector público latinoamericano.

Los pequeños países, como Nicaragua o El Salvador, estaban agarrados en la doble pinza de la deuda económica y política con la Madre Patria y el resto del continente vivía atrapado en la eterna espiral de la deuda externa. Todos los gobiernos sabían que tenían los días contados antes de empezar a canjear su deuda comercial por inversión multinacional en el sector que más utilidades rinde para el nuevo feudalismo: los servicios públicos.

Sobre este escenario real de humillación y derrota volvió a reinar España sobre sus viejas posesiones. Y sólo por eso resultó tan fácil elevar la tutoría del rey a categoría supranacional. Porque las cumbres iberoamericanas, en especial la de 1992 en Madrid, instauraron, en el plano visible del poder, el retorno de España a la centralidad latinoamericana cual indiscutible *jefe natural* de las debilitadas naciones del subcontinente. Con toda la rudeza de un informe comercial, Belén Blázquez concluye el cuento de los esfuerzos centroamericanos del Ejecutivo español. Llegó el momento de *rentabilizar el apoyo*:

Europa no tardará en redescubrir que la proximidad de Latinoamérica es mayor que la de su frontera sur. De ninguna manera se quería perder el camino ganado hasta el momento. Ahora que la región parecía, al menos en la teoría, en paz, llegaba la hora de rentabilizar tanto para Europa como para España el apoyo prestado durante esos años. Siempre con un claro referente, no dejarse avasallar por EEUU y, por tanto, intentar ser un buen competidor frente al potencial norteamericano. Había que llenar de contenido esa definición de España como potencia media.

Y España, como potencia media, crea un mercado de solidaridad para jóvenes profesionales en paro –algo muy real en los ochenta– y una excelente red de antenas políticas y sociales que,

mediante el mundo de las ONG, contribuían a extender la influencia del modelo español en todos los países del continente. Cuyas nuevas misiones, estas nuevas camadas cuyo epicentro fue Centroamérica retomaron el papel que la Iglesia había tenido durante siglos como vanguardia de la hispanidad y, aunque divididos por rebatiñas ideológicas, presupuestarias y regionales, el mundo de la cooperación, todas sus agencias y organizaciones, ha cumplido el papel que el Gobierno español estableció para ellos. Nadie mejor que Marcos Roitman, el mayor experto en la reconquista hispánica de América Latina, para definir su conversión en brazo ejecutor de la política exterior:

Todo tiene su origen en los gobiernos del PSOE en los años ochenta del siglo xx. Allí se produce el punto de inflexión. Felipe González buscaba una visión despolitizada hacia América Latina, ligada a intereses económicos; mientras tanto, ponía sus miras en un discurso europeo y atlantista. Es el fin de las concepciones antiimperialistas del PSOE. El nombramiento de Francisco Fernández Ordóñez, empresario, en la cartera de Exteriores es significativo. La política con América Latina comienza un nuevo ciclo, busca separar la acción del Estado, el Gobierno y los partidos políticos. Igualmente, Felipe González apoya a Estados Unidos y promueve la contrarrevolución en Nicaragua, El Salvador y Guatemala; en contrapartida consigue que las empresas españolas puedan actuar sin cortapisas en la región. Un acuerdo de caballeros. La crisis de la deuda externa favorece a los empresarios españoles, que entran a saco en medio de los fastos del quinto centenario. El PSOE mantiene la estabilidad económica y Felipe González logra la última reelección. Pero es la claudicación de la soberanía en materia de política exterior. Cualquier decisión sobre América Latina que afecte el orden geoestratégico de Estados Unidos deberá ser consultada. La visión hemisférica diseñada por el Pentágono se traslada a la Moncloa.

En este proceso, América Latina entra a formar parte de un campo de batalla doméstico. Supone apropiarse de fondos para aumentar su espacio de poder entre las elites del continente a la hora de gestio-

nar concesiones. Construir redes. Para ello se fortalecen las fundaciones partidarias al amparo de nuevas leyes. Se busca enmascarar un espacio para la formación de cuadros e incidir en los procesos de transición. Es la época de mayor trasiego. Cursos de verano, seminarios internacionales. Es el tiempo de la creación de Organizaciones No Gubernamentales (ONG) vinculadas a los partidos, la forma más habitual de desviar fondos y subvencionar las actividades políticas. La fundación Cánovas del Castillo del PP o la Pablo Iglesias del PSOE, no menos que las sindicales o los organismos semiestatales. Se utilizan todos los medios: ministerios, secretarías de Estado, centros, etcétera. Hoy es la Fundación Carolina, una meretriz creada para dicho efecto. Durante los gobiernos del PP se dieron becas de posgrado casi en su totalidad a dirigentes de la derecha latinoamericana. Integrantes del PAN mexicano, la UDI y RN chilena o los conservadores colombianos, no menos que hondureños y nicaragüenses, gozaron de sus fondos entre 1996 y 2004. Hoy lo hace el PSOE, que de paso edita a sus ideólogos, como antes lo hizo el PP. Otra institución al uso es la Agencia Española de Cooperación. No está exenta de este juego sucio. Parte de los presupuestos que destina el Estado entran en un reparto partidario según se gobierne. Lo que menos interesa es América Latina. Los favores de hoy se pagarán mañana. Ahora se reedita la Organización Iberoamericana de Cooperación. La corrupción es la manera de aproximación con los Gobiernos de América Latina, que no hacen más que otro tanto: no ven, no oyen y no hablan. Se benefician de lo que reciben, las migajas, salvo excepciones que denuncian, pero lo pagan, como Cuba, y ahora Venezuela y Bolivia.

Por otro lado, organizaciones paralelas como ONG para el desarrollo pueden contar con dinero público capaz de hacer revertir bajo falsos proyectos una parte del mismo hacia las organizaciones. Esta actividad lleva dos décadas siendo una forma de vida y de militancia política del PP, el PSOE no menos que del resto de la derecha e izquierda. En este sentido, existen otras instituciones para el estudio y fomento de la democracia, la paz, el desarrollo, la cooperación, la negociación creadas por el PSOE y el PP, partidos parlamentarios

mayoritarios que atesoran más de 70 por 100 del total de fondos públicos. Todo un logro. Hablamos de cientos de millones de euros. Se trata de un proceso que forma parte de la política interna de concesiones; sin contar ayuntamientos y comunidades autónomas. América Latina es un filón de dinero político. Piénsese que en Madrid Ana Botella, esposa de José María Aznar y concejala de Bienestar Social en el Ayuntamiento, ha dado a las Organizaciones No Gubernamentales encubiertas de su partido un trato de favor para los proyectos de cooperación que terminan por ser verdaderas campañas de proselitismo. Al día de hoy, se obtienen acuerdos espurios en los que el PP y el PSOE se dividen los fondos en detrimento de las ONG independientes, para así continuar disfrutando del reparto del pastel.

América Latina es una imagen que se traduce en votos en las elecciones internas. Son muchos los jóvenes que se articulan a las ONG y están sensibilizados con la pobreza o la migración y lo proyectan como un símbolo de su «buenismo». Pero son los empresarios quienes asumen la dirección de política exterior, cuya lógica está fundada en los intereses del capital trasnacional acorde con la dinámica de la economía de mercado. El siglo XXI unió al PSOE y el PP en su visión latinoamericana: un mercado grande y libre. Ambos partidos, además de los nacionalistas PNV y CiU, son cara y cruz de la misma moneda. En la dirección del BBV y del Santander hay por igual representantes de todos ellos⁴.

Y este *complejo solidario* forma parte de la cuarta dimensión de la política exterior que, como recuerda Joaquín Roy, son todas las vertientes suaves de una estrategia internacional, imponderables tan esenciales en este negocio transoceánico como los descendientes de la emigración española de 1900 y sus círculos de poder, donde, por ejemplo, el factor gallego ha sido básico para abrir el mercado brasileño y ejerce una terrible fuerza de presión en lugares como Venezuela. Cuarta dimensión que incluye el tradicional

⁴ M. Roitman, «Los ejes de la política exterior española hacia América Latina», *La Jornada*, 19 de febrero de 2007.

papel de la Iglesia como arma latente de la hispanidad o el factor cultural de la geopolítica española en América Latina, por ejemplo, que incluye la industria del libro española y sus sucursales en el continente, tanto o más importante que la propia labor del Instituto Cervantes, pues, gracias a este hispanizado sector, la mayoría de escritores latinoamericanos publican, o lo intentan, en editoriales ibéricas, mientras una parte nada desdeñable de la intelectualidad lee, acata o colabora en el complejo cultural del Grupo Prisa, sea en los libros de texto de Editorial Santillana, sea en las páginas de *El País* o en sus cadenas de radio. Sus ejércitos mediáticos moldean el pensamiento de las clases medias y marcan la pauta derechista y corporativa generada desde la nueva capital de América Latina, Madrid, que en muchos aspectos supera ya a Miami. Cuarto factor, cuarto poder también, que llega a cubrir todos los aspectos comunicativos de la realidad latinoamericana tal como hace la Agencia EFE, que desde 1993 desplazó completamente a France Press, Reuter's o las norteamericanas AP y UPI como centro y origen de las noticias en todos los medios en español desde California hasta Chile.

Estrategia política informativa y cultural con *visión iberoamericana* que dota al imperialismo manso español de los instrumentos necesarios para conformar las opiniones, las aficiones y las tendencias de un público fascinado. Entre un caudal de series españolas, *Cuéntame* y *Los Serrano* son éxitos permanentes en cualquier canal latinoamericano, y la normalización de la televisión por cable, los informativos de TVE, sus debates y todo lo que acontece en España se ha convertido desde hace cuatro lustros en la comidilla de América. Y el factor más impactante de todos –el hecho de que los pueblos latinoamericanos siempre han sentido una atracción fatal hacia la Madre Patria en forma de adoración por sus cantantes, sus reyes o sus actores– ha permitido que la venta del milagro español por todas las agencias de la hispanidad pisara un terreno fértil y añejo donde, por ejemplo, la revista *Hola* lleva décadas siendo el Gotha de toda clase-mediera aspiracional.

Entre los ensueños absolutistas de las oligarquías latinoamericanas que pasan por Toledo a buscar la hidalguía perdida y la inevitable mirada periférica hacia la metrópoli, siempre autista y prepotente pero siempre presente en el imaginario colectivo de los pueblos colonizados, el factor cultural se convirtió al fin en una maquinaria de creación de consensos favorables a España que sus empresas han aprovechado intensamente.

* * *

Pero también es cierto que España no se basta sola. La Cumbre de Guadalajara, en 1991, no hubiera podido producirse sin la colaboración entusiasta del que fuera faro político y cultural de las Américas, los Estados Unidos de México, a cuyo frente un hombre surgido del fraude electoral y las ruinas del nacionalismo mexicano, el presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), buscaría en la Península la cobertura y la legitimidad que su proyecto de privatizaciones generalizadas y liberalización extrema necesitaba. Felipe González, convertido en el estadista de moda, fue el aliado europeo que marcó la pauta en su inserción en el espacio norteamericano, con el referéndum de la OTAN en 1986, y en su subordinación a los grandes intereses corporativos, nacionales y extranjeros, mediante su absorción, subsidiaria y dependiente, al Mercado Común europeo.

En la depresiva mirada de América Latina, había la contraparte bonita: el sueño del Estado del bienestar hispánico que proveía todo aquello que las viejas promesas de los años treinta no habían conseguido en décadas, como la educación pública de calidad, la seguridad social universal y gratuita, las infraestructuras decentes y un sustancial aumento del ingreso per cápita. España era un pueblo que ya no pasaba hambre, vivía con más decoro que los antaño potentes argentinos o mexicanos, y había superado las secuelas de la Guerra Civil, el conflicto religioso, hasta la lucha de clases, mediante un arsenal de maravillas que dio en llamarse Transición, consenso y Pactos de la Moncloa, mantra trifásico que em-

pezó a expandirse como una nueva religión política por todos los países del Nuevo Mundo como el primer producto de exportación española.

La verdadera pócima ibérica de exportación –el paquete de la transición perfecta– no era más que un calmante para hacer más llevadero el previsto desguace de los Estados latinoamericanos, sus soberanías regionales y sus modelos económicos mixtos, acusados todos de populismo, apenas tolerados ante la amenaza soviética, y la emulación cubana, pero un mal menor cada vez menos aceptado por EEUU, como se veía desde el golpe de Estado contra Allende en 1973, cuya línea de asalto y derribo concluye con el colapso del desarrollismo mexicano, nacido del cardenismo. Según palabras del ex secretario de Gobernación mexicano entre 1982 y 1988, Manuel Bartlett, «con la caída del muro de Berlín nuestro modelo ya no era funcional a los intereses de Washington, así que decidieron acabar con el Estado mixto y ésta fue la función encomendada a Salinas de Gortari»⁵.

Por todo ello, y aparte de las pautas históricas de la política exterior, hay algo más crudo y rudo en esta reconquista corporativa de las Américas: el modelo español se define por ser la hoja de ruta del golpismo neoliberal y su misión de liquidar las soberanías autónomas ante el reajuste mundial que el nuevo capitalismo financiero puso en marcha en los setenta, del cual son hijos tanto Felipe González como Carlos Salinas. Así lo contó años más tarde el joven asesor del presidente Allende, el valenciano Joan Garcés en su imprescindible *Soberanos e intervenidos*:

La Constitución de 1978 institucionalizó una vía de desmantelamiento progresivo del Estado en el sistema internacional construido durante la Guerra Fría. Un proceso político semejante es lógico que sea reflejo de la sociedad en que se da. Cuando los sectores sociales internos dominantes se hallan mediatizados desde potencias extranjeras [...] también lo estará el aparato armado del Estado interveni-

⁵ Entrevista de Oriol Malló a Manuel Bartlett, 12 de julio de 2008.

do. Desplazados los intereses y lealtades estratégicos hacia centros de decisión ajenos es la estructura de la nación la que se agrieta y amenaza derrumbe (mientras) el andamiaje del sistema de gestión interna es articulado como una prolongación local de los centros de decisión superestatales. Desde esta perspectiva, tan lógico es que el Estado español el 28 de junio de 1976 haya renunciado al privilegio que desde 1478 ostentaba de participar en la designación de obispos católicos, como que en 1976 haya abrogado las normas legales que le permitían actuar sobre la actividad económica interior, o que la Constitución de 1978 haya posibilitado a una mayoría coyuntural en el Congreso ceder competencias propias de la soberanía nacional sin hacer obligatorio su refrendo por los ciudadanos⁶.

Es decir, un proceso integral donde, poco a poco, y sin apenas oposiciones, España ha ido abandonando los espacios de soberanía posibles en una desintegración hacia fuera y hacia dentro, gracias a las permanentes cesiones de soberanía a la Unión Europea y a las organizaciones mundialistas, como el FMI o la OTAN, mientras, en la implosión interna, una espiral de aislacionismo enfermizo genera absurdas guerras culturales entre el centro y la periferia, donde las bandas protofranquistas o soberanistas fomentan relatos de confrontación que llegan a extremos ridículos. Ejemplo cruel de ello fue el pleito de verduleras por la privatizada Endesa que enfrentó en 2007 a los complejos político-empresariales de Madrid y Barcelona, donde cada grupo echaba porras por su consorcio preferido: la catalana Gas Natural, la vasca Iberdrola o la alemana Enron, querella de grandes capitalistas donde nadie invocó la renacionalización del gigante eléctrico para evitar lo que se sabe en estos casos: que las tomas accionariales de cualquier monopolio privado de servicios públicos, nacional, periférico o extranjero, acaben siendo negativas para los intereses populares. Cuando la gente ya ni recuerda que los pleitos de los oligarcas

⁶ J. E. Garcés, *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales americanas y españolas*, Madrid, Siglo XXI de España, 2008, p. 182.

siempre acaban con el saqueo final de los consumidores, y llegamos a creer que una sociedad de especuladores profesionales como La Caixa representa los intereses de Cataluña, es señal de que las querellas de campanario, los delirios del hispanismo madrileño o del catalanismo barcelonés han drogado el sentido común de las clases populares.

Rehenes de los monopolios privados, que defendemos como nuestros, vamos borrando, para siempre, el sentido de las grandes luchas que en tiempos de la Segunda República definieron la posibilidad de que España fuera algo más que el paraíso del no poder o, hablando en plata, el Puerto Rico de Europa, con la diferencia de que los boricuas saben que son un triste pequeño protectorado y en cambio algunos de nuestros compatriotas se creen el centro del mundo. Ésta es, a mi entender, la verdadera clave de comprensión del estudio de geopolítica y suicidio colectivo que nos legó Joan Garcés y que explica, mejor que tanto humo transicional, «la progresiva eutanasia de la conciencia de Estado y nación», cuyo destino final, prácticamente visto para sentencia, será aplicar «normas económicas, políticas y militares decididas en centros respecto de los cuales el Parlamento español desempeñe un papel secundario –como hoy el de la Rioja u otra comunidad autónoma respecto de las Cortes españolas–», de modo que al final esta cosa llamada Estado desaparezca y quede su único atributo real acorde a la carta magna, «la constitucionalización del sistema económico en su específica variante capitalista»⁷. Donde no hay un verdadero poder público, sólo manda el poder desnudo de lo privado y sus franquicias político-administrativas, que es a fin de cuentas el Estado de la nación a principios del siglo XXI.

Éste es el modelo español. El mismo papel subsidiario que Carlos Salinas de Gortari buscó dentro del espacio norteamericano para su propio país y que explica los grados de devoción y mimetismo, o la emulación ibérica, que fascinó a la clase política mexicana. Como dicen los apologistas de la reconquista española,

⁷ *Ibidem*, pp. 182-185.

aquello que Salinas promovió en México desde 1988 –reducción de la inflación, los aranceles y las subvenciones, privatizaciones e incentivos a la inversión extranjera, debilitamiento del poder sindical y una nueva relación con su principal inversor y socio comercial, Estados Unidos– ya lo había hecho España en relación a su propia economía y a los grandes poderes europeos, el eje Bonn-París-Londres.

La nueva forma de inserción de México en el sistema internacional planteaba, con urgencia, la exigencia de reequilibrar las relaciones exteriores, «reforzando los ejes latinoamericano y europeo» de forma que el presidente Salinas se mostró «particularmente receptivo al establecimiento de un mecanismo de concertación que: 1) permitía establecer una colaboración especial con España y, por su intermedio, con la CEE, 2) reunía al conjunto de estados latinoamericanos, 3) daba satisfacción a sectores de la elite intelectual y social mexicana que postulaban una senda nacionalista y proteccionista de carácter latinoamericano, o promovían la creación de una relación especial con los países ibéricos»⁸. Un mecanismo de simulación a dos bandas para esconder el alineamiento absoluto de México y España al nuevo *diktat* de Washington.

Desde entonces, entre visitas reales, cooperación exterior, puentes tendidos, amistades inquebrantables, cual Salinas-González, Zedillo-Aznar y Calderón-Zapatero, rodó la reconquista española de México y la propia conquista del Estado mexicano por la tecnocracia financiera y los coyotes de la Bolsa. La simiente de la I Cumbre Iberoamericana de Guadalajara fue el fruto de estos factores de convergencia que Francisco Fernández Ordóñez mencionó el 3 de agosto de 1992, en el extinto periódico *Ya*: «La cercanía personal, incluso intelectual, entre el actual equipo de Gobierno mexicano y el español. El rey y Felipe González mantienen una muy buena comunicación con Carlos Salinas de Gortari. En segundo lugar, los empresarios españoles están conven-

⁸ R. A. Sanhuesa, *Las cumbres iberoamericanas: comunidad de naciones o diplomacia clientelar*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2003, p. 32.

cidos de que con México se puede trabajar, porque existe una relación económica que funciona. Además, España ha demostrado que México es un amigo fiable en la CE. Todo este conjunto de cosas ha generado un ambiente de relación que no sólo es privilegiada, sino fraterna. Esto ha permitido el proceso de las cumbres iberoamericanas, sin precedente en nuestra historia común».

Y éste fue el zafarrancho previo al grandioso teatro publicitario que en 1992 puso a España en su sitio, como dijo el presidente de la Comisión V Centenario y alto funcionario del PSOE, Luis Yáñez, responsable del

proyecto más mimado y cuidado del Gobierno de Felipe González, un proyecto sumamente ambicioso de inversiones astronómicas, destinadas ante todo a crear una imagen de modernidad y dinamismo y dar mayor protagonismo a España en los foros internacionales. Un proyecto diseñado en los primeros meses de 1983 que colocaba entre sus principales objetivos el de la proyección de España en la escena internacional, respaldada primero por la idea de la Comunidad Iberoamericana de Naciones y confirmada luego por las Cumbres Iberoamericanas de jefes de Estado y de Gobierno en Guadalajara (1991) y Madrid (1992)⁹.

Cascada triunfal que no sólo se visualizó en los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla o la misma Cumbre de Madrid, sino en la batería de tratados bilaterales, congresos históricos, lanzamientos de satélites como el Hispasat y otras ofrendas al altar de la nueva España cuyo plan ejecutivo era «ocupar un lugar afianzado en el reducido grupo de países que constituyen la avanzadilla económica y política mundial»¹⁰. Luego, llega la pregunta que Joaquín Roy, conservador académico de Miami, se hace de forma recurrente en varios de sus libros: ¿por

⁹ W. L. Bernecker, J. M. López de Abiada y G. Siebenman, *El peso del pasado: percepciones de América y V Centenario*, Madrid, Verbum, 1996, p. 49.

¹⁰ *Ibidem*, p. 47.

qué América Latina es, en cierta manera, un «asunto interno» de España? ¿De dónde vino eso del puente entre Europa y América Latina? Y en sus textos de 1994, cuando la reconquista económica empezaba a acelerar sus pasos, una primera conclusión resalta sobre todas: el nuevo continente es la única «política exterior de sustitución»¹¹ viable porque en el reparto mundial nunca hubo de otra par un segundón como España. Y lo mismo aplica en política económica, donde los márgenes del capitalismo español eran tan estrechos en el continente europeo que la vía americana siempre estuvo ahí como la única vía de escape.

Que América Latina era la vía de escape del *cul-de-sac* español lo sabía todo el mundo. Y desde que Felipe González expandió la idea del nuevo descubrimiento de las Indias, todo se preparó acorde al guión. Así fuera en Barcelona o en la Exposición Universal de Sevilla que olvidando la faramalla del hispanismo carpetoetónico se volcó a la más funcional reconquista económica. La jugada estuvo tan a la vista que cualquier historiador pudo darse perfecta cuenta de la estrategia corporativa que latía tras los fastos sevillanos. Así lo escribió el historiador andaluz Antonio Acosta tan temprano como en 1988.

Refiriéndonos a la esfera de la Expo '92, apoyada de forma muy importante por el Gobierno con fondos de los Presupuestos Generales del Estado con cantidades que ascienden a más de 2.500 millones de pesetas al año, desde luego no se puede decir que no comprenda amplios programas culturales que aún no están perfilados; sin embargo probablemente la clave de la Expo la constituya el denominado Club 92, una potente asociación empresarial creada para sacar provecho de la celebración del V Centenario en Sevilla. En ella se encuentran desde empresas financieras, como el Banco de Bilbao, el Banco Hispanoamericano o el Banco de Granada, a constructoras,

¹¹ J. Roy, «La naturaleza de las relaciones de España con América Latina», *Instituto de Estudios Ibéricos/Centro de Estudios Internacionales*, Miami/Barcelona, 1996, pp. 23-53.

como Dragados y Construcciones, Agromán, Entrecanales y Távora o Huarte y Cía., que están llamadas a jugar un importante papel en las obras de infraestructura que se realizarán en la ciudad, o incluso eléctricas y de telecomunicaciones, sin mencionar a otros sectores, como la Compañía Sevillana de Electricidad o Abengoa, probablemente una de las empresas privadas españolas con mayor volumen de negocio con América Latina. No por casualidad, don Javier Benjumea, directivo de dicha empresa, fue elegido en octubre de 1984 para presidir el Club 92.

Un análisis que Acosta llevó hacia la historia comparada. Con similitudes veraces y turbadoras:

¿Qué está sucediendo en nuestros días? Pues que, *mutatis mutandis*, la multiplicidad del siglo XVI parece haber retornado. La actividad económica de España cuando se acerca el V Centenario se despliega, en primer lugar, tanto en los sectores interior como exterior de la economía. De un lado, tanto el Estado como el capital privado aspiran a incrementar las inversiones de capital y mercancías a aquel continente y, por otro, sectores como el inmobiliario, la construcción y las finanzas quieren aprovechar igualmente, de puertas adentro, la oportunidad de beneficios que les brinda la celebración de los 500 años de la llegada española a América¹².

El año de España no fue sólo la culminación del proyecto de cartelización del capitalismo español que encabezó la administración social-liberal del PSOE. Sus tres eventos principales –Exposición Universal de Sevilla, Juegos Olímpicos de Barcelona, II Cumbre Iberoamericana de Madrid– sintetizaron una estrategia de largo alcance que tras la derrota cubana de 1898 buscó la reconstrucción de unas nuevas y potentes redes de la hispanidad que al amparo del

¹² A. Acosta, *América Latina: historia y pretexto (el 92 una operación en marcha)*, Boletín Americanista, n.º 37, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1987. Disponible en <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/viewFile/98466/146100>.

poder imperial norteamericano permitieran al Estado español ejercer una tutela económica y política sobre las Américas. Fue justamente en 1992, con el V Centenario de la conquista americana, rebautizado por el académico mexicano Miguel León-Portilla, íntimo amigo de Juan Carlos I, como el «encuentro de dos mundos», cuando tuvo éxito el sueño *hispanista* de Alfonso XIII. Del abuelo al nieto, pasando por Franco, todos los regímenes de España quisieron hacer de las Américas su Commonwealth o espacio de influencia ibérica. Y aunque el raquitismo del primer franquismo pareció posponer tan ambiciosos planes, la erección de una poderosa burguesía desarrollista en la segunda etapa de la dictadura, a partir de 1957, sentó las bases reales del desembarco americano. Obsesión tan pertinaz de *mando* que requiere un lugar especial para los representantes de Madrid en todas las cumbres iberoamericanas. España sí recuerda su historia imperial y por ello no ha cambiado un ápice su estrategia exterior. Ni siquiera sus malas costumbres. Ésta es la razón por la cual los funcionarios del rey siguen hablando de Iberoamérica, ajenos justamente a la realidad latinoamericana. Y no sólo hablan sino que imponen a las naciones latinoamericanas nomenclaturas hispanistas. Motivos hay para el derrotero pseudoimperial de España.

* * *

Desde 1959, con el arranque de la liberalización económica, el déficit de la balanza comercial se convirtió en un problema estructural permanente. Es decir, aparte de hortalizas y coches, España no tenía nada que vender en los mercados europeos; su alta dependencia energética y de materias primas la convertían en candidata natural al déficit crónico, y sólo el turismo masivo y las remesas de los trabajadores inmigrantes equilibraban la balanza de pagos. Pero curiosamente América Latina era el único lugar donde el comercio español disfrutaba de un saldo exportador positivo. Es decir, el nuevo continente compraba el 12,6 por 100 de todas las exportaciones españolas y, aparte de los tradiciona-

les productos para colmados, ultramarinos o tiendas de abarrotes –aceitunas, sardinas o aceite–, el *boom* industrial español hizo que los excedentes de producción fluyeran hacia América Latina a partir, sobre todo, de 1970.

Calderas, máquinas, fundiciones de hierro y acero, tractores, productos químicos, materiales plásticos, pieles y cueros, aluminio o cerámicas eran importados a México, por ejemplo, en el momento cumbre de 1980, mientras que esta república mesoamericana, fuera del estratégico petróleo, apenas vendía a España garbanzos, cobre concentrado, café sin tostar, azufre en bruto, bacalao, tabaco, amoníaco y colorantes vegetales, con un saldo negativo de 221 millones de dólares para la balanza comercial mexicana. Javier Vidal Olivares, catedrático de la Universidad de Alicante, desmiente la peregrina idea de que la reconquista empezó de la nada a principios de los noventa. Como ya vimos en el segundo capítulo, la experiencia de la CHADE en Argentina demostró desde 1920 que la gestión corporativa a gran escala dio a los empresarios y políticos catalanes en Buenos Aires las dimensiones de un *lobby* que a su vez hizo fuerza de grupo usando como ariete la Cámara de Comercio española, hasta tal punto que ésta fue una vía de influencia y control que quedó ya establecida en la vida argentina.

Y pronto veremos lo fácil que fue volver a trazar los caminos del cártel español en Buenos Aires mientras en México, en el ocaso del dictador Porfirio Díaz, para 1910, las redes empresariales españolas mantenían un privilegiado vínculo con la alta política de la capital que un siglo después vuelve a reproducirse a escala mayor. Todo lo cual no es casual y por ello el franquismo no fue tan diferente en sus objetivos comerciales en el mercado americano:

El peso de las políticas de industrialización por sustitución de importaciones –ISI– auspiciadas por la mayor parte de las economías latinoamericanas, fue un poderoso acicate para tratar de superar las barreras de entrada a estos mercados mediante inversiones

de capital extranjero. España, al calor de sus propias políticas económicas de liberalización, permitió que las empresas y los empresarios españoles se instalaran en el exterior como un mecanismo de seguridad para el crecimiento económico español y también para apoyar las ayudas concedidas por el sector público empresarial a muchos países latinoamericanos bajo el paraguas de la política de cooperación técnica impulsada por el Ministerio de Industria y el de Asuntos Exteriores de Franco a finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. Fue por la denominada ayuda al desarrollo latinoamericano que la diplomacia franquista desarrolló para conseguir apoyos políticos en la región con el objetivo de reforzar la débil posición española en el escenario internacional y, muy especialmente en Europa, donde la firma de los Tratados Preferenciales con la Comunidad Europea, signados en 1970, había hecho concebir esperanzas al régimen de Franco de poder conseguir un acceso más rápido al Mercado Común. Ambos ministerios utilizaron al Instituto Nacional de Industria (INI) para poner en marcha esta política de cooperación técnica en numerosos sectores industriales. En materia de aviación civil el INI impulsó la cooperación técnica con aerolíneas públicas latinoamericanas a la compañía aérea de bandera española Iberia.

La aplicación de la ISI y de sus instrumentos asociados de política económica en América Latina (control de cambios, intervención permanente de los bancos centrales, tarifas aduaneras en permanentes cambios) obligó a los empresarios españoles a centrarse principalmente en la industria manufacturera, sobre todo en los transformados metálicos, instrumentos de precisión y, en menor medida, en el sector financiero, sector pesquero, construcción y alimentos. Esta distribución sectorial en la expansión de las inversiones extranjeras españolas cobró más importancia en la región latinoamericana ya que en ella la banca alcanzó el mayor porcentaje en valores de las inversiones, seguida del comercio y las industrias manufactureras. Finalmente la minería y materiales para la construcción cerraban las preferencias de las inversiones exteriores sectoriales españolas entre 1959 y 1973. En los años previos a 1980 ya

comenzó a experimentarse el crecimiento de las primeras empresas multinacionales españolas especialmente en la industria ligera y los servicios que concentraban más del 85 por 100 de las inversiones españolas en el exterior, en su mayor parte con intereses fundamentales en América Latina. El mecanismo básico de expansión de la empresa española fue la creación de sociedades *holding* para evitar costes de transacción y los problemas de carácter fiscal. Posteriormente fueron evolucionando a otros mecanismos a medida que la fiscalidad mejoró en el tratamiento de las políticas de ISI; y en su proceso de transición las empresas fueron adquiriendo más tarde participaciones en compañías locales o ampliando capital para ir invirtiendo directamente en las economías de destino¹³.

A diferencia de la reconquista corporativa de la década de 1990, las claves de la inversión española fueron otras y, en este sentido, la imagen cultural del capitalismo ibérico en tiempos setenteros sorprendería a cualquiera hoy en día. Es decir, la visión de un tigre industrial en ascenso capaz de ofrecer el camino del desarrollo a sus socios latinoamericanos tal como lo expresa un libro prospectivo de dos analistas mexicanos que en 1983 anunciaban la esplendorosa colaboración económica hispano-mexicana con mirada tierna: «La tecnología avanzada disponible en España» en sectores emergentes como «las plantas maquiladoras fronterizas» y el sector pesquero haría que los técnicos españoles se contratarían en México evitando el temible «desempleo», mientras que el país mesoamericano «mejoraría la dieta de su población» y todos, incluso «los acuerdos entre grandes empresas estatales» aprovecharían, en poco tiempo, un sinfín de armoniosas «ventajas económicas y políticas [...] para ambas partes»¹⁴. Entusiasmos proféticos que servían para consolarse mutuamente en 1983, mientras Méxi-

¹³ J. Vidal Olivares, «Antes de la “reconquista” de América: las empresas españolas en América Latina, 1880-1990», en *IX Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Murcia, septiembre de 2008.

¹⁴ L. Treviño Huerta y D. de la Pedraja, *México y España, transición y cambio*, Ciudad de México, Editorial Joaquín Moritz, 1983, p. 138.

co se hundía en el caos de la devaluación y la quiebra del Estado, y España seguía en el hoyo, pero en poco menos de un lustro todo había cambiado.

Entre 1989 y 1991 se cerró el ciclo histórico de la confrontación bipolar entre las dos grandes potencias surgido del mundo que se diseñó en la Conferencia de Yalta en 1944. Con el derrumbe del bloque del Este y el triunfo de EEUU en la Guerra del Golfo aparece una única superpotencia que marca el nuevo orden mundial, dentro de cuyos lineamientos la oligarquía bancaria española, bajo control y dirección del Gobierno socialdemócrata, habría llevado a cabo un proceso de fusión y centralización seguido por una recolocación financiera en sectores estratégicos, como las telecomunicaciones y la energía, subordinados a su vez al capital extranjero. Desde la entrada en la Unión Europea en 1986, y en sucesivas etapas de desregulación y privatización del sector público español, la conjunción de las nuevas empresas de servicios públicos privatizadas y la gran banca española marcaron la pauta de la segunda reconquista de América Latina.

A cambio de su incorporación al mercado europeo, la burguesía española renunció a disponer de un tejido productivo propio como mantienen EEUU, Japón o las grandes potencias europeas. Y mientras se acentuaba la subordinación a Alemania, Francia e incluso Italia en todos los rubros industriales, siguiendo la mágica frase del comisario europeo Jacques Dellors de que «España está en venta», las corporaciones de la nueva economía entraban en acción cambiando las reglas del juego e incluso las percepciones sobre España: Telefónica, Endesa o Repsol, por ejemplo.

Del «armonioso avance de las fuerzas sociales de cada país» que decían los investigadores mexicanos en 1982, donde se juntarían esfuerzos mixtos en una flota mercante e incluso en el diseño de compañías de aviación conjuntas, pasamos a la subasta y desmantelamiento de Aerolíneas Argentinas por parte de Iberia en un contubernio político-económico que pasó a las grandes páginas negras de la historia argentina. Ni que decir del papel del BBVA, el segundo banco del duopolio español, como depreda-

dor de la economía mexicana, cuyas comisiones usurarias y su inexistente apoyo a la industria local colocan a su filial Bancomer como una de las instituciones más odiadas de la banca azteca. Historias que cambiaron el sentido de las inversiones españolas de los setenta y volvieron a la senda neocolonial de la CHADE de Francesc Cambó. Inversiones que, en todo caso, no cambian el hecho de que los factores de la reconquista estaban en marcha desde hacía décadas:

América Latina fue la región en la que había contactos previos preexistentes, redes de empresas con orígenes españoles en todos los sectores, desde la alimentación hasta las industrias de bienes de consumo pasando por los servicios financieros; además, también había experiencias y un conocimiento del funcionamiento de las instituciones, los riesgos y posibilidades de éxito de las inversiones. Muchas de las empresas crecieron y se desarrollaron de la mano de socios locales, a menudo de orígenes españoles, y su trayectoria posterior como empresas multinacionales muestran la importancia de las etapas previas de maduración y conocimiento de los mercados que en algunos casos se remontan a finales del siglo XIX. No se puede seguir manteniendo que el surgimiento de empresas con vocación internacional, abocadas a los mercados mundiales y en muchos casos adoptando formas típicas de una compañía multinacional, sea un fenómeno reciente, de la década de 1990.

El proceso hunde sus raíces mucho más atrás y no puede ser expedientado en sus explicaciones, sin más, como un fenómeno de carácter cultural. Las empresas españolas no se centraron durante la última fase de expansión en América Latina por razones culturales o por afinidades lingüísticas. Existieron ciclos anteriores de aproximación y desarrollo, en los que el pasado colonial, desde el punto de vista de las instituciones, desempeñó un papel central. También el proceso migratorio secular desempeñó un papel crucial, ya que sentó las bases para una inserción económica y social de los españoles en la región latinoamericana sobre las que se desarrollaron las empresas y las iniciativas empresariales individuales. El conocimiento previo, la experiencia en los contactos, la existencia de redes comerciales y de

distribución más o menos desarrollada en cada país contribuyeron a sentar las bases sobre las que se asentaría después, cuando las condiciones externas e internas cambiaran, la expansión de carácter multinacional de las empresas españolas¹⁵.

* * *

Las cosas como son, hay otro factor a tener muy en cuenta y que no sobresa en la abundante literatura sobre el desembarco de las multinacionales españolas. Existe una gran variedad de ensayos sobre la nueva reconquista, pero en general su perspectiva es extremadamente técnica o economicista, llena de estadísticas, publicidad encubierta y mercadología sin sentido, encubre más que explica el sentido real de este asalto a Iberoamérica. Aun así, Ramón Casilda, connotado miembro de la elite gerencial que se ha forjado a la sombra del cártel español, como asesor de empresas y consultor del Banco Iberoamericano de Desarrollo, completamente tomado por la sección española del neoliberalismo, ha puntualizado en varios libros y artículos, hasta con prólogo de José Luis Rodríguez Zapatero, la clave más acuciante de esta súbita invasión corporativa. En uno de sus textos, aclara Casilda cómo empezó el tinglado:

Será a partir de 1993, con la creación del Mercado Único Europeo, cuando se producirá el fuerte impulso de internacionalización de la empresa española, pues era muy consciente de que debía competir en el mercado más exigente del mundo y, además, tenía que protegerse de posibles adquisiciones hostiles (OPA) por parte de las grandes empresas y grupos europeos. Esta respuesta de ataque realmente es una estrategia defensiva, y no, como se le acusó de ser, una feroz estrategia ofensiva caracterizada en el eslogan de *los nuevos conquistadores*. Esta llegada en «tromba» mereció, entre otros, la atención de *The Washington Post*, que acuñó otro reclamo para las inversiones, «riesgo y valor»,

¹⁵ J. Vidal Olivares, *op. cit.*

que conlleva un gran arrojo y seguridad en la partida que están protagonizando las empresas españolas en Latinoamérica¹⁶.

Quitando la ridícula propaganda heroica, Casilda ha señalado siempre que hasta el ingreso en la CEE las empresas españolas no comprendieron la necesidad de expandirse porque España no contaba ni con la experiencia internacional suficiente ni tampoco era una de las primeras economías europeas. Todo se convirtió en la existencial cuestión de sobrevivir en América o morir en Europa. El famoso tamaño de las compañías, la conversión en empresas oligopólicas de capital multinacional, destino final del capitalismo maduro, era viable si las privatizadas compañías conseguían copar nuevos mercados estratégicos.

Curiosamente, esta visión más casual que causal, coincide con las ideas y la trayectoria de uno de los más destacados ejecutivos del cártel español, Antoni Donadeu, un gerundese con larga experiencia bancaria en América Latina, ejecutivo del Banco Santander, que entre 1993 y 2000 presidió la Cámara Española de Comercio de Buenos Aires. Así lo cuenta este testigo de cargo:

A finales de los ochenta Felipe González reunió a los grandes empresarios y banqueros del país y les dijo muy claramente que desde el ingreso en el Mercado Común, los grandes países europeos habían comprado todo y más en España y que ante la disyuntiva de ser un ratón en Europa, mejor ser rey en América Latina que era la alternativa para crecer y hacernos fuertes. Les dijo que tenía información muy precisa de que la quiebra de los estados latinoamericanos los forzaría a vender sus empresas públicas y que gracias a la red de amistades que él había tejido con la mayoría de presidentes de aquellos países, las decisiones se decantarían a favor de España. Pero no te creas que fue fácil, muchos de los reunidos le expusieron sus

¹⁶ R. Casilda y J. Llopis, «Inversión extranjera directa e internacionalización de las empresas españolas en América Latina», *Boletín Económico de ICE (Información Comercial Española)* 2961, pp. 21-33.

dudas. Varios ya habían estado allí en los setenta, sobre todo bancos, y se pillaron los dedos con la crisis de la deuda y las devaluaciones de los ochenta. Querían garantías y no estaban muy convencidos pero Felipe González les dijo que las privatizaciones que empezarán en Argentina con Carlos Menem se harán rápidamente y con garantías jurídicas, así que les proponía presentarse y probar con la experiencia argentina si valía la pena volver a América Latina¹⁷.

Antoni Donadeu conoce esta historia al dedillo. Él fue uno de los jóvenes ejecutivos bancarios a los que hace cuatro décadas el Banco Hispanoamericano, creado en 1900 con los fondos repatriados de Cuba, mandó a América del Sur para expandir sus oficinas internacionales. Estuvo en Bogotá, en Lima, en Caracas y recaló en Buenos Aires, su verdadero centro de operaciones. Catalán formado en Madrid, no regresó a Europa tras la década perdida de 1980 y su nombre se vinculó, por antigüedad y estatus, al complejo bancario-industrial español en América Latina. Una carrera imparable que continuó en el Banco Central Hispano (BCH) y terminó en 1999 con su incorporación al Grupo Santander.

Había otro veterano conquistador en la cancha, un superviviente de los tiempos dorados, Esteban Serra Mont, quien fuera responsable de Círculo de Lectores, el gigante alemán de la venta de libros a domicilio, en la década de los setenta y pasó de acompañar a Borges en la feria del libro de Guayaquil a meterse en negocios energéticos que lo convirtieron en subdirector de Gestión de Negocios Internacionales de Iberdrola, o el cerebro de la expansión de la eléctrica vasco-madrileña en el Cono Sur. Y en este punto corrobora Serra la misma versión:

Francisco Fernández Ordóñez fue un hombre que impulsó y promovió que las empresas españolas fueran a América Latina. Estaba en el juego pero nuestro interlocutor real siempre fue Felipe González. Yo he hecho 14 viajes con F. G. Él iba país por país y se pateaba todo. Se reunía

¹⁷ Entrevista de Oriol Malló a Antoni Donadeu, 5 de noviembre de 2007.

con empresarios, con presidentes, con obispos, con quien fuera. Él estuvo en primera línea ayudando a que esto fuera posible. Tenía una visión muy clara de que la fuerza de España en Europa consistía en ser fuertes en América. Esto es lo que nos daría una ventaja competitiva diferencial ante Europa. Nos daría volumen en Europa y cada vez que surgía un tema, un conflicto, él era quien hablaba de tú a tú con los presidentes. Aznar no. Ni caso nos hacía. F. G. Cada vez que venía a América primero se reunía con nosotros y después se iba a ver al presidente de turno¹⁸.

Estos dos veteranos, y otros dos recién llegados, Jordi Dolader por Endesa y Francisco Badía, hombre de confianza del visionario Pedro Durán Farrell en Gas Natural, formaron la espina dorsal de aquel desembarco corporativo en América. Lo recalca Serra:

Todo esto tiene un principio. A inicios de 1992. Las primeras privatizaciones en Argentina. Salvo BSCH que llegó un poco después a través del Central Hispano que ya llevaba años en Sudamérica con Antoni Donadeu a la cabeza y fue el jefe de operaciones. Y él sí conocía la zona porque estuvo en el Central como banca de negocios, no de sucursales abiertas. Conocí a Donadeu en 1977 cuando estaba yo en Círculo de Lectores. Y luego estuve diez años antes en otros sectores también en América Latina. La casualidad que se da es que Gas Natural es de Barcelona, y es Paco Badía a quien mandan a la Argentina, Donadeu va por Santander, Jordi Dolader por Endesa y yo por Iberdrola. El último, Javier Nadal, de Telefónica, que sólo a medias era catalán. Nos conocíamos todos de antes pero fue pura casualidad que nos juntaran para tomar las riendas de las empresas privatizadas. Así salimos de Barcelona...

Cerca de la Estación Central de Sants, en un piso particular, discreto e imperceptible, este poliédrico *conseguidor* sigue intermediando en asuntos latinoamericanos:

¹⁸ Entrevista de Oriol Malló a Esteban Serra, 12 de marzo de 2008.

Yo ahora asesoro a Gobiernos americanos y a empresas catalanas que quieren estar en América. Y es interesante América porque tienes ventajas comparativas. La importante ventaja del idioma. Costos de producción mucho más baratos. Un mercado en crecimiento importante. Y además somos bien recibidos. Hay dinero para encontrar socios. América Latina tiene pasta para invertir. Mucha pasta. Otra cosa es que esté mal distribuida la riqueza. Pero es bien simple: tú vas a Guatemala y hay nueve familias que tienen todo el dinero del mundo y más. Y tú vas a Brasil y hay 200 familias forradas de dinero. De éstos que preguntan «¿Y cuánto hay que poner?». Y ponen la pasta ipso facto. Igual pasa en México y en el resto de países. La concentración de la riqueza y el poder en los países subdesarrollados es mucho más alta que en los países desarrollados. Están los conglomerados empresariales, las grandes familias, 20 tíos en cada país que dominan la mitad de la economía. Y por tanto tienes socios. Tú te vas hoy a Perú y todas las familias que tienen minería están ahí con la pasta y preguntándose dónde y en qué la invierten. Ya te diré yo lo que hago... Si eres serio, pues adelante y, si no, sales volando porque esta gente no se deja timar.

Serra asesora a todos pero sus consejos cuentan, porque un día formó parte de la nueva conquista. Fue delegado general de Iberdrola para Iberoamérica cuando la empresa eléctrica se hizo con la zona de Rosario y el nordeste de la provincia de Buenos Aires, una de las ocho zonas del antiguo monopolio público Gas del Estado privatizado y subastado en 1992, donde Gas Natural sacó la mejor tajada con el norte y el este del Gran Buenos Aires, que ya era en aquellos tiempos la mayor área de consumo residencial de gas en todo el continente con un millón cuatrocientos mil clientes cautivos. El mismo año que Iberduero e Hidrola se fusionaron para convertirse en el primer grupo español de generación eléctrica, todo el cártel ibérico y sus primeros gerentes americanos, los nuevos conquistadores por méritos propios, llegaron a Buenos Aires para demostrarse a ellos mismos y a sus patrones que Iberoamérica sí rendía. Antes de llegar, Serra *dixit*, así estaban las cosas:

Lo que dice el periódico y la realidad poco tienen que ver. En nuestras operaciones en América Latina éramos cuatro gatos contados. Había un tío por empresa que tenía toda la información... de todo el continente. Los cinco nos centrábamos en conseguir toda la información. Los cinco nos enfrentábamos a cada país y los cinco enfrentábamos los mismos problemas. Por eso trabajábamos en equipo. Teníamos los mismos problemas. Cuando uno tenía que lidiar con el Gobierno, el otro lo ayudaba. Había un concepto compartido de que nos estábamos jugando muchísimo en un proyecto de internacionalización. Y una cosa es la que decía el consejo de administración y otra era el día a día. Es más. Se fundó en Argentina una asociación donde estábamos Telefónica, Iberdrola, Gas Natural, Repsol, Iberia, Mapfre, defendiendo los intereses de las empresas españolas en América. Una asociación mercantil que no se apoyaba en la embajada y se defendía sola. Nos juntamos porque dijimos «Tíos, esto no funciona, hay que montar una asociación». Un asociación pública, conocida, que se hacía fotos con el ministro, el embajador, y así le dijimos a la embajada: «A partir de ahora, los temas económicos los llevamos nosotros».

No se puede decir más claro ni más alto. Estos representantes de las grandes corporaciones hispánicas crearon el *lobby* español por antonomasia. Se fundó un 2 de febrero de 1994 y se llamó Fundación de la Cámara Española de Comercio (FUCAES) que desempolvaba el añejo Sector de Grandes Empresas de Servicios Públicos de la propia Cámara para conformar un grupo unificado que fuera ariete del capital español recreando el ejemplo que habían puesto en práctica en 1930 los dos operadores de Francesc Cambó, Rafael Vehils y Andreu Bausili, ambos presidentes de la Cámara de Comercio y directores de la CHADE, la sección bonarense del trust SOFINA, cuya tarea de cabildeo, propaganda y articulación de un frente burgués, o de negocios, anuló eficazmente a todos los gobiernos municipales y nacionales de todos los signos, al punto de desarticular las políticas expropiadoras del general Perón.

Un cártel en toda regla cuyo sentido no pudo retomarse hasta 1992 cuando al fin cinco hombres sin temor empezaron a manejar los negocios ibéricos sin ataduras ni debilidades y bajo el mando unificado de la FUCAES. Marcando línea ante todos y contra todos. Los nombres de este patronato dicen todo. El presidente fue Faustino Rivero (Telefónica de Argentina), el vicepresidente, Francisco Badía Vidal (Gas Natural-Gasban), el secretario, Enrique Rey Montegudo (Dycasa-ACS), el tesorero, Jordi Dolader Clara (Endesa-Edenor), los consejeros, Manuel Morán (Aerolíneas Argentinas) y Esteban Serra Mont (Iberdrola). La dirección general recayó en Luis Martín de Bustamante, por ser Telefónica de España la más poderosa de las concesionarias. Antoni Donadeu, el maestro de todos ellos y el alma de la reconquista, no tuvo puesto en la fundación porque ya presidía la misma Cámara Española de Comercio.

Entre 1993 y 2000, este discreto catalán fue la más depurada expresión del cártel español y en sus conversaciones con este periodista defendió la misma estrategia que cuenta Esteban Serra:

Todos pasamos por todo tipo de complicaciones pero al final las cosas funcionaron. Y cada país es un mundo diferente. Argentina fue una cosa, Brasil otra distinta y así todos los países. Y nos conjuramos todos y nos defendimos en bloque. No pudieron con nosotros. Lo intentaron pero no pudieron. Ninguna empresa española de 1992 al 2001 tuvo que incorporar a nadie ni pagar peajes. Es decir, entramos y dijimos «Cuando ataquen a uno, atacan a todos». A Francisco Badía lo chantajearon en el Parlamento argentino y le gravaron una conversación con su empresa en 1993, a Téllez, contando la operación de compra en Argentina, y todos nos pusimos a su lado. Si alguien nos busca, nos busca a todos. Nos plantamos y a mí no me consta que nadie tragara. Ni un político puesto en un consejo de administración, ni un político en primera línea. La inversión era muy fuerte y no nos podíamos equivocar. Aquí tengo el talón que pagué por una privatización en Brasil: 8.800 millones de dólares. La copia del talón que pagamos por la Telefónica del Brasil. Cuando te manejas con estas cifras, poca bromas. Si alguien quiere entrometerse, te levantas y te vas.

Ciertamente, Brasil terminó siendo la mejor jugada de Iberdrola. Gracias a la astucia de Esteban Serra hoy en día la compañía se ha convertido tras diez años de implantación en la primera distribuidora de electricidad del nordeste de Brasil, donde suministra a más de ocho millones de hogares e industrias en los estados de Bahía, Pernambuco y Rio Grande do Norte. Mientras que las inversiones realizadas en el área de generación por Iberdrola han generado 1.500 megavatios (MW) de nueva potencia a Brasil, tanto mediante centrales de ciclo combinado de gas como mediante plantas hidroeléctricas y parques eólicos, a los que se sumarán otros 600 MW que aportarán cinco centrales hidráulicas ya en construcción. Grandioso negocio energético que factura con todas las empresas participadas por Iberdrola en Brasil más de 2.500 millones de euros al año y tienen en plantilla 5.000 empleados, respaldados por potentes socios de las «200 familias» de Brasil, tal como diría el propio Serra, en este caso el Banco do Brasil y Previ. Pero tras el fulgor de estos bárbaros conquistadores que metieron orden en tierra de indios corruptos, ciertos detalles no cuadran.

Por tanto, y siguiendo el precepto clásico de *follow the money*, debemos preguntarnos de dónde salieron tantos ríos de liquidez para armar, en menos de un lustro, corporaciones transatlánticas de tamaño gigantesco. Un primer concepto se llama, en la jerga empresarial, flujo de caja o arcas llenas de dinero. El cártel eléctrico español que el franquismo no pudo alterar pasó grandes baches en la crisis energética de los setenta y en el fracaso de su plan nuclear, así que la moratoria que en 1984 decretó el Gobierno socialista enojó al cártel eléctrico pero también los salvó ya que en compensación por el alto en la construcción de centrales nucleares, el Ejecutivo organizó un plan de saneamiento del sector que costó a las arcas públicas 0,7 billones de pesetas y titularizó en el Mercado de Valores grandes paquetes de acciones que pasaron a manos del capital internacional, feliz a su vez de recuperar el control indirecto de un sector demasiado proteccionista.

Y lo maravilloso fue que la Moncloa destinó al pago de la moratoria nuclear el 3,54 por 100 de la tarifa eléctrica, a la cual y gene-

rosamente el Gobierno central fue *colando* otras tasas directas, como los «costos de transición a la competencia», llegando así al 4,8 por 100 de la factura eléctrica doméstica que fue la que realmente sufragó la primera expedición a América Latina, pues la planta nuclear inconclusa se enjuagó rápidamente de tal forma que merced a este regalo gubernamental el oligopolio eléctrico empezó a ingresar 50.000 millones de pesetas/año libres de polvo y paja. Aunque también es cierto que la ancestral tendencia izquierdista del PSOE, cuya bandera de nacionalización de las compañías eléctricas tenía amplias simpatías, forzó una solución salomónica que terminó mal ya que por un lado no se expropió el cártel eléctrico pero sí se creó un contrapeso público, la Red Eléctrica Española, o REDESA, que tenía acceso a todas la centrales y presas y podía repartir los excedentes para el beneficio general de manera que la distribución a escala nacional, y la información real sobre el cártel que tuvo así el Gobierno, permitió armar una restrictiva política tarifaria ajustada a las necesidades de los consumidores y no tan sólo del oligopolio.

Una experiencia de regulación sería que pese a todo no evitó la apropiación del canon nuclear para fines comerciales fuera de España ni tampoco el hecho de que la red de distribución, ya nacionalizada, era un gasto menos para un cártel que así economizaba en el interior para proyectarse en el exterior. Como me dijo Antoni Donadeu, en un rapto de sinceridad casi autocrítica, «financiamos la expansión internacional a costa de dejar las cosas como estaban en España, pero había tanto dinero que se necesitaba invertirlo en otras partes del mundo. Argentina fue la llave que canalizó todo aquel capital excedentario». Ciertamente que en España, con la llegada de los socialistas al poder, el añejo cártel no pudo fijar precios monopólicos, como así fue durante todo el siglo XX, y de esa forma perdió su verdadero poder ante el Estado. UNESA, la gran patronal eléctrica, pasó a la defensiva ante un Gobierno social-liberal que no se dejó intimidar.

Pero una cosa es estar a la defensiva y la otra es perder el poder, y la patronal eléctrica consiguió con el PP y la legislación europea –descaradamente neoliberal– la privatización de REDESA y la vuelta al poder monopolístico del cártel eléctrico que, pese a sus batallas,

fusiones y extranjerizaciones, hoy está fuera del control estatal que con penas y trabajos se consiguió en él desde 1982. Son amos del mundo y no responden ni a un verdadero órgano regulador, con lo cual, aparte de multas no demasiado engorrosas, sus fallas, apagones y dudosas prácticas comerciales no están hoy en día controladas por nadie más que ellos mismos. El flujo de caja, éste fue el acicate que engrasó la primera expedición americana.

Hablaremos, luego, de la participación jamás contada de los jugadores de siempre –el capital financiero internacional–, pero hay otro detalle de la experiencia argentina que los primeros gerentes del cártel español nunca mencionan. Cuando en realidad explica casi todo. Las privatizaciones argentinas produjeron tal rentabilidad y costaron tan poco que surtieron la base para toda la descomunal política de compras latinoamericanas. Eso no lo niega, por ejemplo, Esteban Serra, pero pasa por alto que se debió a una vieja operación practicada ya por Cristóbal Colón: espejitos a cambio de oro que en el dogma neoliberal se traduce en papel a cambio de activos. Y riesgo cero.

Los pasos de la operación son los siguientes –explica la periodista Laura Ramos–: el inversor contrae en el extranjero un crédito a corto plazo (llamado crédito puente) por el monto que acuerda por la transferencia de la empresa (rentable y con activos físicos considerables). Con la compañía en su poder, emite bonos a nombre de la empresa y garantiza el pago con la hipoteca de sus bienes. Con el dinero obtenido con la emisión de bonos a largo plazo, cancela el crédito puente adelantado por el banco y mediante el flujo de fondos de la empresa adquirida se pagan los intereses del bono, las comisiones y los honorarios del banco que organizó tanto la emisión del bono, como la suscripción del crédito puente. En síntesis, el inversor compra la empresa estatal con el dinero de ella misma, y en muchos casos, la funde¹⁹.

¹⁹ D. Cecchini y J. Zicolillo, *Los nuevos conquistadores. El papel del Gobierno y las empresas españolas en el expolio de Argentina*, Madrid, Foca, 2002, pp. 81-82.

Ingeniería financiera que el Gobierno argentino, coimas aparte, apoyó fiscalmente al considerar los intereses de estos créditos como un gasto de la empresa, por tanto deducible de impuestos sobre las ganancias, así que en toda la década prodigiosa de 1990 casi no se pagó nada por tan vil concepto. Luego de que todas las paraestatales fueran saneadas por el Gobierno de Menem a costa de los contribuyentes, y el pasivo no cayó en manos españolas, siguió la trama de apoyos que incluía la compra de deuda externa argentina a precios-basura para luego usarlos en la compra de la planta estatal. Materia obligada de todo seminario sobre privatizaciones que se precie, al modelo argentino (saneamiento previo-adquisición de empresas con sus propios bienes-beneficio fiscal posterior-renegociación permanente) no le quedan demasiados defensores hoy en día, pero las montañas de liquidez que generó el coto argentino son la *clé de voute* de toda la reconquista española. O los mandamientos que definió el periódico *Página/12* tiempo ha:

– En promedio de cada dólar ganado en Argentina, las empresas extranjeras que manejan compañías privatizadas giraron a sus casas matrices 80 centavos.

– La remesa de utilidades al exterior por parte de las privatizadas viene creciendo sistemáticamente, según estimaciones privadas, en el año 2000 superaron los 1.600 millones de dólares.

– En cambio, la reinversión no acompañó el crecimiento de los beneficios. En promedio, de cada dólar de ganancia sólo 20 se quedan en el país. Y aunque en 1999 la «reinvertión de utilidades» pareció haber pegado un salto, el aumento se explica por el traspaso de YPF a Repsol.

– Entre 1992 y 2000, la transferencia de utilidades al exterior alcanzaría los 8.900 millones de dólares, el 55 por 100 del total de capitales ingresados al país desde 1990 por privatizaciones²⁰.

El talón gigante que me mostraba, orgulloso, Esteban Serra por una de sus primeras adquisiciones en Brasil nació de esta gi-

²⁰ *Ibidem*, pp. 31-32.

gantesca requisa, o acumulación original, de recursos argentinos. Los expoliados de la Pampa pagaron los nuevos secuestros latinoamericanos. En un involuntario *sketch* cómico, a punto de terminar la entrevista, le pregunté a Serra qué ganó España, el fisco y los ciudadanos corrientes, de aquella prodigiosa aventura por el Nuevo Mundo. «Nada. El dinero no ha llegado aquí.» En estado de confusión, apenas pude balbucear un «¿Cómo?» y aquel gerente de gerentes no se fue por las ramas:

Todo va a parar a la reinversión. Con la pasta que ganas, compras. Lo que tú no haces es pagar fiscalmente. Lo que Endesa crece en América, se reinvierte en América. No se envía más dinero a América. Se enviaron en su momento, pero ahora se generan y se invierten ahí. Todo lo que se gana se usa para el crecimiento de las empresas.

Los cimientos del imperio corporativo español definidos por uno de sus mariscales de campo. Nada que añadir, pues.

Ésta fue la gallina de los huevos de oro que contribuyó, con todos sus socios españoles, a acelerar el derrumbe económico y social de 2001 en Argentina y el infernal corralito donde al final el *lobby* peninsular no pudo controlar, momentáneamente, el escenario del caos y aunque la FUCAES, el *lobby* de las grandes empresas en suelo argentino, hizo su trabajo, a la hora de la verdad tuvo que ser el Gobierno español en pleno, ex presidentes incluidos, quien presionara al Estado argentino hacia el límite de la ignominia que escenificó aquel hombre sin atributos llamado Fernando de la Rúa huyendo de la casa rosada en helicóptero un 21 de diciembre de 2001 tras dejar 30 muertos y un país postrado. Pero lejos de cualquier rectificación, las tesis exculpatorias y las patadas a la yugular de América Latina forman parte, hasta hoy, del relato que los gerentes del cártel hacen de aquellos tiempos.

Castizo lenguaje de hacendado sin escrúpulos que, desde Alfonso Cortina a Rodrigo Rato, sin faltar José María Aznar pero también, fuera de cámara, Felipe González, se repite, cual letanía hipócrita, por parte de los grandes gerentes de los noventa, los

hombres que coadyuvaron al desastre nacional. Pienso, inevitablemente, en este jubilado de lujo llamado Antoni Donadeu, devoto del buen comer y ameno conversador. Sin la franqueza de sargento que gasta Esteban Serra, su mentor y amigo Antoni Donadeu asume la cultura del burgués cosmopolita que conoce Buenos Aires como la palma de su mano. Este hombre de pelo canoso disfruta una decorosa jubilación entre Barcelona y Sant Feliu de Guíxols, su pueblo natal, y pude entrevistarme dos veces con él. En un escenario idóneo para un burgués catalán: la cafetería Sandor del paseo de Gracia.

En sus ademanes, contenidos y precisos, percibí el rastro genético de aquellos prohombres de la Lliga Regionalista que en su madurez, y ya instalados en las cumbres financieras mundiales, adoptaron el estilo del *gentleman banker* anglosajón nacido en la City o Wall Street, caballeros de mundo que hacían de sus elaboradas formas, su estilo sobrio y su retorcida doctrina liberal un decálogo de vida que arruinaron sus bisnietos, aquellos soberbios brókeres de los ochenta, adictos a la cocaína y a los Talking Heads. Ante la figura de Donadeu, casi me sentí transportado a los grandes días de Rafael Vehils y su jefatura de hierro sobre los negocios transnacionales de Argentina. Igual que su antecesor en la Cámara Española de Comercio, Donadeu alardeaba de conocimientos históricos, hábitos filantrópicos y unos puntos de vista que sorprenden a incautos como yo. El que fuera director del exclusivo Banco Tornquist, consejero de Aerolíneas Argentinas y otros grandes negocios porteños, me comentaba los pormenores de Argentina como un sistema oligárquico basado en la corrupción y el corporativismo, nacido del peronismo, la lacra populista por excelencia, algo que según él tanto Carlos Menem como Néstor Kirchner representaron en toda su gestión aunque el primero «al menos tenía palabra».

Si Antoni Donadeu, amigo personal de Felipe González, no hubiera sido el reconocido jefe del cártel español en la década de los noventa, parecería el discurso de un idealista profesor rooseveltiano hablando contra los monopolios, pero él fue, junto a sus

cuatro amigos, quien armó el mayor monopolio privado de servicios públicos desde los tiempos de la CHADE. Y una irreal sensación se apoderó de mis sentidos. Sus manos pulcras y sus ademanes de senador romano contaban lo mismo que Esteban Serra o Francisco Badía. Las multinacionales españolas habían venido a salvar a Argentina de sí misma y, tomando el control de los servicios públicos, le dieron eficiencia, confiabilidad y precisión desterrando, de paso, las prácticas malvadas del pasado.

Insistía Donadeu en que la base del odio de la partidocracia, los sindicatos y otras demagógicas corrientes contra la Madre Patria se debía, entre otras cosas, al hecho de que el *lobby* empresarial español se negó en redondo a colocar a parientes o amigos de *influyentes* en consejos de administración o en oficinas administrativas y que tampoco nunca pagaron comisiones ilegales. Juntos y fuertes nunca se dejaron chantajear por el Estado, el Congreso o los particulares. Cuando le pregunté por las interrupciones del servicio de gas que se estaban dando en 2007, justo cuando teníamos la entrevista, Antoni Donadeu repitió lo que todos sus amigos: «Los contratos con el Estado contemplaban la paridad peso-dólar, después de la devaluación de 1999 había que reajustar las tarifas pero por consideraciones políticas no se quiso hacer. El Gobierno incumplió su parte del trato y como es típico acusó a las empresas españolas de todos los males».

En los lindes del *laissez faire*, las empresas trabajan y los Gobiernos joden. Los políticos corrompen y las corporaciones protegen sus intereses. Como lo expresa, aún más vehemente, Esteban Serra:

El tema es muy sencillo. Argentina fue la mar de bien porque había unas reglas de juego claras. Unos contratos, un marco regulatorio, una revisión tarifaria y tú invertías. Y todo esto funcionaba. Cuando entra Rodríguez Saá, en su proceso de investidura, dice que están hasta el gorro y que aquí no pagaremos ni un duro más. Por tanto, nos pasamos por el forro todas las leyes internacionales. Se levantan todos los parlamentarios de todos los partidos a aplaudirlo

como un solo hombre. A partir de aquel momento se acabaron todas las inversiones. Rodríguez Shá, Dualde, Kirchner... Ahora en estos momentos Kirchner está comprando con sus amigos la mayoría de empresas y todos se están largando. Argentina se está quedando sin inversores extranjeros. Cierran caja y se van. Argentina ha vuelto a sus trece. Ha roto las reglas del juego otra vez. Es un país con un concepto de corrupción alta y ya no hay inversiones en búsqueda de petróleo y gas.

Toda la red que creamos se destrozará en poco tiempo y será inútil. En la red si tú no inviertes cada año, al cabo de cinco o diez años ha desaparecido. Éste es el problema que tienen. Cavallo y Menem dolarizaron la economía real. Con una inflación del 8 por 100 *versus* un 2 por 100 de EEUU cada año perdían un 5 por 100. Llegó un momento en que para un argentino era más barato importar productos de fuera. De tal forma que se cerraron gran parte de las fábricas argentinas. Cuando se dan el golpe y devalúan se encuentran que tienen salarios en pesos y deudas en dólares. Entonces, como ya no pueden importar, no hay otra que ponerse a trabajar. Entonces vuelven a poner en marcha las fábricas y por tanto sí es cierto que el PIB está creciendo. Ahora se produce lo que estuvo parado en los tiempos de Menem. Por tanto la economía camina, pero es sólo el día a día porque inversiones en infraestructuras no hay y el país se está encallando. Es un país que el gas lo tiene tarifado en un dólar y lo importa de Bolivia a cinco dólares y Chávez pone sus barcos con gas en Bahía Blanca pero lo vende a cinco dólares. Seis veces lo que están pagando en aquel momento. El incremento de costos será tan brutal que se les está acabando la energía. Y por tanto Argentina ha pasado de ser un país exportador de energía a ser un país importador de energía.

En el mundo de los negocios, no existe la culpa. Y la memoria se torna muy selectiva. Tanto Donadeu como Serra olvidan ciertos factores que influyeron y bastante para que las empresas españolas y francesas se quedaran en 1991 el negocio telefónico, gasístico y la red de aguas de Buenos Aires. Sus competidores norteamericanos tenía prohibido desde el escándalo de la Lock-

heed, treinta años antes, el uso de sobornos para ganar licitaciones y no pudieron llegarle al peso, como se dice en *caló*, mientras que sus competidores ofrecieron barra libre a los órganos privatizadores: las comisiones triangularizadas para Carlos Menem, los ingresos sospechosos a cuentas *off-shore* de magistrados de la Corte Suprema o el desguace de Aerolíneas Argentinas, cuyos Boeing nuevos se vendieron a Iberia por 1.543 dólares cada uno.

Todo ello, narrado en el mejor archivo de aquellas redes de corrupción, *Los nuevos conquistadores* de Daniel Cecchini y Jorge Zicolillo, que acumula pruebas fehacientes de cohecho y colusión. Colusión nunca realmente negada pues, como decía Donadeu, «actuamos como un grupo y como tal nunca nos dejamos, así que marcamos las reglas y tuvieron que respetarlas». Quizás hay un solo aspecto donde discrepan Serra y Donadeu. La cuestionada quiebra de Aerolíneas Argentinas en 2000. Mientras Donadeu hace años que desistió, bien enojado, de replicar estas «leyendas argentinas», Serra tuvo su momento de verdad. «Iberia es otra cosa. Iberia compró tres empresas y las quebró a las tres. Aerolíneas Argentinas, Aviacsa y Adecó. Es un mundo diferente. Iberia era una empresa pública, todo hay que decirlo.» Aunque olvida Serra que en 2001, momento de la quiebra, la compañía española ya estaba en Bolsa y buscando socio capitalista. Era, pues, tan pública como las corporaciones de servicios públicos. Pero a fin de cuenta, no importa demasiado. Tras una feroz ofensiva patronal, que incluyó durante meses cortes regulares de agua, luz y gas, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner cedió a la presión y las tarifas de servicios públicos aumentaron a un nivel satisfactorio para el cártel.

Porque recuperando el concepto del cártel económico como un convenio, generalmente bajo mano, entre varias empresas de intereses similares para evitar la pugna mutua y regular así la producción, venta y fijación de precios en un determinado campo, debemos concordar que el nacimiento del cártel español en América Latina está comprobado e incluso aceptado por sus mismos

miembros fundadores. Como se dice en México *a confesión de partes, relevo de culpa*. El cártel existió y así operaba fuera de España:

Iberdrola y Gas Natural tuvieron un acuerdo estratégico para hacer cosas conjuntas en México. Compramos juntos y con ayudas Río de Janeiro y también fuimos juntos a Bogotá y por tanto estuvimos de 1996 a 2001 en Brasil y Colombia. Después decidimos que México era una oportunidad más importante e Iberdrola llegó a un acuerdo con Gas Natural, le vendió las acciones de Río a cambio de acciones de México. Todo esto desde antes y después de que se hablara de una fusión. Iberdrola ha estado ligada a Telefónica y a todos. Y la cosa es que en América hemos estado todos juntos y a la vez separados. Con mucha mayor autonomía que en España. Los temas societarios de la matriz funcionan diferente a nivel internacional. Las matrices dieron autonomía a las internacionales. Se planteaban las cosas a la empresa, les parecía bien y punto. Todos los presidentes de todas las compañías han tenido claro que debe tenerse presente de otra forma. En 1990 ninguna empresa española tenía experiencia internacional, por tanto todas íbamos con miedo, el hecho de juntarse dos o tres o uno representaba para las empresas que si la cosa iba mal se repartían pérdidas. En aquel entonces íbamos jugando todos a seguros mutuos. Al final parecía medio una broma. Todo el mercado que teníamos conjuntamente era bien poco. Yo he hecho sociedad con BSCH, el BBVA que era nuestro banco de referencia, me he asociado con Telefónica, o sea fui presidente de una compañía de telefonía en Brasil, he hecho tratos con Gas Natural, con Suez, hasta los de Endesa con EDF, todos nos hemos juntado en América Latina.

El cártel se organizó para defender su política de tarifas y precios ante el Estado argentino a través la Fundación de la Cámara Española de Comercio, la FUCAES, y este frente de servicios públicos terminó fusionando todos los tentáculos del cártel bajo un monopolio poderoso, Endesa:

El caso más ilustrativo de esta manera de entrar en el negocio por la puerta y por la ventana es el de la empresa eléctrica española En-

desa que, en 1999, al pasar a controlar Endesa de Chile y el Grupo Enersis –ambos accionistas de Edesur– se apropió del 65,6 por 100 de la distribuidora de la zona sur de Buenos Aires, de la que ya tenía una parte minoritaria. En este momento Endesa también participaba en el negocio de la distribución eléctrica en Argentina con un paquete del 37 por 100 de las acciones de Edenor, la distribuidora de la zona norte. Además, a través de Endesa de Chile, se hizo con el control accionario de las generadoras térmicas Dock Sud, Termoeléctrica de Buenos Aires y Central Costanera. El mapa de los tentáculos de la empresa española en la tarta eléctrica de la Argentina se completa con las participaciones minoritarias en la Central Hidroeléctrica de El Chochón y en la transportista Yacylec²¹.

* * *

Pero de golpe, y mientras España moría de éxito, la italianización de Endesa concluida la primavera de 2009 con la toma del 92 por 100 de las acciones por parte de la parapública italiana Enel supone la liquidación del cártel eléctrico español tal como lo conocíamos. Y eso sí fue toda una novedad. Definitiva e irrevocable. El pacto entre un destacado miembro del moribundo cártel del ladrillo, Entrecanales, para quedarse con una parte del accionariado y mantener la gestión española concluyó con el dorado retiro de esta constructora en febrero de 2009 y la absorción de todo el escalafón bajo mando italiano, todo lo cual supone el despido o desplazamiento en la cadena gerencial y de mando de los equipos peninsulares que llevaron a buen puerto la conquista de América. El pleito terminó de la peor manera porque, esta vez, en los negocios americanos no quedará un solo español si no es por compasión. Desde sus inicios en 2007, las rebatiñas entre accionistas ibéricos de Endesa y sus asaltantes locales, La Caixa, hicieron buena la máxima de que donde dos se pelean, gana un tercero.

²¹ *Ibidem*, pp. 166-167.

Inesperado resultado que *El País*, timón del pensamiento corporativo español, definió en su editorial con todas las letras: «Fracaso en Endesa».

La primera razón y más poderosa es que la economía española pierde una referencia empresarial importante; no en vano es la compañía eléctrica más importante de América Latina y estaba llamada a convertirse en lo que se conoce como un *campeón nacional*, es decir, un grupo empresarial con capital español capaz de ocupar cuotas de mercado significativas en Europa y en América Latina. Ahora, esa posibilidad ha desaparecido y Enel ha dado el gran paso para dominar el mercado energético mediterráneo²².

El largo culebrón de Endesa, la empresa estatal que el franquismo creó para hacer las presas, las centrales y el tendido que los privados no querían hacer y que la socialdemocracia privatizó con miras a convertirlo en el jefe de jefes que blindaría el oligopolio español de la energía, ha terminado de manera profética. Como anuncio de que el gran capitalismo español diseñado en la década de los ochenta está pinchando y su destino es el desguace a manos de los acreedores internacionales. Demasiadas debilidades estructurales que no pueden evitar el camino de la completa dependencia exterior que empezó con la entrada de España al Mercado Común. No es peccata minuta el tema de si entendemos lo que realmente sucedió en casi tres décadas de *integración europea*. Los catorce años de Gobierno González supusieron un acelerado proceso de intervención económica y política donde las multinacionales alemanas y francesas volvieron a jugar, como a finales del XIX, un papel determinante en la economía española multiplicando sus vínculos políticos e ideológicos, dominantes en el PSOE gracias a la Fundación Friedrich Ebert, y extendiéndolos a todos los centros del poder político y económico tanto en Madrid como en Barcelona.

²² «El fracaso de Endesa», *El País*, 21 de febrero de 2009.

Todo el proceso de negociación e integración de España en el Mercado Común acentuó la toma de control franco-alemana de la economía española. Mientras las familias más potentes de la oligarquía se centraban en cuatro sectores de altos beneficios y protección pública: finanzas y banca, energía, construcción y telecomunicaciones. El Ejecutivo socialdemócrata siguió una línea estratégica que parecía diseñada por el Bundesbank: la subordinación geopolítica a poderes extranjeros que Joan Garcés señala como pauta de la transición aplicada al modelo económico. España no podía, ni debía, competir con las grandes potencias europeas en el terreno industrial, sino centrarse en cierto tipo de servicios de bajo valor añadido que convertían la Península en la Florida de Europa siguiendo, por cierto, la misma división del trabajo que EEUU adopta con México y rubricada en el TLCAN. Espacio para jubilados y turistas y subsidiaria del gran capital para ciertos rubros como automoción, seguros, inmobiliaria, finanzas y otros aunque México asume también el papel de Marruecos, como fábrica intensiva, dentro del complejo sur de la Unión Europea.

En palabras de los ministros Boyer y Solchaga, cerebros del cambio, la titularidad de las empresas nunca fue un problema, y Europa no tenía hoja de vuelta. No hubo discusiones serias sobre la entrada al Mercado Común y no hubo oposición organizada a las draconianas condiciones de acceso: reconversión, cuotas restrictivas para agricultura, ganadería y pesca que en conjunto dieron al capital monopolista franco-alemán lo que necesitaba, una drástica reducción de la capacidad productiva, una rápida ocupación de nuestro mercado, con Carrefour, Danone y Renault activando la avalancha, y el control de los sectores clave de la planta industrial y comercial. Más de 650 mil personas fueron afectadas por la reconversión industrial, 800 mil perdieron sus trabajos en la agricultura y ganadería y por quince años los niveles de paro se mantuvieron sobre el 20 por 100 de la población activa.

Como visualizaba justamente Garcés, las instituciones comunitarias pasaron a ser el principal medio de influencia y control político en España. Ya que Francia y Alemania dominan la Comi-

sión Europea y el Banco Central, sin contrapeso alguno, a los débiles Estados del sur no les queda otra que cumplir las duras políticas liberalizadoras encerradas en los Acuerdos de Maastricht, el Pacto de Estabilidad, cuyo objetivo es cartelizar el mercado en favor de los grandes conglomerados de allende los Pirineos.

En este sentido lo único novedoso, el verdadero milagro español, fue la instauración de lo que Armando Fernández Steinko ha dado en llamar el *capitalismo popular inmobiliario* que el Gobierno Aznar diseñó en los noventa. Esta senda de desindustrialización y fusión de la oligarquía financiera en una pequeña elite bancaria dio nacimiento a la primera burbuja inmobiliaria de finales de los ochenta, instigada por el Gobierno de Felipe González como una doble y perversa vía de generar un Estado del bienestar vía inversión extranjera. Acompañado, eso sí, por un substancial incremento de los impuestos locales y nacionales generados por la redistribución y duplicación del PIB mediante la única riqueza creada en España, el patrimonio inmobiliario, que en el caso ibérico alcanza a casi el 90 por 100 de las familias que a costa de hipotecas leoninas de por vida garantizaron una seguridad para tiempos de crisis y paro estructural, una herencia para los hijos, y alimentaron simultáneamente la bancarización y la financiarización del país en manos del duopolio bancario y las cajas de ahorro territoriales.

El mecanismo estabilizador del capitalismo popular inmobiliario no funciona, por tanto, de forma directa sino de forma indirecta: el aumento de los precios de los bienes inmuebles provoca una capitalización de muchos hogares sobre el papel de sus escrituras. Los tasadores elevan año tras año el precio del patrimonio familiar, lo cual facilita el endeudamiento en términos absolutos sin que aumente dramáticamente el peso relativo de la deuda sobre el patrimonio total. Las familias no pueden vender su piso porque tendrían que irse a vivir a una chabola, pero pueden solicitar créditos para comprarse un coche nuevo, irse de vacaciones o incluso para pagar la entrada de una segunda vivienda para ellos o una primera

para sus descendientes, en definitiva, para elevar su nivel de consumo muy por encima de los ingresos que perciben de su trabajo. Este triángulo, es decir, la relación entre propiedad repartida-aumento de los precios de bienes inmuebles-endeudamiento soportado por dicho aumento, es lo que los economistas llaman el «efecto riqueza». Su potencial políticamente estabilizador a corto y medio plazo es considerable²³.

En la debacle de los años ochenta, millones de familiares, con el piso como sostén ante el mundo, y una segunda hipoteca en la mano, pudieron sobre un desempleo superior al 20 por 100 resistir y acomodarse a esta primera burbuja especulativa de 1987 a 1992. Gracias a la entrada de capitales extranjeros que compraban bonos de tesoro, industria, distribución comercial y activos inmobiliarios, sobre todo en las costas mediterráneas, sus empobrecidos hijos, con trabajos precarios y nulas salidas profesionales, disfrutaron gracias a las reformas impositivas de 1982, realmente progresivas, de buenas universidades públicas, seguro de desempleo y un sistema de salud universal que junto a una mejora de la enseñanza primaria y el aluvión de fondos europeos para infraestructuras y otras subvenciones comunitarias dieron la ilusión de un verdadero cambio estructural –la modernidad soñada– donde incluso el proletariado urbano había desaparecido y una sociedad de pequeños propietarios vivía en condiciones inmejorables o manifiestamente mejores que las de sus abuelos.

Imagen que el espíritu olímpico de 1992 exportó a todo el mundo y abrió caminos de seducción político-cultural que corrieron parejos a la reconquista económica de América Latina, de la cual, según la retórica neoliberal al uso, eran ejemplo mayor las multinacionales españolas. Mientras perdían el futuro pero ganaban el presente, millones de jóvenes entraron en la espiral de la fiesta, las drogas y la autodestrucción creativa. Y luego, en aras de conseguirse un electorado sólido y fiel, los sucesores de la hege-

²³ A. Fernández Steinko, «El capitalismo popular inmobiliario», *El Viejo Topo* 232 (mayo 2007), p. 44.

monía felipista, los sedientos cachorros de José María Aznar, implementaron la segunda burbuja financiera con la ley de liberalización del suelo de 1997 que convirtió todo el país, y en todos los niveles, en suelo urbanizable creando las bases de un capitalismo popular de base inmobiliaria allí donde nadie poseía acciones.

Al final de aquella apuesta conservadora, éste era el resultado:

Casi una tercera parte de las viviendas no están ocupadas y no sólo en las ciudades costeras de ocupación estacional, sino también en muchas grandes ciudades. Todo esto da como resultado que en 15 años la superficie habitable ha aumentado en un 33 por 100 mientras que la población total del país ha crecido apenas un 5 por 100 y el número de hogares alrededor del 10 por 100. En consecuencia, al menos dos terceras partes del crecimiento del sector inmobiliario es producto de la financiarización de la economía española, es decir, o bien se ha generado para satisfacer la demanda de los capitales especulativos nacionales e internacionales, o bien es el resultado de las actividades de blanqueo de capitales de diversa procedencia más o menos delictiva, o bien forma parte de las estrategias de vida de muchas familias que, frente a una inseguridad estructural del mercado de trabajo, invierten en segundas residencias para poder arrostrar las incertidumbres de su futuro y el de sus hijos. Hoy, casi el 20 por 100 de todos los hogares tienen una segunda residencia, la mayor parte de las cuales –esas sí– están hipotecadas. A medida en que un pueblo tras otro se fue quedando sin recursos laborales, a medida en que, municipio tras municipio fueron asumiendo más y más obligaciones para con los ciudadanos en un contexto fiscal cada vez más apretado, sectores crecientes de las clases populares empezaron a ver en el capitalismo inmobiliario la salida más realista a su situación económica familiar²⁴.

Escalafón necesario, inevitablemente catastrófico de la alianza entre la nueva potencia neocolonial, Alemania, y el espacio colonizado, ese solar llamado España:

²⁴ *Ibidem*, p. 49.

La alianza tácita que hoy en día forman los intereses exportadores alemanes y los comisarios españoles encargados de mantener la actual política económica acordada en Maastricht (Almunia, el propio Solbes) tiene aquí su explicación. España va bien porque Europa está enferma o dicho de otra forma, porque las masas españolas consumen lo que dejan de consumir los productores europeos debido a los recortes salariales en aquellos países y después de que la sociedad española del trabajo quedara arruinada tras casi dos décadas de políticas monetarias de altos tipos de interés y de una peseta sobrevaluada. Lo hacen naturalmente endeudándose, puesto que sólo de esta forma es posible consumir más de lo que se produce, y el endeudamiento requiere de una estabilidad monetaria a rajatabla. La peseta fue incapaz de asegurar esa estabilidad, pero ahora el euro, una moneda fuerte y cada vez más de reserva, puede hacerlo. Si no se entiende el significado del efecto riqueza no es posible entender la realidad política del país de la última década²⁵.

La nueva burguesía levantina-madrileña, semillero del voto duro de los populares, nació como bien define Fernández Steinko de las bolsas semimarginales, de paro estructural, que con el negocio del ladrillo y auxiliares despertaron del letargo de los perdedores para devenir la auténtica nueva burguesía española, la parodia de los emprendedores que conquistaron el cielo cuyo santo y seña es el Pocero o Francisco Hernando Contreras, ese peón caminero de la España franquista que en los noventa empezó su imperio en los suburbios de Madrid redefiniendo los feos polígonos de vivienda del franquismo en masivos residenciales para el nuevo lumpemproletariado del sector terciario, desde *call centers* a dependientes de Mercadona y cuya falta de escrúpulos o visión cuasi mafiosa del negocio de la recalificación urbanística son el sustrato auténtico del nuevo franquismo populista que creó el Partido Popular y cuyos saldos, tras el estallido de la burbuja española, sólo auguran tiempos peores.

²⁵ *Ibidem*, p. 49.

La mole vacía de Seseña, la megaurbanización de 13.500 viviendas que se pudre bajo el sol castellano, es el toque de muertos para otras secciones del cártel español que al parecer tienen también los días contados.

* * *

Desde el estallido de la burbuja inmobiliaria española, la primavera de 2008, preámbulo del estallido mundial del septiembre negro, otra burbuja ibérica, el susodicho imperio de grandes multinacionales en permanente expansión, amenaza ruina. La realidad es que el efecto Endesa, y su completa italianización, son parte de una remodelación general donde los países centrales de la UE –Francia, Alemania e Italia– están retomando las clásicas posiciones de control sobre la economía española –antaño ferrocarriles y minas pero también, como hoy, electricidad, agua y gas– que sostuvieron hasta principios del siglo XX cuando la burguesía poscolonial, aprovechando problemas de caja, sobre todo en París, les birló gran parte de sus inversiones y construyó las bases del capitalismo español.

Un siglo después, tras consolidar potentes grupos energéticos, caso de la privada Suez y la estatal Gas de France que en 2007 formaron EDG SUEZ, las burguesías europeas y sus Estados aliados están prácticamente blindados contra ofensivas exteriores y abocados a las gamas más rentables del negocio de servicios públicos en este sesgo neocolonial que la expansión hispánica en América Latina demostró altamente rentable a corto y medio plazo. Así que mientras el milagro español vuelve a ser pesadilla recurrente, los gigantes hispánicos volverán al lugar adjudicado en la división internacional del capital. Copiando lo que Francesc Cambó y sus liga de abogados barceloneses fueron, en 1920, para el trust anglo-alemán de la electricidad, SOFINA, socios locales, consejeros-floreros, poderosos gerentes de secciones sudamericanas y accionistas dopados a base de espléndidos dividendos, pero nunca los dueños del negocio, que para estas cosas estaba el con-

sejero delegado del trust, Daniel Heineman, y sus amigos del Primer Mundo.

El más maravilloso ejemplo de historia circular que prueba esta tesis es el histórico acuerdo del 22 octubre de 2009 gracias al cual Suez Environnement pasaba a controlar el 75 por 100 de Agbar, o Aguas de Barcelona, el monopolio de aguas catalán que cimentó gran parte de las rentas de la alta burguesía catalana desde 1919. Un servicio deficiente, caro y no demasiado potable que provocó la única revuelta de consumidores –la llamada guerra del agua– que durante los noventa coaligó a 80.000 familias metropolitanas contra un recibo de agua que servía para costear, mediante la tarifa doméstica, todo el dispendio en campos de golf o empresas privadas. Grupo Agbar y su pretenciosa torre en la plaza de las Glorias, símbolo y emblema del poder autóctono construida por Jean Nouvel, termina en manos de Suez Environnement que dentro del *holding* GDF SUEZ resulta ser heredera directa de Lyonnaise des Eaux, la añeja rama de servicios públicos del poderoso Crédit Lyonnais, que en 1867 fundó, con sede en Lieje la Compagnie des Eaux de Barcelonne y construyó la red de aguas que se convirtió en el más longevo monopolio privado de la ciudad.

Toda una desinversión y una aplastante derrota estratégica para los amos del universo que descubren, con nosotros, quién maneja la caja. Como me decía mi buen amigo Francesc Robert, un pequeño inversor andorrano, que una vez tuvo el control de una sociedad alemana y domina bien inglés y francés, «cada vez que me reunía con ellos y aunque yo fuera el dueño real llegaban tarde, me ninguneaban y me recordaban que yo era un pobre extranjero». Ahora París vuelve a mandar sobre las aguas de Barcelona y África empieza de nuevo en los Pirineos, como decíamos en los setenta hasta los niños politizados. Y nuestro destino tercermundista no cambia porque la seducción de la marca España, y la marca Barcelona también, haya fallado sino todo lo contrario. Porque, fuera de la publicidad y la fanfarria de los medios, este modelo y esta marca apenas son franquicias o secciones, sociedades-pantalla, del capital internacional donde la península Ibérica

no pinta nada ni tiene futuro alguno. Algo que pensaba yo cuando pocos cuestionaban el milagro hispánico, pero que ahora comparan miles. Sólo que la impotencia y el fatalismo nublan el entendimiento. Así que mejor despejemos el campo para saber cuál es este berenjenal que nos devolvió a África.

* * *

Este libro nació de la hipótesis, la maldita sospecha más bien, de que el poder corporativo español, este cacareado imperio económico sobre vastas secciones de la economía latinoamericana, era pura retórica para niños despistados. Técnicas de fuga publicitaria que encubren las verdaderas características del *spanish power*, o sea, el deshaucio del capitalismo productivo español y su subordinación completa a los intereses europeos y norteamericanos, de los cuales actúa a menudo como bandera de conveniencia o gestor de activos multinacionales. En varios momentos de la redacción de este libro, he tenido la pista definitiva. El primer destello de verdad me lo dio el propio Antoni Donadeu, cuando saliendo de nuestra primera entrevista, una ventosa tarde de noviembre de 2007, me preguntó si sabía de quién era el Banco Santander. Curiosa pregunta que yo respondí de corrido: «De los Botín, supongo». «Para nada, la mayoría de capital es alemán y ellos son los que mandan.» Luego, conversando con Nelson Rodríguez, quien fuera el cerebro de BBV International Investment Corporation, la misma cuestión y la misma burla: «Estados Unidos nunca quiso llegar al fondo del escándalo de corrupción del BBVA en 2001 porque el banco finalmente es de capital norteamericano, es decir que la mayoría del accionariado es de fondos de Nueva York y si no mira los datos de la Securities and Exchange Commission (SEC)». Algo que en parecidos términos escribía Inmaculada Sánchez, subdirectora de *El Siglo de Europa*:

Hubo tiempos en que los Botín eran, de verdad, los dueños del Banco Santander. Cuando al frente de la entidad estaba el padre de su

actual presidente las acciones en poder del patriarca y sus dos hijos, Emilio y Jaime, podían acercarse al 30 por 100 del capital. El primer Emilio Botín, abuelo del actual, lo había fundado en 1857 junto a otros empresarios de la región para atender las necesidades financieras del tráfico generado con América a través del puerto de Santander y fue su primer presidente. El siguiente fue su hijo, el segundo Emilio Botín, y el tercero, el actual. Sin embargo, el crecimiento y expansión de la entidad ha reducido, proporcionalmente, el porcentaje de acciones en manos de los Botín. Según la última notificación a la Comisión Nacional del Mercado de Valores el porcentaje de capital del banco propiedad de Emilio Botín es del 0,927. Como miembros del consejo de administración también declaran sus porcentajes su hija Ana Patricia, presidenta de Banesto, un 0,144, y su hijo menor, Javier, un 0,162. Asimismo se sabe que el otro hijo varón de Botín, también llamado Emilio y actualmente desvinculado del banco poseía en 2006 un porcentaje similar ya que en febrero de ese año la familia tuvo que notificar un pacto entre el padre y estos tres hijos de sindicación de sus acciones. El pacto obliga a Botín y a sus hijos a votar en conjunto en las juntas y a no vender sus acciones sin permiso durante los próximos cincuenta años. El acuerdo también vincula a varias sociedades familiares, como Puente San Miguel S. A., que suman otro pequeño porcentaje de acciones y que podría acercar al 2 por 100 el total controlado por la familia. Son los primeros accionistas particulares pero muy por encima están los fondos de inversiones estadounidenses Chase Nominees, que controla más de un 10 por 100, el EC Nominees, con un 9,9, y el de Capital Group, con un 5,1. Estos fondos no entran en la gestión, pero si llega un comprador dispuesto a darles jugosas plusvalías, venden. Ni los Botín están ya a salvo de OPAs hostiles. Aunque ahora los que compran por el mundo son ellos²⁶.

Incardinación perfecta con el capital financiero internacional, tan perfecta que en realidad el núcleo duro del capitalismo español

²⁶ I. Sánchez, «El más listo. El Santander, de sexto de España, a primero de Europa», *El Siglo de Europa* 806, 20 de octubre de 2008.

que pudiera proteger los presuntos intereses nacionales, no existe porque la última línea de la trinchera son los bancos dominados por el capital extranjero. Existe, cierto, un poderoso oligopolio de obras públicas forjado ya en tiempos franquistas, que incluye a OHL, FCC, Abengoa y ACS, así como otro perfectamente estructurado que es también hijo directo del franquismo y su permisividad en la destrucción del litoral español, el cártel hotelero, que sí tiene a estas alturas una completa inserción multinacional, e incluso un nuevo, emergente y volátil sector de energía verde, especialmente eólica, muy dependiente de las subvenciones, así como sectores especializados que conservan el bagaje industrial de un siglo y medio, sectores generalmente vascos, desde los ferrocarriles, caso de CAF, hasta nuevas organizaciones multitentaculares como Grupo Mondragón y los viejos jugadores del sector editorial, posicionados, desde Barcelona, en todos los negocios transatlánticos.

Pero en las grandes ligas mundiales, en rubros estratégicos, altamente regulados y donde intervienen la financiación bursátil y los grandes créditos institucionales, los blindajes del capitalismo español se han mostrado precarios e insuficientes. Los datos reales de quién opera tras bambalinas no dejan lugar a dudas y una vez terminada la completa liberalización de los monopolios de servicios públicos, sin acción de oro ni ningún tipo de intervención pública, la abierta flotación de las compañías españolas en los mercados internacionales lo convierte en una gerencia del capital financiero transnacional. Y a sabiendas de que el capitalista es, en realidad, un ciudadano del mundo, y no se siente identificado con ningún país en concreto, como decía Adam Smith, también toca decir que las grandes potencias son una mixtura de capitalismo global e intereses locales donde la lengua, la cultura y las redes sociales sí son relevantes.

Algo que incluso aquellos provincianos que un día llegaron a rozar la cúspide del poder anglosajón –pienso en Nelson Rodríguez, quien aparte de ejecutivo bancario internacional fue presidente de la *rules & regulation comision* del Partido Republicano e íntimo amigo del clan Bush– saben demasiado bien. Aunque demuestren su eficacia, se porten como sicarios perfectos y su inglés, sus títulos y sus

mañas sean las mismas que las de un júnior de Connecticut, ellos serán siempre y hasta el fin hispanos, que es más que latinos pero menos que un italiano o un negro. Motivo por el cual, hasta la integrada y asimilacionista burguesía financiera de Puerto Rico que se juntó bajo la bandera del Partido Nuevo Progresista para ser una estrella más de la Unión Americana sabe –y así le dijeron a Nelson Rodríguez gentes bien de Nueva York– que esto nunca pasará, no porque no lo quieran los boricuas, sino porque nunca habrá un Estado hispánico de la unión que es en esencia un producto anglosajón. Vericuetos necesarios para entender que el capital es transnacional, opaco y no tiene patria pero sí tiene relaciones, historias y lealtades que permiten compartir negocios pero no el mando final.

No hay más remedio que apelar de nuevo al profesor de la Universidad Complutense Fernández Steinko, uno de los pocos intelectuales que como Manuel Monereo o Santiago Niño Becerra atisbaron el apocalipsis que los dioses financieros mandarían sobre las espaldas de España. En otro de sus textos hallamos la clave de la estructura accionarial de las grandes corporaciones hispánicas basada en el *shareholder value* que convierte la famosa pirámide multinacional española en un castillo de naipes próximo a desaparecer.

El modelo económico basado en la *shareholder value*, es decir, en la dispersión de la propiedad accionarial entre un número creciente de pequeños y pequeñísimos accionistas, no ha creado sociedades más igualitarias en aquellos países donde más se ha extendido (Estados Unidos y Gran Bretaña), sino todo lo contrario: no sólo ha generado sociedades mucho más desiguales, sino sociedades mucho más endeudadas que necesitan de monedas fuertes para subsistir económicamente sin arriesgar pérdidas drásticas de legitimidad política. [...] La dispersión de la propiedad accionarial es precisamente una estrategia que nace en los centros financieros anglosajones como respuesta frente al movimiento obrero organizado. Entre otros objetivos persigue quebrar el control que ejercen las elites locales y nacionales en los consejos de administración de las grandes empresas europeas y japonesas donde los llamados inversores institucionales

(planes de pensiones, fondos de inversión) aún no han podido hacerse con el poder nuclear de estas empresas²⁷.

Como expresión de «rivalidad interimperialista» pero también de un modelo depredatorio sobre los trabajadores, las multinacionales controladas por este sistema –y así son todas las corporaciones españolas que cotizan en el IBEX 35 y en Nueva York– están totalmente sujetas al poder oscuro pero muy real de estos frentes de inversores institucionales que se esconden, como veremos pronto, bajo el manto de fideicomisos o bancos gestores, pero que representan perfectamente el esquema que instauró el primer trust mundial de la energía SOFINA y los auténticos intereses que manejaban aquel cártel eléctrico que evidenciaba, a todas luces, la irrelevancia de sus accionistas o consejeros españoles, presunto núcleo duro de algunas de sus participadas como la hispano-argentina CHADE o la catalana Riegos y Fuerzas del Ebro, la Barcelona Traction.

Quien tiene el control accionarial, o el núcleo duro de todas las empresas, es el verdadero dueño. ¿Se puede hablar de una reconquista española a largo plazo mediante unas multinacionales que al estilo nacionalista europeo estarían en manos de grupos locales de accionistas? La hipótesis resulta más bien inverosímil en un país donde en verdad no hay grandes inversores institucionales y los particulares, hasta los más ricos, no pueden –caso de Botín hoy en día– manejar un banco desde el pedestal del propietario blindado.

Éste fue el motivo de que España ensayara la sinergia entre los presuntos gigantes del ladrillo, nacidos al calor de la especulación inmobiliaria, y los grandes jugadores del cártel energético –así fuera la constructora Sacyr con Repsol, por ejemplo– para consolidar y blindar la españolidad de toda la tramoya, pero cuando el

²⁷ A. Fernández Steinko, *Lan barremanak. Revista de relaciones laborales* 1575-7048, 12 (2005) (ejemplar dedicado a globalización y mercado de trabajo), pp. 67-82.

endebles andamiaje se vino abajo en 2008 las ilusiones del cártel ibérico se fueron por el retrete. Uno tras otro los sagrados jefes de la construcción privada terminaron en la UVI, directamente difuntos como Martinsa-Fadesa o absorbidos por la banca y las cajas a la espera de revender el parque de viviendas astronómico e incolocable que ellos mismos contribuyeron a financiar. Simultáneamente, y recurriendo a la clásica teoría marxista española, antes de que Ramón Tamames virara a la defensa del capital financiero, la crisis de 2008 puso en evidencia que España es el país con mayor deuda del planeta y el segundo, en términos absolutos, por detrás de EEUU, que más financiación exterior necesita para su crecimiento económico.

No hablamos de la deuda pública, o la deuda del Estado, sino de la deuda privada, es decir, de los préstamos de capital extranjero a los que tienen que recurrir bancos, monopolios y grandes empresas para financiar el crecimiento del PIB y sus propias inversiones que es parte del mismo proceso que nuestra oligarquía puso en marcha con apoyo gubernamental: acelerar la concentración para actuar en las nuevas condiciones creadas por la entrada en el Mercado Común Europeo. Renunciando a los sectores industriales articulados durante el franquismo, especialmente por el INI, que fueron desmantelados y entregados al capital extranjero, para posicionarse sólo en las cuatro áreas ya mencionadas: banca, telecomunicaciones, energía y construcción.

Justamente los sectores más necesitados de grandes flujos de capital, y que por un tiempo permitieron a la alta burguesía española codearse con los círculos financieros y monopolistas europeos gracias, sobre todo, a la veloz política de concentración financiera de la que nacen los dos *megabancos* actuales: el BBVA y el Santander, que luego añadió al paquete unos grandes monopolios de telecomunicaciones y energía para copar el mercado interno y sobre esa base emprender la expansión internacional: Telefónica, Endesa, Iberdrola, Unión Fenosa, Repsol o Cepsa. La tercera pata fue un amplio plan de infraestructuras que permitió la rápida acumulación del oligopolio de obras públicas, que ya desde 2001 y con los rédi-

tos del apoyo gubernamental pudo pasar a su definitiva internacionalización dentro de la zona euro y en América Latina.

El volumen del capital exportado se multiplicó casi por cuatro. Así el valor de las compras realizadas por empresas españolas cotizadas en el mercado mundial pasó en 2003 de 27.061 millones de euros a 99.865 en 2006, y la Inversión Directa en el Exterior de las empresas españolas casi se triplicó, de 30.800 millones de euros a 119.600. Después del *crack* argentino, aviso rápidamente olvidado, empezó realmente la segunda fase de la reconquista española de América Latina apostando a dos nuevos frentes, Brasil y México, con verdaderas economías de escala y beneficios *clase mundial*. Mientras, por otra parte, el grueso del capital exportado se fue de compras a la UE. Un proceso que se aceleró a partir de 2004, cuando los grandes bancos y monopolios españoles protagonizan algunas de las más importantes adquisiciones en la UE. Acumulación y concentración progresiva sobre el recurso al endeudamiento y la financiación exterior desparramada a su vez sobre el sector de la construcción, maná de manás, cuya espectacular tasas de ganancia atrajo a todos los capitales mundiales, incluido el dinero negro de América Latina.

Una financiación exterior que por norma se ha obtenido mediante la emisión de títulos de deuda, bonos y obligaciones, ya no sólo por parte de los bancos para financiar el mercado hipotecario, sino aún más por las empresas monopolistas que la necesitaban para sus adquisiciones y expansión en el mercado europeo. Como me decía Antoni Donadeu, antes del estallido, «en el mundo hay tanta liquidez que cualquier proyecto interesante consigue financiación». En un mundo así, y con el precio del dinero casi a tasa cero, uno puede ser dependiente del exterior, pero realmente, ¿a alguien le importaba un carajo de dónde venían los euros?

Y así nos metimos en la vorágine infernal: en 2006, la economía española necesitó 83.000 millones de euros (el 8,5 por 100 del PIB) para financiar su crecimiento. En 2007, fueron 106.388 millones de euros (el 9,65 por 100 del PIB). En el primer trimestre de 2008 fueron necesarios 32.552 millones. Antes de que los mercados financie-

ros se suicidaran en el septiembre negro de 2008, y la gran liquidez se fundiera en pocos días, la deuda exterior acumulada sumaba ya 700.000 millones de euros. El posterior cataclismo español, y la quiebra de los endeudados gigantes de la construcción, resulta fácil de explicar: la pirámide se derrumbó porque ya no había nuevos créditos para cubrir los anteriores... descubiertos. Y mientras 700.000 millones de euros de la deuda acumulada suponen que cada uno de los 45 millones de ciudadanos españoles deben más de 15.000 euros a las grandes instituciones financieras internacionales.

Deuda que nunca se invirtió en sectores estratégicos, industriales o de futuro, sino para que este cártel de grandes bancos y monopolios invirtiera en América Latina y obtuviera espléndidas ganancias en el sector de la construcción para poder darse el lujo de convertirse en auténticas multinacionales de alcance global. Pero jugar al *spanish power* con dinero prestado acaba trayendo problemas, porque, tras el fin de la liquidez perpetua, muchas de estas empresas no supieron cómo hacer frente a la amortización de la deuda contraída con los grandes capitales financieros internacionales, justo lo que pasó con los activos de Sacyr en Repsol, que en el otoño de 2008 esta constructora quería vender cuanto antes para pagar sus deudas con los bancos sindicados, Santander a la cabeza, forzando así la venta de Repsol a la petrolera rusa Lukoil que el Gobierno español, bajo presiones norteamericanas, evitó in extremis.

Siguiente clavo del ataúd: la dependencia colonial. Hasta finales de marzo de 2008, la banca alemana era la primera acreedora de la deuda española, con un 29,1 por 100 de ésta, siguiéndole la banca francesa con un 18,8 por 100. Es decir, las dos grandes potencias europeas poseen, y conviene recordarlo, el 47,9 por 100 de la deuda nacional, un total de 535.282 millones de euros. Un volumen de deuda que supone un grado de dependencia económica hacia el eje franco-alemán que, de forma inevitable, se plasma en el terreno político y diplomático. Y los intereses suben...

Tras el hundimiento de la carpa española, la deuda privada representaba a finales de 2009 el 200 por 100 del PIB español. Y en

la estela del Titanic, sólo se podían hacer dos cosas para amortiguar los efectos de la crisis económica más profunda de la época moderna: aumentar el déficit público y vender cuantos más activos mejor. La deuda pública española se encontraba al inicio de la crisis saneada comparado con otros tiempos y otros países. Había, incluso, cierto margen de endeudamiento, ya casi agotado, pero la deuda privada, la más alta de Europa, es la clave del descalabro español, y una arrastró a la otra. Una deuda externa de más de 1,65 billones de euros, una cifra que supera en más de un 50 por 100 la riqueza generada por el Estado en los años de crecimiento. Más de 400.000 millones de euros de deuda a corto plazo.

Hablando en plata, hay que vender patrimonio o será imposible hacer frente a los acreedores. Así pues, el camino del Imperio español se acerca directamente a un nuevo desastre. Habrá que liquidar las joyas de la Corona. Las grandes empresas de bandera que las privatizaciones consiguieron mantener bajo control español, protegidas por la trama financiera –el duopolio bancario y La Caixa– tendrán que ser vendidas. El final de Endesa, convertida en delegación española de la gran corporación pública italiana, Entel, no fue un accidente en el camino, sino el anuncio del fin del cártel español. El acuerdo entre Iberia y British Airways no es sino una operación camuflada de absorción en manos británicas. Repsol, a punto de vender YPF, y Telefónica, más expuesta que nadie al capital financiero y endudada hasta la cejas, serán seguramente las siguientes de la lista.

Cual perfecta ironía poética, el caso de Grupo Prisa y *El País* supone el derrumbe de otro sueño de grandeza del capitalismo ibérico. La reciente entrada del fondo de riesgo Liberty Acquisition Holdings Corp. en su accionariado certifica el ocaso de los Polanco como burgueses independientes y su paso a sucursal española del capital financiero internacional. Para mediados de 2010, este *private equity* –fondo de inversión financiado por las grandes familias de Wall Street y algunos bancos centroeuropeos– terminó controlando el 65 por 100 del capital de Prisa mientras la familia apenas se quedó con el 30 por 100 y la gracia de mantenerse

al cargo de la gestión del *holding*. Las deudas acumuladas por Jesús de Polanco, en su ambición de convertir Prisa en el mascarón de proa del cártel español, presente en toda América Latina, desembocaron en la caída del gigante multimedia tras el septiembre negro de 2008. La corporación estrella del milagro español acabó en manos de sus patrones ideológicos, EEUU, mientras los italianos sacan tajada, nada marginal, con la absorción berlusconiana de su cadena Cuatro de televisión abierta. La corrosiva sentencia se escribió en el periódico digital *Cotizalia* dirigido por Jesús Cacho, veterano adversario del imperio Polanco. «El baile de Prisa: de sus fundadores a manos extranjeras en sólo tres años»²⁸.

Cuando salga este libro, habrá más novedades, pero la exposición de las multinacionales españolas al mercado bursátil y a los inversores institucionales mediante el sistema de *shareholder value* los condena a un futuro más que incierto. Los grandes bancos españoles que forjaron el paraíso monetarista del primer gobierno socialista, con elevadas tasas de interés que los catapultaron a la cartelización perfecta y luego aprovecharon el poderoso euro y los bajos tipos de interés para prestar a todos sin aparentes riesgos, tendrán que recuperar sus créditos a costa de quien sea porque ellos también deben a más poderosos cárteles. Así pues, el duopolio bancario que manejó la privatización de los sectores públicos para crear los gigantes empresariales de los noventa deberá ahora cederlos al mejor postor. Y no pueden tardar mucho en vender sus participaciones porque su propia existencia autónoma está en juego. Los primeros movimientos de La Caixa cuando vendía el control de la perla de Cataluña, Agbar, son señales de que el proceso ha empezado y no va a parar.

El gran capitalismo español, o el nuevo poder multinacional que reinó fulgurante sobre las Américas, concluirá en el clásico fatalismo finisecular. A diferencia de los verdaderos imperios actuales, con un balance entre capitalismo financiero e industrial, entre banca y pro-

²⁸ Disponible en: <http://www.cotizalia.com/en-exclusiva/prisa-polanco-fondos-cebrian-deuda-20100807-56297.htm>.

ducción, el cártel español no tiene equilibrio. La evolución trágica de la dependencia exterior concluirá con un final impactante, goyesco al fin: la banca devorando a sus hijos mientras un vez más París, Berlín y Washington se mofan del milagro español, y todo vuelve a ser lo que siempre ha sido: un negocio de caballeros que no hablan español. Las presiones del Banco Santander para cobrar los adeudos de Sacyr, en el otoño de 2008, y vender Repsol a los rusos, son también el anuncio de que llegó la hora final. El cártel español ya perdió a Endesa y perderá más ilustres miembros de una hermandad que empezaron cuatro amigos catalanes en 1991.

Para remarcar esta visión profética, aunque realista, las estranguladas redes de financiación internas, tienen una nueva variante de ingeniería neoliberal que profundiza aún más el desastre español: las sociedades de inversión de capital riesgo, *hedge funds* y otras telarañas financieras, dominan carteras completas de empresas con unos efectos aún más dañinos para una estructura económica tercermundista. Uno de los mejores análisis que he leído sobre las honduras de la crisis española, obra de Daniel Albarra-cín, cuestiona este punto maldito de la desprotección absoluta ante los grandes jugadores del capitalismo financiero:

Mientras tanto, se ha producido un repunte del peso de capital de las sociedades de inversión en nuestra economía, un actor emergido de la financiarización. Estas nuevas sociedades (*hedge fund*, *private equity*, fondos de pensiones privados, fondos soberanos, etc.), cuyo propósito consiste en obtener rápida liquidez e ingresos para dar más «valor al accionista» (en forma de dividendos) o al «obligacionista» (mediante la devolución de réditos de préstamos concedidos), han impuesto pautas minimizadoras de costes y de adelgazamiento de capacidad productiva y de empleo en sus destinos de inversión. Inversiones coyunturales que exigen retornos muy por encima de la rentabilidad media del mercado y que han desnaturalizado y segmentado entidades productivas mediante externalización y subcontratación sucesivas (de las partes más arriesgadas o menos rentables de la actividad), venta de fragmentos de la empresa, recorte de empleos, intensificación de los ritmos de

trabajo y extensión del tiempo de trabajo. O el mismo vaciamiento de contenido del activo empresarial artificios de ingeniería financiera aprovechando la desregulación fiscal, societaria y mercantil. La financiarización ha tenido como actor más activo y destructivo a estas sociedades y fondos de inversión, que han gozado de privilegios fiscales excepcionales en España (un 1 por 100 de gravamen frente al 30 por 100 del impuesto de sociedades de cualquier otra actividad). Esto ha erosionado la viabilidad de la producción más útil y de calidad e impide una dinámica de innovación o de mejora. Y en España han encontrado un espacio abonado para su acción depredadora²⁹.

A fin de cuentas, esta secuencia de conclusiones demasiado marxistas requiere algunas pruebas de periodismo económico que aporta, por ejemplo, el semanario *El Siglo de Europa*, que tiempo ha publicó un texto que permite entender este ambiente de cachondeo que se produce entre enterados cada vez que se habla de las fortalezas, los blindajes y la solidez del sistema financiero español dominado por el *shareholder*. Se titulaba «El poder en la sombra»:

Sacyr Vallehermoso dice querer convertirse en el primer accionista del BBVA. Sin embargo, ese propósito es más difícil de lo que parece. La constructora quiere hacerse con el 3,1 por 100, un porcentaje ya importante, pero para convertirse realmente en primer accionista tendrían que superar el 5,7 por 100 que atesora la desconocida Chase Nominees Ltd., la entidad filial del JPMorgan Chase que custodia las participaciones de un buen puñado de accionistas institucionales extranjeros en la mayoría de las grandes empresas españolas. De hecho, en 14 de las 35 compañías del Ibex aparece con participaciones que superan el 5 por 100. Ninguna entidad española tiene una presencia tan abrumadora.

La Caixa, por ejemplo, a través de su *holding* industrial es accionista de Repsol YPF (12,5 por 100), Gas Natural (33,8 por 100),

²⁹ D. Albarracín, «La crisis económica española en la larga agonía del capitalismo tardío», *Viento Sur* 105 (octubre 2009).

Endesa (5 por 100) o Telefónica (5,4 por 100). El BBVA, dueño de la otra gran cartera industrial del país, tiene en la gran petrolera el 5,3 por 100, en la eléctrica presidida por Manuel Pizarro el 3,5 por 100, en Iberdrola el 5,3 por 100 y en la operadora de César Alierta el 5,5 por 100. Pero eso se queda casi en anécdota si vemos los paquetes accionariales que custodia Chase Nominees: su nombre es sinónimo de primer accionista en Altadis, BBVA, Endesa y Telefónica; segundo inversor en Acciona, Iberdrola, Indra, Repsol YPF y Santander Central Hispano; ocupa el tercer puesto en el accionariado de Gas Natural, Inditex y Telecinco y el cuarto lugar en el Banco Popular y Enagás. Sin embargo, pese a su indiscutible importancia, Chase Nominees pocas veces aparece en los periódicos.

Se trata de la filial dedicada al negocio de custodia del grupo financiero estadounidense JPMorgan Chase & Co. La entidad es fruto de la compra de JPMorgan por parte del Chase Manhattan Bank y la posterior fusión con One Bank. En 2000 se acometió la primera operación y más reciente ha sido la fusión que dio lugar al segundo banco más grande de Estados Unidos, sólo superado por Citigroup. El gigante tiene como presidente y consejero delegado a William B. Harrison y opera directamente en 17 países. Su máximo responsable en España es Emilio Saracho, que ha conseguido que el banco participe como asesor en operaciones de gran relevancia como la salida de Veolia del accionariado de FCC.

Estamos hablando de un accionista diferente al resto, dado que en realidad no es el dueño de las acciones, tan sólo es la entidad que custodia las inversiones de unos clientes que al ser extranjeros tienen que tener depositadas sus participaciones en empresas de nuestro país a través de este tipo de entidades. No es el único custodio global que actúa en nuestro país, pero sí el más importante, a años luz del segundo, EC Nominees, presente en Altadis o el SCH.

Chase Nominees no sienta a ningún representante en los consejos de administración ni asisten a las juntas de accionistas, sin embargo su poder es indiscutible y muy similar al que ejercen grandes fondos de inversión extranjeros que con nombre y apellido aparecen en el accionariado de Repsol YPF o Altadis.

Sus clientes son generalmente importantísimos fondos de inversión de diversas gestoras, fondos de pensiones o grandes inversores institucionales, con el común denominador de no ser españoles, en este caso mayoritariamente americanos. Las participaciones concretas están registradas en sus países de origen, sin embargo, fuera de sus fronteras las acciones que posean en empresas locales quedan registradas a nombre de la entidad custodia. Ésta es la práctica común en los países occidentales. De hecho, el servicio de compensación y liquidación local, Iberclear, tiene constancia de Chase Nominees, pero ninguna información sobre los representados por éste.

Las tareas de un custodio son puramente administrativas: «guardar» los títulos, anotar las compras y ventas, gestionar el cobro de dividendos, etc. Hasta hace dos años, estas tareas administrativas las ejercía directamente la delegación del banco americano en nuestro país, sin embargo en 2003 la entidad nombró al Santander Central Hispano su subcustodio en España y desde entonces éste se encarga del día a día.

De lo que nunca se encarga un custodio es de «asesorar sobre la toma o el abandono de posiciones a sus clientes», aseguran desde un departamento especializado en este negocio de un banco. Ese asesoramiento se lo procura cada uno de los fondos o inversores individualmente a través de otro tipo de departamentos o empresas. Sin embargo, eso no significa que las empresas no deban cuidar a Chase Nominees de la misma forma que hacen con otros importantes fondos de inversión extranjeros que sí aparecen en sus accionariados de forma directa.

Cuando se celebra una junta de accionistas, no hay ningún representante del custodio sentado en las primeras filas, sin embargo aparecen multitud de votos con el nombre de Chase Nominees. La filial del banco americano se ha encargado previamente de avisar a cada uno de sus clientes de su derecho de pronunciarse sobre las decisiones de la compañía en la que participan. Según un responsable de este negocio en un banco español «las delegaciones de voto pueden tener distinto signo. En función de las indicaciones de cada cliente, un 10 por 100 puede tener una orientación y el 15 por 100 otra, aunque lo normal es que se abstengan y no deleguen el voto».

Efectivamente, los inversores extranjeros no suelen pronunciarse, sin embargo hay gran interés a nivel mundial en que venzan esa «pereza administrativa» y que se muestren más activos a la hora de votar. De hecho, hay un debate internacional que planea la idoneidad de obligar a pronunciarse a este tipo de accionistas que tradicionalmente permanecen en silencio y cuando la cosa no les gusta, simplemente se van.

Estos grandes inversores, que manejan porcentajes accionariales en empresas que, en algunos casos, quitan el hipo, tienen como ley la rentabilidad de sus partícipes. A diferencia de otros accionistas, nunca forman parte de los consejos de administración ni participan directamente en la gestión de la sociedad. Su única pero mortal arma es que si no consiguen los resultados esperados se desprenden de sus participaciones y emprenden una nueva aventura. A todas luces, una mala noticia para la compañía abandonada que sabe que se expone a que otros muchos accionistas sigan los pasos de estos expertos en el negocio de la inversión.

Pero no hay que confundir términos. La manera de actuar de este custodio de valores no es igual que la de un fondo de inversión concreto. Estos últimos tienen gestores propios y mantienen una relación directa con las empresas en las que oficialmente están presentes, mientras que el poder de Chase Nominees es más sutil, podríamos decir de presión psicológica ya que representan sin nombre ni apellido a los dueños de porcentajes realmente importantes de los accionariados y supondría un disgusto de los gordos que una empresa se encontrara con ventas inesperadas de sus valores.

En todos los pasteles. En el cuadro adjunto publicamos las participaciones de Chase Nominees reconocidas ante la CNMV según las obligaciones contempladas en la legislación vigente, sin embargo los movimientos son continuos. Hay que recordar que estos americanos representan a numerosos clientes y cada uno de ellos puede recortar o aumentar sus posiciones en cualquier momento. Dependiendo de la importancia de esas decisiones de inversión o desinversión la participación del custodio oscila continuamente. En marzo del pasado año, estaba presente en Telefónica con la custodia de acciones representativas del 6,8 por 100 del capital. En mayo ya era el 9,9 por 100.

En el Banco Popular, en mayo tenía el 7,8 por 100. Desde noviembre, el 5,02 por 100. Y así, un largo etcétera de casos.

Lo cierto es que no siempre el regulador del mercado tiene noticias de la participación de esta entidad en nuestras empresas o exactamente del porcentaje. El Real Decreto 377/1991 sólo obliga a los inversores a comunicar sus paquetes accionariales en el caso de que llegue al 5 por 100 y cada vez que superen porcentajes múltiplos de cinco. De la misma forma, si descienden del 5 por 100 o de sus múltiplos, también lo han de hacer saber. Ese porcentaje se reduce hasta el 1 por 100 y sus múltiplos cuando el adquiriente tiene su residencia en un paraíso fiscal.

Chase –o mejor dicho, su subcustodio en España, el SCH– hace la comunicación en nombre de sus clientes accionistas y siempre que ninguno de ellos individualmente ostente más del 5 por 100. En ese caso, sería el propio fondo de inversión o inversor institucional quien haría la declaración.

De esta forma, Chase Nominees puede estar presente en otras muchas empresas cotizadas y de hecho lo está. Por ejemplo en Indra, donde hace un año superaban levemente el 5 por 100 y actualmente no llegan a ese porcentaje. Otro tanto pasa con NH Hoteles. Hace dos años Chase aparecía como el primer inversor y hoy ya la CNMV no tiene constancia de su participación. O en ACS. En la constructora diversos inversores institucionales extranjeros representados por Chase Nominees eran los dueños de casi el 11 por 100 de ACS a principios de 2004, sin embargo actualmente no alcanza el 5 por 100.

Pero los clientes de la filial de JPMorgan Chase no sólo se fijan en las grandes compañías, también están presentes en empresas de menor tamaño como las bodegas Barón de Ley, donde actualmente cuenta con el 9,9 por 100 del capital y donde hace sólo unos meses controlaba el 15 por 100, sólo superado por el 25 por 100 del propietario de las bodegas riojanas Eduardo Santos-Ruiz. Gamesa, la empresa fabricante de tecnología eólica, también cuenta en su accionariado en posición relevante con Chase.

En el caso de Repsol YPF se calcula que detrás de Chase se esconde una treintena de fondos que propician continuos movimientos

accionariales. De hecho, según información reflejada en la propia memoria de la compañía, el 13 de febrero de 2003 la entidad americana mantenía indirectamente un 5,817 por 100 de participación, mientras que según la última comunicación efectuada a la CNMV el pasado 3 de enero, el paquete accionario superaba el 10,1 por 100. Parece que los inversores extranjeros han recibido gratamente el relevo en la presidencia de la petrolera puesto que han aumentado su presencia.

En este caso ha salido bien, pero no sería la primera vez que el poder de los inversores extranjeros lograra abortar o impulsar cambios en la cúpula de una gran empresa. El ejemplo más conocido es el de Telefónica. Fuentes del sector aseguran que los fondos extranjeros, varios de ellos parapetados tras Chase Nominees, jugaron un papel determinante en los últimos y polémicos meses de presidencia de Juan Villalonga. El agresivo ejecutivo hasta entonces íntimo de José María Aznar se movía como pez en el agua en los mercados financieros americanos y de hecho, ciertos fondos apostaron por Telefónica atraídos por la gestión del que fuera empresario estrella del mundo de las telecomunicaciones. El miedo a que su salida de la operadora provocara un aluvión de ventas por parte de estos inversores institucionales extranjeros fue la carta utilizada por Villalonga para mantenerse en el puesto más tiempo del que le hubiera gustado finalmente a Aznar. Sin embargo, esos mismos inversores le dieron más de un toque de atención al presidente cuando su agresividad en las compras empezó a tener repercusiones en su cuenta de resultados.

Su sucesor, César Alierta, tampoco ha sido ajeno a esas «sutiles» presiones. Todo buen empresario sabe que el principal objetivo de un inversor es la rentabilidad y esa máxima se convierte en fin único cuando el accionista no tiene ningún interés en participar en la gestión de la compañía. De hecho se achaca a la inquietud de los fondos conocidos y los que se encuentran detrás de los custodios la decisión de fusionar las dos plataformas digitales, Vía Digital, controlada por Telefónica, y Canal Satélite, de Prisa. Este tipo de accionistas no entienden de instrumentos políticos, sólo de rentabilidades y los nú-

meros rojos de la televisión digital –a los que había que sumar los de Antena 3 y Onda Cero– eran inmantenibles³⁰.

No hace falta extenderse más. Los desencadenantes están ahí y este libro no juega a ser Nostradamus. Esto es sólo una aproximación histórica, psicológica incluso, a la reconquista española de América Latina, en sus intentos, sus proyectos, sus logros y su previsible decadencia. Pero falta un punto destacable, nuclear también, de este proyecto de área de influencia española que tomó forma pública en la declaración de Guadalajara en el año 1991 y puso freno a los sueños geopolíticos de esta reconquista justo en su máxima fase de expansión.

* * *

Sucedió en la crisis argentina de 2001-2002, y en mis encuentros con los viejos gerentes del cártel español éste fue un tema recurrente. Jodido. Me quedó grabado, especialmente cuando me viene a la memoria la rabia de Antoni Donadeu al decir que el embajador de Estados Unidos «se lavó las manos» en enero de 2002 mientras la enfurecida población de Buenos Aires atacaba oficinas bancarias de matriz española. Y esta rabia, pensé, puede tener dos motivos: o bien la embajada de Estados Unidos no protegió en aquel momento a las empresas españolas cuyos tenedores de acciones eran en muchos casos bancos de inversiones de Wall Street, y luego ésa sería una actitud antipatriótica por parte de James Walsh, encargado de la legación, o bien toda la relación especial del presidente Aznar con George W. Bush no sirvió para nada y los intereses del cártel español no fueron protegidos por el valedor de Washington en contra de los pactos establecidos entre Bush y Aznar. Me quedó la duda, pero Esteban Serra aclaró este punto que ha hecho correr ríos de tinta:

³⁰ V. Castelló, «El poder en la sombra. La americana Chase Nominees, principal accionista de las grandes empresas», *El Siglo de Europa* 632, 17 de enero de 2005.

Aznar tiene dos etapas. En su primer mandato tiene una filosofía y en el segundo otra. Cuando EEUU vio que estaba perdiendo com-ba empezó a presionar a Aznar. Nosotros tenemos una estructura que es la Cumbre de las Américas y eso es el liderazgo de España en América. Eso lo impulsó F. G. y fue muy bien, pero por el protagonis-mo de si era él o el rey, José María Aznar se fue cargando estas cum-bres. Y créeme que estas cumbres sirven para mucho. Sirven para ge-nerar una cantidad de compromisos entre los países. Sirven para usar a España como plataforma de entrada a Europa. Cuando Aznar llega le cambia el nombre de Cumbre Iberoamericana por Cumbre de las Américas, con la sola diferencia de que van los mismos pero en vez del rey y Portugal van EEUU y Canadá. Y se reúnen en Miami cada año dos meses después de la cumbre. EEUU le dice «tío, estos países son míos y no tuyos» y les ofrecimos en bandeja una influencia para que nos la birlaran. Dejó el espacio a EEUU y Canadá.

En su época crece tan sólo la operación de Telefónica. Las em-presas españolas ya estaban en América antes de que él llegara. A partir de 2000 ya no hay una sola inversión seria. Ni una sola en toda Sudamérica. Esto por varios motivos. Porque se empieza a pensar en los países del Este y en segunda porque el apoyo del Go-bierno español hacia América desaparece. No se hace nada más. La burocracia es otra cosa. El 80 por 100 del presupuesto del ICEX es para sueldos, viajes y publicaciones. ¿Hay motivación? ¿Hay com-petencia? ¿Se dan mensajes, líneas? Se apoya o no se apoya y aun-que ninguna empresa grande invierte fuera porque el Gobierno se lo diga, todo influye. Porque si en una cena con un presidente del Gobierno, éste habla con otros tres presidentes y crea una red de confianza, esto se nota en los negocios privados. Lo que no hizo Aznar y sí hizo F. G. México fue la diferencia en la época Aznar. Porque México es EEUU. México estuvo cerrado y es otro mundo. Es la puerta de entrada a EEUU. Iberoamérica es de Guatemala para abajo. México es el NAFTA, la Unión Americana. Por tanto, ahí la estrategia es otra.

Algo que Antoni Donadeu compartía al 100 por 100:

Con Aznar, llegamos a extrañar a Felipe. Las empresas españolas no necesitaban un tipo que mientras amenazaba a gobiernos que nos podían expulsar en cinco minutos, se paseaba todo el día con Bush a cambio de nada, porque cuando en Argentina hubo problemas, la tan cacareada alianza estratégica no sirvió para nada. Lo tuvimos que arreglar nosotros sin ayuda americana.

La geopolítica no es una ciencia muy en boga en España. El gran juego por el control de territorios entre potencias rivales que desde el siglo XVI se convirtió en ajedrez mundial, fuente permanente de guerras militares y económicas, colocó a España en una posición subsidiaria y secundaria desde el siglo XIX, que en su tratado, Joan Garcés define con precisión. Contraviniendo la propia historia, el segundo mandato de Aznar supuso el mayor intento de cambiar, dentro del bloque occidental, la correlación de fuerzas ante las potencias hegemónicas.

Algo que para el escaso margen de maniobra de la política exterior española terminó en peligroso órdago a los verdaderos patrones de la economía española, el núcleo franco-alemán de la UE, fuente del 80 por 100 de las exportaciones españolas, y acreedor principal de su deuda pública y privada y su parque industrial, y supuso también una riesgosa intervención en los asuntos internos de América Latina siguiendo la guerra total del *lobby* sionista de Washington contra el supuesto complejo islámico-populista que aparte de apoyar la Guerra de Iraq con soldados españoles llevó, en la esfera latinoamericana, a agresivos extremos de propaganda y conspiración. Su peor reflejo, cuando, por órdenes del Gobierno español, el embajador Manuel Viturro visitó al espurio presidente y empresario Pedro Carmona, el 13 de abril de 2002, horas antes de que el pueblo de Caracas forzara su huida.

Maniobra de legitimación del golpismo que, al cabo de dos años, el ministro de Asuntos Exteriores Miguel Ángel Moratinos, en una extraordinaria comparecencia en el Senado el 1 de diciembre de 2004, desmontó en toda su extensión. Sus lapidarias frases probaron el rumbo neofascista del Ejecutivo de Aznar:

Que a pesar de todo lo anterior, y de haber sido informados con gran detalle por el embajador de España y por otras fuentes de que se trataba de un golpe de Estado, los entonces responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores dieron instrucciones al embajador, de las que éste acusó recibo, para que se entrevistase con el presidente provisional golpista Carmona. Y ello mientras estaba detenido por la fuerza el presidente constitucional Chávez y su Gobierno, y le advirtiese no que debía liberar inmediatamente al presidente constitucional, sino que debería respetar los compromisos rotos por el Decreto para que el Gobierno provisional surgido de la junta cívico militar pudiera ser reconocido por la OEA. El propio presidente Aznar respondió a la llamada de Carmona, a pesar de saber que era un golpista, para aconsejarle en este mismo sentido³¹.

Palabras de un canciller que por una vez honró a la verdad. Así pues, mientras el Palacio de Santa Cruz, sede de Exteriores, era usado para apoyar el asalto a un país que incomodaba los planes de Washington, cabía suponer que en otro país del Cono Sur tanta abyección sería recompensada al menos con la presión y las quejas de la embajada norteamericana ante la campaña antigallega que recorría la sociedad argentina. Nada como este párrafo de *El País* para saber por dónde iban los tiros:

El respaldo de los organismos financieros internacionales a Argentina, cuya crisis hipoteca a importantes empresas españolas, ha sido uno de los temas recurrentes en las entrevistas de Bush y Aznar en los dos últimos años. Pero fuentes diplomáticas subrayan que la política de EEUU en la región está guiada por el interés de sus propias compañías y sólo beneficiará a las españolas en la medida en que ambas coincidan. ¿Entonces? Hay un asunto que a medio plazo desvelará hasta qué punto el apoyo de EEUU a España es algo más que retórico. Se trata del em-

³¹ *Rebelión*, «Los cables cifrados que envió la embajada española en Caracas que muestran el papel del Gobierno Aznar en el golpe de Venezuela». Disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=59011>.

plazamiento del ITER, el reactor experimental de fusión nuclear, «el proyecto científico más importante del mundo después de la estación espacial», en palabras del ministro de Ciencia y Tecnología, Josep Piqué.

«[...] El presidente tiene una visión», afirma uno de sus colaboradores en tono de confianza. ¿Cuál? «Cree que la caída del Muro y los atentados del 11-S han barrido definitivamente el orden internacional de la Guerra Fría y han inaugurado una nueva era en la que España, al contrario de lo que hizo en el siglo XX, no puede quedarse al margen, sino que debe estar en el bando ganador.» ¿Y quién le ha inspirado esa idea? «Mucha gente. O sea, nadie en realidad», contesta un ministro. «Se la ha cocinado él solo. Aznar es demasiado cesarista para dejarse influir por alguien en concreto. No te empeñes en buscar a un Schlesinger [historiador y asistente especial del presidente John F. Kennedy], porque no existe»³².

Los ensueños de Aznar fueron la pesadilla recurrente del cártel español. Su inclinación hacia las líneas doctrinales de Miami, que incluían una permanente campaña anticasquista, se hicieron cada vez más fuertes y el *lobby* hotelero, una de las partes más relevantes del cártel español, el eje Riu-Meliá-Barceló, el *grupo mallorquín* con grandes intereses en Cuba y el área del Caribe, tuvo que usar y abusar del ministro Abel Matutes, representante directo de sus intereses, para que el presidente Aznar contuviera sus deseos de organizar otra Bahía de Cochinos contraviniendo, por cierto, una de las pocas variaciones autónomas de la política exterior española que en los asuntos cubanos tuvo desde la Revolución castrista una orientación diferente, opuesta y nada complementaria, al bloque de Washington, pues el franquismo sostuvo, tras la estela del hispanismo y la inmigración española, una vía de no ingerencia que los posteriores Gobiernos respetaron y aprovecharon procurando, en todo caso y al estilo mexicano, instigar la corrupción de las élites comunistas para favorecer una transición a la china.

³² Miguel González, «La guerra de Aznar», *El País*, 9, 10 y 11 de marzo de 2003.

Sin el contrapeso del presidente gallego, Manuel Fraga y sus puentes directos con Fidel Castro, el cesarismo de Aznar hubiera llevado a la liquidación del emporio hotelero en Cuba. Por si faltaban elementos de irritación en América Latina, las anteriores maniobras de Aznar para evitar la extradición de Pinochet usando bajo mano el fiscal de la Audiencia Nacional, Eduardo Fungairiño, detonaban un comportamiento que al tiempo tuvo fácil etiqueta: neofranquismo. El aznarato imperial casi consigue en cuatro años arruinar las sutiles redes de la hispanidad que desde los primeros viajes de Felipe González a las Américas, bajo el ala de Omar Trujillo y Carlos Andrés Pérez y la complaciente mirada del PRI mexicano, tejía una relación de compadres que iba a rendir frutos al cabo de algunos lustros. En sus arrebatos, Aznar recorría el laberinto narcisista y sectario de la diplomacia española hasta el segundo franquismo, cuyas relaciones y pensamientos sobre la realidad latinoamericana resultan una explosiva mezcla de estupidez y soberbia.

En el estudio de Isidro Sepúlveda sobre las políticas de la restauración hacia América Latina, y en especial su apartado sobre el cuerpo diplomático, surge la visión «prepotente» de los altos funcionarios sobre estos países, un legado que Antoni Donadeu, por ejemplo, comparte, pero que nunca haría público. Ése fue el error fatal de Aznar. Mostrar ante todos lo que un presidente español sólo podía decir en privado. Porque lejos de miradas indiscretas, así hablaban los embajadores de la restauración, el precedente más directo del estilo aznarista. Sostenían, en todos sus informes al ministerio, «la idea de prevalencia española sobre los Gobiernos americanos, en algunas ocasiones llegando a minusvalorar la propia soberanía de los Estados»³³ dentro de una «imagen de la inferioridad americana»³⁴, puro caos revolucionario «al que difícilmente puede sustraerse porque les viene de abolengo». Una «arrogante displicencia» con tópicos que reconfigurados siguen aplicándose hoy y que mezclan tres capas en una mixtura que fal-

³³ Isidro Sepúlveda Muñoz, *op. cit.*, p. 325.

³⁴ *Ibidem.*

sifica toda posible verdad y que José María Aznar con sus lunáticos discursos de ex presidente confirma en cada detalle.

Por un lado, los viejos diplomáticos creían que todo se debía a «la venalidad de los políticos, la endogamia de la clase dirigente, la pobreza económica e intelectual de la sociedad, o, incluso, por la heterogeneidad de sangres, costumbres y credos». Elitismo y racismo combinados que les hacían ver a las oligarquías criollas o las minorías blancas como las receptoras y amigas de la hispanidad, un concepto que la corte aznarista recuperó con creces mediante la alianza con el complejo Miami cuya cosmovisión se parece perfectamente a la que Isidro Sepúlveda señala en los funcionarios españoles de principios del siglo XX: «Las sociedades americanas eran vistas dentro de una doble dicotomía estructural: pueblo-gobierno, masa-elites. [...] Consecuente con este análisis, la acción de los diplomáticos españoles fue dirigida casi exclusivamente hacia las elites dirigentes»³⁵ con apoyos nada disimulados a todos los regímenes que en las época eran guía de «acción y orden».

En el indisimulable racismo del brazo exterior del Gobierno español, los indios se llevaban la peor parte y la pasión antiindigenista de José María Aznar junto a su especial obsesión contra el presidente Evo Morales recuerdan viejas e imperiales actitudes. Igual que en el último mandato de Aznar, las intervenciones de EEUU en tiempos de Alfonso XIII se disculpaban por la «debilidad y deficiente constitución de los países agredidos». El perdurable odio que el jefe del Ejecutivo español generó en amplias capas de América Latina fue el más feo de los asuntos para el cártel español de los negocios, y en verdad ninguna de las grandes multinacionales ibéricas, excepto Telefónica, le debe más que disgustos y altercados. Porque, a diferencia de Grupo Prisa, demasiado fanatizado en sus odios hacia la izquierda latinoamericana, los viejos operadores del cártel saben que los vientos de cambio son más manejables de lo que parece a primera vista. Y nadie como Esteban Serra para descifrar el laberinto:

³⁵ *Ibidem*, pp. 330-333.

Venezuela dice que nacionaliza, pero de hecho lo que hace es comprar. Y todo el mundo quiere que venga el señor Chávez a comprarle sus negocios. Caracas te echa pero te paga tres veces más de lo que te costó cuando compraste la empresa. Que te eche un tío que tenga un buen talonario pues no pasa nada, el problema es cuando te echa alguien que ni las gracias te da... Chávez no me gusta pero al menos no me está robando. No lo quiero aquí, le compro la casa. ¿Cuánto cuesta la casa? ¿50? Le doy 150 y listos. El señor Correa por ejemplo cambió las cosas. Pero ¿cómo? Muy sencillo. El acuerdo que había es que el Gobierno se llevaba 20 y tú te llevabas los otros 20 pero ahora el petróleo no vale 40 sino 70. De los 40 primeros nos seguimos llevando el 20 pero los otros 30 son míos. Cuando dicen que el 90 por 100 será para el Estado pues las compañías extranjeras ya no estarían trabajando. Una cosa son los mensajes populistas y otra cosa son los contratos. El problema de estos países no es la renta sino cómo se distribuye. Hay mucha concentración de poder y los beneficios no llegan nunca a las clases bajas.

A Antonio Brufau, el presidente de Repsol, no le gusta Hugo Chávez. Representa un pensamiento de tradición socialista que no sólo le repugna sino que a escala global va contra sus intereses directos pero por su participación en varios yacimientos mixtos en el Orinoco y otras plataformas de gas y petróleo la espiral provocadora del hispanismo conservador tampoco le conviene pues complica las cosas en grado superlativo. Sobre todo cuando los intereses particulares de *El País*, con sus negocios en Colombia y su apoyo justamente en las minorías blancas de América Latina, incluido el poderoso *lobby* sionista, confluye con la línea de Aznar y la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES) de establecer un cerco mediático sobre las acciones del Gobierno venezolano y preparar el terreno a la desestabilización.

Si el cártel español ama a José Luis Rodríguez Zapatero es porque su diplomacia suave ha evitado que ciertos pleitos pasen a mayores pero para ello, y recordando el caso venezolano, tuvo que mandar a Caracas a un embajador que recompusiera los mi-

nados puentes con el chavismo. Y tuvo que ser Raúl Morodo, una de las pocas lumbreras de la Transición, personaje fascinante que ha sabido moverse siempre entre la academia, la izquierda moral y los despachos de influencia sin perder por el camino una relación perdurables con la *intelligentzia* latinoamericana, y cuya labor en Caracas salvó literalmente a las empresas españolas en Venezuela. Un sitio donde la acción incendiaria de gentes como Iñaki Anasagasti, venezolano de origen y fiel seguidor de la oligarquía vizcaína que un día dominó el país, estaba llevando las cosas a un punto de no retorno.

Control de daños a largo plazo que evitó, incluso, la ruptura con España después del insulto del rey a Hugo Chávez en la Cumbre Iberoamericana de Chile. Aquel «¿Por qué no te callas?» que el 10 de noviembre de 2007 dividió el mundo entre linchadores y linchados y que definió en el despiste de Zapatero y la espiral racista de los medios españoles los límites y hasta el agotamiento de la reconquista económica de América Latina. La aventura milenarista del presidente Aznar y su cruzada exterior fue una absurda carga de caballería que casi termina con importantes negocios del cártel español, pero habiendo fracasado, evidenció la triste posición de España en el concierto internacional de naciones.

El *milagro español* que el PP hizo explotar a nivel político, estallaría económicamente en 2008 bajo administración socialista pero el indudable mérito de Aznar es haber mostrado que bajo tales arrebatos de insolencia hispánica no había más que la furia y la nada. Y que por tanto los cimientos reales del imperio empresarial español, al no sustentarse en una verdadera potencia económica, deberían al fin derrumbarse. La sentencia que José Ignacio Torreblanca, analista principal del Real Instituto Elcano, central de inteligencia política de los negocios hispánicos, dedicó a José María Aznar dice casi todo:

Un Gobierno de Madrid no puede elegir entre Washington y Bruselas. Aunque no se entienda en algunos círculos españoles, en la Casa Blanca lo comprenden a la perfección. EEUU tiene un interés pri-

mordial en que Europa funcione unida, como el propio Bush reconoció en su visita europea. Curiosamente, Aznar compró la división de Rumsfeld entre «vieja» y «nueva» Europa y estructuró su política sobre esa división. Aznar quiso ofrecer a Washington un aliado en el sur de Europa tan potente y fiable como Reino Unido. Además, la relación transatlántica que diseñó tenía una dimensión latinoamericana y mediterránea muy importante. El plan tenía mucho sentido, pero sólo si se hacía desde una posición europea y europeísta. Se equivocó al despreciar a Francia y Alemania como sociedades en declive. Olvidó que los intereses económicos y de seguridad de España pasan mucho más por París y Berlín que por Washington. Además, fue desleal con sus socios, como demostró la Carta de los Diez en *The Wall Street Journal*. Por tanto, en lugar de liderar Europa, encabezó la división del continente, apoyando a una Administración Bush muy ideologizada. Todo ello pasó factura después, durante las negociaciones de la Constitución Europea y de las Perspectivas Financieras 2007-2013, dejando a Madrid en una posición debilitada, cuyo único activo era la amenaza de veto. Aznar no apostó por EEUU, sino por un Gobierno atípico (que ha infligido un daño enorme a sus intereses en el mundo). Y, además, lo hizo en contra de la opinión pública española y de amplios sectores del PP. El proamericanismo de Aznar se basó en que «EEUU nunca se equivoca», tan infantil como el antiamericanismo de quienes creen que es imposible que acierte³⁶.

El legado más visible de Aznar, el lugar que él abrió de par en par para el cártel español y donde sí le deben grandes favores no es otro que México. La Nueva España que la vieja España intentó moldear como copia exacta del imperio absoluto que los Austrias estaban construyendo por entonces en Europa y el Nuevo Mundo. «México puede y debe conceder a España, su Madre Patria, lo que no acordará nunca con otros Estados», decía un rancio diplomático español del novecientos. Y aunque la oligarquía mexicana

³⁶ F. Portero y J. M. Torreblanca, «Debate FP: Aznar o Zapatero, ¿qué política exterior?», *Foreign Policy Edición Española* (junio-julio 2007).

ya acordó casi todo con Estados Unidos, hay un rincón nada secreto donde el cártel español hace y deshace a la medida de un pequeño gran imperio. Entre negocios políticos y *vendettas* electorales, gallegos caídos y un sinfín de historias tristes. Donde lo cortés no quita lo demente.

CAPÍTULO IV

Secuelas mexicanas (1)

Variaciones sobre el *affaire* Mouriño

El 4 de noviembre de 2008, el avión donde viajaba el secretario de Gobernación de México, el gallego-mexicano Juan Camilo Mouriño, se precipitó en llamas sobre el centro de la Ciudad de México. Los restos de Mouriño se esparcieron, carbonizados, a pocos metros de la fuente de petróleos de la avenida de la Reforma, corazón financiero de la ciudad. El hombre acusado de defender los intereses de la empresa energética de su padre y de las multinacionales españolas en general, iba a tener la última palabra para las concesiones de exploraciones petrolíferas a empresas privadas que la reforma de PEMEX, sancionada días antes, convirtió en algo legal. Se presumía que, gracias a su ascendente sobre el presidente Felipe Calderón, gran parte del pastel sería para Repsol, que tras el acuerdo estratégico entre el magnate Carlos Slim y La Caixa tenía en sus planes convertir México en la plataforma de acceso al mercado norteamericano para sus grandes reservas de gas natural en Perú y Trinidad y Tobago. Algo que merece una detallada explicación porque nos va a permitir entender los negocios del cártel español en México y las querellas y reacomodos con la oligarquía azteca.

Cuestionamientos sobre el papel virreinal de Mouriño siempre los hubo. Un día después de su deceso, el 5 de noviembre de 2008, el periódico *El Mundo* ponía un curioso titular a su obituario: «Juan Camilo Mouriño, el español que se convirtió en ministro del Interior mexicano». En esta reveladora frase se sintetizaban algunas de las muchas cosas que ocurrieron alrededor de la personalidad del gallego que más poder llegó a tener en América Latina, pero cuyo destino terminó siendo el polvo y el olvido. Juan Camilo Mouriño, treinta y siete años de edad, hijo de un emigrante que hizo fortuna

gracias a las concesiones gubernamentales, rompió en su quehacer político las reglas no escritas de la política mexicana donde las poderosas comunidades extranjeras —españoles, libaneses y judíos sobre todo— pueden, al amparo del poder, amasar grandes fortunas y dominar sectores enteros de la economía, e incluso promocionar a sus vástagos dentro de la bien pagada jerarquía del Estado, pero usualmente no se convierten en responsables de la más poderosa de todas las ramas del Ejecutivo, la Secretaría de Gobernación que es la oficina presidencial para la operación política en el Congreso de la Unión, los estados y el tentáculo mediante el cual el presidente reparte las prebendas y los castigos a la oligarquía, la partidocracia y otros gremios de la *mexican mafia*.

Un papel respetado, delicado y decisorio, en un país donde el ministro de Gobernación representa no tan sólo las orejas del Estado, mediante el CISEN o servicios de espionaje, sino la fuerza y el dominio que el presidente en turno tiene sobre el dinero y el poder que se disputan debajo, al lado y hasta dentro de su residencia oficial, un palacio-búnker llamado Los Pinos.

América Latina es una tierra colonizada, donde las elites blancas o criollas siguen regulando las relaciones sociales y económicas dejando a los mestizos parte sustancial del botín político que se comparte amigablemente más allá de los prejuicios de casta y de clase, este difuso racismo sociocultural que está presente en toda la vida americana. Pero dentro de esta pirámide social, la natural conllevancia entre poderes autóctonos y socios extranjeros se puede convertir en un campo de minas si no se respetan las peculiares reglas de un país tan complejo como México que al decir de los *connaisseurs* sigue siendo el país más hispánico del mundo, pero el menos español del continente. Donde, por ejemplo, los gachupines nunca han manejado en primera línea los resortes del Estado y menos para dirimir negocios entre la burguesía nacional y las empresas extranjeras como estaba haciendo el joven Mouriño.

Decíamos, en páginas anteriores, que, sobre los restos del viejo desarrollismo nacionalista, el complejo neoliberal mexicano fundado por el presidente Carlos Salinas de Gortari en su sexenio

(1988-1994) articuló un proyecto de largo alcance con EEUU, donde España asumía un papel de referencia como modelo de transición y ejemplo de *liberalismo social* que el presidente mexicano llevó a niveles superiores de relación y complicidad, tal cual se escenificaron en la Primera Cumbre Iberoamericana de Guadalajara, Jalisco, en 1991. Para esta estrategia salinista, el supuesto éxito español tras su integración europea servía de anzuelo y calmante para la venidera absorción de México en el Mercado Común norteamericano. El contrapeso cultural de España ante el universo gringo –imprescindible en un país turbado por la fatalidad de su *destino americano*– doraba la píldora de la entrega del país al capital transnacional y auguraba un contrapeso además de una posible *liason* económica entre las dos medianas potencias del sur en asuntos latinoamericanos y europeos.

Un terreno común, o un discurso rosa, compartido por todos, cuyo maravilloso final sería un país que llegaría a la plena democracia y entraría al fin en este Primer Mundo que España ya disfrutaba tras un largo historial de fracaso y degradación. Pero una cosa es la pantalla española para uso propagandístico y cultural y otra muy diferente es que algunos juegen al farol de los imperios españoles entre mexicas cuando el 85 por 100 del comercio exterior del país se va a Estados Unidos y las relaciones de clase y poder que verdaderamente importan son las que se mueven entre Houston y Washington.

En esta secuencia de sueños guajiros y pesadillas reales, la desaparición física del gallego Mouriño tuvo un aire crepuscular. Aquella bola de fuego que cayó del cielo concluía el ciclo más álgido de la reconquista económica española que entre 1995 y 2005 convirtió a Madrid en el segundo inversor tras EEUU. Esplendor corporativo que nació con la fervorosa mancuerna entre José María Aznar y Ernesto Zedillo (1994-2000), cuyo pacto de caballeros permitió, con todo el aval internacional, la llegada del PAN al gobierno tras setenta años de hegemonía priista, convirtiendo la influencia hispánica en un factor de poder directo en el único país donde la tradición antiespañola del siglo XIX sigue viva, se inflama fácilmente y donde la única

bandera que realmente se respeta es la de las barras y las estrellas, cuyo territorio alberga más de 20 millones de mexicanos.

No existe prácticamente un solo mexicano que no tenga un pariente o un conocido en el otro lado del río Bravo o que trafique, comercie o visite EEUU con cierta regularidad. Destinos religados que aunque no aparezcan a menudo en la superficie política y cultural, despliegan una poderosa estructura de complicidades que genera, año con año, un consenso real: México, como frontera sur de EEUU, donde la izquierda mexicana sólo espera el mismo interés, subsidio y apoyo que la UE dio a España tras integrarla con rudos efectos económicos al espacio económico de los poderosos. Ésa era la apuesta del ex candidato presidencial del frente de izquierdas en las elecciones de julio de 2006, Andrés Manuel López Obrador, que en ningún momento cuestionó la relación especial con EEUU mientras ataca y cuestiona el imperialismo económico hispánico en tierras mexicanas.

Así que aquella tarde del 4 de noviembre de 2008, a las 18.40 horas, cuando el avión Learjet con matrícula de la Secretaría de Gobernación se desplomó a 100 metros del céntrico paseo de la Reforma con el propio ministro del Interior Juan Camilo Mouriño y un alto funcionario de Inteligencia, Santiago Vasconcelos, junto a seis servidores públicos de la misma Secretaría, muchas cosas estaban por cambiar. Entre rumores de ataques de narcotraficantes y otras teorías posibles, una encuesta publicada por la consultora María de las Heras en *MilenioDiario* destacaba que 56 por 100 de los mexicanos no creían que se tratara de un accidente, pero quizá todo esto sea al fin irrelevante. Curiosamente, pese a las carísimas necrológicas de la clase político-empresarial, su deceso no produjo ninguna conmoción entre los verdaderos dueños de México. Juan Camilo Mouriño era un cadáver político cuyo epitafio escribió la revista digital *Reporte Índigo*: «Desgastado por las denuncias sobre los contratos con PEMEX y los negocios familiares en España, su muerte violenta sólo vino a precipitar lo que ya se cocinaba»¹.

¹ «El accidente oportuno», *Reporte Índigo* 106, 7 de noviembre de 2008.

Y éste es el quid de la cuestión. Juan Camilo Mouriño murió en la cúspide de su carrera política, «pero la oligarquía mexicana no va a extrañarlo. Se puede decir más bien que se quitaron de encima a un entrometido *outsider*»². Francisco Valero, un historiador de la Universidad de Valencia que estudia desde 1990 la imposible transición democrática en México, me expuso sin tapujos su versión de esta muerte «nada accidental» del hijo del empresario gallego Carlos Mouriño:

Este júnior soberbio representaba los intereses de su familia y de España en el Gobierno mexicano. Él cocinó la reforma energética que se aprobó en octubre de 2008 en el congreso y que va a permitir la concesión de lotes de explotación petrolera a transnacionales donde Repsol tenía depositadas grandes esperanzas. El mensaje no tiene pérdida: este gachupín que tenía con su padre un chanchullo en una provincia oscura del sur de México se aprovechó de un mediocre como Calderón para convertirse en su Rasputín particular y defender la agenda de negocios española en México dejando fuera del pastel privatizador a la casta empresarial mexicana, especialmente la de Monterrey, el mayor emporio industrial de América Latina. Si combinas la soberbia, la insolencia y la ingenuidad de la familia Mouriño y lo enfrentas con las reglas no escritas de la política mexicana, donde no caben extranjeros listillos, queda claro que Juan Camilo firmó su sentencia cuando en enero se convirtió en secretario de Gobernación y quiso dirigir personalmente sus negocios públicos y privados. Se portó como un virrey patán mientras la prensa de Madrid decía con estúpido orgullo que un español se convertía en el segundo hombre del Ejecutivo mexicano. Esto no podía ser, no podía durar y así tuvo que terminar³.

Quien mejor expresó este latente estado de opinión fue el propio presidente del Gobierno español José Luis Rodríguez Zapa-

² Entrevista con el historiador español residente en México, Francisco Valero, realizada el 10 de noviembre de 2008.

³ *Ibidem*.

tero: «Ha sido un duro golpe porque el ministro del Interior ha sido siempre un colaborador y amigo de España»⁴. Pero el problema era otro. Más que amigo de España, Juan Camilo Mouriño era ciudadano español a todos los efectos. Algo que denunció y demostró Gerardo Fernández Noroña, diputado del Partido del Trabajo y miembro del círculo íntimo del ex candidato presidencial de la izquierda mexicana Andrés Manuel López Obrador. «En enero de 2008, yo supe por amigos gallegos que la madre de Juan Camilo, Ángeles Terrazo, no era mexicana sino de Avión, provincia de Ourense. Y empecé a sostener que Juan Camilo era hijo de padre y madre españoles, con lo cual no podía acceder a ningún cargo público federal»⁵.

Ante el reto de una radio privada que le pagó en marzo un viaje a Galicia, Fernández Noroña llegó al municipio de Avión, donde descubre que los abuelos del secretario eran naturales de Galicia y no mexicanos, según la supuesta acta de nacimiento depositada en el Registro Civil del Distrito Federal. A su regreso, estalló el escándalo mientras Noroña cuadra la cuestión: «el Código Civil español establece que no importa dónde hayas nacido. Si eres hijo de padre y madre españoles, ya eres español de origen. Sólo que el padre de Juan Camilo fuera español ya basta, y más cuando el hijo nació en Madrid. Ergo el secretario de Gobernación no era mexicano de nacimiento y si tenía la doble nacionalidad debía renunciar a la española para ejercer cargos públicos». La puntilla, no registrada por la prensa azteca, fue la confirmación de que Ángeles Terrazo, la madre del ministro, tenía el documento nacional de identidad y por ello estaba empadronada para votar en Vigo en las elecciones generales del 9 de marzo de 2008.

Violaciones a la Constitución mexicana que fueron la puntilla del *Mouriñogate* que estalló cuando el 28 de febrero de 2008 el ex candidato Andrés Manuel López Obrador, conocido coloquial-

⁴ «Zapatero expresa su dolor por la muerte de Mouriño», *La Vanguardia*, 5 de noviembre de 2008.

⁵ Entrevista con el dirigente izquierdista Gerardo Fernández Noroña, realizada el 12 de noviembre de 2008.

mente como el Peje, expuso ante los medios de comunicación tres contratos que Juan Camilo Mouriño firmó como apoderado general de la empresa familiar Ivancar con PEMEX para el transporte rodado de gasolina mientras en 2003 éste fungía como asesor del entonces secretario de Energía del Gobierno federal, su íntimo amigo y futuro presidente, Felipe Calderón. Quizá ésta fue la estocada mayor de la campaña contra intereses empresariales españoles en México que abanderaba el ex jefe de Gobierno del Distrito Federal, el hombre que rompió las reglas de la política consensual tras las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2006, cuando su adversario ganó por escasos 0,3 puntos de diferencia en medio de graves denuncias sobre manipulación, compra, destrucción y desaparición de votos y la masiva petición de recontar todos los sufragios que nunca se dio y dejó, como secuela, un país partido en el cual palabrejas como democracia electoral se fueron por el caño de la historia.

Separado por voluntad propia de la partidocracia vigente, Andrés Manuel López Obrador, también conocido como AMLO por sus iniciales, inició su propia agenda política y electoral en los márgenes, aunque nunca fuera, del sistema. En febrero de 2008, el Congreso y el Senado eran tomados y «clausurados» por legisladores del Frente Amplio Progresista, el grupo parlamentario afín a López Obrador, que protestaban contra una reforma energética que privatizaba silenciosamente PEMEX, la última gran empresa pública mexicana, nacida de la expropiación petrolera que decretó en 1938 el general Lázaro Cárdenas, hito histórico y orgullo patrio que en 2008 con su crudo, la mezcla mexicana, cotizando en 95 dólares por barril parecía lejos de ser un mal negocio pese a su ineficiencia y su añeja corrupción.

Pero en este caótico panorama, un nuevo elemento alteró aún más la sensibilidad nacional. Y esta vez los hijos de la Madre Patria se volvieron el centro de muchos rencores, enconos y polémicas. Porque el cártel español se convirtió para una parte sustancial de la izquierda mexicana en maléfica madrastra desde que el ex candidato presidencial, AMLO, nieto de inmigrantes cántabros

nacido en el tropical estado de Tabasco, decidió convertir el asunto en el primer tema de la vida nacional. Como decíamos antes, el 28 de febrero de 2008, el autodenominado «presidente legítimo» mostró en multitudinaria rueda de prensa tres contratos entre PEMEX y la empresa Transportes Especializados Ivancar de diciembre de 2003 firmados en calidad de apoderado general por el recién nombrado secretario de Gobernación, Juan Camilo Mouriño, mientras éste era coordinador general de asesores y enlace parlamentario del entonces secretario de Energía, el actual presidente Felipe Calderón, conflicto de intereses que el Peje corroboró al cabo de unos días, con dos contratos más para aquella sociedad de transporte de gasolina, propiedad del Grupo Empresarial del Sureste que fundó en 1985 su padre, Carlos Mouriño.

Aquel puñetazo estratégico contra el hombre fuerte de México, operador político del presidente y jefe de las Fuerzas Policiales y de Inteligencia, resultó terrible sobre todo cuando las denuncias sobre la doble nacionalidad del secretario de Gobernación levantaron toda clase de sospechas. Obligó a organizar una comisión de investigación parlamentaria y las peticiones de dimisión llegaron en cascada. A pocas semanas, además, tocaba la trascendental presentación ante el poder legislativo de aquella reforma energética que iba a permitir la entrada de capital privado en los campos petrolíferos. La pública aceptación de su faceta empresarial, en el noticiero más visto del país, junto a su acusada soberbia, hundió la credibilidad de Mouriño hasta en las encuestas gubernamentales, mientras que la protección que le brindó su amigo íntimo, el presidente Calderón, debilitó aún más un Ejecutivo tocado por serios problemas de legitimidad social. De momento, su lema de campaña, *manos limpias*, fue pasto de sarcasmo popular.

La borrasca sólo había empezado. En un *timing* asfixiante, el 1 de abril AMLO mostraba otros documentos sobre «la sospechosa operación entre Repsol y el actual Gobierno de la República, que afecta gravemente la economía del pueblo y constituye un daño patrimonial al erario público». Se refería, esta vez, al contrato ganado el 19 de septiembre de 2006 por esta empresa vinculada a La

Caixa para el suministro de gas natural a México desde Perú por un periodo de quince años que rescató el prestigio y el futuro de Repsol tras la rescisión de su contrato en el gran yacimiento de Gassi Touil en Algeria. Fue Felipe Calderón quien, como secretario de Energía, en noviembre de 2003 había otorgado a Repsol la explotación del gas natural de la cuenca de Burgos, al norte de México, considerado el primer eslabón en la privatización de los hidrocarburos y es por ello que el político izquierdista decidió aportar datos duros que tratan de avalar la especial relación de Calderón y Mouriño con los llamados intereses españoles en México.

La clave de aquel contrato, y el *tsunami* que provocó radicaba en su abultado costo. «En suma, el suministro de 500 millones de pies cúbicos diarios durante quince años representa un costo real de apenas seis mil millones de dólares. Sin embargo, la Comisión Federal de Electricidad aceptó pagar a Repsol a precios actuales 21 mil millones de dólares, esto significa que Repsol tendría una utilidad extraordinaria, entre comillas, de alrededor de 15 mil millones de dólares», dijo AMLO en varias ocasiones.

Negocio redondo sobre bases poco claras que López Obrador, ante el hecho de que la empresa hispano-argentina anunciara, antes de tiempo, sus futuras ventas de gas licuado a México, convertía en insidiosa pregunta: «¿Cómo sabía Repsol en 2005 que iba a vender gas a la CFE un año y medio antes de que se publicara la licitación para el suministro de Manzanillo?». Y así insistía el político tabasqueño en todos los ruedos: «Es necesario señalar que Repsol se ha convertido en la empresa extranjera favorita de Felipe Calderón». Aunque todo ello parezca, en el entorno peninsular, lejano y complicado, cabe señalar algo que ya era un hecho desde el verano de 2006: la quiebra histórica de la relación entre la vieja y la Nueva España amenazaba en convertirse en un tema permanente y perturbador de la agenda bilateral. Siendo el primer inversor europeo en México, los corporativos hispánicos están siendo cuestionados en todos los frentes.

Sobre todo en la generación privada de electricidad, donde Iberdrola, Gas Natural y Unión Fenosa controlan un 30 por 100

del mercado, mientras varios reportes científicos y académicos, amplificadas por López Obrador, advertían, por ejemplo, que las terribles inundaciones de Tabasco, en noviembre de 2007, con un millón de damnificados y un gran éxodo posterior, fueron debidas al mal uso de la presa Peñitas que regula el caudal del río Grijalva, cuyas turbinas estaban paradas para permitir a las compañías privadas extranjeras, casi todas españolas, el uso preferencial de la red eléctrica federal, motivo por el cual, y ante las abundantes lluvias, se tuvieron que abrir de urgencia sus compuertas con la correspondiente y catastrófica avalancha de agua.

Aunque en esta borrasca antiespañola es obligado referirse también a otros grupos de mayor influencia cultural como Prisa, cuya sorpresiva decisión de no renovar el contrato a su periodista estrella, Carmen Aristegui, en la W Radio, tomada en enero de 2008, fue interpretada como una censura directa a las libertades que Aristegui pregonaba en su programa. Resultó, pues, otro fiasco de la camada de *El País*. La locutora más emblemática de la transición mexicana se quedaba sin voz, relegada al desempleo por más de un año, en evidente contraposición a Iñaki Gabilondo y otras estrellas surgidas en los setenta que la derecha liberal de *El País* amamantó, y no despellejó, en su cruzada por la hegemonía cultural.

Cosa que la propia casa de prensa impedía en su sección radiofónica mexicana, donde prefirió la vía de los arreglos institucionales quitándose de encima una periodista incómoda y entronizando al cuñado de Calderón, Juan Ignacio Zavala, como relaciones públicas de Grupo Prisa, un cargo de *florero* que fue otra burla nacional al punto que este incómodo y prescindible familiar dejó en menos de dos años tal puesto honorífico. Caso límite de censura empresarial que tuvo eco hasta en *Le Monde* y otros periódicos de referencia, alemanes y estadounidenses. Fatal golpe bajo a la izquierda mexicana, generalmente alineada tras las tesis socialdemócratas, en la triste estela de la tercera vía neoliberal de Tony Blair, acatando una derechización compulsiva que buscaba en la Internacional Socialista vías de legitimación ante el mundo occidental.

Otro clavo en el ataúd de la decadencia política de una casta embrujada aún por la tenebrosa presencia de Felipe González, el *gran modernizador*, cuya influencia llega a todo el espectro político y social y es presencia constante en el Distrito Federal desde que en 1973 un joven funcionario del PRI, Rodolfo Echeverría, lo recibió como futuro líder del socialismo español. Pero entre la ciega veneración del milagro español y las muy reales injerencias de unas grandes multinacionales necesitadas de coberturas políticas, desde la banca hasta la hostelería, la imagen de España sufrió una mutación radical que tuvo el 7 de julio de 2006 un punto decisivo.

* * *

Aqué fue el día que George Bush y José Luis Rodríguez Zapatero felicitaron al unísono al nuevo presidente de México, antes incluso de que el Tribunal Electoral legalizara el discutido triunfo del panista Felipe Calderón. Desde entonces, las bondades del modelo democrático español han dado paso a una imagen imperial, prepotente y corruptora. Al servicio de sus corporaciones depredadoras. Y ahí es donde AMLO tomó como bandera el *antigachupinismo*, que hoy está de vuelta. Según Manuel Bartlett, un viejo zorro de la política mexicana, que como senador se opuso a las actuales privatizaciones, la quiebra es ya una realidad: «Vinieron a darnos lecciones de democracia y se equivocaron, porque el PRI fue durante décadas un modelo político que fascinaba al mismo De Gaulle. Y al final lo que se ve de España no es más que negocio y prepotencia»⁶. Para alguien que estuvo casado con la hija del general Miaja y tuvo desde su despacho en Bucarelli, la sede de Gobernación, el completo control de la república mexicana, no iba a durar mucho el nuevo ministro, pero «Mouriño no es más que un síntoma. La verdad es que en México ya no existe

⁶ Entrevista con el ex ministro de Gobernación de México, Manuel Bartlett, el 10 de julio de 2008.

gobierno, pero tarde o temprano esto va a cambiar». En un país que tiene la tasa de crecimiento más baja de América Latina, sólo por encima de Haití, donde las remesas de los migrantes son la segunda fuente de divisas tras el petróleo y el Estado de derecho es aún mera ilusión, la alianza entre la derecha mexicana y el corporativo español tenía visos de terminar como un mal chiste de gallegos.

Y así, con trazo burdo, se escribió el guión de la muerte del ministro español. El tráfico de influencias y el conflicto de intereses de Juan Camilo Mouriño desataron todas las furias como recordaba tiempo después Fernández Noroña: «Salió en Televisa a decir, con una caradura impresionante, que sí se dio contratos como funcionario, que sí los recibió como empresario, pero que eran éticos y legales». Así lo entiende también Francisco Valero: «Si hubiera dimitido, ahora estaría vivo, pero creyó que al lado de Calderón sería siempre intocable. Craso error no retirarse a tiempo». Al final, esta tragedia gallega llegó a su clímax. Y un avión se desplomó en el paseo de la Reforma.

Aunque todo este desastre empezó cuatro décadas antes, cuando el patriarca de este clan, Carlos Mouriño, llegó a México huyendo de la quiebra de sus negocios, algo nada casual. Sabía que en México había mucho paisano próspero y su mujer, hija de un villorrio llamado Avión, tenía todas las puertas abiertas allende los mares porque aquel pueblecito era toda una potencia económica en los Estados Unidos Mexicanos. Como documentan los estudios académicos de María Xosé Rodríguez y Abel Losada Álvarez⁷, las redes migratorias de O Carballiño, y especialmente el municipio de Avión, habían creado una burguesía gallego-mexicana, predominante hoy en hostelería, inmobiliarias e industria del mueble, que supo protegerse al más alto nivel con la tecnocracia mexicana.

⁷ A. F. Losada Álvarez y M. J. Rodríguez Galdo, «Redes migratorias vs. redes económicas: inserción sociolaboral y contribución de los gallegos al desarrollo de México», *Revista galega de economía* 14, 1-2 (2005), pp. 393-420.

Así construyó Carlos Mouriño en Campeche, y al amparo de los gobernadores priistas, su Grupo Empresarial del Sureste (GES), que incluía gasolineras, constructoras, franquicias y transportes de líquidos inflamables, «pero la locura política de Carlos Mouriño», matiza Francisco Valero, «acabó con la tradicional discreción gallega, o sea, siempre al amparo del poder pero nunca desde el Gobierno, y esto provocó un primer aviso cuando Juan Camilo, candidato a la alcaldía de Campeche, fue secuestrado por secuaces del gobernador en turno». Mensaje directo, al parecer, del historiador Francisco Valero: «A ver si su padre entendía que ni comprando la franquicia del PAN iban a permitirle controlar el gobierno estatal. Lección que obviamente no aprendió».

Siguiendo la pauta de los retornos, las sociedades familiares y los negocios transoceánicos, en el año 2000 Carlos Mouriño regresó de indiano exitoso a su Galicia natal, donde compró por seis millones de euros el Celta de Vigo y en poco tiempo lo bajó a segunda división, sin que esto le impidiera cultivar su papel de traficante de influencias transoceánicas. En forma demasiado directa. Al punto de que en febrero de 2008 este periodista conversó de manera informal con el jefe de Seguridad del FC Barcelona, Eduard Casanova Larraz, en un restaurante cercano a la Rambla, y aquél le dijo que Carlos Mouriño había avisado en 2006 a su íntimo amigo Joan Laporta de que su hijo iba a ser el hombre fuerte de México, motivo por el cual el presidente del Barcelona le rindió visita de cortesía, siendo Juan Camilo Mouriño coordinador de campaña de Calderón, agasajo que se repitió en 2007 cuando, en visita privada, Laporta fue recibido por Felipe Calderón en la residencia oficial de Los Pinos, siempre siguiendo las indicaciones paternas de que «Juan Camilo te va a abrir todas las puertas».

Al final se abrieron las puertas, aunque fueron las del infierno: «Juan Camilo Mouriño sólo hubiera tenido que renunciar explícitamente a la nacionalidad española si realmente quería meterse en política. Nunca lo hizo y fue siempre prepotente», recuerda Gerardo Fernández Noroña.

Yo sentí el peso humano de que se hubiera muerto un adversario político y mandé mis condolencias, pero no se vale convertir un corrupto confeso en mártir de la verdad, como hizo luego Felipe Calderón. En tiempos del PRI, quien se dedicaba a la política no hacía negocios mientras estaba en el poder. No eran a la vez políticos y empresarios. En 2000, con Vicente Fox esta regla se rompió y con Mouriño se llevó a un extremo de cinismo absoluto.

Juan Camilo Mouriño fue, ante todos y para todos, el símbolo de la reconquista económica de México por parte del imperio financiero español. Y las conclusiones son bastante obvias para Francisco Valero: «Su abrupta desaparición es el símbolo del fin de una época, todo lo cual coincide justamente con la peor crisis económica que enfrenta España y la progresiva retirada de América Latina. El último bastión, México, puede que ya haya empezado a caer». El nuevo secretario de Gobernación Fernando Gómez Mont defendió como abogado penalista a Raúl Salinas de Gortari, el hermano incómodo del ex presidente que por un rato volvió al gran juego político a través de este fiel peón. Concluye *Reporte Índigo*: «Calderón necesitaba de un personaje con oficio político que, aunque controvertido, fuera respetado y temido entre la clase política nacional». Todo lo que nunca fue Juan Camilo Mouriño, difunto heredero de una dinastía gallega que nunca supo aplicar a México las irónicas enseñanzas de un infame gallego, Francisco Franco Bahamonde: «Joven haga como yo, no se meta en política».

En su clásico libro de viajes *La Biblia en España* (1842), George Borrow, caballero inglés que vendía la palabra de Dios en lengua vulgar, hablaba incluso el caló de los gitanos y sorteaba el fanatismo de los católicos y sus secuaces *godos* o carlistas, transcribe lo que su criado Antonio Buchini, agudo observador griego, le decía de estos lugareños: «Todos los gallegos que hay en Madrid, cualquiera que sea su condición, se conocen; allí, al menos son todos buenos amigos y se ayudan mutuamente en cuantas ocasiones se presentan. Si en una casa hay un criado gallego, seguramente la

cocina se llena de paisanos suyos, y no tarda en advertirlo el cocinero a costa suya, porque comúnmente se dan maña para devorar cualquier regalillo que tengan reservado para sí y su familia»⁸.

Exactamente igual que hacen en las Américas, donde la cultura rural gallega sigue con estas prácticas de familia extendida. Un buen amigo catalán me decía que por ejemplo su vecino de fraccionamiento en la ciudad de Puebla, un gallego natural justamente de Avión, tenía decenas de gasolineras y varios moteles, pero que para administrar sus dineros hizo llamar a un sobrino de Galicia que aparte de ser familia se limitaba a cuidar vacas. El parentesco de sangre lo hacía útil para tareas que requieren de confianza ciega. Pensamiento ancestral, aplicado desde los tiempos virreinales, que explica en parte la endogamia gallega, muy superior, por ejemplo, a otras zonas peninsulares donde la vida de ciudad impide, en la diáspora económica, formar redes demasiado incestuosas.

Por ello quizá la historia de la emigración gallega al nuevo continente desde el final del Imperio español es una de las más extraordinarias de Europa comparable sólo con la gran migración de los sicilianos o los irlandeses a Estados Unidos. Tierra de infinita belleza y de infinito mar, *finis terrae*, apartado rincón del mundo sumido en el minifundismo, el caciquismo, la perpetua incomunicación y el localismo miserable de unos campesinos que no tenían, en medio de tanta belleza, ningún futuro. Así que de forma clandestina hasta 1850, legal desde entonces, nació una riada enorme, atizada por varios factores: los desastres de la Hacienda española y el imposible desarrollo de Galicia que se combinaron para que España virara a políticas promigratorias, que son remesas en moneda fuerte, azuzadas por el miedo al cruel y prolongado servicio militar que afectaba a las clases populares y provocaba un éxodo silencioso pero permanente. Junto a la mano abierta de los gobiernos latinoamericanos, que buscaban a cualquier campesino europeo que les blanqueara la raza, y les diera a sus

⁸ G. Borrow, *La Biblia en España. O viajes y aventuras de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*, Madrid, Alianza, 1970, p. 228.

incipientes repúblicas la técnica y el trabajo que sus esquilados indígenas no podían ofrecerles, la emigración fue la válvula de escape de una España oligárquica.

La erección de un gran puerto, Vigo, y los nuevos barcos de vapor que bajaban el costo y el tiempo de los viajes transatlánticos se conjuraron también para que un auténtico aluvión de gallegos se lanzara sobre Argentina, Uruguay, Brasil, Cuba y casi todas las plazas americanas desde mediados del siglo XIX hasta al menos los años setenta del siglo XX. México, a menos escala, tuvo una peculiaridad, donde aparece la raíz familiar del avalador de negocios españoles en México, el flamante secretario de Gobernación J. C. Mouriño. Su pertinencia casi exclusiva a una sola comarca, O Carballiño, y un solo pueblo, Avión.

«El mantenimiento actual de sólidas redes económicas que vinculan a los gallegos de México con su tierra de origen es uno de los rasgos que más singulariza la presencia gallega en aquel país», nos cuentan María Xosé Rodríguez Galdo y Abel Lozada Álvarez. Y además estas redes migratorias tienen, en el caso mexicano, una peculiaridad. Su alta concentración local. Como afirman los dos académicos gallegos, cuatro municipios de Ourense (Avión, Beariz, Boborás y O Carballiño) pertenecientes a las comarcas de O Carballiño y de O Ribeiro, representan el 42,8 por 100 de todos los gallegos inscritos en México. Si añadimos los naturales de Forcarei, A Lama y Pontecaldelas, en la provincia de Pontevedra, casi el 50 por 100 de los gallegos residentes en México proceden de cinco municipios ubicados en tierras de montaña entre Ourense y Pontevedra.

En las tierras de origen, la influencia de la emigración mexicana es perceptible en otras múltiples manifestaciones, no siendo la menor el impacto urbanístico en las aldeas de origen y más en O Carballiño, cabecera de una amplia comarca que extiende su influencia más allá de sus estrictos límites geográficos. En paralelo, singulares y modernas construcciones de losa y granito, diseñadas en algún caso por arquitectos mexicanos y las más de las veces por colegiados residentes en la propia zona, se compactan la mayoría de las veces en los

núcleos rurales originarios superponiéndose a la vieja arquitectura tradicional. Todo esto sin considerar ahora la incidencia urbanística de las inversiones en promociones inmobiliarias de capital gallego-mexicano en áreas urbanas de Vigo, de Ourense, de Pontevedra, de A Coruña, etcétera⁹.

Los hijos más exitosos de las tierras altas del río Avia son los hermanos Olegario y Mario Vázquez Raña, años ha humildes propietarios de mueblerías en el centro de la ciudad de México, convertidos en tiempos de Luis Echeverría en consentidos del poder y que fueron, en el sexenio de Vicente Fox (2000-2006), indiscutibles millonarios del régimen con su abultada red de hospitales y medios de comunicación que concluyeron con la graciosa concesión de un canal de televisión abierta. Su casa en la entrada del pueblo de Aviión, una pedanía de escasos 3.000 habitantes, es la mejor de todas y ellos son la gloria local como lo es también Carlos Mourriño, papá del difunto secretario de Gobernación, que siendo del puerto de Vigo, se casó con mujer de Aviión y así se introdujo en tierras aztecas de la mejor manera posible, porque las redes gallegas en México pasaban desde la época de Miguel Alemán por este pueblecito de montaña.

Exclusiva red de relaciones que nuestras fuentes en Aviión, personas que han trabajado con estos millonarios gallego-mexicanos, relatan, con la vista puesta en el dispendio de estos júniores que cada verano, cuando las fiestas patronales, ocupan el pueblo de los abuelos que usan también para sus escapadas de juerga por Europa. En sus casas solariegas, padres e hijos disfrutaban la placentera vida rural sin la diaria tensión de la inseguridad que azota México y que ha supuesto para la mayoría de ellos un notable costo en secuestros y extorsiones, algunas de cariz tan violento como el de Manuel Edelmiro Pérez, en el otoño de 2007, que costó la vida a su chófer y a su guardaespaldas, aparte de los dos dedos cortados que sirvieron para presionar a su familia y pagar un rescate al límite de la muerte.

⁹ A. F. Losada Álvarez y M. J. Rodríguez Galdo, *op. cit.*

Así que, bajo la protección del patriarca de esta hermandad empresarial, Olegario Vázquez Raña, llegado de niño a tierras mexicanas, allá por 1928, esas reuniones familiares en agosto provocan que Avión tenga más bancos y coches de lujo por metro cuadrado que cualquier otro villorrio de España y que todo el mundo lo llame *el pueblo de los mexicanos*. Escenas impactantes donde los curiosos locales pudieron contemplar al mejor amigo de este clan gallego, el ex presidente mexicano Vicente Fox, hombre alto y dicharachero, jugando al dominó en el único bar del pueblo, adonde lo llevó a almorzar Mario Vázquez Raña, hermano del patriarca y presidente de la Organización Editorial Mexicana, consumidora del 28 por 100 de todo el papel impreso del país, pequeño imperio afín al poder oligárquico que llegó gracias a su primer amigo y presidente, Luis Echeverría.

Viaje cómodo y sin escalas en su *jet* privado. Directo del Distrito Federal a Vigo, la vía más rápida para llegar a Avión. Inmortales imágenes de los lugareños de Avión, donde cabe desde el perro Dollar y el mayordomo de puro frac que cultiva los alardes aristocráticos de otros vástagos del clan Vázquez. Todos los lujos y extravagancias a la orden del día, incluido un campo de fútbol reglamentario en una de sus indiscretas fincas.

Aun así, la tranquilidad de la montaña ya no resulta tan paradisíaca para estos gallego-mexicanos, pues varios de estos jóvenes, con asignaciones de 2.000 euros diarios, excesivo consumo de sustancias no demasiado legales, afición a las tragamonedas y al siniestro total de coches del año, desde Porsche a Ferrari, estaban en la mira de otros negociantes de la no muy lejana Villagarcía de Arosa, indiscreta sede del narcotráfico local, cuyas veloces planeadoras y exhuberantes pazos siguen proliferando, mientras las redes criminales abarcan, sigilosamente, todos los nichos posibles. Preocupaciones acuciantes para una *jet set* gallega que no quiere mezclar a sus hijos fiesteros en semejantes marañas y necesita que todo siga en bajo perfil para seguir importando capitales que, según fuentes locales, en el pico del verano, pueden llegar a contarse en dos millones de euros que se ingresan en las oficinas banca-

rias de Avión, cerradas el resto del año. Aportes que llegan por la parentela de México pero también por las ramas venezolanas de este prolífico clan de Avión.

Dichosas consecuencias de la perfecta inversión de estos hijos de Ourense en el aparato federal azteca que empieza en los tiempos del desarrollo estabilizador mediante una de las minas de oro del financiamiento público al sector privado: el fondo de viviendas del ISSSTE, la seguridad social de los funcionarios del Estado, que dio nacimiento a una de las grandes constructoras de México, el grupo inmobiliario FRISA, propiedad de la familia Rivera Torres, que se vincula a otros negocios estilo gallego como el que los Mouriño promovieron en Campeche: gasolineras y hoteles, como los inevitables muebles, moteles u hoteles de paso para parejas que mueven el mayor tráfico de clientes de las zonas urbanas.

De forma natural, estos grupos de emigrantes gallegos llegaron a compartir un modo de vida no tan diferente al de su tierra natal: promotores inmobiliarios, concesionarios del Estado a través de la red de gasolineras de PEMEX, fábricas y tiendas de muebles, como la original Hermanos Vázquez, origen del emporio gallego de los Vázquez Raña. Y al final una natural entrada en la Administración y los partidos políticos buscando la defensa de sus intereses mediante una lógica ciertamente natural pues la Galicia interior ha sido base y granero del PP en tiempos del presidente gallego y ex notable franquista, Manuel Fraga, y las prácticas del caciquismo siguen vigentes. Sólo faltó que llegara José María Aznar al gobierno central para que Carlos Mouriño decidiera poner al júnior menos apto para los negocios al frente de esta franquicia política de la cual esperaba grandes beneficios transatlánticos.

Dejemos a Rodríguez y Posada la conclusión de sus investigaciones sobre las redes gallegas en México:

Destaca la importancia que adquieren los retornos, sin que eso signifique una ruptura con los lazos económicos y menos familiares, muy difícilmente dissociables generalmente, que permanecen en México. Quizá, nunca antes de manera tan nítida cabría hablar de galle-

gos y de mexicanos de ambas orillas. En los últimos años, además, la fuerte endogamia de la colonia gallega –visible incluso en la constante repetición de apellidos– empezó a resentirse, resultando más frecuentes ya los matrimonios entre descendientes de gentes de las distintas comunidades autónomas españolas, y también cada vez más los casos en que uno de los cónyuges es mexicano. El hecho de que la mayoría de los negocios se realicen en sociedad –constituida mayoritariamente por familiares y socios externos a ella– facilita la adopción de distintas modalidades de retornos. Así, es frecuente que los regresos a España se realicen de forma rotatoria entre los socios para que la otra parte pueda continuar con el control directo de los negocios en México durante un tiempo establecido y, por lo menos, mientras no se puedan incorporar los hijos¹⁰.

Retornos es eufemismo de exportación de capitales que vuelven al terruño y el extraordinario auge de Galicia desde hace quince años, del atraso a la posmodernidad, no se entiende sin la enorme transferencia de fondos de estas redes gallegas de América Latina. Entre los desbarajustes del *shock* neoliberal en América y los fondos europeos que han construido las grandes autopistas que al fin conectaron este fin del mundo con España y Portugal, invertir en Galicia se convirtió en algo rentable. La lógica de la burguesía, no importa su procedencia, son las alianzas transnacionales y la conquista y protección del poder a través del Estado que es la garantía final de sus negocios mediante el impuesto, la policía y las prebendas que proporciona el Gobierno: contratos, rescates, créditos y cargos públicos para sus vástagos.

Natural es, pues, que en lugares como Venezuela la potente comunidad gallega haya tenido un destacado papel contra la Revolución bolivariana del presidente Hugo Chávez, pero siempre es bueno contar la otra parte de toda historia. Porque igual que Francisco Javier Mina, navarro donde los haya, vino a luchar por la independencia de México, también hay otros gallegos que están

¹⁰ *Ibidem.*

al lado de sus naciones de acogida y sus ideales libertarios. Y por ello conviene repescar las palabras del periodista gallego Ramón Chao, padre del famoso cantante Manu Chao, en un reciente viaje a Venezuela:

Pero no; me dijo una de las jóvenes del protocolo del Encuentro Internacional. Hay gallegos para todo. Mi padre es de Betanzos y toda mi familia es chavista. Se me fueron abriendo los ojos. Estaba yo el día de la inauguración en el palco del teatro Teresa Carreño cuando se me acerca un oficial con un papelillo: quería verme Farruco Sesto Novás, ministro de Cultura. Se me pusieron a funcionar las meninges: hace unos treinta años, Celso Emilio Ferreiro, desde Caracas, me había presentado a este muchacho. Nos carteamos. Era poeta –muy joven entonces– y llevé sus obras a Ruedo Ibérico. Se lanzó después a la pintura y a la arquitectura, sin dejar de ahondar en el aspecto humanista de la política. Por eso es miembro de la dirección del partido Patria para Todos. Y por eso es chavista, como acaba de explicar en un libro publicado en el pasado octubre: «Porque conozco más o menos bien los entresijos del poder real, del cual procede la injusticia, en este país y en todos los países, y lucho contra él. Y eso es ser chavista. Porque no como cuentos de camino, y digo con León Felipe que ya me sé todos los cuentos. Y eso es ser chavista. Porque no soy populista, como lo fueron todos, sin excepción, los que manejaron el país durante cuarenta años, sino que estoy con el pueblo y soy parte del pueblo. Y eso es ser chavista». Llevo vivido mucho tiempo. El actual ministro era estudiante, hombre en ciernes y ya poeta preocupado por el destino de la humanidad. Vino a verme al hotel. Ante el rostro noble y generoso del amigo de Celso Emilio Ferreiro, no se me ocurrió pensar en el mandamiento egoísta cristiano haz bien y no mires a quién; en su lugar me vino a la mente la sentencia del Zohar, libro sagrado de los hebreos: «Las palabras no caen en el vacío»¹¹.

¹¹ Ramón Chao, «Ministro en Venezuela», 24 de abril de 2003. Disponible en www.radiochango.com/castellano/konciencia/Ministro-en-Venezuela.htm.

Francisco Farruco Sesto, actual ministro del Poder Popular para la Cultura en Venezuela, nació en Vigo el año 1945 y Vigo tuvo siempre una gran tradición de lucha en fábricas como la Renault. Y ésta es también una historia de gallegos, porque mientras la ultraderecha del Centro Gallego, en Caracas, tuvo la desfachatez de expulsar con malos modos de su recinto a una ministra del Gobierno chavista, hay otros que saben, recuerdan y participan en un proceso que representa hoy en día la conjunción de todas las luchas populares de América Latina. Cada cual elige, y como se hace en México o en Venezuela se hace en Vigo o en Avión. Por ello el accidente aéreo de Juan Camilo Mouriño no produjo en su natal Galicia conmoción alguna. Su padre no es precisamente un hombre amado y el descaro en usar las palancas políticas no es algo que, incluso en la Galicia de hoy, goce de amplias simpatías populares.

* * *

En todo caso, las redes empresariales de Avión siguen operando a todo tren y ejemplo de ello son sus conexiones con el indiscutible patrón de los negocios gallegos en el mundo, Amancio Ortega, el inventor del concepto Zara, la cadena de tiendas de moda a escala mundial, filial del grupo textil Inditex, que es el hombre más rico de España, tercero de Europa y octavo del mundo –24 mil millones de dólares, según la revista *Forbes*– y que también se expandió a México, donde rápidamente aprendió las claves políticas de toda operación económica. Desde octubre de 2004 incorporó en su consejo de administración, en calidad de «consejeros independientes», al ex ministro de Hacienda de Salinas de Gortari, el actual consultor financiero de *las cien familias*, Pedro Aspe Armella, a Valentín Díez Morodo, presidente del Consejo Empresarial Mexicano de Comercio Exterior, consejero de la cervecera Modelo y representante máximo del *lobby* español en tierras mexicanas junto a Olegario Vázquez Aldir, el tercer hombre de Zara en México, hijo del mayor de los Vázquez Raña, el patriarca don Olegario, a quien este clan de Avión le adjudicó la dirección

del Grupo Ángeles, el mayor operador de hospitales privados de México. Personajes centrales de esta tramoya de las 100 familias mexicanas que forman la mera oligarquía nacional y que en principio deberían abrir todas las puertas a Zara, que cuenta en México con el mayor número de tiendas, sólo por atrás de España y Portugal.

Aunque a veces las puertas estén mal engrasadas, porque cuando en 2007 Amancio Ortega aceptó la invitación del Grupo Danhos para asociarse con ellos y construir, a medias con su inmobiliaria Pontegadea, el edificio más grande de América Latina, la llamada Torre del Bicentenario, no bastó la luz verde del nuevo regente capitalino Marcelo Ebrard, gran amigo de la inversión española como nunca fue su antecesor López Obrador. Entre las llamadas grillas, o querellas partidistas, y la decidida oposición de las también relevantes familias que habitan los barrios *decentes* de Polanco y Lomas de Chapultepec, el proyecto se fue al garete y el empresario gallego se libró, para su bien, de pillarse los dedos en la crisis de financiación que paralizó todas las grandes obras en 2008.

Pero ya que en México todo se maneja bajo el agua, cabe repetir que la sospechosa muerte del ambicioso provinciano Juan Camilo Mouriño se produjo en un momento de subterránea confrontación de intereses económicos sobre un mismo territorio. Todos los que seguíamos la actualidad mexicana sabíamos de los frentes que se estaban gestando al calor de los excesivos favores que el cártel español estaba obteniendo de los gobiernos conservadores de México. Mis trabajos y mis fuentes indicaron durante todo 2007, y con especial intensidad en 2008, una oleada de resquemores y rabetas de la gran burguesía nacional contra los integrantes del cártel español, cuya capacidad de cabildeo en el aparato federal se ejemplificaba en la figura de José Andrés de Oteyza, hijo de refugiados republicanos y ministro del Patrimonio y Fomento Industrial en el Gobierno de López Portillo, convertido en presidente de OHL (Obrascon-Huarte-Lain) México, que en aquel año de 2008 ganó para esta constructora española las principales y más suculentas contrataciones para varios ejes, viarios de pago

que estaba licitando el Gobierno del estado de México, un añejo bastión del PRI.

* * *

De alguna forma, aquel personaje decisivo en los nuevos arreglos institucionales entre España y México, José Andrés de Oteyza, inició desde 1978 una *entente cordiale* entre los altos funcionarios del INI y la tecnocracia mexicana, *liason* poco explorada pero altamente redituable a futuro, porque incluía variados negocios *fifty fifty* en un terreno donde el Estado español dependía de la buena voluntad de sus socios aztecas. No es extraño, pues, que el primero de los grandes acuerdos entre Adolfo Suárez y López Portillo fuera que PEMEX asumiera el control, gestión y construcción de la refinería de Petróleos del Norte (Petronor) en Muskiz, en las costas de Bilbao, tras la sorpresiva huida accionarial de la Gulf norteamericana al perder sus reservas iraníes tras la Revolución chíí.

Operación-rescate que implicó a toda la alta burocracia mexicana y al cuerpo de ingenieros de PEMEX desde julio de 1979 y que inició la histórica *alianza estratégica* de PEMEX con la industria petrolera española, que, paradójicas de la vida, terminó con la creación del gigante privado Repsol, la cooptación de ex funcionarios de López Portillo para el cártel español y el sistemático saqueo de PEMEX a manos de la cleptocracia local y las multinacionales extranjeras. Cosas que nadie podía saber a finales de 1978, cuando Juan Carlos de Borbón intercedió ante el Gobierno de José López Portillo para que, en el marco de las restablecidas relaciones diplomáticas, una pequeña parte de las abultadas reservas petroleras de México se invirtiera en el sector español de los hidrocarburos, gravemente herido por la crisis energética mundial y con secciones enteras en peligro de inminente bancarrota.

El Ministerio de Comercio y los funcionarios del INI lograron convencer al Gobierno mexicano para que PEMEX invirtiera en Petronor, una empresa de capital mixto dominada por el Banco

de Bilbao, el Banco de Vizcaya, la Caja de Ahorros Provincial y la Caja Municipal de Bilbao, un rescate en toda regla que se anunció como la plataforma definitiva para que PEMEX penetrara en el mercado europeo. Lisa y llanamente, un cheque en blanco de López Portillo a su admirada España, gesto de amor compensado en 1981 con el Premio Príncipe de Asturias de la Cooperación Internacional al cerrar «para siempre» el contencioso hispanomexicano. Su discreto exilio en Sevilla tras el hundimiento de México en la espiral de la deuda y la devaluación de los ochenta fue el último tributo de aquel criollo de Jalisco a su adorada Madre Patria.

Gracias a esta decisión desde las alturas, México compró acciones de Petronor en 1979 y luego en 1981, el mayor paquete accionario de esta refinería, un 34,29 por 100, u 81 millones de dólares. El presidente de Petronor, Nemesio Fernández Cuesta, uno de los grandes tecnócratas del franquismo, no pudo más que agradecer que «México ha apostado por el futuro y ha elegido el País Vasco para ello». Zafarrancho de alabanzas al presidente López Portillo y al rey Juan Carlos de Borbón, que, según la hemeroteca de *El País*, del 1 de julio de 1980, fueron «fundamentales» en estos acuerdos. Negociaciones en la cumbre encabezadas por el Ministerio de Comercio español y la paraestatal Campsa, que lidiaban con el entonces todopoderoso director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, quien viajó a menudo a Bilbao para supervisar las obras, aunque el verdadero estratega de toda la operación que los expertos de PEMEX no veían nada rendible fue José Andrés de Oteyza, cerebro económico del presidente y uno de los llamados *churumbeles de España* por sus conocidas simpatías hacia los intereses hispánicos en contraposición al *lobby* tejano de Jorge Díaz Serrano, amigo personal de George Bush padre y director de PEMEX.

En todo caso, la poca rentabilidad del rescate de la refinería de Muskiz comportó que en el Gobierno de Miguel de la Madrid, ya en 1987, intentara sacar al mercado bursátil un paquete de 15 por 100 de sus acciones de Petronor a fin de capitalizarse e iniciar su presumida y siempre pospuesta expansión europea. Aunque, por norma, predominaron las necesidades hispánicas y los directivos

del Instituto Nacional de Hidrocarburos, sucesor del INI, y Repsol, empresa pública aún, convencieron a los principales socios de Petronor, el Banco Bilbao Vizcaya (BBV) y Pemex para que les vendieran sus acciones en Petronor, incluida la propiedad de la grandiosa refinería de Bilbao, a cambio de que el banco vasco y la paraestatal mexicana tuvieran un lugar en la junta de accionistas de Repsol. Acuerdo firmado en 1989, donde PEMEX tuvo que aclarar a Repsol que la adquisición de su paquete accionario no significaba que esta empresa adquiriera derechos para realizar trabajos de exploración petrolera en México, como al final ya está ocurriendo aunque veinte años después. Éste fue un acuerdo que catapultó a la compañía Repsol en el mercado mundial, pues tras adquirir el 34,4 por 100 que PEMEX poseía en Petronor, adquirió el control completo de esta refinería que la convertía en un jugador notable del mercado europeo del petróleo.

El hombre que lideró este esfuerzo para salvar la seguridad energética de España fue justamente José Andrés de Oteyza, quien mantuvo esta línea de favores especiales hasta el fin del mandato presidencial del presidente López Portillo en diciembre de 1982. Así en mayo de 1981 cuando se empezaron a desplomar los precios mundiales del petróleo, anunciando la venidera crisis de la deuda externa, Oteyza elevó, con permiso presidencial, los precios de la mezcla mexicana contra el criterio del director de PEMEX, discutible decisión que costó más de 10.000 millones de dólares que dejaron de ingresar a las arcas mexicanas, en una debilidad financiera que el mago financiero del presidente López Portillo quiso equilibrar con un contrato de suministro petrolero con España por el cual se venderían diariamente 50.000 barriles de crudo.

El economista José Andrés de Oteyza reapareció en el sexenio dorado de Carlos Salinas de Gortari como uno de los consejeros del Grupo Tribasa, en aquel entonces la contratista preferida del régimen que gracias a los contactos de su presidente, David Peñaloza Sandoval con el hermano incómodo del clan, Raúl Salinas, se quedó con el 25 por 100 de toda la obra pública en los años dora-

dos de este negocio, cuando un descomunal plan de autopistas de pago –las concesiones de carreteras– hicieron de México el país ideal para el crédito financiero internacional, que fue directamente a los compadres del presidente, quienes obtuvieron la parte del león de estas millonarias concesiones, tras lo cual se embarcaron en faraónicas obras viales que muchos de ellos no pudieron cubrir cuando llegó la súbita devaluación del peso en diciembre de 1994, conocido en todas partes como *efecto tequila*.

Aquella camada de *neoempresarios* encumbrados por el salinato sigue todavía en el poder, pero algunos de los amiguetes que corrieron demasiado rápido terminaron en prisión o muertos y este fue el caso de Peñaloza, quien tras la quiebra de su constructora y una corta fuga a Europa, fue arrestado en Girona el 17 de agosto de 2002. El mismo personaje que diez años antes salía en la revista *Fortune* como uno de los hombres más ricos del planeta, con una supuesta fortuna de 1.100 millones de dólares.

Curiosamente, según la hemerografía del caso Tribasa, la fulgurante estrella de David Peñaloza se debió a la intermediación de José Andrés de Oteyza, quien lo presentó al hermanísimo del presidente, después de lo cual este reconocido intermediario tuvo su merecida recompensa como jefe de la división de concesiones del Grupo Tribasa, desde el cual Oteyza consigue un contrato en Chile por 740 millones de dólares, y que como dijo el periódico *Mercurio*, en su edición del 9 de febrero de 2003, se debieron a «nexos con importantes políticos chilenos». Intermediario de lujo, pues.

En el barroco diccionario de la política mexicana, Oteyza recibe el nombre de coyote, listo perro del desierto que en la sociedad urbana transmuta en agente de Bolsa, cabildero, prestamista, traficante de personas y licenciado en activo, u abogado, la especie-madre de toda esta fauna salvaje que según las inflamadas expresiones de un embajador norteamericano en tiempos de Woodrow Wilson son el infierno en la tierra.

El lenguaje más áspero con que calificuemos a nuestros abogados bribones no alcanzará a expresar las múltiples iniquidades que –con-

siderada en su conjunto— comete esta clase. Son peritos expertos en el fraude, la corrupción y el vicio en general. Si existe un solo individuo entre todos ellos que sea honorable, nunca llegué a saber de él en tres meses de paciente investigación¹².

José Andrés de Oteyza, hombre de emblemática biografía, es el presidente de Obrascon-Huarte-Lain (OHL) México y representa hoy en día al mayor *conseguidor* del cártel español en tierras mexicanas. Pero hay otra argolla que engarza esta cadena transatlántica ya que la propia constructora tiene una pata cántabro-mexicana poco conocida. El principal accionista de OHL es Hidafa S. A., sociedad-pantalla creada en España por Higinio Gómez Sainz, un cántabro que se marchó a México con diecisiete años y constituye otro subgrupo de poder hispánico en la burguesía mexicana. Y no es poco este grupo regional en el mapa de la economía mexicana: cántabros son quienes controlan el 50 por 100 de la cuota de mercado de la leche (Grupo Lala); quienes producen el 40 por 100 del aceite de consumo (Agydsa) y quienes emplean a 33.000 trabajadores en supermercados de EEUU, Costa Rica, Guatemala y El Salvador (Grupo Gigante); incluso son montañeses quienes facturan más de 60 millones de dólares al año en el sector papelerero (Grupo Arpapel), o quienes controlan en un *holding* familiar hasta 20 empresas unificadas que actúan en construcción, hostelería, industrias, agrogocios, finanzas y carreteras (Grupo Intra).

Más poderosos que ciertas redes mexicanas, los cántabros son en los Estados Unidos Mexicanos parte, discreta pero principal, de la alta burguesía nacional, y forman parte del sistema estable de monopolios que funciona en México desde la revolución industrial que inició realmente en 1940. Su longevidad histórica es tal que los grandes mineros y comerciantes de la plata, que se movían entre Zacatecas y la Ciudad de México en el siglo XVIII ya eran de origen cántabro, como fue el caso del primer traficante de materias pri-

¹² J. Elguero, *España en los destinos de México*, Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1942, pp. 96-97.

mas, barras de plata sobre todo, así como sedas y porcelanas chinas, Luis Sánchez de Tagle. De tal forma que su presencia entre la oligarquía mexicana tiene rango cuasi aristocrático y fundacional superando los vaivenes de la historia y reteniendo, en cada fase del juego político, el control de sus emporios agro-industriales.

Así sucedió en la comarca de la Laguna, fértil y húmedo territorio entre áridos desiertos, que se sitúa entre los estados de Durango y Coahuila, camino de la frontera norteamericana, donde pese a la reforma agraria cardenista, los grupos empresariales de origen hispánico consiguieron, tras soterradas luchas, acabar con las resistencias campesinas, sus sindicatos y ejidos, e instaurar un nuevo orden capitalista donde esta comunidad tuvo un papel de mando en todos los aspectos, aunque la cosa viene de lejos. En la época de la dictadura porfirista, estas familias organizaron el Crédito Español de México, el banco rector de la economía nacional durante décadas, el hoy primer hospital privado de la nación, la Beneficencia Española, y ellos erigieron el suntuoso edificio del Casino Español a dos manzanas del Zócalo, donde los portavoces del poder peninsular realizaban sus ritos de hispanidad.

No está de más repetir que estos personajes y grupos fueron motor y sustento de la revolución burguesa española y siguieron siendo cabeza de playa en las Américas para la futura reinversión en España, incluyendo un permanente flujo de divisas para el destemplado régimen de Franco. Poca gente sabe que las famosas galletas Cúetara, por ejemplo, pertenecen a una larga línea de cántabro-mexicanos, los Gómez Cuétara, que reconquistaron su tierra natal en 1949 con el aval de un peso que al cambio se vendía a 13 pesetas y convertían a la moneda mexicana en una de las monedas fuertes del mundo. El gigantesco Grupo SOS, uno de los mayores productores de aceite de oliva y poderoso acaparador de productos básicos, como el aceite, el vinagre y el arroz, nace de las regalías de Juan y Florencio Gómez Cuétara, y sus retornos de capital que los convirtieron en líderes del mercado ibérico de galletas, mediante el cual se desplegaron luego en el negocio mundial del aceite de oliva.

Faltan estudios, también, sobre las redes catalanas en la Nueva España, donde sorprende que unos de los más peligrosos oligarcas de México, los hermanos Lorenzo y Roberto Servitje, dueños del multinacional Grupo Bimbo y nietos de emigrantes formados en el espíritu beato de la Virgen de Montserrat, fueran quienes crearan en 1964 la conocida fábrica Bimbo en la ciudad de Granollers, cerca de su natal masía, y que suyos fueran los conceptos, los productos y hasta la harina que consumieron los hijos del milagro español, desde el pan de molde a la *Pantera rosa* o el *Tigretón* que costaban cinco pesetas. Próspero negocio que vendieron en 1978, cuando el clan Servitje, principal apoyo de la ultraderecha católica mexicana, desde la Legión de Cristo al PAN, creyó que los nuevos sindicatos de izquierda y el asesinato del prominente industrial franquista José María Bultó eran señal de la inminente caída de España en las garras del comunismo.

En 1900, mientras los norteamericanos conquistaron México con sus corporaciones y sus concesiones ferroviarias, mineras y petroleras, la comunidad hispánica de México se forjó, se enquistó y se desarrolló desde los intestinos de la economía mexicana. Siempre y en todas partes, el factor español ha sido parte total del poder mexicano aunque nunca, como refleja el caso Mouriño, las cosas terminaron tan mal.

* * *

Tenemos, por ejemplo, la triunfal historia de Higinio Gómez Sainz, gran señor del *lobby* cántabro y presidente de Aceites, Grasas y Derivados (Agydsa). Su figura unifica todos los tópicos del emigrante ibérico. Un pariente lejano, una herencia o un trabajo seguro en la otra orilla, una pobreza extrema en su pueblo original y el carácter ahorrativo y trabajador de los españoles que desde hacía generaciones iban a hacer las Américas. Sólida narración colectiva de los montañeses, pues todo el mundo en la cornisa cantábrica conoce alguna historia de indios, los peninsulares que triunfaron en las Américas y que son las redes, primigenias y

actuales, de la hispanidad, cultivadas por los poderes autonómicos para agenciarse su reconocida generosidad a la patria chica y desplegar negocios transoceánicos.

En el nivel regional, la ayuda colectiva para las víctimas de las inundaciones en Valencia en 1958 y en Vallés (Barcelona) en 1963, puede acompañar donaciones individuales espectaculares, como los 100 millones de pesos de Pablo Díez (destacado industrial de origen leonés, cuyas cervezas son famosas en México) para construir una basílica en León, España, en 1961; o la de un millón de dólares de Arturo Mundet (industrial catalán, famoso por la producción de corchos y de refrescos en México) para el municipio de Barcelona en 1954. Tal filantropía regionalista puede ganar al donante honor y prestigio del Gobierno español, pero a la vez puede ocasionar duras críticas de la prensa mexicana porque da la impresión de que se olvidan de las grandes necesidades caritativas de México (cfr. *Novedades*, 21 de septiembre de 1961). [...] Antes de morir, Pablo Díez vendió las acciones de la Corona (inmensa empresa cervecera) a mexicanos para que no saliera el dinero del país. «Son embajadores simbólicos de España», me dijo el representante del Estado español en México con cierto orgullo y poca discreción. «Mordidas de gran escala», comentó cínicamente un extranjero observador¹³.

Ése es el motivo por el cual las comunidades autónomas se han mostrado especialmente proclives a montar homenajes de todo tipo a sus titanes mercantiles de América Latina bajo la acertada premisa de acaparar los retornos de capital, que, junto a la habitual evasión de impuestos, es otra variable del milagro español. El recuerdo de las espléndidas herencias de los indianos del norte de España sigue presente en aquellas tierras:

¹³ M. Kenny, V. García, C. Icazuriaga, C. E. Suárez y G. Artís, *Inmigrantes y refugiados españoles en México (siglo XX)*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, Ediciones de la Casa Chata, 1979, pp. 54-55.

Sería difícil encontrar un pueblo de emigrantes en el norte de España que no haya sido adornado o mejorado de alguna forma con la ayuda de los emigrantes. Ribadedeva, en el consejo de Llanes, en Asturias, ha sido casi totalmente renovado por grupos de asturianos que viven en México, y en especial por la familia Noriega. La escuela, el sistema de drenaje, el palacio municipal, el hospital, el cementerio, y la iglesia restaurada, son todos donaciones¹⁴.

Higinio Gómez y los emigrantes cántabros tienen, pues, un notable peso en la economía mexicana. Pocos estudios, amigos que sí le prestaron y una inteligencia privilegiada lo convirtieron en uno de los empresarios más importantes de México con posición dominante en el sector de los aceites comestibles y en la comercialización de piensos, vía corporativa, Agydsa, que controla un 40 por 100 del mercado nacional. Fortuna libre de peso y paja que reinvertió, junto a sus hijos David y Fabián, en activos españoles creando Hidafa, empresa con la que compraron el 10,3 por 100 de Cortefiel y luego revendieron a fondos de riesgo con ganancias netas de 150 millones de euros, en 2005, todo un *pelotazo* que los catapultó, con dinero fresco, hacia la compra del 13,401 por 100 de OHL.

Una participación sólo superada por el propio dueño Villar Mir. Circular demostración de la fuga de capitales y las inversiones especulativas que han aumentado el fabuloso patrimonio español de esta saga cántabro-mexicana, dueños de edificios en Madrid, en Alcobendas sobre todo, así como de locales y solares en la urbanización madrileña de La Moraleja. Igual que en Santander, donde como miembros de la alta burguesía local, presidida por el astro rey Emilio Botín, son propietarios de la tienda de muebles Interiores Elite, de varios locales comerciales y de 200.000 metros cuadrados de terreno urbano en Soto de la Marina. Todo lo cual explica que en una de esas cenas-homenajes a las comunidades de la emigración española que se desarrolló en el Hotel Bahía de Santander el 13 de octubre de 2005 fuera posible tomar una foto de familia de

¹⁴ *Ibidem*, p. 55.

este poderoso grupo cántabro en tierras mexicanas: José Gómez Sainz, presidente de Agydsa e hijo del fundador del emporio, Higinio Gómez; Valentín Ruiz Ortiz, presidente ejecutivo del Grupo Intra, o Leopoldo Fernández Agudo, presidente de Arpapel, y varios miembros de las familias fundadoras de los grupos industriales Gigante, Lala, Porres, Minigrip e Iresa.

Ahí se reportaron, dicho en buen mexicano, hombres fundamentales del cártel español, que, en sus sociedades por acciones y en sus cabildeos en América Latina, necesitan del apoyo de estos rancieros apellidos de la burguesía hispanoamericana. Rendían pleitesía a sus socios algunos de los mejores hombres de la plutocracia española como Antonio Escámez, consejero del Grupo Santander; Guzmán Solana, consejero de Gas Natural-Enagás; Luis Fernando del Rivero, presidente de Sacyr Vallehermoso; Alfonso Basagoiti, presidente de Gamesa Corporación Tecnológica; Florencio Lasaga, consejero de El Corte Inglés; Tomás Pascual, presidente del Grupo Pascual; Fernando Romero, director general de Banesto, o Isidre Sabaté, director de Residuos de Proactiva Medio Ambiente.

Pleitesía realmente obligada por las nuevas circunstancias de México: estos poderosos grupos cántabros llegaron a la cúspide del poder político mexicano con «el Gobierno de empresarios y para empresarios» que organizó el presidente Vicente Fox entre 2000 y 2006 donde, por ejemplo, el que fuera gerente de Lala, Cristóbal Jaime Jacques, fungió como director de la Comisión Nacional del Agua para cubrir y ampliar los desmanes de este grupo monopólico en la comarca lagunera y en su cabecera de Cuatrociénegas. Un efusivo vínculo que supuso la entrega de la Medalla de Oro de la Comunidad Autónoma de Cantabria al presidente Fox en julio de 2006, mientras su país se hundía en la ciénaga poselectoral, pero cuyo estudio detallado permitiría entender las conexiones transatlánticas entre dos sistemas oligárquicos que se realimentan continuamente.

Estas historias de empresarios cántabros en El Dorado mexicano se están empezando a contar desde la trinchera académica

gracias al reciente trabajo del historiador regiomontano Mario Cerutti, cuya obsesión por las redes del capital hispano-mexicano ha dado frutos relevantes. *De la colonia a la globalización: empresarios cántabros en México* (Santander, 2006), escrito a medias entre Rafael Domínguez Martín y Mario Cerutti, ofrece un primer informe sobre estos negociantes cántabros desde los tiempos virreinales, pero en todo caso, y dentro del nuevo concepto de las redes, apenas rozamos la punta de un iceberg que llega hasta la actual reconquista española que no pudiera haber sido tan exitosa sin los apoyos hispánicos en territorio americano. Como veremos, hay más ejemplos...

En esta red transatlántica cántabro-gallega también caben asturianos y vascos y su trama resulta mucho más vieja de lo que en general imagina la gente. Hacer las Américas y labrarse un futuro en aquellas tierras era algo natural desde tiempos inmemoriales.

Allí se podía obtener mayor fortuna y prestigio, con lo cual se podría volver a España a disfrutarlos en una movilidad social ascendente; o, por lo menos, ésa era la esperanza, tipificada en el indiano. Noto como factor corroborativo que la hidalguía se encontraba más en las provincias de Asturias, Guipúzcoa y Vizcaya; menos, pero en forma sustancial, en León, Navarra y Álava y sólo como en un 1 por 100 de la población, en Nueva Castilla y Andalucía. Eran precisamente las provincias del norte las que proporcionaron el grueso de la emigración española a América Latina, desde el siglo pasado hasta nuestros días¹⁵.

Vías de emigración permanente que antes y después de la independencia tuvieron un sólido hilo de continuidad que describe con precisión este texto de David Brading: «La mayoría se dedicaban al comercio, comenzando como aprendices o cajeros en el establecimiento de algún pariente, frecuentemente su tío, o de algún paisano, natural de su mismo valle o provincia. La preparación del cajero

¹⁵ *Ibidem*, pp. 18 y 19.

ro era estricta y severa, y su juventud se consumía en la asfixiante monotonía del mostrador»¹⁶. Fascinante es ver cómo, incluso hoy, en el inconsciente mexicano, el estereotipo del abarrotero, o dueño de colmados y tiendas de ultramarinos, es el de un español agarrado y laborioso, más bien descuidado en la higiene, poco hablador, que a las buenas fía pero a las malas presta con usura, da los kilos a 800 gramos y sirve, cuando no hay de otra, género caducado. Inconsciente imagen del comerciante de harina, de sal, de libros, de textiles o de muebles que se preocupa sólo de acumular para su familia, desprecia la vagancia del mexicano y crea sus redes de poder, donde manda cual despótico y grosero patrón.

Algunas cadenas de supermercados que por décadas tuvieron un gran peso en las tiendas de autoservicio como Gigante y Soriana, de la familia cántabra de los Losada, mantuvieron prácticas más o menos dudosas –vender caro y malo– que afectaron su credibilidad ante el consumidor mexicano que, sin saber en muchos casos su origen español, abandonaron estos lucrativos negocios de abarroteros ventajosos por la más eficaz y cordial simulación de Wall Mart y Office Depot, las grandes cadenas norteamericanas, que, practicando el culto al consumidor masivo, rebajaron la cuota de mercado de los viejos grupos españoles en toda América Latina. Tópicos no tan irreales, al estilo de los chistes del gallego Venancio, nombre que sí existió en las aisladas tierras del norte español. Fragmentos, pues, de una real historia de la emigración ibérica a México y las guerras culturales entre *mexicas* y *gachupines*:

El éxito económico del gachupín, que él personalmente atribuía a su propia industria y el populacho a la avaricia, puede explicarse en gran medida porque era el amo y señor de los dos caminos que con mayor seguridad conducían a la riqueza en el México colonial: *el comercio y el matrimonio*. El español inmigrante se incorporaba a un grupo fraternal de parientes y compatriotas que se dedicaban todos

¹⁶ D. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 157.

al comercio. Los primeros años que pasaba como cajero le permitían no sólo aprender los elementos de su oficio, sino también establecer contactos útiles para el comercio. Una vez que terminaba su entrenamiento, su patrón, que a menudo era su tío o su paisano, lo convertía en socio o, si establecía su propio negocio, le proporcionaba capital y mercancía a crédito... y el mercader peninsular confiaba, por orden, en sus parientes, en sus compatriotas, en los demás comerciantes peninsulares, y en último lugar, en los criollos...¹⁷.

* * *

Pero si esto sucedía ya en los albores de la independencia, un siglo después, en 1900, la posición de los españoles en la sociedad mexicana tenía este matiz enfermizo que el recurrente tema despierta en México debido justamente a los peculiares lastres de la realidad. Quien mejor ha contado este laberinto a menudo infernal para los que viniendo de la Península habitamos en la «Nueva España» es Tomás Pérez Vejo, profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Son palabras mayores hablando sobre la inmigración española:

Los españoles formaban parte de una elite colonial blanca, integrados en ella por relaciones de parentesco y solidaridad racial, en un país poblado mayoritariamente por indígenas y mestizos. Se podría decir que aunque la sociedad mexicana decimonónica no es una sociedad colonial desde el punto de vista de las relaciones internacionales, estamos ante una nación soberana cuyo Gobierno es independiente y no el representante de una potencia extranjera, sí lo es desde el punto de vista interno, donde las estructuras socio-económico-políticas [...] están condicionadas por los factores étnicos. No estamos ante una nación fenotípicamente homogénea en que las diferencias son de clase o de estatus, sino ante una nación cuya estratificación de base es étnica y a ésta se sobreponen las anteriores. Los propios

¹⁷ *Ibidem*, p. 157.

contemporáneos mexicanos fueron muy conscientes de esta peculiaridad «colonial» y de los problemas que planteaba: «Toda nación se divide en lo que llamamos gente decente y plebe; pero la gente decente y la plebe de España, Francia, Inglaterra es española, francesa e inglesa, de suerte que ambas clases forman un pueblo homogéneo. No es así entre nosotros: la gente decente pertenece en su totalidad a la raza blanca y la plebe a la de color, y aunque ambas son mexicanas, no forman un pueblo homogéneo»¹⁸.

Así que los españoles recién llegados

no se ubicaban en una pirámide social mexicana abstracta, sino en la fracción blanca de la misma, lo que los situaba, desde el momento mismo de su desembarco en Veracruz, entre la «gente decente». Eran la base de la pirámide blanca que comenzaba inmediatamente por encima de la pirámide indígena-mestiza. Esta peculiar forma de integración de los inmigrantes blancos en la doble pirámide social mexicana los convirtió en punto de contacto, y de fricción, entre dos sociedades paralelas que se comunicaban en gran parte por medio de ellos. Estos blancos recién llegados eran la cara, no precisamente amable (abarroteros, dependientes de pulperías, prestamistas, capataces de hacienda, etc.) de la sociedad blanca frente a la mestiza e indígena. [...] Esto explicaría los brotes xenófobos de las clases bajas mexicanas para quienes gachupín era sinónimo de blanco y explotador, pero con la ventaja, a diferencia de los blancos mexicanos, de que podía también ser acusado de extranjero¹⁹.

Perfecta definición de una situación «indefinida e incómoda» que aún se complicaba más por las redes familiares, los matrimonios mixtos y el estatus legal donde muchas veces la españolidad o mexicanidad de los sujetos era más que confusa y por eso se les

¹⁸ T. Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2008, p. 290.

¹⁹ *Ibidem*, p. 291.

llamaba «españoles y no extranjeros», aunque, según las soflamas antigachupinas, ellos eran «dueños de todo el comercio al menudeo del país, en contacto íntimo con el pueblo bajo»²⁰. Ése es, pues, el nudo gordiano que nunca se despejó del todo. Los *españoles-mexicanos* fueron «el centro del debate sobre España y lo español en el proceso de construcción de México como nación». Gracias a las reales conquistas de la Revolución mexicana, hay una mayor igualdad racial y las categorías de casta y color andan mucho más escondidas bajo apelativos de clase. Naco-hortera o pijo-fresa marcan hoy el abismo social entre el *loser* y el *winner*; en la triste mímesis del lenguaje populachero de EEUU.

Pero cierto es también que este larvado expediente español resurgió con notable virulencia en 2008 con los pormenores del *affaire* Mouriño, donde la dudosa nacionalidad del ministro de la Gobernación, sus obvias conexiones españolas y su descaro gallego toparon con las propias elites blancas del país, en especial la burguesía priistas, o la casta de funcionarios y empresarios que al cobijo del PRI crearon los hábitos y las formas de la clase media mexicana. Los españoles son según esta mentalidad atávica encargados, socios y hasta amigos de la alta burguesía mexicana, gentes confiables que tras la debida instrucción en el *grand monde* de la capital pueden llegar al sanedrín del exclusivo barrio de las Lomas por la vía del matrimonio o los servicios prestados, pero no pueden comportarse, cual hizo Mouriño, como los amos del rancho azteca.

Son, como sus abuelos, administradores y hasta capataces, pero en un mundo lleno de atavismos culturales ciertas cosas no se perdonan. Como su misma personalidad dual que funcionaba tal como funciona la doble nacionalidad al decir de una funcionaria de la legación en el Distrito Federal: «En México se usa el pasaporte mexicano y en España el pasaporte español. Si no los confundes en la aduana, nunca hay problema alguno».

Desenlace trágico que es la excepción en esta vieja historia de la red hispánica de negocios cuya estudiada cumbre se dio en Mé-

²⁰ *Ibidem*, p. 292.

xico durante la paz porfirista, entre 1880 y 1910. Hay buenos trabajos que han rastreado de forma sistemática esta sección de la oligarquía nacional. Académicos mexicanos de la talla de Josefina Mac Gregor, el ya mencionado Mario Cerutti o Clara Lida, directora de la cátedra España-México del Colegio de México, que describe su molde:

Una mayoría de sus miembros provenían del norte cantábrico-vasco y eran hombres jóvenes que llegaban a México siguiendo los patrones tradicionales de la emigración en cadena; una vez en el país, se empleaban con otros coterráneos y parientes establecidos aquí previamente, lo cual les permitía desarrollarse dentro de una segura red de vínculos familiares, sociales y materiales, proceso también tradicional de la inmigración española en México.

Una *inmigración privilegiada* que a diferencia del caso argentino no compitió en los arrabales con segmentos locales o extranjeros del proletariado urbano, sino que se enquistó en unas preexistentes redes hispano-mexicanas por la vía del matrimonio o el compadrazgo en los negocios:

En la gran mayoría de los casos, estos empresarios lograron desde temprano vincularse, personal y financieramente con individuos y grupos que controlaban el poder político local o nacional, lo cual les aseguró una influencia privilegiada dentro de la región y del país. Pero a partir de esos apoyos iniciales, ellos mismos tuvieron la capacidad, la astucia, el conocimiento y la inteligencia para ampliar, diversificar y multiplicar sus negocios, y para mantenerse a la vanguardia de la modernidad capitalista de su época²¹.

Sus redes empresariales proliferaron en el nordeste del México, en grandes explotaciones de la fértil comarca lagunera del es-

²¹ C. Lida, «España y México, relaciones diplomáticas, negocios y finanzas en el Porfiriato», *Historia Mexicana* 48, 4 (1999), pp. 719-730.

tado de Coahuila y en los grandes núcleos comerciales de Veracruz y Guadalajara, así como en Puebla, donde el patriarca de todos los empresarios textiles de la ciudad, el cántabro Manuel Rivero Collada, llegó a convertirse en el referente del despotismo industrial, las guardias blancas o bandas de la porra, al punto de que su excesiva devoción a los grupos contrarrevolucionarios supuso su momentáneo exilio a España. Su historia, sintetizada en este prólogo de Clara E. Lida, cumple a carta cabal con los procedimientos de la inmigración privilegiada que incluso hoy en día, y sin ironías, fructifica en un *país de relaciones*:

El análisis de la carrera empresarial de Manuel Rivero Collada nos permite conocer otro mecanismo de expansión de los grandes capitales españoles en México, que contrasta y complementa el caso de Basagoiti. Gracias a Gamboa sabemos que en España el joven Manuel Rivero se desplazó de su natal Asturias a Sevilla, donde entró en contacto con otro asturiano, Alejandro Quijano, quien había vivido en México y que con su suegro, José Quijano, adquirió extensas propiedades agrícolas en Puebla y en Oaxaca hacia los años de 1860; allí ambos se habían dedicado al comercio de importaciones y exportaciones, al transporte de cabotaje en el Pacífico, habían sido agentes de otras compañías navieras y, más tarde, también del Banco Nacional Mexicano. Con el apoyo y la protección de Manuel Quijano, el joven Manuel Rivero no sólo se casó con su hija, sino que se hizo cargo de los negocios familiares en Puebla, adonde emigró a finales de la década de 1880 o a comienzos de la siguiente.

Gracias a los vínculos de su familia política, se pudo insertar en el vértice de la sociedad poblana. Al finalizar el decenio de 1890 Rivero Collada había expandido y diversificado los negocios familiares e invertido en fábricas textiles, molinos harineros y empresas agrícolas, así como en energía hidroeléctrica. Además, se asoció con otros empresarios de las ciudades de México y Oaxaca, de tal modo que al concluir la primera década del siglo XX, Manuel Rivero era un poderoso capitalista industrial y agrícola. Después de promulgada la Ley General de Instituciones de Crédito, Manuel Rivero penetró en las

actividades bancarias asociado con otros empresarios. En 1900 fundó en Puebla el Banco Oriental de México, del cual fue presidente de 1902 a 1915, y que se expandió a Oaxaca y Chiapas al fusionarse con bancos de esas dos entidades. También se vinculó con el Banco Hispano Americano de Madrid, fundado por Basagoiti, y con el Banco Central Mexicano, así como con el Descuento Español y el Banco Español Refaccionario. Ocasionalmente algunas de estas instituciones también obtuvieron el derecho de emitir billetes. En todas estas empresas, que llegaron a tener sucursales y corresponsales en la Ciudad de México y otros puntos de la República y en el extranjero, Rivero Collada era accionista principal.

En este sentido Manuel Rivero Collada fue la cabeza de un amplio y complejo «ensayo de banca regional», uno de los proyectos más ambiciosos de un grupo provincial compuesto por capitalistas hispano-mexicanos residentes en México durante el Porfiriato. Por otra parte, los socios de Rivero no sólo fueron algunos de los más grandes capitalistas de México sino que, incluso, se asoció con poderosos políticos, como el gobernador del estado de Puebla, Mucio P. Martínez y otros, lo cual le permitió estrechar sus vínculos con los círculos del poder. Leticia Gamboa nos descubre así las grandes redes de poder de estos empresarios y, al igual que Marichal, constata que el negocio bancario era también un mecanismo para que los accionistas más importantes y sus allegados obtuvieran financiamientos en condiciones muy ventajosas y al margen del escrutinio de quienes no pertenecieran a los consejos de administración e, incluso, de los órganos del Estado, como la Secretaría de Hacienda.

La habilidad e influencias de Rivero Collada no sólo acrecentaron sus privilegios económicos y sociales dentro de la burguesía local y de la colonia española de Puebla, sino que, de 1903 a 1915, fue vicecónsul y cónsul honorario de España, y de 1906 a 1914, presidente del Centro Industrial Mexicano que asociaba a los propietarios textiles poblanos y de Tlaxcala. Todo esto le dio gran control sobre los mecanismos vinculados con el capital industrial y financiero, a la vez que el contacto para expandir sus negocios e inversiones a España, así como tener acceso a círculos patronales y políticos locales, tanto

como a diplomáticos y ministeriales, e incluso al presidente Díaz. Todo esto cambiaría a partir de la Revolución. Si bien sus relaciones con Madero y los actores de la política nacional no se vieron mayormente afectadas, las nuevas fuerzas políticas y sociales poblanas signaron el principio del fin para Manuel Rivero Collada. Su intromisión en la Gubernatura del Estado, así como su apoyo a la candidatura de Bernardo Reyes para presidente, lo hicieron blanco evidente de denuncias en su contra, tanto de obreros textiles como de sectores políticos antagónicos.

Entre 1911 y 1915 la situación se fue complicando tanto por la hispanofobia que se empezaba a desatar en Puebla contra estos españoles privilegiados, como por la fuerza del zapatismo en la región, lo cual le dio el golpe de gracia a la bonanza de Rivero. La situación no mejoró con el ascenso de Carranza a la presidencia y las incautaciones de los bancos de emisión fueron poniendo fin a sus grandes negocios financieros y lo forzaron a establecerse en Sevilla a comienzos de 1916 a la espera de mejores tiempos en México. Sin embargo, en España no sólo se mantuvo activo, sino que incluso montó nuevas empresas y al final de la Revolución, con la ayuda de su hijo Jesús, pudo recuperar alguno de sus negocios en México, y en 1921 comenzó a fundar nuevas empresas fabriles agrícolas y eléctricas.

En síntesis, el estudio de Leticia Gamboa nos muestra cómo las dos últimas décadas del Porfiriato resultaron especialmente beneficiosas para ese puñado de inmigrantes que, gracias a sus vínculos familiares, sociales y económicos y a su influencia política lograron convertirse en capitalistas privilegiados. Pero a partir de la Revolución comenzaría su declive, pues ésta fue el parteaguas que puso fin a la prosperidad del grupo, que en los años subsiguientes se enfrentó a la ruptura de sus privilegios y a la desaparición de muchas de sus empresas y propiedades²².

Esta conjunción entre el Estado liberal mexicano y la comunidad hispánica tiene fáciles traslaciones al statu quo entre el Estado

²² *Ibidem*, pp. 724-726.

neoliberal y las multinacionales españolas de finales del siglo XX que, con variaciones secundarias, siguen los esquemas que resume Clara E. Lida: «Las elites peninsulares en México pasarán a ser uno de los principales pilares del régimen, que encontraron en él un protector decidido en el ámbito de la economía y de la política», de manera que «las décadas de 1890-1910 [...] revelaron la simpatía y el apoyo mutuo que se generaron entre el Gobierno y la colonia española en México, aun a pesar de ocasionales dificultades, y entre Porfirio Díaz y los gobiernos españoles de la Restauración»²³. La inquebrantable amistad entre burguesías que desde Vicente Fox define el proyecto del PAN, que, entre la cabeza gringa y el corazón hispánico, aceleró las prebendas del cártel español en suelo azteca. Como en los tiempos porfirianos...

Entrando al siglo XX, Basagoiti, Rivero y otros capitalistas hispanos hicieron su parte en este proceso de acumulación de capitales que llegó de las Américas por la vía de la repatriación de los activos cubanos y puertorriqueños, las aportaciones de esta pequeña elite de indianos que fincaba sus negocios entre México y España y los considerables retornos económicos de la emigración masiva que en el caso de Argentina llegó en seis décadas a los dos millones y medio de inmigrantes, cifras que hablan de una permanente huida de proletarios y campesinos hacia las Américas, vía de escape que pese a eliminar reclutas para el servicio militar eliminaba igualmente brotes de rebelión social y devolvía reservas en monedas fuertes.

Hacia el año 1920, la totalidad de las remesas a España procedentes de América Latina sumaba 800 millones de pesetas, y de todas éstas, unos 11 millones provenían de México. Pero, aun sin las dimensiones de las multinacionales españolas, el efecto fuga de capitales de los grandes potentados hispanos en América Latina sí existió en cantidades nada desdeñables. Así que el nuevo continente contribuyó con sus excedentes al naciente capitalismo español. Tal como presume Jesús Ruiz de Gordejuela en su reciente biblia sobre los emigrantes vascos en México:

²³ *Ibidem*, p. 721.

En efecto la fundación del Banco Hispano Americano al despuntar el nuevo siglo refleja el espléndido éxito económico alcanzado por un amplio grupo de empresarios españoles que habían emigrado a América (en particular a México y Cuba), quienes acordaron invertir una parte de su cuantiosa fortuna en un banco español que habría de convertirse en una de las instituciones financieras más poderosas de España. Si revisamos el listado de los mayores accionistas y principales directores del Banco Hispano Americano en su primer decenio de actuación (1901-1910), podemos encontrar un buen número de los empresarios españoles emigrados de México que ya hemos reseñado: Basagoiti, Zaldo, Ibáñez, De Teresa y Miranda, Noriega y otros aliados se contaban entre los más importantes accionistas del banco²⁴.

Esto y más porque, según Ruiz de Gordejuela, aquel banco no sólo estableció una telaraña financiera con Londres y París, sino cantidad de nexos de estos «grandes empresarios indianos con parientes y clientes en una multitud de localidades del norte» que redundaron, he ahí lo esencial, en «los propios mercados y redes crediticias de España». Hasta el punto de que, pese a la presunta intensificación de lazos entre las dos orillas,

el trasvase de capitales americanos contribuiría al desarrollo del sector financiero español. Los residentes españoles enviaron a la Península 40 millones de pesetas entre 1900-1920, lo cual supuso una sangría económica para México y no, como afirman algunos historiadores españoles, una repatriación ya que es «falso para capitales que en su mayoría fueron acumulados por emigrantes fuera de España gracias al trabajo y a las empresas que difundieron». El capital se hizo en México durante el Porfiriato pero en la primera década de este siglo empezó a emigrar a España, sobre todo a partir de la crisis de 1907 y de una manera notoria con la Revolución mexicana²⁵.

²⁴ J. Ruiz de Gordejuela, *Los vascos en el México decimonónico, 1810-1910*, San Sebastián, Colección Ilustración Vasca, t. XVIII, 2008, p. 540.

²⁵ *Ibidem*, p. 5.

A fin de cuentas, como en todo esquema neocolonial, las rentas acumuladas en el nuevo continente fueron reinvertidas en la metrópoli y aunque el proletariado ibérico no recibió nunca las mieles de esta plusvalía americana, la oligarquía financiera e industrial se fortificó en grado supremo. El incipiente cártel español de la década de 1920, con la CHADE argentina en manos del grupo catalán de Francesc Cambó, fue apoyado por los mismos bancos que nacieron de la fuga de capitales de los grandes hacendados y empresarios hispanos. La guerra que ganó Franco, los bancos que la pagaron, el ejército que la peleó y los oligarcas que la apoyaron eran, del primero al último, herederos del imperio español de las Américas y sin esta hermandad de intereses y pasiones, que se creó alrededor del poder hispanoamericano, puede que España hubiera eliminado estas castas divinas que hoy, con nombres fusionados, BSCH y BBVA, dominan las mismas madejas transatlánticas que cien años ha fundaron el naciente imperio mercantil español sobre las Américas.

Cuando las transnacionales españolas llegan a México a finales del siglo XX, su yugular se hinca sobre los mismos sectores – el control privado de los servicios públicos– que la burguesía mexicana había empezado a manejar bajo el patrocinio del presidente Salinas de Gortari. Por ello, y aunque compinches en varias secciones de asalto, la ardua pelea por los paraísos del Estado protector –licitaciones, concesiones, subrogaciones, fondos de rescate, crédito oficial y todo tipo de operaciones relacionadas con agua, energía y obra pública– produce dolorosas secuelas. La disputa del botín se vuelve, a veces, mortal de necesidad. Pero nada mejor para entender este marco de sordas guerrillas que culminó en la desaparición física de Juan Camilo Mouriño que un artículo que lleva por nombre *Las claves reales del caso Mouriño* y lo publicó en la página web de *Rebelión*, bajo su cuenta y riesgo, Martín Moreno. Fue el 27 de noviembre de 2008. Empezaba con una pregunta inquietante, *Cui prodest?*: ¿quiénes son los beneficiarios del atentado contra Mouriño? Algo que respondía con exceso de precisión:

A principios del siglo XIX, 300 familias dominaban México. Eran los administradores de la gran finca que a su vez es el patio trasero del mayor imperio de todos los tiempos: los Estados Unidos. Hoy ya no son 300 sino un puñado de 30 familias. La tendencia a la concentración del capital, de la riqueza, en un grupo de oligarcas se produce a costa de tendencia a la miseria creciente de las masas y a la proletarización de las clases medias. No es nada nuevo. Marx lo había explicado brillantemente en el siglo XIX, en unas páginas que parecen haber sido escritas ayer mismo. Algunos de los miembros de esas 30 familias están conformados en el Grupo Monterrey, el mayor emporio industrial en América Latina. Poderosos empresarios del norte de México, con ligazones históricas con las grandes transnacionales texanas y con el *lobby* petrolero de las familias Bush y Cheney. Son parte del grupo denominado al interior del PAN los «Bárbaros del Norte», que pusieron a Vicente Fox como presidente en 2000. Y que no querían a Calderón como su candidato en 2006 sino a Creel. Tan advenedizo les era Mouriño como les sigue siendo Calderón.

Tanto con el PRI como con el PAN en el gobierno han hecho suculentos negocios amparados en el tráfico de influencias, en la evasión de impuestos y en la explotación de los trabajadores. Todo parecía irles bien hasta que para la elección de 2006 fue postulado por el PAN Felipe Calderón y con un fraude electoral más sofisticado que en 1988 se sentó en la espuria silla presidencial. Y hasta que llegó la crisis económica mundial más profunda e imprevisible de la historia del capitalismo y la competencia feroz de las transnacionales españolas, que colocaron su alfil, Juan Camilo Mouriño, nada menos que en la Secretaría de Gobernación. Para este grupo de empresarios Mouriño era un advenedizo que además ponía en peligro sus negocios con los grandes capitalistas gringos, en particular texanos. En realidad, se trata de un eje económico Houston-Monterrey.

El Grupo Monterrey también se encuentra muy molesto por las altas tarifas que Gas Natural les cobra. Esta molestia era compartida por las familias Zaragoza y Fuentes y sus emporios gaseros TOMZA y Grupo Z, originarios de Ciudad Juárez, investigados por lavado de dinero por la DEA estadounidense y por el FBI en

relación a las asesinadas de Juárez. Su enojo provenía de que Gas Natural estaba siendo beneficiado con contratos y se extendía más por el país quitándoles parte del mercado. También es un adversario para el Grupo Monterrey el propio Carlos Slim, un peligro dado su poder económico al ser el segundo hombre más multimillonario del mundo según la lista de la revista Forbes, y haber hecho una alianza con la banca española La Caixa, accionista a su vez de Repsol. Slim, durante el sexenio de Fox se separó por diferencias del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN) igual que en 1976 había dejado el Consejo Coordinador Empresarial (CCE). Además, Slim es también para los racistas nortños del Grupo Monterrey, que proviene de círculos históricos de la extrema derecha, un «extranjero», refiriéndose a él despectivamente como «el libanés». Menos le perdonan ahora haber volteado su vista a Europa, tras los problemas de América Móvil en el mercado USA por las leyes proteccionistas gringas y haberse «diversificado» en alianza con bancos y transnacionales europeas, en particular españolas. Además intenta ser, junto a MVS Multivisión, competidor del monopolio de Televisa con Sky y Cablevisión a través de un sistema de cable más barato, y volver a dar voz tanto a Carmen Aristegui, lo que pone los pelos de punta a la oligarquía y al Yunque, como a Gutiérrez Vivó, que abrió sus micrófonos a AMLO.

Pero había más razones para la molestia. Los bancos españoles cercaban tanto a Banorte como a Inacciones, con el propósito de adquirirlos. Además la adquisición por parte de BBVA de Banco-mer, dejó a los regios con un control sólo del 2 a 3 por 100 de las acciones. Y tras la privatización con la aprobación de la contrarreforma petrolera, Mouriño tenía previsto favorecer en el reparto de los bloques o lotes petroleros a Repsol, concediéndoles los mejores y en una cantidad importante, en detrimento de las transnacionales gringas y de la Shell anglo-holandesa. Por eso los expertos extranjeros en aeronáutica que investigaron el avionazo eran estadounidenses e ingleses y no de otros países. Y defendieron la infame falsedad, ofensiva para sus familias, de un «accidente» debido a la «impericia» y «errores humanos» de los pilotos. Dos pilotos capa-

citados como capitanes, uno de ellos, Álvaro Sánchez, cuando en 1991 se recibió como piloto aviador voló durante años un Learjet de la serie 25, tenía diecisiete años de experiencia. Uno de ellos había sido además piloto de la Fuerza Aérea Mexicana, un dato convenientemente ocultado. Ambos tenían acumuladas miles de horas de vuelo.

Mouriño defendía dentro del Gobierno mexicano los intereses de su familia y de España. Se había convertido en un serio obstáculo para los negocios del Grupo Monterrey, de Halliburton y el *lobby* texano. Mas cuando el Grupo Monterrey sufre pérdidas, se encuentra en crisis. La tasa de ganancia ha caído. Tanto Vitro como CEMEX han realizado despidos de trabajadores.

¿Quiénes conforman el Grupo Monterrey? ¿Cuál es su situación, qué «pérdidas» están teniendo? Algunos de sus miembros más prominentes han sido o son: Emilio Azcárraga Jean de Televisa; Gastón Azcárraga Andrade de Grupo Posadas; Alberto Bailleurs, Industrias Peñoles y PH; José Antonio Fernández Carvajal de Coca Cola-FEMSA; Dionisio Garza Medina de Alfa; Roberto Hernández de Banamex-Accival, que fue regalado a Citibank; Roberto González Barrera de Banorte y Grupo Maseca (Gruma); Juan Sánchez Navarro de Grupo Modelo, que se retiró por su edad y ahora está en su lugar Carlos Fernández González; Adrián Sada González de Vitro; Roberto Servitje Sendra, Bimbo; Federico Terrazas de Cementos de Chihuahua; Claudio X. González, tres veces presidente del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios; el rey del cobre Germán Larrea Mota, asesino de los mineros de Pasta de Conchos que acaba de adquirir Cinemex; Humberto Garza González de Grupo FAMSA... Son las familias Garza, Sada, Garza Sada, Azcárraga, Fernández, Terrazas...

El Grupo Monterrey nace en el siglo XIX, apoyando al gobernador reaccionario Santiago Vidaurri contra Benito Juárez y aliándose a la Confederación sureña en la Guerra Civil estadounidense, de ahí que el eje Monterrey-Houston tenga amplias raíces históricas. En los años cuarenta apoyaron la campaña presidencial de Juan A. Almazán, simpatizante nazi y cuyo jefe de campaña fue Manuel Gómez Morín,

uno de los fundadores del PAN y de la Unión Nacional Sinarquista, los restos de la reacción de extrema derecha ultracatólica de la guerra cristera, y como no podía ser menos también devoto de Adolf Hitler. El Consejo Mexicano de Hombres de Negocios es uno de los siete organismos con voz y voto del Consejo Coordinador Empresarial (Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, Coparmex, Concamin, Concanaco, Asociación de Bancos de México, Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros y Consejo Nacional Agropecuario). Reúne a los principales dueños de las empresas más importantes de México con el fin de «promover» políticas públicas que impulsen la inversión y la creación de empleos pese a que todas sus empresas juntas no generan más de 800 mil empleos en un país con más de 100 millones de habitantes. Antonio del Valle Ruiz, presidente de Mexichem, siempre se ha referido al CMHN como una organización «discreta mas no secreta». El organismo surgió en 1962, como una estrategia de 12 empresarios encaminada a incidir en la política económica del Gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964) e influir en la sucesión presidencial.

Eugenio Garza Clariond, fundador de la empresa acerera IMSA, en los años ochenta presidente del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, el verdadero gobierno en la «sombra» del país, se vio obligado, por falta de liquidez para pagar deudas, a vender la empresa ENERMEX, fabricante de las populares baterías «LTH». Su precio de venta fue de 523 millones de dólares, que fueron directos a rebajar la deuda inicial de IMSA, de 731 millones de dólares a 200 millones. Cuatro días después, a sus ochenta y cinco años, Eugenio padre muere y se publican esquelas del Bank of America, Bank of Boston y de la Casa Rotschild, además de JPMorgan, su operador en el extranjero, todas ellas envueltas en la crisis actual del sistema capitalista, la más profunda de su historia. Clariond hijo, cuando la crisis especulativa de Enron, salió en su defensa con el argumento de que «hacemos buenos negocios con ellos». De eso trata el capitalismo. «Bussines is bussines.» Todos estos júniores regios han estudiado en EEUU: MIT, Georgetown, Yale o Stanford y en el IPADE. Otras empresas del Grupo, como CYDSA y PROTEXA, que se dedicaba a

la construcción de oleoductos para PEMEX, hasta que la paraestatal se las concedió a transnacionales, sobre todo USA, entraron en crisis. Vitro también entró en crisis después de mucho tiempo de emitir bonos para financiar deuda. Y CEMEX, de Lorenzo Zambrano, la más sólida, también se encuentra en una difícil situación financiera. Sin olvidar la debacle desde 2002 del Grupo Pulsar, de Alfonso Romo. Éstos son los beneficiarios del atentado contra Mouriño²⁶.

Virtud de toda síntesis, este artículo describe el cuadro básico de la alta burguesía mexicana y sus enconos. Para placer del lector, la voz del mejor intelectual de Monterrey, Abraham Nuncio, el último académico socialista de esta ciudad que alardea de ser suburbio de Texas, trazó en un libro de referencia sobre el primigenio *lobby* –*El Grupo Monterrey* (Ciudad de México, Editorial Nueva Imagen, 1982)– una historia de su ascenso al poder absoluto y su desafío al Estado mexicano, donde ya en forma profética advertía del rumbo que tomarían sus grandes empresas tras haber descubierto, en curiosa similitud con la burguesía hispánica, los límites del capitalismo monopolista de Estado.

Su máxima ambición histórica se dio con la alianza entre el presidente López Portillo y esta cuadrilla regiomontana que prometió convertir el país en la Corea fronteriza, productora de bienes de equipo y consumo que desde chips, teles y tractores invadiría un mercado norteamericano con productos *made in Mexico*, modelo prusiano que terminó en la bancarrota de 1982 y rediseñó el poco patriótico perfil de la burguesía regional al estilo de lo que sucedió en los clónicos casos de Cataluña y Euskadi: antes que apostarle a la renovación tecnológica, la formación profesional y el Estado fuerte, como se aplicaban en Asia, el estilo hispánico de negocios siguió una ruta paralela que tuvo su modelo Guggenheim en Bilbao, su modelo olímpico en Barcelona y su modelo Fórum Universal de las Culturas en Monterrey.

²⁶ M. Moreno, «Mouriño y el Grupo Monterrey». Disponible en <http://argentina.indymedia.org/news/2008/11/640908.php>.

Simplificando la tesis, las grandes burguesías periféricas nacidas al calor del siglo xx deciden en su tercera o cuarta generación convertirse de nuevo en rentistas, representantes del capital extranjero o inversionistas de riesgo tras quebrar sus endeudadas empresas, escandaloso pasivo que el Estado asume gratis total para que estos grupos monopólicos puedan, tras liquidar plantillas e impagados, empezar la llamada reconversión industrial, que significa vender a precios hinchados sus páramos industriales mediante operaciones de ingeniería urbanística que sirven para revalorizar unos terrenos inútiles y darles todo el dinero fresco que sus nuevas apuestas especulativas requieren.

Campo de ganancias primarias que para el Fórum Universal de las Culturas 2007 convirtió la vieja Fundidora de Monterrey en un parque central que otorga valor al suelo colindante siguiendo el ejemplo que la tecnocracia barcelonesa aplicó en el magistral rescate a las viejas fábricas próximas a las playas del Poble Nou, reconvertidas en Villa Olímpica y cuya plusvalía aumentó exponencialmente gracias a la locomotora de Barcelona 92. Corolario exacto de la orilla izquierda del Nervión que con el rediseño del Museo Guggenheim esconde la implosión de todo el tejido siderúrgico y naval que un día identificó el grupo empresarial de Neguri, cuyo nacimiento cual círculo que se cierra inexorablemente se produjo gracias a Monterrey.

Historias realmente paralelas porque si en Monterrey se fundaron grandes empresas de transformación de metales no ferrosos y ferrosos, como la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey S. A., en la ciudad de Bilbao se generó una vigorosa industria siderúrgica, cuya meca fueron los Altos Hornos de Vizcaya. En la segunda revolución tecnológica, el convertidor Bessemer y los hornos Martin-Siemens, productos emblemáticos de alta tecnología, se convirtieron en orgullosa señal de modernidad de las dos ciudades. Tan gemelas fueron Bilbao y Monterrey que en ambos casos vieron el nacimiento de variopintas instituciones bancarias que financiaron la incipiente burguesía. Elementos y desarrollo que de nuevo investiga Mario Cerutti, historiador de la

Universidad Autónoma de Nuevo León, con sede en Monterrey, esta vez junto a José María Valdaliso, de la Universidad del País Vasco. Claves históricas que se resumen en sus puntos esenciales. En ambas ciudades, la vía primera de acumulación de capitales fue el comercio. Así, la actividad mercantil y naviera siempre tuvo sus asientos en el puerto de Bilbao mientras su condición industrial resultó estimulada desde 1841, por el traslado hacia esa frontera de las aduanas que hasta entonces funcionaban en la frontera provincial de Vizcaya.

Un dinamismo mercantil que vivía de los resabios del imperio colonial, Cuba y Puerto Rico, y aprovechó el advenimiento del librecambismo propiciado por la Revolución de 1868. De forma que Bilbao, conectado con el interior peninsular mediante el ferrocarril, cumplía el papel que se le asignaba como puerto del norte español en el comercio internacional. Sus grandes comerciantes manejaban, también, el crédito: un dato que quedó en evidencia no sólo con la muy temprana fundación del Banco de Bilbao, en 1857, sino también con su paralela capitalización del movimiento comercial. Monterrey a su vez se convirtió desde mediados de siglo XIX en un significativo nudo mercantil. El cambio de la línea fronteriza tras la guerra con EEUU (1846-1847) le daría –a través de Texas– una envidiable función de intermediaria con el mercado internacional parecido al que Euskadi tendió con Inglaterra. Las guerras civiles desatadas por las leyes de Reforma y la invasión francesa, parecidas a las guerras carlistas que desquiciaron Euskadi hasta 1876, crearon además imperiosas necesidades militares que, en buena medida, fueron financiadas por núcleos de comerciantes situados a ambos lados de la frontera.

El préstamo y el abastecimiento de guerra fueron dos vetas usufructuadas con amplitud y presteza por la embrionaria burguesía de Monterrey tanto como por la de Bilbao. Sólo que la ciudad mexicana recibió otro enorme impulso gracias a las demandas generadas por la Guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1865). De todas formas, la necesaria estabilidad no llegaría

hasta la Restauración y el Porfiriato, que fusionaron en ambos casos los intereses de conservadores y liberales.

A medida que se consolidaba la estabilidad interior, cuentan Cerutti y Valdalisó, las demandas de un mercado interno en articulación aumentaron. En los dos casos, el ferrocarril multiplicó los intercambios entre el centro y la periferia, cada vez más especializada. Más incluso que el Estado español, México contaba a comienzos del siglo xx con una infraestructura ferroviaria capaz de generar demandas sistemáticas de hierro y acero; presentaba asimismo una expansiva franja de intercambios entre empresas y productores que incentivaba el consumo. Y como en el caso bilbaíno, la depreciación de la moneda, ciertos factores institucionales como la capacidad de influencia sobre el Gobierno central y una legislación proteccionista alentaron el desarrollo de la industria pesada. A principios del siglo xx, las grandes plantas de metalurgia básica colocaron a Monterrey como el único motor de desarrollo en toda América Latina.

Si el País Vasco se distinguió y tomó distancia de una Cataluña centrada en la producción liviana, Monterrey descolló en soledad sobre las otras regiones de México. Y no sólo esto. Tanto en Bilbao como en la mexicana Monterrey, la sociedad anónima y los lazos familiares unieron capitales y facilitaron la centralización de capitales. Así nacieron las grandes familias de Neguri y las dinastías regiomontanas de los Garza Sada. Varios libros y ensayos de Mario Cerutti, el historiador de las redes económicas, permiten conclusiones originales. Reveladoras incluso.

Aunque el propio Cerutti marca la diferencia entre la vieja metrópoli y las nuevas repúblicas americanas:

Si bien son numerosas las similitudes y los posibles elementos cotejables entre Bilbao y Monterrey, corresponde indicar algunas diferencias sustantivas. La primera fue que mientras Monterrey fue receptora de inmigrantes españoles que se convirtieron en empresarios —una parte de los cuales provenía de Vizcaya—, Bilbao recibió gruesos capitales transferidos por vizcaínos enriquecidos en América, los llamados

indianos, algunos de ellos provenientes del norte de México y de la propia Monterrey. La segunda diferencia es de carácter geográfico: Bilbao estuvo marcada desde el punto de vista de su historia económica por su condición de puerto marítimo y fluvial, en tanto que Monterrey dependió de puertos marítimos mexicanos y estadounidenses para sus contactos comerciales; Monterrey, por su condición interior, por su localización geográfica y por las características del sistema de ferrocarriles que se prolongaba desde los Estados Unidos, fue un importante nudo de comunicaciones ferroviarias, en tanto que Bilbao presentó –en ese sentido– una posición menos central. La tercera distinción derivó con frecuencia de las diferentes coyunturas políticas internacionales y nacionales. Un nítido ejemplo fue cómo Bilbao (ayudado por su localización y por su condición portuaria) aprovechó las necesidades generadas por la primera guerra, mientras que Monterrey (como gran parte de México) no pudo usufructuar la coyuntura bélica debido a la revolución que estalló en 1910²⁷.

Antonio Basagoiti o Tomás Mendirichaga son dos de los prohombres vasco-mexicanos que a finales del XIX vincularon para siempre los nombres de estos dos emporios industriales. Ciudades gemelas cuya historia paralela condiciona y explica nuestro presente. Aunque pocos sepan que al otro lado del Atlántico existió otro Bilbao y las dos ciudades hayan terminado siendo esqueletos del pasado adaptados a las burbujas inmobiliarias de estos tiempos de derribo y reciclaje de las viejas damas de la burguesía citadina. Pero, a diferencia quizá de los viejos patriarcas de la oligarquía del hierro vasca, cuyo legado político y cultural se perdió en la nada, México vive hoy según el programa económico y político de la alta burguesía de Monterrey, que siempre quiso intervenir en el mando directo del país con fórmulas parecidas al catolicismo empresarial de matriz norteamericana –la revolución de los mánager– que el Opus

²⁷ M. Cerutti y J. M. Valdaliso, *Bilbao y Monterrey (1870-1914). Empresariado y desarrollo regional en la periferia*, Buenos Aires, XIII Economic History Congress, julio de 2002. Disponible en: eh.net/XIIICongress/cd/papers/28CeruttiValdaliso47.pdf.

Dei, por ejemplo, implementó en sus escuelas de negocios españolas y que, en el caso mexicano, construyó la factoría del pensamiento conservador, el Instituto Tecnológico de Monterrey.

Más que el Grupo Monterrey en sí, y la propia dinastía de los Garza Sada, lo importante es que un cerrado núcleo de notables preparó el asalto a la república por la vía del control indirecto sobre una telaraña de asociaciones financieras, universitarias y religiosas de la burguesía mexicana que nos permite entender, también, los vínculos, incluso familiares, entre esta audaz oligarquía nacional, sus valedores internacionales y su directo apoyo al proyecto neoliberal que culminó con la absorción de México en el Mercado Común norteamericano en 1994.

Pero en esta trama de golpismo empresarial caben autóctonos y descendientes de españoles. Grupos cántabros, gallegos, mexicanos o regiomontanos, funcionan bajo parecido patrón. Los clanes oligárquicos de España y de México se criaron bajo la misma cultura, las mismas escuelas, los mismos intercambios, los mismos libros y el mismo pensamiento conformado por el santo papa de Roma, el sagrado presidente de Estados Unidos y la sacrosanta figura de Francisco Franco, redentor de España y vencedor del bolchevismo. Aquello que el patriarca del clan de los Garza, don Eugenio, construyó desde sus raíces totalitarias lo define Sarah Babb en *Managing Mexico: economists from nationalism to neoliberalism*: entre ideas franquistas e ingeniería norteamericana, se trataba de formar una nueva clase que tomaría el poder político en México como una razonada decisión tras el asesinato, en 1973, de don Eugenio por la guerrilla de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Dramático evento que para este poderoso sector marca el punto de inflexión del presidencialismo mexicano por la sencilla razón de que el presidente de México dejó de ser, para su rabia inicial, el disciplinado ejecutor de la burguesía nacional y volvía a ser la reencarnación expropiadora del general Cárdenas.

Un episodio crucial que define el futuro de la relación entre el poder político y económico en México pues la atribución de culpas al presidente Luis Echeverría y su supuesto neocardenismo

inicia el asalto de la elite regiomontana a la esfera política mexicana, prácticamente lista con la llegada al poder de un presidente, Carlos Salinas de Gortari, cuyas conocidas raíces regiomontanas le darán aliento para aplicar desde 1989 y con irrestricta obsesión el plan que este bloque hegemónico tenía en mente: el desmantelamiento del estado mexicano en toda su extensión.

Será en estos años clave, la década de los setenta, cuando se defina la relación futura con España. Y quizás así se entienda el sentido profundo, coherente, de la enigmática frase del presidente López Portillo cuando dijo que, tras la reapertura de relaciones diplomáticas, se había reconciliado a la vez con España y con Monterrey, las dos fuerzas conservadoras y empresariales que siempre habían operado en México. Porque aunque ciertamente la República mexicana nunca se rindió a las demandas oficiales del franquismo, y mantuvo su negativa a legitimarlo internacionalmente, bajo el agua todo se movía en clave de reconciliación oligárquica. Asuntos de diplomacia oficial e intimidación real donde el pleito simbólico entre España y México se resolvió finalmente al gusto nacional-católico²⁸. La máxima punta de tensión entre los dos países llegó a su cúspide histórica tras el fusilamiento de cinco jóvenes revolucionarios en septiembre de 1975 y el posterior pleito de Echeverría con Franco, trasladado a la ONU, que, dice la leyenda, el dictador, en su gallego cinismo, sentenció con su famosa afirmación, al fin corroborada, de que el presidente mexicano era un agente encubierto de la CIA.

Expresión que podría resultar creíble, cual *agent provocateur*, porque la ardiente defensa de la causa republicana española por parte del presidente Echeverría se torna, en abril de 1977, ya con López Portillo en la Presidencia, rápida apertura de las relaciones con el régimen aún no formalmente democrático de Adolfo Suárez tras la ruptura de relaciones con la agónica República españo-

²⁸ El mayor texto de referencia sobre esta doble moral en las relaciones España-México es la obra *México y España en el primer franquismo. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, recopilada por C. E. Lida (Ciudad de México, 2001).

la en el exilio. La facilidad con la cual concluye el proceso permite preguntarse dos cosas obvias: ¿qué tipo de vínculos tenía con España la estructura militar mexicana, ferozmente anticomunista, y vinculada desde hacía tiempo —a través de la Escuela de las Américas— a la contrainsurgencia del norte que tenía en Franco y sus clones latinoamericanos su máxima expresión? ¿Las redes empresariales, religiosas y periodísticas actuaron en un plan combinado sobre el Gobierno mexicano? ¿Cuál fue el papel del Vaticano y del servicio exterior español en toda la operación? ¿El desafío de Echeverría y la respuesta del franquismo fueron otro juego de simulación en la común cruzada para desactivar y reducir las fuerzas de la izquierda? ¿Qué papel desempeñó la socialdemocracia —de Carlos Andrés Pérez a Olof Palme o Willy Brandt— en estos meses cruciales? ¿Cómo intervino Felipe González en su visita a México en la primavera de 1976?

Si un hombre tiene algunas respuestas, ése es Rodolfo Echeverría Ruiz. Hijo de una destacada actriz valenciana exiliada en México y sobrino del que fuera presidente de México, Luis Echeverría Álvarez, Rodolfo Echeverría Ruiz, hijo de la farándula, la política y el exilio, sabe de estos asuntos. Actual presidente de la Comisión Nacional del PRI para los actos de conmemoración de la Independencia, la Revolución y el 80 aniversario de la fundación de este partido, Rodolfo Echeverría, ex embajador en Madrid, me contó el episodio menos conocido de la Transición: el final concertado de la Segunda República española, que en 1977 sólo era reconocida por México y que representaba un impedimento para la nueva política de hermanamiento entre la naciente monarquía y el presidente en turno, José López Portillo. Un hecho histórico que nace también de otro relato jamás contado.

La llave del futuro pacto Salinas-González. El puente que el Estado mexicano tejió con los líderes de la oposición española y que crearon una perdurable sintonía de intereses entre las dos orillas. Y cuyo responsable e inductor, en discreta sombra, fue este dirigente político que presume de buena memoria: «A principios de 1975 vienen a México Santiago Carrillo, Joaquín Ruiz Jimé-

nez, Raúl Morodo, José Vidal-Beneyto y Rafael Calvo Serer. Venían a presentar la Junta Democrática al PRI y a explicarnos cómo veían la futura transición. ¿Quién los envió? Enrique Tierno Galván, a quien yo había conocido en uno de mis muchos viajes a España»²⁹. Un primer contacto político que consiguió en 1973 gracias a un periodista mexicano, Enrique Ramírez y Ramírez,

un hombre proveniente de la izquierda mexicana y buen amigo de Tierno Galván, quien me dijo: «Oiga, le doy una carta para un amigo mío», que resultó ser el mencionado Tierno. Fui a verlo a su oficina, que estaba en la calle Marqués de Cubas, al lado de las Cortes; me invitó a comer con Raúl Morodo y Fernando Morán y allí me cuenta que se ha constituido en París la Junta Democrática e igual me dijo: «Mire usted, el general Franco morirá en el poder y la izquierda democrática no tiene la fuerza política y social para forzar unas elecciones en España, y lo que necesitamos nosotros es una transición porque, cuando muera Franco, quedarán los franquistas, muy poderosos y muy ricos, y si nosotros queremos llegar a la democracia, no lo vamos a conseguir de golpe».

Fue la primera vez que Rodolfo Echeverría oía la palabra transición aplicada a la política española. Y realmente le sorprendió. La hoja de ruta estaba marcada: «Tierno me dijo que un grupo de ellos quería venir a México para explicarle al PRI y al Gobierno de México qué era lo que creían que iba a pasar y cuál sería su papel luego de la muerte del dictador». Después, con una carta del líder del Partido Socialista Popular (PSP), el entonces muy joven político mexicano fue a París a encontrarse con Santiago Carrillo, y en pocas semanas se organizó la primera visita de la oposición democrática a tierras mexicanas.

Una delegación compuesta por Pepín Vidal-Beneyto, «un intelectual sin partido», Rafael Calvo Serer, Santiago Carrillo, Raúl

²⁹ Entrevista de Oriol Malló a Rodolfo Echeverría el 4 de noviembre de 2009.

Morodo, Joaquín Ruiz Jiménez y Antonio García Trevijano, que fueron recibidos en la sede del PRI por Jesús Reyes Heróles, presidente del partido, un reconocido intelectual liberal:

Tuvimos varias cenas en su casa y en la mía y hasta propiciamos algunos encuentros con periodistas, con el Colegio de México y con el rector de la UNAM, y en realidad la llave que abría todas las puertas era el PRI, inclusive con los viejos republicanos españoles. Carrillo era muy amigo de Wenceslao Roces, quien seguía siendo profesor de Economía y Marxismo en la Facultad de Economía de la UNAM.

Los demás, en cambio, no conocían a nadie, «pero su misión era que el partido y el Gobierno entendieran muy bien la misión transicional española aunque al principio aquí hubo dudas sobre el proceso porque Reyes Heróles no veía que tuvieran la fuerza suficiente para hacer lo que decían que iban a hacer, ya que el único que tenía respaldo social era el partido comunista porque el resto de personajes de la Junta apenas tenía seguidores. Y eso es algo que no se ha dicho pero en el PRI les preguntamos si a ellos les serviría de algo que México reabriera su embajada en Madrid». Dijo Reyes Heróles: «Ya muerto Franco la podríamos reabrir con un único propósito, que en caso de que falle la operación de la transición y los vayan a meter en la cárcel o los quieran fusilar allá, estando abierta la embajada de México, pueden refugiarse acá». Sorpresivo comentario que compartía Echeverría: «¡Hasta en esto se había pensado!». Una opción que para Santiago Carrillo no era tan perentoria. «Yo creo –nos dijo– que la transición va a caminar, con problemas y dificultades, pero los posfranquistas no van a querer llenar las cárceles de gente otra vez.» Paradojas de la historia, el católico confesional y miembro del sector crítico del Opus Dei, Rafael Calvo Serer, sí era partidario de abrir la embajada mexicana y le dijo a Carrillo: «Mira, Santiago, si esto nos falla, nos van a meter en la cárcel otra vez y, antes de que esto suceda, sería muy bueno que existiera una embajada donde refugiarnos».

Ante las dudas, y a principios de 1976, siendo ministro de Gobernación Manuel Fraga y de Exteriores José María Areilza, conde de Motrico, Rodolfo Echeverría llega a Madrid en viaje privado. Franco ha muerto. El Gobierno de Arias manda mensajes contradictorios y esta vez, mediante el viceministro Marcelino Oreja, a su vez contactado por un alto funcionario del ministerio, Fernando Morán, entonces director para Asuntos Africanos, Rodolfo Echeverría logra entrevistarse con el canciller de turno. Tema único. Sondar la predisposición del Gobierno español para abrir ipso facto una embajada de México en Madrid.

Yo les dije que el PRI tenía relaciones políticas con las fuerzas de la oposición y Areilza lo entendió muy bien, ya no era aquel durísimo alcalde de Bilbao de 1939, y curiosamente él repite la palabra que meses antes le oí a Tierno, transición, y pensé que los dos estaban hablando de lo mismo, pero de aquella plática yo no saqué en claro que les interesara a los españoles abrir relaciones con México, estaba todo aún muy verde, demasiado metido Areilza en los temas nacionales, me decía «ya veremos después» y yo ya no insistí.

1976 fue un año de espera. El fallido Gobierno Arias y su reemplazo en verano por Adolfo Suárez se combinó con la sucesión presidencial en México. Entre las elecciones de junio y la toma de posesión de José López Portillo en diciembre de 1976, un tiempo perdido. Tiempo de vacíos políticos, aquí y allá, a la espera de definiciones y liderazgos claros. Los contactos se multiplican pero no hay avances notables. Fue también la primera aparición pública de Felipe González en México «aunque él, en esos momentos, no era todavía un hombre de oposición muy conocido». El flamante secretario general de un partido con solera histórica, el PSOE, ya había estado en México tres años antes. «Recuerdo que venía de Panamá y yo fui por él al aeropuerto, apenas una maletita, pero él vino a otra cosa en la cual el PRI también ayudó mucho.»

Historias entrecruzadas y proféticas. *Isidoro*, su alias clandestino, iba a conocer a los viejos del PSOE: «Quería llevarse de vuelta a

España la legitimidad de las siglas socialistas. Estaba cercano el Congreso de Suresnes, y por eso fue a hablar con Mariano Joven, Anselmo Carretero, y en pocos días hubo una reunión en casa de otro de los viejos, Enrique García Álvarez, donde estuvieron el mismo Felipe, Alfonso Guerra, Luis Yáñez y Enrique Múgica». Tras los muros de un modesto piso en el centro histórico de la Ciudad de México, en la calle López, y ante la mirada desconfiada de la vieja guardia, que sabía del conflicto por el control del partido gracias al sobrino de Rodolfo Llopis, Paco, quien vivía en México, aquellos jóvenes del interior intentaron, por largas horas, convencer a los exiliados para que los apoyaran en el asalto al partido. Rememora Rodolfo Echeverría:

Felipe González les dijo: «Quiero que ustedes me autoricen a refundar el PSOE en España», y también les dijo algo que no les gustó nada —«No me importa que sea república o monarquía con tal de que sea democracia»—, pero al cabo de varias entrevistas, en casa de García Álvarez y de Carlos Montoliú, otro veterano del PSOE, aquellas buenas personas se dan cuenta de que «estos chicos», como así les llamaban, sí van a hacer algo, y fueron a Suresnes en octubre de 1974 y ahí hicieron oficial el apoyo que el sector legítimo de México dio a estos jovencitos desde el primer viaje de Felipe.

Sin duda, la posición de Rodolfo Echeverría, sobrino del presidente en turno, Luis Echeverría, que en el sexenio 1970-1976 dio un giro izquierdista al sistema autoritario, era ciertamente privilegiada. Dentro del aparato político del PRI, aquel joven se encargaba de las relaciones con el exilio español, un sector discreto pero influyente con nombres importantes en la cultura y la empresa. Por ello todo contacto que pasaba por la diáspora republicana llegaba a oídos de Rodolfo Echeverría a quien el propio García Álvarez comunicó la llegada de Felipe González, «un chico de Sevilla que quiere hablar con el PRI». La discreta tarea del historiador Manuel Ortuño, delegado oficioso del PSOE en México, hizo el resto, pero los verdaderos hilos del poder tenían su sede en avenida Insurgen-

tes, la sede del partido hegemónico de México, donde despachaba Rodolfo Echeverría que a todos los efectos se convierte en el representante de la Junta Democrática en el Distrito Federal. Y el hombre-puente entre España y México.

Al final, tras el cambio de presidente en México en diciembre de 1976, el académico y primera espada del PRI, e hijo de inmigrantes españoles, Jesús Reyes Heróles, fue designado ministro de Gobernación y su colaborador inmediato, Rodolfo Echeverría, resultó subsecretario. En enero de 1977, apenas pocos días al frente de la nación, el presidente López Portillo llama al ministro y al subsecretario de Gobernación: «Ya es el momento de restablecer las relaciones con España», argumentó el jefe del Ejecutivo. Tema crucial que nunca se manejó en Asuntos Exteriores sino mediante los hombres de Gobernación. Santiago Roel, el canciller, queda en posición secundaria y a remolque de los hechos. «Reyes Heróles le dijo al presidente “que no intervenga Roel, que si no se oficializa mucho. Sigamos por la vía de Rodolfo”, lo cual yo hice yendo y volviendo de España como simple turista.»

A velocidad de crucero, y con el plácet de Adolfo Suárez, interesado en resolver los últimos flecos de la política exterior, sobre todo las relaciones con México, todo el mundo mueve ficha y en pocas semanas, aunque siempre de forma extraoficial, Echeverría pacta con su amigo Fernando Morán, fiable contacto en Asuntos Exteriores, que los dos cancilleres, Marcelino Oreja y Santiago Roel, se reúnan en París para abrir negociaciones en el hotel Georges V «y así se hablara de restablecer relaciones en el plazo más rápido posible». Un pacto que por mediación de Tierno Galván refrenda Marcelino Oreja, longevo ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de la Unión de Centro Democrático (UCD), al propio Rodolfo Echeverría en informal reunión en Madrid, donde ya se da luz verde al asunto. Sólo un pequeño detalle inquieta al ministro español: «Oye, pero vosotros tenéis relaciones con la República, luego tenéis que romper». Sin dilaciones, Rodolfo Echeverría le dijo: «Éste es un asunto que no depende de mí, tengo que hablarlo con el presidente de México».

En febrero de 1977, tras su regreso al Distrito Federal, López Portillo se reúne a comer con el ministro de Gobernación y su subsecretario en un comedor privado de Los Pinos, la residencia oficial del jefe del Ejecutivo. Rodolfo Echeverría tocó el punto nodal:

—Presidente, para hacer la formalidad de las relaciones con la monarquía española necesitamos romper con la República.

Inquieto y emocional, el presidente replicó al instante:

—Yo no quiero romper con estos viejitos tan nobles, de veras no quiero ser yo el presidente que rompa con ellos.

A lo cual Reyes Heróles, tajante, replicó:

—Señor presidente, es que hay que romper con ellos. No podemos hacer las relaciones con la monarquía si las tenemos con la república.

—Déjenme hacer un intento —medió Echeverría—. Si me permite, le comento mi idea. Me iré a París a hablar con el presidente Maldonado para pedirle que ahora ellos nos ayuden a nosotros y se disuelvan, así ante su disolución no tendremos con quién romper, simplemente ellos dan a conocer un día en París que el Gobierno de la República en el exilio, fundado en Ciudad de México el 17 de agosto de 1945, ha quedado disuelto y después les damos una compensación: a cambio de su autodisolución les ofrecemos que vengan a México invitados formalmente por el Gobierno, donde les daremos, ya disueltos, un gran homenaje en el Palacio Nacional con todos los gobernadores, jefes militares y partidos políticos, el Estado mexicano en pleno, haciendo el corte de caja final, allí intercambiamos condecoraciones y a los dos o tres días anunciamos que México inaugura relaciones con la monarquía.

Y así prosiguió Echeverría:

—Yo me comprometo, señor presidente, a hablar en Madrid con el Gobierno y con todos los líderes de la oposición, con Santiago Carrillo y con Felipe González, para que el día que se convenga, Maldonado y los ex ministros que quieran regresen a Madrid procedentes de México en un avión oficial de la Fuerza Aérea mexicana, para que desde el aeropuerto de Barajas los re-

ciban ahí obreros y estudiantes y en loor de afecto y multitudes, el Gobierno les dé en estos días un registro como partido republicano y ya se reintegren a la vida española. Si está usted de acuerdo, parto para París.

La idea fue aceptada con entusiasmo por José López Portillo, que se sintió, en cierta forma, descargado en su conciencia, y el 13 de febrero de 1977 el subsecretario de Gobernación viajaba a Francia a poner en práctica su misión oficial. En el aeropuerto de Orly lo recibió el hijo de José Giralt, el primer presidente de la República en el exilio, que era ministro del gabinete de Maldonado. El escritor Carlos Fuentes, a pocas semanas de abandonar su cargo de embajador en la legación mexicana de París, lo recibió con todos los honores, pero el lunes por la tarde, veinticuatro horas después de su llegada, Giralt le comunica en el vestíbulo del hotel, cerca de la Place Vendome, que el presidente de la República don José Maldonado lo recibirá el próximo viernes después de la sesión ordinaria del Consejo de Ministros. «P... madre, me dije, cinco días esperando, pero bueno, cinco días en París pasan volando.» Tras la larga espera, aquel viernes 18 de febrero el hijo de Giralt vino a buscar a Echeverría a su hotel y lo llevó al restaurante Le Monocle en el barrio latino. Apenas entrados al comedor, a las 11 de la mañana, «Giralt me dice que me espere y que sube un momento porque ya empezó el Consejo de Ministros. Bajó muy al rato, casi una hora, para decirme que ya podía pasar».

Rodolfo Echeverría entró en aquella improvisada sala de juntas, un amplio reservado, donde departían todos los ministros con sus cartapacios y el presidente Maldonado, un hombre alto, de pelo blanco y ojos azules, lo recibe de pie y le presenta uno a uno a los miembros del Ejecutivo. «No deja de ser impresionante, patético pero bello, doloroso también, porque cada uno de ellos seguía actuando bajo la bandera de la legitimidad.» Tras las presentaciones, el presidente hizo que Rodolfo Echeverría se sentara a su lado y acto seguido, el enviado presidencial explicó los términos de la propuesta de autodisolución de la Segunda República española. Tras su discurso, tomaron la palabra varios ministros

que luego de un prólogo general sobre la «amorosa relación» entre los pueblos de México y España y la «mutua lealtad» y «eterno agradecimiento» del Gobierno en el exilio, llegaron a la misma conclusión: no podían disolver la República. Resumió Maldonado: «México tenía pleno derecho de tomar la decisión que quisiera y ellos no tendrían nada que decir, pero que el Gobierno mexicano los entendiera, recalcaron todos, “a esta edad y después de cuarenta años no nos vamos a disolver”». La propuesta del presidente de México no fue aceptada. Echeverría dejó al menos la «comunicación abierta» y al cabo de unas horas, ya desde el hotel, llamó al presidente López Portillo. Tras contarle los hechos, éste le dijo: «¿Por qué no los invitas a México?». La invitación presidencial ya no fue rechazada.

López Portillo quería cenar con ellos y así se lo transmitió Echeverría de parte del presidente: «No voy a insistirles en el tema, pero de una vez les digo que vamos a restablecer las relaciones con España». En medio de los preparativos del viaje final de la Segunda República española, José Maldonado le dijo al subsecretario Echeverría –o «señor viceministro»– que «la transición no va a caminar: la derecha, la Iglesia y los poderes económicos no van a dejar que llegue una democracia a España y menos, y así dígaselo al presidente, con este rey de opereta». Resignado, y más bien diplomático, el joven funcionario mexicano replicó suave:

¿Qué quiere que le diga? Para nosotros se cierra un largo ciclo histórico y usted sabe, señor presidente, que incluso Yugoslavia, con Tito a la cabeza, reanudó relaciones con Franco. Hasta las restableció la Unión Soviética y siempre nosotros no, pero Franco ya ha muerto y creemos que podemos y debemos dar este paso y le recuerdo que a todos los presidentes de México en cada viaje que hacían por el mundo les preguntaban «¿y con España qué?». Y fue el presidente López Mateos quien dijo, aquí en París con De Gaulle, la frase que fue nuestra divisa: «Con España todo, con Franco nada». Nosotros cumplimos, pero ahora hay un nuevo Gobierno y llegó el momento de restituir relaciones.

Todo, en comedidas palabras. Al cabo de un mes, el 17 de marzo de 1977, en un vuelo de Air France, llegaba al aeropuerto Benito Juárez del Distrito Federal el Gobierno republicano al completo.

El suspendido acto en el Palacio Nacional, delante del Zócalo capitalino, devino cena casi íntima en Los Pinos, residencia presidencial, el 18 de marzo. 200 invitados de alto nivel pero sin la parafernalia del Estado. Empresarios, políticos, personalidades del exilio se juntaron alrededor de los dos presidentes. Hubo dos discursos, López Portillo y Maldonado, que el propio Echeverría tuvo que negociar en la suite del hotel donde se hospedaba el Gobierno legítimo de España. Se pulió todo para que no se hablara de ruptura ni tampoco de autodisolución sino de agradecimiento y «conclusión de un ciclo histórico», pero en una breve rueda de prensa ante 100 periodistas José Maldonado expuso la liquidación histórica: «El presidente de México y yo convinimos hoy en cancelar las relaciones diplomáticas que sostenían ambos Gobiernos», pero la República «no puede cesar en la preservación y ejercicio de sus legítimas funciones hasta que el pueblo español manifieste de nuevo su voluntad soberana». La entrega de la Orden del Águila azteca, máxima condecoración del Gobierno de México, al presidente Maldonado concluyó, pues, la larga historia del exilio republicano. Sin comunicados de prensa, la Secretaría de Relaciones Exteriores redactó el documento de ruptura de relaciones que se aplicó en pocos días. Todo había concluido.

El 4 de abril de 1977 el exiliado madrileño Manuel Martínez-Feduchi, embajador de la República española en México, entregaba el edificio diplomático al subsecretario de Relaciones Exteriores, Alfonso de Rosenzweig Díaz, quien al momento lo transfirió a Amaro González de Mesa, encargado provisional de la embajada del Reino de España en México, mientras se difundía la chocante noticia de que el próximo embajador en Madrid sería el ex presidente Gustavo Díaz Ordaz, enemigo público de la izquierda mexicana por su directa responsabilidad en la matanza estudiantil del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, la tristemente famosa plaza de las Tres Culturas.

Rodolfo Echeverría conserva una punta de tristeza inevitable. Por su plan fallido:

Se quedó todo muy desangelado. Nosotros les propusimos que regresaran a España, que allá los recibieran, que allá registraran su partido. Hubiera sido algo bello que en la primera Cámara de Diputados estuviera Maldonado pero no se pudo. Pese a que Adolfo Suárez me prometió que si volvían se les entregaría el pasaporte en regla y hasta me juró muy enfáticamente que se les daría registro en Gobernación. Como luego pasó con Tarradellas cuando volvió a Madrid para negociar el restablecimiento de la Generalitat. No lo quisieron así y meses después, casi de incógnito, disolvieron a la República. Quizá vieron ya que estaban absolutamente solos, pero, lamentablemente, perdieron la oportunidad de concluir con grandeza como ellos lo merecían. Una verdadera lástima.

El 21 de junio de 1977, tras denunciar las «argucias» y «coacciones» de los neodemócratas en los primeros comicios de la Transición celebrados seis días antes, donde la «enorme desproporción» entre los votos y los escaños de la izquierda, y la «incalificable discriminación» de los partidos republicanos, «impedidos de participar», las instituciones de la República en el exilio aceptan la «nueva legalidad democrática» y «ponen término a la misión histórica que se habían impuesto». Firman el comunicado José Maldonado, presidente de la República, y Fernando Valera, presidente del Consejo de Ministros. Acción Republicana Democrática Española, ARDE, no obtiene su registro en Gobernación hasta el 5 de agosto de 1977. Suárez sólo dio luz verde al republicanismo una vez disuelta la República en el exilio. «Tal como dijo que haría», recalca Rodolfo Echeverría, «pero era demasiado tarde para ellos».

Los afectos y las amistades de Rodolfo Echeverría, desde Fraga y Areilza hasta Morodo, Carrillo o Marcelino Camacho, las verdaderas redes de la Transición, generaron un fructífero intercambio de elites que siguió, años después, en 1994, con su nombramiento como embajador en España. Felipe González es hoy

relaciones públicas del plutócrata mexicano Carlos Slim y los sueños de la democracia social, incluso el mito de la Transición, son pasto de clónicas imitaciones y virulentas polémicas, pero si un hombre estuvo ahí, ese es Rodolfo Echeverría, hijo legítimo del país del exilio.

En el largo camino de Damasco, o la reconversión del PRI al social-liberalismo y la aceptación de la doctrina del mercado libre, la generación de Rodolfo Echeverría cumplió un ciclo histórico que terminó en octubre de 2003 con la incorporación plena del PRI a la Internacional Socialista tras el XXIII congreso de la IS celebrado en Sao Paulo, Brasil. Bajo dirección social-liberal, el 1 de enero de 1986 España se integró, como agente subsidiario y dependiente, a los grandes poderes europeos. Bajo guía social-liberal, el 1 de enero de 1994 México renunció a su soberanía dentro del proyecto de libre comercio de América del Norte. Con diferencias notables en su estructura económica y poblacional, e historias sólo a veces coincidentes, España y México pasaron a ser los enclaves sureños del norte, un tema que las elites ibéricas ni tan siquiera llegaron a cuestionarse³⁰.

El sagrado y simplista dogma de José Ortega y Gasset –*España es el problema, Europa la solución*– facilitó las lecturas idealistas que todas las burguesías hispánicas promovieron en el tardofranquismo. Europa es la modernidad y sólo ella nos salvará... de nosotros mismos. Los militares, siempre amenazantes, y los rescoldos de falangistas agresivos eran la perspectiva interior. Cualquier otra España ya no era siquiera concebible. Por eso la Transición no contempló las cuestiones candentes de preguerra: la reforma agraria, la forma republicana de gobierno y la concentración de la riqueza en pocas manos. Las elites monárquicas, luego franquistas, y finalmente restauradas, permitieron el acceso de las clases medias al

³⁰ El primer estudio global de historia económica comparada entre España y México donde se señalan las múltiples coincidencias y las fundadas divergencias entre los dos modelos de desarrollo se puede encontrar en: R. Dobado, A. Gómez Galvarriato y G. Márquez (comps.), *México y España: ¿historias económicas paralelas?*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

gobierno sólo y cuando los jóvenes turcos del PSOE, y los derrotados cuadros del Partido Comunista de España, ya habían interiorizado el marco político-económico de la coalición vencedora en la Guerra Civil. Una santísima trinidad de padre, EEUU, hijo, OTAN, y espíritu santo, la Comunidad Económica Europea. Pese a las rebeldías contra la alianza militar anticomunista, casi el último atisbo de patriotismo popular, el fulgor colectivo se volatilizó tras un referéndum que el 12 de marzo de 1986 expresó la resignación de España al proyecto occidental con un sí mayoritario a la OTAN.

México vivió, entre 1988 y 2006, una titánica sucesión de movimientos políticos y sociales que sorprendieron al mundo, mientras la proyección mimética del modelo español, o la imposible transición política mexicana, se perdía entre el desconcierto, la burla y el agotamiento moral. No se sabe realmente cuándo empezó, pero se intuye fácil cuándo acabó. Lo cierto es que la transición falleció en el camino, demasiado vieja o demasiado joven. Pero la dinámica bipolar de las elites mexicanas, entre la crisis económica estructural y el auge de narcotráfico, conduce a la equivocada creencia en la catástrofe inminente. Complejo histórico que impide ver lo que sí sucedió en el espacio-tiempo real: la transición económica se completó al 100 por 100. La liquidación del Estado revolucionario y la inserción de México en el proyecto norteamericano se han completado de forma irreversible. Tanto la alta burguesía como la partidocracia no discuten, en ningún caso, las bases de esta absorción sino los límites, las ganancias o los reacomodos con Washington.

En la estación *terminus* de este viaje al neocolonialismo, las historias de España y México se engarzan en el esperpento. Porque la teórica transición política mexicana debía demostrar su madurez dando paso a la alternancia, y en cambio sólo parió un monstruo abyecto. Después de Fox-Suárez, decía el guión de la democracia electoral que ya era el turno de la socialdemocracia en México. Y la alternativa nunca se pudo concretar. Las razones de fondo por las cuales el sistema oligárquico mexicano bloqueó el paso a la presidencia del candidato de la coalición de centro-izquierda Andrés Manuel López Obrador en la contienda electoral

de 2006 es algo que intentaremos dilucidar en el próximo y último capítulo. Un contexto necesario para entender el objeto de este libro que pretende iluminar las zonas oscuras de la hispanidad y sus redes de poder. En la conclusión de este ensayo-laberinto, conoceremos al minotauro ibérico y a las víctimas que devoró para salvaguardar sus sagrados intereses en México. Un lluvioso verano de 2006. Cuando el cártel mostró, ante muchos incautos, su verdadero rostro.

CAPÍTULO V

Secuelas mexicanas (2)

El cártel y el Peje

Gabriel Careaga, uno de los mejores sociólogos mexicanos, murió, demasiado joven, un 12 de enero de 2004, pero dejó como herencia pública el mejor ensayo sobre el antimundo de la pequeña burguesía mexicana, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, publicado en 1977, un maravilloso compendio, ensayo, relato y biografía social, todo a la vez, de los infiernos mentales de esta clase social que en aquellos tiempos de desarrollo estabilizador vivía su máximo apogeo y construía aún barrios enteros, verdaderas ciudad-jardín, al calor del *boom* petrolero.

Este estudio de demonología colectiva que hubiera hecho falta en España, por sus relevantes parecidos, tiene, a cuatro décadas de su elaboración, un extraño sabor profético. Una de las secciones analizadas, la clase media burocrática, está prácticamente extinguida tras los brutales recortes de la agenda neoliberal y hoy la mayoría de sus miembros vive entre el ambulante camuflado y la caridad intrafamiliar mientras el seguro universo del Estado mexicano es coto de la alta burguesía empresarial y las peligrosas cloacas donde moran judiciales, federales, patrulleros y otras aves de mal agüero.

La lumpenización general del país ha eliminado de cuajo las redes de seguridades que acolchaban la vida de los clasemedios de los setenta. Aun así en este descenso a la miseria permanente los mitos y las fantasías que describiera Careaga, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, no sólo no han desaparecido sino que han aumentado. Para entender los terremotos de odio y furor que encendieron los vecindarios de México en la campaña electoral de 2006, esta frase introductoria del libro de Careaga sirve de algo:

Son los hombres y mujeres de la clase media que suben y bajan, luchando desesperadamente por tener mayor movilidad social, que aspiran a más cosas, que se irritan, que se enojan, dentro de una tradición melodramática. [...] Esta clase media vive la mayor parte del tiempo desgarrándose, lamentándose de su mala suerte, echándole la culpa a los otros de sus desgracias personales. Soñando en querer ser otra cosa, siempre envidiando al otro que no es como él, siempre actuando en el rumor, en la sospecha, en la calumnia, en la mala fe; siempre deseando y frustrándose. Esto los hace tener un profundo carácter autoritario. Es decir sus relaciones serán de miedos e inseguridad, de sumisión y de abuso de poder, en una palabra de autoritarismo. El sociólogo Teodoro Adorno dice al respecto: «El autoritarismo, desde el punto de vista psicológico, es una tendencia general a colocarse en situaciones de dominación o sumisión frente a los otros como consecuencia de una básica inseguridad del yo». Es decir, el sujeto autoritario «está dominado por el miedo de ser débil y por el sentimiento de culpa. El síntoma más importante de la derrota en la lucha por uno mismo es la conciencia culpable». El autoritarismo de la clase media se refleja sobre todo en la educación y en el poder irracional que ejercen los padres sobre los hijos, como si éstos fueran objetos. El hombre autoritario enseña a los hijos la violencia y la simulación, el hijo debe ser desconfiado y «no confiar ni en su propia sombra». El hijo, dicen los buenos padres, debe decidir entre ser un fregón o un fregado. Hay hombres que se someten y otros que mandan.

[...] Pero la realidad de la clase media es otra. Hoy la clase media tiene que aparentar, vivir de ilusiones. Esto únicamente le ofrece frustraciones profundas, los sueños sirven cuando hay posibilidades de realizarlos, si no, son espantosos, se convierten en pesadillas. En lugar de sus soñadas casas con jardín y criados, la situación dentro de la estructura familiar los obliga a vivir en multifamiliares, en unidades monstruosas, aglomerados, sin ninguna intimidad real. En lugar de un carro último modelo, deben usar uno de hace cinco años. En vez de buenas comidas, consumen comida corriente y vulgar y paseos y fiestas triviales. Y en lugar de ir a Europa se tienen que conformar con Texas. Y en lugar de ir a Puerto Vallarta tienen que aguantarse con

las escasas vacaciones en Acapulco. De ahí que se sigan debatiendo entre una actitud de mala fe, es decir, todas sus acciones son producto de un destino inexorable que no pueden modificar. De ahí también esta mezcla de pesimismo y voluntarioso optimismo de que las cosas van a cambiar en términos sólo individuales, es decir, el nihilismo en la historia, en la sociedad y en el mundo y la duda eterna de las posibilidades del hombre como ser social. Para decirlo con una sola idea: la clase media vive el vacío social de un grupo que no ha sabido encontrar su ideología y sus sistemas de cohesión, ya que dentro de su seno se encuentran divididos, fragmentados, están sociológicamente y moralmente hechos polvo¹.

Entre el año de 1974 y el año de 2006, México vivió un ciclo de decadencia económica, un efecto-colapso que tuvo fecha de inicio el 20 de agosto de 1982 cuando el Gobierno declaró la moratoria en el pago de la deuda externa tras la subida mundial de las tasas de interés en los préstamos internacionales. Suspensión de pagos que el FMI cubrió con un crédito extraordinario a cambio de que el país devaluara su moneda, enguajara las deudas de la banca privada, cosa que se hizo con su inmediata nacionalización, e iniciara medidas de ajuste estructural. Doctrina del *shock* que los mexicanos vivieron en espectaculares cataclismos, desde la hiperinflación de 1986 hasta el gran derrumbe del peso en 1994, mientras la crisis permanente erosionaba los cimientos de un país que vendió su patrimonio público y dejó todo el poder al capital mientras esta desubicada clase media vivía la zozobra de la pobreza inminente.

Del infierno mental de los setenta, estos sectores pasaron al infierno real del siglo XXI. El destino no fue la ciudad-jardín para todos sino la informalidad masiva: miles terminaron en el tianguis, o los mercados ambulantes, otros vivieron de traerse ropa de los *outlet* de San Diego o San Antonio, muchos se con-

¹ G. Careaga, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, Ciudad de México, Editorial Joaquín Morit, 1977, pp. 66-67.

virtieron en aboneros o vendedores de mercancía a plazo, mientras que el crédito terminó por conseguirse, como hoy en día, mediante las tandas o pequeñas huchas entre amigos, las idas y venidas a los montes de piedad para empeñar desde la licuadora hasta las arracadas de la abuela o echando mando de la tarjeta de crédito con la sola finalidad de conseguir líquido para la despena familiar, camino a la insolvencia por unos intereses que entre demoras varias llegan al 100 por 100 y explican las pingües ganancias de la banca española en un país donde abrir una cuenta corriente es un castigo de Dios.

Entre el prospecto de la emigración y los giros negros, o negocios fuera de la ley, estas clases medias han llegado a su particular laberinto del horror. La degradación que describía Careaga en los setenta se ha convertido en pánico social tras la aparición de la delincuencia a gran escala. En alocado viaje al fondo de la noche, tu vecino puede ser un secuestrador, tu primo puede vaciarte la casa y tu padre puede ser un violador. Todos los mitos y fantasías que recorrían la sadomasoquista psique de la clase media hace tres décadas no han hecho más que desbordarse en un *crescendo* de nihilismo extremo. Estamos a punto de llegar a los violentos arrebatos de esta clase pauperizada contra las expectativas de cambio político en las elecciones de julio de 2006 cuando se proclamó que Andrés Manuel López Obrador era un peligro para México.

En los próximos años, dentro de la sociedad de clase media mexicana, la vida será dura y conflictiva entre sus miembros, en busca de trabajo, de prestigio y de poder, ya que la competencia y el arribismo darán origen a una lucha sin cuartel; la ambición, la voluntad y el cinismo de la nueva clase media no se detendrá ante nada para conseguir sus propósitos. De ahí que sus relaciones serán agresivísimas, porque se atormentarán, se angustiarán, se interrogarán y siempre estarán con el miedo de no estar en el mejor camino para tener una situación social óptima ni de haber encontrado la riqueza como la habían soñado. Por eso se calumnian, se agreden, simulan y atacan. Serviles y altaneros, toda su personalidad estará basada en la humilla-

ción o en el despotismo, según estén tratando a un jefe o a un subalterno; su mundo es un verdadero infierno. En esta lucha terrible, muchos han aceptado el desafío de la competencia; otros, en el transcurso, se sumergen en el fracaso y en la impotencia. Unos y otros vivirán la competencia tan irracionalmente, que muchos de ellos encontrarán su propia destrucción. La existencia de la clase media será vivida como un campo de batalla de farsantes rivales, dentro de un mundo donde no se cree en la democracia de la conducta humana ni en la razón, sólo se cree del que puede tener más posibilidad de éxito a como dé lugar. De esta situación surge el miedo, y el miedo y el terror cumplen su obra de enajenación².

Un lugar donde sólo habrá ficciones, pero nunca libertades, y al fin quedarán tan sólo la estupidez y la deshumanización. Curioso, porque cada profecía de este sociólogo adventista la vi cumplida en los infaustos días de 2006, entre una larga, extenuante y demoleadora campaña electoral que empezó el 1 de enero y terminó el 30 de junio, y unas elecciones presidenciales, celebradas el 2 de julio, que derivaron en el mayor enfrentamiento político desde que Cuauhtémoc Cárdenas perdiera las elecciones presidenciales en el verano de 1988 con un fraude primigenio que, en forma circular y asfixiante, se repitió en 2006. El año en que la inquietud de las clases medias devino terror, terror del cual brotó la calumnia y, más allá de la calumnia, un intenso furor homicida que concluyó en la construcción del chivo expiatorio, el falso mesías del populismo mexicano, AMLO. Una campaña de contraste, novolingua publicitaria que, traducida al román paladino, significa tirar a matar. Construir demonios y provocar holocaustos.

A fin de cuentas, y recordando el preciso análisis de Gabriel Careaga, el México posrevolucionario es un invento de las clases medias, estas capas de miserables licenciados que requerían un Estado protector para «su beneficio personal y su oportunidad para acomodarse en cualquier situación política que les favorezca

² *Ibidem*, pp. 182-183.

en su carrera hacia un mejor estatus»³. El PRI, una vez finiquitado en 1940 el periodo cardenista, cuando obreros y campesinos se tuteaban con los arribistas de clase media, cumplió esta función histórica de levantar una estructura que encumbrara este lumpen burocrático, tan parecido al inframundo madrileño de los opositores perpetuos.

Gracias al encumbramiento de esta nueva casta «voraz y arribista», el régimen se volvió «retórica y simulación; servilismo y conservadurismo», dando lugar a la «despolitización de todos los ciudadanos de la República»⁴. El derrumbe del programa priista en los ochenta y el brutal giro neoliberal se explican por la teoría y práctica del servilismo. «Sus militantes de clase media más conspicuos no tenían un programa político ni una filosofía moral con que sostenerse, defender o atacar principios políticos y formular sistemas de acción, y lineamientos para politizar a la población»⁵. Cuando unos hijos del sistema priista me decían, sin ironías, que Carlos Salinas de Gortari era el más chingón, o genial, al crear un narcogobierno donde él mandaba sobre los traficantes demostrando a todos que los tenía bien puestos, me quedó claro que no había vuelta atrás.

Esta devoción por el pensamiento caníbal obliga a la continua erección de chivos expiatorios, grandes chamucos o satanases: los ferrocarrileros de 1959, los zapatistas de 1994, los huelguistas de la UNAM en 1999, los plantonistas de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) en 2006. Aunque los odios personalizados se disfrutaban más y así sucedió contra el candidato socialdemócrata Andrés Manuel López Obrador, su pequeño Lucifer, que en realidad propagaba un programa desarrollista como el que pensaron años atrás los sectores más lúcidos del PRI con remedos de Lula.

Este paroxismo linchador contra el Peje se me hizo demasiado chocante y no atisé a entenderlo. Apenas a vomitarlo. Quizá el

³ *Ibidem*, p. 222.

⁴ *Ibidem*, p. 223.

⁵ *Ibidem*, p. 223.

mayor valor de Carreaga es haberme hecho entender este mundo al revés. Donde la proyección paranoica de un cúmulo de ambiciones inconfesables –el poder irrestricto de estar o sentirse por encima de los otros– acaba definiendo una sinrazón con escasas luces excepto que «la política es un sucio juego entre iniciados» y el dogma de que «nada puede cambiar en términos históricos y sociales». La clase media mexicana, parecida a la española pero aún más perdida, se maneja con «datos desarticulados» e «información de segunda mano» que le impiden pensar en clave política. No articula «en términos de información histórica, de hechos sociales; en términos de discusión política sobre alternativas reales». Muy al contrario, toda discusión se basa en «la anécdota y el rumor» dentro de un mundo «despolitizado y desinformado». Casi no leen periódicos, pues la prensa «siempre tergiversa la verdad», así que su visión política «está configurada bajo la sombra de esos periódicos que no leen y de esos comentaristas que no escuchan, sino que repiten»⁶.

* * *

Toda campaña de miedo, como la que vivimos en México, necesita de mentalidades construidas sobre la humillación y el despotismo que constituye, según el maestro Careaga, la psique colectiva de este engendro social llamado clases medias, pero también necesita de un contexto concreto, un anclaje en lo real, para que se puedan desatar los apocalípticos jinetes. Y de unos actores, principales y secundarios, que inconscientes de sus actos provocan la tragedia esperada. Los personajes del cártel español que contribuyeron a activar la bomba social que hundió la democracia mexicana tienen nombre, apellido y cargos: el influyente eurodiputado y jefe de la misión de observadores de la Unión Europea, José Ignacio Salafranca; el secretario de Relaciones Exteriores del PP, el *ultra* Jorge Moragas, y su amigo y asesor de

⁶ *Ibidem*, p. 215.

imagen, Antonio Solà, creador de la campaña de miedo contra Andrés Manuel López Obrador, *un peligro para México*, así como la embajadora de España en México, Cristina Barrios. Junto al ex presidente José María Aznar, que el 21 de febrero de 2006 intervino en un acto electoral del PAN y pidió el voto por el candidato Felipe Calderón, contraviniendo la normativa electoral y la Constitución mexicana.

Estas personas ejecutaron su papel en esta obra colectiva y algunos de ellos, como Antonio Solà Reche, han pasado a la historia maldita de México como catalizadores de odios colectivos. Se le atribuye el mérito de haber rebajado la inicial distancia de 10 puntos entre el favorito López Obrador y Felipe Calderón gracias a una colosal guerra sucia que utilizó uno de los dos mecanismos más socorridos de toda estrategia de medios: la ira o el miedo. La ira por el pasado corrupto y criminal de los setenta años de régimen priista ya se había usado en la exitosa campaña de Vicente Fox Quesada en 2000, que con el *cambio* a costas vendió el mensaje de la alternancia a capas realmente transversales de la sociedad en base a un masivo voto útil.

Así se catapultó a un hombre que semejaba con sus aires de ranchero simpaticón el común de los ciudadanos hartos de la extorsión político-policial de las redes de poder vinculadas al partido hegemónico. A falta de rabias compartidas contra un viejo sistema que Fox mantuvo en lo esencial, el espacio propositivo del candidato Felipe Calderón era un páramo. Declararse presidente del empleo o alardear de manos limpias no eran, a principios de 2006, la mejor manera de asegurar la continuidad del proyecto panista.

Cuando, en noviembre de 2005, el secretario adjunto del PAN, Jorge Manzanera Quintana, contrató al publicista Antonio Solà Reche para que asesorara al candidato de su partido en la venidera contienda electoral, las opciones del cuarto de guerra de Calderón no eran ya muchas. La poca asistencia a sus mítines, el tono monótono y las alicaídas palabras, propias de un ex ministro de Fox, discreto y amorfo, no auguraban nada bueno ante un candidato como AMLO, popular gobernador del Distrito Federal co-

nocido por todos los habitantes de México. Así que aquel asesor de campaña que su protector y amigo, Jorge Moragas, había recomendado a sus correligionarios panistas, tuvo que buscar la otra alternativa. De acuerdo con Juan Camilo Mouriño, el jefe de campaña, dispuesto a todo para ganar la elección, se decidió tirar del recurso al maligno.

A falta de virtudes propias, el voto del miedo que

parte de un modelo muy sencillo. Primero, se analizan cuáles son los temores, amenazas, riesgos, preocupaciones, miedos y peligros más sentidos y percibidos por los electores (miedo al terrorismo, a la debacle económica o a la criminalidad). Segundo, se prioriza los temores y se determina la forma en que puede ser planteado, electoral y estratégicamente hablando. Tercero, se evalúa y determina la experiencia que los electores han tenido en procesos electorales pasados, respecto de los temores prevalecientes, para saber la pertinencia, modalidad y oportunidad del planteamiento estratégico. Cuarto, se presenta, como parte de la estrategia publicitaria, la situación temible como algo que requiere una especial atención, ya que el futuro depende de superar esa amenaza. Quinto, se liga a los opositores con los riesgos y peligros presentes en la coyuntura electoral, teniendo en cuenta el catálogo de percepción surgido de la comunidad electoral. Sexto, se presenta la alternativa propia como la única que garantiza el proveer una solución eficaz a la amenaza. Séptimo, se evalúa el efecto de la campaña y su cobertura mediática en la conducta y comportamiento de los electores. Octavo, se retroalimenta y, en caso necesario, se hacen las adecuaciones y mejoras pertinentes⁷.

Con esta premisa, y la concurrencia de Dik Morris, uno de los grandes especialistas norteamericanos en campañas *sucias*, nacieron una catarata de *spots* en radio y televisión que inundaron los

⁷ A. Valdés Zepeda y D. Huerta Franco, «El miedo y la ira como estrategia en las campañas electorales: un análisis a la luz de las experiencias en América Latina», *II Colóquio Binacional Brasil-México de Ciências da Comunicação*, abril de 2009.

hogares de México entre marzo y junio de 2006. «Habíamos encontrado que en un buen número de electores, Andrés Manuel causaba cierto temor e incertidumbre»⁸, afirmaba Mouriño a la agencia AP tras el triunfo de la campaña negra. Así que en las reuniones matinales de campaña, vieron la luz cuando AMLO llamó «chachalaca» al presidente Fox. Encuestas posteriores señalaron que la gente desaprobó la frase por considerar que insultaba a la institución presidencial, más que a Fox mismo, aunque muchos ni supieran el significado de la palabra. En todo caso, el difunto Juan Camilo Mouriño sí descubrió que las menciones a aquel escandaloso pájaro tropical reflejaban «perfectamente lo que Andrés Manuel López Obrador es: un cuate que no respeta las instituciones, agresivo cuando no coinciden con él o cuando tienen una opinión distinta; un cuate con personalidad similar a la de Hugo Chávez». Así nació la idea que encendió la mecha –la amenaza populista– que pasaron al despacho de Solà para traducirla en imágenes.

La ventaja inicial del Peje sólo podía deberse a que la gente conocía «lo bueno» de su desempeño como alcalde-gobernador de la ciudad de México de 2000 a 2005 incluyendo un programa de pensiones para ancianos o la construcción del segundo piso del Anillo Periférico. «A pesar de que nuestro candidato era bien visto, no podíamos bajarle votos a Andrés Manuel, porque no conocía el electorado parte importante de su historia»⁹, añadió. Y lo que no sabía el público, se inventó al vapor. El *spot* fue lanzado el 19 de marzo de 2006. «Esto es intolerancia», comenzaba, y enseguida aparecía el presidente venezolano Hugo Chávez mientras decía: «Presidente Fox, no se meta conmigo caballero, porque sale espinado». La imagen daba paso a otra de López Obrador diciendo: «Cállese, ciudadano presidente». Menos de un segundo después estaba de nuevo en cuadro el candidato del PRD mien-

⁸ E. Castillo, «La “campaña negra” o cómo vencer a AMLO», *The Associated Press*, 8 de agosto de 2006.

⁹ *Ibidem*.

tras se escuchaba al ralenti «cállate chachalaca». El anuncio remataba con un «No a la intolerancia». Fue el primer *spot* y desde entonces, abierta la cloaca, ya no hubo límites.

López Obrador fue señalado como un hombre que endeudó a la Ciudad de México cuando fue alcalde; un hombre en quien no se podía confiar; una persona violenta; amigo de corruptos; mentiroso y un candidato con cuyas propuestas de apoyo social llevaría al país a una crisis, provocando una terrible inflación que conllevaría el riesgo de que los mexicanos perdieran su casa o incluso su trabajo. Pero había más elementos para remarcar el venidero desastre: La elección de AMLO como presidente provocaría que los capitales internacionales y nacionales se fueran del país, así que sobrevendría un colapso económico y financiero, y la mayoría de los mexicanos perderían sus bienes, riquezas, empleos y hasta sus casas y carros. Uno de los *spots* decía así: «Por fin nos hicimos de nuestra propia casa, un coche, lavadora, refrigerador. López Obrador va a endeudar a México [...] voy a perder mi patrimonio como lo perdieron mis papás. Yo no quiero una crisis para mis hijos. Yo voy a votar por Felipe Calderón». Sin duda, un *spot* resaltó entre todos: «Éste es el segundo piso de la Ciudad de México, ¿cómo pagó López Obrador por él?: se endeudó; ¿las pensiones?: se endeudó; triplicó la deuda del Distrito Federal. Si llega a presidente, nos va a endeudar más y vendrá una crisis económica, devaluación, desempleo. Éstos son los grandes planes de López Obrador. Un peligro para México».

Otros *spots* lo llamaban, día sí día no, «el candidato de las mentiras» y repetían que «López Obrador te quiere ver la cara», mientras grupos empresariales financiaban *spots* aún más salvajes donde mostraban a Chávez gritando «socialismo o muerte». Después aparecía una mujer angustiada, con las manos en el cuello, mientras una voz en *off* sentenciaba: «En México no tienes que morir para definir tu futuro. Ármate de valor y vota». En paralelo, millones de llamadas telefónicas, sobre todo en la madrugada, advertían en vecindarios de clase media que de ganar el candidato populista se ocuparían sus casas para dar habitaciones a los pobres. Entre los

colegios católicos y los sermones dominicales, la grey católica era instruida a votar por Calderón y evitar el desastre. Las redes conservadoras, actuando como un solo resorte, penetraron todos los salones y comedores de México en una inacabable sinfonía de signos apocalípticos que llevó la sociedad mexicana al paroxismo.

Mientras la radio y la televisión esparcían terror en la ciudadanía, la anécdota y el rumor, tal como imaginó Careaga, desplazaron la realidad y la presunta sociedad civil se volatilizó. Quedó la calumnia, el odio y el resentimiento. Las mentes detrás de la campaña de Calderón lograron el objetivo de polarizar la sociedad y forzar el voto compulsivo contra la amenaza pejista. El resultado de las elecciones no pudo ser más desastroso. Extremista, polarizado y demasiado confuso. Felipe Calderón ganó por 243.934, apenas 0,58 puntos de diferencia con López Obrador, que tras un recuento parcial y escaso de varios colegios electorales, en agosto de 2006, se redujo a 233.831 votos. Ante las dudas generadas por la elección, una marea ciudadana encabezada por el candidato de la coalición de izquierdas salió a las calles del Distrito Federal el 30 de julio a exigir el recuento voto por voto como la única forma de limpiar unos resultados ajustados, descalabrados y con visos de manipulación a gran escala.

Aquella espectacular movilización, con dos millones de personas, terminó en un megaplantón que tomó el Zócalo y el paseo de la Reforma como forma de presión popular. Cuando al fin, entre el 9 y el 13 de agosto, se revisaron el 9 por 100 de las urnas por orden del Tribunal Electoral, se probó que los paquetes electorales habían sido abiertos y violentados después del Cómputo Distrital. En decenas de distritos, miles de urnas que legalmente deberían estar selladas no lo estaban o se encontraban con los sellos violados e incluso habían desaparecido paquetes electorales completos. Además en varios distritos, los almacenes donde se resguardaban los sufragios tenían también los sellos violados. Se encontraron actas y boletas fuera de sus paquetes electorales y tiradas en el suelo mientras circulaban vídeos de funcionarios electorales abriendo urnas precintadas e introduciendo votos para el

PAN, pese a que los consejos distritales estaban en teoría protegidos por el ejército mexicano.

En 3.000 urnas se introdujeron ilegalmente —«taquear» en el florido lenguaje del fraude mexicano— votos para Calderón. Más de 49.000 votos aparecidos de la nada, a un promedio de 15 en cada urna. Patrón aplicado en 4.000 urnas más donde se comprobó el robo de 82.000 votos. Es decir, un promedio de 18 votos birlados en cada paquete electoral. Se probó incluso que el número total de casillas en donde ilegalmente se introdujeron y sacaron votos fue de 8.000, es decir, en el 70 por 100 de las casillas recontadas en agosto de 2006. En total, más de 131.000 votos fueron alterados.

Tras aquel muestreo, parecía claro que Felipe Calderón obtuvo, por errores y falsificación de los resultados en las de actas de casillas, más de 169.000 votos fraudulentos. En números redondos, el 60 por 100 de la diferencia que le daba el Instituto Federal Electoral (IFE) a Calderón sobre López Obrador. Para el equipo de campaña del candidato izquierdista, la diferencia entre Calderón y López Obrador había sido modificada fraudulentamente a favor de Felipe Calderón en 1.683.000 votos.

Descontando, pues, los 243.934 votos a favor del candidato de la derecha que proclamó el IFE, el candidato de la Coalición por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador, hubiera ganado la elección presidencial por cerca de 1,5 millones de votos por encima de Calderón. Se cimentaba la tesis de un fraude electoral mediante un operativo organizado, sistemático y masivo para usurpar la voluntad ciudadana falsificando actas de casillas y sacando y metiendo ilegalmente votos en las urnas. Una tesis satanizada por los grandes medios pese al aluvión de pruebas sobre la participación de la secretaria general del sindicato nacional de maestros, Elba Esther Gordillo, reina de los *mapaches*, o expertos en fraude electoral, apoyando en todo el país la compra de votos para el candidato conservador.

En cualquier caso, el recuento completo de los votos nunca se permitió, como sí pasó en Italia o en Costa Rica con resultados

igualmente ajustados y donde se pudo limpiar la elección despejando todas las dudas. La secuencia de intervenciones presidenciales, empresariales, extranjeras y religiosas, prohibidas por ley, así como las campañas de odio, igualmente penadas en el reglamento electoral, terminaron siendo bendecidas por la sala superior del Tribunal Electoral de México que el 5 de septiembre de 2006 declaró presidente electo a Felipe Calderón Hinojosa. Las irregularidades no afectaban el proceso electoral y ya era tiempo de olvidar las confrontaciones. Punto y final.

La cuestión del fraude electoral sigue permeando un país dominado por las furias de la guerra sucia y el único estudio de caso desde la óptica universitaria, firmado por José Antonio Crespo, ofrece la prueba contundente –aritmética, jurídica y moral– de las graves fallas del IFE y del TEPJF. Su libro se llamó *2006: hablan las actas. Las debilidades de la autoridad electoral mexicana* (Random House, 2008). El examen de más de 60.000 actas de escrutinio –equivalentes a la mitad de los 300 distritos electorales en los que se encuentra dividido México– le permitió constatar la cantidad de errores aritméticos que contienen, es decir, la inconsistencia entre el total de votantes en la casilla, el total de sufragios encontrados en la urna y la votación total emitida, incluidos los votos nulos o por candidatos sin registro, más los de los representantes de casilla y funcionarios electorales. Su fatal conclusión es que con tales datos no era posible saber con la mínima certeza quién ganó la elección presidencial de 2006. Y sin certeza, la elección no cumplió su función básica: dotar de legitimidad al jefe del Poder Ejecutivo y a su Gobierno. Para evitar la temida pero inevitable anulación de las elecciones, los órganos electorales prefirieron dar por válido el cochinerito y mandar al limbo los 41,5 millones de boletas que hubieran debido recontarse.

De esa forma, se dismantló la transición política mexicana, la alternancia de la alternancia, o la llegada de una izquierda moderada, controlable al fin, que cerrara el ciclo reformista al estilo español. Y su peor efecto, secuela de la guerra sucia de 2006, fue destruir de paso la tambaleante legitimidad de todas las instituciones

mexicanas. *Haiga sido como haiga sido*, que diría luego Calderón para justificar su mandato, el triunfo de la línea dura destruyó los puentes del futuro. El mérito de haber exaltado esta infame pulsión linchadora se atribuye, sin duda, a este compatriota que ya es leyenda en la sociedad política mesoamericana, el publicista Antonio Solà, pero, en realidad, sus méritos se exageran demasiado.

Recurrir a la guerra sucia funcionó en 2006, pero sólo porque existió, durante dos años, una campaña de medios contra Andrés Manuel López Obrador, alias AMLO o el Peje, que generó una polarización suficiente para que cualquier aprendiz de brujo invocara las mismas insidias que estaban en el aire desde hacía bastante tiempo. Algo que Juan Camilo Mouriño sabía perfectamente y que cualquiera que aterrizara en México aquellos días, y ese fue el caso de Solà, podía captar al instante. Sin este ambiente previo, las técnicas de contraste pueden resultar mediocres o contraproducentes. Cuando en marzo de 2008, los consejos de Jorge Moragas sobre su buen desempeño en la campaña de Calderón hicieron que Rajoy lo fichara para levantar su imagen con un toque agresivo, el mismo arsenal usado en 2006 se reveló más que inútil: la copia de ciertos mensajes subliminales, desde la famosa niña de Rajoy hasta la crisis que provocaría Zapatero en las familias españolas, produjo desazón y malestar incluso en las filas populares y no prendió la mecha apocalíptica que buscaba Solà.

Incluso en México, la repetida técnica de acusar a los rivales de inconfesables pecados, como que los priistas eran amigos del narco, terminó con un sonoro fracaso del PAN, que en las elecciones legislativas de julio de 2009 perdió la mayoría parlamentaria ante el rodillo del PRI. Luego parece más bien que los méritos de este asesor catalán han sido hinchados en demasía, ya que es justamente lo contrario de un *triunfador natural*. En El Salvador, la consultoría de Solà no pudo evitar que el APRA perdiera la Presidencia ante el Frente Farabundo Martí. Pese a usar las mismas armas del miedo, el publicista catalán siguió su impresionante marca de derrotas aplastantes y, aunque ajustado en el voto final, ganó los comicios presidenciales del 15 de mayo de 2009 un joven periodista llamado

Mauricio Funes. Solemne paliza que pudiera incluir México, pues la victoria de Calderón nunca se comprobó realmente.

Con una mínima perspectiva, la verdadera fórmula de la guerra sucia no la inventó este militante de bajo perfil de la factoría popular, sino que se inició en 2004 con la intervención de algunos pesos pesados de la tenebra mexicana. Conspiradores natos como el ex presidente Carlos Salinas de Gortari, el abogado y ex candidato del PAN Diego Fernández de Cevallos y un turbio empresario argentino llamado Carlos Ahumada. Este culebrón de alto voltaje tuvo lugar en dos oleadas. Primero, a inicios de 2004, y usando populares figuras de Televisa, se dieron a conocer unos vídeo-escándalos destinados a hundir a varios funcionarios del Gobierno del Distrito Federal y demostrar la corrupción del entorno del Peje.

Masiva operación de medios que fue revirada por el mismo alcalde-gobernador acusando de complot a estas tres figuras, todo lo cual fue confirmado en 2006 por el propio Ahumada, un barroco personaje que mediante amoríos con la alcaldesa accidental del DF, Rosario Robles, sindicalista cegada por el *glamour* de la alta burguesía, se aplicó al contratismo desafortunado cuyas correspondientes mordidas incluían grabar la comisión de supuestos delitos. Decenas de vídeos que luego el ex presidente Salinas y el dirigente panista Fernández de Cevallos adquirieron con la promesa de 400 millones de pesos, finalmente impagados, y bajo cuya protección este coyote argentino pensaba librarse de los cargos por fraude a la Hacienda Pública que levantó contra su persona Andrés Manuel López Obrador.

Una primera carga de profundidad a la cual de forma aparentemente inconexa se sumaron las manos blancas de la burguesía defecua enarbolando el tema de la inseguridad en la Ciudad de México, que a nivel simbólico alcanzó sus puntos de mayor visibilidad mediática en *la marcha del silencio* del 27 de junio de 2004, organizada por las grandes cadenas de radio y televisión y la derecha vernácula. Espiral que siguió con un linchamiento multitudinario en Tláhuac, ocurrido el 23 de noviembre de 2004, donde dos agentes federales fueron quemados vivos al confundirlos la masa con un grupo de

secuestradores. Un escenario de alto impacto emocional donde se mezclaban imágenes de terror ante el aumento de secuestros en todo el país, la violencia del populacho contra policías, debida justamente a su continuada implicación en el crimen organizado, y las proclamas sobre este mundo *naco*, feo y horterera de los taxistas, los vendedores ambulantes, los gordos sindicalistas corruptos y los *paracaidistas* que ocupaban terrenos privados para construirse sus chabolas cerca de los barrios ricos de la ciudad.

Espirales de horror mediático que tenían el objetivo unilateral de impedir que Andrés Manuel López Obrador llegara siquiera a ser candidato presidencial, pues su visibilidad era ya incontenible. Sus conferencias matutinas a las 6, su forma de relación directa con la gente, su coche utilitario, un Nissan Tsuru blanco aderezado con variados programas sociales, entre los cuales las pensiones universales a los adultos mayores, y la construcción del segundo piso del Anillo Periférico del Distrito Federal que movilizó 200.000 empleos directos, junto a la tarea de rehabilitación del centro histórico, que cambiaron la fisonomía del corazón ciudadano, fueron la parte más visible de su obra de gobierno, pero también de un gobernante peculiar que en contra de la mayoría de la clase política del país, odiada o despreciada, parecía señalar una coherencia entre las palabras y los hechos.

En una ciudad lastimada por años de abandono, resultaba un paradigma de cambio real, lejos de los trucos publicitarios de Vicente Fox. Reformismo blando que no era del todo suyo, pues el programa perredista empezó a funcionar desde la elección de Cuauhtémoc Cárdenas a la Regencia del Distrito Federal el 6 de julio de 1997, las primeras elecciones directas que supusieron el mismo impacto liberador que las elecciones municipales de 1979 para la ciudad de Madrid. Por ello, desde el mismo momento que la ciudad-capital de la nación mexicana quedaba fuera del control del Gobierno federal, y siendo por definición centro de todos los poderes, incluidos los comunicativos, la vida municipal se convirtió en un lugar tan peligroso como atractivo, pues como presuponian los teóricos de la transición controlada, tarde o temprano un

alcalde del Distrito Federal estaba condenado, si hacía bien las cosas, a ser el relevo natural del presidente de la República.

Cuando esto sucedió, los grupos oligárquicos al mando del Estado intentaron liquidar esta hipotética variable de la transición. Tardaron tres años, hasta las elecciones del 2 de julio de 2006, pero no pudieron hacerlo más que socavando la democracia electoral, la mínima noción de competencia política y las ilusiones mayoritarias tan esenciales para la credibilidad de todo sistema oligárquico realmente exitosos. Aquél donde los poderes fácticos no aparecen desnudos y brutales y la gente puede creer que su voto cuenta. Eso que desapareció en México tras el hundimiento de la transición imperfecta en el verano de 2006.

Y todo hay que decirlo. En esta primera fase de la guerra del odio contra López Obrador, toma ya partido el cártel español. Ahí nace la primera intervención abierta en asuntos internos. Cristina Barrios, embajadora de España en plena ofensiva de la *sociedad civil* panista contra el regente del Distrito Federal, declaró en junio de 2004 que en los últimos tres meses habían sido secuestrados ocho españoles en la ciudad, cinco de los cuales fueron asesinados, lo cual pareció en aquellos exhaltados días un ataque directo al alcalde capitalino. Tan directo que incluso el secretario de Relaciones Exteriores, Luis Ernesto Derbez, reclama al ministro de Asuntos Exteriores español por no usar los «canales diplomáticos adecuados».

Información que a la postre resultó falsa, pues, como replicó enojado López Obrador, en los últimos seis meses ningún extranjero había sido *levantado* de la Ciudad de México. Aunque ésta no era la primera vez que la diplomacia se enfrentaba con el jefe de Gobierno. Sólo que en esa ocasión lo expresaba en voz alta. Hubo un caso anterior, mucho más relevante para los intereses españoles. El 28 de enero de 2004, en uno de sus *tours* mediáticos, Baltasar Garzón apareció en la Ciudad de México para interrogar in situ a tres mexicanos y seis vascos que llevaban seis meses detenidos y en trámite de extradición por una supuesta trama de colaboración con ETA. Para el Estado español y todos sus ministerios y

agencias, la buena disposición de los Gobiernos latinoamericanos a colaborar con sus cruzadas antiterroristas es la señal de un Gobierno amigo o enemigo.

En aquella inesperada visita, los funcionarios de la Procuraduría General de la República actuaron como guardaespaldas y chóferes del juez Garzón y el fiscal Mora, disciplinada actitud que la embajada española consideró correcta y ejemplar. O el tipo de certificación para seguir siendo un país afín a la Madre Patria. Sólo que no todas las Administraciones mexicanas se portaron al gusto de la embajadora Barrios. Cuando Baltasar Garzón informó a la abogada Bárbara Zamora de que el 29 de enero pensaban ir al Reclusorio Norte para interrogar a los seis vascos allí detenidos, el Gobierno del Distrito Federal (GDF) descubrió que nadie les había notificado tal visita. Sin solicitud ni petición formal alguna, el secretario de Gobierno del GDF, Alejandro Encinas, y el director de prisiones capitalinas, Héctor Cárdenas, dieron instrucciones precisas para que no se permitiera el acceso a Garzón y Molina, y, «con la pena», la directora del penal comunicó al juez estrella que le denegaba el acceso al recinto. Ya que las leyes mexicanas no permiten la participación de ninguna autoridad extranjera, judicial o diplomática, en las diligencias judiciales, López Obrador tuvo que marcar la raya: «Es un asunto de tipo legal. Está establecido en el Código Federal de Procedimientos Penales cómo se llevan a cabo estas diligencias y se actuó conforme a dicho procedimiento»¹⁰.

Esta actitud legalista iba a granjearle la enemistad de la representación española en México que ya para 2004 se había convertido en el segundo inversor del mundo en tierras mexicanas y cuya influencia cultural y política, incluso en los círculos de poder de la izquierda mexicana, era tan absoluta que pocos se atrevían a negarle favores a Madrid. Así que el alcalde-gobernador se ganó la directa enemistad de Baltasar Garzón quien, poco acostumbrado

¹⁰ «Garzón denuncia un trato vejatorio en México al no poder interrogar a seis etarras», *ABC*, 1 de febrero de 2004. Disponible en www.abc.es/.../garzon-denuncia-un-trato-vejatorio-en-mexico-al-no-poder-interrogar-a-seis-etarras_236901.html.

a formales negativas, denunció trato vejatorio y displicente. Para escándalo del superjuez, los funcionarios del reclusorio se dirigieron a él en «tono desabrido» e incluso lo cachearon y le registraron su maletín como denunció el 31 de enero en una carta al periódico *La Jornada*. No hay duda alguna de que la embajada española tomó cumplida nota de la afrenta de López Obrador y situó su actitud en las antípodas del necesario colaboracionismo. Cabe insistir de nuevo y en mayúsculas: la política exterior española no consiente traba alguna a sus estrategias antiterroristas en suelo extranjero y pasa al ataque, directo y en todos los frentes, cada vez que encuentra resistencias inesperadas.

Siendo Cristina Barrios una veterana funcionaria del palacio de Santa Cruz, especializada justamente en asuntos de protocolo, su peculiar aportación a la histeria clasemediera de 2004 no es gratuita. Debe enmarcarse más bien en la radical desconfianza de los lobbistas o cabilderos españoles ante un alcalde que no repararía canonjías a los empresarios hispánicos y no tenía un trato fluido ni fácil con el principal agente de la hispanidad, el ex presidente Felipe González Márquez con *penthouse*, o ático, en la Ciudad de México y una pasmosa entrada con toda la partidocracia mexicana que literalmente adora al gran modernizador.

* * *

Pero no avancemos vísperas. En este complot que se inició en 2004 con los vídeo-escándalos y quedó a medias tintas, llegó la segunda ola, que tuvo un componente aún más perverso. Ahí intervino el Estado mexicano en toda su extensión, desde el fiscal general o procurador general de la República, el general Rafael Macedo de la Concha, hasta el mismo presidente Fox, del cual recibía órdenes, y la inmensa mayoría del Congreso de la Unión que decidió embarrarse en un proceso de desafuero contra el alcalde capitalino a base de una minucia legal que se convirtió en el caso más sonado de aplicación selectiva de la ley. Una tragedia política que una vez más intentó encender histerias mediáticas

contra AMLO, tildado del gran transgresor, pero cuyas bases jurídicas se mostraron insolventes y hasta absurdas.

La demanda judicial fruto del reclamo de un particular a quien en el año 2000 le fue expropiado un terreno, llamado el Encino, para construir un camino de acceso a un hospital privado. Asunto menor, perdido entre un presunto amparo del propietario y una presunta desobediencia del Gobierno local a parar las obras, donde al final resultó que el municipio estaba respetando los derechos del dueño al punto de que construyó un camino alternativo a aquel hospital de nombre ABC. Patraña jurídica que el dueño del Encino, asesorado por el senador Fernández de Cevallos, estrategia de la campaña secreta contra AMLO, reenvió al fiscal general del Estado para armar la segunda parte del complot donde al fin y abiertamente participó toda la partidocracia.

El 7 de abril de 2005 el Congreso de la Unión por 360 votos a favor y 127 en contra levantó la inmunidad constitucional al jefe de Gobierno del Distrito Federal. Minutos antes, en una pieza de obligada lectura, López Obrador expuso su visión de los hechos y lanzó una última apelación a la cordura desnudando las verdaderas intenciones de aquel crimen político. Obligado es reproducir sus últimos párrafos porque en ellos se anuncia la inevitable continuidad del golpismo que daría lugar al colapso de la democracia electoral el 2 de julio de 2006.

Quienes me difaman, calumnian y acusan son los que se creen amos y señores de México. Son los que en verdad dominan, mandan en las cúpulas del PRI y del PAN. Son los que mantienen a toda costa una política antipopular y entreguista. Son los que ambicionan las privatizaciones del petróleo y de la industria eléctrica, algo que aún no consiguen tras la entrega sucesiva de los bienes nacionales. Son los que utilizan al Estado para defender intereses particulares y rescatar instituciones financieras en quiebra. Son los que, al mismo tiempo, consideran al Estado una carga y quieren desvanecerlo en todo lo tocante a la promoción del bienestar de los pobres y de los desposeídos que es, también, si bien se ve, el bienestar de una nación corroída

por la desigualdad. Son los que manejan el truco de llamar «populismo» o «paternalismo» a lo poco que se destina en beneficio de las mayorías, pero nombran «fomento» o «rescate» a lo demasiado que se le entrega a minorías rapaces. Son los partidarios de privatizar las ganancias y de socializar las pérdidas. Son los que han triplicado en veinte años la deuda pública de México.

Son los que defienden la política económica imperante, no obstante su serie de fracasos, que dan como resultado el cero crecimiento y el aumento constante del desempleo. Son los que quieren cobrar IVA a los medicamentos y a los alimentos, pero exentan de impuestos a sus amigos y protectores. Que la mayoría lo pague todo y que la minoría selecta nos dé por favor una limosna. Son los que han socavado la calidad de vida de las clases medias. Son los que han convertido al país en un océano de desigualdades, con más diferencias económicas y sociales que cuando Morelos proclamó que debía moderarse la indigencia y la opulencia. Son los que han arruinado la actividad productiva del país y han obligado a millones de mexicanos a dejar sus hogares y sus familias para emigrar a Estados Unidos, arriesgándolo todo en busca de lo que mitigue su hambre y su pobreza.

Son los que quieren perpetuar la corrupción, el influyentismo y la impunidad, que son sus señas de identidad. Son ellos los que tienen mucho miedo a que el pueblo opte por un cambio verdadero. Y ese miedo cobarde de perder privilegios los lleva a tratar de aplastar a cualquiera que atente contra sus intereses y proponga una patria para todos y patria para el humillado.

Por eso utilizan al ciudadano Presidente, a quien encumbraron para seguirse devorando al país y a quien lanzan en mi contra para impedir que avance el movimiento de transformación nacional, capaz de crear una nueva legalidad, una nueva economía, una nueva política, una nueva convivencia social con menos desigualdad, con más justicia y dignidad.

Un empresario me contó que el 10 de junio del año pasado, en una reunión en casa de Rómulo O’Farrill, ese grupo compacto de intereses creados le dijo al ciudadano Presidente, palabras más, pala-

bras menos: «Nos has quedado mal, no has podido llevar a cabo las privatizaciones y la reforma fiscal, pero eso ya no es lo que nos importa. Ahora lo único que te pedimos es que por ningún motivo permitas que ese populista de Andrés Manuel llegue a la Presidencia».

Tal vez, a partir de entonces o de una lectura febril de las encuestas, al presidente de la República se le volvió una obsesión hacer campaña en mi contra. Eso es lo que explica este desafuero, tramado desde Los Pinos.

Si al final las intensas presiones de Washington, los aliados europeos y la prensa conservadora hicieron reflexionar a Fox sobre que esta estúpida maniobra rompía la necesaria simulación democrática y López Obrador no fue desaforado al fin, provocando la renuncia del procurador general, el profético refrán de que a la tercera va la vencida, se cumplió en julio de 2006 cuando al fin, y valiéndose de otras nuevas artimañas, AMLO no llegó a la Presidencia de México. El 1 de diciembre de 2006, tras días de tensión, con diputados de oposición ocupando la tribuna, y la incertidumbre sobre si el presidente electo podría jurar en el hemisiciclo legislativo, en la otra tribuna, donde estaban los invitados del honor del PAN, se sentó uno de los hacedores del golpe electoral de julio de 2006, el secretario de Relaciones Exteriores del PP, Jorge Moragas Sánchez, quien pudo escribir en su blog las impresiones de aquel día memorable:

Aquí me encuentro en el DF asistiendo a la toma de posesión del nuevo presidente de los Estados Unidos de México, el licenciado Hinojosa. Mientras el candidato ganador del PAN presenta un gobierno abierto al pacto y al consenso con la oposición del PRI, esa otra izquierda desesperada que odia sin sentimiento de culpa y que vocifera pone a prueba la resistencia de la democracia mexicana. El Peje, como llaman por aquí a López Obrador, transpira lo peor del caudillismo tropical y su insumisión tiene por objetivo forzar una respuesta violenta del Gobierno para desatar el caos institucional. A día de hoy todavía no sabemos si podremos entrar en el

Palacio de San Lázaro para presenciar la toma de posesión del nuevo presidente democrático.

El Estado de Derecho mexicano no se atreve a hacer uso de la legítima fuerza pública contra la insumisión porque el Trauma del 68 (matanza de Tlatelolco) sigue vivo en la memoria de los protagonistas políticos mexicanos. España debe respaldar más que nunca la institucionalidad democrática mexicana si quiere que este continente siga siendo un espacio para el desarrollo.

Es bueno que S.A.R. el Príncipe de Asturias esté aquí mostrando el respaldo a la democracia mexicana, a sus instituciones y por qué no, a las empresas españolas¹¹.

Jorge Moragas pudo al fin entrar y ver desde su asiento de invitado cómo gracias a una conveniente puerta falsa justo detrás de la tribuna de oradores a las 9.45 a.m. del día 1 de enero de 2006 el cuestionado presidente electo Felipe Calderón Hinojosa entró a la tribuna de oradores, juró su cargo, se fajó la banda presidencial que le entregó el presidente saliente, Vicente Fox Quesada, y se fue por la misma puerta de emergencia, protegido en todo momento por el Estado Mayor Presidencial, las Fuerzas Especiales del Ejército mexicano. Hubiera querido que las fuerzas policiales se emplearan contra los inconformes, pero AMLO no buscó la confrontación y los miles de manifestantes que protestaban contra la imposición de Calderón fueron desviados al lejano paseo de la Reforma.

Cinco días antes una gran marcha de simpatizantes de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, APPO, en este estado del sudeste mexicano había terminado con varios heridos de bala por parte de las fuerzas federales, la PFP, quienes dispararon contra los manifestantes mientras grupos de provocadores, vinculados al gobernador Ulises Ruiz, desencadenaban incendios y riñas en toda la ciudad. Desde junio de 2006, una verdadera insurrección

¹¹ Disponible en: blogs.periodistadigital.com/jorgemoragas.php/2006/12/02/p59489#more59489.

popular contra Ruiz había anulado la tiranía política del PRI que, pese al uso de bandas paramilitares, terminó en la huida del gobernador que sólo recuperó el poder tras la intervención del Ejército mexicano, camuflado bajo uniforme de la PFP.

Veintisiete muertos, decenas de heridos y centenares de presos políticos fueron los saldos de una experiencia que terminó con la reinstalación del cacique al mando de Oaxaca. Todo un aviso de que, pese a las quejas de Moragas, sí había disposición para «hacer uso de la legítima fuerza pública» contra cualquier opositor. Motivo por el cual AMLO prefirió no enfrentar los miles de efectivos policiales que resguardaban las puertas del Congreso de la Unión aquel 1 de diciembre de 2006.

Jorge Moragas podía sentirse realmente satisfecho. Todos los hombres de la hispanidad habían desempeñado su papel para apuntalar la farsa electoral. El primero de todos ellos, el eurodiputado José Ignacio Salafranca, presidente de la Asamblea Parlamentaria Euro-Latinoamericana (EuroLat) y portavoz del grupo conservador en la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo. Como dicen nuestras fuentes en Bruselas, todos los negocios continentales pasan por sus manos. Tal es su influencia sobre todos los ámbitos de decisión, que siempre y en todo lugar este militante del PP es el mejor alfil de la ultraderecha americana en las instituciones europeas. Por varios y razonados motivos.

Desde la entrada de España al Mercado Común, los irrelevantes asuntos latinoamericanos fueron delegados a Madrid y por tanto los funcionarios españoles en la estructura de Bruselas, caso de Salafranca, tuvieron la suerte de tener en Asuntos Transatlánticos el apoyo de comisarios afines como Abel Matutes o Manuel Marín. Y como en todo escalafón burocrático lo que importa es durar, tras conocer las calderas del Poder Ejecutivo europeo, en 1994 Juan Ignacio Salafranca pasó al Parlamento donde su importancia se acrecentó automáticamente por la firma de tratados de libre comercio con la Unión Europea y la nueva ofensiva de las multinacionales españolas en América Latina que daban poderío económico al tradicional coto español que eran los asuntos del nuevo continente.

Sin reales contrapesos del partido socialista, que apenas tuvo en José Borrell un verdadero rival en los entresijos comunitarios, la siguiente base de Salafranca fue otorgarse una faraónica estructura, el EuroLat, que aparte de un enorme dispendio en traductores, hoteles y billetes de avión para alguna conferencia anual, sirve para dar categoría oficial al único interlocutor de toda América Latina ante las instituciones europeas y darle un aire de embajador oficial de la UE en estos países. Cuidadoso y formal, sus afinidades ideológicas se mueven hacia la órbita *neocon*. En la misma línea, pues, de Jorge Moragas que, «con sus bucles de niño pijo al viento, aire poco serio, desenfadado, informal, planta joven de El Corte Inglés»¹², representa la perfecta personificación del neofascismo español con la *gusana* de Miami y su proyecto golpista a escala continental.

Cubriendo el esencial flanco europeo, está el mejor valedor del cártel español, el eurodiputado José Ignacio Salafranca. La buena sintonía de Moragas con Salafranca aplica para la común postura anticastrista de la cual el legislador europeo se ha convertido en guardián de hierro atacando, incluso, al ministro Moratinos cada vez que el Gobierno español intenta zafarse de la *Política Comuna*, un decálogo comunitario que gracias a la labor de zapa del bloque Miami-Madrid impide normalizar relaciones institucionales con Cuba. Bajo los auspicios del joven Moragas, y la coordinación estratégica de Salafranca, se mueven otros europarlamentarios populares como Jaime Mayor Oreja, Alejo Vidal-Quadras y Luis de Grandes, aunque es el diputado español de origen cubano, Teófilo de Luis, quien impulsa la línea dura de amenazar la Presidencia española de la UE cuando Zapatero intentó zafarse del corsé de los *derechos humanos* que exigen con total hipocresía los hombres del *lobby* cubano, ardientes defensores de Guantánamo y el golpismo latinoamericano que la FAES aznarista convalidó con una misión de observadores en las simuladas elecciones hondureñas del 28 de noviembre de 2009.

¹² Extraído de diplomaciaspain.blogspot.com/.../la-mochila-de-jorge-moragas.html.

Y ahí radica la importancia del EuroLat, dentro del Comité de las Regiones, porque es donde el voto español tiene un peso decisivo. Pasando este trámite, se llega al trabajo en Comisión dentro del Parlamento, hasta que una vez consensuadas las proposiciones, éstas se votan en el pleno de la Eurocámara. En las primeras votaciones que se dan por norma en el EuroLat, y ostentando su presidencia, el voto de Juan Ignacio Salafranca es decisivo. Así que este astuto tecnócrata rinde extraordinarios servicios a EEUU y a las oligarquías latinoamericanas cada vez que se necesita una ayuda urgente. Último ejemplo, Honduras. Desde el 28 de junio de 2009, varios grupos intentaban entrar una moción al Parlamento Europeo para bloquear toda ayuda a Honduras y condenar el golpe de Estado. Al cierre de este libro, nuestras fuentes coinciden en que esta moción nunca pasará porque Salafranca, negociando bajo el agua con eurescépticos y otras fuerzas minoritarias, estuvo bloqueando su entrada a discusión. El presidente Porfirio Lobo tiene así las espaldas cubiertas.

En este mismo estilo maquiavélico, su visita a Tegucigalpa, el 7 de octubre de 2009, fue una perfecta escenificación del statu quo ya que primero visitó al presidente de facto, Micheletti, a quien pidió tácitamente permiso para personarse en la embajada de Brasil y charlar con el depuesto presidente de Honduras. Tácticas dilatorias que abrieron las compuertas para que una vez hubiera elecciones el 28 de noviembre, avaladas por observadores del PP, se pudiera mantener la esencial ayuda europea en fondos de cooperación y se perdiera toda posibilidad de revertir el golpe de Estado. Su cargo como coordinador del Grupo Popular Europeo (PPE) le permite negociar intercambios de favores en la agenda legislativa de forma que cuando necesita que un tema se pierda en el limbo, no tiene más que negociar con otros bloques europeos, y sus acuciantes intereses africanos, asiáticos o eslavos, para que las molestas cuestiones latinoamericanas se pospongan sine día.

Algo que sufrió en sus propias narices el eurodiputado catalán Raúl Romeva cuando, en 2007, como ponente del informe sobre

los feminicidios en México y Centroamérica, tuvo que vérselas con las maniobras conjuntas de Salafranca y la embajadora mexicana ante la UE, Sandra Fuentes-Berain Villenave, para impedir una severa amonestación del Parlamento Europeo por el «Estado de Derecho deficiente» que se vislumbró en el asunto de las muertas de Juárez. Pero esta severa crítica, finalmente sin consecuencias, vino después del mayor éxito del cártel español en los asuntos mexicanos.

Juan Ignacio Salafranca encabezó la misión europea de observadores electorales que en junio de 2006 se desplazó a México para seguir el controvertido proceso electoral. El informe *fast track* de la comisión, escrito el 3 de julio de 2006, según el cual todo transcurrió «satisfactoriamente» y con un «alto nivel de transparencia», fue ampliamente cuestionado en aquellos días de agitación poselectoral. Tanto Raúl Romeva, eurodiputado de Izquierda Unida/Los Verdes, como el alemán Tobias Pflueger, compañero de grupo, cuestionaron la selectiva elección de Salafranca para tan delicada misión. Pflueger no pudo ser más explícito:

Este legislador apoya casi a cualquier Gobierno de derecha de América Latina. Para él no son asunto importante las graves violaciones a los derechos humanos que estos Gobiernos cometen en México y en todo el continente [...] Salafranca es un conservador de línea dura. En la Comisión de Asuntos Exteriores, promovió el uso de armas de fuego contra los inmigrantes en Melilla, el enclave español de África del Norte, para proteger las fronteras del país. Con sus apreciaciones, Salafranca sabía que estaba favoreciendo a Calderón y promoviendo su victoria antes de conocerse el resultado final. Las fuerzas políticas a las que él pertenece, el Partido Popular, tanto español como europeo, fueron de las primeras en felicitar por adelantado a Calderón¹³.

Tal como recalca el eurodiputado alemán,

¹³ M. Appel, «Observadores de la UE: falsa neutralidad», *Proceso*, 25 de septiembre de 2006.

es un hecho que tanto Benita Ferrero-Waldner (la comisaria de Exteriores de la Comisión) como Javier Solana (alto representante de Política Exterior de los Gobiernos de la UE) se inclinaron por Felipe Calderón [...] Enviar una misión de observación, además, era ya una injerencia directa en la política mexicana. Así, cuando se trató de guardar silencio, los representantes de la UE dijeron que no hacían declaraciones para no intervenir en los asuntos internos de México. Sin embargo, expresaron el reconocimiento prematuro de un supuesto ganador: ¡ésta es una injerencia unilateral grave!¹⁴.

Injerencia necesaria, acorde en todo caso a la generosa falange que el secretario de Relaciones Exteriores del PP, el *enfant terrible* Jorge Moragas, aportó a sus compañeros mexicanos. Como su incondicional protegido Antonio Solà Reche, otro catalán que harto de las pequeñeces de Barcelona vio la luz en el nuevo imperio español que José María Aznar diseñaba desde la Moncloa. Hasta que llegó a tierras mexicanas para asesorar la imagen del candidato del PAN, este publicista no tenía grandes credenciales. Era uno más de los jóvenes cachorros que gracias al padrinazgo de Jorge Moragas, fontanero del presidente Aznar en su primer mandato, empezó a recoger migajas del aparato de propaganda del PP, la FAES, que nació en 2002 con el ambicioso objetivo de llevar el choque de civilizaciones a la esfera pública de la mano del gigante norteamericano.

Aunque sus pretensiones eran más que grandiosas. La FAES, con apoyos corporativos y gubernamentales, funcionó no sólo como laboratorio de ideas sino como el centro neurálgico de operaciones para América Latina. Siguiendo las pautas del hispanismo conservador que ya dejara escritas Alfonso XIII, según las cuales montándose en las espaldas de EEUU, garante de la seguridad oligárquica, el Estado español protegería sus negocios en el *backyard* mientras se convertiría en capital económica, cultural y política de América Latina a medias con la otra meca criolla, Mia-

¹⁴ *Ibidem.*

mi. Nada de lo cual es pura teoría geoestratégica. La operación política del bloque conservador español se mostró en toda su magnitud en las elecciones mexicanas de 2006, el país que según la agenda continental debía ser junto a Colombia el bastión libre-cambista en tiempos de recomposición izquierdista.

Antonio Solà no llegó solo pero se quedó un rato largo. Abrió delegación de su despacho de asesores, Ostos & Solà, en el Distrito Federal y desde su puesto como secretario del presidente Calderón, Juan Camilo Mouriño favoreció a este despacho con varios contratos para festejos patrios y multitud de contactos con administraciones panistas de México. Encargos en cascada que multiplicaron sus trabajos en producción de vídeo, construcción de páginas de internet y asesoría política aunque la súbita desaparición de su protector confeso, Juan Camilo Mouriño, y las rabietas de la burguesía priista contra este gachupín que se ha dado la gran vida a costa de la Hacienda Pública, harán de este hombre perseguido por su leyenda negra un seguro candidato a la hoguera sexenal. Cuando el cambio de gobierno en 2012 obligue a exponer públicamente las verguenzas del antecesor, Antonio Solà Reche sufrirá en propias carnes la *vendetta* y el resentimiento acumulado.

Mouriño, decíamos antes, terminó muerto, pero Jorge Moragas, recurrente visitante del altiplano mexicano, no se siente solo en su cruzada por la falsificación de la democracia en México. El hecho de que Moragas y su clan de pijos neofranquistas intervengan de oficio en la Nueva España no es una novedad histórica. La herencia natural de los sistemas oligárquicos de América Latina son grandes organizaciones religiosas, poderosos clanes familiares y enteros sectores de la economía y el Estado en manos de plutocracias que se manejan, casi siempre, en consonancia a la lógica imperial de turno. Esquema donde España siempre tuvo un papel reservado como añeja metrópoli: un lugar que aparte de bombear los excedentes de los países americanos permite a las elites criollas invertir, vivir y participar de este saqueo compartido desde el *dolce far niente* de Madrid donde todo es orden, limpieza y seguridad. Los Gobiernos de España, una vez cumplida la tarea

de privatizar el Estado y ponerlo al servicio del poder financiero, siguen las reglas de toda política exterior madura. Proteger los intereses creados. Es la lapidaria frase del periodista Gervasio Sánchez: Repsol dicta nuestra política exterior.

La defensa y protección de las multinacionales españolas en el mundo es la misión principal de la política exterior española, potencia mediana en el orden mundial cuya fuerza radica en el dominio de una área de influencia económica y cultural, es decir, América Latina, y cuya máxima expresión es la Cumbre Iberoamericana que se celebra cada otoño, acorde a la estrategia hispánica de representar, bajo la presidencia del rey de España, el papel rector de España ante las naciones americanas tal cual el nuevo hispanismo soñó en sus primeras elucubraciones poscoloniales que se plasmaron en la primera multinacional española del siglo XX, la CHAE, creada en 1920.

La alta burguesía española dirige hoy en día las compañías por acciones del capital financiero internacional –Repsol, Telefónica, Iberdrola, BBVA o Santander– y sectores profesionales de clase media –cooperantes, ejecutivos, académicos– sacan tajada de un proyecto de recolonización que da salida al desempleo estructural español y a la sociedad de servicios organizada sobre las ruinas del desarrollo industrial. Por su posición geoestratégica real, dependiente del eje económico franco-alemán y de la tutela de Washington en asuntos latinoamericanos, la agenda exterior española mantiene un equilibrio, inestable a veces, entre los intereses locales y los grandes bloques occidentales.

Su *realpolitik* tiene como prioridad absoluta en América Latina apoyar a Gobiernos que defiendan las «garantías jurídicas» para sus corporaciones y protejan, por tanto, los intereses privados españoles en sus respectivas naciones. Espacios de impunidad y protección de la cual dependen para su supervivencia empresarial todos los grupos monopólicos del cártel español. No hay un solo aspecto de estas grandes corporaciones españolas que no dependa de la regulación del Estado y no de las fuerzas del mercado: desde los contratos para obras públicas provinientes de Gobiernos loca-

les, estatales o nacionales hasta las concesiones para la operación bancaria o la tarifa gubernamental sobre el agua, el gas y la electricidad, nutriente básico de las ganancias de las empresas de servicios públicos. En términos absolutos, la política exterior española está inexorablemente ligada a la defensa de intereses corporativos privados que no dejan lugar a otras estrategias internacionales acordes a un ideal humanista.

Por ello, la decisión política de apoyar en todo momento y sin sombra de duda al candidato del PAN, Felipe Calderón, incluso cuando aún no había sido designado presidente electo de México, fue debida a la razón de Estado, guía de la acción exterior del Gobierno español que se basó en una premisa única y esencial: ¿cuál de los dos candidatos políticos dará concesiones y contratos a las empresas españolas y garantizará su operación económica en los próximos seis años? Que la respuesta fuera Felipe Calderón puede resultar, en vista de la abierta oposición de AMLO, a las multinacionales españolas, una apuesta lógica del Gobierno de Zapatero, pero los elementos internacionales de la confrontación política y electoral que hundió la democracia mexicana no han sido explicados con claridad, así que como conclusión de este libro-río nada mejor que contar al detalle los factores que precipitaron el apoyo del Ejecutivo socialdemócrata español a Felipe Calderón.

* * *

Con un excursus necesario. Conforme a los escritos del subcomandante Marcos, el programa político de AMLO pudiera calificarse como una continuación del *liberalismo social* de su némesis, Carlos Salinas de Gortari, pues «la oferta central del programa presidencial de AMLO no es vivir en el Palacio Nacional y convertir Los Pinos en la nueva sección del Bosque de Chapultepec. Es “estabilidad macroeconómica”, es decir, ganancias crecientes para los ricos, miseria y despojos crecientes para los desposeídos, y un orden que controle el descontento de estos

últimos»¹⁵. Fue el hallazgo más célebre del *sub*. Andrés Manuel López Obrador iba a ser «el operador del ordenamiento neoliberal» que algunos brillantes reaccionarios bautizaron como salinismo de izquierdas.

Hasta su lema de campaña, *Primero los pobres*, más que populista, parecía resaltar el verdadero núcleo del programa modernizador de López Obrador: ofrecer las bases de una mediación y una Administración «moderna» al «capital financiero internacional» para controlar el barril de la explosión popular. Un análisis que sin ser mentira se quedaba en media verdad. Andrés Manuel López Obrador, ciertamente, no pretendió nunca enfrentarse a la burguesía mexicana, y su mandato en el Distrito Federal fue la mejor época para un buen número de capitalistas mexicanos. Carlos Slim pudo comprar manzanas completas del centro histórico y reevaluarlas al compás de la rehabilitación pública del primer cuadrante de la ciudad. En el exclusivo barrio de Polanco le deben eterna gratitud porque gran parte de los contratos del segundo piso del Periférico fue a parar a notables de la comunidad judía, y Wall Mart hizo de las tarjetas de compra del Peje la pensión alimenticia canjeable en supermercados, una fuente inagotable de beneficios. Luego, y rizando el rizo, ¿cómo y por qué siendo el candidato de la Coalición por el Bien de Todos un neoliberal moderado, se desencadenó tal campaña de acoso y derribo y se impidió de todas las formas posibles su llegada a la presidencia de México?

Lejos de exabruptos *radical chic*, la respuesta más coherente que he leído hasta ahora la ofrece la revista mensual *El Catoblepas*. Su autor, Mauricio Sáez de Nanclares, llega directamente al territorio de la desesperación:

Los pobres son un problema porque en el fondo son *clases peligrosas*, como se daba en llamar a quienes se encontraban hace dos-

¹⁵ Subcomandante insurgente Marcos, «La ¿imposible? geometría del poder en México», *La Jornada*, 20 de junio de 2005.

cientos o cien años al margen de toda posibilidad objetiva de mejora. Detrás de las masas pobres se encuentra el peligro, lo desconocido, los bajos instintos, el resentimiento, la envidia y la violencia. No nos detengamos a someter a crítica esta visión construida con instrumentos intelectuales igualmente pobres. En un país con una población tremendamente desigual, la pobreza es el sombrío fondo del miedo en que tienen que vivir los que no son pobres. La pobreza es, para una organización estatal, una zona de incertidumbre. El control de esta zona se relaciona con la oscuramente llamada *política social*. La política social es la respuesta, elaborada desde la instancia del poder constituido, a la pregunta *¿qué hacemos con los pobres?* Una vez decidido que hay una respuesta, se forma una presión sobre el gasto, un renglón presupuestal. A partir de ahí se forma un nuevo campo en el que interactúan expertos en política social, expertos en establecer relaciones con los organismos multilaterales que dan su apoyo a la política social, una red que se extiende a los partidos políticos, dispuestos a convertir en votos a los numerosos pobres, de donde surgen complicados arreglos para evadir la legislación electoral, lo cual supone también jugosos negocios. Con todo, tomando en cuenta que en este campo hay que vérselas con el lado más discreto de la acción política, en donde se administran las consecuencias que acarrea a la población la estructuración del poder, puede resultar útil concebir la operación estatal en este terreno como la *mano izquierda del Estado*, con lo cual nos valemos de la aguda expresión del llorado Pierre Bourdieu¹⁶.

Si la mano izquierda del poder, representada por la gestión municipal de Andrés Manuel López Obrador, representaba la posibilidad de integrar al 60 por 100 de la población pobre en las coordenadas políticas y generar así un bloque hegemónico que llevara a su partido a la presidencia de la República, natural es

¹⁶ M. Sáez de Nanclares Lemus, «La disputa política en el México de 2006. ¿Qué está en juego?», *El Catoblepas. Revista crítica del presente* 52 (junio 2006).

que todo se intentara para detenerlo, pues, como resalta el propio Mauricio Sáez de Nanclares,

la ortodoxia del neoliberalismo salinista ha sido el instrumento privilegiado para construir una red de intereses que sirve de apoyo político al grupo gobernante, incluida la elite panista y el foxismo. La privatización ha resultado una estrategia que ha dado unos cuantos resultados positivos para los consumidores, a la vez que notorios y abundantes resultados que mucho se parecen a verdaderos atracos masivos. Pero ha producido en paralelo un grupo de privilegiados que ha apoyado al grupo político salinista contra viento y marea. Salinas se propuso crear una nueva elite empresarial, volcada a los mercados globales, y ha dejado en el abandono a un segmento muy amplio de los agentes económicos, los que no iban a ser competitivos ni globales ni nada parecido. A este grupo se han agregado los allegados al foxismo, también favorecidos¹⁷.

De tal forma que el cuestionamiento del modelo económico deja un estrecho pero real margen a jugadores políticos que cuestionen el reparto de canonjías entre el capital internacional y los oligopolios locales mientras el Estado pierde en realidad la capacidad de controlar las zonas de incertidumbre del consiguiente descontrol social, desde las ciudades perdidas hasta el comercio ilegal de casi todo. Una olla a presión que apenas se canaliza mediante la máquina mediática de Televisa y TV Azteca, su cultura popular y su mercadotecnia aspiracional, donde la ilusión de *parecer* clase media se convierte en crédito usurero y planes mixtos del Gobierno y las constructoras para que los pobres posean una casa, aunque sea de 30 metros cuadrados y a pagar en treinta años.

Mecanismos fútiles que se pueden romper en caso de crisis financiera o política cuando rebrota la impresión de que toda la nueva clase empresarial, refundada por el salinismo, nació de un

¹⁷ *Ibidem.*

robo a la nación que aún paga el conjunto de mexicanos como, por cierto, explicó con suficiente claridad y bastante receptividad López Obrador en 1997 cuando fungía de presidente del PRD al denunciar el rescate bancario de 1997, el llamado Fobaproa, que igual que en la reciente crisis mundial cargó a la Hacienda Nacional las quiebras del sistema bancario y su posterior venta a operadores extranjeros.

Son éstos los peligros reales que el salinismo, la verdadera clase dominante de México, veía en la figura del alcalde defeño, pues finalmente, y como veremos, el *quid pro quo* de su propia campaña política fue lo que este texto de la revista *El Catoblepas* define con todo acierto:

López Obrador «encabeza un proyecto que, en el estrecho margen dejado por las reformas salinistas y por el peculiar estilo de integración a la esfera de influencia estadounidense, se propone acabar con los privilegios de un segmento clave de la coalición dominante y, a partir de ello, poner en marcha un programa de redistribución del ingreso». El factor, pues, que desencadenó desde mediados de 2003 el pánico oligárquico fue la clara impresión de que López Obrador se propone desestructurar la actual coalición dominante o al menos algunas de sus aristas principales¹⁸.

Andrés Manuel no se ofreció al capital financiero internacional, como sentenciaba el jefe intelectual del zapatismo. Se ofreció al capitalismo mexicano, a sus propios verdugos, las 100 familias de la oligarquía nacional, para reformar algunos aspectos del Estado mexicano, francamente disfuncional y en peligro de derrumbe, pero la nueva casta salinista llegó a ver en AMLO la versión azteca de Hugo Chávez como lo pensó el presidente de Televisa, Emilio Azcárraga Jean que tuvo en sus manos falsos informes de una venidera expropiación de su imperio mediático. Pero queda claro que el intento de *desestructurar* esta coalición salinista com-

¹⁸ *Ibidem*, p. 4.

factó los frentes del México corporativo que encabezó, directamente, vía las organizaciones gremiales de la Coparmex y el Consejo Coordinador Empresarial, la campaña de terror mediático contra el candidato de centro-izquierda.

La suaves recetas que iba a aplicar López Obrador en sus cien días iniciales, como la Ley de Precios Competitivos, que pondría un alto a los altos costos de los insumos en régimen de monopolios, desde el cemento a la telefonía, y la posterior revisión de las cuentas del Instituto para la Protección del Ahorro Bancario (IPAB), o el rescate bancario de 1995, el llamado Fobaproa, era otro tema que esta misma casta divina no podía consentir en modo alguno cuando, encima, AMLO proponía la desaparición del régimen de consolidación fiscal que permite a las grandes empresas del país evitar el pago de impuestos directos. Tres promesas, repetidas hasta la saciedad, que para pavor de la oligarquía, AMLO no discutió a puerta cerrada con los grandes empresarios. Peor. Ni tan siquiera mandó emisarios para garantizarles que tales propuestas quedarían luego en papel mojado. Romper con las reglas no escritas de la política mexicana –candil en la calle, oscuridad en la casa, dice el refrán azteca– le costó el eterno y costoso resentimiento de la gran burguesía mexicana. Y como decíamos en el primer capítulo, en América Latina te mandan *pa'l* exilio si rozas los privilegios de los poderosos. Pregúntenle a Manuel Zelaya, presidente constitucional de Honduras y el último de una larga lista de víctimas de la oligarquía.

Caso cerrado, también, para el cártel español y sus operadores en México. AMLO fue desde el primer día el enemigo a batir. Todo esto lo dijo, con reverenda sinceridad, el investigador de Asuntos Latinoamericanos del madrileño Instituto de Empresa, Rafael Pampillón: «Las empresas españolas que operan en México están muy tranquilas con el triunfo de Felipe Calderón sobre López Obrador, tanto los bancos, como las constructoras y las energéticas (Repsol)». Por el contrario, el sector empresarial estaría muy intranquilo si López Obrador hubiera ganado las elecciones, «ya que aplicaría una preocupante política de revisión de contratos (tipo

Hugo Chávez y Evo Morales) e intervención de tarifas (tipo Néstor Kirchner). La sombra del populismo planea en América Latina. Y ¿después de seis años de Felipe Calderón vendrá López Obrador? Es una posibilidad que hay que plantearse»¹⁹.

Benditas palabras que hablan con la verdad. Verdades que el análisis de la gestión del alcalde más poderoso de las Américas dejaba claro. Revisar contratos e intervenir la tarifa son el anatema del cártel español. Dos malignas palabras que rompen el beneficio corporativo y hunden la cotización del IBEX 35. Palabras que rimaban, además, con la fría indiferencia de AMLO hacia los gerentes locales del cártel. Un dato duro: en todo su mandato no dio ni un solo contrato o canonjía al corporativo hispánico y su actitud de entenderse con los capitalistas locales lesionó seriamente los intereses de las empresas españolas que nunca vieron de su parte el menor interés en darles acceso al pastel de los contratos públicos en el Distrito Federal. La monumental obra del Periférico fue asumida íntegramente por un fideicomiso municipal pero si se mira la lista de contratistas subsidiarios se verá que ninguna gran empresa española tuvo parte en tan ingente comilona de constructoras. Luego, y viendo casos concretos, las cosas no pudieron ir peor.

Unión Fenosa, por ejemplo, mandó emisarios a sondear la disposición del jefe de Gobierno para subrogar ciertos trabajos de Luz y Fuerza del Centro, la extinta compañía pública de energía que abastecía a la capital y su zona metropolitana. Se trataba de aprovechar su influencia en el Sindicato Mexicano de Electricistas, muy cercano a sus postulados, pero al final la cita nunca se llevó a efecto y el entonces líder del PRD se negó en redondo a dialogar con la empresa hispánica. No era secreto alguno que Unión Fenosa quería entrar en el negocio de la generación de electricidad en el Distrito Federal y su área metropolitana, pero aquel intenso cabildeo terminó en manos de Javier González Garza, entonces director del

¹⁹ Universia Knowledge@Wharton, «El voto dividido en México y su impacto en el crecimiento económico sostenible», 12 de julio de 2006. Disponible en <http://www.wharton.universia.net/index.cfm?fa=viewArticle&id=1195>.

Sistema de Transporte Colectivo METRO, quien tras ciertas investigaciones sobre los antecedentes de la empresa, sólo les bailó el agua. El intento de relación especial terminó de forma hartó ridícula: los cabilderos fueron desviados al despacho de Antonio Gershenson, académico especializado en cuestiones de energía, cuyo bagaje nacionalista condenó a Fenosa al limbo infinito. Hasta que el 9 de octubre de 2009, el presidente Calderón dio un golpe de Estado proempresarial, liquidó Luz y Fuerza del Centro, despidió a sus 41.000 trabajadores y abrió las puertas para que en poco tiempo y bajo subrogación de la Comisión Federal de Electricidad Unión Fenosa-Gas Natural e Iberdrola entren al succulento territorio de la distribución y facturación de energía doméstica e industrial en la zona urbana más grande de América.

López Obrador, cual gota malaya, nunca ofreció gestos que el cártel español pudiera leer como una aproximación a los intereses empresariales de Madrid en tierras mexicanas. Su primerizo pleito con la embajadora Barrios a cuenta de los supuestos secuestros de empresarios cántabro-gallegos, en junio de 2004, venían precedidos por una actitud nacionalista y legalista ante el embajador volante de España, el juez Baltasar Garzón. Y ya que el Reclusorio Norte de la Ciudad de México estaba bajo jurisdicción local, López Obrador no permitió a Garzón el acceso al penal. Aunque la insistencia sea necesidad, siempre hay que recordar lo obvio más de una vez: España no perdona dos cosas. Coartar la libertad de sus empresas o ponerles trabas legales a sus persecuciones de vascos. Como dijo bien el ex embajador de México en España, Rodolfo Echeverría: «El Gobierno español se acostumbró con Fox a llamar por teléfono, pedir a la Procuraduría General de la República (PGR) que les entregaran tal o cual vasco, y apelando a mecanismos administrativos, una falta en los trámites migratorios, por ejemplo, expulsarlo del país y ponerlo en un avión vía Madrid. En vez de apearse a los trámites de extradición establecidos en la ley»²⁰.

²⁰ Entrevista de Oriol Malló a Rodolfo Echeverría, 24 de noviembre de 2008.

Quien mejor percibió esta actitud *no cooperativa* del popular alcalde-gobernador del Distrito Federal fue un hombre que en México tiene todas las puertas abiertas y trata de tú a tú con las castas político-empresariales, Felipe González. Antes incluso de que con la llegada de José Luis Rodríguez Zapatero, en marzo de 2004, F. G. se convirtiera de nuevo en el consejero áulico del Gobierno español para Asuntos Latinoamericanos, cual se demostró en su papel de representante oficial del rey en la toma de posesión de Evo Morales, el 21 de enero de 2006, el hombre más influyente del cártel español había declarado tan temprano como el 23 de septiembre de 2003 que las conferencias matutinas de AMLO servían para manipular a la prensa capitalina y «seguir a los que quiere que sigan». Comentario burlón que nunca derivó en apoyo político alguno a la candidatura presidencial de López Obrador.

Tanto en el desafuero como en la campaña electoral, F. G. nunca se acercó al candidato de centro-izquierda y, pese a las conocidas relaciones de dos de sus operadores políticos —el ex regente del Distrito Federal, Manuel Camacho Solís, y el ex embajador de México en la Unión Europea, Porfirio Muñoz Ledo— con la Internacional Socialista y la Fundación Friedrich Ebert, la actitud del ex mandatario español fue esquiva en todo momento.

Tal fue el caso de los hombres del Grupo Prisa que buscaron al candidato presidencial de la Coalición por el Bien de Todos para sondear su actitud ante el cártel español, para lo cual recurrieron al periodista y ex director del periódico *Milenio*, Federico Arreola, un verdadero neoliberal de Monterrey que asesoró a AMLO por considerar una peligrosa equivocación de la burguesía mexicana el acoso y derribo al hombre que podía modernizar el país. Pagó el precio Arreola. Después de las elecciones perdió incluso su columna en el periódico que él contribuyó a fundar, pero sus convicciones y sus contactos con la elite del periodismo corporativo hicieron que, tal como contó él mismo, Juan Luis Cebrián y Jaime Polanco consiguieran un encuentro con el virtual presidente. Su respuesta a las peticiones vehiculadas por Arreola definen qué

tipo de empatía manejaba López Obrador con el cártel español: «No me gusta esta gente». Escribe Arreola:

Repitió esas palabras cada vez que insistí en la necesidad de atender a personas tan importantes. Al final el argumento que lo convenció, en mi opinión, no fue el del gran prestigio de *El País* ni el de su fundador, Cebrián, sino mi deseo, casi capricho, de no quedar mal con Antonio Navalón, que me llamaba varias veces al día para concretar la cita con el político que encabezaba todas las encuestas de preferencias electorales²¹.

Nada en claro se sacó de aquella conversación. Ni los poderosos hombres de Prisa consiguieron respuestas satisfactoria a sus inquietudes sobre el futuro de sus negocios corporativos en México ni el presidenciable tabasqueño mejoró un ápice su percepción sobre aquel grupo empresarial a quien su secretaria de Cultura en el Gobierno del Distrito Federal, Raquel Sosa, vio siempre como una banda de coyotes profesionales que vivían de la mancuerna con el Ministerio Federal de Educación para agenciarse ventas exclusivas de libros de texto, como demostró la periodista Karina Avilés en una serie de artículos aparecidos en *La Jornada* durante junio de 2006 sobre los incestuosos amarres de Editorial Santillana con la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito (Conaliteg).

Durante el mandato de Raquel Sosa, académica de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, y una de las más eficientes administradoras del Gobierno capitalino, no hubo trato alguno con Santillana y por ello esta poderosa editorial del ramo educativo no tuvo entrada posible en las redes educativas del Distrito Federal: escuelas de secundaria, institutos preparatorianos o la UACM, que se fundó en 2001 bajó los auspicios de AMLO.

²¹ F. Arreola, «La victoria de Carmen Aristegui», *El sendero del peje. Periódico electrónico*, 13 de enero de 2008. Disponible en: kikka-roja.blogspot.com/.../federico-arreola-la-victoria-de-carmen.html.

Antonio Navalón, un hombre a todas luces simpático, famoso correveidile de Mario Conde, y viejo tertuliano de la Transición, despedido por Juan Luis Cebrián tras la muerte de su protector, Jesús de Polanco, consiguió al menos que en aquella informal reunión de enero de 2006 en Villahermosa, capital de Tabasco, afloraran las buenas formas: «Cenamos en un hotel de la capital de Tabasco y como además de los mencionados asistió también José María Pérez Gay, durante buena parte de la reunión este escritor y su colega Cebrián charlaron acerca de libros y de filósofos famosos. Pero aun en las veladas más intelectuales hay tiempo para las vulgaridades. Así que hablamos también de Televisa y de los principales directivos de esta empresa: Emilio Azcárraga Jean y Bernardo Gómez Martínez», cuenta Arreola²². O el acuerdo entre Televisa y Prisa que en 2003 dio a este grupo de medios el control de W Radio, destinada a ser, según los planes de la casa matriz, la SER mexicana que monitoreara la complicada transición a la democracia.

Tal experiencia no hizo más que justificar los resquemores de AMLO ante Prisa, que terminó despidiendo a su locutora estrella. Carmen Aristegui, después de contratar a Juan Ignacio Zavala, cuñado de Felipe Calderón:

El País se mantuvo más o menos imparcial hasta el día de las votaciones. Después, sus editores decidieron que debían defender a Felipe Calderón y atacar a Andrés Manuel López Obrador. Desde luego, los periodistas españoles tienen derecho a defender y a atacar a quienes se les pegue la gana. Y tienen, también, el derecho de contratar para trabajar en sus empresas a la persona que se les antoje. En esas fechas contrataron, como alto funcionario del grupo, a Juan Ignacio Zavala, el cuñado hasta entonces cómodo (el incómodo era Hildebrando). Estoy seguro de que Juan Ignacio está preparado para desempeñar el cargo, muy bien pagado por cierto, que le ofrecieron en el Grupo Prisa. También estoy seguro de que jamás se lo hubieran ofrecido si el

²² *Ibidem.*

resultado electoral hubiera sido otro. Tal vez si Andrés Manuel hubiera llegado a la Presidencia, el puesto que hoy ocupa el señor Zavala le hubiera sido entregado por el Grupo Prisa a cualquier amigo o pariente de el Peje, y si ninguno lo hubiera aceptado, habrían colocado ahí al perro de la casa del vecino del edificio de departamentos donde vive López Obrador. Todo sirve cuando se trata de proteger la venta de millones de libros de texto anuales en México²³.

Así es, y Arreola, un convencido defensor de la libre empresa, no lo puede contar mejor, pero para AMLO, su acertijo sobre los mercenarios españoles pareció cumplirse. Al punto de que quien escribe este ensayo no consiguió, al ostentar la nacionalidad ibérica, una sola entrevista con el *presidente legítimo* tras un año de insistentes peticiones.

El detalle menos comentado de este único y, a fin de cuentas, irrelevante encuentro entre AMLO y los operadores intelectuales del cártel español es que nunca estuvo Felipe González. Siendo el ex presidente español un interlocutor natural de la clase política mexicana y especialmente del Grupo Prisa, este pequeño dato demostraba, entre tantos, que para el dicharachero sevillano AMLO no era un hombre fiable. Digamos que, a diferencia de Cebrián & Cía., el sevillano sí sabía que el jefe de Gobierno del Distrito Federal nunca iba a tender la mano a los intereses españoles en México. Tanto lo supo que no tardó ni tres meses, el 2 de octubre de 2006, en rendir pleitesía al presidente electo Felipe Calderón en una reunión que el propio González quiso hacer pública, notoria y formal. Su gallo, como se dice en buen mexicano, fue siempre aquel político michoacano que como secretario de Energía había abierto las puertas del país a los consorcios eléctricos españoles y también ofrecía a Carlos Slim su parte en las nuevas oportunidades que se comprometió a abrir en el terreno de los hidrocarburos. Sus *liasons dangereux* con la oligarquía mexicana no son ni siquiera un secreto a buen recaudo.

²³ F. Arreola, *La victoria de Carmen Aristegui*, cit.

La relación de Felipe González con México viene de lejos, y ya hemos visto una de sus aristas, mediante el enlace del PRI, Rodolfo Echeverría, de las cuales nacerá una conexión natural con los futuros presidentes de México, pero ya a mediados de los setenta existía amistad y hasta protección del venezolano Carlos Andrés Pérez o el presidente panameño Omar Torrijos, dos maestros que en su faceta de caudillos y grandes jugadores de la política latinoamericana, fascinaron al joven sevillano de clase media tanto como el poder, la riqueza y las mansiones que impresionan a cualquier pobretón ibérico con intenciones de prosperar. Aparte de sus juegos de simulación con el sandinismo que Marcos Roitman describió en un libro todavía esencial para la comprensión de la retórica y la realidad –*La política exterior del PSOE en América Latina* (Ed. Revolución, 1985)–, el proyecto socialdemócrata español se perfila, se vincula y se amanceba con Carlos Salinas de Gortari por parecidas razones de encaje en el bloque occidental.

Es en el mandato del presidente Salinas cuando se firman los primeros tratados comerciales de importancia, se abre la llamada *línea del rey* para créditos oficiales a la implantación de empresas españolas en México, donde llegan Grupo Prisa y los primeros hoteleros, y en la misma línea de emulación social-liberal el Gobierno mexicano apuesta a privatizar y cartelizar las empresas públicas para formar un nuevo bloque de poder económico con visos transnacionales apoyado en la irrestricta apertura comercial con EEUU, siguiendo el esquema español con la UE. Son tantas las emulaciones y comparaciones entre los dos astros de la política hispana que resultan inacabables. Y llegan hasta a los cortesanos del poder. Felipe González y sus intelectuales de *La Bodeguilla* de la Moncloa como Salinas de Gortari y su Ministerio de Cultura, armado bajo las siglas de Conaculta, terminaron compartiendo las mismas revistas y grupos editoriales.

La redes de la hispanidad, donde *Letras Libres* y el suplemento de cultura de *El País* marcan la pauta de buen gusto transoceáni-

co, nacen justamente de la ejemplar cooptación de intelectuales que F. G. cultivó desde su gobierno espiritual, que incluía periodistas de salón como Cándido o Julián Lago, cantantes como Ramoncín o Víctor Manuel, y plumas díscolas como Paco Umbral o Eduardo Haro Tecglen, sutil parnaso que seleccionaba la cultivada esposa del presidente, Carmen Romero. Y aunque no todos llegaron a compenetrarse con la maquinaria gubernamental, su modelo de cooptación fue aplicado también por Salinas de Gortari. El presidente mexicano impulsó Conaculta, que primero buscó legitimidad con intelectuales independientes de la categoría de Víctor Flores Olea, contra el cual se unieron los principales inquisidores del salinato, Octavio Paz y Héctor Aguilar Camín, quienes marcaron la línea del reencuentro con el capital por la vía de España, EEUU y el nuevo diseño neoliberal aplicado a las castas intelectuales de América Latina, donde México y España siguen marcando hasta hoy la línea cultural. Carlos Salinas le ofreció Guadalajara al Gobierno español para la escenificación de la I Cumbre Iberoamericana, preliminares de la reconquista económica de América Latina cuyas pautas fueron compartidas por los dos presidentes.

Grandes amigos que pasaron juntos en la Exposición Universal de Sevilla y siempre se entendieron. A las duras y a las maduras. En el catastrófico final del salinato, durante el invierno de 1994, Felipe González se llevó con él al futuro presidente español, su adversario Aznar, para rendirle un postrero homenaje y decirle de paso que estuviera quien estuviera al frente de la Moncloa, nada cambiaría en los tratos con México. Igual que sorprendía a sus colegas de la Internacional Socialista mandando abrazos y cariños a Bettino Craxi en su exilio de Túnez o se compadecía con los pequeños errores de Giulio Andreotti en medio de la mayor operación anticorrupción del mundo, Mani Pulite, F. G. siempre reivindicó ante cualquier auditorio a su compadre Carlos Salinas de Gortari: «Yo soy amigo de Salinas y le tengo afecto. Dejen pasar más tiempo para juzgar su labor política», espetó a los escandalizados asistentes a su conferencia en la Universidad de

Guadalajara, el 9 de mayo de 1997, mientras el ex presidente se refugiaba en Dublín de la Fiscalía mexicana y los odios populares.

Algo que su caterva de admiradores del PRD sabía perfectamente, aunque nunca se lo cuestionaron porque incluso la actual izquierda del partido vive bajo el signo de la fascinación española. Yo mismo he sido testigo de la radical incapacidad de analizar las bases del modelo español y entender incluso sus grandes similitudes con el neoliberalismo mexicano. En realidad, el proyecto de AMLO es la translación mexicana del encaje de España en la Unión Europea revisando y mejorando las condiciones –fondos estructurales continuados– que la brutal integración al mercado norteamericano impidió negociar dentro de un paquete que reequilibrara la humillante posición de México en el espacio norteamericano. Para lo cual se requieren también las reformas fiscales de la primera etapa socialista que, virtud de la tragedia mexicana, la oligarquía salinista no permitirá. Tampoco EEUU tiene la mala conciencia comunitaria que a cambio de hacerse con la planta industrial española decidió rescatar al hombre enfermo de Europa.

En este *cul-de-sac* que ya sufrió en 1988 otro ilustre burgués, como Cuauhtémoc Cárdenas, hoy reintegrado a la esfera oligárquica, el único punto que hace incompatible el universo de AMLO con el de Felipe González es justamente un sentido nacionalista del Estado, donde ningún Gobierno y menos el español puede operar en forma virreinal, una herencia del priismo que los Gobiernos de Fox y Calderón olvidaron en beneficio directo de los intereses multinacionales, visión que incluye también el respeto a las últimas instituciones del Estado mixto mexicano, empresas estatales en rubros estratégicos como el petróleo o la energía que no deben quedar en manos privadas.

Ningún lenguaje expropiador o nacionalizador existe, antes o después, en el proyecto de nación de López Obrador, pero estos detalles cuentan y para Felipe González, visionario del poder corporativo, ésa no es la socialdemocracia correcta. En especial, si el Gobierno del Distrito Federal se mostró inclemente con una empresa española, Eumex; relevante por la propiedad real

de sus accionistas, la virulencia del enfrentamiento y las consecuencias del pleito.

El resumen es fácil. En 1996, en los estertores del mandato de Óscar Espinosa Villarreal, regente del Distrito Federal, un personaje que huyó del país en marzo de 2000 tras ser acusado por el Gobierno de la ciudad de peculado y desvío de fondos por un valor de 420 millones de pesos, éste firmó un contrato con la empresa madrileña de instalación y explotación de mobiliario urbano, Eumex, participada en un 50 por 100 por Fomento de Construcciones y Contratas y un fondo de inversión llamado Cormaeq. Dicho contrato le permitía a la empresa española instalar marquesinas de autobuses y explotar la publicidad de estos espacios, permiso que Eumex amplió, sin ningún tipo de acuerdo con el municipio, a todo tipo de publicidad en formatos estáticos. Mientras se convertían en los amos de este rubro, el nuevo Gobierno del PRD intentó poner coto a los desmanes de esta empresa dirigida por Antonio Torres y ésta decidió usar todas las vías a su alcance para doblegar al Gobierno capitalino.

La historia no escrita de este pleito entre una empresa ibérica y el Ejecutivo del Distrito Federal debe empezar con una mención. Si en algún lugar no aplican regulaciones ni leyes, hablando de México, es en la publicidad estática donde por norma las compañías privadas, en connivencia con funcionarios municipales, instalan sus lonas, espectaculares, carteles y otras formas de propaganda donde les da la gana. Lugares cotizados o de mucho tráfico son tomados a las malas por estas compañías que ganan en grandes cantidades por la ocupación irrestricta de la ciudad.

Lo contaba justamente Antonio Gershenson, ex funcionario del Distrito Federal y fundador de *La Jornada*, hablando del caso Eumex:

Uno de los problemas que generaron fue que se conectaban de, por ejemplo, un poste de alumbrado público y usaban, sin pagarle a nadie, la energía para encender las luces de sus anuncios. Esto se presentó, en casos que me constan, desde hace años, y en los casos

más recientemente publicitados, en colonias de alto nivel económico en el poniente de la ciudad. El pretexto para hacerlo así es que ellos tenían un contrato con Servimet, firmado desde tiempos del ex jefe del Departamento del Distrito Federal Óscar Espinosa Villarreal, en el que se les daba la energía. Pero como acertadamente señalan miembros del Sindicato Mexicano de Electricistas –cuando los vecinos afectados pidieron su apoyo– ni Servimet ni nadie que no sea la Comisión Federal de Electricidad o Luz y Fuerza del Centro puede vender o transferir electricidad a un particular²⁴.

Delicado punto que formaba todo un esquema de impunidad de Eumex:

No sólo Eumex se estuvo robando la energía, sino que ésta y Espinosa Villarreal o su subordinado en Servimet violaron la ley mencionada. Los miles de dispositivos de publicidad establecidos a lo largo de todos estos años ya suman un gran, gran robo. El otro problema, ligado con el anterior, es el daño en propiedad ajena. Para hacer esas conexiones clandestinas Eumex rompía lo que hubiera que romper. Fue notorio lo sucedido cuando instaló su publicidad en las banquetas nuevas en el paseo de la Reforma. Esas banquetas son bloques de 90 centímetros cuadrados que se hicieron especialmente para que no fueran resbalosas con la lluvia –uno de los problemas de las banquetas anteriores– y duraran muchos años. Los empleados de Eumex rompían esas banquetas para llegar a la conexión de un poste de alumbrado y robarse la energía.

En reiteradas ocasiones el jefe de Eumex y su personal fueron detenidos en flagrante delito y presentados ante el agente del Ministerio Público. Como era «sólo» daño en propiedad ajena, salían bajo fianza... y a volver a romper banquetas nuevas en otra parte de Reforma.

El jefe llegó a decir con descaro que no era daño, que le podían echar después su cementito, y ya. Eumex solicitó y ganó varios am-

²⁴ A. Gershenson, «Eumex y el senador Hamdan», *La Jornada*, 14 de mayo de 2006.

paros, mediante su abogado, el senador del PAN Fauzi Hamdan. O sea, por si fuera poco, tenemos un conflicto de interés, que ha sido denunciado, por ejemplo, por Andrés Manuel López Obrador, quien se comprometió a prohibir que se ejerzan al mismo tiempo esas dos funciones.

Y tanto éste como el otro senador-panista-abogado, Diego Fernández de Cevallos, han defendido a particulares contra distintos Gobiernos, y «ganado». En este caso, el pleito fue contra el Gobierno del Distrito Federal (GDF), pero en otros ha sido contra el Gobierno Federal panista, es decir, que ni por ser un Gobierno de su partido tienen escrúpulos cuando se trata de sacar dinero (parte para su «cliente» y parte para él).

La ocasión más reciente en que Eumex volvió a las planas de los periódicos fue por las protestas de residentes de varias colonias del poniente de la ciudad, mencionados al principio de este escrito. La Federación de Colonias del Poniente de la ciudad incluye, entre otras, a Bosques de Reforma, Lomas de Vista Hermosa, Lomas de Chapultepec y Polanco. Esta federación, junto con el GDF, lograron parar a Eumex y otras empresas de publicidad colocada en vallas, que obstruían la visibilidad y echaban a perder la vista de las calles. Los residentes no estaban de acuerdo, el GDF ganó al final un juicio que permitió retirarles el permiso otorgado por Espinosa Villarreal. También se están retirando los anuncios clandestinos.

Un juez dictó la formal prisión al jefe de Eumex por daño en propiedad ajena. Cuando sus abogados pagaron la fianza, el Instituto Nacional de Migración ordenó confinarlo a su centro de Iztapalapa.

Defensores de Eumex amenazaron con una campaña en televisión para que no hubiera inversión en México, campaña pagada por sus 50 clientes (los que se anunciaban con ellos).

¿Cuántos empresarios viven en las colonias del poniente mencionadas, afectados por las actitudes gangsteriles de Eumex, en sus propias casas? La citada federación de colonias llegó a un acuerdo con el Gobierno capitalino para el retiro total de esa propaganda clandestina.

Si el Gobierno Federal decide deportar a semejante joyita, tal vez le haga un favor, porque en el probable caso de que López Obrador

gane las elecciones se acabarán los abogados-senadores o personajes similares. Entonces sí este señor, estando en México, va a tener problemas con la justicia por el robo de energía, los daños en propiedad ajena y los que se hayan acumulado en estos años. No digamos los nuevos cargos de evasión fiscal que se acaban de conocer²⁵.

Desde 2002 las presiones de este corporativo español, ligado a un operador mayor del cártel de obras públicas hispánico, Fomento de Construcciones y Contratas (FCC), se habían vuelto realmente escandalosas. Aprendiendo las reglas del juego sucio mexicano que incluye el uso de abogados oscuros, donde la figura del abogado y ex senador Diego Fernández de Cevallos representa su máxima encarnación, el director de Eumex Antonio Torres decidió buscar la vía del litigio pero también de la presión política al máximo nivel. Sus abogados políticos encontraron una inesperada respuesta del Gobierno del Distrito Federal que se inconformó en cada tribunal contra este leonino contrato de servicios. La posición de no aceptar chantajes por parte de AMLO enquistó aún más el conflicto y Eumex decidió usar una doble técnica que define la pautas culturales del cártel español.

Fue toda una campaña de medios sobre la *atroz* persecución del jefe de Gobierno de la Ciudad de México vigorizada por el respaldo de la Comisión de Derechos Humanos de la capital que contra la mayoritaria opinión de los vecinos afectados por Eumex apeló al sacrosanto contrato de la empresa y buscó una descarada cobertura diplomática para quebrar la voluntad de AMLO.

Las declaraciones de la embajadora Barrios sobre la inseguridad en la ciudad, en 2004, se combinaron con este clima de provocación que Torres diseñó a gran escala y que la propia Barrios, especialmente implicada en la defensa de este corporativo publicitario, llevó a un nivel personal. Así que resultó fácil la conversión de este pleito legal en piedra de toque político durante la campaña. Tanto la embajada que mostró en todo momento y sin

²⁵ *Ibidem.*

recato alguno su apoyo a Eumex como el Consejo Coordinador Empresarial, la CEOE mexicana, abanderado de la campaña contra AMLO, mostraron su apoyo a un empresario que amenazó con marchar de México si el candidato de centro izquierda ganaba la presidencia. Y hubo más.

La empresa anunció la contratación en España del abogado y ex ministro de Justicia José María Michavila para llevar el caso a la Audiencia Nacional, y varios medios, como *El Mundo*, denunciaron una «campaña de arrestos arbitrarios de directivos y empleados, acoso policial con violencia, incumplimientos administrativos y allanamiento y entradas ilegales en la sede de la empresa, según denuncia Eumex»²⁶. Para la turba popular de Jorge Moragas y sus hombres en México, el caso Eumex era otra vuelta de tuerca sobre el *populismo neocomunista* y el *caudillismo tropical* de López Obrador que el propio José María Aznar había denunciado en su polémica visita a México en plena campaña electoral. Entre el coro de enemigos cuasi patológicos de Andres Manuel López Obrador, el ex columnista de *El Universal* Ricardo Alemán fue quien años después resumió, a su peculiar entender, los supuestos antihispanicos de el Peje.

La fobia de AMLO y de su grupo contra todo lo español –o por lo menos contra lo español que no sea vasco– viene de lejos. Y el que tenga dudas puede revisar el quinquenio 2000-2005, sobre la inversión española en el DF, y descubrirá la cantidad de quejas y trabas de empresas que no sólo fueron obstaculizadas, sino perseguidas. Ese dato contrasta con las empresas que sin licitación y casi en secreto fueron seleccionadas para la construcción de los «segundos pisos del Periférico»; empresas que, como todos saben, al mismo tiempo fueron las que patrocinaron una buena parte de la campaña de AMLO rumbo a 2006. Y esas empresas tienen capitales españoles, vascos para mayores señas. ¿Y saben quién las seleccionó? En efecto, la jefa de ese equipo, la seño-

²⁶ J. García, «López Obrador contra Eumex: una historia de amenazas e intentos de sobornos», *El Mundo*, 16 de mayo de 2006.

ra Claudia Sheinbaum. Un ejemplo patético. Entre 2000 y 2005, la empresa española Eumex –especializada en equipamiento vial y publicitario– fue perseguida con una ferocidad sin límite por el Gobierno de AMLO, a pesar de que desde años atrás había obtenido una concesión con el GDF. La persecución fue demencial y se sumó a otras quejas de empresas constructoras españolas que denunciaron públicamente que la mayor obra vial del GDF fue realizada sin licitación y favoreciendo a grupos amigos del Gobierno. El diario *La Crónica*, del 24 de febrero de 2005, da cuenta de la manera ofensiva, arbitraria, en que fue detenido y humillado el presidente de la empresa Eumex.

En febrero, ahora de 2004, AMLO criticó con severidad la venta de Bancomer al grupo español BBV, y algo similar hizo cuando otro banco fue vendido a otro grupo español, ahora Santander. La crítica era que les habían regalado los bancos a los capitales españoles, y peor aún, sin pagar impuestos. Esa misma postura la mantuvo AMLO con las empresas españolas de ramo turístico, del gas, del petróleo y la electricidad.

Durante toda la campaña presidencial de AMLO previa al 2 de julio de 2006, se negó a recibir a directivos de empresas españolas que querían saber su posición sobre la inversión española y escuchar sus propuestas. Pero fue especialmente llamativo el caso de la empresa editora del diario *El País*. Resulta que los dueños de Prisa –la familia Polanco–, que además son poderosos empresarios de la televisión, la radio española y editores exitosos en todo el mundo de habla hispana, buscaron de manera insistente a AMLO, sin éxito, hasta que finalmente fueron recibidos unos minutos por un arrogante candidato presidencial que, según algunas versiones, literalmente los mandó al diablo. Luego del 2 de julio de 2006, el diario *El País* fue severamente crítico con AMLO, al que llamaron a respetar los básicos de la democracia; saber perder, en tanto que el ex presidente español, el también socialista Felipe González, llamó a la cordura a AMLO. En ese ambiente, el 6 de julio, el presidente español Rodríguez Zapatero felicitó a Calderón por su triunfo²⁷.

²⁷ R. Alemán, «España: filias y fobias», *El Universal*, 15 de julio de 2008.

Llegamos a la pieza clave que sentenció el destino de AMLO ante el sanedrín español en México. Aunque Ricardo Alemán lo comenta de pasada, no es el punto menor. Es aquello que marca la diferencia. El candidato de centro-izquierda criticó severamente la venta de Bancomer al banco español BBVA. Y además de criticar, la investigó lo suficiente como para saber que según las leyes mexicanas fue un acto ilegal. Como presidente, Andrés Manuel López Obrador tenía todas las armas para revertir esta situación. Para un banco que en 2009 obtuvo de Bancomer 1.359 millones de euros netos, la mayor ganancia después de España, la protección de su filial mexicana es prioridad absoluta. Todo, absolutamente todo se vehicula a este fin. Y esto incluye cualquier cosa como impedir que ningún periodista, ningún testigo o ningún partido ponga en riesgo esta posición dominante. Así que para Francisco González no había duda alguna: López Obrador era un peligro para el BBVA.

Para nadie era un secreto el papel de Mario di Constanzo, egresado del tecnocrático Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), en las fundamentadas denuncias sobre la irregular compra de Bancomer por parte de BBVA. Este alumno del secretario de Hacienda de Fox, Francisco Gil Díaz, trabajó como asesor parlamentario del PRD y luego se convirtió en consejero áulico de López Obrador. Era el mejor conocedor de la ingeniería financiera y la cobertura política de esta operación. A costa de un gran desgaste mediático, la corporación bancaria había conseguido anular la investigación judicial que el juez Baltasar Garzón, a instancias de la Fiscalía Anticorrupción, llevó a término contra la evasión fiscal y las operaciones de BBVA en América Latina, el sonoro caso judicial que dio en llamarse «las cuentas secretas de Emilio Ybarra», pero los flecos de aquel asunto podían haberse reabierto lejos de la Audiencia Nacional, en los juzgados de la Ciudad de México, en el Congreso de la Unión o a instancias de la Presidencia de la República. El informe que publicó la revista de investigación *Contralínea* en su número 23 ofrece un suscinto relato de esta trama de corrupción. Y explica, hasta el último detalle, las razones profundas por las cuales el cártel español no po-

día consentir que Andrés Manuel López Obrador ganara las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2006.

El ex dueño de Multibanco Mercantil Probursa, José Madariaga Lomelín, podría estar involucrado en el blanqueo de las cuentas ocultas que el Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) mantenía en paraísos fiscales del Caribe. David Martínez Madero, fiscal anticorrupción español, investiga la presunta colaboración del empresario mexicano en las operaciones ilegales que esta entidad financiera realizó en México.

Además de su pretendida participación en el lavado de 159 millones de dólares durante la venta de Probursa, las autoridades españolas sospechan que Madariaga prestó su nombre para que Bilbao Vizcaya lavara parte de los fondos de procedencia ilícita por medio de la aseguradora ALICO (American Life Insurance Company), en 2000.

La investigación en España comenzó hace año y medio, cuando fueron descubiertas las cuentas ocultas y la omisión contable de importantes activos, sobre los que durante años habrían tenido disponibilidad los miembros del consejo de administración del BBV, S. A.

El capital oculto fue constituido en supuestos fondos de pensiones para 22 altos directivos del banco, gracias a una operación de blanqueo de capitales. Las autoridades españolas presumen que BBVA utilizó este dinero en las adquisiciones de instituciones financieras que efectuó en México, Colombia y Perú, entre ellas Bancomer y Probursa.

En un primer informe presentado por la Fiscalía Anticorrupción española, en coordinación con el FBI, se pensó que durante la venta de Probursa el empresario José Madariaga «lavó» dinero proveniente del narcotráfico.

Sin embargo, una reciente investigación de Mario di Constanzo, asesor del PRD en la Cámara de Diputados y quien ha colaborado con el fiscal Martínez Madero, revela que el blanqueo se dio por especulación accionaria.

Di Constanzo afirma que antes de cerrar la operación con el grupo financiero español, entre el 20 de junio y el 10 de julio de 1995, sin razón aparente se abarataron en 50 por 100 las acciones de Pro-

bursa para que BBV pagara menos y luego diera 159 millones de dólares a Madariaga, disfrazados mediante un préstamo de la Sociedad Bilbao Vizcaya establecida en Puerto Rico.

En una petición elaborada por la Fiscalía Anticorrupción al juez Baltasar Garzón se estima que, «con la finalidad de poder acceder al control sobre Mercantil Probursa, el Grupo BBV constituye en Puerto Rico una compañía a la que denomina BBV International Investment Corporation, en calidad de *offshore bank*, esto es, un banco que, en teoría, no puede realizar negocio doméstico en Puerto Rico sino exclusivamente transacciones internacionales».

Al descubrir el movimiento de 110 millones de dólares provenientes de Gran Caimán –cantidad documentada por estas operaciones del préstamo disfrazado a Madariaga–, tanto la Fiscalía como el FBI sospecharon que José Madariaga y su hombre de confianza, Eduardo Pérez Montoya, habían legitimado dinero procedente del narcotráfico a cambio de que BBV obtuviera una participación mayoritaria en el banco mexicano.

Mario di Constanzo asegura que en enero de este año Madariaga aceptó que había recibido una especie de comisión por haber sido el agente de ventas de Probursa con el grupo español BBV. De resultar cierta la hipótesis del asesor del PRD, este capital podría haber sido parte de las cuentas ocultas que altos ejecutivos del BBV mantenían en paraísos fiscales, entre ellos en Gran Caimán.

Según Nelson Rodríguez, un testigo protegido que fuera director jurídico de BBV International Investment Corporation en Puerto Rico, Bilbao Vizcaya México justificó el pago irregular al empresario como la «ampliación de capital de la sociedad». Para ello, emitió una serie de acciones F, o Free Trade, que posteriormente fueron compradas por Madariaga Lomelín con el dinero blanqueado.

El 4 de julio de 1995, explica Di Constanzo, ocurrió el desplome de las acciones de Probursa cuando ya se había anunciado la operación con Bilbao Vizcaya y la perspectiva era que el nuevo grupo fuera saneado. Así que no había razón para que ocurriera dicho desplome, mucho menos en un contexto donde la Bolsa Mexicana de Valores estaba saliendo de la crisis y mantenía una tendencia alcista.

«Estamos cada vez más cerca de dar un veredicto sobre la posibilidad de que, efectivamente, José Madariaga hubiera manejado esas acciones con información privilegiada y obtenido un beneficio ilegal en la operación de venta del Grupo Mercantil Probursa al banco español», afirma Di Constanzo.

Conocida en España como Operación ALICO, el lavado de dinero procedente de las cuentas ocultas que altos ejecutivos de BBV mantenían en paraísos fiscales empaña la compra de Bancomer. En este proceso Madariaga figura como uno de los prestanombres que permitió a los directivos de Bilbao Vizcaya el blanqueo de fondos y la compra de algunas acciones con dinero ilícito.

La segunda maniobra orquestada por BBV en México inició en marzo de 2000, cuando esta institución financiera firmó un contrato por medio del cual adquiriría el 40 por 100 de las acciones de Bancomer. Pese a la existencia de este convenio, Banamex presentó una «Opa» (oferta hostil) no solicitada sobre el banco, misma que puso en duda la operación pactada con Bilbao Vizcaya.

Con la finalidad de adquirir Bancomer y a raíz de esta oferta, Emilio Ybarra, copresidente de BBVA decidió utilizar el capital proveniente de las cuentas ocultas que esta institución mantenía en paraísos del Caribe.

En la carta aclaratoria que dirige en noviembre de 2001 a Jaime Caruana, gobernador del Banco de España, Ybarra sostiene: «El único medio en defensa de los intereses del BBV era adscribir temporalmente determinado importe de fondos del banco, a fin de adquirir un número mayor de acciones o de adquirirlas a mayor precio real por cuenta del banco».

El copresidente de BBV se encargó de organizar la inversión a través de terceros, llamados «manos amigas», para evitar que se conociera la real participación de Bilbao Vizcaya y en apariencia también que se respetara la legislación mexicana.

«Para ello era imprescindible disponer de personas que por su absoluta lealtad asumiesen el compromiso verbal de destinar tales fondos a los fines indicados. Actuarían, en caso necesario, en nombre propio y por cuenta del banco, formalizando los contratos de adquisición de

acciones que fuere preciso, transfiriéndolas después al banco o bien reintegrarían los fondos puestos temporalmente a su nombre de no ser preciso utilizarlos –junto con los intereses correspondientes–, como finalmente ocurrió», asegura Ybarra en la carta.

Para evitar suspicacias y reducir riesgos, Ybarra resolvió que el anticipo de los fondos se hiciera desde la compañía de seguros ALICO, en forma de fondos de pensiones. Al aumentar la presión de Banamex, el copresidente de Bilbao Vizcaya logró que empresas españolas y personas extranjeras, entre ellas Madariaga, compraran en su nombre y por su cuenta con recursos del BBV paquetes de acciones de Bancomer.

Dichas adquisiciones fueron suficientes para la ejecución del contrato suscrito con BBVA, por lo que no fue necesaria la utilización «residual» de los fondos temporalmente depositados en ALICO. El beneficio obtenido por los contratos convenidos con la aseguradora fue de 819.511 dólares.

Hay que decir que, una vez terminado el proceso de compra de Bancomer por parte de Bilbao Vizcaya, José Madariaga Lomelín asumió la Vicepresidencia de BBVA Bancomer.

Pese a la gravedad de los hechos, las autoridades responsables de aclarar la situación de BBVA en México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público y Comisión Nacional Bancaria y de Valores, han dado carpetazo al asunto y rehúsan colaborar con el Gobierno español²⁸.

El ex secretario de Hacienda del gabinete Fox, Francisco Gil Díaz, funge hoy en día como presidente de Telefónica Movistar en México y desde verano de 2010 tiene silla propia en el consejo de administración de BBVA Bancomer, la filial mexicana del corporativo español que ha conseguido anular toda averiguación judicial e incluso periodística en su contra.

Todo lo cual demuestra que el caso Mercantil Probusa no fue olvidado por el cártel español. En 2006, archivado el caso en España, seguía latente la posibilidad de que en México se abriera

²⁸ Disponible en <http://www.contralinea.com.mx/c17/html/capitales/index.html>.

una investigación en toda la regla. Sólo hacía falta la voluntad presidencial. La misma que AMLO ya había mostrado en sus conflictos con la empresa Eumex y sus contratos leoninos con el GDF. El cártel español no se equivocó en sus temores sobre López Obrador. El fraude patriótico, como se llamó en los mentideros del PAN a los turbios manejos electorales, fue también un acto de salvación hispánica. Un detalle nada menor lo confirma: Mario di Constanzo fue nombrado secretario de Hacienda del Gobierno legítimo y simbólico de AMLO. Imaginen, pues, si la pesadilla se hubiera hecho realidad. Ricardo Alemán contaba con redoblada furia las razones del cártel español. Traduciendo las cuitas de un amigo periodista en la Villa y Corte:

Para la monarquía española, para el Gobierno socialista español, para los capitales españoles, y para las inversiones españolas en América, el presidente mexicano Felipe Calderón es casi un héroe. ¿Un héroe?, preguntamos. Y también sin complicaciones nos ofrece su propia versión.

Es decir, que con el triunfo electoral en México de Felipe Calderón –dice ese periodista hispano, corresponsal en México por décadas y testigo de julio de 2006– «se detuvo una muy peligrosa tendencia que aún está latente en América Latina; el regreso del populismo... con todas sus consecuencias, como la regresión antidemocrática, el riesgo a las inversiones, la amenaza para los capitales foráneos, y sobre todo, para los capitales españoles...». Y claro, si a todo eso se le agrega que los españoles tienen interés manifiesto en la reforma petrolera, entonces todo parece claro²⁹.

Tan claro que la meridiana posición de AMLO ante el cártel español precipitó el declarado apoyo del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero al candidato de la derecha y la oligarquía mexicana. Cada acto y cada gesto de los representantes públicos y privados del Estado español consagró el golpe de Estado electoral

²⁹ *Ibidem.*

que culminó el 2 de julio de 2006. La larga aventura del hispanismo y su reconquista mercantil de América Latina que este libro intenta contar desembocó, para el caso mexicano, en una sagrada alianza. En la toma de posesión del presidente legal el 1 de diciembre de 2006, todos los rangos políticos, diplomáticos y económicos de España, encabezados por el príncipe Felipe, como representante del jefe de Estado, estuvieron presentes para apoyar a su hombre en México. Su héroe michoacano, Felipe Calderón Hinojosa.

El columnista Ricardo Alemán descubrió las causas del *diktat* español contra AMLO. Las apelaciones de la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega a la reforma energética de México, en agosto de 2007, apoyando sin recato alguno las pretensiones privatizadoras de Repsol y al presidente mexicano, no requieren mayor explicación. Sólo hay un detalle que ofusca demasiado al columnista Alemán. Quizá, escribe, las pulsiones antihispánicas de AMLO se relacionan «con el movimiento separatista de ETA», ya que su sangre materna es «de origen vasco»³⁰. Pequeño desliz geográfico pues el hombre que enfrentó al cártel español primero en el GDF y luego en las plazas y pueblos de México no tiene orígenes vascos. Su abuelo materno nació en un pueblo cántabro llamado Ampuero, tal como relataba el *Diario Montañés*, un 2 de febrero de 2006. En una curiosa ironía poética, este periódico decía que probablemente los mexicanos «decidan este verano nombrar como presidente al nieto del ampuerense, al que decían el Gachupín», todo lo cual sería un buen motivo para que visitara «nuestra región» y recogiera «la Medalla de Oro de la comunidad, como símbolo de los vínculos que estrechan Cantabria y México».

El cártel español puso su grano de arena para evitar que esto llegara a suceder. Los poderosos cántabros de México le dieron su medalla a Fox, descendiente de madre vasca, pero no a un descendiente de cántabros que consideran su enemigo. Aplica, esta vez

³⁰ *Ibidem.*

sí, el sobado refrán de que el capital no tiene patria sino intereses. Tiempo de concluir, pues: a costa de un país herido, hundido en la desesperación, el cártel español y sus aliados mexicanos ganaron la partida contra el nieto del Gachupín. Desde aquel julio de 2006, AMLO hizo del combate contra las multinacionales ibéricas su mayor y más honorable divisa. Y aunque esto parezca quijotesco, extraño e inútil, quizá revela el ensueño que inventamos todos los trasterrados cuando pensamos, agónicamente, sobre el país que un día dejamos. Juramentarnos para decir siempre y hasta el fin la verdad de esta oligarquía presidida por un rey que nadie eligió y que se fundó sobre el expolio de América y el genocidio de miles de españoles. Que el dilema sigue siendo república o cártel y que ésta es la verdadera guerra que nunca termina del todo. Aunque pocos se acuerdan en España y el combate decisivo se libra, como siempre, allende el mar. En tierras americanas, donde aún pervive el sueño de Bolívar.

* * *

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abravanel, I. 25
Acosta, A. 242-243
Adorno, T. W. 376
Aguilar Camín, H. 419
Aguirre, J. M. 148
Ahumada, C. 390
Alba, Víctor 34-35, 142
Albarracín, D. 286-287
Alcalde, R. 172
Alemán, M. 402
Alemán, R. 426
Alfonsín, R. 184
Alfonso XII 173
Alfonso XIII 14, 52-53, 56, 95,
163-164, 172, 189, 192-193,
212, 220, 244, 299, 403
Alierta, C. 288, 292
Almazán, J. A. 352
Alonso Hierro, J. A. 136
Alsina, J. M. 104, 165
Altamira, R. 161-164, 194, 221
Alvear, M. T. de 183-185
Allende, S. 20, 28, 51, 64, 68, 80,
82-84, 86-87, 92, 100, 108,
237, 270, 316, 434
Anasagasti, I. 301
Andreotti, G. 419
Antolín, F. 208
Appel, M. 402
Arbizu Campos, P. 130
Areilza, J. M. 364, 371
Arendt, H. 55, 89-90
Aristegui, C. 314, 351, 415-417
Armada, A. 36, 119, 187, 193
Arreola, F. 414-417
Arteaga Martín, Í. 77
Artís, G. 335
Artola, V. 157
Aspe Armella, P. 326
Avilés, K. 415
Azaña, M. 68, 82
Azcárraga Andrade, G. 352
Azcárraga Jean, E. 352, 410, 416
Aznar, J. M. 11, 38, 54, 97, 104,
145, 158, 234, 253, 261, 270,
272, 292-302, 307, 323, 382,
403, 419, 425
Babb, S. 359
Bachelet, M. 92
Badía Vidal, F. 12, 253, 256, 263
Bahamonde, A. 125-126
Bailleres, A. 352
Balcells, C. 99
Barrera, hermanos 77
Barrios, C. 209, 327, 375, 382,
391-394, 413, 424
Bartlett, M. 237, 315
Basagoiti, A. 337, 344-345,
347-348, 358

- Bausili, A. 176, 186, 255
 Bécker, J. 122
 Behn, H. 129
 Behn, S. 129
 Beltrán, L. 62
 Belloch, J. 191-192
 Benda, J. 85
 Benjamin, W. 215
 Benjumea, J. 243
 Bernanos, G. 51
 Bernaola, L. 156
 Bernecker, W. L. 241
 Bertrán y Musitu, J. 165
 Beveridge, W. 155
 Bindschedler, R. E. 169
 Blair, T. 169, 314
 Blanco, R. 25, 146, 329, 341,
 346, 368, 391
 Blanco White, J. M. 25
 Blázquez, B. 225-227, 231
 Bofill, R. 202
 Bohigas, O. 201
 Bohigas, P. 201
 Boix, J. 156
 Borbón, Juan Carlos I de 37, 48,
 52, 173, 192, 244
 Bordegaray, T. 156
 Borges, J. L. 177, 252
 Borrell, J. 400
 Borrow, G. 318-319
 Botella, A. 234
 Botín, A. P. 277
 Botín, E. 48, 148, 276-277, 280,
 336
 Botín, familia 17, 276-277
 Botín, J. 277
 Bourdieu, P. 408
 Brading, D. 338-339
 Brandt, W. 224, 361
 Brevé, M. 108-111, 113, 115
 Brown, H. 210
 Brufau, A. 300
 Bucaram, A. 101
 Buchini, A. 318
 Bueso, R. 108
 Buigas, C. 215-216
 Bultó, J. M. 334
 Bush, G. W. 60, 72, 128, 278,
 293, 295-296, 302, 315, 329,
 350
 Bussi, H. 108
 Butty, E. 180
 Cacho, J. 285
 Caiaphas, J. 86
 Calderón Hinojosa, F. 388, 398,
 433
 Calvo Serer, R. 60, 362-363
 Calvo Sotelo, L. 36
 Callejas, R. L. 110
 Camacho, M. 371
 Camacho Solís, M. 414
 Cambó, F. 14, 54, 62, 155,
 164-168, 170-174, 176-177,
 185-186, 188, 197-198,
 201-211, 213-214, 216-217,
 249, 255, 274, 349
 Cánovas del Castillo, A. 144, 233
 Cantilo, J. L. 183
 Cárdenas, C. 106, 379, 391, 393,
 420
 Cárdenas, H. 393
 Cárdenas, L. 47, 106-107, 311,
 359
 Careaga, G. 375, 377-379, 381,
 386

- Carlos III 47
 Carmona, P. 87, 295-296
 Carreño, T. 325
 Carrera, Í. 179
 Carreras, N. de 201
 Carretero, A. 365
 Carrillo, S. 361-363, 367, 371
 Carter, J. 224
 Caruana, J. 430
 Casanova Larraz, E. 317
 Casabellas, R. de 188
 Casilda, R. 250-251
 Castelló, V. 293
 Castillo, E. 384
 Castillo, R. 184
 Castro, F. 220, 298
 Castro Sarmiento, J. de 25
 Cayón, F. 208
 Cayuela, J. 126
 Cebrián, J. L. 414-417
 Cecchini, D. 259, 265
 Cernuda, L. 51
 Cerutti, M. 338, 343, 355,
 357-358
 Chamorro, V. 228
 Chao, M. 325
 Chao, R. 325
 Chaussade, J.-L. 30
 Chávez, H. 86-88, 101-103, 105,
 108, 111, 264, 296, 300-301,
 324, 384-385, 410, 412
 Churchill, W. S. 52
 Cirici, A. 201
 Colón, C. 132-133, 194, 259
 Colorado García, J. I. 75-76,
 78-79
 Collor de Mello, F. 51
 Comín, F. 151-152
 Conde, M. 77, 148, 169, 184,
 186, 364, 416
 Correa, M. 146
 Correa, R. 300
 Correa Bascuñán, M. 79
 Cortés, H. 24, 51, 53, 68
 Cortés-Cavanilla, J. 52
 Cortina, A. 65, 261
 Cox, R. 154
 Craxi, B. 419
 Crespo, J. A. 388
 Dalla Corte, G. 164, 166, 174,
 178, 185, 206
 De Gaulle, C. 315, 369
 Delgado, C. 30
 Delgado, J. 122
 Delgado, L. 75
 Dellors, J. 248
 Derbez, L. E. 392
 Desmarais, P. 29
 Devés-Valdés, E. 160
 Devoto, A. 175
 Di Constanzo, M. 427-430, 432
 Di Tella 179
 Díaz, P. 245, 346-347
 Díaz Ordaz, G. 370
 Díaz Serrano, J. 329
 Díez, P. 335
 Díez Morodo, V. 326
 Dobado, R. 372
 Dolader Clara, J. 256
 Domínguez Martín, R. 338
 Donadeu, A. 12, 16, 251-253,
 256, 258, 262-265, 276, 282,
 293-294, 298
 Donoso Cortés, J. F. 57
 Dreyfus, L. 178

- Durán Farrell, P. 253
- Ebrard, M. 327
- Echeverría, V. 156
- Echeverría Álvarez, L. 107, 224, 321, 322, 359, 360, 361, 365
- Echeverría Ruiz, R. 315, 361-372, 413, 418
- Edelmiro Pérez, M. 321
- Edwards Vives, A. 76
- El Peje, *véase* López Obrador, A. M.
- Elguero, J. 332
- Encinas, A. 393
- Enríquez, R. 104
- Escámez, A. 337
- Espinosa Villarreal, O. 421-423
- Estefanía, J. 156
- Estévez, N. 117
- Eyzaguirre, J. 72, 75
- Fabián, R. 129-130, 336
- Fabra, J. 14, 56, 205
- Facussé, M. 110, 113
- Fainé, I. 48
- Fernando VII 52
- Fernández, G. 59, 64
- Fernández, M. T. 433
- Fernández Agudo, L. 337
- Fernández Carvajal, J. A. 352
- Fernández Cuesta, N. 329
- Fernández de Cevallos, D. 390, 395, 424
- Fernández de Kirchner, C. 265
- Fernández de la Vega, M. T. 433
- Fernández González, C. 228, 352
- Fernández Noroña, G. 310, 316-317
- Fernández Ordóñez, F. 223, 228, 232, 240, 252
- Fernández Steinko, A. 153, 270-271, 273, 279-280
- Fernando VII 52
- Ferreiro, C. E. 325
- Ferrero-Waldner, B. 403
- Figuerola, J. 186
- Fitz-James Stuart, C. 77
- Flores, E. 112
- Flores, S. 77
- Flores Facussé, C. 113
- Flores Olea, V. 419
- Fontana, J. 14-15, 56, 58
- Foronda Vallrano, M. de 169
- Foronda y González Bravo, M. de 210
- Fox Quesada, V. 382, 398
- Fradera, J. M. 118, 121, 132-133
- Fraga, M. 298, 323, 364, 371
- Fraile, A. 104
- Franco Bahamonde, F. 14, 31-35, 40-43, 45, 51-52, 56, 58-59, 61, 68, 71-72, 91, 95, 97, 107, 142, 147, 149-150, 153, 157-158, 169, 190, 244, 246, 318, 333, 349, 359-364, 369, 383
- Franz, C. 83-84
- Frère, A. 28-29
- Friedman, M. 59, 63, 68, 74
- Fronzizi, A. 183, 187
- Fuentes, C. 368
- Fuentes-Berain Villenave, S. 402
- Fujimori, A. 51, 104
- Funes, M. 390
- Fungairiño, E. 298
- Gabilondo, I. 314

- Gamboa, L. 344-346
 Garcés, J. E. 42, 51, 122-123,
 237-239, 269, 295
 García, J. 425
 García, N. 104
 García, V. 335
 García Álvarez, E. 365
 García Cantú, G. 36, 78
 García Márquez, G. 99
 García Trevijano, A. 363
 Garza Clariond, E. 353
 Garza González, H. 352, 412
 Garza Medina de Alfa, D. 352
 Garzón, B. 128, 392-393, 413,
 427, 429
 Gates, B. 16
 Gershenson, A. 413, 421-422
 Ghioldi, A. 178
 Gibson, familia 126
 Gil Díaz, F. 427, 431
 Gili, Gustavo 164, 177
 Giralt, J. 368
 Girard, R. 85-86, 88
 Giusti Cordero, J. A. 128, 131
 Gómez, M. 144, 147
 Gómez Cuétara, F. 333
 Gómez Galvarriato, Aurora 372
 Gómez Martínez, B. 416
 Gómez Mendoza, A. 151
 Gómez Mont, F. 318
 Gómez Morín, M. 51, 352
 Gómez Sainz, H. 332, 334, 336,
 337
 Gómez Sainz, J. 337
 González, C. X. 352
 González, F. M. 82-84
 González Barrera de Banorte, R.
 352
 González de Mesa, A. 370
 González Garza, J. 352, 412
 González Iramain, J. 179
 González Márquez, F. 14-16, 37,
 41, 51, 54, 81, 104, 147, 152,
 158, 169, 220, 223-226, 228,
 232, 236, 237, 240-242,
 251-252, 261-262, 270, 298,
 315, 361, 364-365, 367, 371,
 394, 414, 417-420, 426
 González Porcel, P. 179
 Gordillo, E. E. 387
 Goya y Lucientes, F. de 25
 Granados, M. 47-48
 Grandes, L. de 10, 400
 Griffier, M. 180
 Güell, E. 165
 Guerra, A. 15, 27, 35, 42, 52, 54,
 98, 100, 117, 124, 143, 146,
 155, 157, 174, 182, 210, 217,
 275, 297, 352, 356, 382, 389
 Guillermo el Conquistador *veáse*
 Guillermo I de Inglaterra
 Guillermo I de Inglaterra 66
 Gutiérrez, L. 104-105
 Gutiérrez Vivó, J. 351
 Guzmán, J. 76, 79
 Haba, A. de la 130
 Hamdan, F. 422-423
 Haro Tecglen, E. 419
 Harrison, W. B. 288
 Hayeck, F. A. 59-62, 66, 68, 74,
 80
 Heineman, D. 29, 168-173, 183,
 185, 213-214, 216, 275
 Hernández, R. 352
 Hernando Contreras, F. 273

- Hitler, A. 353
 Hoyos, B. de 193, 219
 Hudson, M. 65, 69, 71
 Huerta de Soto, J. 66-68
 Huerta Franco, D. 383
 Huertas Clavería, J. M. 207
- Ibarz, J. 100-107
 Icazuriaga, C. 335
 Iduarte, A. 116
 Iglesias, P. 233
 Illia, A. 187
 Infante, B. 77-78
 Isabel II 117-118, 122
- Jacques, C. J. 337
 Jara Hinojosa, I. 14, 56, 91
 Jiménez, T. 12, 363
 Jordell Amorós, J. 32-33
 Joven, M. 365
 Juárez, B. 350-352, 370, 402
 Justo, A. P. 179
- Kelly, I. 109
 Kennedy, J. F. 297
 Kenny, M. 335
 Keynes, J. M. 61, 155, 167
 Kirchner, N. 262, 264-265, 412
 Klein, N. 31
 Krauze, E. 84, 87-88
- Labra Cadrana, R. M. 162
 Lago, J. 419
 Lagos, R. 61, 92
 Laporta, J. 317
 Larrea Mota, G. 352
 Lasaga, F. 337
 León, fray L. de 25
- León Felipe 325
 León XIII 189, 193
 León-Portilla, M. 244
 Lida, C. E. 343-344, 347, 360
 Lira, O. 72, 75
 Lobo, P. 103, 401
 Locke, J. 64, 69
 López, A. 21, 86, 105, 136-137,
 141, 165, 177, 311, 329, 353,
 367, 369, 382, 384-385, 387,
 390-392, 397, 407, 411,
 413-414, 416, 423
 López Bravo, familia 148
 López Bru, C. 133, 165, 173
 López de Abiada, J. M. 241
 López de la Puerta, hermanos 77
 López Llausàs, A. 177
 López Mateos, A. 353, 369
 López Obrador, A. M. 11, 20-21,
 82, 86, 100, 105, 308, 310-
 311, 313-314, 327, 373, 378,
 380, 382, 384-387, 389-395,
 397, 407-408, 410-417, 420,
 423, 425, 427-428, 432
 López Portillo, J. 224, 327-330,
 354, 360-361, 364, 366-370
 López Rodó, L. 78
 Lorenz, H. 109
 Loret de Mola, R. 49
 Losada Álvarez, A. F. 316, 321
 Loscertales, J. 208
 Loucheur, L. A. 170
 Lownsteien, A. *véase*
 Lovenstein, A.
 Lovenstein, A. 170
 Lugo, J. de 66
 Luis, T. de 10
 Luis Martín, F. de 163, 256

- Luna, F. 183
 Llopis, J. 251
 Llopis, R. 251
- Mac Gregor, J. 343
 Macedo, R. 394
 Maceo, A. 144
 Macià, F. 165
 Maciel, M. 82-84, 191
 MacKenna, R. 169
 Madariaga Lomelín, J. 428-429, 431
 Maeztu, R. de 75
 Mahbuad, J. 104
 Maldonado, J. 367-371
 Malló, O. 9-17, 237, 252-253, 362, 413
 Manzanera Quintana, J. 382
 Maragall, P. 216
 March, J. 155, 170, 172
 Mariana, J. de 67
 Marín, M. 130, 221, 399
 Marqués de Cubas 362
 Marqués de Urquijo 172
 Márquez, G. 99, 158, 223, 372, 394
 Martí, J. J. 159, 389
 Martín Artajo, A. 190
 Martín de Bustamante, L. 256
 Martín Fernández, J. 136
 Martínez, M. E. 187
 Martínez, M. P. 345
 Martínez Campos, A. 146
 Martínez-Feduchi, M. 370
 Martínez López, A. 208
 Martínez Madero, D. 428
 Marx, K. 66, 69, 136, 350
 Mateo Sagasta, P. 145
- Matienzo, A. N. 182
 Matutes, A. 221, 297, 399
 Mayer, C. M. 182
 Mayor Oreja, J. 10, 400
 Mazín Gómez, Ó. 196
 Mel Zelaya, *véase* Zelaya Rosales, J. M.
 Mendirichaga, T. 358
 Menem, C. 51, 152, 174, 186, 252, 260, 262, 264-265
 Menéndez Pelayo, M. 75, 161
 Menger, C. 67
 Michavila, J. M. 425
 Micheletti, R. 33, 102, 112, 401
 Milans del Bosch, J. 37
 Milis, J. M. 201
 Millet i Bel, S. 61-62
 Mina, F. J. 324
 Mises, L. H. von 62
 Molina, C. 179
 Molina, L. de 66, 179, 393
 Monereo, M. 279
 Monroe, J. 53, 117
 Montoliu, C. 354
 Mora Figueroa-Domeq, hermanos 77
 Moragas Sánchez, J. 397
 Morales, E. 89-90, 109, 126, 194, 299, 412, 414
 Morán, F. 362, 364, 366
 Morán, G. 156, 157
 Moratinos, M. A. 104, 295, 400
 Moreno, M. 134, 354
 Moreno Fragonals, M. 133-134
 Moreta, M. 61
 Morodo, R. 44-45, 301, 326, 362-363, 371
 Morris, D. 383

- Mouriño, C. 320
 Mouriño Terrazo, J. C. 13
 Múgica, E. 365
 Mundet, A. 335
 Muñoz Ledo, P. 414
 Muñoz Marín, L. 130
 Mussolini, B. 40, 86, 169, 192
- Nadal, J. 12, 253
 Naím, M. 103
 Napoleón III 118
 Naumann, F. 155
 Navalón, A. 415-416
 Navarro, V. 40-42, 324, 352
 Nerín, G. 43-44, 144-145
 Nervo, A. 53
 Niño Becerra, S. 279
 Nouvel, J. 275
 Novak, M. 80
 Nuncio, A. 354
- Ocampo, V. 176
 O'Farrill, R. 396
 Olavide, P. de 25
 Oliver, J. P. 184
 Oreja, M. 364, 366
 Oriol, A. M. de 149
 Oriol, familia 147
 Oriol, J. M. de 148
 Oriol e Ybarra, Í. de 148
 Ortega, A. 372
 Ortega, D. 228
 Ortega y Gasset, J. 84, 372
 Ortiz, F. 161-162
 Ortiz, R. 183
 Ortuño, M. 365
 Osuna, N. 77
 Oteyza, J. A. de 327-332
- Pabón, J. 43
 Padilla López, J. T. 45
 Palme, O. 361
 Pampillón, R. 411
 Pascual, T. 337
 Pastor, R. 108, 110, 112, 114-115
 Paz, O. 419
 Pearson, F. S. 171, 206, 212-213, 216
 Penelón, J. 179
 Peñaloza Sandoval, D. 330
 Pérez, C. A. 51, 224, 298, 361, 418
 Pérez Gay, J. M. 416
 Pérez Montoya, E. 429
 Pérez Vejo, T. 340-341
 Peri Grau, J. 167
 Perón, J. D. 184-186, 255
 Pflueger, T. 402
 Philippi, B. 75
 Pich, J. 201, 208, 211
 Pinedo, F. 180, 187
 Pinilla de las Heras, E. 42-43, 60-61
 Pinochet, A. 14, 32-34, 38, 42-43, 56, 68, 71, 76, 79, 83-84, 91, 107, 194, 298
 Pío XII 190
 Piqué, J. 297
 Pizarro, F. 24, 53
 Pizarro, M. 288
 Po, F. 69, 134, 153, 158, 427
 Polanco, J. de 284-285, 327, 407, 416, 423, 426
 Primo de Rivera, J. A. 32
 Primo de Rivera, M. 97, 148, 163, 188, 194, 216-217
 Pueyo, J. 208
 Puigdollers Macià, J. 165

- Quijano, A. 344
 Quijano, J. 344
 Quijano, M. 344
- Rahola, F. 165
 Ramière, H. 193
 Ramírez, E. 362
 Ramírez, P. 184
 Ramos, L. 259
 Rathenau, W. 169, 216
 Rato, R. 261
 Ravignani, E. 184
 Reagan, R. 227
 Regás, R. 98-100, 104
 Rey Monteagudo, E. 256
 Reyes, A. 78
 Reyes, B. 346
 Reyes Heróles, J. 363, 366-367
 Ribas, M. 201
 Rivera Torres 323
 Rivero, F. 256
 Rivero, L. F. del 337
 Rivero Collada, M. 344-347
 Robert, F. 275
 Robert, R. 212
 Robles, R. 390
 Roca, F. 88, 198, 201-202
 Rocés, W. 363
 Rodas, P. 108
 Rodó, J. E. 78, 161, 240
 Rodrigo y Alharilla, M. 137, 143
 Rodríguez, G. 414
 Rodríguez, N. 127-129, 276,
 278-279, 429
 Rodríguez, R. 147
 Rodríguez Conde, M. 184, 186
 Rodríguez Galdo, M. X. 316,
 320-321
- Rodríguez Saá, A. 263
 Rodríguez Zapatero, J. L. 11, 50,
 54, 97, 104-105, 159, 250,
 300-302, 310, 315, 389, 400,
 406, 414, 426, 432
- Roel, S. 366
 Roitman Rosenmann, M. 17
 Roldán, S. 201
 Romero, C. 419
 Romero, F. 337
 Romeva, R. 401-402
 Romo, A. 354
 Roosevelt, F. D. 155, 160, 206
 Röpke, W. 62
 Rosenzweig Díaz, A. de 370
 Rothbard, M. 66, 68
 Rouco Oliva 179
 Roy, J. 234, 241-242
 Rubén Darío 160
 Rubert, L. 129
 Rubio, N. M. 201
 Ruiz, U. 398-399
 Ruiz de Gordejuela, J. 347-348
 Ruiz Jiménez, J. 363
 Ruiz Ortiz, V. 337
 Rupérez, I. 104
 Ryan, J. M. 149
- Sabaté, I. 337
 Sábado, E. 81
 Sábado, J. 184
 Sada González, A. 352
 Sáez de Nanclares, M. 407-409
 Salafranca, J. I. 10, 381, 399-402
 Salas, J. de 66
 Salinas de Gortari, C. 318, 349
 Salinas de Gortari, R. 15, 41, 51,
 106, 220, 236-237, 239-240,

- 306, 318, 326, 330, 349, 360,
380, 390, 406, 418-419
- Samaranch, J. A. 201
- Sánchez, A. 352
- Sánchez, E. 101
- Sánchez, G. 405
- Sánchez Agesta, L. 60, 71-72
- Sánchez Asiaín, J. Á. 148, 156
- Sánchez Bustillo, C. 139
- Sánchez de Tagle, L. 333
- Sánchez Gómez, L. Á. 196
- Sánchez Navarro, J. 352
- Sánchez Soler, M. 153
- Sangróniz, J. A. 194
- Sanhuesa, R. A. 240
- Santaló, A. 21
- Santana, P. 116, 126
- Santos, R. 108, 110-116
- Santos-Ruiz, E. 291
- Sanuy, F. 28-29
- Saracho, E. 288
- Sardà Dexeus, J. 62
- Schmitt, C. 60, 71-72
- Sepúlveda Muñoz, I. 95-97, 189,
192, 298
- Serra, N. 201
- Serra Mont, Esteban 12, 252, 256
- Serrano, familia 235, 329
- Servitje Sendra, R. 352
- Sesto Novás, F. 325
- Sheinbaum, C. 426
- Siebenman, G. 241
- Silva Muñoz, F. 148
- Slim, C. 16, 305, 351, 372, 407,
417
- Smith, A. 62, 69, 278
- Solà Reche, A. 10, 382, 384, 389,
403-404
- Solana, G. 337
- Solana, J. 403
- Solervicens, J. B. 61
- Somoza Debayle, A. 33
- Sorel, G. 86
- Sosa, R. 415
- Stein, B. H. 106
- Stein, S. J. 106
- Strauss, L. 60
- Stuart Mill, J. 69
- Suanzes, J. A. 149, 151-152, 170,
172
- Suárez, A. 15, 366, 371
- Suárez, C. E. 335
- Suárez, L. 224
- Subirats, E. 23
- Sudrià, C. 208
- Tacón, M. 134
- Tamames, R. 153-154, 281
- Tejero, A. 36
- Temes, E. 202
- Tenorio, M. 195
- Teresa, N. de 348
- Terrazas, F. 352
- Terrazo, A. 13, 310
- Thonet, C. 212
- Tierno Galván, E. 362, 366
- Tocqueville, A. de 118
- Torreblanca, J. I. 301
- Torreblanca, J. M. 302
- Torres, A. 164, 323, 421, 424
- Torrijos, O. 224, 418
- Torroja, X. 105
- Treviño Huerta, L. 247
- Trujillo, O. 298
- Ucelay, E. 205

- Umbral, P. 419
 Unamuno, M. de 160
 Ungo, G. 225
 Uriburu, A. E. 182
 Urquijo Ussía, E. 172-173
 Urteaga, L. 208
 Ussía Cubas, F. 173
 Ussía Cubas, J. L. 173

 Vaan Zeland, P. 169
 Valdaliso, J. M. 356-358
 Valdés Zepeda, A. 383
 Valera, F. 371
 Valero, E. M. 162
 Valero, F. 309, 316-318
 Valle, A. del 353
 Valle-Inclán, R. M. del 78
 Vandellós, J. A. 167
 Vargas Llosa, M. 99
 Vasconcelos, S. 50, 308
 Vásquez, R. 109
 Vázquez Aldir, O. 326
 Vázquez Raña, M. 321-323, 326
 Vázquez Raña, O. 321-323, 326
 Vedia y Mitre, M. de 181
 Vehils, R. 165, 176-177, 183,
 185, 255, 262
 Vial Correa, G. 73
 Víctor Manuel III 192
 Vidal Olivares, J. 245, 247, 250
 Vidal-Beneyto, J. M. 362

 Vidal-Quadras, A. 400
 Vidaurri, S. 352
 Vilarassau, J. 29
 Villalonga, J. 292
 Villar Mir, J. M. 336
 Viñas, J. 165
 Vitoria, F. de 67
 Viturro, M. 295
 Vives, L. 24-25, 76
 Volpi, G. 169

 Walsh, J. 293
 Wauters, E. 212
 Weyler y Nicolau, V. 144
 Wilson, W. 331

 Yáñez, L. 241, 365
 Ybarra, E. 69, 265
 Yeltsin, B. 66
 Young, O. D. 170
 Yrigoyen, H. 178

 Zabala Vizcondo, F. 179
 Zambrano, L. 354
 Zamora, B. 393
 Zavala, J. I. 314, 416-417
 Zavala, M. 109
 Zavalía, C. 180, 182
 Zedillo, E. 307
 Zelaya Rosales, J. M. 107
 Zicolillo, J. 259, 265

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN.....	19
I. GENOCIDIO Y NEGOCIO	27
II. EL DESPLIEGUE DE LA HISPANIDAD.....	95
III. TIEMPOS DE RECONQUISTA.....	219
IV. SECUELAS MEXICANAS (1). VARIACIONES SOBRE EL <i>AFFAIRE MOURIÑO</i>	305
V. SECUELAS MEXICANAS (2). EL CÁRTEL Y EL PEJE.....	375
ÍNDICE ONOMÁSTICO	435

La llamada reconquista económica española de América Latina, iniciada en 1991 con la privatización de grandes empresa públicas argentinas, supuso la irrupción de un nuevo grupo de poder en dicho territorio. Gracias a la cooptación, la corrupción y la seducción, el cártel español ha monopolizado mercados de obras públicas, agua, energía, turismo, medios y telecomunicaciones. La nueva elite neoliberal, formada al calor de Salinas de Gortari, Menem o Fujimori, tomó como bandera la democracia oligárquica española y su *milagro económico*, hoy en ruinas, mientras Felipe González pilotaba este proyecto de desembarco imperial bajo cobertura política y financiera de EEUU. Así emergieron, en los noventa, las poderosas redes de la hispanidad que son hoy el principal ariete contra el cambio y la soberanía de las Américas. Profundizando en la dramática muerte del secretario de Gobernación, el gallego-mexicano Juan Camilo Mouriño en 2008, el apoyo larvado al golpe de Estado empresarial contra Hugo Chávez en 2002 o la intervención directa en las elecciones mexicanas del 2006 para evitar el triunfo del candidato de centro-izquierda Andrés Manuel López Obrador, *El cártel español* construye y reconstruye la historia jamás contada de los nuevos conquistadores, sus aliados locales y los verdaderos amos de la pinza Madrid-Miami.

